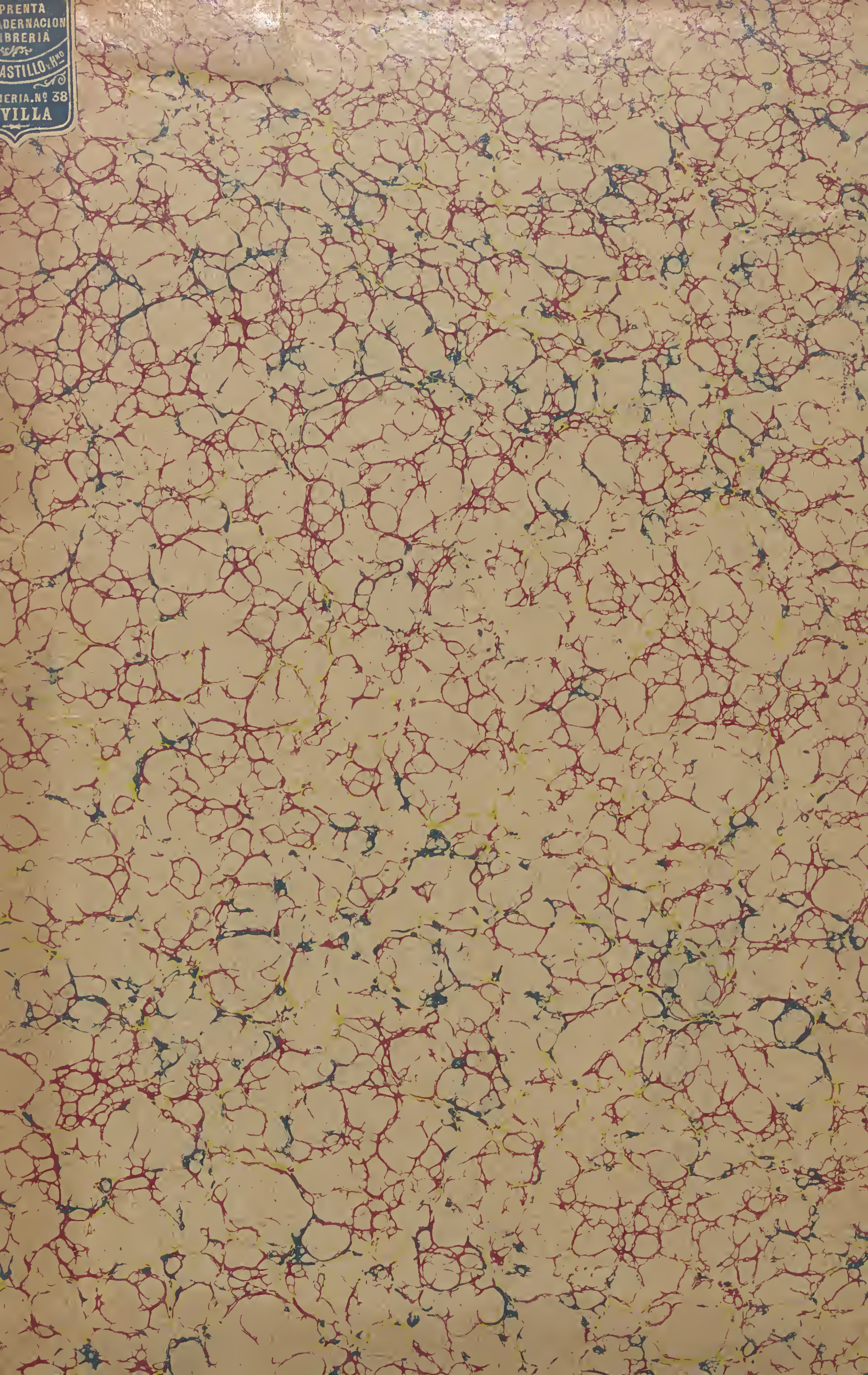
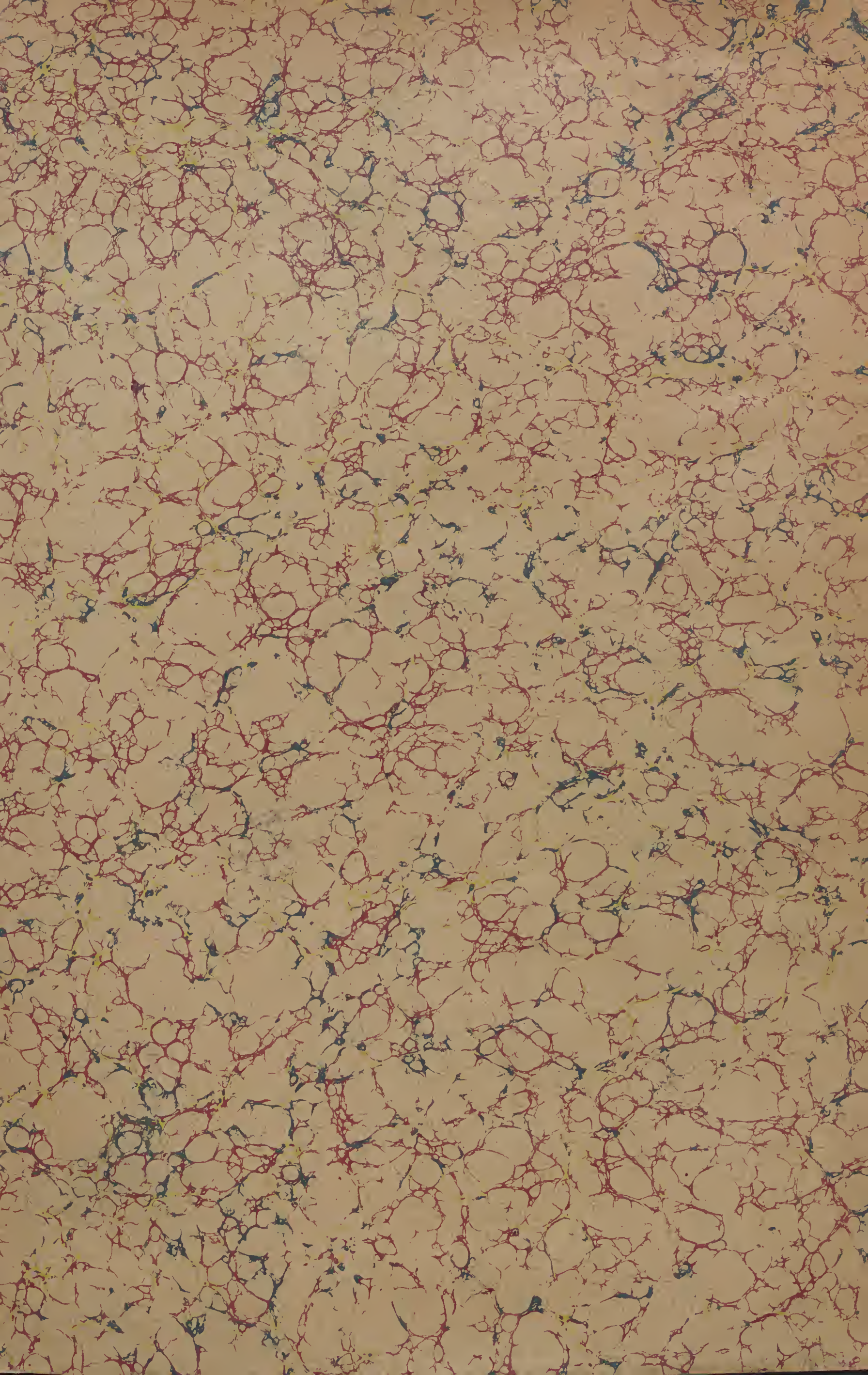
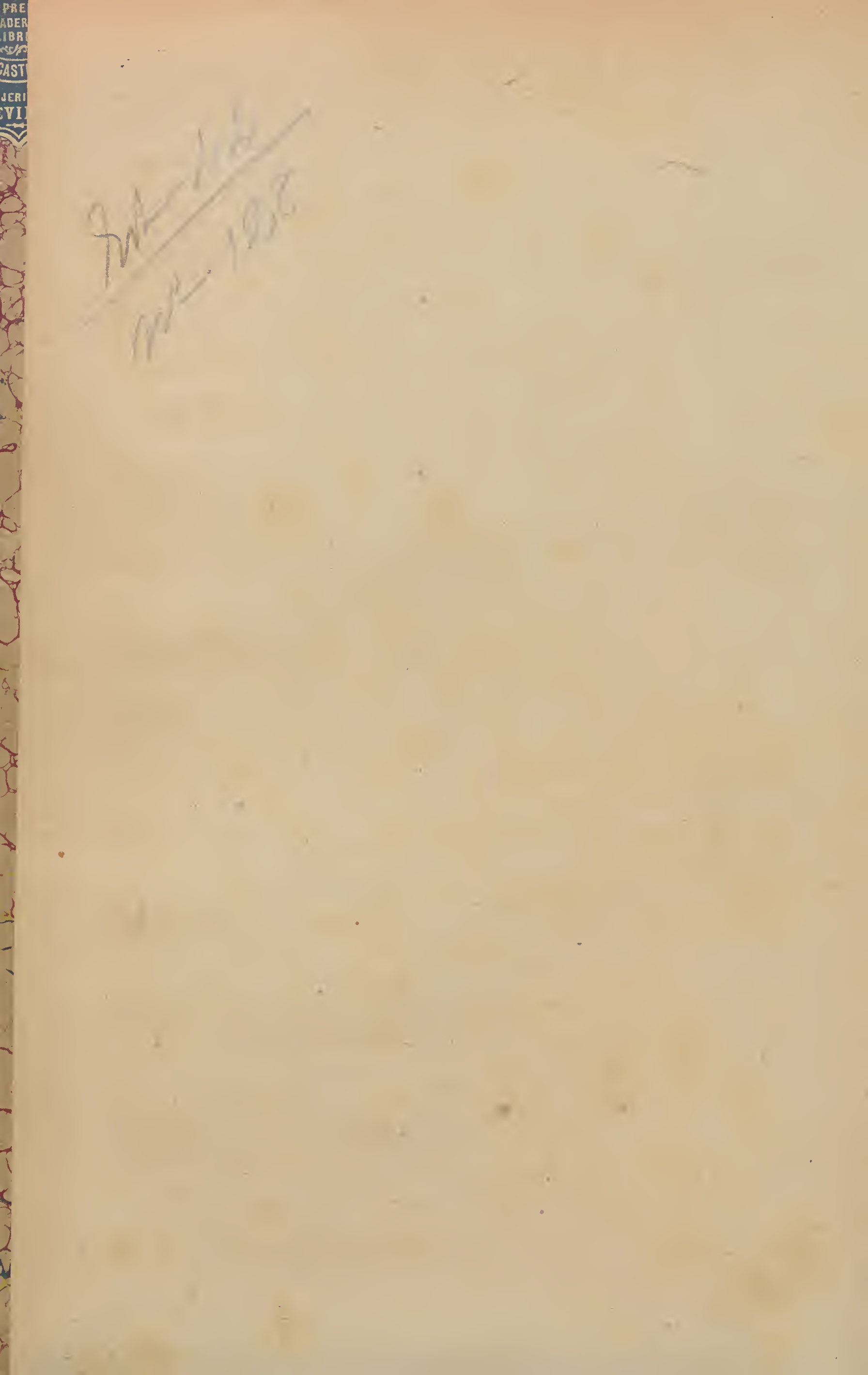

PRENTA
ADERNACION
IBRERIA
ASTILLO é Hno
ERIA. Nº 38
VILLA





VIDA

DE

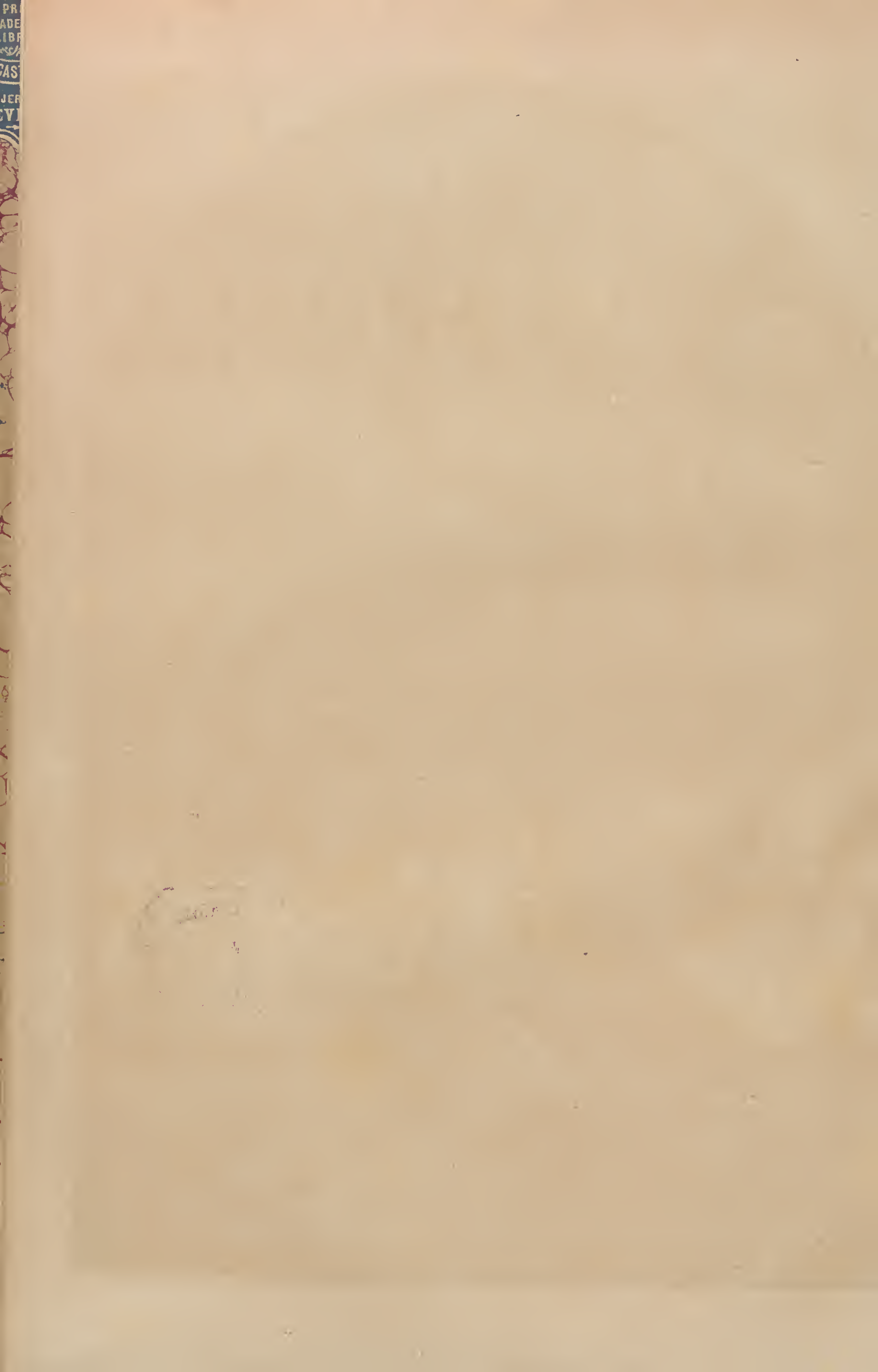
SAN JOSÉ


ESTABLECIMIENTO EDITORIAL
BARCELONA.









VIDA

DE

SAN JOSÉ

ESCRITA POR

EL P. CHAMPEAU

ADICIONADA CON LOS TRABAJOS DE LOS MÁS AUTORIZADOS ESCRITORES CATÓLICOS

COMO

SAN ILDEFONSO, SAN BERNARDINO DE SENA,
SANTA GERTRUDIS LA MAGNA, SANTA TERESA DE JESÚS, SAN FRANCISCO DE SALES,
BOSSUET, FABER, VERHAEGE, HUGUET, ETC., ETC.

BAJO LA DIRECCIÓN DEL

R. D. José Ildefonso Gatell

CURA PÁRROCO DE LA PARROQUIA MAYOR DE SANTA ANA DE BARCELONA

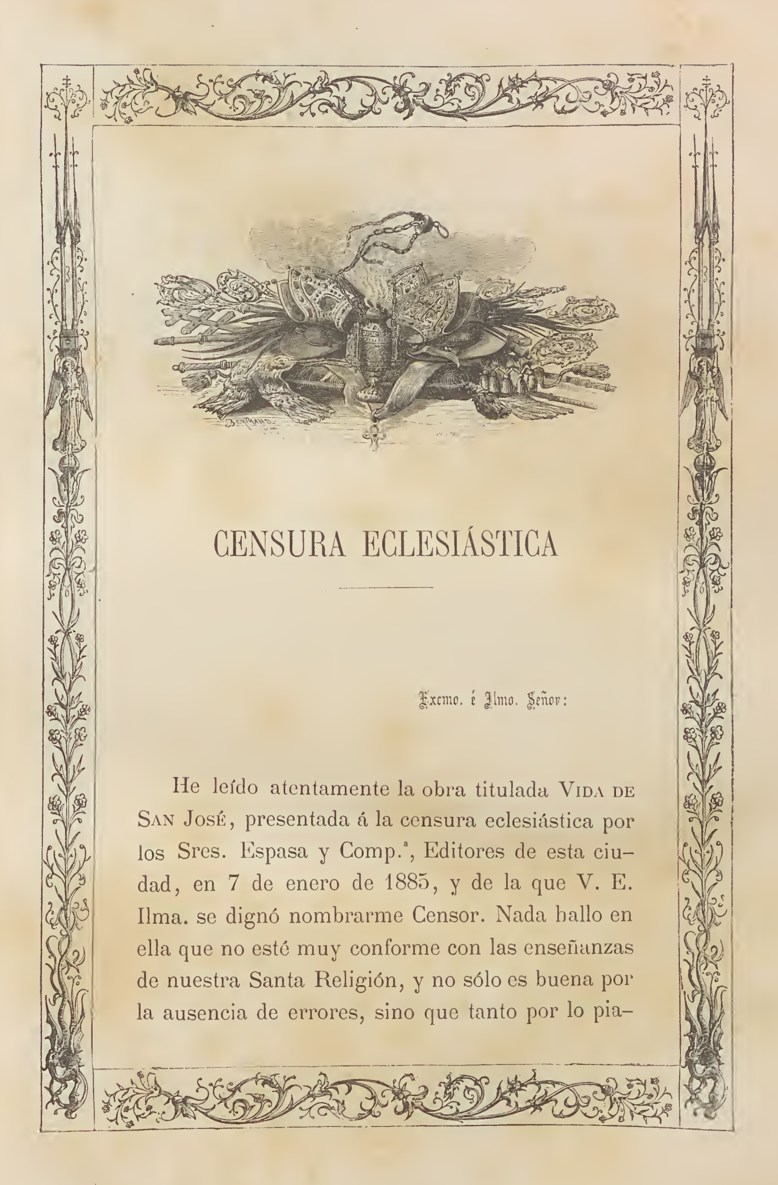
CON UNA CORONA POÉTICA

ESCRITA POR LOS MÁS DISTINGUIDOS POETAS ANTIGUOS Y MODERNOS

Revisada por la Autoridad eclesiástica



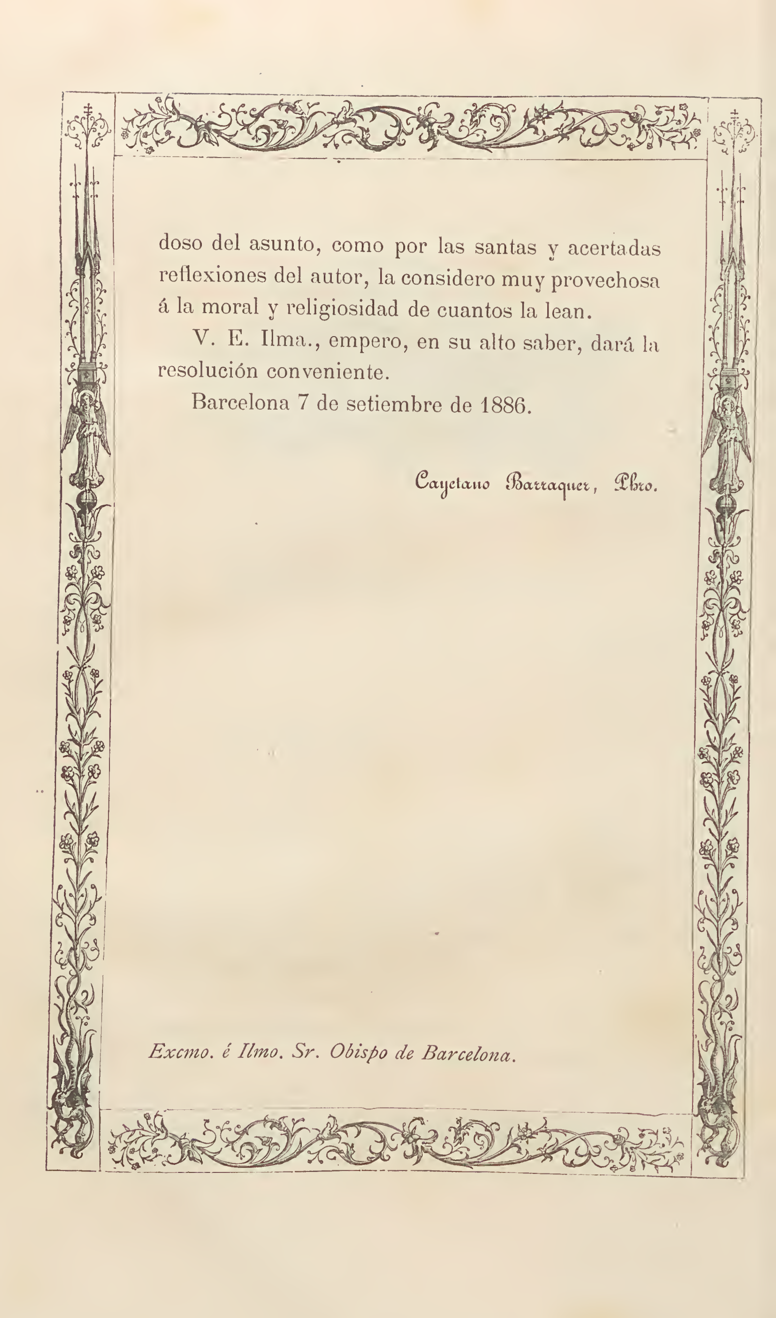
BARCELONA
ESPASA Y COMPAÑÍA, EDITORES
223, CALLE DE LAS CORTES, 223



CENSURA ECLESIÁSTICA

Excmo. é Ilmo. Señor:

He leído atentamente la obra titulada VIDA DE SAN JOSÉ, presentada á la censura eclesiástica por los Sres. Espasa y Comp.ª, Editores de esta ciudad, en 7 de enero de 1885, y de la que V. E. Ilma. se dignó nombrarme Censor. Nada hallo en ella que no esté muy conforme con las enseñanzas de nuestra Santa Religión, y no sólo es buena por la ausencia de errores, sino que tanto por lo pia-



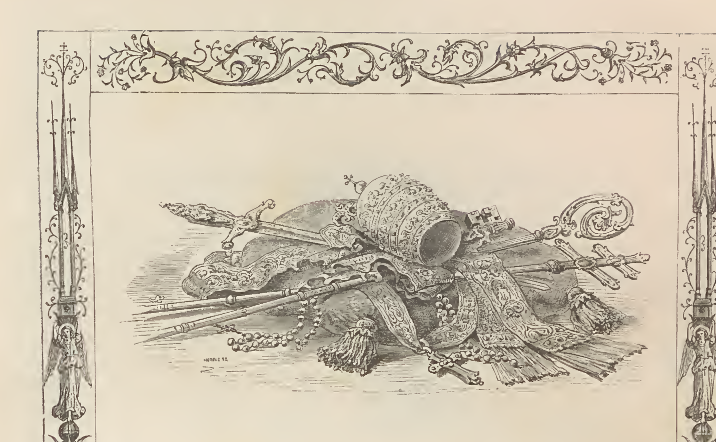
doso del asunto, como por las santas y acertadas reflexiones del autor, la considero muy provechosa á la moral y religiosidad de cuantos la lean.

V. E. Ilma., empero, en su alto saber, dará la resolución conveniente.

Barcelona 7 de setiembre de 1886.

Cayetano Barraquer, Pbro.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona.

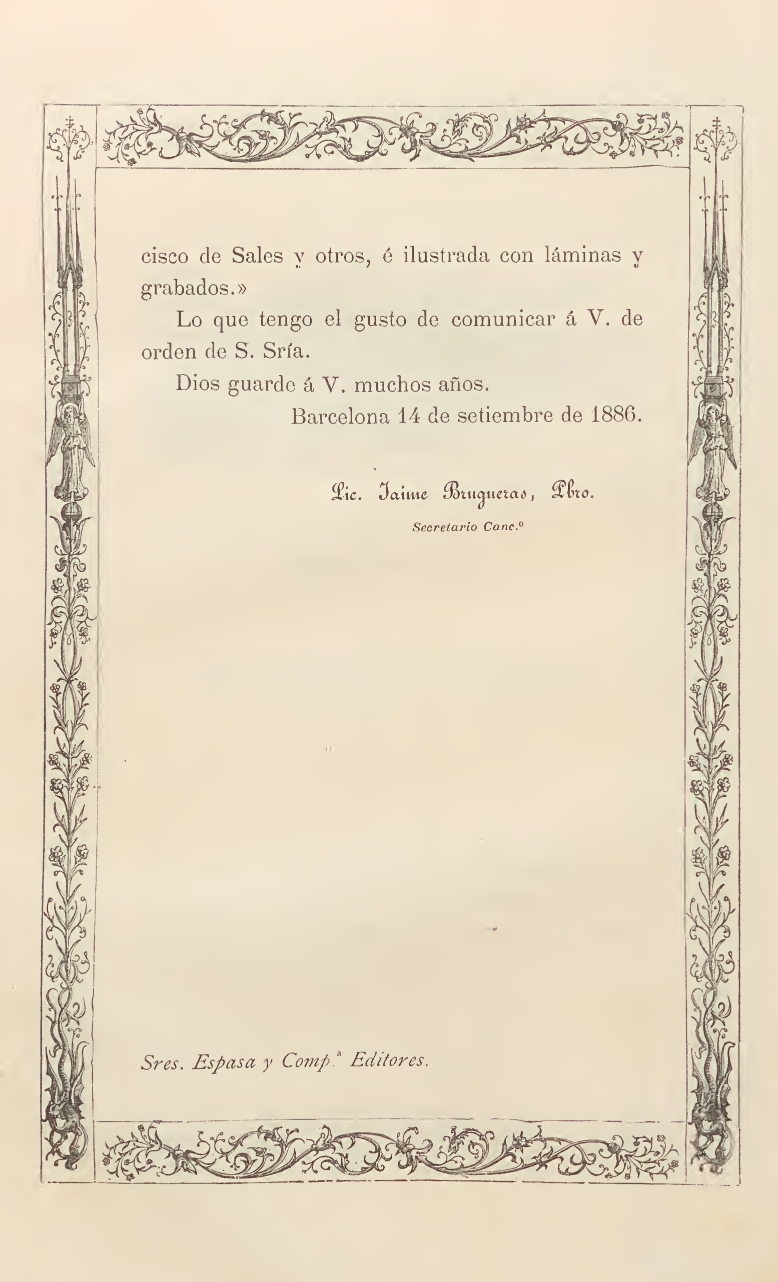


VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

En vista de la favorable censura del reverendo Dr. D. Cayetano Barraquer, Pbro., el M. I. Sr. Vicario General con decreto de esta fecha ha concedido su licencia y permiso para que pueda publicarse en español la obrita titulada: «Vida de San José, por el Rdo. P. Champeau, adicionada con pensamientos de santa Teresa de Jesús, san Fran-



cisco de Sales y otros, é ilustrada con láminas y grabados.»

Lo que tengo el gusto de comunicar á V. de orden de S. Sría.

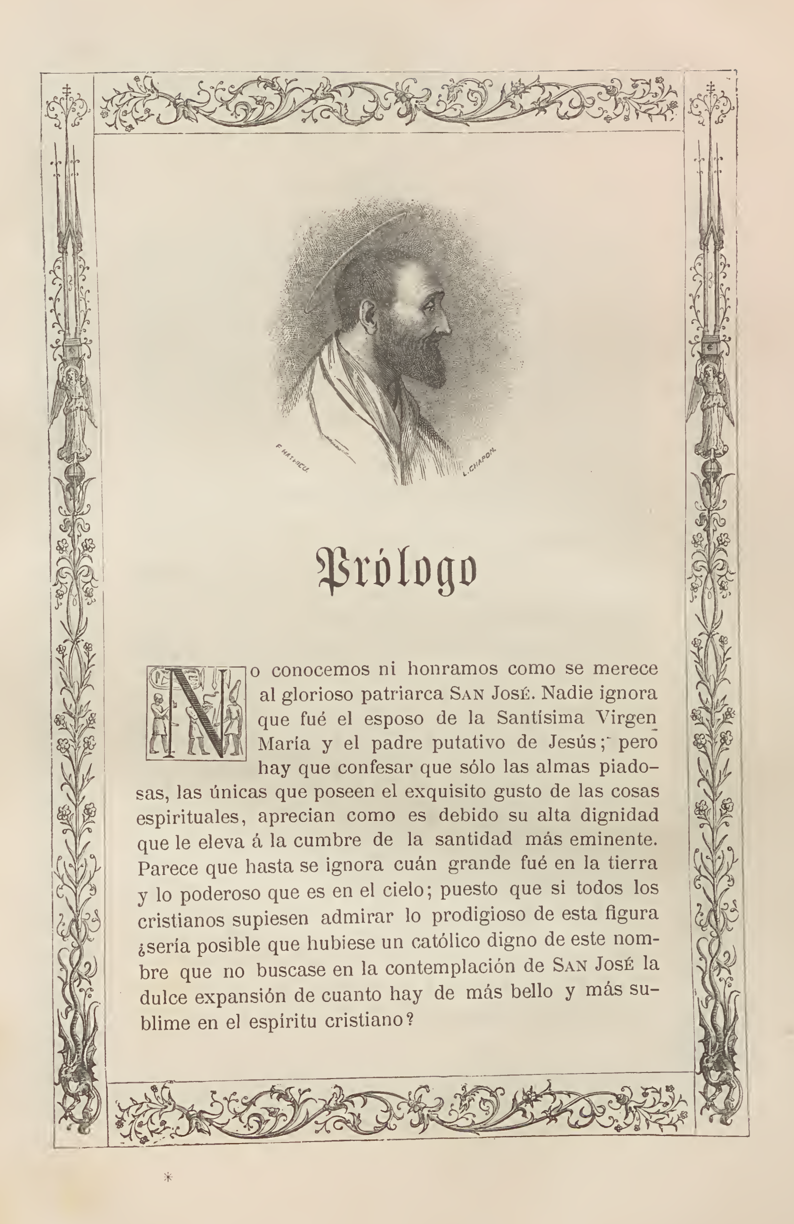
Dios guarde á V. muchos años.

Barcelona 14 de setiembre de 1886.

Lic. Jaime Brugueras, Pbro.

Secretario Canc.º

Sres. Espasa y Comp.ª Editores.



Prólogo

No conocemos ni honramos como se merece al glorioso patriarca SAN JOSÉ. Nadie ignora que fué el esposo de la Santísima Virgen María y el padre putativo de Jesús; pero hay que confesar que sólo las almas piadosas, las únicas que poseen el exquisito gusto de las cosas espirituales, aprecian como es debido su alta dignidad que le eleva á la cumbre de la santidad más eminente. Parece que hasta se ignora cuán grande fué en la tierra y lo poderoso que es en el cielo; puesto que si todos los cristianos supiesen admirar lo prodigioso de esta figura ¿sería posible que hubiese un católico digno de este nombre que no buscase en la contemplación de SAN JOSÉ la dulce expansión de cuanto hay de más bello y más sublime en el espíritu cristiano?

Muchos son los autores que han escrito sobre la vida de SAN JOSÉ; pero por regla general se dirigen á las almas devotas, no logrando que estos trabajos, algunos de ellos excelentes, sean leídos por las gentes de mundo. Y sin embargo ¡cuántos católicos de los menos fervientes se sentirían atraídos, fascinados, podríamos decir, ante la contemplación de una figura como la de SAN JOSÉ, si prestasen á las grandezas del mundo moral la atención necesaria!

SAN JOSÉ participa lo bastante de las glorias de Jesús y de María; está muy íntimamente identificado con ellos para que el creyente no le vea á una altura superior á los demás santos. El lugar eminente que ocupa en el plan divino de la Encarnación del Verbo le da un derecho indisputable á nuestra mayor veneración, á nuestra absoluta confianza en su valimiento.

No es menester subir á las cumbres de la Teología para comprender que el augusto misterio del cual debían emanar dos hechos tan trascendentales como la Redención del linaje humano y la glorificación del hombre no ocupara en el pensamiento divino el lugar más preferente. De toda eternidad Dios, en los designios de su Providencia, había elegido entre todos los demás seres humanos á María y á JOSÉ para asociarlos á la grandiosa obra de la Redención; y desde la eternidad los tres nombres de Jesús, María, JOSÉ habían de estar de tal modo unidos en la mente divina que no se concibe siquiera su separación. Partiendo, pues, de esta base ¿no le basta al creyente esta sola consideración para apreciar la grandeza, la dignidad de JOSÉ?

Se comprende desde luego que Dios, derramando sobre María fecunda lluvia de gracias extraordinarias, tales



como la Concepción Inmaculada, la inmunidad de todo pecado, la preparase al insigne honor de la maternidad divina. Así lo reclamaba imperiosamente el carácter del Hijo de Dios á quien ella había de dar á luz. «Cuando Dios, dice santo Tomás, escoge á alguien para una función especial, le dispone primero haciéndole digno de ella.» Se comprende, pues, por esta misma razón, que Dios había de preparar á José para las grandes funciones á que le destinaba, y no se explicaría el que aquel Dios que crea las almas, que enriquece los corazones, que señala á las inteligencias privilegiadas horizontes vastísimos, que fecundiza los espíritus de los santos con la acción de su gracia, no revistiese de gracias especialísimas el alma de aquel que estaba destinado á ser el esposo de la más grande y la más santa de las criaturas, el padre nutricio del Verbo Eterno hecho hombre. La fe, la razón, el buen sentido cristiano, todo nos demuestra que la inmensa sabiduría de Dios había de disponer, armonizar debidamente almas y corazones, personas y cosas que hubiesen de utilizarse para hacer brillar los más augustos y más fecundos misterios en que la beatísima Trinidad ponía todas sus complacencias iluminando el mundo con el esplendor de sus perfecciones.

Contemplad el universo, y en todas partes, no sólo en los majestuosos movimientos de las estrellas de primera magnitud, en la marcha regular y ordenada de los mundos sino hasta en los detalles más insignificantes, en esta inmensa y complicada máquina de la naturaleza cada cosa está en su puesto; todo se encadena perfectamente entre los diferentes reinos, entre las distintas especies de un mismo reino, entre los diversos individuos de una misma especie; todo está arreglado *con peso, número y*



medida. ¿El sabio Autor de las armonías del orden físico hubiera desdeñado las del mundo moral? Esto es imposible. No; desde el ángel que á los piés del trono celestial entona melodías que no se comprenden acá en la tierra, hasta el alma del pobre, del desconocido labriego que en ignorada aldea se oculta dentro de un cuerpo doblegado bajo el peso del trabajo, todo obedece á los altos designios providenciales.

Destinado José á realizar funciones tan elevadas en el plan de la Encarnación y de la Redención, justo era que la mano pródiga de Dios le adornase de una inteligencia bastante privilegiada, de un corazón bastante delicado y ardiente para corresponder á sus altísimos destinos. Dios hubo de derramar sobre él á manos llenas dones de gracia y de naturaleza; y nada tiene de particular que autores respetables afirmen que José, lo mismo que el Bautista, fué santificado ya en el seno de su madre.

Fué un humilde artesano, es verdad; pero también María era la esposa de un artesano; también el Hombre-Dios se presentó en el mundo con el modesto vestido del obrero sin que esto menguara en lo más mínimo su dignidad; por mucho que repugne á nuestro orgullo, que da harta importancia al fausto mundano, ver á almas las más grandes con el traje propio de las condiciones más humildes.

Escuchemos lo que dice Bossuet aplicando á José unos pasajes bíblicos: «El Señor se buscó un hombre según su corazón. Este hombre según el corazón de Dios no se muestra exteriormente, y Dios no le escoge sólo por las apariencias ó atendiendo al testimonio de la fama pública. Cuando envió á Samuel á la casa de Jessé para encontrar allí á David, este grande hombre que Dios destinaba á que ciñese la más augusta corona del mundo,



no era conocido ni siquiera por su familia. Sin que nadie se acordase de David eran presentados uno á uno todos los ancianos al profeta; pero Dios, que no juzga á la manera de los hombres, le advertía en secreto que no atendiese á una talla elevada ni á un aspecto arrogante... Semejante conducta de la Providencia divina me da lugar á que aplique yo á José, hijo de David, lo que se dijo de David mismo. Llegado era el tiempo en que Dios hubo de buscar un hombre según su corazón para depositar en sus manos lo que había de más querido para Dios mismo; esto es, la persona de su hijo Unigénito, la integridad de la Santa Madre del Verbo humanado, la salvación del linaje humano, el tesoro del cielo y de la tierra. Pasa de largo por Jerusalén y demás renombradas ciudades; se detiene en Nazaret, y en aquella aldea ignorada va á llamar á la puerta del pobre casucho de un hombre completamente desconocido, del humilde José, para confiarle un empleo conque se habrían creído soberanamente honrados los ángeles de primer orden. En fin, señores, quiera Dios que comprendamos de esta manera que la grandeza del hombre, según el corazón de Dios, debe buscarse en el corazón y no en otra parte, y que sólo dan el carácter de tal las virtudes sólidas que son por regla general las virtudes ocultas.»

«Basta decir, escribe M. Olier, que á José se le había escogido para ser en la tierra la imagen de Dios Padre, para que se comprenda la aureola de virtudes, de perfecciones que había de rodear su sagrada persona. ¡Cuánto saber! ¡Qué fortaleza! ¡Qué prudencia! No creo que se haya visto nunca en la tierra una cosa semejante... No tracemos comparaciones: la excelencia de José es incomparable.»



Cuantos se ocupan de José están persuadidos que recibió de Dios el alma más elevada, más perfecta, más santa, después de la de la Virgen Santísima. Los príncipes de la tierra, escribe san Francisco de Sales, ponen un cuidado especial en que sus hijos estén bajo la tutela de persona que valga mucho; no descuidaría Dios el hacer que el hombre á quien confiaba el cuidado del Hijo Divino, del destinado á ser el príncipe universal de cielos y tierra, estuviese dotado de las condiciones que lo colocaran á la altura de su elevadísimo cargo.

En el estudio de la vida de José sentiremos dilatarse nuestra alma á la contemplación de esta figura en que todo es grande, todo es inmenso.

Veremos en su carácter todo el atractivo de la sencillez más simpática unida á la majestad más imponente. Era un hombre José que al vivir en esta tierra era ya todo del cielo. Dios le echó sobre este mundo de miserias rodeado de unos resplandores que nosotros, acostumbrados á las miserias de acá abajo, no acertamos á comprender.

José aparece como el más oscuro de los hijos de Adán; pero es que está envuelto en aquellas claridades de lo alto, que la Escritura llama inaccesibles. Fué, mientras vivió en la tierra, un hombre especial, único; la virtud, la justicia, la santidad personificada y viviente; fué un hombre de Dios, todo de Dios, viviendo sólo para realizar los designios divinos y poniendo al servicio de estos designios su alma, su corazón, su libertad, toda su vida.

Al penetrar en el alma de José, al querer escudriñar lo que pasaba en las intimidades de aquella existencia, ora nos parecerá un abismo á cuyas profundidades no puede llegar la mirada humana, ora su persona se levan-



tará á manera de grandioso templo á nuestra vista extasiada; ora, al meditar sobre su santidad, nos sentiremos forzados á caer de rodillas como en presencia de un tabernáculo.

José fué un instrumento en manos de Dios y al que utilizó para cargos á que no ha destinado jamás á otra criatura alguna. Soberano como es Dios de todo, los derechos de su soberanía, fuera de Jesús y María, sobre nadie los ha ejercido como sobre nuestro santo. Él está en las manos de Dios del mismo modo que el barro en manos del alfarero, y esto de una manera espontánea, completamente libre; hé aquí explicado el secreto de la gravedad tan simpática, del carácter tan igual, tan dulce, tan tranquilo que admiraremos al recorrer los diferentes hechos de su existencia.

San José viene á ser en la tierra como un reflejo del Padre celestial. Al pensar en el penetran en el espíritu ideas puras, elevadas, aspiraciones á lo infinito; diríase que entonces nos sentimos más cerca del cielo.

En el decurso de nuestra historia veremos como San José, padre nutricio de Jesús, reviste los derechos y atribuciones de jefe de la Sagrada Familia. El gobierno de la casa lo ejerce él; y si tiene que amparar y proteger á Jesús y María tiene también que alimentarles; alimento que les procura con un trabajo, cuyos frutos no recoge sino regándolos con sus sudores y con sus lágrimas. De esta suerte el trabajo, que hasta entonces se consideraba como cosa vil y abyecta, propia únicamente de esclavos, en manos de José, y teniendo que utilizarse para alimentar al Dios-Hombre, se dignifica, se transfigura, y de tarea propia de esclavos pasa á ser ocupación honrosa á la que, junto con José, se dedica el mismo Jesucristo.





En nuestro relato penetraremos en la modesta casa donde José vive, trabaja, ora. ¡Precioso pan aquel que ganaba José con su sudor, que lo comió Jesús, quizás después de haberlo amasado y cocido María! ¡Dichoso taller aquel donde aquellos tres seres se comunicaban, vivían de un mismo amor y de unas mismas aspiraciones!

Modelo de esposos, de padres, de artesanos, personificación de la humildad, de la fe, de la piedad, de la justicia, José, el *Varón Justo,* como dice el Evangelio, merece ser admirado por toda clase de personas. La historia es manantial fecundo de enseñanzas para todos los cristianos. Ningún santo como éste puede ser propuesto á la imitación de todo el que comprende que para algo sirven la fe y la virtud en la realización de los destinos de la vida.

Esta obra, pues, la dedicamos á todas las clases de la sociedad, seguros de que todos han de encontrar en los hechos de San José nobles estímulos para el bien, á que no puede menos de aspirar toda alma noble formada en la salvadora atmósfera del espiritualismo cristiano.



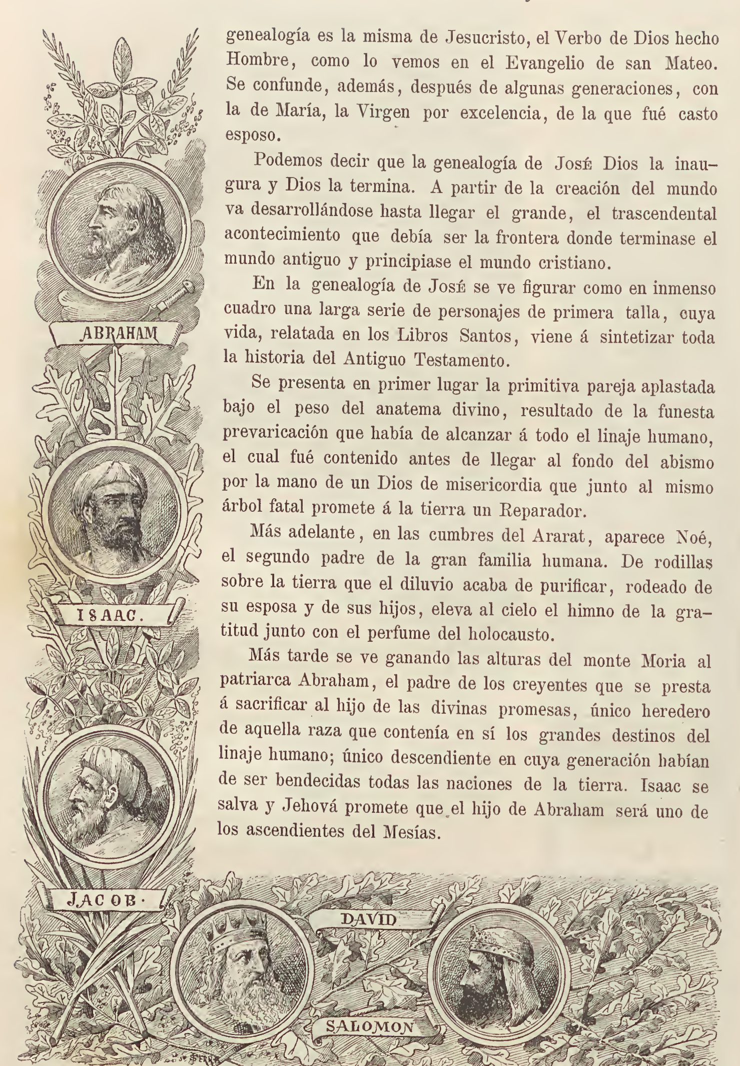
Capitulo Primero



I

GENEALOGÍA DE SAN JOSÉ. —SU NOMBRE.— LOS PRIMEROS AÑOS DE SU VIDA

Si glorioso es tener ilustres antepasados y estar unido por la sangre ó por alianzas de familia con los más nobles personajes, debemos revindicar esta gloria para el ilustre patriarca cuya vida va á ocuparnos, pues su



genealogía es la misma de Jesucristo, el Verbo de Dios hecho Hombre, como lo vemos en el Evangelio de san Mateo. Se confunde, además, después de algunas generaciones, con la de María, la Virgen por excelencia, de la que fué casto esposo.

Podemos decir que la genealogía de José Dios la inaugura y Dios la termina. A partir de la creación del mundo va desarrollándose hasta llegar el grande, el trascendental acontecimiento que debía ser la frontera donde terminase el mundo antiguo y principiase el mundo cristiano.

En la genealogía de José se ve figurar como en inmenso cuadro una larga serie de personajes de primera talla, cuya vida, relatada en los Libros Santos, viene á sintetizar toda la historia del Antiguo Testamento.

Se presenta en primer lugar la primitiva pareja aplastada bajo el peso del anatema divino, resultado de la funesta prevaricación que había de alcanzar á todo el linaje humano, el cual fué contenido antes de llegar al fondo del abismo por la mano de un Dios de misericordia que junto al mismo árbol fatal promete á la tierra un Reparador.

Más adelante, en las cumbres del Ararat, aparece Noé, el segundo padre de la gran familia humana. De rodillas sobre la tierra que el diluvio acaba de purificar, rodeado de su esposa y de sus hijos, eleva al cielo el himno de la gratitud junto con el perfume del holocausto.

Más tarde se ve ganando las alturas del monte Moria al patriarca Abraham, el padre de los creyentes que se presta á sacrificar al hijo de las divinas promesas, único heredero de aquella raza que contenía en sí los grandes destinos del linaje humano; único descendiente en cuya generación habían de ser bendecidas todas las naciones de la tierra. Isaac se salva y Jehová promete que el hijo de Abraham será uno de los ascendientes del Mesías.

Pasa algún tiempo, y en las pendientes de Bethel, el jefe de las doce tribus dedica al Señor una unción en la piedra en la que durante el sueño ha visto la Escala misteriosa que debe un día volver á unir la tierra con el cielo.

Contemplad después á los hijos de Jacob reunidos junto al lecho de su padre moribundo; recoged las palabras que brotan de los labios de aquel anciano agonizante. «El cetro de la monarquía, les dice, no saldrá de los descendientes de Judá hasta que haya aparecido en la tierra el deseado de las naciones.»

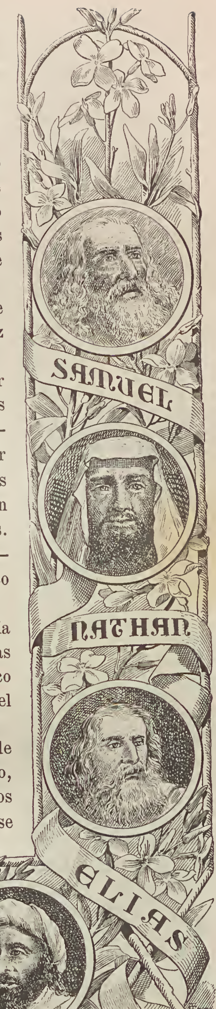
Aparece más adelante entre los varones respetables de Judá la simpática figura de Booz, detrás del cual la infeliz Ruth recoge las espigas que él le deja abandonadas.

Descendiente de Booz, José puede gloriarse de haber visto salir de su raza una larga serie de hombres poderosos que dictan leyes á Israel y derriban á sus piés á los enemigos de Dios. En primera línea figura David, el vencedor de Goliat, el cantor inspirado que lega á las generaciones futuras unos himnos inmortales que ensalzaran de edad en edad la gloria, la bondad, la misericordia, el poder de Dios.

Después de David sigue Salomón, el pensador más profundo de su época, el primer sabio, el monarca más rico del universo.

Viene más tarde Zorobabel, dirigiendo sus pasos hacia el templo nuevamente reconstruído, y cuyas sonoras bóvedas retumban á los sonidos de los instrumentos suspendidos poco antes en los sauces que se elevan junto á las márgenes del río de Babilonia.

Estos son los rasgos principales de la genealogía de San José, tales como constan en el Evangelio. «Luego, concluye de ahí san Bernardino de Sena, la nobleza de los patriarcas, de los jueces, de los reyes se resume y se



SIMEON ELISEO

termina en José, como el último tronco del árbol genealógico de su familia [1].»

Razón tenía san Ildefonso en afirmar que no hay familia alguna, sea la que quiera la excelencia de su extracción, que pueda alegar en su favor una parentela tan digna de respeto como la de María y José [2].»

¿Hay otra casa como la de José que pueda presentar títulos nobiliarios de cuarenta siglos de fecha?

Comprendemos que la nobleza de los antepasados no basta para enaltecer á un hombre; que el engrandecimiento personal debe obtenerse por lo que hay de más noble en nosotros que es la virtud. Tan persuadidos estamos de esta verdad que abrigamos la convicción de que el vicio imprime en la frente del hombre un sello de depravación tanto mayor cuanto más elevada es su alcurnia.

Pero José, más que ser honrado con los timbres de nobleza de su familia, él la honró con lo preclaro de sus virtudes, y por elevado que fuera el concepto que pudiese merecer por la aureola de gloria que rodea á sus ilustres abuelos, nada le sublima tanto como el majestuoso pedestal de santidad levantado por sus méritos personales.



¡José! Así se llamaba el augusto personaje de quien nos venimos ocupando. Este solo nombre es todo un panegírico. El príncipe de la Teología cristiana, santo Tomás de Aquino, escribe: «Conforme consigna Aristóteles, cuando á una cosa se le da un nombre, en este nombre, por punto

[1] *Serm. S. Joseph.*, art. I, c. II

[2] *Serm.* III *de Assumpt.*

general, va la definición, el carácter del objeto á que se aplica.» Los nombres que se imponen dependen regularmente de alguna particularidad de las personas á quienes se dan, y nuestro propio apellido tiene su origen y su explicación en el apellido que llevaron nuestros mayores. A un general ilustre se le da por título el nombre del lugar donde tuvo una señalada victoria, título que recuerda á los descendientes las glorias de la familia.

La mayor parte de los nombres hebraicos como de los griegos tienen una significación simbólica.

Sin salir de la familia de nuestro gran santo nótese que su ascendiente Abraham significa *Padre de un gran pueblo;* Salomón significa *pacífico;* David *muy amado;* Heliachim ó Joaquín *preparación del Señor;* Ana *graciosa*, y así tantos otros.

Al adquirir un nuevo carácter ó ascender á una nueva dignidad somos, por regla general, designados con un nombre nuevo.

Un nombre nuevo recibe el esclavo que se emancipa; la joven que entra en religión.

«Este ha sabido conquistarse un nombre,» decimos del que por su saber, por su valer personal ó por su posición adquiere entre sus semejantes un título á la estimación pública. «Es un desgraciado, sin posición, sin nombre,» se dice de algunas gentes que no se las juzga merecedoras de ocupar ciertos puestos.

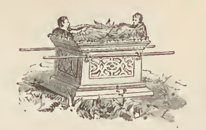
La insuficiencia humana puede engañarse al dar á una persona, á una cosa una denominación inconveniente; Dios no se engaña jamás, y la fe no nos deja la menor duda respecto á que Dios se ha reservado en distintas ocasiones el derecho de dar por sí mismo nombre á ciertos personajes destinados á especial celebridad en la marcha religiosa del humano linaje.



Al Padre de los Creyentes, á la Madre del Hombre-Dios, al Precursor del Mesías, al primer jefe de la Iglesia el nombre que llevaban les vino del cielo.

Es verdad que el divino libro del Evangelio y la tradición guardan silencio respecto al origen del nombre de José. Sin embargo, hay razones muy poderosas para suponer que el nombre á José se lo puso Dios. El padre nutricio de Jesús, dado el carácter de su destino en la tierra, no había de verse privado de una honra de que disfrutaran otros que no habían de ejercer una misión providencial tan importante. Estaba demasiado identificado con Jesús y María para que su nombre no tuviese un origen igual al de los demás miembros de la Sagrada Familia.

Y si fué Dios quien á José le impuso su nombre, éste debe tener una significación tal, que baste para iniciarnos en el secreto de la portentosa vida que nos viene ocupando.



Veamos, pues, lo que significa el nombre del santo esposo de María.

Raquel, la querida esposa del patriarca Jacob, contemplaba sonriendo sobre sus rodillas al hijo de sus esperanzas, y exclamaba: «Se llamará José, porque está destinado á *hacer que crezca* la alegría de su madre.»

Hé aquí insinuada la misteriosa significación del nombre de nuestro santo.

Citaremos otro hecho bíblico que está enteramente en armonía con el que acabamos de consignar.

El patriarca Jacob iba á descender al sepulcro. Rodea-



ban su lecho de muerte sus doce hijos que habían de ser jefes de las doce tribus de Israel y que pagaban al ilustre agonizante su tributo de afecto y de lágrimas. Próximo á exhalar el postrer suspiro el venerable patriarca, extiende su mano casi helada por el frío de la muerte y va á dar á cada uno de sus hijos una última y especial bendición. Había acabado de profetizar á Ruben su decadencia, á Simeón y á Leví la dispersión de su heredad, á Judá su futuro principado, á Zabulón su prosperidad comercial, á Isacar su paz doméstica, á Gad y á Dan el éxito de sus batallas, á Azer y á Neftalí su dicha y su opulencia. De pronto el augusto patriarca se recoge, imprime á su acento especial solemnidad, y haciendo un supremo esfuerzo dice: *José es hijo de progreso; él crecerá siempre. Filius accrecens, Joseph, filius accrecens* [1]. Que es como si le dijera: —Acabo de predecir á tus hermanos su destino; saben adónde van. En cuanto á tí, José, no puedo describirte el gran porvenir que te aguarda. Lo que te digo es que tú crecerás siempre.

Hé aquí una magnífica revelación de lo que había de ser nuestro santo en el culto de las sociedades cristianas. La profecía formulada por el patriarca moribundo sobre el protegido de Faraón contenía á la vez el anuncio de las glorias del Padre nutricio de Jesús. Como el José de Egipto, el José de Nazareth está destinado á crecer, á crecer siempre; su gloria debía agrandarse á proporción de la marcha de los siglos cristianos. El culto á San José había de ser á manera de un astro luminoso que permanece primero como oculto tras del horizonte, que se levanta después con majestad, y acaba por brillar en todo su apogeo haciendo reflejar la magnificencia de sus resplandores sobre todo el mundo cristiano.

[1] Gen., XLIX, 22.

Aumento, crecimiento, progreso; tal es la significación que todos los comentadores atribuyen al nombre de nuestro ínclito personaje [1]. Alberto el Grande escribe: «El nombre de José, que quiere decir *crecimiento,* expresa el concepto propio del gran santo destinado á crecer ante sí mismo, ante sus semejantes y ante Dios, en grandeza, en la sublimidad de sus virtudes, en la extensión de su gloria, en el amor que había de inspirar, en la unión íntima con la madre de Dios, en la paternidad de Jesucristo según lo que públicamente aparecía.» San Bernardo escribe á su vez: «El sentido de este nombre, que significa *crecimiento,* nos revela quién fué José. No llevó únicamente el nombre del antiguo patriarca, sino que compitió ventajosamente con él en castidad, en inocencia, en virtudes de todas clases. Aquél en sueños conoció sucesos que guardaba ocultos el misterioso libro del porvenir; éste en sueños también conoció misterios altísimos que se reservaba la divina Inteligencia. El ministro de Faraón guardó las cosechas, no para sí mismo, sino para el pueblo; el esposo de María recibió y guardó para él y para todo el mundo el pan vivo bajado del cielo.»

No anticipemos los acontecimientos.

En el decurso de esta historia vamos á ver cómo José, desde la mañana de su existencia, hace al Criador donación entera y absoluta de sus pensamientos, de sus afecciones, de todo cuanto vale y cuanto tiene.. Veremos en él un espejo

[1] *Corn. á Lap.*, cap. 49 in *Gen.*, v. 22.

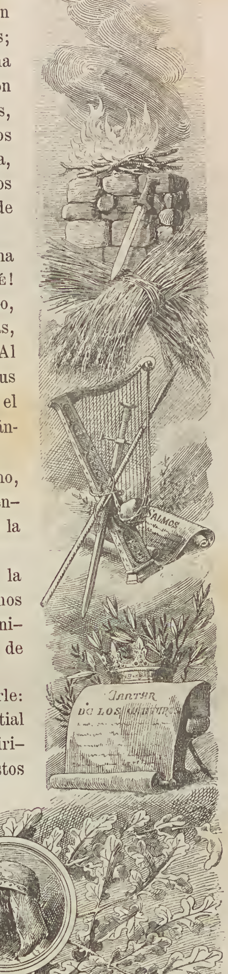
en que se reflejan las hermosuras celestiales sin que lo empañe ni la más ligera sombra; le contemplaremos como un astro que con el tiempo va aumentando sus resplandores; la vida de José nos aparecerá á manera de flor delicadísima que se desarrolla, que abre su capullo á favor de la acción de un rocío todo celestial, exhalando preciosos perfumes, fascinando con la belleza de un alma sin igual á cuantos aciertan á comprender el valor de la hermosura íntima, esta hermosura que no pasa nunca desapercibida á los ojos de Dios por mucho que á veces se oculte á las miradas de los hombres.

Limitémonos por ahora á repetir este nombre que suena tan dulce, tan encantador para todo oído cristiano. ¡José! Dios engrandeció este nombre aun antes del cristianismo, queriendo que lo llevase uno de los más augustos patriarcas, uno de los más ilustres personajes de la Ley Antigua. Al venir el Hijo de Dios á la tierra, el primer nombre que sus divinos labios pronunciaron, después del de María, fué el de José. Este nombre Jesús lo repetía con frecuencia rodeándolo siempre de respeto y amor filial.

Después de la muerte de Jesucristo, el venerable anciano, que fué el primero en tocar el cuerpo inanimado del Redentor del mundo, que lo bajó de la cruz, que lo depositó en la sepultura, se llamaba José.

¡Con qué ternura pronunciaría el nombre de José la Virgen Madre unida á él con lazos tan puros, tan estrechos y tan cordiales! María fué la que abriendo los cielos manifestó á santa Gertrudis que al pronunciar el nombre de José los santos del paraíso se inclinan respetuosos.

Cuando un ángel se dirige á Ezequiel se limita á decirle: «*Hijo del hombre*, ponte en pié;» cuando un espíritu celestial habla á san Pedro le dice: «*Levántate pronto*;» al dirigirse otro ángel al Evangelista san Juan le habla en estos

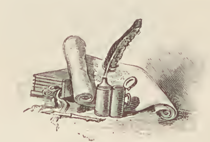




términos: «*Escribe lo que ves.*» Parece que los ángeles no tienen en cuenta los nombres de estos personajes, puesto que ni siquiera los pronuncian. Pero cuando un enviado del cielo tiene que hablar á José le llama respetuosamente con su nombre y trata al humilde carpintero de Nazareth, como príncipe de la casa de Judá: «¡José, hijo de David!»

De entre todos los santos como hay en el cielo no vemos que el nombre de ninguno de ellos vaya asociado al de Jesús y al de María como el de José; nombre que después del del Hombre-Dios y el de la Virgen Madre ocupa el primer puesto en el cielo y en la tierra; nombre que no lo pronuncian nuestros labios sin que se abra nuestro corazón á la esperanza, sin que alumbren nuestra inteligencia nuevas claridades.

Los cristianos manifiestan su predilección en favor de este nombre imponiéndolo frecuentemente á los infantes que reciben las aguas del bautismo; lo invocan en la hora del infortunio; es la primera palabra que al despertar pronuncian y la última que sale de sus labios al entregarse al descanso; quieren que figure como un sello de bendición en sus más arduas empresas, y los justos al agonizar lo balbucean porque ven en él como una prenda de inmortalidad dichosa.



El padre de José de Nazareth como el del José de Egipto se llamaba Jacob.

Era, conforme llevamos dicho, un noble vástago de la raza más ilustre del mundo que, depositaria de las divinas



promesas, dió á Israel sus mejores reyes, sus héroes más grandes y más famosos.

Los padres de José habían sin duda venido á parar á una posición social modesta, pues el Evangelio le coloca entre los artesanos, sin darle ninguna de estas distinciones terrenas que tanto halagan la vanidad de los mortales. Sor Emmerich, en una de sus revelaciones, ocupándose de la pobreza de la familia de José, sin contradecir la opinión común, da la siguiente explicación:

Algunos extrañarán que el Evangelio guarde silencio sobre un punto que excita naturalmente nuestra piadosa curiosidad. ¿No es esto acaso una lección que Dios quiere darnos? Otros hechos hay también referentes á la Santísima Virgen y al niño Jesús respecto á los cuales el Santo Evangelio no ha juzgado conveniente instruirnos. Parece, por el contrario, que quiere darnos á entender el poco valor que para él tienen las distinciones terrenales de las que tanto se paga y tan locamente se preocupa nuestro orgullo, puesto que lo poco que nos dice respecto al origen y antecedentes de José y de María, lo menciona indirectamente, sólo refiriéndolo al misterio de la Encarnación.

La elección que hace de estas augustas criaturas para llenar el más grande de sus designios, ¿no es por ventura un patente testimonio de la preferencia que da á la virtud pobre, humilde, desprovista de los favores del siglo? Sí; hay en esto una enseñanza divina cuyo sentido á nadie puede ocultarse, cuya enseñanza consiste en el poco valor que da Dios á las vanas grandezas de la tierra.

Después de todo, el Salvador del mundo será de sangre real y reinará sobre todas las naciones y su gloria sobrepujará la de los más grandes reyes. ¿Cómo conciliar extremos tan distintos? Admiremos una vez más los medios tan sencillos y tan seguros de que se vale la Providencia



en la realización de sus designios más altos y más admirables.

Dios había prometido solemnemente que el Mesías descendería de Abraham, Isaac y Jacob, por medio de David, hijo de Jessé: por consiguiente, para que jamás pudiera dudarse del cumplimiento de profecía tan fundamental había resuelto dar ante el mundo á este Hijo prometido un padre nutricio y una madre, descendientes ambos del Santo rey y perteneciendo á su raza. Pero, por otra parte, entraba en el plan sublime de la Redención el confundir el orgullo humano, trastornando de un modo radical sus falsas ideas. La divina sabiduría quería minar por su base el vasto sistema de errores que hacía consistir la grandeza y la dicha del hombre en el brillo de las dignidades y la abundancia de las riquezas. Estaba determinado en los decretos eternos que el Verbo derribara todo este castillo de ilusiones por medio de su prodigiosa humildad aun antes de proscribirlas con su palabra. Nacer en pobre cuna, de una familia pobre; vivir en el modesto taller de un artesano, á quien llama su padre, es una lección de humildad que nos da Jesús con su conducta, antes de inculcar esta virtud con sus elocuentes predicaciones.

Hé aquí cómo tienen exacto cumplimiento las profecías y se realizan los altos designios de Dios. Nacerá de una Virgen inmaculada perteneciente á la familia de David, de un padre y madre pobres, pero eminentes por su preclara estirpe y su santidad, y á esta madre la preparará en el silencio del retiro, por medio de gracias incomparables, á ser la madre del Hijo Divino. En otra casa, también de la misma familia, hará nacer á un hombre según el corazón de Dios, oscuro ante el mundo, pero radiante de resplandores espirituales que le hagan digno de ser el esposo de la Madre del Rey de reyes y el jefe de la Sagrada Familia.



Ambos crecerán sin conocerse en su humilde condición para unirse cuando suene la hora de la Providencia.

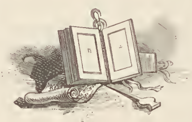
Serán depositarios del Niño Dios, quien crecerá á su sombra en el hogar más humilde del pueblo más desconocido del mundo. No cambiarán su género de vida, sino que seguirán en su humildad y en su pobreza y jamás tendrán parte en las grandezas del mundo. El Hijo del Altísimo, en el orden temporal, lo que á María y á José les proporcionará serán ansiedades y pruebas.

Pero bajo el punto de vista sobrenatural y divino ¿qué son estas dos humildes criaturas? Lo que hay de más grande y más santo en el mundo. María, más perfecta y más rica en gracias que los serafines, dice san Epifanio, es ya en la tierra digna de ser Reina de los cielos. José es el hombre que ha recibido más privilegios divinos. El Señor le colmó de sus bendiciones. Esta augusta familia representará en la tierra á la Santísima Trinidad del cielo: bajo este respecto todo en ella es grande, todo celestial; ideas y afectos, inteligencia y corazón, todo está perfectamente armonizado.

Perdónesenos esa digresión á que nos ha conducido el precioso recuerdo de la Sagrada Familia, y volvamos á la infancia de San José.

En el silencio del divino Libro, y á falta de datos históricos, séanos permitido acudir á la venerable sor Catalina Emmerich, quien nos proporcionará detalles que no tienen, si se quiere, otra autoridad que la que le da una vida la más santa y una ingenuidad la más atractiva é insinuante, pero cuyas revelaciones no dejan de ser la obra

de un gran sentimiento religioso expresado en magnífica forma artística, merecedora de la atención cristiana, y hasta de la simpatía de todo espíritu recto é inteligente.



La casa de los padres de José, situada delante de Bethleem, dice, había sido antiguamente la casa de David. Era un gran edificio, que se restauró siguiendo las antiguas construcciones de Jessé, y que conservaba aún las señales de su remota antigüedad. Precedíale, como en las casas patricias de la antigua Roma, un patio rodeado de galerías



Torre de David, en Jerusalén

cubiertas, que se prolongaban alrededor de las habitaciones. En los cuatro ángulos levantábanse pequeñas torres muy semejantes á las del palacio de David en Jerusalén. En uno de los lados, bajo una pequeña construcción de piedra,



se veía una fuente de la cual manaba el agua que salía de boca de unas toscas esculturas. La cubierta de la casa, llana según la costumbre de los judíos, sostenía otra pequeña torre que remataba una cúpula. El piso superior habitábanlo José y sus hermanos, vigilados por un judío de alguna edad que les servía de preceptor. Dormían estos niños en una pieza espaciosa, en lechos separados por unas como esteras, y compuestos sencillamente de un cobertor que arrollaban junto á la pared después de levantarse.

Sor Emmerich en sus revelaciones los ve á menudo jugando y trabajando.

Eran seis hermanos, de los cuales José fué el tercero, distinguiéndose especialmente de los demás por su buen carácter y sus sentimientos piadosos. Desde su primera infancia manifestó cualidades extraordinarias que eran como el augurio de su sublime vocación. Representaos uno de estos niños puros, modestos, en cuya cándida frente se descubre una hermosura angelical; esos rasgos peculiares que vienen á ser el sello de los elegidos. La inocencia de su alma se refleja en los perfiles de su fisonomía; de sus ojos se desprende un destello celestial; su sonrisa tiene algo de divina. Se ve que Dios habita en su corazón. Todos le quieren, todos le acarician; nadie se atreviera á cometer delante de él una mala acción. Tal era José, el ángel del hogar; el más puro, el más dulce, el más amable, el más simpático entre sus hermanos.

Sentía un placer tan pronunciado por la oración que á menudo se retiraba para prosternarse ante el Dios de Israel y recibir sus inefables favores. Más de una vez se le sorprendió en una especie de éxtasis, en el que llegaba á abstraerse por completo de cuanto pasaba á su alrededor.

No se vaya á creer que estos niños privilegiados sean esquivos, taciturnos; al contrario, ninguno como ellos se



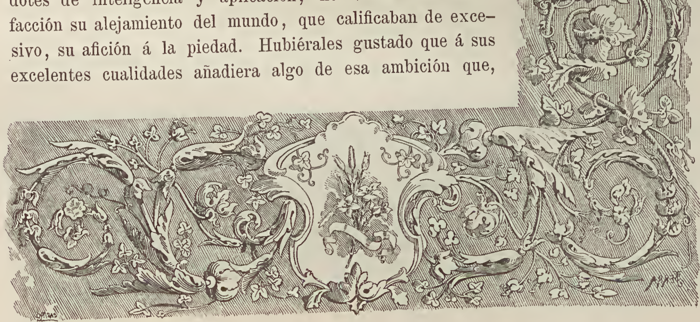
demuestra tan ingenuo, en ningún otro se ve un carácter más igual, más festivo, más ingenioso en sus palabras, más agraciado hasta en sus juegos infantiles. Su hermosa naturaleza no es menos apta, desde muy temprana edad, para las cosas serias, y especialmente para las prácticas religiosas. Gustan de las grandes verdades; aman en todo el orden, la armonía, y en aquella edad en que los demás niños aciertan apenas á reflexionar, ellos en toda su conducta manifiestan un amor precoz de lo verdadero, de lo bueno y de lo sublime.

A medida que se desarrollan sienten más repugnancia á la compañía de los muchachos ligeros y frívolos; perciben un natural desvío hacia los que emplean palabras inconvenientes. La malicia del mundo los retrae algunas veces de su conversación hasta el punto de hacerles desear la soledad; y esta provechosa repulsión les aparta de los placeres peligrosos que son escollo fatal para la virtud de los jóvenes. Algunos aspiran desde luego á la vida religiosa ó sacerdotal; buscan comunicaciones frecuentes con Dios, mientras temen comunicarse con el mundo. Se ha visto á jóvenes como san Luis Gonzaga, san Estanislao y muchos otros menos ilustres pasar largas horas en oración y en la contemplación de los misterios divinos. El cielo se abría para ellos y Dios se complacía en colmarlos de sus bendiciones. Así es como José, más piadoso que sus hermanos, se preparaba por medio de ferviente meditación á la sublime intimidad que más tarde debía alimentar con el Verbo encarnado; y el Padre celestial, que le había elegido para estas inefables familiaridades, realizaba en su corazón, por medio de la gracia, prodigios de santificación para elevarlo á la altura de sus gloriosos destinos.



Una ruda prueba debió sufrir este santo niño, como la sufrió el primer José y como la sufren casi todos los que abrigan en el fondo de su alma una virtud verdaderamente superior. Sus hermanos, fuese por envidia ó maldad, se pusieron en lucha abierta contra él, y valiéndose de fútiles pretextos le hostigaron de mil maneras hasta en sus mismos entretenimientos propios de la edad. No se contentaron con hacer burla de José é injuriarle, sino que de las palabras pasaban á las obras, no perdonando medio para molestarle y afligirle. Por ejemplo, dice sor Emmerich, tenían alrededor de la casa un pequeño jardín cuyo cuidado era para ellos alegre campo de emulación. José veía con frecuencia su porción devastada por sus hermanos. Un día el santo niño se alejó para entregarse á su rezo; le sorprendieron en extática inmovilidad, y entonces uno de los hermanos empezó á golpearle de un modo sañudo. Pretextando que José no se apercibía de ello, los demás le maltrataron también con tal violencia que cayó sobre las baldosas de la galería lastimándose notablemente. Vuelto en sí de su éxtasis, José ni siquiera manifestó enojo, sino que se dirigió á un sitio más apartado á continuar su oración. Y esto no fué causa de que sintiese menos cariño y ternura por sus hermanos, quienes siguieron mostrándose insensibles á tanta virtud, sin obtener José otra recompensa que la que Dios proporciona á los que obran bien.

Sus mismos padres, aunque sabían que José no les causaba el menor disgusto, antes al contrario, era el más respetuoso, el más obediente, el que cumplía mejor todos sus deberes, el más querido de su preceptor por sus dotes de inteligencia y aplicación, no veían con satisfacción su alejamiento del mundo, que calificaban de excesivo, su afición á la piedad. Hubiérales gustado que á sus excelentes cualidades añadiera algo de esa ambición que,



según las miras terrenales, constituye una garantía de más próspero porvenir. ¡Abundan tanto estos padres que se ocupan casi exclusivamente de la tierra! El joven José, para evitar los malos tratamientos, iba á menudo al otro lado de Bethleem, donde se hallaban unas grutas abiertas en las rocas y habitadas por mujeres piadosas que pertenecían á una comunidad de Esenios. A más de la oración y la contemplación dedicábanse á instruir á algunos niños y á cultivar unos modestos jardines.

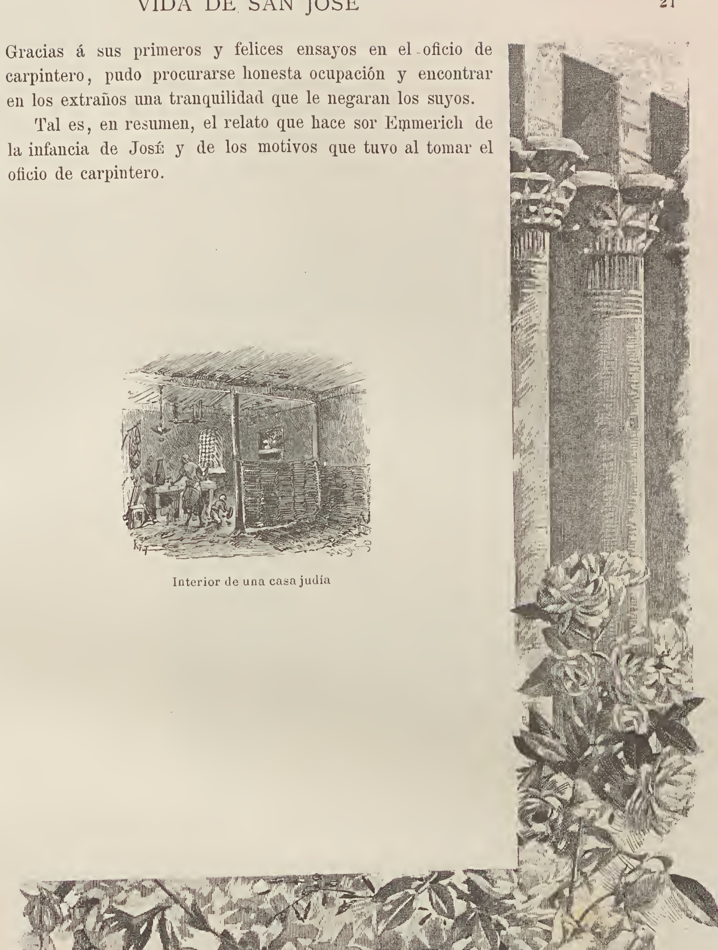
Los Esenios venían á ser una orden religiosa consagrada á vida más austera que la de los demás judíos. Había sus comunidades de hombres y sus comunidades de mujeres, como en la mayor parte de las órdenes religiosas. A menudo, dice sor Emmerich, mientras que los Esenios rezaban á la luz de una lámpara pendiente de las paredes de la roca las oraciones escritas en un pergamino, ví al pequeño José buscar allí un refugio contra la persecución de sus hermanos y rezar con ellos. Le ví también detenerse en las peñas á la sombra de una de las cuales nació después Nuestro Señor Jesucristo. Allí rezaba, allí se ocupaba en transformar algunas piezas de madera. Un carpintero anciano tenía su taller vecino á los Esenios: José iba á menudo á su casa, aprendiendo poco á poco su oficio. Y lo aprendió con más facilidad cuanto que no ignoraba ciertos elementos de geometría que le inculcó su excelente preceptor.

Las vejaciones que tuvo que sufrir durante largo tiempo fueron tantas, que al fin se le hizo imposible continuar en la casa paterna, donde el mal proceder de sus hermanos le creaba continuos obstáculos á la tranquilidad de su apacible espíritu. No por esto les manifestó aversión; abrigaba un alma demasiado generosa; pero tuvo que ir á buscar lejos de la familia una existencia menos angustiosa.



Gracias á sus primeros y felices ensayos en el oficio de carpintero, pudo procurarse honesta ocupación y encontrar en los extraños una tranquilidad que le negaran los suyos.

Tal es, en resumen, el relato que hace sor Emmerich de la infancia de José y de los motivos que tuvo al tomar el oficio de carpintero.

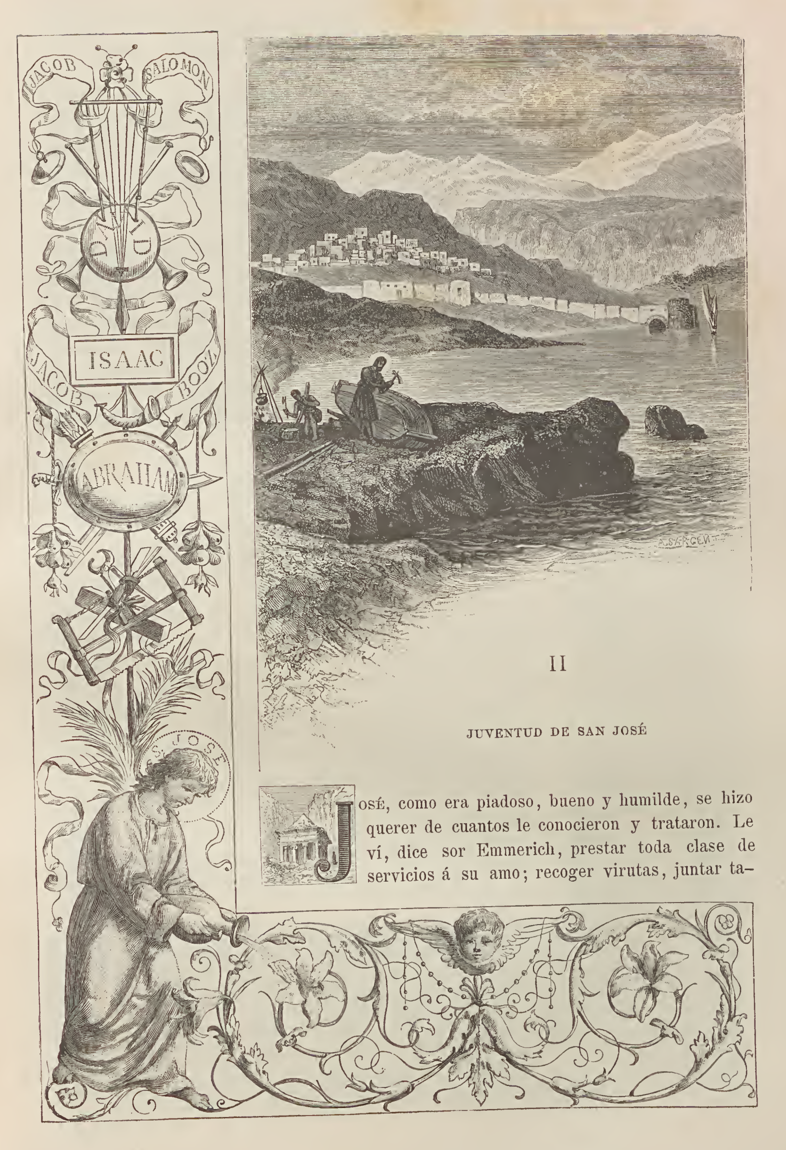


Interior de una casa judía



Capitulo

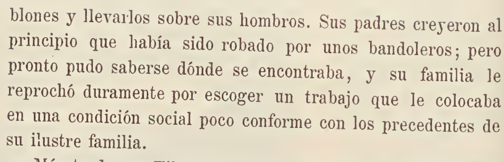
II



II

JUVENTUD DE SAN JOSÉ

José, como era piadoso, bueno y humilde, se hizo querer de cuantos le conocieron y trataron. Le ví, dice sor Emmerich, prestar toda clase de servicios á su amo; recoger virutas, juntar ta–



blones y llevarlos sobre sus hombros. Sus padres creyeron al principio que había sido robado por unos bandoleros; pero pronto pudo saberse dónde se encontraba, y su familia le reprochó duramente por escoger un trabajo que le colocaba en una condición social poco conforme con los precedentes de su ilustre familia.

Más tarde, en Tiberíades, le ví trabajar con otro dueño. Vivía solo en una casa á orillas del lago. Tendría entonces treinta y tres años de edad. Tiempo hacía que sus padres habían muerto en Bethleem, donde continuaban residiendo dos hermanos suyos. Los otros desaparecieron de la casa paterna, que pasó á otro propietario, decayendo decididamente de su pasado esplendor aquella familia, que había en épocas anteriores ocupado lugar tan distinguido.



José, piadoso como era, rogaba fervorosamente por el advenimiento del Mesías. Ocupábase en arreglar junto á su habitación un oratorio donde pudiese con más tranquilidad entregarse á sus actos de devoción, cuando se le apareció un ángel y le mandó dejar este trabajo, porque así como Dios en otro tiempo confió al patriarca José la administración de los trigos de Egipto, iba ahora á confiar á su solicitud el granero que encerraba la miés de la salvación.

José, en su humildad, no comprendía estas palabras. Continuó rogando con fervor, hasta el día en que se le llamó al templo de Jerusalén para ser, en virtud de una prescripción de lo alto, «el esposo de la Santísima Virgen.»

José se había consagrado al trabajo desde muy joven, como todo hombre de bien que no tiene otro medio de que vivir. Podemos aplicarle estas palabras de la Sagrada Escritura que convienen igualmente á Jesucristo Nuestro Señor: «Soy pobre y estoy dedicado al trabajo desde mi juventud.» Respecto á este punto el Evangelio está muy explícito. Leemos en él que fué José un simple artesano, y la tradición más respetable añade que la ocupación á que se dedicaba era la de carpintero, ó á lo menos lo que más se asemejaba en aquella época á dicho oficio. No pueden fijarse de una manera precisa los trabajos comprendidos en esta denominación, pero es dable suponer, conciliando todas las opiniones de los antiguos, que comprendía la carretería, la carpintería y la cerrajería. Bossuet nos dice que se enseñaban en la primitiva Iglesia arados atribuídos á Nuestro Señor, que trabajaba al lado de José. Es todo cuanto sabemos respecto al particular, y esto sólo basta para nuestra edificación.



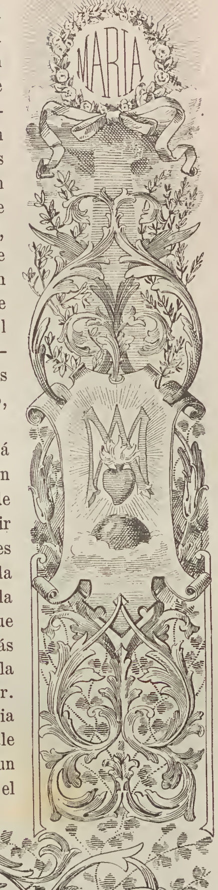
El Evangelio nada nos dice de la juventud de San José; pero nos deja suponer, conforme á la tradición y á las visiones de sor Emmerich, que este hombre elegido de Dios llevó una vida muy santa en su oscura condición, lo propio que la Virgen María en el templo. Uno y otra, sin conocerse, estaban animados de una aspiración común, que era el que se realizasen pronto las profecías de cuyo cumplimiento dependía la salvación del linaje humano. Si la eterna sabiduría nos dice en los proverbios: «El hombre será cuando viejo lo que habrá sido en su juventud,» ¿no



podemos cambiar la proposición y deducir de ella esta máxima no menos cierta: «El hombre fué en su juventud lo que le veis siendo en su vejez?» Podrá haber excepciones; pero como las hay en todos los proverbios sin que éstas destruyan la regla. Sabemos que San José fué un modelo de artesanos, de esposos, de padres de familia, y no hay motivo alguno para dudar de que desde su juventud tuvo costumbres virtuosas, entre ellas el amor al trabajo, cuando se ve que por esto mismo se atrae la elección de Dios, y además se observa la magnanimidad conque lucha contra la pobreza y soporta las más rudas privaciones, ya en Egipto, ya en Galilea, para alimentar y proteger á Jesús y María. Un esposo, un jefe de familia que practica con tanto heroismo y tanta perseverancia las hermosas virtudes de que nos da ejemplo este santo, creedlo, hubo de ser un joven de un gran corazón y dotado de las más ricas cualidades. Fué la gloria de su familia, mereció y obtuvo la confianza de sus patronos, se hizo admirar por un alma, por un corazón verdaderamente religioso que prestaba un encanto celestial á sus cualidades naturales y un mérito sobrenatural á sus obras más vulgares y sencillas. Tal fué el piadoso José, el elegido de Dios, cuando en su juventud vióse confundido entre los artesanos de la Judea.



Notaréis entre los jóvenes aprendices que trabajan en nuestros talleres, que los que se distinguen como más laboriosos, más sumisos, más prudentes, al llegar á hombres son los mejores padres de familia, los ciudadanos más probos, los hombres más honrados. Al contrario, los que



anteponen el placer al deber, no aman el trabajo, llegan tarde al taller ó lo abandonan por el menor motivo; se quejan continuamente de la ocupación que se les señala, la hacen aprisa y mal; se empeñan en que se les dé más de lo que merecen y se les reconozcan disposiciones de talento y actividad que no tienen; murmuran de su estado, sienten envidia y hasta odio por los hombres de letras, por los ricos, y sueñan en un porvenir halagüeño al que quieren llegar sin poner de su parte otra cosa que una muelle ociosidad. Estos serán toda su vida malos trabajadores, perezosos é ineptos; padres que carecerán del sentimiento de su deber; ciudadanos díscolos, y Dios quiera que no acaben en el crimen. Sé que no faltan muchos que, después de haber pasado la juventud en la holganza ó hundidos en el lodo de miserables pasiones, aleccionados por rudas experiencias, acaban por ser hombres serios y á veces honrados ciudadanos, hábiles industriales; pero vuelvo á repetirlo, esto no es la regla general; esto es la excepción.

El buen obrero muestra desde su aprendizaje lo que será un día; empieza por aceptar, sin murmurar, la condición en que Dios le coloca, y sólo se ocupa de los medios de asegurarse, por medio de la laboriosidad, un porvenir honrado; se esmera en sobresalir en su oficio, y si es cristiano, en merecer eterna recompensa en una vida mejor. No ansía estas posiciones brillantes en que sueña la imaginación, á menudo para su propia desdicha, sino que prefiere prudentemente la paz de una manera de vivir más modesta que la fe y la piedad circunda de preciosa aureola ya en la vida y que Dios premiará en un mundo mejor. La fe que llena su alma le dice que la riqueza y la gloria terrenal nada añaden al mérito de un hombre; que vale más á los ojos de Dios y de las gentes de buen sentido un honrado obrero que llena dignamente su misión que el

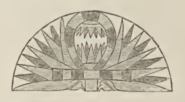
orgulloso personaje que se cree dispensado del trabajo ó de la virtud, porque no los necesita para vivir y ser considerado entre los hombres.



La elección que el cielo hizo de José para ser el esposo de la más grande de las criaturas y el padre nutricio de Jesús, confirma de una manera incomparable estos principios en que la fe y el buen sentido se identifican por completo. No hubieran faltado príncipes y otros personajes ilustres que se sintieran orgullosos de la alta distinción que el cielo otorgaba á José; pero Dios, que quería manifestar una vez más su desdén por los fútiles devaneos del orgullo humano, á reyes y magnates prefirió el más oscuro de los obreros. Jamás recibió la soberbia humana lección más ruda y más elocuente.

En su humildad, el joven José se había trazado un plan sencillísimo de vida tranquila y apacible como la que llevan multitud de excelentes obreros desnudos de ambición; pues no es raro el que la oscuridad proporcione las mejores dulzuras de la tranquilidad del alma. Peró la Providencia le destinaba á una vida del todo diferente. Le esperaban la persecución, el destierro. La adversidad había de presentarse en multitud de formas. ¡Qué pruebas no tendrá que soportar en no lejano porvenir por el amor de Jesús y de María! Sin que José lo sospeche siquiera, el cielo le prepara

el más ilustre de los destinos y le prepara en el trabajo y el silencio, y así templa misteriosamente su alma para cuando vengan los rudos años de su peregrinación.



Cada hombre tiene su vocación; esto es, la Providencia divina destina á cada uno un lugar que ocupar y funciones especiales que ejercer en el plan general de la sociedad, y el medio de ser dichoso y bendecido consiste en no resistir al plan divino disponiendo de sí mismo de un modo opuesto á la voluntad de Dios. Pero téngase en cuenta que quien antepone sus miras y sus concupiscencias á los designios de la suprema sabiduría más ó menos tarde tendrá que arrepentirse. En un principio no acertamos á conocer dónde quiere conducirnos; pero entregándonos con docilidad, dejándonos guiar por él, estamos seguros de seguir siempre el camino del deber, que es el que conduce al hombre á la realización de sus inmortales destinos. Si quiere salvarnos y santificarnos en una humilde condición, permanezcamos tranquilos en ella; si nos llama á posiciones más difíciles, aceptemos sin altivez, pero con valor y confianza la honra frecuentemente peligrosa conque se nos distingue. Cuando se obedece á Dios puede contarse con su socorro, mientras que hay que temerlo todo de la fragilidad humana si nos dejamos llevar por nuestros impulsos egoistas. Por los santos senderos de la obediencia y de la humildad el joven obrero José fué elevado al rango más elevado y digno de envidia; ¡admirable ejemplo que nos enseña á la vez cómo la divina Providencia gobierna todas las cosas y cómo

un alma dócil es entre sus manos el instrumento de los más grandes designios!



En nuestro tiempo la fe se extingue en muchas familias, y su lugar lo ocupan las concupiscencias terrenales. En vez de proponerse como fin obtener el cielo, búscanse los bienes materiales; no se confía en Dios y se espera todo de las propias fuerzas; presunción alimentada por el orgullo y la codicia. La causa de una de las más terribles llagas de nuestro cuerpo social es la inquieta ambición que incita á la juventud de las clases inferiores á salirse de su condición, á emprender penosamente estudios que le dan aspiraciones á elevados puestos, que dejan el campo para llenar nuestras ciudades de esa juventud que se cree sabia, cuando no es más que pretenciosa, que acaba por ir á estrujarse á las puertas de todas las oficinas, disputando á ávidos concurrentes un mezquino sueldo que no alcanza á cubrir sus atenciones. Los ministerios en las capitales, los gobiernos civiles en las provincias, las administraciones de ferrocarriles, todo está lleno de ese enjambre de supernumerarios hambrientos que hubieran sido más felices y más útiles á la sociedad en los talleres ó en el campo. ¿Son los padres en esto menos culpables que sus hijos? Cuando un joven lleno de ilusiones ha pasado diez años en las escuelas, cuando ha perdido la costumbre del trabajo manual, cuando ha contraído los hábitos del periodista ó del ciudadano rico, después de gastar la fortuna de sus padres, alimentando constantemente en éstos la ilusoria esperanza de obtener

un destino lucrativo conque resarcirles de sus sacrificios y ocupar una posición ilustre en alguna capital de primer orden, ¿cómo queréis que renuncie, á menos de una invencible necesidad, á los brillantes proyectos conque alimentó su orgullo y el de toda la familia? Por otra parte, como es imposible que la sociedad satisfaga tantos deseos á la vez, el número de los descontentos y los desdeñados aumenta continuamente, y en sus filas la demagogia socialista recluta sus más temibles agentes, pues que á alguna instrucción superficial añaden el odio contra la sociedad que la califican de injusta para con ellos por no haber saciado sus insensatas ambiciones, y esperan de la revolución social lo que no pudieron obtener á la sombra del orden constituído. Dispuestos están á sembrar desolación, ruinas por todas partes, con tal de no ver derribados los castillos de ambición que ellos se forjaron en su locura.

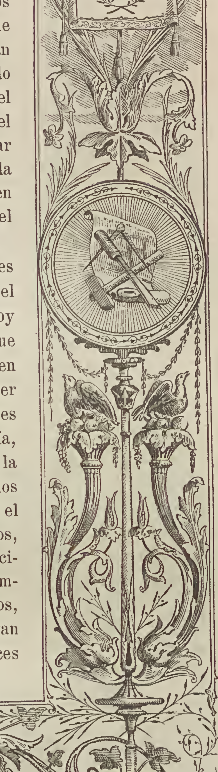
El terrible argumento de las ambiciones desdeñadas, de la pereza codiciosa, no tiene sino una contestación; su única respuesta es la fe. Por bellos que sean los discursos que pronuncien los oradores, y por fascinadora que sea la moral que prediquen los novelistas, la Religión será siempre el único obstáculo serio levantado contra las concupiscencias injustificables de las pasiones innobles, porque sólo ella posee la verdadera noción del deber; sólo ella ofrece á los desheredados de la fortuna una compensación y un consuelo real en los bienes eternos. ¿Cómo vais de otra manera á inspirar la resignación en los que sufren, la paciencia en los que esperan, la humildad en los que gimen en la abyección? ¿Cómo contendréis su ira ante la riqueza que nada en las delicias y que escandaliza al pueblo con sus prodigalidades; ante los dichosos del mundo que insultan la indigencia, embriagándose ellos en el goce, y que á las lágrimas de los que lloran responden con promesas

que no tratan de cumplir nunca; ante los talentos medianos que ocupan los más hermosos destinos y se pavonean con dignidades debidas al favoritismo y hasta alcanzadas por medio de bajezas? Los que se ven privados de estas ventajas por causas fortuitas, al reconocerse con tanta y más fuerza, valor, talento y sentido práctico que estos hijos mimados de la fortuna, no han de sentirse tentados á preguntar: ¿porqué no hemos de tener nosotros nuestro puesto en el banquete de los goces humanos? No les habléis de derecho, de deber, ni de moral alguna. Si no hay para ellos más vida que la presente, y aquí su único patrimonio es el infortunio, si el remordimiento es una ilusión, ¿cómo vais á impedirles el que se conviertan en anarquistas, desde el momento en que juzguen éste el único camino de realizar sus ideales de posición y de gloria?



La fe emplea otro lenguaje, tiene otra autoridad. La fe enseña al hombre que la vida presente es una prueba, tanto más meritoria cuanto más dura y mejor soportada, y que hay otra vida, cierta, eterna y completamente feliz, en la que los privilegios del rango y de la fortuna no constituirán otro derecho que el de ser juzgados con una severidad adaptada á los dones que se recibieron, en la que el sudor del obrero, las lágrimas del pobre, todas las pruebas de una virtud desdeñada serán tenidas en cuenta y recompensadas de una manera magnífica. La fe nos dice,

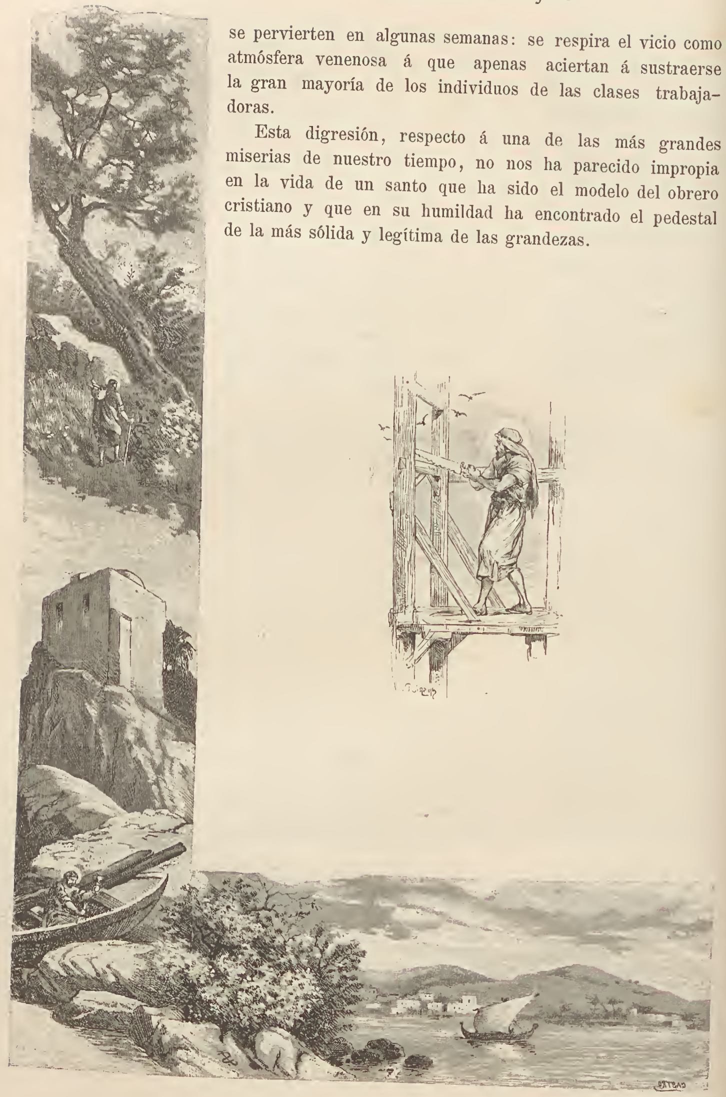
además, que tenemos un Padre que está en los cielos, que su Providencia todo lo regula, que ama á los hombres con ardor, que prefiere á los pequeños y á los pobres; un Padre cuya justicia es tan estricta, tan incorruptible como es inmensa su bondad, y que este Padre tiene un cielo donde se premiará pródigamente á los que se entregan confiados á su disposición, y si agradecen los raros momentos de dicha que se encuentran en esta vida mortal no murmuran de la Providencia divina por los males de que está sembrado este valle de lágrimas. Cuando esta fe ha penetrado en el alma y la gracia la sella con sus divinos consuelos, el hijo de Dios se resigna á todo; cesa de quejarse, de envidiar á los demás, de amenazar el orden constituído, y aguarda con valerosa resignación tiempos mejores sabiendo bien que tras del sufrir de un día hay un eterno gozar en el cielo.



Desgraciadamente parece que una multitud de escritores insensatos ó criminales tienen empeño en extinguir en el corazón del pueblo esta consoladora fe. ¿Qué vemos hoy en manos de la clase obrera? Corruptoras novelas en que se predican la irreligión y la inmoralidad. Se les dice en todos los tonos que nada tienen que esperar ni que temer en la otra vida, que lo que importa es gozar de los bienes presentes; se les inculca que la religión es una superchería, que los sacerdotes son unos embaucadores y que sólo la nueva ciencia tiene la misión de labrar la felicidad de los pueblos. Pero la verdad es que la nueva ciencia, ó sea el moderno positivismo, lo único que logra es inspirar sueños, utopias que no han de realizarse nunca sin más fin que excitar las más aviesas pasiones, extraviar el espíritu y corromper el corazón. De aquí provienen esos detestables principios, ese terrible lenguaje, esas costumbres inmorales que privan en ciertas reuniones de obreros. Los honrados aprendices

se pervierten en algunas semanas: se respira el vicio como atmósfera venenosa á que apenas aciertan á sustraerse la gran mayoría de los individuos de las clases trabajadoras.

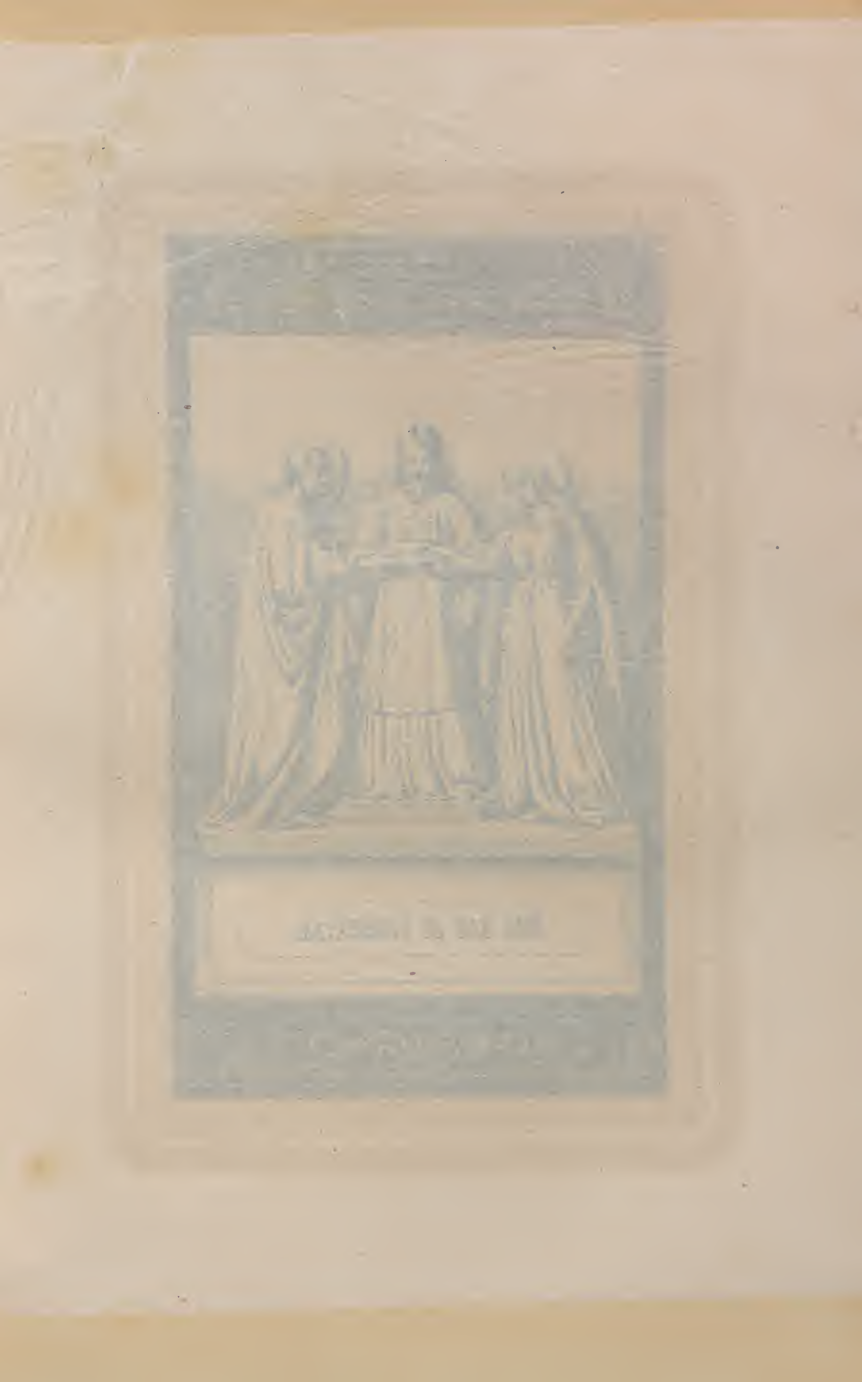
Esta digresión, respecto á una de las más grandes miserias de nuestro tiempo, no nos ha parecido impropia en la vida de un santo que ha sido el modelo del obrero cristiano y que en su humildad ha encontrado el pedestal de la más sólida y legítima de las grandezas.



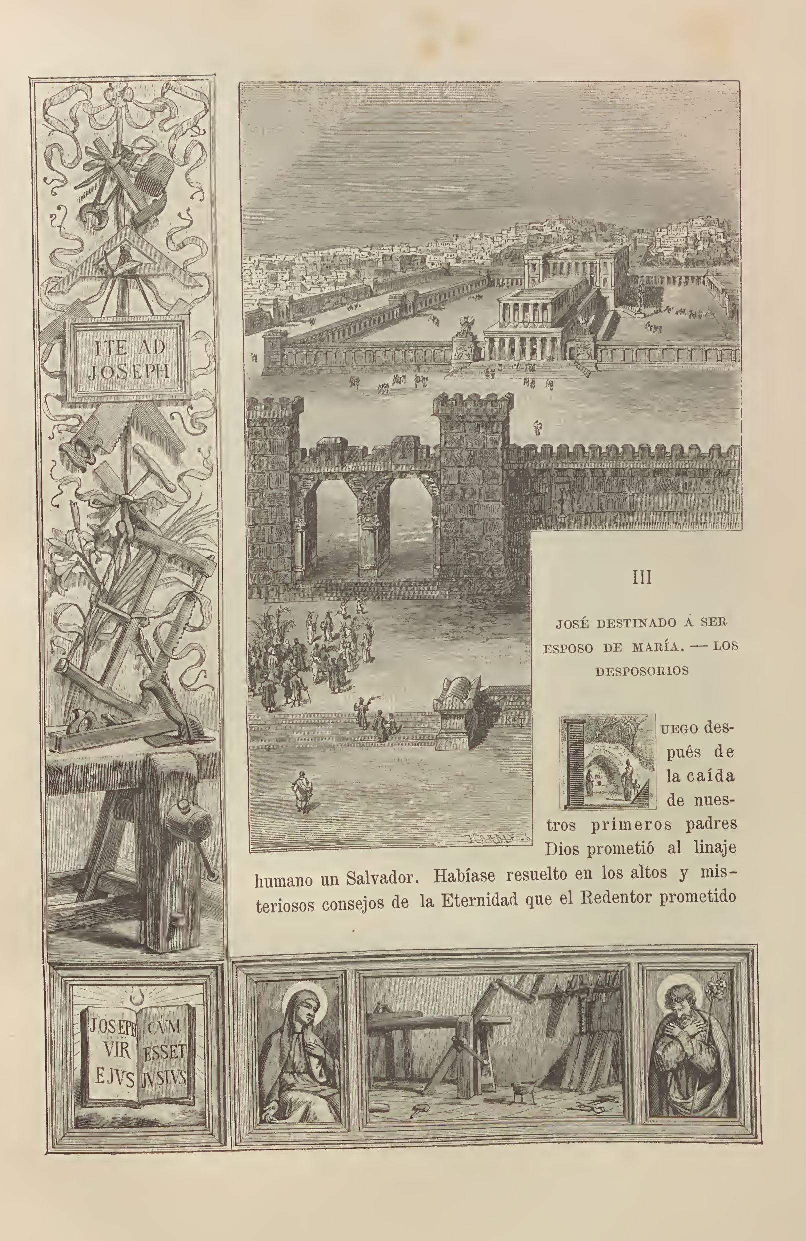


Capitulo

III




MATRIMONIO DE SAN JOSÉ

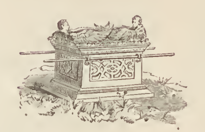


III

JOSÉ DESTINADO Á SER ESPOSO DE MARÍA. — LOS DESPOSORIOS

LUEGO después de la caída de nuestros primeros padres Dios prometió al linaje humano un Salvador. Habíase resuelto en los altos y misteriosos consejos de la Eternidad que el Redentor prometido

revistiese la naturaleza humana á fin de que el ángel de tinieblas, *inventor* de la muerte, fuese vencido por esa misma especie humana que él había empujado hacia el abismo de la mayor de las desventuras [1].



«Llegada era la época en que el Mesías prometido por los antiguos oráculos é invocado con tanto ardor por los suspiros de los patriarcas y de todos los justos de la ley antigua apareciese en el mundo.

»Se le había escogido ya una madre entre las hijas de Eva; madre á la cual la Trinidad Beatísima se dedica á enriquecer pródigamente con toda clase de dones; pero que, debiendo conservarse siempre virgen, no conviene que permanezca sola, pues es menester que estén unidas en ella la virginidad para honra de su hijo y la sociedad con un esposo para su amparo. Puesto que una mujer ha de dar un Salvador al mundo, preciso es que al lado de esta mujer haya un hombre que la proteja. Ella será la madre del Hijo de Dios, él será el padre nutricio. ¿Quién será el privilegiado mortal destinado á compartir con María tan sublime ministerio [2]?»

«Puesto que Dios trata de escoger un esposo para su hija María, dice san Bernardo, se concibe que tuviese en ello un interés mayor que el que manifestó, por ejemplo, en encontrar á un David destinado á reinar sobre la casa de

[1] S. Leo, *Serm.* I, *de nat. dom.*

[2] Huguet, *Gloires et vertus de Saint Joseph.*



Israel [1]. ¡Qué cuidados tan minuciosos pone el Señor en la elección del hijo de Jesé! «Hace comparecer, dice el gran patriarca de Constantinopla, á todos los grandes personajes á la presencia de su soberano trono; á todos los examina unos después de otros; estudia sus modales, gradúa sus fuerzas, analiza sus méritos y sus virtudes, y después de haber pasado en revista todas las perfecciones de que estaba adornada cada una de aquellas grandes almas, se fija por fin en David, le toma con su mano, le saca de en medio de la muchedumbre y le hace sentar sobre el trono más augusto del universo.»



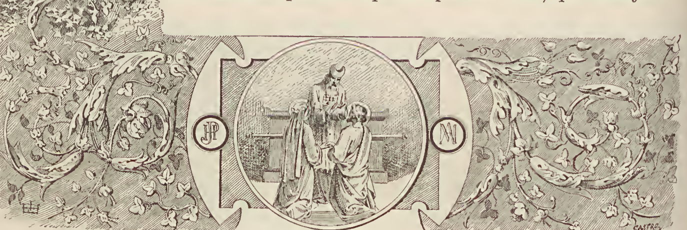
Algo parecido hubo de verificarse en los misteriosos días de la eternidad, cuando se trató de buscar un esposo para la madre del Hijo de Dios. Era éste un tesoro que valía demasiado para que no se confiara á unas manos dignas de él. Contemplemos, pues, á Dios en el misterio de su eternidad, trazando esta obra. Contempla atento el número infinito de criaturas de que su omnipotente mano había de poblar el mundo. Pasan por delante de sus ojos todos los siglos, todas las razas. Se le presenta una pléyade de santos que se adelanta con grave majestad. La Sabiduría Divina se detiene en ellos para contemplarlos. A su cabecera se encuentra un Abraham dispuesto á salir de la Caldea, á abandonar su hermosa patria, para dirigirse al país que le designará la Providencia como término de sus largas

1 *Com.* II *de Deipara.*



peregrinaciones. En la frente majestuosa de este patriarca se ve el esplendor de la fe del augusto padre de los creyentes. A su lado figura un Isaac que, cargado con la leña del sacrificio, atraviesa las peñas del Moria para ser allí inmolado con la ciega sumisión del tipo más admirable de la obediencia. Algo más allá se ve un Jacob arrebatado en éxtasis en las llanuras de la Mesopotamia; después un José adornado con la aureola de su castidad y su pudor. Ninguno de estos hombres reune las cualidades que Dios desea. Extiende más lejos sus miradas. En los desiertos de la Arabia se distingue la figura de un Moisés que dispone de los elementos como dispone un jefe de sus soldados; un Aarón cuya elocuencia inimitable ora calma las pasiones del corazón, ora eleva el espíritu hacia los mundos de lo sublime y de lo infinito. Un Josué que extiende su mano para mandar al sol que se detenga en su carrera y alumbre con sus resplandores el más brillante triunfo de los hijos de la nación escogida.

Tampoco estos personajes le satisfacen. Llama ante sí el genio de las virtudes, y la piedad le presenta un Samuel como un símbolo de la más perfecta devoción; un David representando la dulzura y la mansedumbre; un Salomón, el más sabio de los reyes, deslumbrante de oro y piedras preciosas, personificando la magnificencia; un Elías, que levantándose en su carro de fuego, da á conocer lo que puede el celo por la gloria de Dios; un Tobías seguido de su cortejo de pobres y desgraciados que publican en alta voz su pródiga piedad; los siete Macabeos representando la honra de la patria y las glorias de su familia, y en fin, Sansón, Jonatás, Ezequías, Daniel y todos aquellos hombres inmortales cuyos nombres ilustran la historia y están escritos en el libro de la vida. Ninguno de ellos es digno de tan alto puesto. Aparece por fin José, que semejante



á un sol hace palidecer á todos aquellos astros por brillantes que ellos sean. Dios ve en el afortunado patriarca todas las virtudes de los otros héroes juntos.

A la vista de José diríase que el corazón del Eterno se conmueve, y satisfecho ante aquel conjunto de grandezas y de virtudes resuelve que sea él el esposo de María.



Es ley providencial que el matrimonio tenga por una de sus bases la semejanza de los dos que lo contraen. Al querer Dios dar una compañera al primer hombre, la Escritura nos dice que se atuvo ya á esta ley y que quiso para Adán una esposa *semejante á él: simile sibi* [1].

Esto hizo Dios en la cuna del género humano; esto se comprende que había de suceder también al constituirse la familia que debía contener la salvación de la humanidad. La mujer destinada á la maternidad divina reunía en sí todas las cualidades, todas las virtudes; podemos decir que cuanto de grande puede concebirse se unió en aquel momento para contribuir á la formación de aquella criatura más divina que humana; y tanto es así, que el ángel al contemplar aquella obra maestra no pudo contener el grito de su admiración y de su entusiasmo: «Dios te salve llena de gracia, bendita tú eres entre todas las mujeres.»

1 *Gen.*, II, 18.



El que se la destinaba por esposo debía parecerse á ella. La ley providencial, que tuvo en el edén su primera y solemne aplicación, debía cumplirse para consumar otra ley de amor que había de ser el secreto de la salvación del mundo. Es el pensamiento de san Bernardo: «Era José, dice, á semejanza de la Virgen su esposa.» *Erat enim Joseph factus in similitudinem virginis sponsæ suæ.*



Esposo de María, es decir, una misma alma y un mismo corazón; pareciéndose ambos por sus inclinaciones, por sus hábitos, por su manera de vivir. Si María es la aurora que anuncia el sol de justicia, José es el horizonte iluminado por estos resplandores; la Iglesia llama á María *espejo de justicia;* el Espíritu Santo llama á José el *Justo* por excelencia. Nosotros invocamos á María con el título de *Reina de los confesores,* y José tuvo la gloria de ser el primer perseguido de la Iglesia naciente; llamamos á María *Reina de los mártires,* y José fué el primero que inmoló ante el altar del amor á Jesús su tranquilidad, el fruto de sus sudores y hasta su existencia; María es la reina de los ángeles, y como dice Cornelio Lápide, José es un sér especial, que más que colocado entre los hombres merece serlo entre los espíritus celestes. Así cuando José se prosternará ante su Dios para decirle: «La esposa que me habéis dado es la más bella y la más agraciada de todas las mujeres;» María á su vez podrá decir: «Mi esposo es la flor de los campos y el lirio de los valles.»

Con lo que llevamos dicho creemos dejar evidenciada la grandeza de nuestro SANTO. La reina que da su mano á un hombre, aun cuando éste sea un pastor, comparte con él su título y sus dignidades. Bien merece JOSÉ el título de Rey de los Santos y de los Ángeles, cuando Reina de los Santos y de los Ángeles es su esposa María.

Oculta en la soledad del templo y deseosa de no separarse jamás de aquel recinto sagrado, vive la joven María. Ofreció á Dios un voto de perpetua virginidad. No puede fijarse la época de este ofrecimiento, pero todo hace presumir que no llegó á noticia de sus padres Joaquín y Ana, pues á ser así los sacerdotes encargados de custodiar su orfandad no hubiesen pensado en escogerle un esposo. María era humilde de sobras para no guardar el secreto de este voto dentro de su corazón como en un sepulcro, sin hacer á nadie la confidencia de una resolución suya que, dadas las ideas de su tiempo, hubiera sido mal comprendida.

Nadie ignora que, por mucho que los judíos apreciasen la castidad, consideraban la virginidad como un oprobio, apresurándose todos, aun los más santos, á enlazarse con el vínculo matrimonial, con la esperanza de ver nacer de su descendencia al Mesías prometido. La fecundidad era allí una bendición especial: á la esterilidad se la consideraba como una vergüenza que se entregaba al desprecio público.

La joven María, cuya existencia venía á ser como el prólogo del Dios del Evangelio, estaba muy por encima de las ideas de su época. Enamorada de la más hermosa y más amable de las virtudes cristianas, que es la pureza, resuelta á no pertenecer á nadie más que á Dios, quiso reservar únicamente para Dios todas las inspiraciones de su alma, todos los afectos, todas las ternuras de su privilegiado corazón, y ofreció á Dios su virginidad obligándose á ella con lazos que nunca se habían de romper.



Era una revelación de la hermosura del Evangelio que hasta entonces no se había hecho sino á María.

Como hija que es de David sabe que el Mesías ha de nacer de una mujer de su raza y que ha llegado ya el término de las setenta semanas predichas por Daniel. Pero ¿qué importa? Nada es capaz de hacer que ella retire su resolución. Prefiere las inmolaciones de la virginidad hasta á las mismas glorias de la maternidad divina; y mientras todas las vírgenes de Israel ambicionan la inmensa fortuna de ser madres del Libertador prometido, María renuncia á tanta grandeza y acepta espontáneamente el oprobio público que va anexo á la esterilidad.

Iluminada por el Espíritu Santo María se anticipa á su siglo. Como descendiente de David y heredera de las promesas celestiales, aguarda con fe firme é inquebrantable su realización; pero en su humildad se cree ella valer bien poco para entrar para algo en la consumación de tan altos designios.



Así fué que cuando á la edad de los catorce años los sacerdotes encargados de ampararla se presentaron á ella para advertirle que había llegado la hora de pensar en su matrimonio, y escoger un esposo entre los miembros de la casa de David, la triste impresión que ella experimentó fué indescriptible.

A los mandatos repetidos de los sacerdotes, María contestaba anegada en llanto, pidiendo que se la permitiese respirar aquel aire de inocencia y de castidad que encontraba



en el templo, y sin el cual no acertaba á concebir la vida. Las palabras de la Virgen les causaron extrañeza primero, estupor después, y por fin hasta indignación. Vivían envueltos en una nube de antiguas preocupaciones creyendo que el Mesías Rey había de ser el resultado de la fecundidad conyugal, y que una joven de Israel estaba obligada á dar un hijo á la piadosa ambición de su familia. Lo que reclamaba la joven era, según ellos, una ignominia, una maldición que estaba en oposición abierta con toda una historia de admirables virtudes. La acusaban cuando menos de sublevarse contra la opinión pública de Israel, de despreciar los anuncios de los profetas y hacer lo posible para que fuera á extinguirse en el oprobio el nombre de su familia.

Los encargados de la joven se sobrepusieron á sus repugnancias, despreciaron sus lágrimas. Abatida bajo el peso de una profunda tristeza, la joven acude á Dios; desahoga ante Él su alma anegada en un mar de aflicciones; le suplica que la inspire y se abandona á la Providencia divina resuelta á cumplir los designios del Señor, segura como está de que han de ser conformes con los sagrados votos que ella tiene hechos.



Entre los parientes de María que tenían el derecho de aspirar á su mano, dice el abate Orsini, contábanse jóvenes hebreos que podían ofrecerle una fortuna y una posición. Una tradición tan antigua como respetable nos dice de qué manera fué escogido el esposo de la virtuosa doncella.

«Acababa, nos dice san Jerónimo, de cumplir María los catorce años [1]. El sumo sacerdote advirtió á las doncellas que habían llegado ya á la edad nubil para que volvieran á la casa de sus padres y escogiesen un esposo. Todas se conformaron á estas prescripciones, á excepción de María.»

«Era la víspera de una gran festividad, continúa diciendo san Jerónimo. El sumo sacerdote aprovechó esta circunstancia para llamar á los parientes más próximos de María y otros personajes de distinción, á fin de conferenciar con ellos sobre el partido que debería tomarse en asunto tan espinoso. Todos fueron de parecer que lo que debía hacerse era consultarlo con Dios por medio de la oración, cosa que practicaron inmediatamente. El cielo correspondió á estas súplicas. Conforme á la divina inspiración la joven debía enlazarse con un hombre justo que se comprometiera de antemano á respetar escrupulosamente su voto de virginidad [2]. Aceptada esta resolución y obedeciendo á la inspiración celestial abandonaron á la suerte la elección del afortunado esposo [3].»

Entre los descendientes de David que podían aspirar á la mano de la joven figuraba José.

Repitamos también ahora lo que dice la tradición cristiana consignada por san Epifanio, san Germán de Constantinopla y otros Padres de la Iglesia.

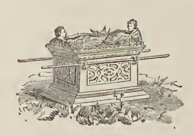
Una vara que se había colocado en el Templo se cubrió milagrosamente de verdor y de flores, mientras que una blanca paloma iba á reposar sobre la cabeza del humilde carpintero. José era manifiestamente el elegido de Dios para ejercer con respecto al Arca de la Nueva Alianza un sacerdocio cuya sublimidad hubieron de envidiar los mismos

[1] Jer., *de Ortu Beatæ Virginis.*
[2] S. Greg., *Nis. de Lum. Christi. gener.*
[3] S. Germ., *de Præs. B. Virg.*



ángeles. Si en el origen del mundo Dios colocó un querubín en las puertas del Edén donde estaba plantado el árbol de la vida, José fué el querubín destinado á ser custodio de María, nuevo Paraíso del que el primero no era nada más que un emblema.

María pudo tranquilizarse. Escuchó como una voz celestial que le dijo: «Te doy un esposo que no se opondrá á tus altas aspiraciones, sino que estará dispuesto á secundarlas; será un varón perfecto, formado según mi corazón y conforme corresponde á mis altos designios [1].»

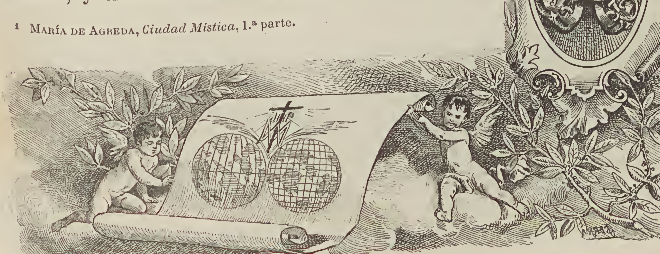


Se presenta, pues, al altar aquella mujer escogida como el sol, bella como la luna, y allí se la contempla revestida de una majestad con la que no podrían competir los mismos ángeles, rodeada de la aureola de una hermosura indescriptible.

José y María cayeron de rodillas ante la grandeza de aquel Dios que recibió sus juramentos y en presencia del cual prometieron guardarse mutuamente una fidelidad sin debilidades, un amor sin mancha. El fausto día en que se consagró la unión fué de gran júbilo para el cielo.

Considerado aquel enlace bajo el punto de vista de las miras terrenas, hubiera podido parecer vulgar el consorcio de una virgen de Nazareth con un pobre carpintero. Pero tengamos en cuenta el carácter de este matrimonio y sus destinos, y entonces «levantando la mirada al cielo, como

[1] María de Agreda, *Ciudad Mística*, 1.ª parte.



dice Bossuet, nos parecerá que contemplamos dos astros que no entran en conjunción sino porque se unen y se identifican sus mutuos resplandores [1].»

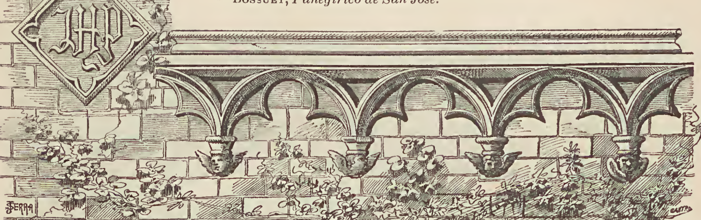


En efecto, no son dos humanidades con sus instintos terrenos que se enlazan para completarse, sino más bien dos virginidades con sus celestes aspiraciones que se encuentran en el camino de la vida, para fortalecerse mutuamente y contribuir juntas á la consumación de los designios divinos; porque, no lo olvidemos, sin esta pureza, sin esta virginidad de su común amor la esposa de José no hubiera llegado á ser la madre de su Dios, como tampoco el esposo de María tuviera la insigne honra de ser el protector y el padre adoptivo del Verbo hecho hombre.

Refiriéndose á este santo enlace, escribe Bossuet: «Se representa aquí un espectáculo que tiene admirada á toda la naturaleza, pues se trata de un matrimonio celestial destinado por la Providencia á proteger la virginidad y dar por este medio á Jesucristo al mundo. Este matrimonio es el triunfo de la pureza. María pertenece á José como José pertenece á María; ¿pero de qué manera? Una palabra lo explica todo; es una de las palabras más hermosas del lenguaje cristiano: ¡PUREZA! Al unirse se ceden un derecho mutuo. ¿En qué consiste este derecho? En que ambos se amparen su virginidad.»

San Francisco de Sales, hablando de SAN JOSÉ y de

[1] BOSSUET, *Panegírico de San José.*





ESTE MATRIMONIO ES EL TRIUNFO DE LA PUREZA

[illegible], [illegible] parecerá que contemplamos dos astros [illegible] conjunción sino porque [illegible] y se iden[illegible] sus mismos resplandores [1].



En efecto, no son dos [illegible] con [illegible] torrentes que se enlazan para [illegible], sino más bien dos virginidades con sus celestes aspiraciones que se encuentran en el camino de la vida, para fortalecerse [illegible] y contribuir juntas á la consumación de los designios divinos [illegible] [illegible] no hubiera [illegible] el esposo [illegible] y el [illegible]

[illegible] Bossuet: «Sé [illegible] á toda la [illegible] destinado [illegible] virginidad y [illegible] por este [illegible] el triunfo [illegible] lo explica [illegible] del lenguaje [illegible] derecho [illegible] [illegible]?

[illegible] de Sales, [illegible] y de

[1] [illegible]





ESTE MATRIMONIO ES EL TRIUNFO DE LA PUREZA

María, no tiene inconveniente en decir: «Habían ambos hecho voto de virginidad por toda su vida, y hé aquí que Dios quiere que estén unidos con el vínculo del santo matrimonio, no para que olviden ó se arrepientan de su voto, sino para que se estimulen mutuamente á vivir para Dios y perseverar en su santa empresa, y á vivir para el espíritu, nunca para la materia, ni aun dentro de los legítimos goces del matrimonio.»

«Tal es el nudo de esta unión matrimonial, tanto más fuerte, dice san Agustín, cuanto que las promesas que se hicieron debían ser más inviolables por lo mismo que eran más santas.»

Los doctores están unánimes en que la virginidad es una imitación de la vida de los ángeles, que eleva de tal modo al hombre, que le asemeja hasta cierto punto á los espíritus puros.



Ordinariamente la Providencia oculta tan hábilmente su acción que es imposible á la mirada humana el descubrirla; acontecimientos á veces más grandes y más fecundos parecen resultar naturalmente de causas segundas, y sin embargo todo lo conduce á su fin con una exactitud y una precisión admirable. Las mismas resistencias de la voluntad humana, previstas y calculadas, contribuyen al cumplimiento de los designios divinos.



De la misma manera que señala á cada criatura su puesto y á cada hombre su vocación particular, así da aptitudes y gracias que se completan mutuamente entre aquellos á quienes llama al matrimonio. Les da las cualidades convenientes para vivir unidos segun la ley de Dios y juntos poder santificarse. Pero ¿cómo llegarán á conocerse? ¿Qué causas, que acontecimientos harán que se encuentren en el camino de la vida? Si se hacen dignos de ello, si se lo ruegan á Dios, si sólo buscan el camino más seguro para responder á los designios del Criador, Él sabrá valerse de circunstancias las más naturales á los ojos humanos. Esta unión preparada por Dios se realizará espontáneamente y la bendecirá el Señor. Esto nos enseña la fe y nos lo confirma la experiencia de las personas sólidamente creyentes.

Pero si sólo se atienden consideraciones terrenas, entonces lo regular es que á este desprecio de Dios se sigan uniones desgraciadas. ¿Cómo ha de bendecirlas el Señor si se prescinde de Él por completo? ¿Cómo va á aprobar una unión en que, no sólo Él no interviene, sino que se contrae á pesar suyo?

Tal es la explicación de tantas uniones deplorables, cuyos vivos, pero ocultos dolores, apenas sí se revelan á la amistad ó cuyos escándalos son el pasto de las conversaciones públicas. Contraen matrimonio con miras del todo ajenas á la fe. La fortuna, la belleza, un título, un puesto eminente que halaga el amor propio deciden de todo. Amenudo apenas se inquiere el carácter, las cualidades del entendimiento y del corazón; hasta se descuida el entrar en investigaciones respecto el valor moral preferible á todo lo demás. Y si hasta tal punto se desconoce el buen sentido, ¿qué importancia se va á dar á los principios religiosos? ¿Cómo consultarán con Dios y le rogarán que les ilumine y



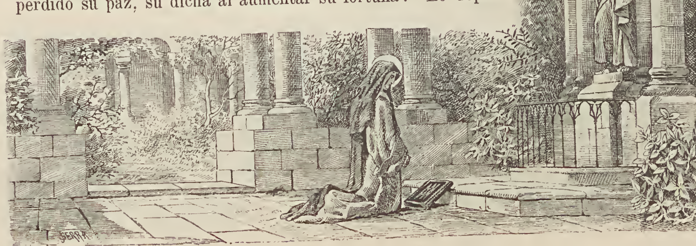
les dirija? Son muchos los que ni siquiera sospechan que el cielo entre para algo en los asuntos de la tierra.



Nuestros lectores obedecen sin duda á inspiraciones más elevadas. Pero, sin embargo, ¡á cuántas familias cristianas ciegan las consideraciones terrenales! «La belleza sin la virtud, dice san Juan Crisóstomo, no cautivará mucho tiempo vuestro corazón. La belleza apasiona por un instante, pero la pasión se desvanece y entonces no queda sino la prosa de la vida con sus tristes realidades. Las uniones fecundas y duraderas son las que tienen por lazo la virtud. Respecto á la belleza no se olvide que ésta no se halla en adornos pedidos al arte, ni en el fastuoso lujo y afectada elegancia del vestido, sino en la modestia, en la rigurosa fidelidad á sus deberes, en el temor de Dios nunca desmentido; belleza espiritual que no marchita ni la vejez, ni las enfermedades; que no está sujeta á los estragos del tiempo. Esposos, dedicaos á alcanzar esta hermosura del alma que triunfa de todas las vicisitudes terrenales.»



El Santo Doctor dice también: «Desgraciado del que sólo se casa con una mujer atraído por el cebo del dinero. ¡Cuántos hombres ricos, casados con mujeres opulentas, han perdido su paz, su dicha al aumentar su fortuna! Lo repe-



timos, no es la riqueza lo que debe tenerse en consideración en este acto tan trascendental de la vida; es la virtud, la honradez, las cualidades de alma, de corazón y de carácter. Así los patriarcas en la elección de sus esposas buscaron la riqueza de sentimientos, nunca la riqueza de la dote.» ¿Qué ejemplo, qué testimonio más notable de lo exacto de estas reflexiones que el matrimonio de José y María?

Por esto la Iglesia lo consideró siempre como el tipo del verdadero matrimonio cristiano. En estos augustos esposos la fé domina á las demás consideraciones; los motivos más puros y más elevados son los únicos que presiden á esta santa unión.

¡Cuán digno de lástima es el esposo cristiano que descubre en su esposa una alma pagana! ¡Cuán lamentable es la condición de una joven cuyos padres avaros y ambiciosos la entregan á un hombre sin principios fijos, sin doctrinas sólidas y definidas!

Preservad de una desdicha semejante á todos los jóvenes que os aman y os sirven. Como José y María, unidles á corazones piadosos y honrados, haced que busquen algo de la grandeza de aquellos santos esposos.




Capitulo
IV



IV

JOSÉ Y MARÍA DESPUÉS DE SU MATRIMONIO



La celebración del matrimonio de José y María tuvo lugar en el mismo templo de Jerusalén, en donde la Santísima Virgen había sido educada. Las fiestas de las bodas se celebraron en la misma ciudad; así nos lo dice la tradición.

Las bodas duraban ordinariamente siete días entre los judíos. La tradición nos dice también que José y María se conformaron con esta costumbre en cuanto lo permitía su condición. Lo que no admite la menor duda es que fueron absolutamente desterrados de esta fiesta de familia el lujo y



toda clase de excesos: la santidad de los esposos es de ello una garantía segura. ¿Las alegrías puras, las expansiones honestas tienen acaso necesidad de ser provocadas por la vanidad, ni de que las alimente el goce sensual? ¿Para los regocijos justos son por ventura requisito indispensable las carcajadas ruidosas, las frases libres ó el danzar desenfrenado? Déjense para las almas frívolas semejantes locuras; los corazones elevados, á la par que humildes y sencillos, tienen goces más tranquilos y al mismo tiempo más satisfactorios.

Después de los días consagrados á los afectos de familia y á las exigencias de la costumbre, nuestros santos esposos se trasladaron á Nazareth, que debía ser el lugar de su residencia. Los padres de la santa Virgen le habían cedido su modesta vivienda, retirándose ellos, según nos dice una antigua tradición, en una casa de campo no muy lejana de Nazareth, de manera que á Santa Ana le era muy fácil visitar frecuentemente á su hija.



San José organizó su taller á alguna distancia del hogar doméstico, en un sitio que se enseña á los peregrinos y en donde se encuentra hoy una capilla. Es de suponer que era allí donde se dedicaba á su oficio de carpintero. María se ocupaba en los quehaceres domésticos, á esas modestas tareas propias de la mujer hacendosa, esperando que su marido volviera á comer ó á descansar por la noche como lo practican los artesanos.

Tal hubo de ser, según todas las probabilidades, la existencia de los santos esposos, libre de ambiciones terrenales como de toda mundana agitación.

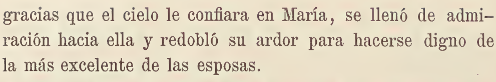


José y María se apreciaban, se amaban como los esposos se amarán en el cielo. Estas afecciones fueron progresando á medida que se conocieron mejor. Dos almas tan perfectas no podían experimentar las tristes variaciones tan propias de la veleidad humana y que se encuentran harto á menudo entre los esposos vulgares, en quienes el capricho



LA SANTÍSIMA VIRGEN PREPARANDO LA COMIDA DE LA FAMILIA

ó la pasión acaba por sobreponerse al deber. Cuando la unión de los corazones está basada en la fe, en el respeto mutuo y en sólidas virtudes, las pruebas de la vida, en vez de romper este lazo, sirven para estrecharlo más. Veremos en el decurso de nuestro relato hasta dónde llevaron José y María su amor y su abnegación. José no dejará de darnos de él pruebas brillantes; en cuanto á la divina Madre nadie es capaz de poner en duda lo que valía aquel gran corazón; todos sabemos hasta dónde llevó su fuerza de sacrificio. Cuando José pudo apreciar en todo su valor el tesoro de



gracias que el cielo le confiara en María, se llenó de admiración hacia ella y redobló su ardor para hacerse digno de la más excelente de las esposas.

Se ven algunos, aunque raros ejemplos, de edificante unión en estos matrimonios benditos en que la fe y la piedad alimentan un amor puro é inspiran á los esposos la fuerza de soportarse mutuamente los defectos. Pero ¡cuán dignos de compasión son aquellos que por su frialdad, por su falta de espíritu de sufrimiento, por sus egoistas exigencias provocan disensiones continuas que se revelan en mutuas recriminaciones, en quejas, que extinguen la conyugal afección y hacen imposible la paz doméstica! «Cuando reina la discordia entre marido y mujer, dice san Juan Crisóstomo, ni una numerosa prole, ni las riquezas, ni las dignidades y honores, ni la gloria y la consideración, nada es capaz de proporcionar la dicha.» Desgraciadamente la experiencia de todos los días no es menos elocuente que las palabras del gran orador.



¿De qué provienen á menudo en los matrimonios estas deplorables frialdades que producen el alejamiento de los esposos y dan lugar á consecuencias tan deplorables? La triste realidad de la vida, que no es un paraíso sino un destierro; la falta de virtudes personales para soportar los defectos de carácter; el espíritu de contradicción, un humor áspero que se complace en ejercitar la paciencia de un esposo ó de una esposa; la inconstancia, que no habiendo respetado freno alguno conduce al desprecio de los más santos compromisos; un genio quisquilloso, las cavilosidades



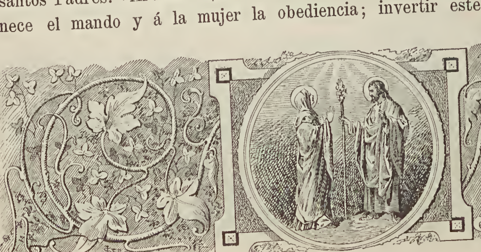
de los celos, tales son las causas ordinarias de los disgustos que envenenan las uniones contraídas á la ligera.

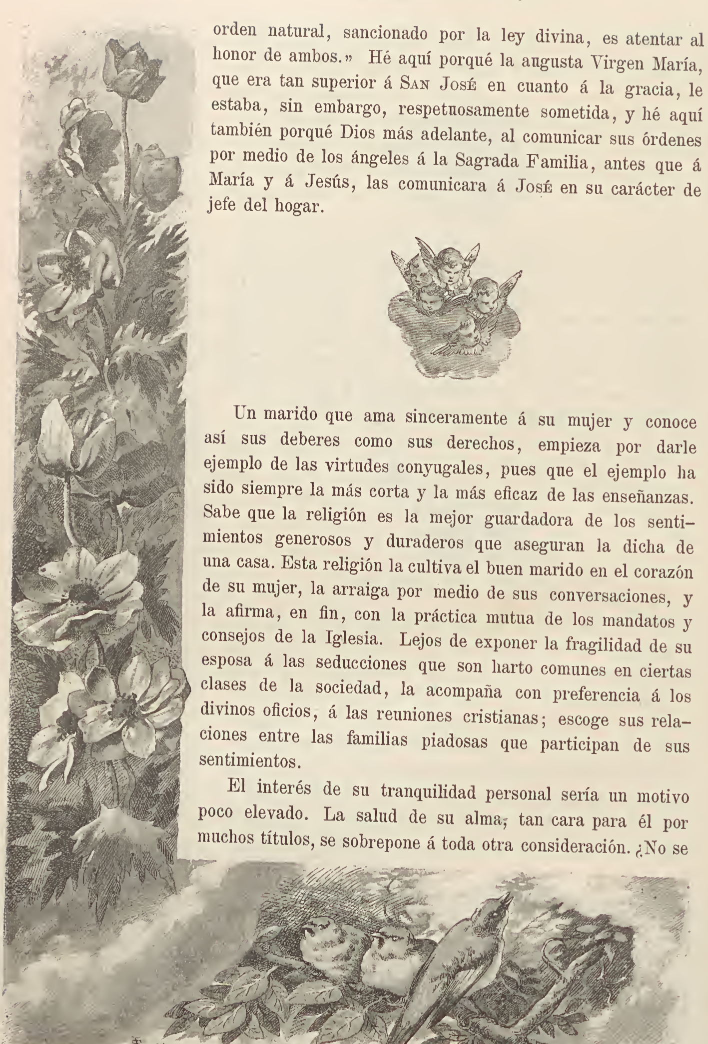


Sin atrevernos á parangonar nuestras débiles naturalezas con las almas incomparables que Dios había unido para constituir de un modo inmediato la familia del Mesías prometido, diremos que José y la Virgen, buenos, humildes, afectuosos, sólo procuraban ayudarse mutuamente á cumplir con la más escrupulosa exactitud la ley de Dios y hacerse más llevaderas las penas inseparables de la vida.



La Sagrada Escritura nos enseña que la mujer debe respetar y obedecer á su marido. «El hombre es el jefe de la mujer, dice san Pablo; que las mujeres estén sometidas á sus maridos como al Señor, ó como la Iglesia está sometida á Cristo su jefe;» y añade: «Esposos, amad á vuestras mujeres como Cristo ama á su Iglesia y se ha sacrificado por ella.» Y concluye: «Que cada uno de vosotros, pues, ame á su mujer como á sí mismo, pero que la mujer tema á su marido.» Tal es la doctrina cristiana predicada por todos los santos Padres. «Al hombre, dice san Juan Crisóstomo, pertenece el mando y á la mujer la obediencia; invertir este





orden natural, sancionado por la ley divina, es atentar al honor de ambos.» Hé aquí porqué la augusta Virgen María, que era tan superior á San José en cuanto á la gracia, le estaba, sin embargo, respetuosamente sometida, y hé aquí también porqué Dios más adelante, al comunicar sus órdenes por medio de los ángeles á la Sagrada Familia, antes que á María y á Jesús, las comunicara á José en su carácter de jefe del hogar.

Un marido que ama sinceramente á su mujer y conoce así sus deberes como sus derechos, empieza por darle ejemplo de las virtudes conyugales, pues que el ejemplo ha sido siempre la más corta y la más eficaz de las enseñanzas. Sabe que la religión es la mejor guardadora de los sentimientos generosos y duraderos que aseguran la dicha de una casa. Esta religión la cultiva el buen marido en el corazón de su mujer, la arraiga por medio de sus conversaciones, y la afirma, en fin, con la práctica mutua de los mandatos y consejos de la Iglesia. Lejos de exponer la fragilidad de su esposa á las seducciones que son harto comunes en ciertas clases de la sociedad, la acompaña con preferencia á los divinos oficios, á las reuniones cristianas; escoge sus relaciones entre las familias piadosas que participan de sus sentimientos.

El interés de su tranquilidad personal sería un motivo poco elevado. La salud de su alma, tan cara para él por muchos títulos, se sobrepone á toda otra consideración. ¿No se

la confió Dios? ¿No ha de responder de ella ante un tribunal incorruptible? Cuando el apóstol nos inculca que la mujer debe estar sometida al hombre su jefe, como la Iglesia lo está á Jesucristo que la ha santificado y salvado ¿por ventura no traza el programa del matrimonio cristiano? «Maridos, amad á vuestras mujeres como Cristo amó á la Iglesia, inmolándose por ella, para santificarla y limpiándola en el bautismo de agua con la palabra de vida, á fin de hacerla comparecer delante de Él sin mancha ni arruga;» esto es, pura, inmaculada. Así los maridos deben amar á sus mujeres como á su propio cuerpo, como á sí mismos. Y amarse los esposos como Dios quiere es trabajar en su mutua santificación, es hacer que la mujer, como la Iglesia, sea pura y sin mancha ante los divinos ojos. No olvidéis, esposos, vuestra grande, vuestra inmensa responsabilidad.

Toda mujer cristiana igualmente debe contribuir con todos sus esfuerzos á santificar á su marido, y la mejor prueba de un amor ilustrado consiste en procurarle el mayor de los bienes; esto es, una vida inmortal en el cielo como coronamiento de una vida honrada en la tierra.

Encontramos en el mundo jóvenes esposos que consideran la vida como una larga serie de placeres, seguida de un sueño eterno, y que se apresuran á gozar sin preguntarse si el matrimonio impone serios deberes.

De aquí este desorden general que entristece á los que reflexionan sobre el porvenir de la sociedad y que arranca amargas quejas á la Iglesia, madre solícita y desconsolada de sus culpables hijos. ¡Cuán pocas uniones hay dichosas! Oyendo estamos á todas horas el relato de las rudas tormentas que anublan al cielo del hogar conyugal. No sucede lo mismo en los matrimonios que el Señor bendice. La religión que los sancionó los preserva de los males que son el fruto del pecado. El marido sólidamente



creyente y penetrado de la gravedad de sus obligaciones, vela por sí mismo y por aquella que Dios le confiara; la mujer humilde y dócil, sintiéndose feliz por haber dado con un esposo en quien tiene un guía, un apoyo tan firme como tierno, sólo piensa en agradarle, en devolverle cariño por cariño, en secundar todas sus miras, en marchar de común acuerdo con él en la práctica de los mandatos divinos. Los deseos, las alegrías de ambos esposos se concentran en su unión; las diversiones, los pasatiempos nada valen para ellos en comparación con la paz del hogar y las dulces intimidades del corazón. Los placeres extraños fundados en las debilidades humanas, alimentados por el lujo, les inspiran lástima ó desdén; comprenden que tras del placer de una hora vienen tristes desengaños; la pérdida de la paz interior, el remordimiento con sus torturas; y el sacrificio que del placer hacen en obsequio á su fe, á su honra, á su dignidad lo encuentran fácil, contando como cuentan con el favor de lo alto.



Al desposarse la Virgen con San José no hay que decir cuál fué el dote que la hija de Joaquín y Ana aportó á este matrimonio. José no podía apetecer otro. El dote de María era su corazón. ¿Ha habido por ventura en la tierra mayor tesoro que el corazón de María? Escuchemos respecto al particular á san Bernardino de Sena: «Siendo como es justo que lo que pertenece á la mujer sea la propiedad del marido, creo indudablemente que la Santísima Virgen comunicaba á su amadísimo José el tesoro de su corazón en cuanto éste podía contenerle, deduciéndose de aquí que no había ni virtud tan perfecta ni sentimiento tan noble ni gracia tan abun-

dante en el corazón de María del que no participase el de su casto esposo.»

Desde el momento en que José obtuvo la gloria de unirse á María con los lazos del matrimonio, pasó á ser un varón especial, único en la historia, pues su carácter de marido de la Virgen más pura hubo de imprimir en él una especial semejanza con la Reina de los Ángeles. Es verdad que San José estaba muy por debajo de las excelencias de María antes de contraerse el matrimonio; pero el autor de esta sagrada alianza no fué el interés, ni la ambición, ni la sensualidad; esto es, no fué el egoismo en ninguna de sus formas; el autor de esta unión fué el mismo Dios, quien al enlazar á José y María con el vínculo del más augusto de los matrimonios, hubo de comunicar á nuestro Santo todas las condiciones, todas las cualidades necesarias para merecer esta honra.



Asunto es este de las relaciones entre José y María en su carácter de esposos, que se presenta más bello y más interesante á medida que mejor se estudia, abriéndose á la meditación horizontes tan vastos como son profundos los misterios de amor puro que se encierran en aquellos dos corazones, como son inmensas las grandezas y las glorias de José y de María. Aquí la luz es tan viva, tan abundante, deslumbra de tal suerte que el espíritu humano llega hasta á quedar desvanecido. Tales misterios no son para descritos por la pluma, sino para meditarlos con toda nuestra alma y con todo nues-

tro corazón. Hay una hermosa frase de san Juan Damasceno que lo dice todo: «¿no habéis dicho que José fué llamado á ser esposo de María? pues deteneos aquí; no es posible decir más; es el más corto, pero el más sublime de los panegíricos.»



En el Libro divino se pregunta: ¿quién encontrará una mujer fuerte? José la encontró. Esta riqueza, destinada á ser la corona de un esposo, como nos la describe el pasaje bíblico, José la poseyó en la persona de María; él recibió en el Templo, de mano de los sacerdotes, en calidad de esposa á la purísima Virgen, libro viviente y animado, impreso todo él con las letras de oro de la gracia y de la virtud, y que es para José un tesoro preciosísimo, por mucho que el Señor haya puesto sobre este libro su sello inviolable. ¿Pero qué importa? El castísimo José se siente ser el más feliz de los hombres con sólo guardar este libro en que la misma mano de Dios escribió su *Verbo* para que en el seno de la más augusta de las mujeres y la más pura de las madres tomase nuestra carne para realizar la redención del género humano.

De qué manera María amaba á José no hay que decirlo, desde el momento en que se hallaba ligada á él con lazos tan estrechos como augustos. El corazón de María no hay que consignar que era un gran corazón, y que lo que éste valía hubo de manifestarlo por medio de sus palabras, de sus actos, de sus costumbres, en fin, de su vida íntima. ¡Cuadro precioso que nadie estuvo en situación de contemplar de la manera como lo contempló José!



Al escoger Dios á José y María para unirse en matrimonio, no hay duda que Dios escogió estos dos corazones para que se amaran mutuamente con un amor comparado con el cual es bien pobre y bien frío el amor de los demás esposos.

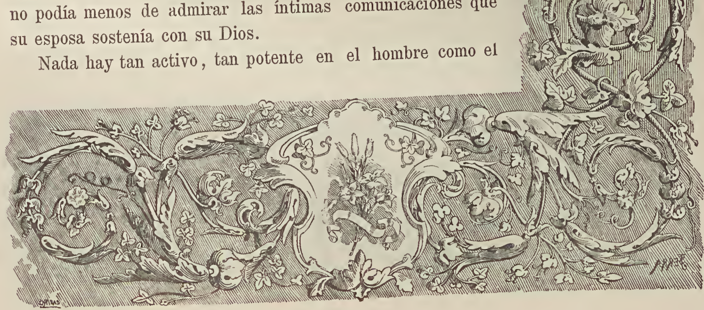
No hay otro hogar en la tierra que merezca el nombre de cielo como el de José y María. Tanto es así que en la casa de Nazareth las grandezas celestiales no se pierden jamás de vista.

No hay que referir aquí las ventajas de este matrimonio para nuestro Santo. José tiene constantemente á la vista el cuadro de las heróicas virtudes que forman el encadenamiento de la portentosa existencia de María. Aquellos ejemplos valían infinitamente más que los más elocuentes discursos.

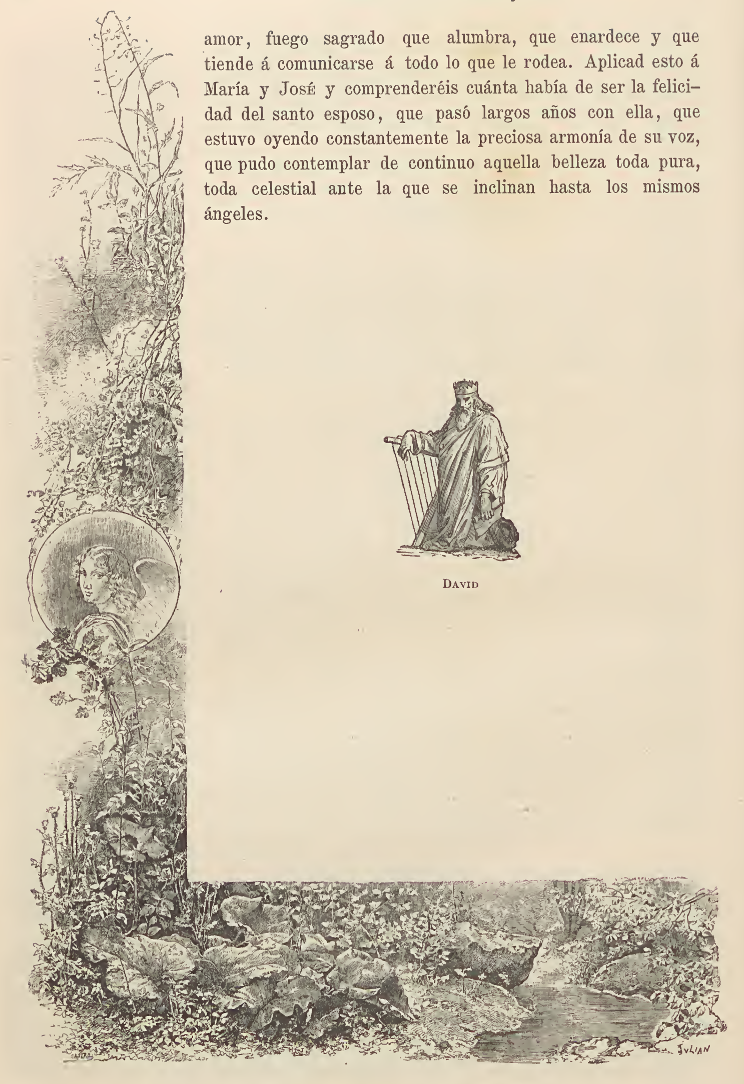


Vemos por experiencia propia que el contacto con un alma santa sirve á nuestra santificación. ¿Qué le había de suceder á José en contacto continuo con el alma de María? Todo había de servir para elevar al afortunado esposo á las más sublimes alturas; aquella palabra tan ardiente, tan animada; aquella hermosura indescriptible en que brillaban los más bellos rasgos de una modestia angelical; y hasta en el silencio, en el recogimiento, en los éxtasis de María, José no podía menos de admirar las íntimas comunicaciones que su esposa sostenía con su Dios.

Nada hay tan activo, tan potente en el hombre como el



amor, fuego sagrado que alumbra, que enardece y que tiende á comunicarse á todo lo que le rodea. Aplicad esto á María y José y comprenderéis cuánta había de ser la felicidad del santo esposo, que pasó largos años con ella, que estuvo oyendo constantemente la preciosa armonía de su voz, que pudo contemplar de continuo aquella belleza toda pura, toda celestial ante la que se inclinan hasta los mismos ángeles.

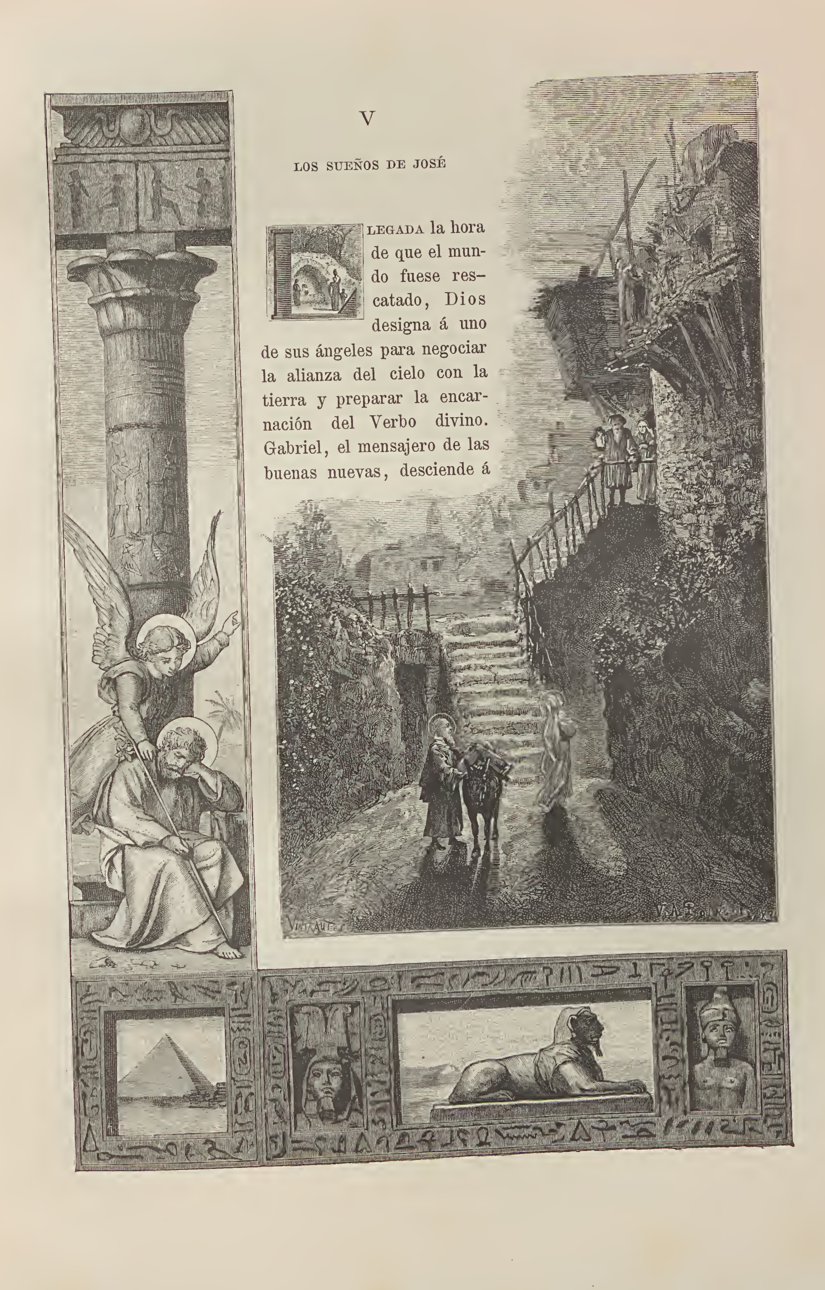


David



Capitulo

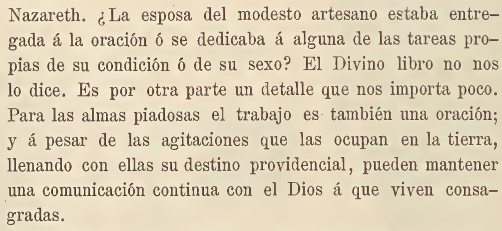
V



V

LOS SUEÑOS DE JOSÉ

LLEGADA la hora de que el mundo fuese rescatado, Dios designa á uno de sus ángeles para negociar la alianza del cielo con la tierra y preparar la encarnación del Verbo divino. Gabriel, el mensajero de las buenas nuevas, desciende á



Nazareth. ¿La esposa del modesto artesano estaba entregada á la oración ó se dedicaba á alguna de las tareas propias de su condición ó de su sexo? El Divino libro no nos lo dice. Es por otra parte un detalle que nos importa poco. Para las almas piadosas el trabajo es también una oración; y á pesar de las agitaciones que las ocupan en la tierra, llenando con ellas su destino providencial, pueden mantener una comunicación continua con el Dios á que viven consagradas.

Sola se encontraba María cuando descendió el ángel á la pobre casa de Nazareth.

—«Dios te salve, llena de gracia, dice el celestial mensajero, el Señor es contigo.»



Nada más sencillo y al mismo tiempo más sublime que esta salutación del ángel, dirigida á la esposa del humilde artesano. En ella el enviado de Dios consigna la altura á que llegó María en el orden sobrenatural, llamándola llena de gracia y haciendo constar su íntima unión con Dios. Era la joven demasiado candorosa y modesta para que no la sorprendiese una tal aparición, hasta llegar á turbarla. ¿De dónde viene este saludo? ¿Qué significa?

El ángel va á disipar todas sus inquietudes.

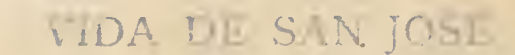
—«No temas, María, le añade; has encontrado gracia delante de Dios.»

Y después de llamar á la Virgen con su propio nombre le revela su santidad presente y su futura dignidad.





—NO TEMAS, MARÍA, HAS ENCONTRADO GRACIA DELANTE DE DIOS



Nazareth. ¿La esposa del modesto artesano estaba entregada á la oración ó se dedicaba á alguna de las tareas propias de su condición ó de su sexo? El Divino libro no nos lo dice. Es por otra parte un detalle que nos importa poco. Para las almas piadosas el trabajo es también una oración, y á pesar de las agitaciones que las ocupan en la tierra, llenando con ellas su destino providencial, pueden mantener una comunicación continua con el Dios á que viven consagradas.

Sola se encontraba María cuando descendió el ángel á la pobre casa de Nazareth.

—«Dios te salve, llena de gracia, dice el celestial mensajero, el Señor es contigo.»



Nada hay sencillo y al mismo tiempo más sublime que esta salutación del ángel, dirigida á la esposa del humilde artesano. En ella el enviado de Dios confirma la altura á que llegó María en el orden sobrenatural, llamándola llena de gracia y haciendo constar su íntima unión con Dios. Era la joven demasiado candorosa y modesta para que no la sorprendiese una tal aparición, hasta llegar á turbarla. ¿De dónde viene este saludo? ¿Qué significa?

El ángel va á disipar todas sus inquietudes.

—«No temas, María, le añade; has encontrado gracia delante de Dios.»

Y después de llamar á la Virgen con su propio nombre le revela su santidad presente y su futura dignidad.





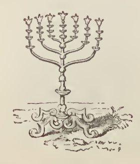
—NO TEMAS, MARÍA, HAS ENCONTRADO GRACIA DELANTE DE DIOS

—«Hé aquí que concebirás en tu seno y darás á luz un hijo y le pondrás el nombre de Jesús.»

Del seno virginal de María, pues, va á salir como de arca inmaculada el precio de la humanidad redimida.



—«Será grande este niño, prosigue diciendo el ángel, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David: y reinará en la casa de Jacob eternamente; y su reino no tendrá fin.»



Se comprende la impresión que había de producir en la candorosa Virgen una noticia de tal carácter y tan inesperada. Iban á realizarse las esperanzas de Israel. Ella, que profesa á la virginidad un culto tan especial, va á ser madre; pero ¡qué madre! Su hijo será llamado *el Hijo del Altísimo*. Jamás hombre alguno había llevado un nombre que manifieste tal dignidad sobrenatural; el origen divino del Hijo que se le acaba de prometer vendrá á restaurar el trono de David; pero ¿de qué modo? Al fin el de David era un reino limitado; el del Hijo de María no tendrá fron-



teras; *su reino no tendrá fin;* reinará sobre la familia de Jacob de la que serán miembros todos los creyentes.

Todo esto es grande; todo esto es magnífico. Pero María hizo voto de castidad; tiene con su Dios compromisos, que no está dispuesta á romper.

—«¿Cómo ha de ser esto, pues yo no conozco, ni jamás conoceré varón?» pregunta alarmada María.

El ángel se apresura á calmar las susceptibilidades de aquella alma tan bella, tan delicada; y le da el secreto del casto misterio.

—«El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por cuya causa el fruto santo que de tí nacerá será llamado Hijo de Dios.»



El Espíritu Santo, aquel Espíritu que en el Génesis de la creación se extendía sobre el abismo para derramar allí los gérmenes vitales de que había de salir la naturaleza, cubrirá á María con su celestial sombra para preparar una nueva creación.

El Hijo, pues, prometido á María, nacerá puro y santo de la misma manera que Adán salió puro y santo de las manos de Dios que realizó su creación de una manera directa, con la sola diferencia que Adán precipitó al linaje humano en su caída, mientras que el Hijo de Dios, que será

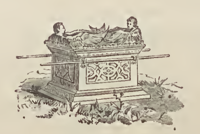


á la vez Hijo de María, elevará á la humanidad á la cima de sus más bellos ideales.



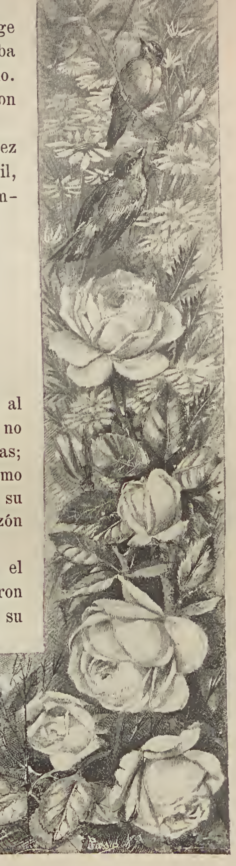
María escucha reverente la palabra angelical, no exige del ángel una señal que le dé la evidencia de lo que acaba de decir. La fe y el amor de María pueden pasarse sin ello. Pero el ángel le refiere otro hecho estrechamente ligado con la redención del mundo.

—«Y ahí tienes á tu parienta Elisabeth, que en su vejez ha concebido también un hijo: y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes: porque para Dios nada es imposible.»



Así proclama el ángel que las leyes que Dios da al mundo para la realización de los designios providenciales no son cadenas que forjó una mano divina para atarse con ellas; sino hilos cuya elasticidad, puesta á disposición del Supremo Creador, ha de prestarse á todas las combinaciones de su sabiduría y su misericordia. El ángel dice con mucha razón que la palabra *imposible* no es una palabra divina.

Las frases pronunciadas por el ángel cayeron sobre el alma de María á manera de rayos luminosos que rodearon de celestiales claridades todas las incertidumbres de su





virginal candor. Era Dios que pedía una esposa, ó mejor un elemento humano para hacer el hombre nuevo. Honroso había de parecerle á la Virgen el dar su consentimiento á tan alta distinción. Pero fuerza es preguntar: ¿esta perspectiva tan bella no tenía sus sombras? ¿Esta senda de milagros, por la que le pedía el ángel que se dejara conducir, no había de estar cubierta para ella, como esposa de José é hija de Israel, de las espinas del desprecio público, de la vergüenza, quizás de la deshonra? Al hallarse próxima á ser madre, ¿cómo explicar el misterio de una manera satisfactoria á José, su esposo, y á los demás hombres? A querer referir la escena del ángel, ¿daría el mundo crédito á tan extraña versión? Al hallarse próxima á ser madre, ¿le esperaba la maldición ó la honra; sería su destino el que la apedrearan, conforme á la ley, ó la glorificaran?

Por fortuna sus virtudes la habían dado ya á María un valor heróico, y de la misma manera que su Hijo, estaba dispuesta á cargar con la Cruz de las humillaciones y de los oprobios, si de esta suerte podía contribuir á la salvación del género humano. María, pues, contesta resueltamente:

—«Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra;» sublime frase que es la inspiración de aquella alma tan grande y tan bella. Allí donde el mensajero celestial demanda una madre, la humildad de María ofrece una esclava.



Pronunciado por la Virgen el sublime *Fiat*, el ángel se retiró para llevar al cielo aquella respuesta incomparable de fe, de amor y de obediencia.

Tal es el relato del evangelista san Lucas, expresado con la sobriedad, con la delicadeza, con la sublime sencillez propia del Evangelio. Imposible sería encontrar una narración de una pureza más ideal.

El historiador sagrado en breves palabras nos da á conocer la fisonomía moral de la santa esposa de José, tipo el más acabado de pureza, de humildad, de candor, de fe y de heroismo. No es una de estas grandezas humanas que en su orgullo exageran el valor de sus destinos. Muy al contrario, su sorpresa ante las palabras del ángel, su turbación, sus inquietudes nos dan á conocer la profunda humildad de la admirable Virgen. La idea de verse elevada á la más alta honra á que pudiese aspirar una hija de Israel no la hace perder ni un solo grado de su modestia; y es preciso para alcanzar su consentimiento que el ángel la persuada de que tal es la voluntad de Dios. Entonces es cuando se inclina comprendiendo como comprende que ante la expresión de la voluntad de Dios á la criatura humana no le resta otro recurso que obedecer. Pronunciadas las últimas palabras de María, se realiza la encarnación del Verbo de Dios.



El apóstol san Juan consigna el gran misterio con una frase tan corta como profunda:

«Y EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS.»



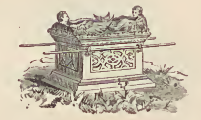
¿Quien será el primer confidente del milagro que en María se acaba de realizar? El ángel le había hablado de su prima Elisabeth. Un corazón de mujer parecía el más á propósito para ser el primero á quien se confiara el secreto.

La joven María se dirige, pues, hacia las montañas de Judá para ir á la ciudad sacerdotal donde habitaban Elisabeth y su esposo Zacarías. Era un viaje de cuatro largas jornadas por sitios solitarios y montuosos; pero la fe, esta fuerza superior que nunca retrocede ante los obstáculos, alienta á María; y nada tiene de extraño que la veamos alejarse de Nazareth para emprender un largo viaje, sin preocuparse ni de las fatigas del camino ni de los inconvenientes de su larga ausencia.



El atravesar María los umbrales de la casa de Elisabeth produjo en ésta el efecto de una visión celestial, de modo que exclama llena de entusiasmo:

—¡Bendita tú eres, entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! Y ¿de dónde á mí tanto bien que venga la madre de mi Señor á visitarme?



A manera de los profetas cuando se encontraban bajo la acción de las influencias celestiales, la virtuosa Elisabeth ve



en los secretos de Dios lo que no hubiera acertado á ver la pobre mirada humana; intuición que debe sin duda al Santo precursor que ella llevaba en su maternal seno; y hé aquí porqué añade la esposa de Zacarías:

—«Lo mismo fué penetrar la voz de tu salutación en mis oídos que dar saltos de júbilo el hijo en mis entrañas. ¡Oh bienaventurada tú que has creído! Porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor.»

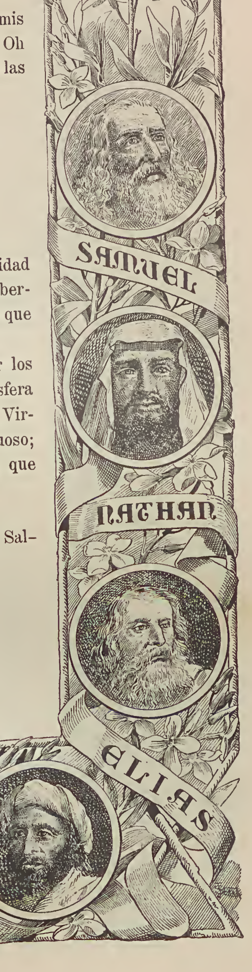


María escucha esta primera felicitación que su maternidad recibe expresada por labios humanos; pero, lejos de ensoberbecerse por ella, refiere toda á Dios la altísima honra de que se ve revestida.

Ábrense los augustos labios de María para expresar los sentimientos de aquella alma suya que vive en una atmósfera toda celestial. Inmensa es su felicidad; pero la dichosa Virgen la expresa con un lenguaje tan calmado como majestuoso; se percibe en sus acentos algo de divino que nos admira, que nos arrebata.

«Mi alma, dice, glorifica al Señor.

«Y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios Salvador mío.»





En estas palabras se ven los dos sentimientos que habían de llenar en aquel instante el corazón de María: el júbilo y la gratitud hacia su Dios, á quien ella dirige un himno de alabanzas, sometiéndose á sus designios y glorificando su Majestad, abismándose en la adoración y el reconocimiento. Su espíritu, este punto el más sutil y elevado por donde la criatura humana se pone en contacto con Dios, este tabernáculo donde residen las grandiosas ideas del mundo invisible é infinito, se conmueve bajo la influencia misericordiosa del Dios Salvador. María, la esposa del carpintero de Nazareth, el retoño de una familia decaída y sin gloria terrenal que la engrandezca, ha obtenido del cielo el privilegio más admirable.

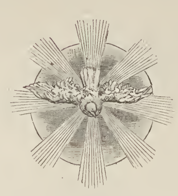
—«Porque, dice en otra estrofa, ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es todo poderoso, cuyo Nombre es santo; y cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen.»

Después de estas palabras María pasa á profetizar el elevado puesto que ocupará en el mundo de las almas con una seguridad que sólo es comparable con su profunda modestia. Ha sonado la hora de la divina intervención en el mundo tal como la anunciaron los Patriarcas y Profetas. María y Elisabeth son de ello un elocuente testimonio.

«Hizo alarde del poder de su brazo; deshizo las miras del corazón de los soberbios, añade la joven inspirada.

«Derribó del solio á los poderosos y ensalzó á los humildes.

«Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos les despidió sin nada.»



Tal será una de las ideas dominantes del Evangelio que predicará al mundo el hijo que María lleva en su seno: abatir el orgullo de los grandes; engrandecer á los humildes. Dios quiere que el mundo comprenda que no tiene necesidad del concurso de los poderosos para realizar su obra. Si el hombre desea asociarse á ella es menester que empiece por anonadarse, por reconocer su miseria. Los orgullosos fariseos, los ricos del mundo, Herodes, lo mismo que César, son rechazados; Dios no cuenta con ellos para nada; en cambio se sirve de un pobre carpintero de Nazareth, para que represente en la tierra la paternidad celestial, y de la más humilde de las mujeres, para que sea la madre del Verbo encarnado. El orgullo, la fortuna, la tiranía acabaron su reinado y su prestigio en el pesebre. Dios desdeñará las grandezas humanas para cubrir con el manto de su afección y de su santidad, para derramar los resplandores de su gloria sobre el humilde y el pobre. La fidelidad de Israel es de ello un testimonio. Mientras que los enemigos de Dios se verán aplastados, Israel disfrutará de la realización de las promesas hechas á los Patriarcas, que es la idea que contiene la cuarta estrofa:

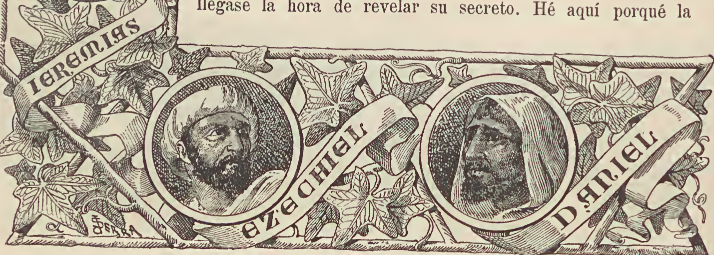
«Acordándose de su misericordia acogió á Israel su siervo.»

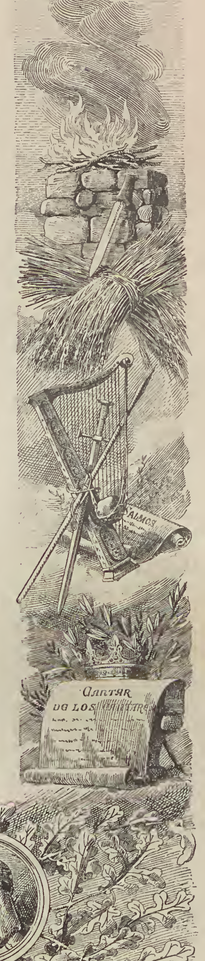
«Según la promesa que hizo á nuestros padres Abraham y á su descendencia por los siglos de los siglos.»



Nos hemos entretenido en estos hechos, porque nada como estas páginas del Libro Divino nos inicia en la vida espiritual de la Virgen derramando sobre ella una luminosa revelación que nuestra piedad, aun la más filial, no hubiera sospechado nunca. Se habría juzgado muy mal la existencia de la esposa de José al confundirla con esas vidas vulgares que llenan la historia de la humanidad. Compréndese desde luego que María alimentó constantemente su inteligencia, su imaginación con los pasajes más sublimes de los Libros Santos; el recuerdo de las heroinas de la Ley Antigua llena toda su alma, y hé aquí porqué, cuando los labios de la Virgen se abren para alabar á Dios, le ocurren espontáneamente aquellos pensamientos, aquellas frases que producían su encanto al leer el Divino Libro. Nada tiene de particular que las frases de María sean un himno, ya que el soplo de una inspiración superior llenaba su pecho. Por otra parte, la lengua hebraica se prestaba perfectamente á esta transición insensible del lenguaje vulgar á la forma poética.

El silencio que había guardado hasta entonces María respecto á sus comunicaciones celestiales la preparaba á una emoción más intensa, á una efusión más elocuente para cuando llegase la hora de revelar su secreto. Hé aquí porqué la





piedad, la gratitud, la abnegación, el gozo espiritual, todo á la vez habla en ella. Diríase que el espíritu de los más grandes justos del Antiguo Testamento ha pasado al suyo, puesto que aquellos ilustres servidores de Jehová nunca encontraron acentos más bellos, más sublimes que los de María al profetizar con santo entusiasmo la revolución religiosa que iba á realizarse y el triunfo de los amigos de Dios: lo mismo que aquellos Patriarcas y aquellos Profetas, María amaba á su nación, y la última frase de su cántico es un grito de patriotismo que nos conmueve.



Larga fué su estancia en la casa de Zacarías; permaneció allí tres meses. El residir en aquella casa sacerdotal estaba en armonía con la situación de su espíritu.

Las señales de la intervención celestial en las castas entrañas de la Virgen habían de acabar por hacerse sensibles á los ojos de José.

Estas señales le cogieron de sorpresa. José no tuvo conocimiento de la visita del ángel ni su esposa le hizo á él tales confidencias.

Puesto que lo ignoraba todo, nada tiene de particular el que fuese grande su turbación. ¿Pondrá en duda la virtud de su esposa? El pasado de una adolescencia incomparablemente pura, la serenidad de una mirada angelical que no empaña la menor inquietud, todo le está diciendo que una sospecha respecto á su esposa sería un crimen. Y sin embargo, sus ojos



ven la realidad bien terrible para él. Su alma está luchando agitada por las apariencias del hecho físico, y la verdad incontestable de aquella virtud de su esposa de que cada hecho es una garantía. ¿Provocará una explicación? Habría de ser esto para José un recurso harto penoso, comprendiendo como comprende hasta qué punto había de lastimar á María la menor insinuación de una duda. ¿Qué hacer, pues? José está resuelto á seguir los consejos de su corazón tan recto y tan bueno. Inspirándose en la benignidad que constituye el fondo de su carácter, se resuelve á proceder con los más prudentes miramientos, y su resolución está en armonía con la invencible repugnancia que siente en creer á su esposa culpable.

Secretamente, pues, sin escándalo alguno va á separarse de ella. No quiere que los hombres tengan nada que ver en este asunto. Por mucho que la ley le autorice para ello, José no ha de acudir á los tribunales humanos; desconfía de los magistrados de la tierra, y no creyéndose tampoco apto para fallar en asunto tan difícil, se echa en brazos de la Providencia de Dios.



Compréndese muy bien que las sospechas de su esposo hubieron de ser conocidas por María, quien comenzó ya la serie de sufrimientos morales que habían de torturar toda su existencia. ¡Qué terrible golpe para ella, el que José hubiese de abandonarla! La más pura de las vírgenes de Israel hubiera acabado por ser la más despreciada de las mujeres de Nazareth; y el mismo Hijo que traía en su seno vendría al



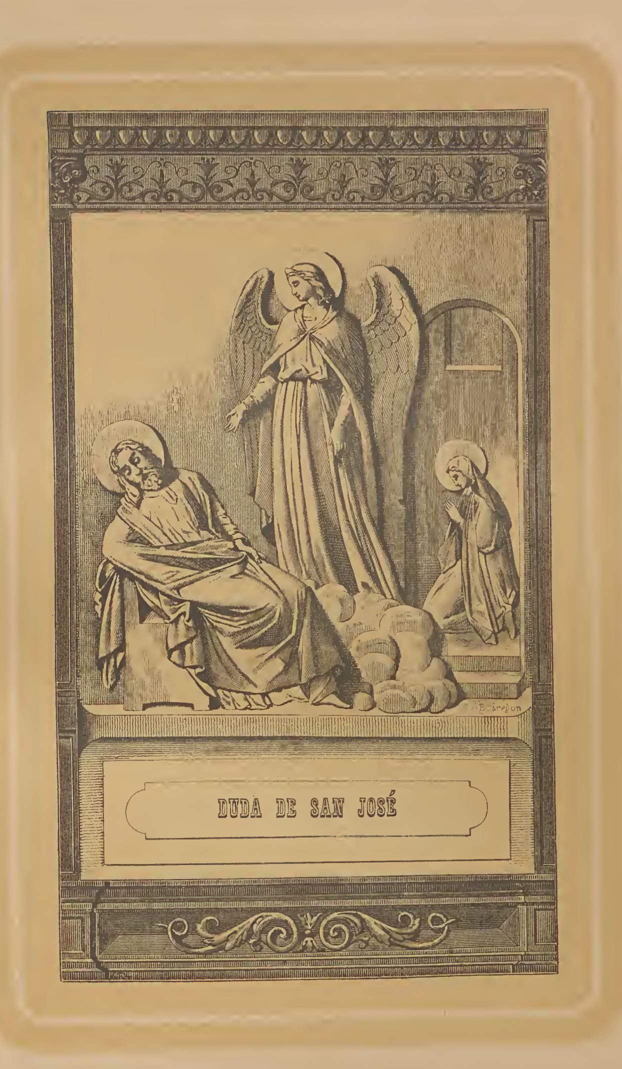


ver la realidad bien terrible para él. Su alma está luchando agitada por las apariencias del hecho físico, y la verdad incontestable de aquella virtud de su esposa de que cada hecho es una garantía. ¿Provocará una explicación? Habría de ser esto para José un recurso harto penoso, comprendiendo como comprende hasta qué punto había de lastimar á María la menor insinuación de una duda. ¿Qué hacer, pues? José está resuelto á seguir los consejos de su corazón tan recto y tan bueno. Inspirándose en la benignidad que constituye el fondo de su carácter, se resuelve á proceder con los más prudentes miramientos, y su resolución está en armonía con la invencible repugnancia que siente en creer á su esposa culpable.

Secretamente, pues, sin escándalo alguno, va á separarse de ella. No quiere que los hombres tengan nada que ver en este asunto. Por más que la ley le autorice para ello, José no ha de acudir á los tribunales humanos; desconfía de los magistrados de la tierra, y no creyéndose tampoco apto para juzgar un asunto tan difícil, se pone en brazos de la Providencia de Dios.



Compréndese muy bien que las sospechas de su esposo hubieron de ser conocidas por María, quien comenzó ya la serie de sufrimientos morales que habían de torturar toda su existencia. ¡Qué terrible golpe para ella, el que José hubiese de abandonarla! La más pura de las vírgenes de Israel hubiera señalado por ser la más despreciable de las mujeres de Nazareth, y el mismo Niño que traía en su seno vendría al


DUDA DE SAN JOSÉ

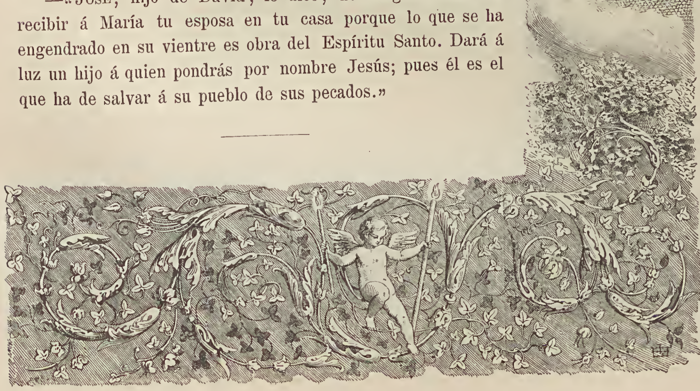


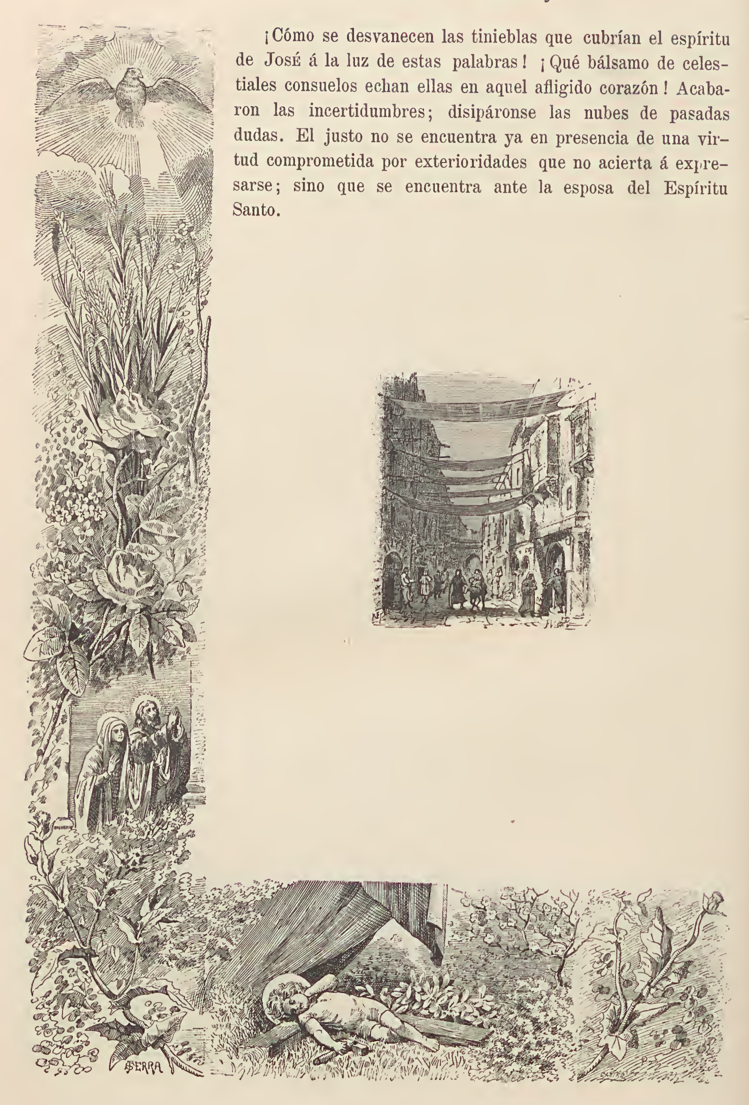
mundo cargado con el peso de su deshonra. ¿Qué hacer, pues? ¿Publicará el misterio de la encarnación que sólo ella conoce? ¿Y quién va á creer en una narración semejante? ¿Inclinará la cabeza á los golpes de la calumnia? De seguro que María no hubiera tenido inconveniente en inmolarse, si esta terrible humillación no hubiese alcanzado más que á ella; pero hay de por medio la honra del Verbo de Dios que va á venir á la tierra hecho hombre, y María no ha de poder resignarse á que la calumnia ó la deshonra pueda manchar ni por un momento la cuna del Mesías prometido. Procede como su esposo; pone su inocencia en manos de Dios, cuya sabiduría atenderá debidamente á las necesidades de una obra que es un encadenamiento de milagros. Y sin saber cómo, María tiene la íntima convicción de que el Hijo de Dios vendrá al mundo, sin que la deshonra pueda empañar su nacimiento.



Una noche en que José, agobiada su alma por pensamientos los más tristes, se sentía como anonadado en presencia de la lucha moral que tenía que sostener, se le aparece el ángel de Dios.

—«José, hijo de David, le dice, no tengas recelo en recibir á María tu esposa en tu casa porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo. Dará á luz un hijo á quien pondrás por nombre Jesús; pues él es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados.»



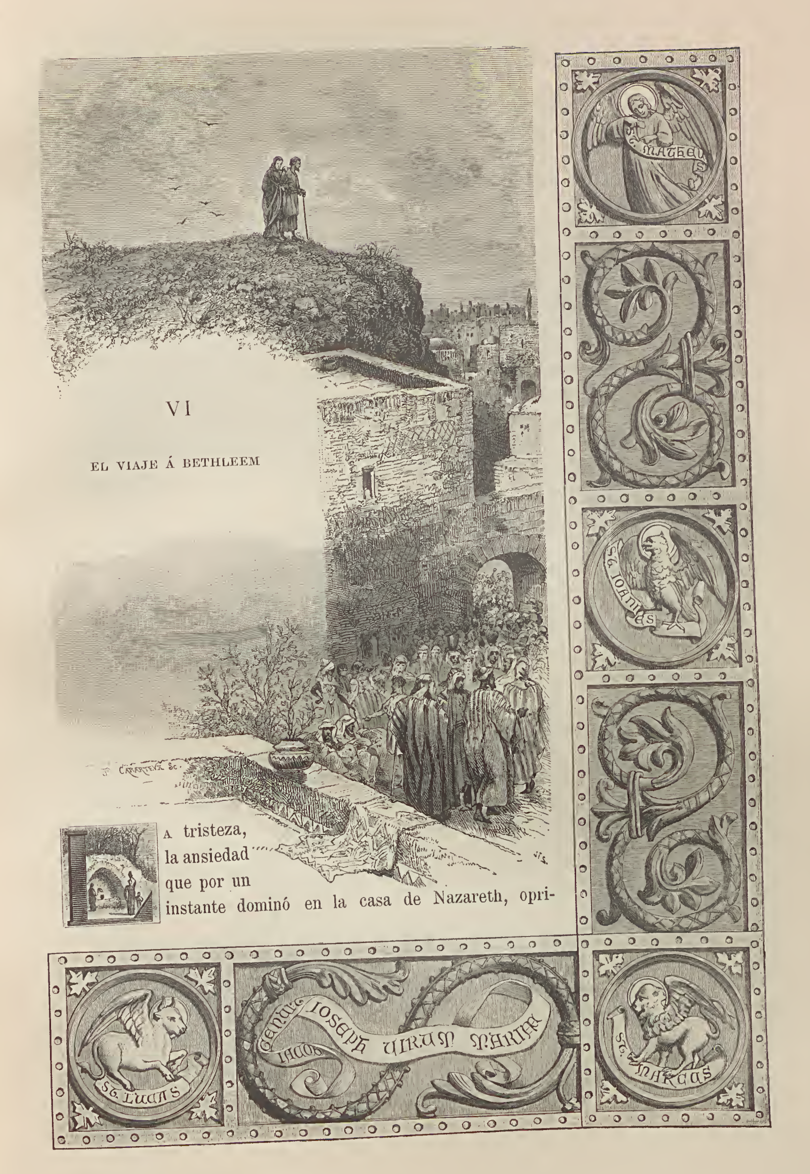


¡Cómo se desvanecen las tinieblas que cubrían el espíritu de José á la luz de estas palabras! ¡Qué bálsamo de celestiales consuelos echan ellas en aquel afligido corazón! Acabaron las incertidumbres; disipáronse las nubes de pasadas dudas. El justo no se encuentra ya en presencia de una virtud comprometida por exterioridades que no acierta á expresarse; sino que se encuentra ante la esposa del Espíritu Santo.



Capitulo

VI

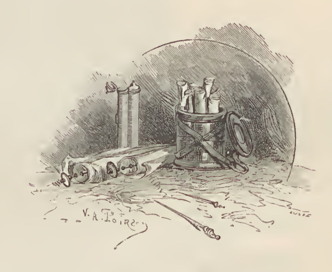


VI

EL VIAJE Á BETHLEEM

La tristeza, la ansiedad que por un instante dominó en la casa de Nazareth, opri-

miendo el corazón del esposo, se había disipado ya por fortuna, y la paz del Señor reinaba bajo aquel techo, y la envidiable calma que había vuelto á aparecer después de pasajera nube, era el resultado de que aquellas dos almas se encontraban aún más íntimamente unidas, no dominando allí sino una misma voluntad, servida por un mismo pensamiento y animada por un mismo amor. Esperaban con santa ansiedad el nacimiento del Mesías, y por mucho que la joven esposa se sintiese feliz con estar unida á él con la unión más íntima que existe en la tierra, era María mujer que no conoció nunca el egoismo, y cuanto más conocía la preciosidad del tesoro que llevaba en su seno más deseaba darlo al género humano. Ardiendo en amor de Dios y en celo por su gloria y por la salvación del hombre, tardábales á los dos esposos el ver llegado el día en que el Redentor principiase la obra que venía á consumar en la tierra.



Mucha era la impaciencia de los dos esposos en poder disfrutar del momento en que contemplarian dentro las paredes de su propia casa, á un Dios Salvador bajo las bellas apariencias de un niño, en que podrían sostenerle en sus brazos, estrecharle junto á su corazón, prodigarle sus caricias.



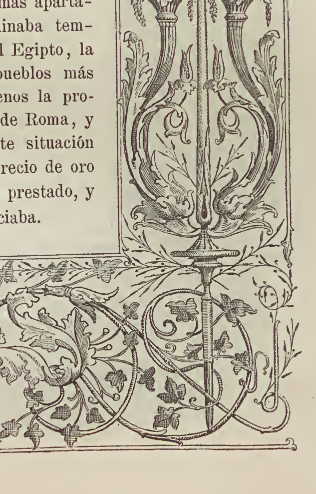
Se comprende perfectamente hasta qué punto José había de desear el ser objeto de las tiernas miradas del Mesías venido á la tierra en la tierna forma de un niño, oir su voz balbuceando su nombre, contemplar la sonrisa que dibujarían sus labios al llamarle su padre.

Acercábase el día de su nacimiento. Todo daba á entender, bajo el punto de vista humano, que el hijo tan esperado nacería en la pobre aldea de Nazareth. Pero estaba dispuesto de otra manera; era menester que todas las profecías tuviesen su más exacto cumplimiento, y que no pudiese abrigarse la menor duda del carácter divino de aquel niño tan ardientemente esperado.

Dios se sirvió para ello del orgullo de César, quien se encargó de cumplir la predicción del profeta Isaías, que designaba á Bethleem como á lugar del nacimiento del libertador prometido.



El poder de Roma había llegado á su apogeo, haciendo llegar el prestigio de su cetro hasta las naciones más apartadas de la tierra; todo el mundo conocido se inclinaba temblando ante la orgullosa reina de las naciones. El Egipto, la Siria, no eran más que provincias romanas; los pueblos más lejanos del Asia buscaban la amistad ó cuando menos la protección del César; la Judea misma era tributaria de Roma, y el rey de los judíos hallábase reducido á la triste situación de un esclavo coronado que se proporcionaba, á precio de oro y de humillaciones, un cetro que sólo se le dejaba prestado, y la caprichosa protección de un amo que le despreciaba.



«Por aquellos días, dice el evangelista san Lucas, se promulgó un edicto de César Augusto, mandando empadronar á todo el mundo.»



Augusto, que tal era entonces el nombre del César, había heredado de su padre, entre otro de sus proyectos, el de saber el número de sus vasallos, con otros detalles que creía le interesaban para la administración de la cosa pública.

Las circunstancias no podían ser más favorables. Disfrutaba por primera vez el imperio de una profunda paz; y cerrado el templo de Jano, Augusto, que se encontraba en el apogeo de su gloria, podía ocuparse en organizar sus vastos dominios.

Ya cuarenta y cuatro años antes, bajo el consulado del primer César y de Marco Antonio, un Senatus-Consulto, dividiendo el imperio en cuatro partes, disponía que se enviasen geómetras á dividir las provincias y establecer catastros completos, tarea que duró treinta y dos años y que no fué terminada sino en el tiempo de Augusto.

En el Breviarium del imperio, escrito todo él de puño propio de Augusto y leído después de su muerte, se encuentran detalladas todas las rentas del Estado, «la cifra de los ciudadanos, de los aliados que se amparaban á la sombra de las águilas romanas, el número de las flotas, de los reinos, de las provincias, los tributos y las rentas.» — (Tácito, *Anales*).

El de Herodes era de los llamados *regna reddita* que en

el concepto de tal habían de someterse á la medida del padrón, como tributario de Roma, desde la toma de Jerusalén por Pompeyo, en cuyo concepto cada judío estaba obligado á una contribución que se satisfacía al César.



Dadas, pues, las condiciones de la Judea, el César no tuvo que hacer más que mandar y Herodes, su vasallo, obedeció.

La inscripción se hizo por familias. José, que pertenecía á la de David, se vió obligado á ir á Bethleem, donde había nacido este santo rey, á fin de dar su nombre y justificar su existencia. María, su joven esposa, no quiso separarse de él en este viaje, ya porque se reclamase su presencia, ya porque otros motivos laudables la hubiesen determinado á emprenderlo. La suprema razón que había para ello y que se sobreponía á todos los cálculos terrenales, era que la Providencia tenía resuelto llevar á María á Bethleem, donde, según los Profetas, había de nacer el Redentor. De este modo encamina misteriosamente á sus fines todas las cosas del mundo, aun cuando nos parezcan que son el resultado de circunstancias fortuitas ó subordinadas á la voluntad del hombre.



«Ví, dice sor Emmerich, á la Santa Virgen y á su madre en la casa de Nazareth, en la cual José les refirió lo que la



noche anterior le había dicho un ángel. Volvieron juntas á casa de Ana, y les ví hacer los preparativos para su próxima marcha. Ana estaba triste. La Virgen, sabiendo ya por las profecías que debía dar á luz á su hijo en Bethleem, se conformó con la divina voluntad, y se preparó para un viaje penoso para ella, dada su situación y la época del año en que tuvo que emprenderlo.

»Ví por la tarde á José y á la Virgen, acompañados de Ana, de María, de Cleofás, y de algunos servidores, partir para la casa de Ana. La Virgen iba sentada en un jumento, en el que iba cargado el equipo y al que guiaba San José.

»En la mañana del día siguiente ví á los viajeros á seis leguas de Nazareth en una llanura, en donde el día antes de su marcha se apareció el ángel á José y le anunció su partida para Bethleem. Ví luego, en la noche del quince al diez y seis, á los Santos esposos, algunas leguas mas lejos, que atravesaban un valle muy frío, cubierto por la escarcha, en dirección á un monte. La Santísima Virgen sufría mucho á causa del frío, y dijo á José: «Detengámonos, no puedo continuar.»

»Luego que hubo María pronunciado estas palabras, el jumento se detuvo bajo un gran terebinto muy viejo, cerca del cual manaba una fuente. Paráronse junto al árbol.

»José arregló su asiento para la Santa Virgen, á la que ayudó á bajar, y se sentó reclinándose en el árbol. Luego José colgó de una rama una linterna que traía. La Santa Virgen invocó á Dios rogándole que el frío no la perjudicase. Se confortaron un poco con algunos panecillos y frutas que llevaban, y bebieron agua de la fuente vecina, en la que mezclaron bálsamo que José llevaba en un cantarillo. José consoló y animó á la Santa Virgen. ¡Era tan bueno! ¡Sufría de tal modo viendo que el viaje era tan penoso! Le habló de la buena habitación que esperaba procurarle en Bethleem.

Sabía él una casa de gente muy honrada en la que estarían cómodamente. Le alabó á Bethleem en general, y le dijo cuanto podía consolarla.»

Pero desgraciadamente las costumbres de Bethleem habían cambiado. Ya no se practicaba allí hacía mucho tiempo aquella hospitalidad sencilla, generosa y agradable que hacía tanto honor á los Patriarcas.

No era ya la época en que Abraham salía al encuentro de los extranjeros que se acercaban á su tienda invitándoles á comer manjares preparados por el ama de la casa. Estas



Entrada de una casa judía



antiguas costumbres cedieron su lugar al frío egoismo y al mezquino interés. En Bethleem encontrábanse posadas para los viajeros ricos; para los pobres sólo había los caminos ó las cuevas entre las rocas.

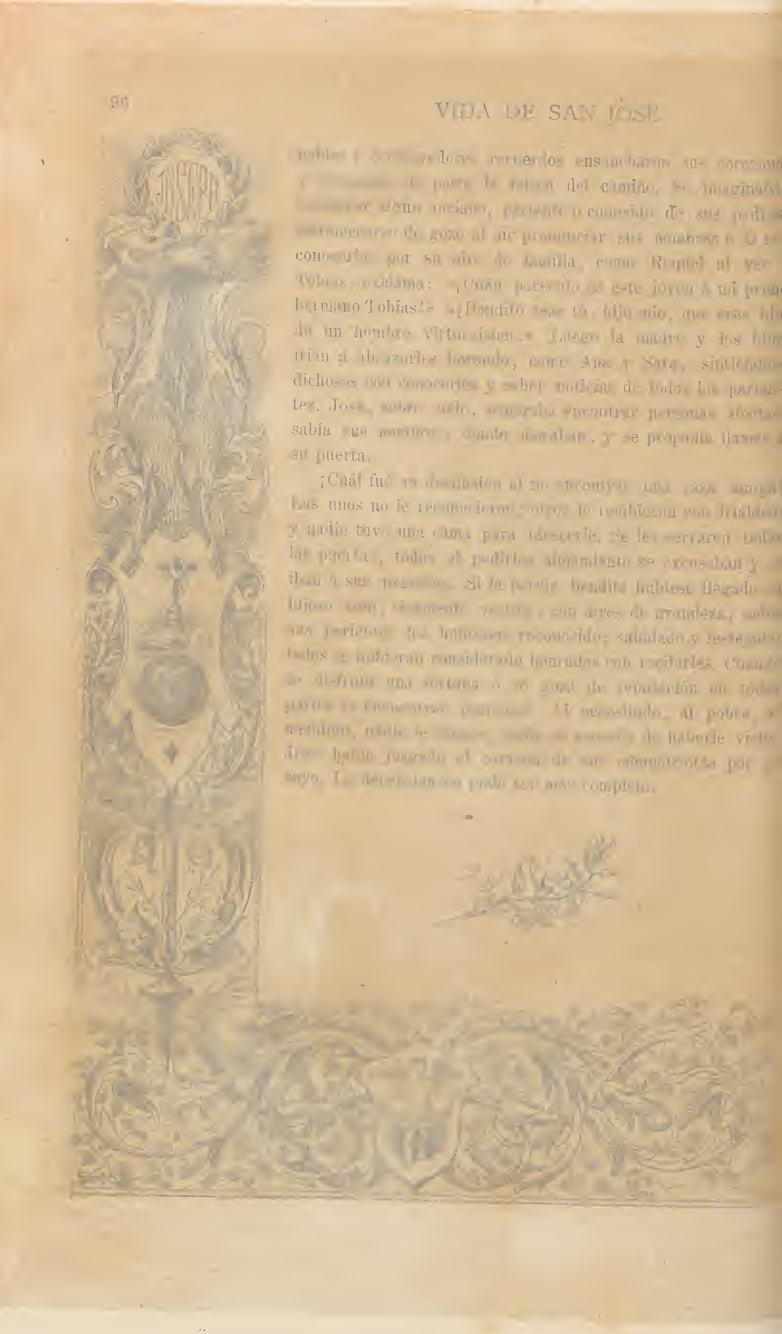
Después de largas y penosas jornadas por las llanuras y por los valles,. los Santos viajeros llegaron al país de sus antepasados. Descubrieron con júbilo la pequeña ciudad de Bethleem, situada en la cumbre de una montaña; los ricos valles donde David apacentaba los rebaños de su padre Jessé;

nobles y conmovedores recuerdos ensancharon sus corazones y disiparon en parte la fatiga del camino. Se imaginaban encontrar algún anciano, pariente ó conocido de sus padres, estremecerse de gozo al oir pronunciar sus nombres ó al reconocerles por su aire de familia, como Raquel al ver á Tobías, exclama: «¡Cuán parecido es este joven á mi primo hermano Tobías!» «¡Bendito seas tú, hijo mío, que eres hijo de un hombre virtuosísimo.» Luego la madre y los hijos irían á abrazarles llorando, como Ana y Sara, sintiéndose dichosos con conocerles y saber noticias de todos los parientes. José, sobre todo, esperaba encontrar personas afectas; sabía sus nombres, dónde moraban, y se proponía llamar á su puerta.

¡Cuál fué su desilusión al no encontrar una casa amiga! Los unos no le reconocieron; otros le recibieron con frialdad, y nadie tuvo una cama para ofrecerle. Se les cerraron todas las puertas; todos al pedirles alojamiento se excusaban y se iban á sus negocios. Si la pareja bendita hubiese llegado en lujoso tren, ricamente vestida, con aires de grandeza, todos sus parientes les hubiesen reconocido, saludado y festejado; todos se hubieran considerado honrados con recibirles. Cuando se disfruta una fortuna ó se goza de reputación en todas partes se encuentran parientes. Al necesitado, al pobre, al mendigo, nadie le conoce, nadie se acuerda de haberle visto. José había juzgado el corazón de sus compatriotas por el suyo. La decepción no pudo ser más completa.







dulces y consoladores recuerdos ensancharon sus corazones y [illegible] de parte la fatiga del camino. Se imaginaba [illegible] algun anciano, pariente ó conocido de sus padres estremecerse de gozo al oir pronunciar sus nombres ó [illegible] conocerlo por su aire de familia, como Raquel al ver á Tobías, exclama: «¡Cuán parecido es este jóven á mi primo hermano Tobías!» «¡Bendito seas tú, hijo mío, que eres hijo de un hombre virtuosísimo.» Luego la madre y los hijos irían á abrazarles llorando, como Ana y Sara, sintiéndose dichosos con conocerles y saber noticias de todos los parientes. José, sobre todo, esperaba encontrar personas afectas; sabía sus nombres, donde moraban, y se proponía llamar á su puerta.

¡Cuál fué su desilusion al no encontrar una casa amiga! Los unos no le reconocieron; otros le recibieron con frialdad, y nadie tuvo una cama para ofrecerle; se les cerraron todas las puertas, todos al pedirles alojamiento se excusaban y se iban á sus negocios. Si la pareja bendita hubiese llegado en lujoso tren, ricamente vestidos, con aires de grandeza, todos sus parientes los hubiesen reconocido, saludado y festejado; todos se hubieran considerado honrados con recibirles. Cuando se disfruta una fortuna ó se goza de reputación en todas partes se encuentran parientes. Al desvalido, al pobre, al mendigo, nadie le conoce, nadie se acuerda de haberle visto. Dios había preparado el corazon de sus [illegible] por el suyo. La desolacion no pudo ser mas completa.



SE LES CERRARON TODAS LAS PUERTAS; TODOS SE EXCUSABAN Y SE IBAN Á SUS NEGOCIOS

Entonces se dirigió á una posada pública. El dueño de ella, viéndole tan pobremente vestido, dirigió una mirada á su caballería y bagaje, y le dijo con sequedad que no tenía puesto en su casa, pues que la afluencia de forasteros, ocasionada por el edicto imperial, no le permitía recibir á dos nuevos viajeros.

Pasó adelante buscando corazones más hospitalarios, pero en vano; en todas partes recibía la misma respuesta.—¡No hay sitio para vosotros!—¡Ya no se practicaba la hospitalidad en Bethleem!

Dios permitió, para vergüenza de la humanidad decaída y pervertida, que su Hijo, al venir al mundo, no encontrase entre los suyos un corazón misericordioso, y que la Virgen que le llevaba en su seno no encontrase una casa donde darle á luz.



María y José traían consigo una riqueza que lo suple todo; la virtud. No sólo resignados, sino hasta contentos adoraron los designios impenetrables de Jehovah. José al principio se afligió vivamente ante la dureza de entrañas de sus compatricios, pesaroso de no encontrar alojamiento para la Santa Virgen, cuya fatiga era extremada. Pero la dulce y la incom-



parable María tuvo para el afligido José palabras que llevaron á su alma la tranquilidad y el consuelo.

Dejando su montura en una plaza, José continuó recorriendo la ciudad en busca de un techo donde abrigarse, pues sabía que estaba cerca el nacimiento del Salvador y quería á todo trance procurar á María una habitación. Desgraciadamente sus esfuerzos fueron inútiles. Volvió al lado de su esposa sin haber encontrado nada.

Muchos hubiéranse irritado contra sus parientes y aquellos posaderos inhumanos, y se hubieran deshecho en imprecaciones. José y María ruegan por los que les trataban con tanta crueldad.



La noche se les venía encima y era preciso tomar una determinación. ¿Qué hacer? José, que conocía á Bethleem y sus alrededores, sabía que á la entrada de la ciudad se encontraban grutas ó cavernas labradas en las peñas de la montaña, en las que los ganados se refugiaban en caso de tempestad. También algunas veces los pobres buscaban en ellas un abrigo cuando el tiempo ó los medios no les permitían vivir en la ciudad. José y María no eran exigentes en la elección de un asilo. Ni uno ni otro sintieron jamás las debilidades de la molicie. Se decidieron sin pena á salir de la población y tomar el camino de las grutas abiertas entonces al nivel del campo y cuya entrada nada impedía.

Nuestros augustos viajeros esta vez no tuvieron dificultad en encontrar habitación; pudieron escoger el local que mejor les convino. Después de examinar estas grutas, cuya



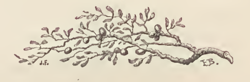
mayoría se comunicaban, se instalaron en la menos incómoda, y José introdujo en ella á su fiel compañera, y la colocó cerca de un buey que allí se había refugiado, según la tradición popular. Como es de suponer, la vivienda aquella no estaba rica de mobiliario; fué preciso sentarse sobre las piedras ó sobre un montón de hierba seca. Acaso la pobre silla de su cabalgadura sirvió de trono á la futura reina de los ángeles. El lector nos permitirá estos detalles, que se conforman á las antiguas leyendas y están de acuerdo con la más estricta verosimilitud. María no permaneció inactiva. Preparó la modesta cena, sacando de un canastillo algunas frutas secas, tal vez leche, algunos panecillos, siendo el suelo ó algún ángulo saliente de la roca lo que les sirvió de mesa. Los cuidados del buen José consistían en recoger leña en las inmediaciones, ya para encender lumbre, ya también para privar que el viento entrara en la gruta, pues que en el mes de diciembre las noches son frías hasta en Palestina. Hecho esto, se reunió á la Santa Virgen para tomar algún alimento, y ambos, después de haber implorado la bendición de Dios, se pusieron á comer el pan de los pobres.



Detengámonos en el portal y contemplemos esta humilde pareja, que se contenta con tan poco y parece feliz en medio de las mayores privaciones. ¡Qué sencillez! ¡Cuánta rectitud de corazón! Son dos ángeles que traen una misión secreta que realizar en el mundo. Ninguna pasión agita sus almas. Viven desamparados de los hombres, pero no tienen enemi-



gos; son pobres, pero nada desean; son desconocidos de los mortales, pero les conoce Dios y esto les basta. ¡Cuán preferible es su suerte á la de los ricos bethleemitas á quienes tortura la ambición y les devoran los cuidados! ¡Orgullo humano, tú das más turbaciones y disgustos que verdaderas satisfacciones produces! ¡Riquezas tan envidiadas, producís más tormentos con vuestras necesidades ficticias que privaciones causa una pobreza honrada! José y Maria viviendo pobremente con el producto de su trabajo son el tipo de esta clase humilde que disfruta de más tranquilidad y sufre menos que los altos personajes. Un poco de filosofía, á falta de fe, basta para convencer de ello al espíritu que reflexione.



Bajo otro punto de vista ¿qué son estos dos esposos de tan pobre apariencia, pero con una frente tan pura y una mirada tan suave? Bethleem sólo ha querido ver en ellos á dos miserables extranjeros, cuyo valor moral debía medirse por el de sus vestidos; y por todas partes se les ha rechazado, si no con desdén, al menos con indiferencia. Pues bien: son los personajes más grandes que la tierra sustentó jamás. El cielo atiende á ellos más que á otra criatura alguna, y ellos son el objeto de todas sus complacencias. Ni los reyes en sus tronos de oro, ni los príncipes con sus lujosos trenes atraen las miradas de lo alto. Si carecen de virtud, no son más que unos miserables á los ojos de Dios. Pero María es el objeto del amor de la adorable Trinidad; y José es el glorioso representante del Padre celestial. Esperad algunos momentos y el Hijo de Dios estará entre sus brazos; los ángeles proclamarán su gloria, y los hombres correrán á

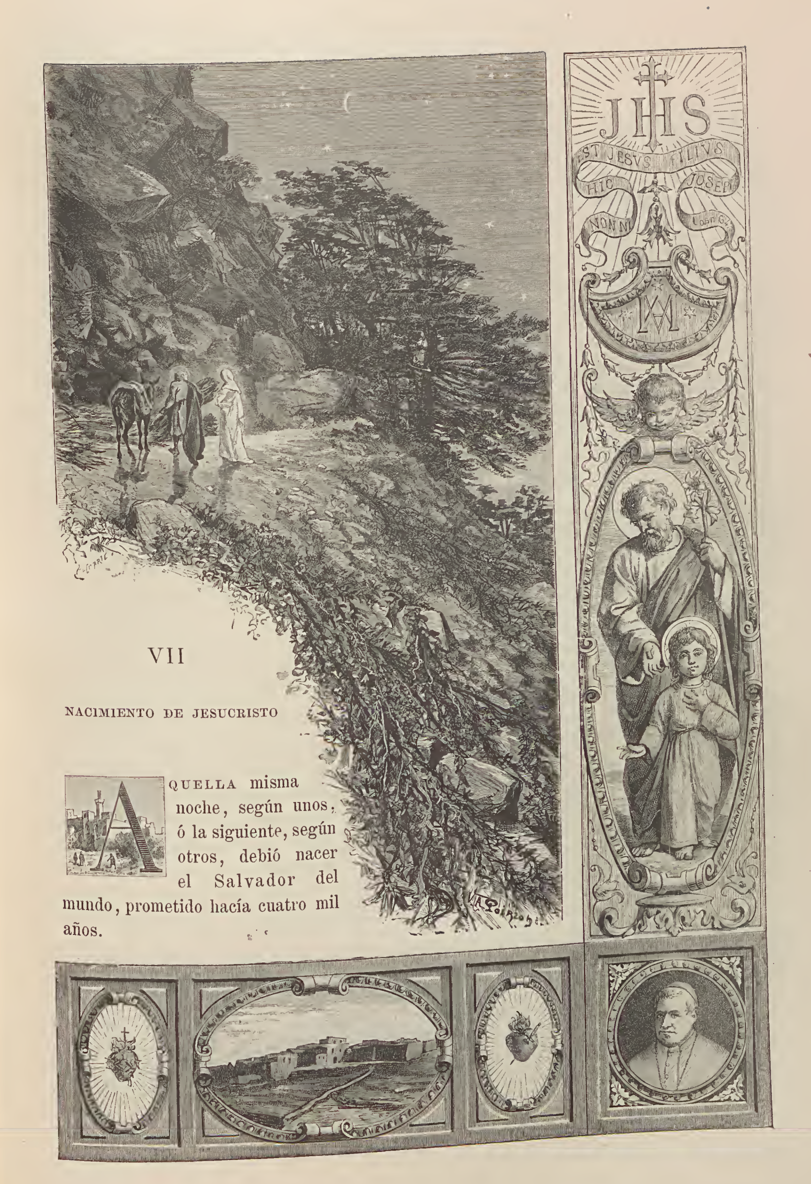
arrodillarse ante el Hijo de aquella mujer sentado sobre sus rodillas. Lección bien importante para que aprenda el mundo que las grandezas terrenales son pura vanidad, y que sólo Dios es quien puede levantar á la criatura humana á alturas inconcebibles.



Capitulo

VII


Capitulo
VII



VII

NACIMIENTO DE JESUCRISTO

AQUELLA misma noche, según unos, ó la siguiente, según otros, debió nacer el Salvador del mundo, prometido hacía cuatro mil años.

Los judíos le esperaban impacientes. Sabían que estaba cumplido el tiempo señalado por los profetas. El mundo todo tenía los ojos puestos en la Judea, y le pedía, por decirlo así, á su libertador. Este es un hecho que hacen constar los anales de los pueblos más importantes.

Pero ¿quién hubiera ido á buscarle á este libertador en aquella cueva? [1] ¿Quién se hubiera imaginado ni aún en Bethleem que los dos viajeros rechazados la víspera llevaban la salud del linaje humano? El orgullo hacía que los ojos de los más prudentes se dirigiesen hacia los palacios de los reyes, y no obstante, en un establo era donde iba á cumplirse el más admirable de los misterios. José empezó por ordenar su improvisada vivienda; cerró el portal como pudo, y luego tendió en la entrada, sobre una estera, un montón de hierbas secas. Durante este tiempo la santa Virgen se retiraba á un rincón donde se improvisó con un poco de heno una cama semejante á la de su esposo. Allí permaneció en

[1] La tradición que consigna que estaba en una cueva el pesebre donde nació Jesús se eleva á la época de san Justino, esto es, á principios del siglo II de la Era cristiana. Sus palabras no pueden ser más precisas: «José, no sabiendo dónde hospedarse en Bethleem, se refugió en una cueva cercana á la población.» (San Justino, *Adversus Tryphonem*, 78). Orígenes afirma que en su tiempo se enseñaba esta cueva y el pesebre, y por otra parte sabemos que las excavaciones tan abundantes en Judea sirven frecuentemente de abrigo á los animales. «No hay lugar sobre la tierra, dice un ilustre historiador de la Palestina, cuya identidad esté mejor probada que la de la gruta de Bethleem. Su situación concuerda perfectamente con el relato de los Evangelistas. Una serie no interrumpida de testimonios prueban también este aserto.» Santa Elena y el emperador Constantino antes de construir en el siglo IV la magnífica basílica, que aún se mantiene en pié sobre la cueva del nacimiento, se aseguraron antes escrupulosamente de la legitimidad de la tradición, de manera que aquel sagrado sitio tiene en su favor las pruebas más evidentes de la verdad histórica. Bájase hoy á la cueva por la iglesia llamada de Santa Catalina y por el coro de los griegos, por medio de una escalera de quince peldaños. La peña ha sido desbastada en algún punto y cubierta de mármol blanco, de cuyo material es también el pavimento incrustado de jaspe y de pórfido. En el centro había una estrella de plata con esta inscripción:

Hic de Virgine Maria
Jesus Christus natus est.

oración, probablemente hasta que nació el Salvador, cuyo nacimiento tuvo lugar cerca de la media noche, según la opinión más común.



Al oir los primeros vagidos del infante que acababa de nacer, José, que descansaba de los fatigosos incidentes de aquel día en el santo reposo de la oración, y cuya alma radiante de bondad, de ingenuidad y de inocencia extasiábase en la contemplación de su Dios, contemplando con la intuición de su fe unas claridades que le hacían olvidar las tinieblas de aquel lugar y de aquella noche, comprendió que habían llegado ya á su cumplimiento las grandes promesas, que las esperanzas que daban vida á su raza y á su país acababan de obtener su exacto cumplimiento, y fuera de sí de gozo, temblando en santa é indescriptible emoción, lleno de t rnura y respeto á la vez, fué á caer de rodillas ante el santo Niño que su esposa sostenía en sus virginales brazos estrechándolo en su maternal corazón. Postrado en tierra, José adoró al divino Infante, reconociendo en aquel Niño, que acababa de nacer en la pobreza de un pesebre, á aquel Dios que tiene la luz por vestido, la gloria inmarcesible por aureola, y cuyo dominio, atravesando las fronteras de tiempo y de espacio, se extiende por las inmensidades de las eternas regiones. José ofreció al divino Niño su alma, su corazón, sus facultades, toda su vida, y le bendijo mil y mil veces por la singular honra de poder contemplarle con sus propios ojos y haberle escogido á él, ignorado carpintero de la pobre aldea de



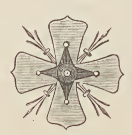
Nazareth, para servirle de protector y de padre. María, que por lo que pasaba en su alma pudo adivinar lo que pasaría en la de su querido esposo, presentóle al divino Niño á quien José estrechó contra su corazón, adoptándole por hijo suyo, regando su rostro con lágrimas de indecible ternura é imprimiendo en él los besos del cariño más respetuoso y más cordial, después de lo cual volvió á colocarle en brazos de María, único altar en la tierra bastante puro para recibirle.



A la manera que sale de su foco un rayo de sol, el Hijo de Dios hecho hombre salió del casto seno de la más santa y más pura de las vírgenes, sin causar la menor molestia á la purísima y afortunada madre. Y esto era lo más natural, sin que aquí la orgullosa razón pueda oponer reparo alguno fundado á las sabias miras de la Providencia. Jesucristo es Dios; concebido milagrosamente hubo de nacer milagrosamente también; virgen antes del parto la que dió á luz al Verbo de Dios hecho hombre continuó siendo virgen después del parto. San Lucas hace alusión á este estado de María en aquella hora de los grandes prodigios cuando nos la presenta tomando en sus brazos al tierno infante, cubriéndole ella misma con los pañales y reclinándole en el pesebre. El niño estaba desnudo y la noche era fría. «Cubrid, pues, oh María, escribe Bossuet; apresuraos á cubrir este tierno cuerpo y acercadle á vuestro pecho virginal. ¿Concebís vos



misma todo lo que ha pasado? ¿Qué es lo que experimentáis al veros madre y madre de un Hijo que es Dios? El amamantar á vuestro Hijo será para vos un acto de la más pura adoración, mientras los ángeles descienden de las alturas para proporcionarle á vuestro infante otros adoradores.» *(Elevations sur les mystères).*



María, tomando al divino Niño, lo envolvió en pobres pañales, ó acaso en su velo, y lo depositó en el pesebre que era una pequeña artesa de madera colocada en el hueco de la roca. La divina Madre no tenía otra cuna que ofrecerle, cuidando antes de poner en ella un poco de heno para que el lecho fuese menos duro. ¡Qué cuna para el Hijo del Rey de los reyes! El corazón de María se hallaba profundamente conmovido, y acaso por primera vez sintió los inconvenientes de la pobreza. San José participaba de estos sentimientos, y no pudiendo ofrecerles otra cosa, ofrecía á la madre y al hijo su más absoluta adhesión. Jesús nace como un huérfano que no tiene padre en este mundo, dice Bossuet; pero allí está José para hacerle las veces de padre. ¿Quién podría decir la alegría conque recibe á este niño, y como se ofrece de todo corazón para ser el padre de este huérfano? Desde este momento no vive sino para Jesús, no piensa sino en él; José para el Hijo de Dios tiene un corazón y unas entrañas de padre, ya que no por naturaleza, por la más profunda y cordial afección.



El grande acontecimiento que acabamos de referir, el más grande y más trascendental de toda la historia, pues desde este nacimiento se cambió la cronología, pasó, sin embargo, desapercibido. Nada se supo de él en la corte de Augusto, donde Virgilio cantaba el nacimiento de otro infante; y en aquella noche nada se llegó á sospechar en la corte de Herodes. Cuando José se dirigió á Bethleem para inscribir al recién nacido, no habría acertado á creer ni á comprender siquiera el oficial romano que hizo la inscripción, que del nacimiento de aquel infante, que tuvo por hogar un portal y por cuna unas pajas, habría de datar el primer año de la Era moderna [1].



Mientras contemplaba con la santa Virgen al Dios humanado, los ángeles anunciaban á la tierra su milagroso nacimiento; ó mejor, dejando á los grandes y á los ricos que durmieran en brazos de la molicie, llamaban á los humildes junto al pesebre del Salvador.



[1] Efectivamente, nuestra Era data del nacimiento de Jesús, por mucho que sea hoy tenido por inexacto el cálculo que sirve de base á la Era vulgar que fué hecho en el siglo VI por Dionisio el Pequeño, quien precisa esta Era siete años más tarde. Jesús nació el año 717, bajo el imperio de Augusto, el año 1707 del periodo Juliano.

Desde que aquella cueva, antes desconocida, fué santificada con la presencia de Jesús, María y José, ha venido constituyendo uno de los focos de la vida cristiana. San Jerónimo, aquella alma tan grande y tan enérgica, al dar un adiós al mundo buscó un asilo junto á aquella cueva, donde pasó treinta años alimentando su vasta inteligencia con el estudio del Libro de Dios y entregándose á las expansiones de la más ferviente piedad. Allí revisó escrupulosamente con su intuición de sabio y su conciencia de santo las varias versiones de la Sagrada Escritura; de allí salió el más grande y más popular monumento de la ciencia teológica y de la inspiración cristiana, la famosa versión latina conocida con el nombre de la Vulgata; de allí salieron las ciento cincuenta epístolas, los diez y seis tratados y los trece volúmenes de comentarios, preciosa herencia de saber y de fe que viene conservando la Iglesia con sumo cuidado. Junto á aquella cueva, después de los desengaños del mundo, fueron á buscar un asilo ilustres damas de la primera nobleza de Roma, como santa Paula y santa Eustaquia, descendiente de las primeras familias de la ciudad señora del mundo. En aquella cueva, en fin, vienen dándose cita todos los corazones enardecidos por un vehemente sentimiento de piedad, saliendo de allí las inspiraciones más sublimes y más fecundas.



Tenemos, pues, ya á José constituído en padre de Jesús, de suerte que desde que nace el divino Niño en la cueva de Bethleem á José le circunda la aureola de la paternidad más



grande y más augusta que puede haber en el mundo. Precisemos debidamente este concepto á fin de evitar toda mala inteligencia.

El Verbo, que es engendrado eternamente de Padre, pero sin madre, al hacerse hombre quiso nacer en el tiempo de madre pero sin padre. Dedúcese de aquí que José no es padre de Jesús en el concepto común de la palabra, como María es efectivamente Madre del Redentor. Sin embargo, á José María le da el título de Padre de Jesús; se lo da el Evangelio; de lo que se sigue que merece realmente este título. Veamos cómo:

José no es padre de Jesús únicamente en el sentido conque este título se ha aplicado á los antiguos patriarcas de la casa de Israel. En José este título tiene un carácter más bello, más elevado, más divino, más eficaz.

José es constituído Padre del Redentor no ya en el período de las esperanzas, sino en el de las realidades, en la época de la consumación de los designios divinos, cuando estos designios se presentan con toda su grandiosidad.

José viene á participar de un modo especial, único en la tierra, de las grandezas de la paternidad divina, cuya representación ejerce. Este nombre de padre de Jesús no puede aplicarse á patriarca, á santo alguno como se le aplica á José que está unido á la Madre de Jesús con los augustos lazos de esposo que es de la Virgen Inmaculada.



Como dice Gerson, al disponer el Padre Eterno enviar á su Hijo al mundo para que realizase la redención del género humano, no se contentó con el consentimiento de María [1];

[1] *Serm. de Nat. Mariæ.*



quiso, además, el de José, que si no lo dió de un modo formal y expreso como María, lo dió aceptando los designios divinos al aceptar por esposa á la Virgen.

En el pecho de José se encerraba un corazón paternal con toda su solicitud, con toda su ternura, de otra suerte el Espíritu Santo no le confiara á él el depósito del Niño Dios.



La Teología distingue tres órdenes diferentes: el de la naturaleza ó natural, el sobrenatural ó de la gracia y el de la unión hipostática. Pertenece al primero todo aquello que no cae en la economía de la gracia; los santos, sus obras de un orden superior, las celestiales influencias á que obedecen, esto entra en el orden de la gracia; Jesús y María entran en el orden de la unión hipostática. José, en una justa proporción, merece ser colocado en este último orden á causa de su íntima unión con Jesús, Hijo de Dios, y con la Madre del Hijo de Dios, que es su esposa. José es el ángel visible destinado á la custodia del Niño nacido en el pesebre.

La Teología nos enseña que el Hijo de Dios no tuvo necesidad de luces extrañas á su persona siendo como era la misma sabiduría increada. Las inteligencias celestiales si estuvieron junto á él fué, no para guiarle ó inspirarle, sino para servirle. Y estos derechos inherentes á su sabiduría infinita, parece abdicarlos en obsequio á José á cuyos cuidados le confió el Padre Eterno. Dios, que destina ángeles para la custodia de los hombres, quiere que José sea en





cierto modo el ángel tutelar del Verbo hecho Niño. Serafín colocado junto al trono de la nueva alianza, en los continuos arranques de su amor, de su visión afortunada, se elevará de espacio en espacio, de cielo en cielo para no detenerse en el entusiasmo de su amor, sino hasta el Corazón del Niño divino, rey de cielos y tierra. Ante José se postran los mismos arcángeles; Gabriel no penetra en el afortunado techo de Nazareth sin admirar la dicha de este Patriarca que Dios unió tan íntimamente á la Reina de las jerarquías angelicales.

Los ángeles admiran sorprendidos los cargos que ejerce José junto á un Niño que es Dios, y «reconocen en él, dice san Hilario, al ángel de la Nueva Alianza encargado de alimentar á su Criador, de mantener á su Dios, de vestir á su Providencia, de sostener en brazos á Aquel que sostiene el mundo, de amparar, en fin, á su propio Salvador.»

La vida de José en el mundo es á manera de una aparición del Padre eterno.

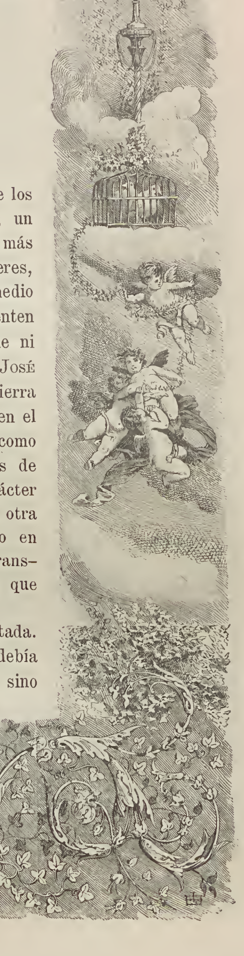
De carácter bondadoso, pacífico, dócil, en medio de su pobreza y de su oscuridad José, padre de Jesús, es una fortaleza inexpugnable á cuyo amparo la vida de Jesús, la honra de María están en seguridad completa.

Al ver al Niño del pesebre el alma de José es un océano de amor, y la vida del santo patriarca sentiría un placer en derretirse á los piés de aquel pesebre.

¡Jesús, María, José! Hé aquí tres reinos de Dios, pero

con un solo rey; tres creaciones, y el Criador es una de ellas; son tres, y no obstante, allí la unidad de afectos, de pensamientos, de acción es tal, que parece que piensan con una sola alma, aman con un solo corazón, quieren con una sola voluntad. ¡Con razón se les ha llamado la Trinidad terrestre!

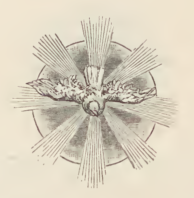




La calma más admirable, más sublime, á pesar de los acontecimientos que podrían perturbar aquel espíritu; un corazón siempre apacible, pero con una sensibilidad la más exquisita; la prontitud en el cumplimiento de sus deberes, siempre armonizada con la gravedad de carácter; en medio de sus cuidados la más insinuante dulzura que no desmienten jamás ni las atenciones que parece debieran abrumarle ni los cambios bruscos de situación, hé aquí lo que es San José constituído en padre de Jesús. Habitando sobre la tierra diríase que la suya es una vida que tiene sus raíces en el cielo; víctima aparente de un destino caprichoso, como dice el padre Faber, y de enigmas divinos rodeados de misteriosa oscuridad, no se altera nunca su carácter modesto, sencillo, reservado, sin curiosidad, sin otra aspiración que la de ser un instrumento dócil puesto en manos de Dios. No es extraño: en el alma de José se transparentaban todas las imágenes de los preciosos seres que con él se habían identificado.

No vemos en José los rasgos de una vida agitada. La sombra del Padre Eterno, como dice Faber, debía moverse en la tierra sin ruido; las sombras no hablan, sino

que al ensancharse, al extenderse, lo subliman, lo embellecen todo en el cuadro donde se dibujan; imprimen á éste un carácter imponente, y á las almas sobre las cuales se derraman las inspiran, á manera de una elocuencia muda cuyo silencio es resultado de la fuerza misma de las emociones que experimentan.



Cuando la flor celestial, cuyos gérmenes se desarrollaban en el seno de la Virgen, brotó visiblemente en la cueva de Bethleem y perfumó el mundo con sus celestiales aromas, en aquella fría noche de invierno, sobre aquella tenebrosa cueva donde no penetraron jamás los rayos del sol, los cielos se abrieron regocijados y los ángeles bajaron para hacer llegar á los oídos de los hombres unos acentos divinos tales como no los había escuchado nunca la tierra, acentos que no podían dejarse oir sino para celebrar los grandes triunfos del amor y de la misericordia. Aquellas armonías ora se espaciaban por las inmensidades del Océano; ora subían á las cumbres de las montañas; ora las oleadas de aquella música parecían llegar á las bóvedas celestes que repetían sus claros y límpidos ecos; ora, en fin, las nubes parecían caminar impulsadas por aquellas suavísimas ondulaciones, y los mundos que rodaban allá á lo lejos en la inmensidad del espacio se sentían como inundados de aquella melodía angelical que

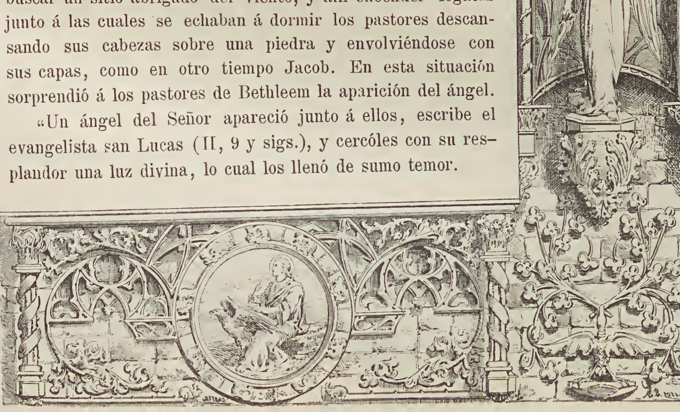
llegaba como á detenerles en su majestuosa carrera, y el *Gloria in excelsis Deo*, rodando de elemento en elemento, de espacio en espacio, de mundo en mundo, parecía hacer perceptibles en la creación natural los himnos de adoración que se cantan constantemente junto al trono del Altísimo.

En aquella noche el sueño sacudía sus pesadas alas; los cedros de los bosques de Oriente se inclinaban en silencio al ligero soplo de la brisa nocturna, y los ríos y arroyos, reflejando la luz de las estrellas, corrían más pausados y tranquilos, á fin de dejar oir mejor los cantos angelicales. Las flores exhalando olores más fuertes parecían querer agotar en aquella noche todo el perfume que ellas contenían.



En la cumbre de una de las colinas que rodeaban la ciudad de Bethleem hallábanse unos pastores guardando sus rebaños. En el Oriente, durante la noche, no era común conducir el ganado á la ciudad. Lo que se solía hacer era buscar un sitio abrigado del viento, y allí encender fogatas junto á las cuales se echaban á dormir los pastores descansando sus cabezas sobre una piedra y envolviéndose con sus capas, como en otro tiempo Jacob. En esta situación sorprendió á los pastores de Bethleem la aparición del ángel.

«Un ángel del Señor apareció junto á ellos, escribe el evangelista san Lucas (II, 9 y sigs.), y cercóles con su resplandor una luz divina, lo cual los llenó de sumo temor.



»Díjoles entonces el ángel: No tenéis que temer, pues vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo:

»Y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo ó *Mesías*, el Señor nuestro.

»Y sírvaos de seña, que hallaréis al niño envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre.

»Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando á Dios y diciendo:

»¡Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»



Se ignora qué es lo que pudo merecerles á aquellos pastores la honra que Dios les hizo. Aparecen por un instante en el principio del drama de la redención del linaje humano para desaparecer muy pronto. Desconocidos como eran antes, continúan siéndolo hoy. Eran sin duda los representantes de este pueblo que trabaja, que sufre, y que por esta razón debió constituir el primer cortejo del Salvador del linaje humano, pues lo único que de ellos podemos asegurar es que pasaban la noche en frías montañas, que oían gemir los vientos, que la contemplación del rostro de la luna les era familiar y que las estrellas con su silenciosa poesía habían de mezclarse en sus pensamientos.

Hé aquí el puesto distinguido que Dios concede á la sencillez de corazón: ella acerca al hombre á Dios. Un res-



peto inspirado por miras de prudencia humana se retrae de correr hacia Dios con la prisa conque lo hicieron aquellos pastores, sin considerar nada, olvidándolo todo, sus rebaños, la necesidad del descanso corporal, atentos sólo á obedecer cuando se les llama. Ellos estaban destinados á ser los primeros que publicaran entre los hombres el advenimiento del reinado de Jesucristo.

¡Los primeros apóstoles unos pastores, los segundos unos pescadores! ¡Qué hermosa alegoría! ¡Cómo se retrata en ello el modo suave como conquistó el mundo el cristianismo!



Los pastores se conmueven de pronto, como dice el evangelista; pero luego, tranquilizados y llenos de alegría, parten con toda prisa para ver el prodigio que el Señor les revelaba.

José les recibió en la puerta, escuchó su relato y les introdujo cerca del Dios recién nacido, al cual iban buscando. ¿Quién nos referirá esta sencilla escena, en la que el respeto y la curiosidad retenían y provocaban á la vez todas las preguntas, los transportes de júbilo y las adoraciones? Estos corazones sencillos y rectos se sentían felices contemplando un padre y una madre cuya condición parecía ser la suya; pero el aspecto radiante de este niño, á quien los ángeles acababan de llamar el Cristo y el Señor, evocaba en sus almas la majestuosa figura del Mesías cuya grandeza y cuya gloria habían celebrado los profetas. Veían allí, sobre aque-



llas pajas, el bendito vástago de Abrahám, de Isaac y de Jacob, sus antepasados, el hijo tan deseado de David, que debía poseer su trono y reinar eternamente sobre todas las naciones, venturosas con agruparse bajo su glorioso cetro. José no olvidó añadir que el recién nacido era el Hijo de Dios. Según el testimonio del Evangelio, alabaron juntos al Señor, que se dignaba visitar á su pueblo, y que cumplía la más cara de las promesas hechas á sus antepasados.

En esta hermosa escena, en la que es de suponer la admiración de los pastores en vista del extraño contraste que presenta un Dios naciendo en un pesebre, sus candorosas relaciones sobre la aparición del ángel, el relato de las palabras que les había dicho, todo aquí es sublime. Pero muy saliente en este precioso cuadro es el silencio de María. Nada dice á los pastores acerca los misterios que tanto la engrandecían.

«María, sigue escribiendo san Lucas, conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón [1].»

¿Qué labios hubiesen sido mejor escogidos para expresar el reconocimiento de Israel ante el pesebre? ¿Este infante no era acaso el Dios de los pequeños y de los pobres, el consuelo de los afligidos, de los que hoy se llaman los desheredados, como se había hecho anunciar por el profeta? «Ha reposado, había dicho, sobre mí el espíritu del Señor;

[1] *Luc.* II, 19.

porque el Señor me ha ungido, y me ha enviado para evangelizar á los mansos *y humildes,* para curar á los de corazón contrito, y predicar la redención á los esclavos, y la libertad á los que están encarcelados: para publicar el año de reconciliación con el Señor, *ó su jubileo,* y el día de la venganza de nuestro Dios; para que yo consuele á todos los que lloran... y para darles una corona *de gloria,* en lugar de la ceniza *que cubre sus cabezas:* el óleo propio de los días solemnes y alegres en vez de luto [1].» ¡Oh dulce niño, cuán amable sois!



Los pastores se retiraron llenos de gozo y admiración, y refirieron por todas partes lo que habían visto y oído. La nueva se esparció rápidamente por todo Bethleem y sus alrededores. Desde aquel momento los visitantes afluyeron al portal, y durante todo el día José no cesó de introducirles en este extraño palacio del Rey de los cielos. La Virgen, siempre al lado de su Hijo muy amado, cuando no le sustentaba en sus brazos escuchaba en silencio todo lo que de él se decía. Oyó elogios de boca de los pastores, y también se regocijó con la rectitud de algunas almas verdaderamente israelitas que creyeron y adoraron; pero tuvo el dolor de ver en muchos de los hijos de Bethleem señales inequívocas de incredulidad. La pobreza del establo les escandalizaba; no querían reconocer en este niño recostado

[1] Isaías, LXI. 1, 2, 3.





en unas pajas, á la sombra de padres sin riquezas y sin consideración, al Salvador de Israel, al Rey de los futuros siglos, al dominador de las naciones á quien habían anunciado los profetas en tan magníficas palabras. Hasta José, al salir de la cueva, pudo apercibirse de algunas risas, de ciertas burlas salidas de aquellos que en la localidad se daban aires de chuscos.—La escena es demasiada mezquina, decían; la estratagema no dará resultado.—Así juzgaban de los acontecimientos de Bethleem muchos orgullosos, cuyo corazón no estaba preparado para recibir el don de Dios... Esta raza de incrédulos subsiste aún. No eran de aquellos de quienes los ángeles habían dicho: «Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»



Los judíos esperaban un Mesías glorioso, un conquistador, un triunfador, que les librase de todos sus enemigos y sometiese á Judá todas las naciones. Este era el sueño de su orgullo nacional, y esta engañosa esperanza se sostenía en aquella época con tanta mayor exaltación, cuanto que acababan de ser los judíos sometidos por los romanos, por aquellos gentiles á quienes tenían tanto horror. Aspiraban á la independencia con un ardor increible y se imaginaban que iba á sonar la hora en que pudiesen humillar á aquellos bárbaros y someterlos á sus leyes, imponiéndoles su creencia y obligándoles á aceptar el beneficio de la religión mosaica. Las profecías parecían claras: el cetro no había caído de las manos de Judá sino para ser recogido por el nuevo hijo de

David, cuyo imperio será universal. ¡Venga, pues, el libertador tan deseado! ¡ábranse los cielos y que lluevan al justo las nubes! tales eran sus votos. Mas hé aquí un pobre niño nacido en un pesebre, presentado por padres pobres que ni siquiera tienen casa donde albergarse. Esto es despreciable. El Mesías de su orgullo vendrá de más alto y se hará conocer por otros prodigios de humana grandeza.

No se puede explicar de otro modo la indiferencia dė Bethleem y de la Judea ante un suceso de tal importancia: y la explicación es tan exacta, que Nuestro Señor Jesucristo encontrará toda su vida la misma objeción, el mismo obstáculo, la misma fuente de constantes oposiciones. Podrá hacer milagros; los jefes del pueblo jamás querrán ver al Mesías en un profeta falto de poder político, en un sabio que desdeña los bienes de este mundo, que sólo predica la práctica de las virtudes y no aspira á más gloria que la de hacer que los hombres sean mejores. Nada comprendían del reino eminentemente espiritual de Jesús. Los gentiles lo comprenderán mejor; entrarán en tropel en esta grey universal que hoy se llama la Iglesia, que encerrará en su vasta unidad todos los pueblos de la tierra, sin destruir las nacionalidades.



El misterio divino se había consumado. La Virgen prometida desde el paraíso terrenal acababa de dar á luz al que debía destruir el reino de Satanás, reparar la culpa de nuestros primeros padres y rescatar al género humano. Los





acontecimientos se precipitarán y la grande obra de la redención no tardará en consumarse, á pesar de la ceguedad de los judíos. José, este modesto trabajador, cuya misión y dignidad nadie conocía, no por esto dejará de ser el más ilustre de los santos, el que ocupará altísimo puesto en el reino de Dios.



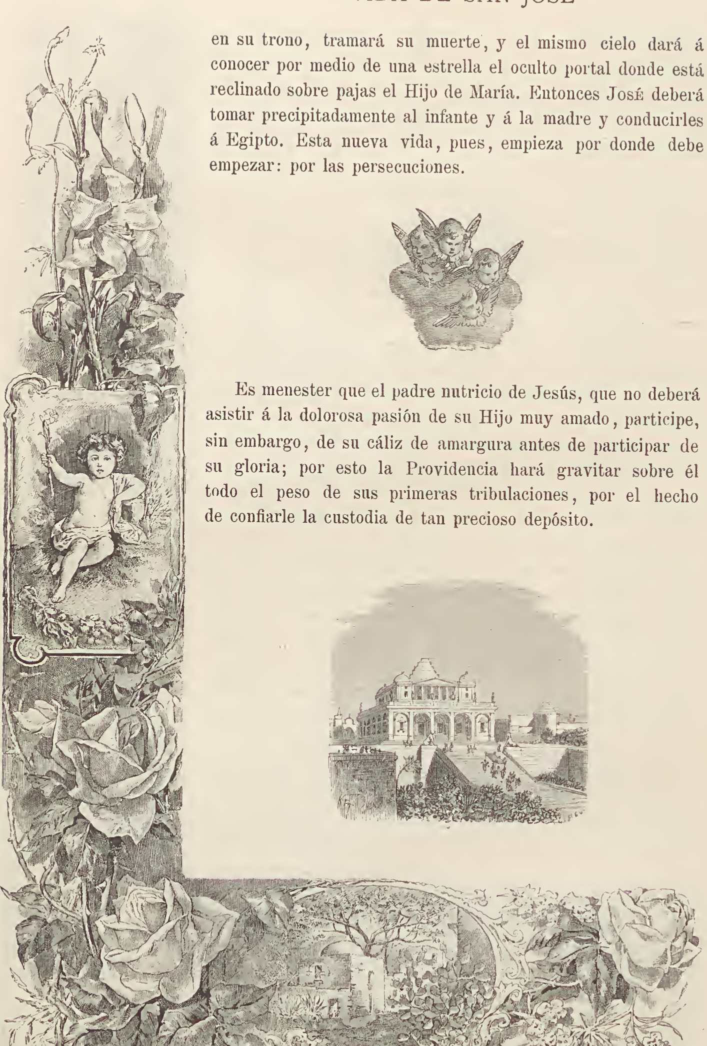
La vida de José toma un nuevo curso. Sus desposorios con la Santísima Virgen no hubieron de introducir una modificación en sus hábitos de trabajo y de tranquilidad. Pero el nacimiento de Jesús, imponiéndole las tareas de la paternidad, le coloca en el caso de dejar aquella vida tranquila y uniforme que en medio de la oscuridad más absoluta le aseguraba una paz la más completa. Ahora figura como padre de familia, tiene una esposa y un hijo que alimentar y proteger. El porvenir le es desconocido; pero sabemos que Dios le reserva las más duras pruebas. José está dispuesto de antemano á hacer todo lo que El quiera. A un hombre como José nunca se le ha de encontrar por debajo de su misión. Su alma posee todo el valor, toda la abnegación, toda la fortaleza y toda la constancia que exigen los acontecimientos. A este hombre tan modesto vamos á verle luchando contra la adversidad con la magnanimidad de un héroe.

Esposo de María, sabe que debe amarla y tratarla como la mitad de sí mismo: padre nutricio de Jesús sabe los sagrados deberes que este carácter le impone. Sobre esto Bossuet hace la siguiente reflexión: «Vos no sois su padre; Jesús no



tiene más padre que Dios. Pero Dios os ha transmitido sus derechos; haréis las veces de padre con Jesucristo. Seréis su padre por especial manera, porque, engendrado por el Espíritu Santo en aquella que es vuestra por derecho de esposa, os pertenece también Él por este título. Tomad, pues, con la autoridad y los derechos de padre, un corazón paternal para Jesús. Dios, que forma los corazones de los hombres, os da hoy un corazón de padre; feliz vos, ¡oh José! pues al mismo tiempo da Dios para vos á Jesús un corazón de hijo! Sois el verdadero esposo de su madre; compartiréis con ella los deberes y las satisfacciones de la paternidad como también las gracias inherentes á vuestro amor paternal.

Pero preparaos, gran Santo, á pagar tanta gloria y tanta dicha con contrariedades que se multiplicarán en vuestro camino, á fin de que el mundo aprenda con vuestro ejemplo como el Señor prueba á los que ama, y como para ser fiel á sus gracias es preciso prepararse á sufrir. Sí, ciertamente; cuando Jesús entra en alguna parte, entra con su cruz, lleva consigo sus espinas y hace partícipe de ellas á los que ama. José y María eran pobres; pero no habían carecido hasta entonces de hogar, tenían un techo donde ampararse. Así que el santo niño viene al mundo, no encuentran casa para ellos; su vivienda es un establo. ¿Quién les proporciona estas pruebas sino Aquel de quien está escrito: «Vino á su propia casa y los suyos no le recibieron,» y no tuvo dónde reclinar su cabeza? ¿Pero no les basta su indigencia? ¿Por qué también les procura persecuciones? Vivían juntos en su casa, pobres, pero resignados, sobrellevando pacientes su humilde posición. Pero á Jesús no le satisface este reposo. Si les concedió la dicha de que Él se llamase su hijo, «á dichas como esta, dice Bossuet, deben ir unidas grandes pruebas.» La humildad de su nacimiento no impedirá que Herodes se vea atormentado por el temor y la envidia; sintiéndose inseguro

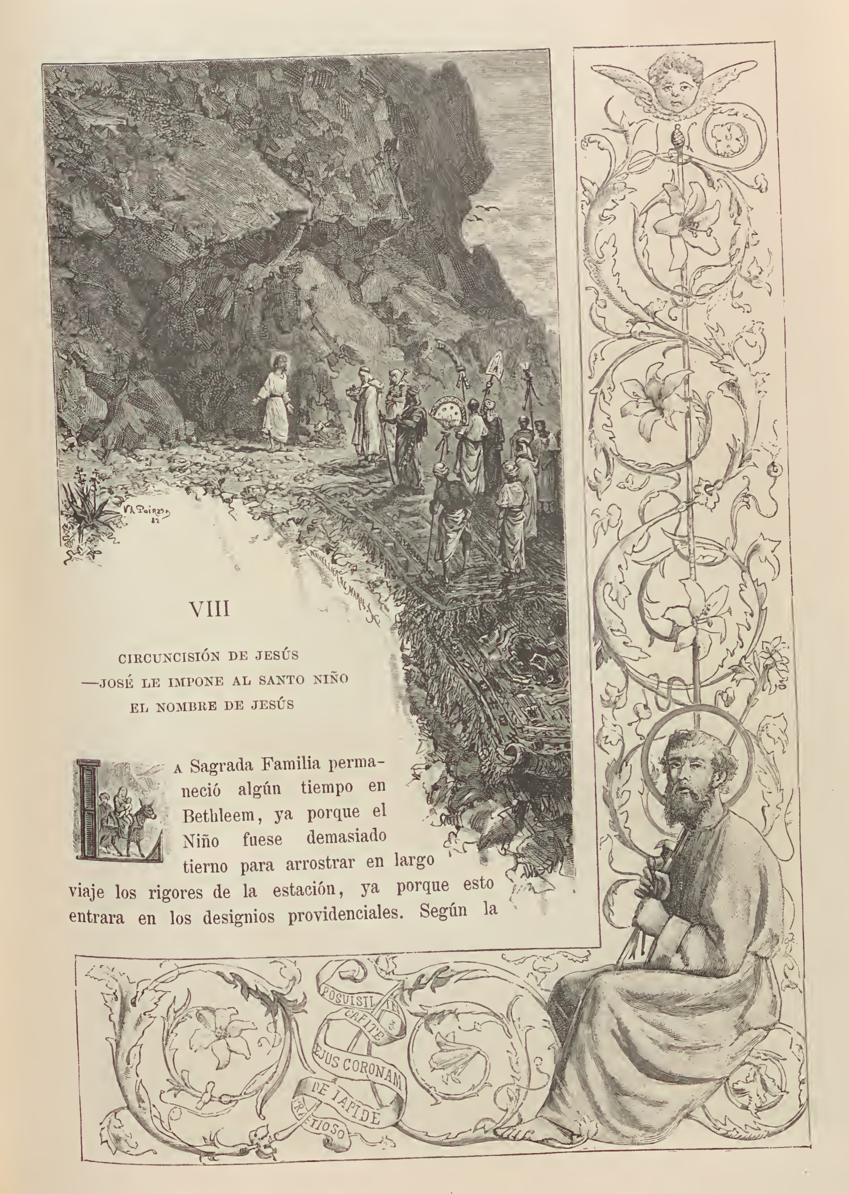


en su trono, tramará su muerte, y el mismo cielo dará á conocer por medio de una estrella el oculto portal donde está reclinado sobre pajas el Hijo de María. Entonces José deberá tomar precipitadamente al infante y á la madre y conducirles á Egipto. Esta nueva vida, pues, empieza por donde debe empezar: por las persecuciones.

Es menester que el padre nutricio de Jesús, que no deberá asistir á la dolorosa pasión de su Hijo muy amado, participe, sin embargo, de su cáliz de amargura antes de participar de su gloria; por esto la Providencia hará gravitar sobre él todo el peso de sus primeras tribulaciones, por el hecho de confiarle la custodia de tan precioso depósito.

Capitulo VIII

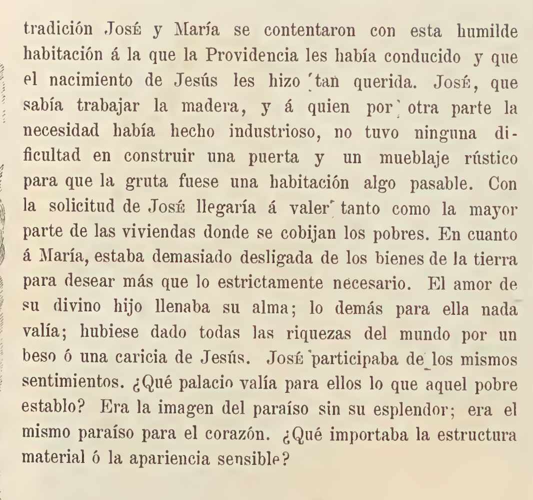




VIII

CIRCUNCISIÓN DE JESÚS
—JOSÉ LE IMPONE AL SANTO NIÑO
EL NOMBRE DE JESÚS

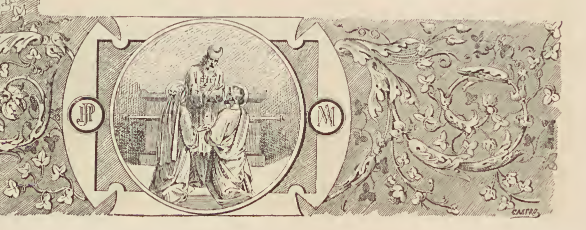
La Sagrada Familia permaneció algún tiempo en Bethleem, ya porque el Niño fuese demasiado tierno para arrostrar en largo viaje los rigores de la estación, ya porque esto entrara en los designios providenciales. Según la



tradición José y María se contentaron con esta humilde habitación á la que la Providencia les había conducido y que el nacimiento de Jesús les hizo tan querida. José, que sabía trabajar la madera, y á quien por otra parte la necesidad había hecho industrioso, no tuvo ninguna dificultad en construir una puerta y un mueblaje rústico para que la gruta fuese una habitación algo pasable. Con la solicitud de José llegaría á valer tanto como la mayor parte de las viviendas donde se cobijan los pobres. En cuanto á María, estaba demasiado desligada de los bienes de la tierra para desear más que lo estrictamente necesario. El amor de su divino hijo llenaba su alma; lo demás para ella nada valía; hubiese dado todas las riquezas del mundo por un beso ó una caricia de Jesús. José participaba de los mismos sentimientos. ¿Qué palacio valía para ellos lo que aquel pobre establo? Era la imagen del paraíso sin su esplendor; era el mismo paraíso para el corazón. ¿Qué importaba la estructura material ó la apariencia sensible?



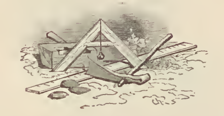
Ante esta Trinidad terrestre, Jesús, María y José, felices en el retiro de su pobre habitación, ¿quién no siente la vanidad de los esplendores humanos? ¿Para qué palacios, torres levantadas hasta las nubes, vastas habitaciones cubiertas de oro y pedrería, si están vacías de lo que se ama? Al hombre que sólo ama á Dios, ¿no le basta acaso



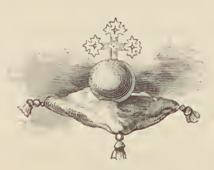


HUBIERA DADO TODAS LAS RIQUEZAS DEL MUNDO POR UN BESO Ó UNA CARICIA DE JESÚS

un abrigo contra el viento y la lluvia y un poco de pan para sustentarse? José y María no sentían otras necesidades y eran felices; más felices que lo será jamás rico alguno; tan felices que ninguno de nosotros vacilaría en cambiar sus más bellas esperanzas con su adorable pobreza.



¡Muy poco le basta al hombre para cumplir la peregrinación de la vida cuando sabe contentarse con lo necesario! Nuestros deseos multiplican nuestras necesidades y nos hacen sus esclavos. ¿Acaso no es esta la lección que nos da el Niño Dios en su pesebre, y que José y María comprenden tan bien? ¿Por qué no la aprovechamos?



¡Qué días tan dichosos para José! Cuando María se ocupa en las tareas propias de su sexo, en los cuidados del hogar; cuando con su solicitud dispone la comida para su esposo ó los pañales para su hijo, José toma en sus brazos al tierno infante, y éste, dibujando en sus labios una sonrisa celestial, extiende sus manecitas hacia el rostro del afortunado carpintero y le llena de las más tiernas caricias. La felicidad



de aquellos días para José era sólo comparable á la felicidad del cielo.

Pasada la primera semana José y María pensaron en llenar la prescripción de la ley, que ordenaba circuncidar á los hijos varones al octavo día de su nacimiento. El Señor había impuesto esta señal á Abraham y á su posteridad como el sello de su alianza y símbolo de la remisión del pecado original, pues que marcando la transmisión de este pecado con sus concupiscencias por medio de la generación, figuraba sus expiaciones por el derramamiento de sangre. Evidentemente el Verbo divino hecho hombre no estaba obligado á esta humillante ceremonia legal, ni como Dios, puesto que era el autor de la ley, ni como hombre, porque no era pecador; pero consintió en ser tratado como los pecadores de quienes se había hecho víctima y para los cuales deseaba derramar las primicias de su sangre.

Acostumbrada María á consultarlo todo con Dios por



medio de la oración, cuando se dirige á la Majestad divina, conforme dice la venerable Agreda, para preguntar si también su hijo debe someterse al derramamiento de la sangre de la circuncisión, el Señor le contesta:

—Esta sangre que trae el Niño en sus venas, es sangre redentora; pertenece al linaje humano; es menester que por el linaje humano empiece á derramarla.

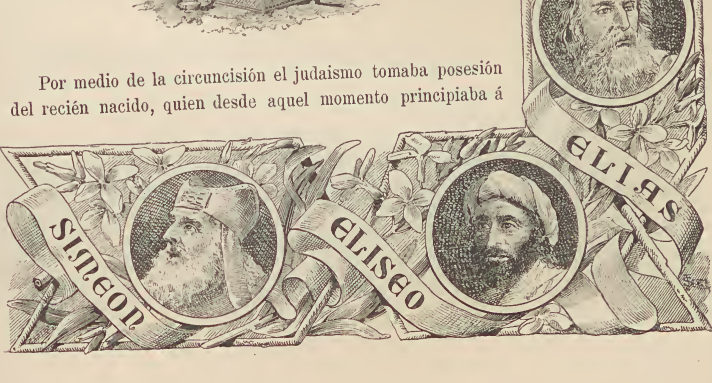


Se concibe, como dice la referida santa, que María, comprendiendo el valor de aquella sangre, preparara con la mayor solicitud una botellita donde recogerla y limpios paños para que no se perdiese ni una sola gota.

José era por otra parte demasiado observador de la ley divina para omitirla en un punto considerado como tan capital en Israel. El Hijo de Dios, que se llamó más tarde á sí propio el Hijo del hombre, recibió, pues, la circuncisión como todos los descendientes de Abraham.



Por medio de la circuncisión el judaismo tomaba posesión del recién nacido, quien desde aquel momento principiaba á



formar parte de la sociedad religiosa y civil y era auténticamente declarado descendiente de Abraham, ceremonia que siendo costumbre celebrarla el jefe de familia, correspondióle hacerlo á José, quien tuvo la honra de imprimir en el cuerpo del infante el signo tradicional que distinguía á los hijos del pueblo de Dios.

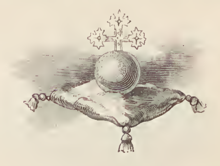


Al hacer la incisión con el correspondiente cuchillo el padre exclamaba:

—«¡Bendito sea Jehová, el Señor! Él ha escrito la divina ley en nuestra carne. Él señala á sus hijos con el sello de la alianza para comunicarles las bendiciones de Abraham nuestro padre.»

Y los presentes respondían á una voz:

—«¡Viva Aquel que te escogió por hijo suyo! [1].»



José, aquel corazón tan delicado, tan tierno, tan amante, al tener que hacer en el tierno niño la dolorosa incisión, supo

[1] Hieros, Beracoth.

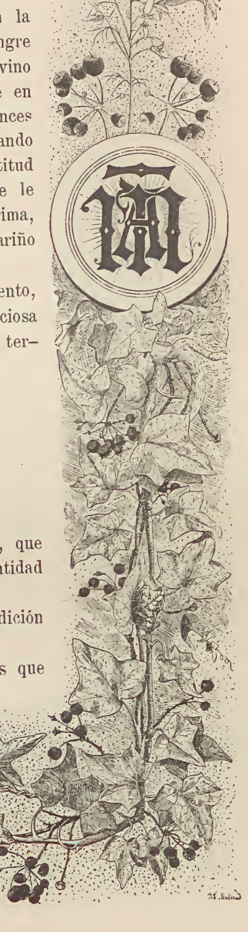


hacerse violencia. El deber se sobrepuso al cariño para realizar un acto que debió causar al infante un vivo sufrimiento haciendo correr su sangre y sus lágrimas.

María, la amantísima Madre, estuvo presente en aquel acto, derramando sobre el infante raudales de amor que se revelaban en el brillar de sus ojos, en el latir de su maternal corazón. Sin duda los preparativos de la circuncisión la harían estremecer; el contemplar la cuchilla helaría la sangre en sus venas; y quizás al tomar en sus brazos al divino Niño la afectuosa Madre lo haría temblando y dibujándose en su despejada frente mortal palidez. El niño llora, y entonces María le estrecha una vez más contra su corazón; y cuando el débil infante, en la fuerza del dolor, recoge en actitud nerviosa el vestido de su madre como pidiéndole que le proteja, mientras de los ojos de la Virgen salta una lágrima, María le llena de besos, y á fuerza de ternura y de cariño trata de calmar los dolores que está sufriendo su hijo.

María y José, identificándose en un mismo sentimiento, ofrecen al Eterno Padre la primera gota de la sangre preciosa de la inmolación que principiando en Bethleem había de terminar más tarde en el Calvario.





Todo hombre tiene un nombre que le da á conocer, que le distingue de sus semejantes y le constituye en entidad social.

El apellido viene á ser frecuentemente toda una tradición de honra ó de ignominia.

Si un nombre honrado es una de las mejores fortunas que

podemos recibir al venir al mundo, en cambio un nombre deshonrado es un estigma que marca con sello ignominioso la cuna y el sepulcro, y que deja tales huellas que se necesita bastante fuerza y bastante constancia para llegar á borrarlas.

El privilegio de dar el nombre á un sér humano que viene á la vida pertenece al padre. Es un derecho que le reconocen en todas partes y siempre las leyes que rigen la familia, testimonio de la autoridad de que está investido en todos los países y en todas épocas como jefe del hogar.

Donde quiera que haya un padre este hombre se levantará junto á la cuna de su hijo y con una majestad que no se concibe sino por la autoridad paternal, dará á su hijo, al entrar en el teatro de la vida, un nombre que le designe un puesto en el hogar de la gran familia humana que se llama la sociedad.



Al infante del pesebre con el acto de la circuncisión era menester imponerle un nombre que, asegurándole en Israel una existencia social, simbolizara los altos designios que él venía á realizar como Hijo de Dios y como Redentor, nombre que contuviera la tradición del pasado de una familia ó de una raza, con la esperanza de un porvenir de salvación para el linaje humano; nombre que diese á conocer la gloriosa carrera que había de seguir aquel niño recostado sobre unas pajas, que le presentaran ya, bajo la pobreza de aquella gruta, con la unción que reviste de su majestad á los reyes y de su autoridad á los pontífices, á la par que con la sangre generosa

que humedece la púrpura de los héroes victoriosos; nombre que había de ser como el vaticinio del trono sobre que reina en almas y corazones y del altar en que se inmolará como víctima expiatoria de los pecados de los hombres; nombre, en fin, que dibujará perfectamente los rasgos de su divina fisonomía, presentándole rodeado de la doble aureola de rey y de mártir, de *Ungido* del Señor y de *Salvador* del linaje humano.



Pero este nombre, que debe revelar al mundo los grandiosos destinos del Niño del pesebre. ¿Quién se lo impondrá? ¿Será el cielo ó la tierra? ¿Descenderá á este efecto el Padre Celestial sobre el altar de la Circuncisión como en otro tiempo sobre las abrasadas cumbres del Sinaí?

Este nombre se lo dará Dios, el Padre, es verdad; pero guardará al efecto la majestad de su silencio delegando á este fin una criatura humana.



Dios, que es el orden supremo, tiene dispuesto que en la Sagrada Familia, constituída en modelo de todas las familias





humanas, cada una esté en su puesto. El designado para esta obra, el que tiene la delegación del Eterno Padre, es José.

La venerable Agreda nos presenta á los dos esposos preguntándose:

—¿Qué nombre le impondremos?

José dice:

—Cuando el ángel me reveló el misterio de la Encarnación me ordenó que le llamara *Jesús*.

María contesta á su vez:

—Lo propio me declaró á mí cuando me anunció que el Verbo tomaría carne en mi seno.

Y mientras así se expresaban María y José, bien podemos conjeturar que se ven aparecer en la cueva legiones de ángeles en forma humana de una hermosura indescrip-

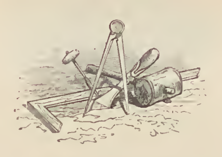
tible, con una divisa en la que un dedo celestial había grabado el nombre de Jesús, que san Miguel y san Gabriel hacían aparecer escrito al través de globos luminosos de una incomparable belleza.

—Este es el nombre del santo Niño, les dijeron los ángeles. Es el Hijo de Dios, prosiguieron; este nombre se lo da, pues, la Trinidad beatísima.

Entonces José, en virtud de la alta delegación que había recibido y haciendo uso de su autoridad, como jefe de familia, exclamó:

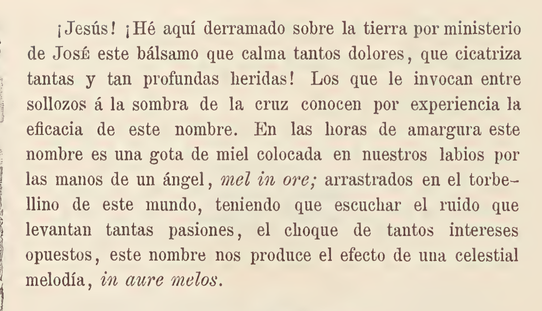
—¡Se llamará Jesús!

Inmediatamente los dos esposos entonaron un himno invitando á tomar parte en él á los ángeles, y en la cueva de Bethleem se reprodujeron una vez más las melodías del cielo.

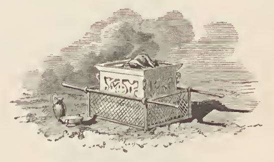


¡Jesús! Este nombre adorable había de tener la virtud de realizar los mayores prodigios. ¡Cuántas lágrimas ha enjugado! ¡Qué de llagas abiertas en el corazón por la ingratitud, por la perfidia humana se vienen cicatrizando con sólo pronunciar este nombre bendito! ¡Cuántas almas han dejado de realizar un acto de apostasía, de miserable cobardía con sólo repetir este nombre!





¡Jesús! ¡Hé aquí derramado sobre la tierra por ministerio de José este bálsamo que calma tantos dolores, que cicatriza tantas y tan profundas heridas! Los que le invocan entre sollozos á la sombra de la cruz conocen por experiencia la eficacia de este nombre. En las horas de amargura este nombre es una gota de miel colocada en nuestros labios por las manos de un ángel, *mel in ore;* arrastrados en el torbellino de este mundo, teniendo que escuchar el ruido que levantan tantas pasiones, el choque de tantos intereses opuestos, este nombre nos produce el efecto de una celestial melodía, *in aure melos.*



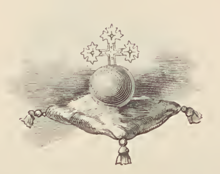
Este nombre, presentándose á Saulo á manera de una luz deslumbradora, le derriba de su caballo y convierte al perseguidor en apóstol; unos desconocidos pescadores de Galilea lo han escrito en sus estandartes y con él caminan á la conquista del mundo; millones de vírgenes amparan tras de este nombre las debilidades de su sexo y las generosas resoluciones de su corazón. Y este nombre que balbucea el niño sobre las rodillas de su madre, que el hombre que cree y reza lo pronuncia como un himno de esperanza, que lo cantan los mártires al subir al cadalso, que lo murmura el agonizante al atravesar las fronteras de esta vida, una de las primeras lenguas humanas que lo pronunciaron en la tierra fué la de José.

Este solo nombre de Jesús es toda una revelación, pues proclama el divino carácter de quien le lleva, y nadie podrá



pronunciarlo sin confesar que Jesús es el Redentor. Dulce nombre que conmueve el corazón de todo hijo de Dios y hace temblar al infierno.

Dios lo ha levantado tan alto, dice san Pablo, que ante él se doblan las rodillas en el cielo, en la tierra y en el infierno.



Hé aquí que de repente se verifica en la escena del pesebre una transformación la más completa, que parece contrastar con la humildad de aquel recinto.

Del extremo Oriente ha partido una cabalgata. Todo allí es rico, todo espléndido. Trajes magníficos, turbantes deslumbradores de pedrerías, esclavos que se adelantan con su sombría actitud, camellos que marchan majestuosamente.

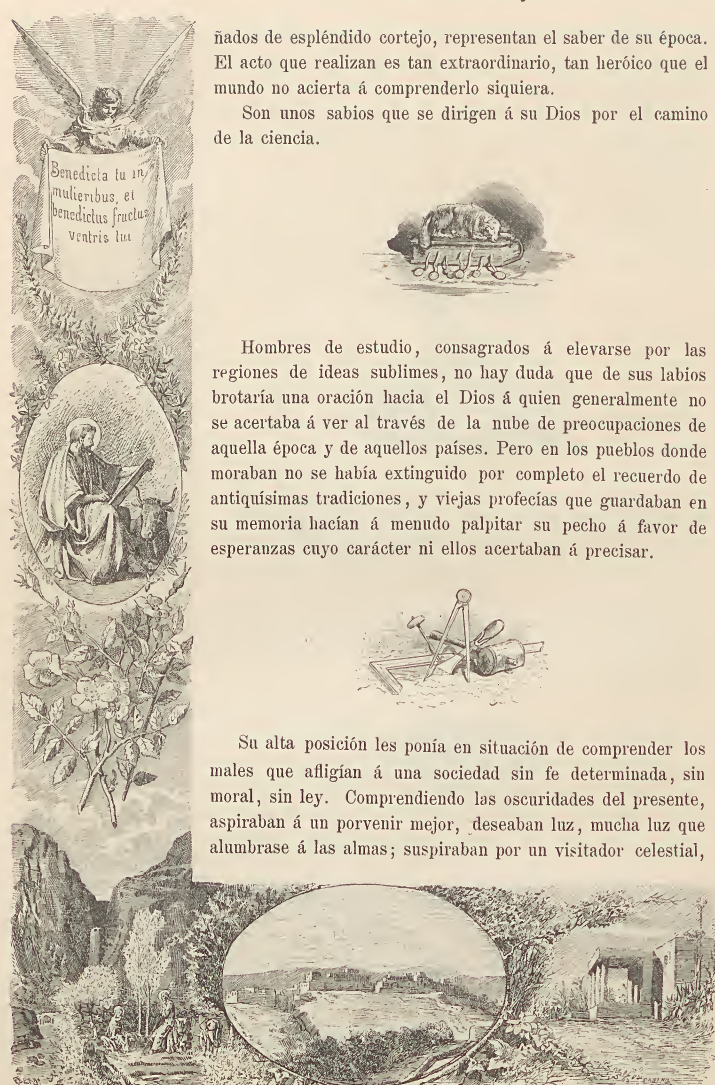
Son tres reyes de distintas tribus orientales que se dirigen hacia la cueva.

Hay aquí mucho de extraordinariamente legendario. Jamás la novela con todos sus recursos ha podido presentar un cuadro como el que vamos á recordar.



Estos hombres que se dirigen hacia Bethleem, acompa-





ñados de espléndido cortejo, representan el saber de su época. El acto que realizan es tan extraordinario, tan heróico que el mundo no acierta á comprenderlo siquiera.

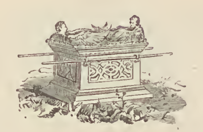
Son unos sabios que se dirigen á su Dios por el camino de la ciencia.

Hombres de estudio, consagrados á elevarse por las regiones de ideas sublimes, no hay duda que de sus labios brotaría una oración hacia el Dios á quien generalmente no se acertaba á ver al través de la nube de preocupaciones de aquella época y de aquellos países. Pero en los pueblos donde moraban no se había extinguido por completo el recuerdo de antiquísimas tradiciones, y viejas profecías que guardaban en su memoria hacían á menudo palpitar su pecho á favor de esperanzas cuyo carácter ni ellos acertaban á precisar.

Su alta posición les ponía en situación de comprender los males que afligían á una sociedad sin fe determinada, sin moral, sin ley. Comprendiendo las oscuridades del presente, aspiraban á un porvenir mejor, deseaban luz, mucha luz que alumbrase á las almas; suspiraban por un visitador celestial,



por un libertador, un Redentor, y creían que aquella sociedad extraviada encontraría al fin un conductor que la guiara por otros caminos.



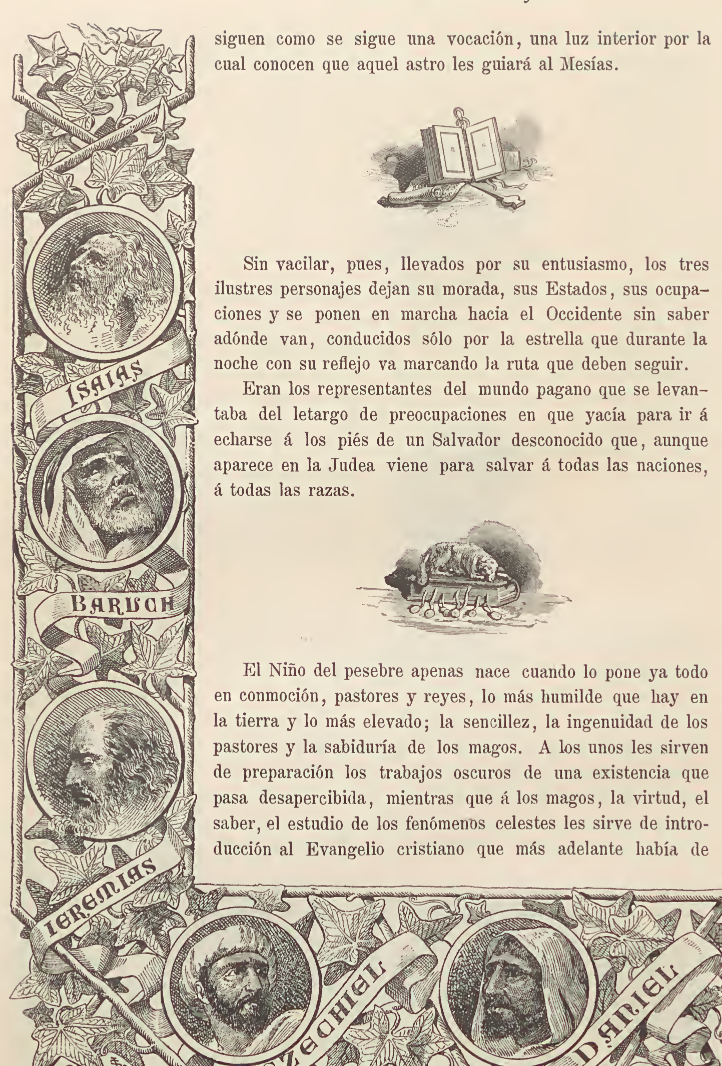
Sin duda las distintas tribus á que los magos pertenecían podrían ponerse fácilmente en contacto, ó quizás la identidad de deseos y de esperanzas habría estrechado en ellos los lazos de la amistad.



En el azul del firmamento aparece una estrella hasta entonces desconocida. Semejante aparición no pudo ocultarse á aquellos tres sabios del Oriente que pasaban una parte de la noche en la contemplación de los fenómenos celestiales.

Era la estrella de que hablaba una antigua profecía. Quizás la distinguieron por su precipitado curso, quizás dejaba en pos de sí un rastro de luz, quizás la veían en una posición de tal suerte inclinada hacia la tierra que parecía como hacerles una señal para que la siguiesen.

Una fuerza superior les atrae hacia aquella estrella, y la



siguen como se sigue una vocación, una luz interior por la cual conocen que aquel astro les guiará al Mesías.

Sin vacilar, pues, llevados por su entusiasmo, los tres ilustres personajes dejan su morada, sus Estados, sus ocupaciones y se ponen en marcha hacia el Occidente sin saber adónde van, conducidos sólo por la estrella que durante la noche con su reflejo va marcando la ruta que deben seguir.

Eran los representantes del mundo pagano que se levantaba del letargo de preocupaciones en que yacía para ir á echarse á los piés de un Salvador desconocido que, aunque aparece en la Judea viene para salvar á todas las naciones, á todas las razas.

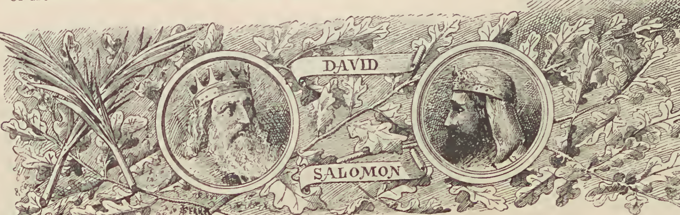
El Niño del pesebre apenas nace cuando lo pone ya todo en conmoción, pastores y reyes, lo más humilde que hay en la tierra y lo más elevado; la sencillez, la ingenuidad de los pastores y la sabiduría de los magos. A los unos les sirven de preparación los trabajos oscuros de una existencia que pasa desapercibida, mientras que á los magos, la virtud, el saber, el estudio de los fenómenos celestes les sirve de introducción al Evangelio cristiano que más adelante había de

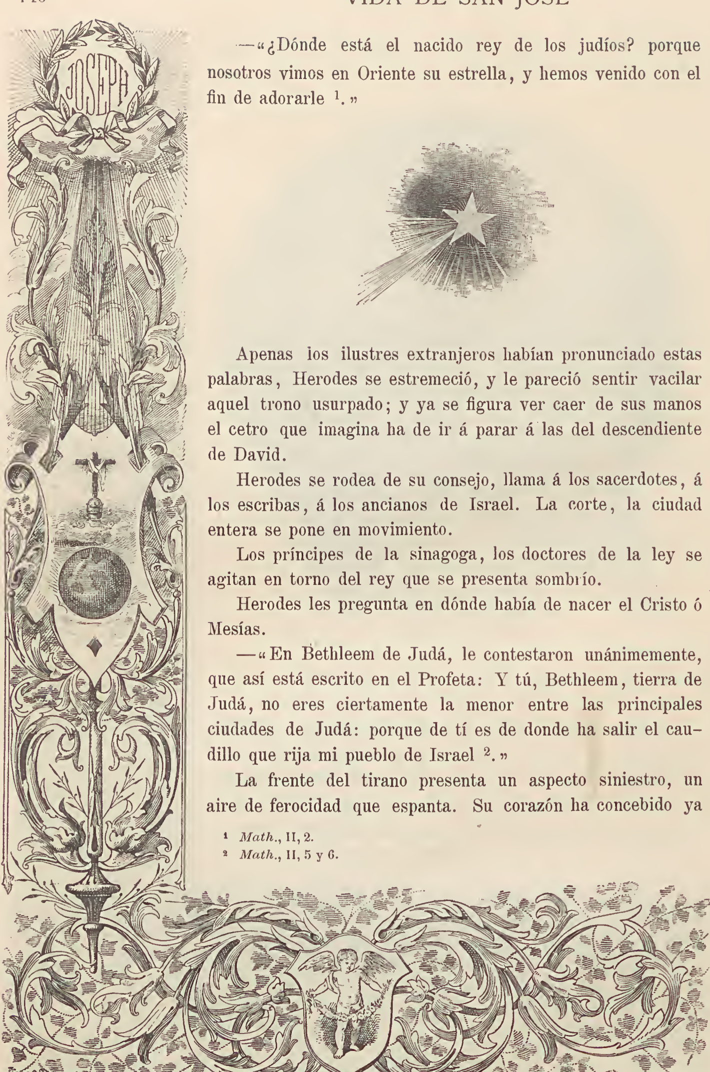
enseñar á grandes y á pequeños, á sabios é ignorantes el infante nacido en aquella cueva.



Campamento de los reyes en el valle de Bethleem

Al llegar la regia caravana á Jerusalén toda la ciudad se conmovió. La estrella se oculta y los magos, creyendo haber llegado al término de su viaje, atraviesan precipitadamente la ciudad de David, y dirigiéndose al antiguo palacio de los reyes de Judá constituído en corte de Herodes, entran en él llenos de confianza y preguntan al intruso monarca:





—«¿Dónde está el nacido rey de los judíos? porque nosotros vimos en Oriente su estrella, y hemos venido con el fin de adorarle [1].»

Apenas los ilustres extranjeros habían pronunciado estas palabras, Herodes se estremeció, y le pareció sentir vacilar aquel trono usurpado; y ya se figura ver caer de sus manos el cetro que imagina ha de ir á parar á las del descendiente de David.

Herodes se rodea de su consejo, llama á los sacerdotes, á los escribas, á los ancianos de Israel. La corte, la ciudad entera se pone en movimiento.

Los príncipes de la sinagoga, los doctores de la ley se agitan en torno del rey que se presenta sombrío.

Herodes les pregunta en dónde había de nacer el Cristo ó Mesías.

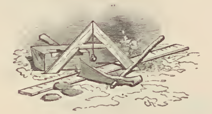
—«En Bethleem de Judá, le contestaron unánimemente, que así está escrito en el Profeta: Y tú, Bethleem, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá: porque de tí es de donde ha salir el caudillo que rija mi pueblo de Israel [2].»

La frente del tirano presenta un aspecto siniestro, un aire de ferocidad que espanta. Su corazón ha concebido ya

[1] *Math.*, II, 2.
[2] *Math.*, II, 5 y 6.

el cruel atentado y aguarda el momento en que sus manos, acostumbradas á derramar sangre inocente, perpetrarán el horroroso crimen.

—« Id, les dijo, á informaros puntualmente de lo que hay de ese niño, y en habiéndole hallado, dadme aviso, para ir yo también á adorarle [1]. »



Al instante la estrella, que había dejado de brillar en Jerusalén, reapareció y marchó delante de ellos como antes. Algunas horas después el astro se detenía en el establo y los piadosos viajeros llegaban al logro de sus aspiraciones.



El paso de esta caravana oriental hizo mucho más ruido en Bethleem que la de la Sagrada Familia. Todos quisieron ver á estos extranjeros y saber á qué iban. La mayoría se burló de ellos, y creyeron que iban á verse muy desconcertados al entrar en el pesebre. Pero los magos tenían una fe más sólida y más ilustrada que este pueblo; estaban mejor dispuestos á aprovecharse de las gracias de Dios que venían á buscar de tan lejanas tierras. Admiráronse á su vez al

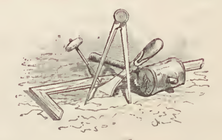
[1] *Math.*, II, 8.



ver que Bethleem en su incredulidad no hacía al Mesías los honores de que era digno, y despreciaron á aquel pueblo víctima de fatal ceguera.



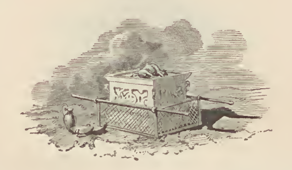
José supo la llegada de los reyes y estaba preparado para recibirles. La Virgen, que poseía en grado superior la inteligencia de las profecías, comprendió que estos gentiles eran las primicias y los embajadores de las naciones infieles, que se encontraban aún en las tinieblas, pero que estaban llamadas á la verdadera luz; pues que no ignoraba estas palabras de su abuelo David, que resumen tantas predicciones: «Todos los reyes de la tierra le adorarán, todas las naciones le servirán.» Se alegró de ello con su santo esposo, no sólo considerando la salvación de estos millares de pueblos, sí que también porque este solemne homenaje de los magos iba á resarcir á su divino Hijo de la culpable indiferencia de sus compatriotas.



La tradición dice que estos reyes eran tres, probable-

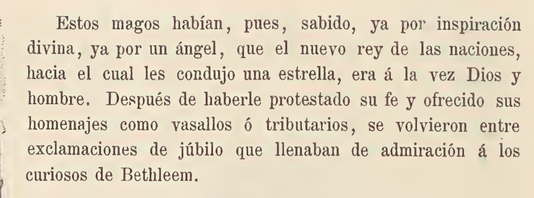


mente á causa de sus presentes, que consistían, según el Evangelio, en oro, incienso y mirra. Cuando hubieron hecho los preparativos de esta solemne audiencia, avanzaron en orden, según la costumbre oriental, revestidos con sus más ricos mantos y precedidos de sus servidores que llevaban los presentes destinados al nuevo rey. José les recibió á la puerta y les introdujo en la gruta, mientras la Santísima Virgen les aguardaba en el fondo de ella, teniendo á su hijo sobre sus rodillas.



Los servidores depositaron sus ofrendas á los piés de Jesús, y los reyes se adelantaron respetuosamente hasta un recodo que aun se muestra á los peregrinos. Allí se detuvieron, y prosternados ante Jesús le adoraron. Sus dones simbólicos expresaban la naturaleza de sus homenajes: el incienso se ofrecía á la divinidad, el oro era un tributo que se pagaba á la realeza en señal de vasallaje, y la mirra era el aroma que se dirigía al hombre que había de morir á causa de su notable propiedad de embalsamar y conservar los cuerpos.

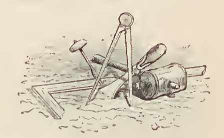




Estos magos habían, pues, sabido, ya por inspiración divina, ya por un ángel, que el nuevo rey de las naciones, hacia el cual les condujo una estrella, era á la vez Dios y hombre. Después de haberle protestado su fe y ofrecido sus homenajes como vasallos ó tributarios, se volvieron entre exclamaciones de júbilo que llenaban de admiración á los curiosos de Bethleem.



Esta visita solemne no bastaría á la piedad de los magos, sino que sin duda permanecerían varios días en Bethleem, á fin de ver más íntimamente á la Sagrada Familia, y de instruirse á su lado respecto á las verdades que necesitaban conocer. En sus conversaciones aprendieron con facilidad las verdades necesarias para su salvación y cuanto podía fortalecer su fe, y gozaron en ellas al mismo tiempo de las inefables dulzuras que Jesús derrama en los corazones dignos de su afecto.



Podemos suponer que después de haber adorado por última



vez al Niño Jesús y despedídose de la Sagrada Familia, se disponían á volver al palacio de Herodes para participarle tanta felicidad. Pero un ángel les advirtió durante la noche que renunciaran á su proyecto, porque el pérfido monarca no era digno de recibir este nuevo testimonio del nacimiento del Mesías. En consecuencia tomaron otra dirección, y se volvieron á su país por otro camino.



Este acontecimiento habría debido preocupar á los príncipes de los sacerdotes, que habían visto é interrogado á los reyes en Jerusalén. Pero un velo cubría los ojos de este desgraciado pueblo á causa de haber abusado de los beneficios del Señor. ¿Qué sucedió? dice san Pablo. Israel no reconoció al que buscaba. Sólo los elegidos le encontraron; pero los demás fueron cegados por su malicia según estaba escrito. «Tienen ojos y no ven y oídos y no oyen.» Continúa aún sobre aquel desgraciado pueblo la ceguera; leen el Libro de Dios y no lo comprenden. Su dureza de corazón había sido profetizada como otro de los testimonios de la venida del Mesías.



Los tres magos se nos presentan como la personificación





de la fe. Por la fe desean ver á Aquel que constituía la esperanza del mundo; la fe les induce á creer en antiguas profecías de las que en sus países se guardaba un pálido recuerdo; la fe les impulsa á andar en pos de una estrella. Al llegar á Jerusalén la estrella se oculta, y cuando parece que habiendo desaparecido la estrella les ha de faltar todo, la fe la conservan toda entera; y es la fe la que hace que no se escandalicen ante la humildad de la cueva de Bethleem, ellos que habitaban ricos palacios.

La fe de los reyes iba unida á una grande abnegación. La fe y la abnegación son dos compañeras inseparables; son dos hermanas gemelas que nacen juntas en el alma, juntas crecen, y tanto se asemejan la una á la otra que á veces es difícil distinguirlas, y reina entre las dos una simpatía tan estrecha que diríase que no poseen más que una sola vida y que han de morir juntas. La abnegación sobre todo debe ser la virtud de los nobles, de los ricos, de los sabios. Que sepan tener fe y serán desprendidos; que tengan el valor de las grandes abnegaciones y la fe iluminará sus inteligencias con claridades que ni siquiera sospechan.

¿Qué importa que hayan de caminar por espacio de leguas y más leguas, día tras día, atravesando provincias y

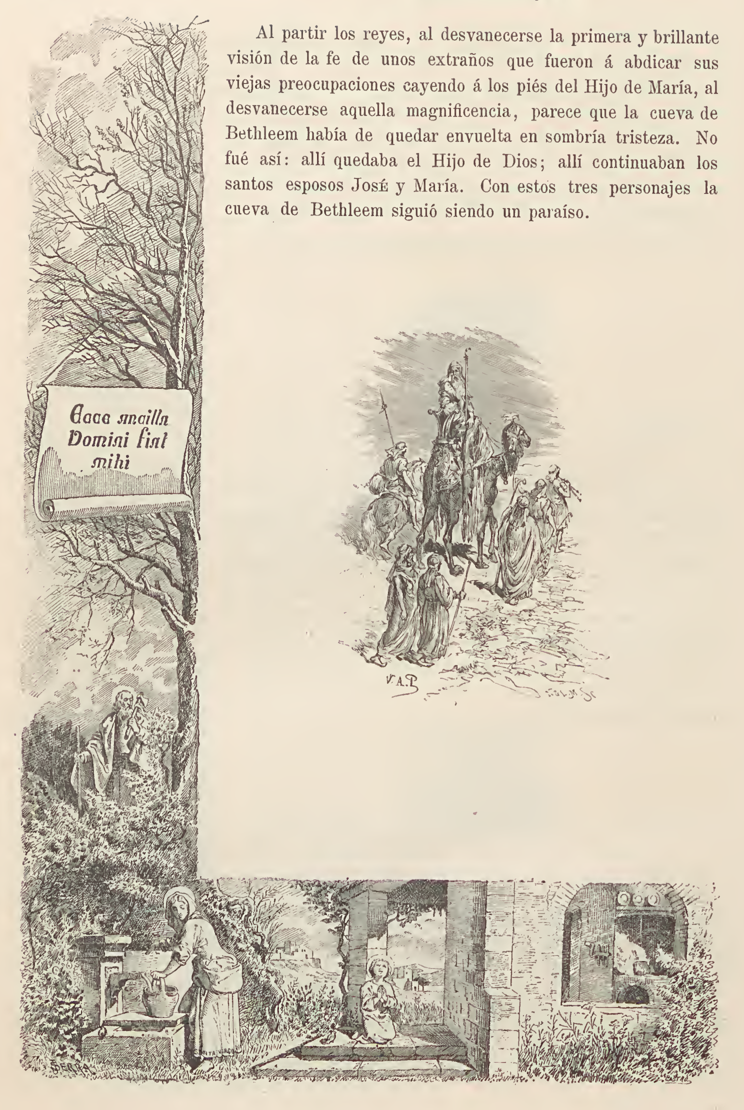
naciones, vadeando ríos, subiendo montañas ó hundiéndose en desconocidos valles? La fe les da abnegación y lo soportan todo; la lluvia que humedece sus vestidos, la tempestad que brama á su alrededor. Tal es la abnegación: es la dulce compañía de la fe su amiga, su hermana, lo olvida todo. Así sucedió en los tres reyes. Su devoción fué la que es la devoción del verdaderamente sabio; firme hasta revestir ante el mundo las apariencias de una locura generosa hasta lo legendario, perseverante hasta el martirio.



Cautivados por la fe, aquel pesebre, aquella paja son para ellos un imán irresistible. ¿Qué derecho tenían aquellos lingotes de oro para brillar en la cueva de Bethleem? Los perfumes de la Arabia habrían estado mejor en el palacio de Herodes que en una cueva hundida en una peña. Sólo la mirra parecía ocupar su puesto en medio del silencio y la pobreza despreciada del pesebre. Y sin embargo todas estas cosas se armonizan en su profunda significación, y al meditarlo bien las extrañezas de este misterio nos aparecen magníficas sublimidades.



Al partir los reyes, al desvanecerse la primera y brillante visión de la fe de unos extraños que fueron á abdicar sus viejas preocupaciones cayendo á los piés del Hijo de María, al desvanecerse aquella magnificencia, parece que la cueva de Bethleem había de quedar envuelta en sombría tristeza. No fué así: allí quedaba el Hijo de Dios; allí continuaban los santos esposos José y María. Con estos tres personajes la cueva de Bethleem siguió siendo un paraíso.





Capitulo IX



IX

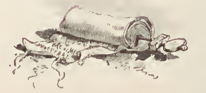
PESENTACIÓN DEL NIÑO JESÚS EN EL TEMPLO

La ley de Moisés obligaba á los padres á presentar en el templo y ofrecer al Señor sus hijos primogénitos, y hasta reservaba al Supremo Criador los séres irracionales que primero

nacían. Había sido establecida dicha ley en memoria de la libertad de Israel, cuya causa determinante fué la muerte de los primogénitos de Egipto. Los animales propios para los sacrificios eran inmolados; pero á los niños se les rescataba por el precio de cinco ciclos, y en su lugar se inmolaba un cordero de un año, ó bien, si la familia era muy pobre, dos tórtolas y también dos palomitas; en el mismo día la madre del recién nacido se presentaba á los sacerdotes para ser purificada. Esta doble ceremonia celebrábase cuarenta días después del nacimiento. Las niñas no podían ser ofrecidas al Señor, y en este caso la purificación se verificaba á los ochenta días.



En su calidad de padre de Jesús, José debió presentarle en el templo y ofrecer por él el sacrificio legal, mientras que la Santa Virgen, por un exceso de humildad, se sometía á un rito sagrado sin tener necesidad de ello.



Contemplemos á María y á José saliendo de Bethleem, llevando al niño Jesús en sus brazos. Nada más sencillo



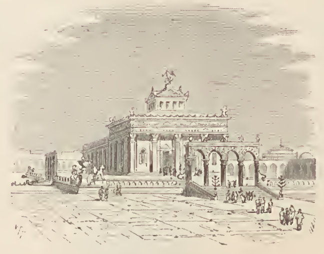
y humilde que este grupo de personas que de nadie llama la atención; ninguno les saluda en el camino, nadie les recibe en las puertas de Jerusalén, no hay amigos ni parientes que los rodeen lanzando exclamaciones de júbilo. Y sin embargo, es la primera entrada del nuevo Rey de los judíos en su capital; es la gloriosa visita al segundo templo que tan solemnemente anunciaron los profetas y que tanto animó á los israelitas á construirlo sobre las ruinas del antiguo después de su vuelta de Babilonia. «La gloria de este último templo será grande, será mayor que la del primero, les decía el Señor por boca de Ageo... y en este lugar daré yo la paz ó *felicidad* dice el *mismo* Señor de los ejércitos.» «Hé aquí que yo envio mi ángel el cual preparará el camino delante de mí, añadía por Malaquías, y luego vendrá á su templo el dominador á quien buscáis.»



Héle aquí que viene en brazos de San José ó de María, escoltado por los ángeles; pero los hombres no le conocen. Si hubiese enviado delante de él heraldos y se presentara sobre triunfal carroza precedido de brillante guardia y anunciándose al son de trompetas, la multitud hubiese corrido á su encuentro y quizás lo hubiese aclamado hijo de David; pero ¿un niño á quien conducen un padre y una madre que pertenecen á la condición de artesanos puede ser el Mesías? El orgullo humano respondía:—No. La humildad del pesebre continuaba ocultando á los ojos del mundo el misterio divino que se reveló á los pastores y á los reyes.



No por esto el Salvador cumplirá menos generosamente su misión. Va á ofrecerse á su Padre y decirle: «Tú no has querido sacrificios ni ofrenda: mas á mí me has apropiado un cuerpo *mortal*. Holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces dije: Héme aquí que vengo: según está escrito de mí al principio del libro: Para cumplir,



Templo de Jerusalén

¡oh Dios! tu voluntad.» Tierna víctima, vais á cargar con todas las penas debidas á nuestras culpas, y la inmolación de las inocentes palomas que llevan vuestros padres representa el sangriento sacrificio que aceptáis al pié del altar.



José y María caminaban alegremente hacia la casa del Señor, encontrando muy ligera la carga que llevaban. Pronto una palabra profética dará lugar á pena y brillará

un siniestro resplandor. Así permite Dios que todas nuestras dichas en la tierra vayan mezcladas con amarguras.



La Sagrada Familia atravesó Jerusalén y penetró en el templo sin provocar el menor hosanna. Los pobres pasan desapercibidos en las grandes ciudades. Los mismos sacerdotes no sospecharon la categoría del niño que se les presentaba, pues el Dios de Israel, irritado con ellos, les juzgaba indignos de reconocer al que los reyes de Oriente les habían anunciado y á quien ellos no se habían dignado ir á buscar á Bethleem. Esta culpable negligencia caía sobre ellos como una maldición, y el velo que ya cubría sus ojos se había hecho más tupido.



¡Oh Jerusalén, Jerusalén, que desconoces y matas á los profetas que Dios te envía! ¿recibirás á éste? ¡Ciudad ingrata! Si supieras conocer cuándo el Señor te visita serías salva, pues Él es el Dios de las misericordias y no quiere la perdición del pecador. Pero no, ciudad culpable; tú no sabrás acogerle, y los augustos misterios que se realizan están ocultos para tí, porque tu corazón no ha sido hallado



digno por Aquel cuya mirada penetra en el fondo de las almas.

No obstante un rayo de luz va á brillar aún en la vieja Sinagoga.



Había en Jerusalén un santo anciano, que se llamaba Simeón, quien había recibido del Espíritu Santo la promesa de ver al Salvador antes de morir. En el momento en que los padres de Jesús entraban en el templo, una inspiración interior movió á este hombre venerable á presentarse en él. Una luz sobrenatural le dió á conocer al celestial niño; le tomó en sus brazos con amor, y abandonándose á sus vivos transportes de alegría, exclamó: «Ahora, Señor, *ahora sí* que sacas en paz de este mundo á tu siervo, según tu promesa. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado: al cual tienes destinado para que, expuesto á la vista de todos los pueblos, sea *luz brillante* que ilumine á los gentiles y la gloria de tu pueblo de Israel.»



Después lo devolvió á sus padres admirados de las cosas







digno [illegible] cuya mirada penetra en el fondo de las alm[illegible]

[illegible] un rayo de luz va á brillar aún en la vieja [illegible]

Había en Jerusalén un santo anciano, que se llamaba Simeón, quien había recibido del Espíritu Santo la promesa de ver al Salvador antes de morir. En el momento en que los padres de Jesús entraban en el templo, una [illegible] interior movió á este [illegible] en él. [illegible] niño, [illegible] sus vivos transportes de alegría, [illegible] Salvador que nos [illegible] para que, expuesto á la [illegible] sea *luz brillante* que ilumine [illegible] de tu pueblo de Israel.»

Después lo devolvió á sus padres, admirados de las cosas


LA PRESENTACIÓN DE JESÚS

que de él se decían. Dichoso José, ¡cuán propias eran tales palabras para sostener vuestro valor! Tierna María, ¡con qué deliciosa emoción las oísteis! Teníais ambos necesidad de ellas, modestas criaturas, para consolaros de la indiferencia é incredulidad de vuestros compatriotas.



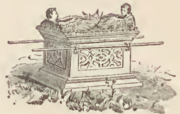
Simeón, cediendo á la inspiración del Divino Espíritu, levanta sus manos al cielo y bendice á los esposos, á quienes Dios había confiado tan precioso depósito; pero luego dirigiéndose á la joven madre á quien acababa de glorificar, le dijo con acento profético que la hizo estremecer: «Mira: este niño que ves está destinado para ruina, y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción. Lo que será para tí misma una espada que traspasará tu alma, á fin de que sean descubiertos los pensamientos *ocultos* en los corazones de muchos.» ¡Oh santo anciano! ¿por qué hundís de antemano la espada en este corazón maternal? Acabáis de abrir en él una llaga que jamás se cerrará.



Antes ó después de la alegría ¡siempre el dolor! Diríase que Dios teme que nuestros corazones se adhieran demasiado



á las satisfacciones terrenales, y quiere hacernos comprender que la felicidad perfecta es privilegio de la vida futura. Veremos constantemente en la vida de San José y de la Santa Virgen esta constante alternativa de alegría y de sufrimiento.



Había también en el templo una profetisa llamada Ana, de edad muy avanzada, y que pasaba sus días y sus noches en el ayuno y en la oración. Reconoció al Salvador, como Simeón, y empezó á alabar á Dios delante de todos los presentes, y luego hablaba de ello con entusiasmo á todos los que esperaban la redención de Israel.



¿No hay que admirarse de que los sacerdotes y los levitas, testigos de estas admirables escenas, no se preocuparan de las palabras que oían? ¿Por qué negligencia ó por qué ceguera permanecieron insensibles ó desdeñosos ante declaraciones tan positivas? ¿El menor celo ó la más vulgar prudencia no les obligaba acaso á informarse y adquirir una convicción seriamente ilustrada? ¿No eran, entre los judíos, los que tenían mayor interés, dejando

aparte sus sagradas obligaciones, en inquirir cuidadosamente la verdad respecto á aquel maravilloso niño? Desde la primera noticia que los magos les dieron de su nacimiento, conforme hemos hecho notar anteriormente, debían mostrarse más solícitos en recoger las palabras de aquellos sabios, preguntarles sobre la aparición de la estrella y sobre la revelación del misterio que la misma anunciaba: estaban en el caso de hacerles acompañar á Bethleem por sus más hábiles doctores, y tomar acerca de José y María todas las noticias necesarias para examinar con conciencia y madurez si los hechos concordaban con las profecías; pero no se ve que hicieran nada de esto. Y ahora esta segunda manifestación, hecha por dos venerables ancianos en presencia de tantas personas, en el mismo templo de Jerusalén, ¿no debía llamar todavía más vivamente su atención, no exigía un examen profundo del valor de estos testimonios? Sí: tanto el buen sentido como la fe les imponían la obligación de hacerlo: son, pues, verdaderamente inexcusables.



¿La pobreza de este infante y la humildad de su nacimiento, eran motivos suficientes para abrigar la convicción de que no era posible que fuese el Mesías, ni aun el Mesías conquistador y poderoso, como se empeñaban en figurárselo? No, ciertamente. Herodes lo comprendió tan bien que juzgó muy del caso y muy urgente acudir á medidas eficaces contra aquel competidor. Su ambición fué más perspicaz y solícita que la fe y el celo de los ministros de la Sinagoga. Pronto se verá cuán criminal fué al obstinarse en luchar contra Dios. Tan cierto es que las pasiones,



ya sea que lleguen á aletargar la conciencia respecto á sus deberes, ya sea que sobrexciten la actividad humana en favor de sus intereses egoistas, ciegan casi siempre á los que las toman por guía y les hacen incurrir en faltas funestísimas como la que lamentamos.

Los profetas habían anunciado que el pueblo judío no recibiría á su Salvador, y que sería rechazado por Dios á causa de esta infidelidad, mientras que los gentiles serían llamados á la fe: asistimos al principio de esta gran revolución religiosa. El Mesías no es recibido por los suyos, y Simeón acaba de repetir, que si debe ser una causa de salud para un gran número, su venida causará la pérdida de muchos otros, por la controversia que respecto de él va á suscitarse, y que dará lugar á que tanto las malas como las buenas pasiones manifiesten el secreto de los corazones. Y serán precisamente los jefes del pueblo y los príncipes de los sacerdotes los que se pondrán á la cabeza de la oposición, es decir, que los contradictores y los enemigos del Salvador serán aquellos con los cuales hubiera debido contar para propagar su doctrina y fundar su nuevo reino. ¡Terrible ejemplo de las consecuencias de la ceguedad del corazón y de la maldición de Dios!

José y María se retiraron del templo bajo la presión de un doble sentimiento. Las alabanzas á Jesús por parte de Simeón y de Ana, proclamándole el Salvador del mundo, les habían llenado de una dulce alegría; pero el siniestro vaticinio de las contradicciones que le esperaban, y de la espada que debía traspasar el corazón de la Virgen, había dejado en el alma de los dos esposos una impresión dolorosa y profunda. María aplicará á su divino Hijo todo lo más espantoso y terrible predicho por los profetas. Las víctimas inmoladas en el templo son la figura del cordero divino que debe ser sacrificado por las culpas del género humano y cuya sangrienta pasión ya habían referido David é Isaías. Por esto es que la augusta María decía á santa Brígida en sus *Revelaciones:*

«Desde entonces no miraba á mi Jesús sin entrever las llagas que debían cubrirle de los piés á la cabeza; cuando contemplaba su frente resplandeciente de pureza y de ternura, creía ver en ella la cruel corona de espinas; cuando tocaba sus piés y sus manos, me parecía verlas atravesadas y clavadas en la cruz; cuando tranquilo dormía en su cuna, me le representaba muerto, y mis lágrimas caían como en el Calvario.»

Tales son casi palabra por palabra las revelaciones de santa Brígida, tan llenas de verosimilitud y de dolorosa suavidad.



En el cuadro que acabamos de contemplar, hemos visto realizarse en la persona de José una bella palabra que el



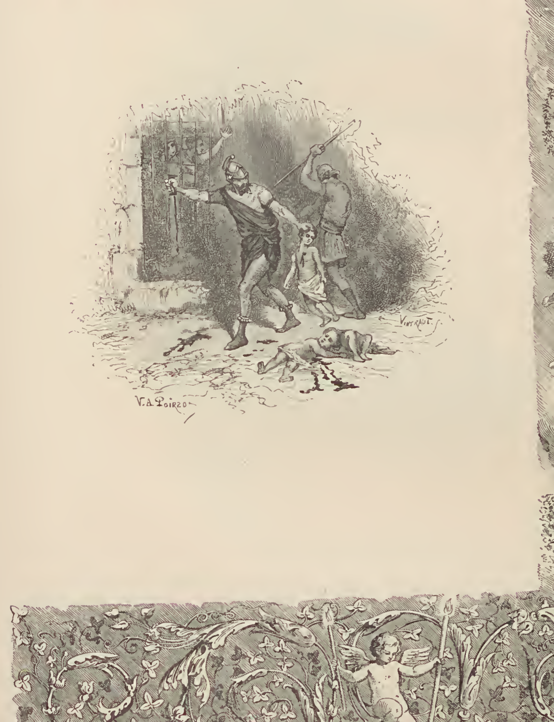
Señor dijo un día á una de las más ilustres santas españolas: — Cuando un alma realiza algo grande para Dios, suele el cielo recompensárselo con grandes pruebas.



La misteriosa espada que atravesó el corazón de María, penetró también en el de José que no hubo de verse libre de ella hasta el momento feliz en que el glorioso Patriarca fué á reunirse, después de la muerte, con sus antepasados. Fuera ilusión el creer que en la Sagrada Familia todo había de ser felicidad, consuelos, satisfacciones; es decir, el cielo sobre la tierra. Quien así lo creyese no comprendería la filosofía de la religión. Dios prueba á las almas á quienes ama y las pruebas de la Providencia Divina son siempre en proporción de la estima que Dios hace de aquéllas. Semejante filosofía podrá ser diferente de la de los hombres; pero es que los hombres para realizar sus designios terrenos no cuentan sino con el corto período que dura esta vida mortal; y Dios para realizar sus designios inmortales tiene á su disposición la eternidad. Al volver Jose y María á su modesta residencia, exteriormente todo siguió en el mismo estado, pero en el fondo se había realizado la transformación más radical.

José desde aquella hora experimenta hacia Jesús y hacia María un amor tan vivo, tan tierno, tan ardiente como no lo hubiese sentido jamás. La sagrada aureola del martirio que rodea cada uno de los tres personajes de la Sagrada Familia después de las predicciones de Simeón da lugar á que crezca inmensamente el santo amor que se profesan.

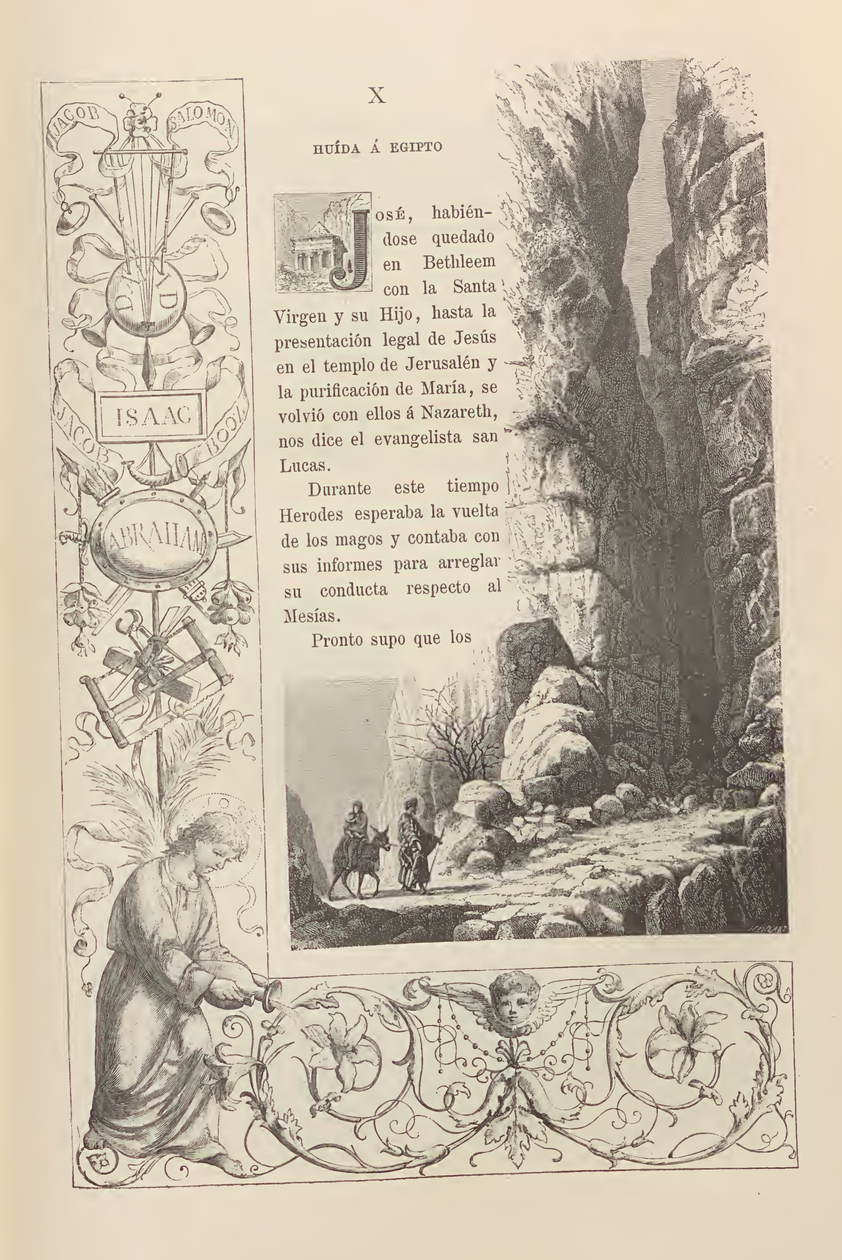
Nadie ignora que hasta en lo meramente humano aumentan el amor los sufrimientos del sér querido. Es una ley de la Naturaleza. ¿No había de realizarse también esta ley tratándose, como se trataba, de los corazones más grandes del mundo? Al recuerdo de las palabras de Simeón es indudable que las miradas que se echarían mútuamente serían saetas destinadas á agrandar la llaga abierta en aquellos corazones, pero al mismo tiempo serían nuevo combustible echado en la hoguera de inefable amor que alumbraba en el fondo de cada uno de ellos.





Capitulo

X



X

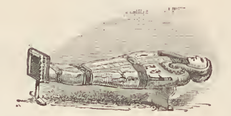
HUÍDA Á EGIPTO

José, habiéndose quedado en Bethleem con la Santa Virgen y su Hijo, hasta la presentación legal de Jesús en el templo de Jerusalén y la purificación de María, se volvió con ellos á Nazareth, nos dice el evangelista san Lucas.

Durante este tiempo Herodes esperaba la vuelta de los magos y contaba con sus informes para arreglar su conducta respecto al Mesías.

Pronto supo que los

reyes orientales habían partido de Bethleem sin que nada hiciera esperar su vuelta. «A esta noticia, viendo sus cálculos fallidos, hizo cundir el rumor, dice Sor Emmerich, de que los reyes no se habían atrevido á reaparecer, avergonzados del grosero error en que habían caído.



»Cuando pareció que todo se había olvidado, Herodes pensó en deshacerse de Jesús; pero supo que la familia y el niño habían dejado á Nazareth. Lo hizo buscar durante mucho tiempo, y habiéndose desvanecido toda esperanza de encontrarle, aumentó su inquietud y tomó la desesperada determinación de degollar á los niños. Tomó, por lo demás, para esto, las más grandes precauciones, y envió de antemano tropas por todos los puntos en que podía temer un motín. Creo que la degollación tuvo lugar en siete parajes distintos.»



Monarca impío y cruel, para conservar su trono quería sacrificar al Enviado divino en el que descansan las esperanzas del universo. Nada le arredra al egoista: todo lo subordina á su vana grandeza.





Mientras que Herodes es presa de la envidia y el furor, José, el fiel guardador de Jesús y María, nada sospecha; confiando en la rectitud de sus intenciones y en la protección de Dios, ni piensa siquiera en que se pueda tramar algo contra él y contra Jesús. ¿Qué sombra puede hacer á los grandes? ¿Qué motivo de queja ha dado jamás á los pequeños? Y respecto á este niño ¿puede tener enemigos? El alma sencilla y cándida de José no ve ninguna probabilidad de ello, ni siquiera abriga la menor sospecha.



«El que marcha en la humildad, dicen los Santos Proverbios, marcha también con la confianza y la seguridad.»



Dios tiene infinitos recursos para llegar á sus fines, á pesar de la malicia de los hombres, y alguna vez por medio de esta misma malicia. El Eterno envía un ángel á José durante la noche para decirle: —«Levántate, toma al niño y á su madre y huye á Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise, porque Herodes ha de buscar al niño para matarle.» — José obedece con esta admirable docilidad que constituye su grandeza. Sin perder un instante, se levantó, «tomó al niño y á su madre de noche: y se retiró á Egipto.»





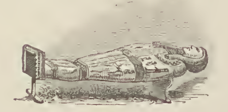


Los soldados de Herodes matan á todos los niños menores de dos años. La sangre corre en todas las casas; los gritos de los niños, y sobre todo los de las madres, llegan hasta el cielo. Nada puede calmar el furor de los verdugos, porque han recibido órdenes terribles de las que deben responder con su vida. Macrobio cuenta que ni perdonaron á un hijo de Herodes que estaba criándose en la circunscripción de Bethleem.

Bárbaro tirano, ¿qué fruto sacarás de esta horrorosa carnicería? El niño á quien tú querías alcanzar, el único á quien querías matar es precisamente el único que se te escapa. Sólo sacarás, como fruto de tanta sangre vertida por tu ambición, el sobrenombre infamante de *Cruel*. Tu memoria será maldita, no sólo por los padres y las madres de tus víctimas, sí que también por las venideras generaciones.

Jeremías había anunciado esta escena de desolación en su melancólico y sublime lenguaje: «*Hasta* en Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos: *Es* Raquel que llora sus hijos, sin querer consolarse, porque ya no existen.»

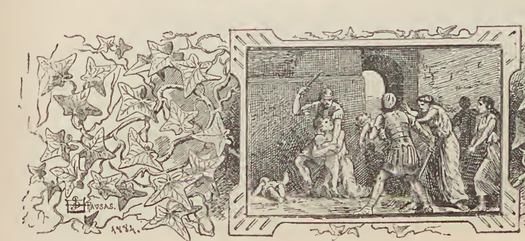
Acabamos de ver cómo Dios envió su ángel á San José, antes que á Jesús y María: es porque San José era el verdadero jefe de la familia: pero acaso no hemos admirado lo bastante su pronta obediencia á la orden divina.



Oigamos á Bossuet: «¡Extraña situación la de un pobre artesano que se ve desterrado de repente! ¿y por qué? Porque está encargado de Jesús y lo tiene en su compañía. Antes que éste hubiese nacido, él y su santa esposa vivían pobre, pero tranquilamente en su hogar, ganando alegremente su vida con el trabajo de sus manos; pero así que tienen á Jesús, ya no hay reposo para ellos. Sin embargo, José permanece sumiso y no se queja. Parte, va á Egipto, donde no tiene relación alguna, sin saber cuándo volverá á su patria, á su tienda y á su hogar.

»Padres y madres cristianas, aprended en este ejemplo que vuestros hijos os servirán de cruz. No perdonéis los cuidados necesarios, no sólo para conservarles la vida, sí que también para educarles en la virtud. Después de haberles ofrecido á Dios como Jesús y María, preparaos como ellos á recibir á causa de los mismos, aunque acaso de otra manera, más penas que alegrías.»







Descanso en la gran pirámide

La augusta familia marcha, pues, hacia Egipto sin saber el camino. José guía la modesta cabalgadura que lleva su equipaje y provisiones. María, temblando por el Hijo que sostiene en sus brazos, les adelanta de algunos pasos. «Se dirigían del lado de Egipto, dice san Buenaventura, á través de un camino cubierto de bosque, oscuro, lleno de malezas, áspero y solitario. Este camino era muy largo. Dícese que para un buen caminante hay de doce á

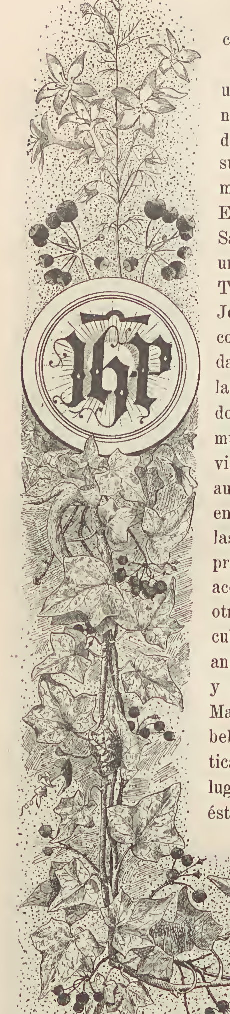

HUIDA Á EGIPTO

quince días de marcha: ellos acaso pusieron más de dos meses. En efecto, pasaron por aquel desierto, en el cual los hijos de Israel se habían detenido por espacio de cuarenta años. ¿Pero cómo lo hacían para llevar víveres consigo? ¿Cómo y dónde descansaban durante la noche, pues que raramente encontraban habitantes en aquel país que recorrían?»



¡Qué cuidados para el buen José, sobre quien pesaban principalmente las necesidades de la familia! Era preciso proveer á ellas, ya implorando la caridad de las gentes del país, ya cogiendo algunos frutos, ya preparando con su hacha un miserable abrigo donde pasar la noche. Sobre esto san Ligorio exclama: «¡Cuál debió ser la pena de San José durante este trayecto! Veía los sufrimientos de María y de su divino Hijo, á quien llevaban á ratos uno y otro, temiendo á cada paso encontrar á los soldados de Herodes! Añádase que el viaje se hacía en el tiempo más crudo del invierno con los rigores del frío y la nieve. Pero José estaba completamente sometido á la voluntad de Dios, que quería que su Hijo comenzara desde su infancia á sufrir, para expiar los pecados de los hombres. Sin embargo, su corazón tierno y amante estaba vivamente afectado al verle temblar y llorar de frío.»





Hé aquí un conmovedor episodio de la huída á Egipto, cual lo consigna Sor Emmerich:

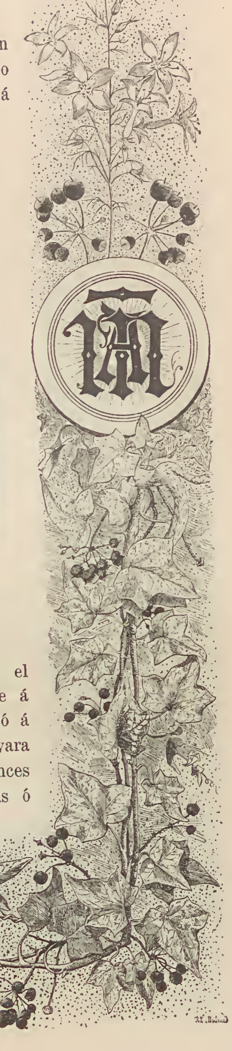
«Después de algunos días, ví á la Santa Familia llegar á una comarca triste y salvaje. Era al caer de la tarde: caminaban á lo largo de un bosque. Fuera del camino, delante del bosque, ví una mala cabaña. A poca distancia se hallaba suspendida de un árbol una linterna que se podía ver de muy lejos, y que estaba destinada á atraer á los viajeros. El camino era muy difícil y cortado por fosos. Cuando la Sagrada Familia se aproximó á la linterna, la ví rodeada de una cuadrilla de ladrones mandada por el jefe de éstos. Traían al principio malas intenciones; pero ví salir del niño Jesús un rayo de luz que atravesó como un dardo el corazón del jefe, que ordenó á su gente que no hiciera daño alguno á los santos viajeros. Este ladrón condujo á la Santa Familia á su cabaña, en donde estaba su mujer con dos hijos. Había llegado la noche. El hombre contó á su mujer la conmoción extraordinaria que había sentido á la vista del niño. Ella acogió á la Sagrada Familia con timidez aunque con benevolencia. Los santos viajeros se sentaron en el suelo, en un rincón, y principiaron á comer algunas de las provisiones que llevaban. Sus huéspedes estuvieron al principio con ellos temerosos y reservados, cosa que no acostumbraban. Poco á poco se acercaron á ellos. Llegaron otros hombres que durante este tiempo habían puesto á cubierto la cabalgadura de José. Aquellas gentes se animaron, se colocaron alrededor de la Sagrada Familia y conversaron con José y la Virgen. La mujer ofreció á María panecillos con miel y alguna fruta. Le dió también de beber. El fuego estaba encendido en una excavación practicada en un rincón de la cabaña. La mujer dispuso un lugar separado para la Santa Virgen, y le trajo, á ruego de ésta, un barreño lleno de agua para bañar al Niño Jesús.

Lavó también sus pañales y los puso á secar junto al fuego.

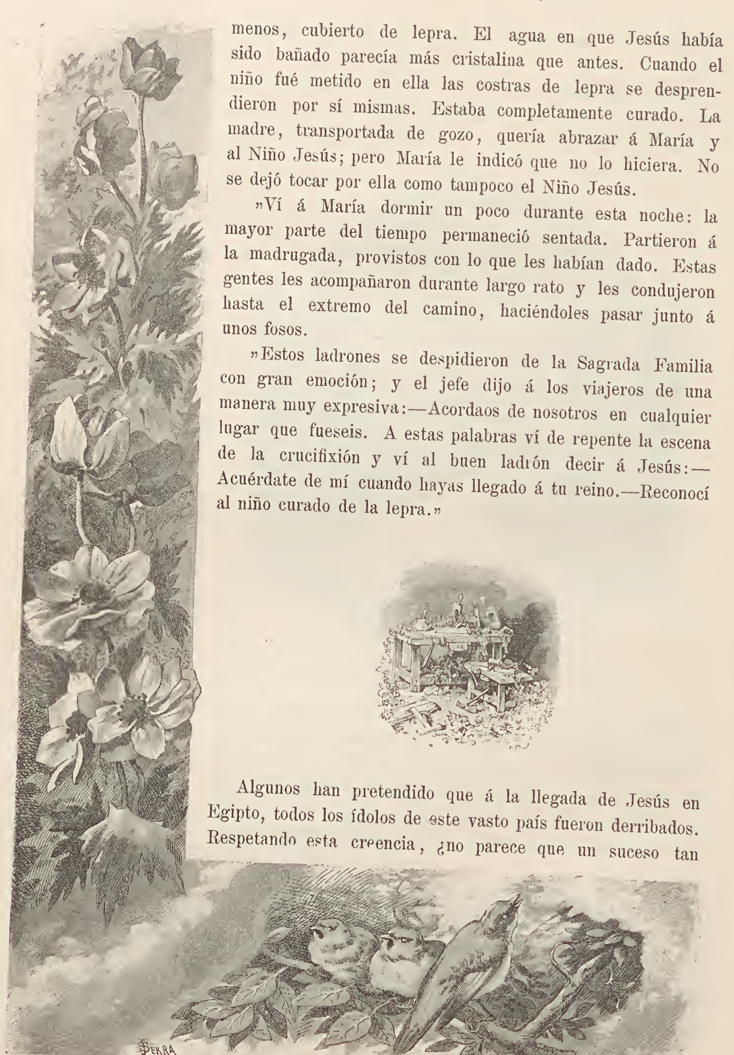
»María bañó al Niño Jesús. El ladrón estaba tan conmovido que dijo á su mujer: —¿Sabes que este niño me parece muy distinto de los demás niños? Ruega á



El niño leproso curado en el baño del Niño Jesús



la madre que deje que bañemos á nuestro hijo en el agua en que ella ha lavado al suyo; acaso esto cure á nuestro pequeñito leproso. Cuando la mujer se acercó á María, ésta le dijo antes de que ella le hablase que lavara á su hijo en aquella agua. La mujer trajo entonces en sus brazos un niño de edad de tres años poco más ó



menos, cubierto de lepra. El agua en que Jesús había sido bañado parecía más cristalina que antes. Cuando el niño fué metido en ella las costras de lepra se desprendieron por sí mismas. Estaba completamente curado. La madre, transportada de gozo, quería abrazar á María y al Niño Jesús; pero María le indicó que no lo hiciera. No se dejó tocar por ella como tampoco el Niño Jesús.

»Ví á María dormir un poco durante esta noche: la mayor parte del tiempo permaneció sentada. Partieron á la madrugada, provistos con lo que les habían dado. Estas gentes les acompañaron durante largo rato y les condujeron hasta el extremo del camino, haciéndoles pasar junto á unos fosos.

»Estos ladrones se despidieron de la Sagrada Familia con gran emoción; y el jefe dijo á los viajeros de una manera muy expresiva:—Acordaos de nosotros en cualquier lugar que fueseis. A estas palabras ví de repente la escena de la crucifixión y ví al buen ladrón decir á Jesús:—Acuérdate de mí cuando hayas llegado á tu reino.—Reconocí al niño curado de la lepra.»

Algunos han pretendido que á la llegada de Jesús en Egipto, todos los ídolos de este vasto país fueron derribados. Respetando esta creencia, ¿no parece que un suceso tan

ruidoso hubiese podido comprometer la seguridad de la Sagrada Familia? Es más natural reducirlo á menores proporciones conforme consignaremos más adelante. ¿Pero quién podría admirarse de que el imperio de Satanás, del cual el Egipto venía á ser el centro, se conmoviese á la aproximación de su vencedor, y que temerosos presagios hubiesen dado á conocer á los genios infernales la destrucción de sus altares?



Sea lo que fuere, el Niño Jesús escapaba de Herodes, poniendo el pié en territorio extranjero, y sus piadosos padres ya nada tenían que temer de aquel rey malvado.



«¿Por qué, se pregunta Bossuet, Dios ha querido que este tierno Niño fuese el terror de los malos reyes? Para instruir á la posteridad y abrir los ojos de los príncipes. ¿Qué tenían que temer los reyes de la tierra del Niño Jesús? ¿Era posible que Jesús hubiera nacido y la Iglesia fuese establecida para inspirar envidia y terror á los reyes? Las casas reales nada tienen que temer de este nuevo monarca, que no viene á cambiar el orden del mundo y de los imperios. Temen, pues, lo que no deben; pero al

mismo tiempo no temen lo que deben temer de Jesús, que es el que los juzgará con rigor en la vida futura.» Nada tienen tampoco que temer de su Iglesia, que predica como él el respeto á la autoridad, y que enseña á los pueblos á someterse á ella, so pena de sufrir el castigo de Dios.





Capitulo

XI





XI

PERMANENCIA EN EGIPTO

La permanencia de la Sagrada Familia en Egipto reviste el más vivo interés. Esta es la época más crítica de la vida de San José; porque en ninguna otra circunstancia su fe, su valor y su abnegación fueron expuestos á tan ruda prueba.

Los tres augustos fugitivos, después de haber atravesado el istmo de Suez, se dirigieron á Heliópolis, enton-



ces capital de Egipto. José esperaba sin duda encontrar algunos judíos que pudieran ayudarle, ó á lo menos guiarle útilmente en este país desconocido. Pensaba, por otra parte, que se procuraría trabajo más fácilmente en una gran ciudad ó en sus alrededores que en el campo. Pero sus hábitos de recogimiento le inclinaban naturalmente á alejarse de las ciudades populosas. Se estableció, pues, en un pueblo cercano á la capital, que hoy día se llama Matarieh.

Se enseña todavía en él la fuente donde la Virgen María iba á lavar su ropa, y un viejo sicomoro que pasa por haber protegido con su sombra al Niño Jesús cuando jugaba al lado de su madre; pero es más probable que el árbol actual sea un renuevo del que tuvo tan gran honor. Es un lugar de peregrinación venerado por los mismos musulmanes, y que los viajeros cristianos no dejan de visitar siempre que atraviesan aquellos países. El general Kléber, durante la campaña de Egipto, no se desdeñó de ir allí á inscribir su nombre en la corteza del sicomoro, entre los de muchos peregrinos.

José construyó una cabaña semejante á las de los habitantes del pueblo. En Egipto las casas de los pobres son de una sencillez rústica que permite que el jefe de la familia pueda construirla por sí mismo. Algunas piedras colocadas de un modo regular unas sobre otras y encajadas con cal y arena, y más comunmente paredes de tierra, apoyadas en algunas estacas y cubiertas con un techo cualquiera, hé aquí detallada una construcción capaz para abrigar á toda una familia. Luego de hallarse al abrigo de las inclemencias del tiempo, el propietario se duerme contento sin pensar en otra cosa para ser feliz en este mundo. Los palacios le parecen cosa superflua, y á decir verdad tiene más razón que esos ricos que nunca se sienten satisfechos.



San José, cuyos gustos y costumbres eran muy modestas, se acomodó sin pesar á este fácil sistema. Algunas piedras ó algunos pedazos de madera unidos por su propia mano les servían de sillas y de mesas, siendo este todo su mueblaje. El alimento de cada día era el fruto de un constante y penoso trabajo.



La buena madre, la sin igual, la santísima esposa, quiere, á medida de sus fuerzas, compartir el trabajo de José.





En su solicitud procura todos los ahorros imaginables; aquel ángel incomparable de ternura agota los preciosos recursos de su bello corazón para lograr que la residencia de José en Egipto sea todo lo agradable posible; con las cualidades conque Dios ha adornado á su sexo, realzadas por su pureza toda celestial, le gana á su esposo corazones y voluntades. Su angelical hermosura le atrae almas; su serenidad en medio de los indígenas cautiva á cuantos tienen la dicha de poder conocerla. Figurémonos los puros goces de la Sagrada Familia, cuando por la noche, fatigado del trabajo del día vuelve José á su hogar para ser objeto de los cuidados de la más amante de las esposas y de las caricias del buen Jesús.

«Cuéntase de la Virgen, escribe san Buenaventura, que casi llegaba á subvenir á sus necesidades y á las de su Hijo por medio de la aguja y de la rueca. Cosía, pues, é hilaba, esta excelsa reina del mundo.» ¡Qué ejemplo de humildad para aquellas mujeres orgullosas que se creen exentas de la ley general del trabajo, y que sólo se dedican á bagatelas ó entretenimientos fútiles!

Quien no ha conocido el destierro no concibe las penalidades de los desgraciados condenados á sufrirlo. Hoy

mismo que la moderna civilización endulza las amarguras de la emigración, ¡cuántos motivos de pesar llenan constantemente el alma del pobre desterrado! Todo le recuerda que es extranjero; tiene que acostumbrarse á hábitos que no son los suyos, que tal vez le repugnan; ve que se le desdeña, que se le explota, abusando de su aislamiento y de su abandono; no halla amigos sinceros en ninguna parte. Su triste situación le da lugar á que evoque los recuerdos de la patria, los lugares donde transcurrió tranquila y placentera su niñez, la ternura de sus padres y las puras alegrías que ha experimentado en su país natal. Negros pensamientos le turban, anéganse sus ojos en llanto, y estas penalidades del destierro las siente sobre todo el que se ve en la precisión de atender á la subsistencia y ganar con un ímprobo trabajo el pan de cada día. Con el oro se procuran placeres y se llega á producir cierta perspectiva de felicidad. Pero cuando todo falta, como todo había de faltarles á José y María, el duro pan de la emigración no llega á los labios del desterrado sino empapado en hiel bien amarga. Hay veces en que al infortunado llega á confundírsele con el criminal: se trata como un delincuente al que no es más que un desgraciado.



—«¿Por qué, le dicen al desterrado con mirada acusadora, por qué abandonasteis á vuestro país? ¿Qué causas





os llevaron tan lejos? ¿No podíais vivir en vuestra tierra trabajando? ¿Calláis? Entonces en todas las miradas se lee esta injuriosa sospecha:—« ¡De seguro habrá cometido en su país un crimen y huirá de allí para sustraerse á la justicia ó á la deshonra!»

Imaginaos á San José no conociendo la lengua ni las costumbres de Egipto, llamando á todas las puertas para pedir trabajo. ¿No necesitaba este santo hombre mucho valor y mucha humildad?

Los judíos aborrecían á los idólatras y consideraban toda relación con ellos como una mancha. Por su parte los egipcios conservaban marcada antipatía contra los descendientes de aquellos hebreos que en otro tiempo lograron escapar de la explotación de sus antepasados, y cuya salida de Egipto se señaló para los de este país con una serie de catástrofes.

Para almas tan sinceramente israelitas y tan fervientes como José y María, el permanecer en Egipto había de torturar su corazón de un modo espantoso. Era la más ruda prueba á que Dios podía someterles. ¿No era Egipto donde sus antepasados habían tenido que arrastrar las cadenas de la más ominosa esclavitud? ¿No era en Egipto donde Satanás había constituído el centro de su imperio? Por todas partes se levantaban ídolos; el vicio en sus más repugnantes formas era adorado y divinizado; la abominación de la desolación se ofrecía á los ojos del hijo de Israel. El Egipto era la tierra clásica de la idolatría. «Todo era tenido por Dios, dice Bossuet, excepto Dios mismo.» ¡Juzgad si el destierro de la Santa Familia no había de ser peor que la cautividad de Babilonia!

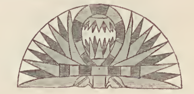


¡Oh! ¡cómo ponía á prueba el corazón de los santos esposos el recuerdo de las solemnidades de Sión! ¡Cuán pesada había de serles la sociedad de aquellos idólatras abyectos y corrompidos! ¿Cuándo volverán á ver su Jerusalén y el templo del Señor? ¿Cuándo les será dado volver á tomar parte en las fiestas religiosas que constituían el encanto de su juventud? Con qué ardor repiten las palabras de su abuelo David: «Como brama el *sediento* ciervo por las fuentes de agua: así, oh Dios, clama por tí el alma mía.

Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. ¿Cuándo será que yo llegue, y me presente ante la cara de Dios? Mis lágrimas me han servido de pan día y noche, desde que me están diciendo continuamente: ¿Y tu Dios dónde está? Tales eran los recuerdos que venían á mi memoria: y ensanché dentro de mí mi espíritu; porque yo he de llegar, *dije,* al sitio del admirable Tabernáculo, hasta la casa de *mi* Dios; entre voces de júbilo, y de hacimiento de gracias, y de algazara de convite.» La conformidad, empero, con la voluntad del Señor y la omnímoda confianza en su providencia acallaba en José y María toda pena.



«¡Amable niño, exclama Bossuet! ¡Felices los que os han visto asomar vuestros brazos fuera de vuestros pañales, extender vuestras manecitas, acariciar á vuestra Santa Madre y al varón justo que os adoptó, ó más bien á quien fuísteis confiado como hijo! Sosteniéndoos él dabais vuestros primeros pasos, desatabais vuestra lengua y balbuceabais las alabanzas de Dios vuestro Padre. ¡Yo os adoro, querido Niño, en todos los progresos de vuestra edad, ya al estar en la lactancia, ya cuando con vuestros acentos llamabais á la que os alimentaba, ya cuando descansabais en el regazo de vuestra madre ó sobre las rodillas de vuestro padre. ¡Todo era en vos, tierno, encantador, lleno de gracias las más exquisitas!»





Había sin duda horas amargas, pero en cambio hubo también días de consuelo. Cuando Jesús en medio de José y María levantaba sus manos á su Padre Celestial y balbuceaba él mismo una oración, los ángeles se inclinaban respetuosos ante ellos, y entonces una dicha indescriptible circundaba sus corazones proporcionándoles los más sublimes arrobamientos.

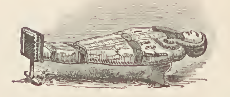
Sólo la fe proporciona tales alegrías. Por ella el infortunio pierde su amargura y se convierte á menudo en manantial de divinos consuelos. ¿Por qué los desheredados, por qué todas las víctimas de la desgracia no aciertan á comprender una verdad tan fecunda?



En Egipto, en la tierra del destierro, fué donde el infante Jesús balbuceó su primera palabra; allí por primera vez José vió abrirse los labios del Santo Niño que le llamó su padre. ¡Cómo palpitaría el corazón del modesto y humilde carpintero al oir que le llamaba padre nada menos que el mismo Hijo de Dios hecho hombre, y que al darle este hermoso nombre de padre, Jesús llenaba á José de las más tiernas caricias, caricias que en los demás infantes no pasan de ser el instinto de un amor naciente, que no tiene nada de razonable, pero que eran por parte de Jesús favores divinos, testimonios conscientes del amor de un Dios por aquel varón justo que representaba en la tierra la paternidad celestial.



Al oir que Jesús le llamaba con este nombre, que no puede menos de llenar de la más pura y entusiasta alegría al hombre que lo oye por vez primera, sentiría José llover sobre su corazón nuevas y más ardientes llamas de amor divino.



En Egipto fué donde el infante Jesús imprimió las huellas de sus piés, presentándose el espectáculo de un Dios que al andar por primera vez en una tierra que es la peana de su trono era sostenido por las manos de un hombre que le dirigía, y este hombre afortunado no era otro que José, quien compartía esta tarea con la Santa Virgen.



Figurémonos el respetuoso amor conque José guiaría los inciertos pasos de Aquél que con su eterno saber regula las armonías celestiales y dirige la marcha de millares y millares de astros que tiene suspendidos sobre nuestras cabezas. ¡Con qué entusiasmo vería después al infante

echarse en sus brazos, que se abrirían con sin igual efusión para estrecharle contra su pecho!



Piadosas tradiciones fijan la duración del destierro en siete años. El Evangelio sólo hace constar que el Niño Jesús estaba de nuevo en Galilea antes de la edad de doce años.



Capitulo XII



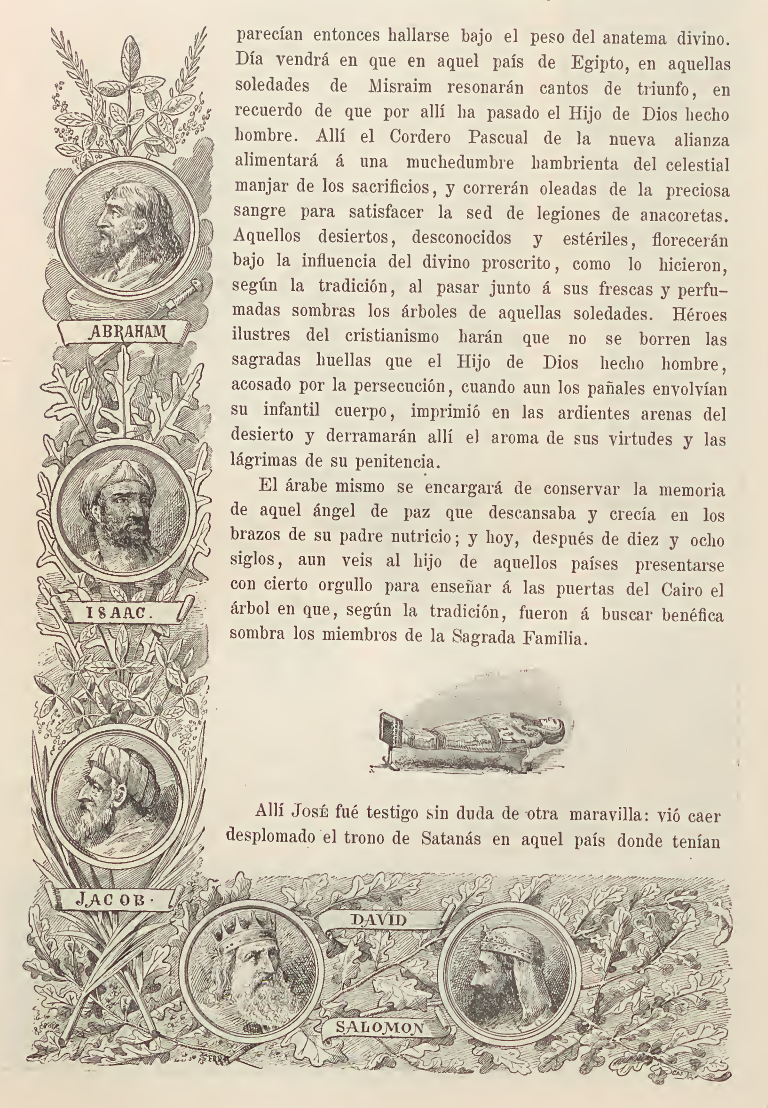

REGRESO DE EGIPTO



XII

VUELTA DE EGIPTO

A medida que en torno de la existencia de los augustos desterrados la oscuridad era mayor y el silencio más profundo, nuevas y más hermosas claridades alumbraban el espíritu de José. Los velos que ocultan el porvenir se descorrían sin duda ante el santo carpintero, y una luz profética le daría á conocer los designios misericordiosos del Señor sobre aquellas regiones que le



parecían entonces hallarse bajo el peso del anatema divino. Día vendrá en que en aquel país de Egipto, en aquellas soledades de Misraim resonarán cantos de triunfo, en recuerdo de que por allí ha pasado el Hijo de Dios hecho hombre. Allí el Cordero Pascual de la nueva alianza alimentará á una muchedumbre hambrienta del celestial manjar de los sacrificios, y correrán oleadas de la preciosa sangre para satisfacer la sed de legiones de anacoretas. Aquellos desiertos, desconocidos y estériles, florecerán bajo la influencia del divino proscrito, como lo hicieron, según la tradición, al pasar junto á sus frescas y perfumadas sombras los árboles de aquellas soledades. Héroes ilustres del cristianismo harán que no se borren las sagradas huellas que el Hijo de Dios hecho hombre, acosado por la persecución, cuando aun los pañales envolvían su infantil cuerpo, imprimió en las ardientes arenas del desierto y derramarán allí el aroma de sus virtudes y las lágrimas de su penitencia.

El árabe mismo se encargará de conservar la memoria de aquel ángel de paz que descansaba y crecía en los brazos de su padre nutricio; y hoy, después de diez y ocho siglos, aun veis al hijo de aquellos países presentarse con cierto orgullo para enseñar á las puertas del Cairo el árbol en que, según la tradición, fueron á buscar benéfica sombra los miembros de la Sagrada Familia.

Allí José fué testigo sin duda de otra maravilla: vió caer desplomado el trono de Satanás en aquel país donde tenían

lugar todas las degradaciones de la más vergonzosa idolatría. Aquellas esculturas que conservaban aún el olor del incienso cayeron de sus pedestales hechas pedazos. ¿Cómo se realizó este fenómeno? No se sintió allí el menor estremecimiento de tierra; el más valiente no se hubiese atrevido á acercar sus manos á aquellas mentidas divinidades. ¡Y no obstante los ídolos allí están en el suelo hechos añicos! Aquel extranjero que no tuvo al llegar ni una cabaña donde guarecerse y se acogió á la sombra de un árbol, á la vista de los ídolos sentiría quizá agitarse en sus brazos aquel Niño que hace sentir al través de sus gestos infantiles las fuerzas de su omnipotencia. Aquel acontecimiento sería tal vez una profecía.



Más adelante, allí donde se presentarán los ministros de Jesús, los ídolos caerán hechos polvo; Satanás huirá aterrado de aquellas regiones, donde el Hombre-Dios se presentará, no ya fugitivo sino triunfante; aquellos templos de la mentira cesarán de hacer oir sus oráculos tan pronto como la palabra del Hijo de Dios resuene en aquellas seculares paredes; y la tierra misma que se sembró de flores y coronas de triunfo dedicadas á los falsos dioses, se abrirá para que encuentren en ella ignominiosa tumba cuando los discípulos del divino desterrado vayan á parar á aquellas

SAMUEL

NATHAN



SIMEON

ELISEO

playas idólatras, sea que los empuje hacia allí la oleada de la persecución ó la del celo apostólico.



Hemos dejado á la Sagrada Familia cerca de Heliópolis, llevando una existencia tranquila, gracias á permanecer allí oscuros y desconocidos, y consolándose con Jesús de la dura prueba á que el cielo les sometió. San José, que llevaba el peso de los cuidados de la familia y que debía desear vivamente el fin de este destierro, esperaba con resignación el momento señalado en los designios providenciales para la vuelta á su país. En lugar de abandonarse á la melancolía é inquietarse del porvenir, como lo hacen tantos hombres de fe débil, contaba con la palabra de Dios, que jamás engaña, y con la promesa del ángel que le había dicho:—Permanece en Egipto hasta tanto que yo te avise para la vuelta.—Sabía por otra parte que el hombre no tiene en la tierra habitación permanente, y que á menudo el rincón de mundo donde nos toca vivir importa poco para su salvación, y con tal que se cumpla con la voluntad de Dios, lo demás es accesorio.



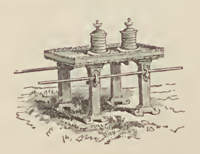
Los ambiciosos no se conforman con esta doctrina; tienen necesidad de movimiento y de cambio. Naturalezas



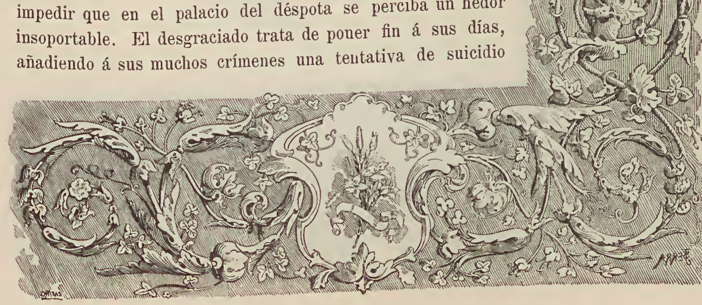
inquietas, que nunca se contentan con su posición, parece que desconfían de la Providencia ó que quieren forzar sus designios. Les veis agitarse para satisfacer sus caprichos, sin consideración alguna á la voluntad de Dios, y hasta murmuran contra Él cuando no bendice su ligereza ó sus artificios. Se comprende semejante aberración en gentes que no tienen fe; pero ¿cómo justificarla en hombres que han leído y meditado el Evangelio?



El pacífico y laborioso José condena con su humildad y resignación semejante conducta. Espera las órdenes del Señor durante años enteros; y con aquella grande alma que Dios le ha dado, va acumulando méritos incalculables.



Mientras Jesús, María y José viven pobres, oscuros, pero tranquilos en el destierro, una enfermedad horrorosa precipita á Herodes hacia el sepulcro. Una úlcera está devorando su vientre; los gusanos se agitan en el fondo de aquellas entrañas, y todos los aromas de Oriente no pueden impedir que en el palacio del déspota se perciba un hedor insoportable. El desgraciado trata de poner fin á sus días, añadiendo á sus muchos crímenes una tentativa de suicidio





que le salió frustrada. Dios tenía ordenado que siguiese viviendo aún marcado todo su cuerpo con las huellas de su vida licenciosa y brutal. Sus destrozados pulmones apenas funcionaban; una fiebre constante que le quema le produce una sed que nada es capaz de saciar. Diríase que Dios le anticipa en la tierra los dolores físicos y hasta tal vez los morales de un condenado. Por fin, cuando tiene aún manchadas sus manos con la sangre de su hijo Antípater, muere á la edad de setenta años, con el odio en el corazón y la blasfemia en los labios, retorciéndose sus miembros agitados por horrorosas convulsiones, en la primavera del año 750.

A cada cuadro del Evangelio nos encontramos con lo divino. Nada más natural que el que los evangelistas se hubiesen complacido en referir los detalles, ó cuando menos el carácter de la vergonzosa muerte del primer perseguidor de Jesús. Esto, que no deja de consignar el historiador Josefo [1], los evangelistas no lo indican siquiera.

[1] *Hist. de los Judios*, lib. XVIII, cap. VIII.

Era llegada la ocasión de que á José, el ángel que se le apareció en Judea, se le presentara de nuevo á encontrarle durante el sueño, y decirle:—«Levántate, y toma al Niño y á su Madre y véte á la tierra de Israel; porque ya han muerto los que atentaban á la vida del Niño.»—¡Dulce momento aquel en que una voz celestial nos llama á la patria! La muerte no sería acogida con menos alegría, si en lugar de ser pecadores fuésemos santos. Pues qué, ¿acaso ella no abre á los justos la entrada á la verdadera patria, donde nos esperan todas las felicidades posibles?



El Evangelio, para hacernos ver la perfecta docilidad de San José, añade estas palabras: «José, levantándose tomó al Niño y á su Madre, y vino á tierra de Israel.» Me diréis que esta vez la obediencia era fácil, puesto que se trataba de volver á su país. Pero nótese que el lenguaje del libro sagrado es absolutamente el mismo para la partida que para el regreso, hasta el punto de que no se puede desconocer en él la señal de una perfecta igualdad de ánimo. No hay otra diferencia sino que en la primera partida José se puso en camino durante la noche, mientras que en la segunda no fué menester tanta precipitación, y la Sagrada Familia pudo tomarse algunos días para arreglar sus asuntos.



El empleo de los mismos términos para expresar la perfecta sumisión de San José y su absoluto abandono en las manos de Dios, no obedece á un impulso personal del Evangelista. El Espíritu Santo que le inspiraba y que no le había permitido decir nada supérfluo, ni siquiera para satisfacer nuestra piadosa curiosidad, se propuso enseñarnos con esto que renunciemos á nuestra voluntad y que obedezcamos ciegamente las órdenes de Dios.



Si las gentes del mundo apenas comprenden este lenguaje, los religiosos y las almas santas que aspiran á la perfección, encontrarán en él una hermosa y conmovedora lección.



José y María bendijeron al Señor que ponía fin á su destierro.

Sus preparativos fueron tan fáciles como lo habían sido en Judea. Ni uno ni otro habían pedido á Dios más que lo necesario. Comprendían muy bien que el hombre sobre la tierra se parece á las aves de paso, á quienes basta un nido para la estación en que se encuentran.



¿Qué es la vida de este mundo en comparación con la eternidad? Levantemos nuestra tienda en la playa donde nos arroja la Providencia divina; pero estemos prontos á trasladarla á otro punto si esta es su voluntad. ¿A qué construir espesos y robustos muros, altas torres, vastos castillos y enterrar en ellos cuantiosos tesoros? Acaso mañana tendremos que abandonar estos lugares para jamás volver á ellos. Hijos de otra patria, que es el cielo, no nos aficionemos á Egipto; más bien pidamos al Señor que abrevíe nuestra peregrinación y nos llame á su lado.



«¡Han muerto los que atentaban á la vida del Niño!» Así habló el ángel. ¡Qué lección tan profunda encierran estas palabras!



Jesús huyó ante el ciego furor de un déspota para evitar el caer en sus manos. Parece como que aquí el Hijo de Dios tuviera miedo cual si se tratase de un simple mortal, y emplea para huir medios puramente humanos. Transcurren siete años, durante los cuales Jesús, María y José tienen

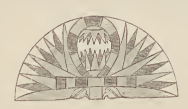




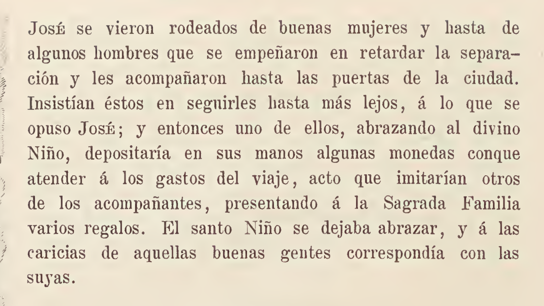
que sufrir todas las privaciones de la pobreza y del destierro, mientras que el feroz perseguidor vive en el fausto de su palacio, entre los esplendores de regia corte, anegándose en un mar de goces y empleando los cuantiosos recursos de su opulencia en alargar una vida que se le escapa. De pronto la escena se transforma. El divino desterrado usó de su imperio sobre la muerte, la que se apresuró á dejar caer su guadaña sobre el tirano que ostenta empapada en sangre la púrpura que se extiende junto á su trono.

El cuadro se reproduce constantemente en la historia. Al cruel Herodes no le faltan herederos que le siguen en la carrera del crimen y de la persecución. Hay momentos en que parece que Dios les permite realizar su acción opresora y despótica sobre su Cristo y su Iglesia, y tolerar que la hieran y la atropellen. Entonces la Esposa del Cordero Inmaculado se viste de luto, y bañada con la sangre de sus queridos hijos levanta al cielo sus manos cargadas de cadenas y sus ojos inundados de lágrimas, y angustiado su corazón implora el auxilio de Aquél que le garantizó el triunfo asegurándole la inmortalidad. Diríase que Dios no la escucha. Transcurren años y años; los mártires caen bajo la cuchilla de los déspotas como la espiga bajo la hoz del segador en el tiempo de la cosecha. Teñidas sus manos de sangre, que ostentan con satánica altivez, los

tiranos se vanaglorían de haber triunfado sobre Cristo y su Iglesia, y entonan con altiva impiedad el himno de triunfo. Pero desde el seno de su inmutable eternidad Dios prepara el castigo de los perseguidores y hunde en ignominiosa tumba los restos de estos desgraciados. De la sangre de los mártires brotan nuevos y valientes cristianos, y la Esposa del Cordero sale del baño de sangre de la persecución circuída de la aureola de inmortal hermosura; y sobre estos mismos pueblos que la han perseguido derrama preciosa lluvia de bendiciones que los regenera y les hace adelantar en la senda de la verdadera civilización, mientras ella va siguiendo su marcha triunfal al través de los siglos, guiando hacia la realización de sus grandes destinos á cada una de las nuevas generaciones que se suceden en la historia y que van á ampararse á la sombra de su dominación maternal y salvadora.



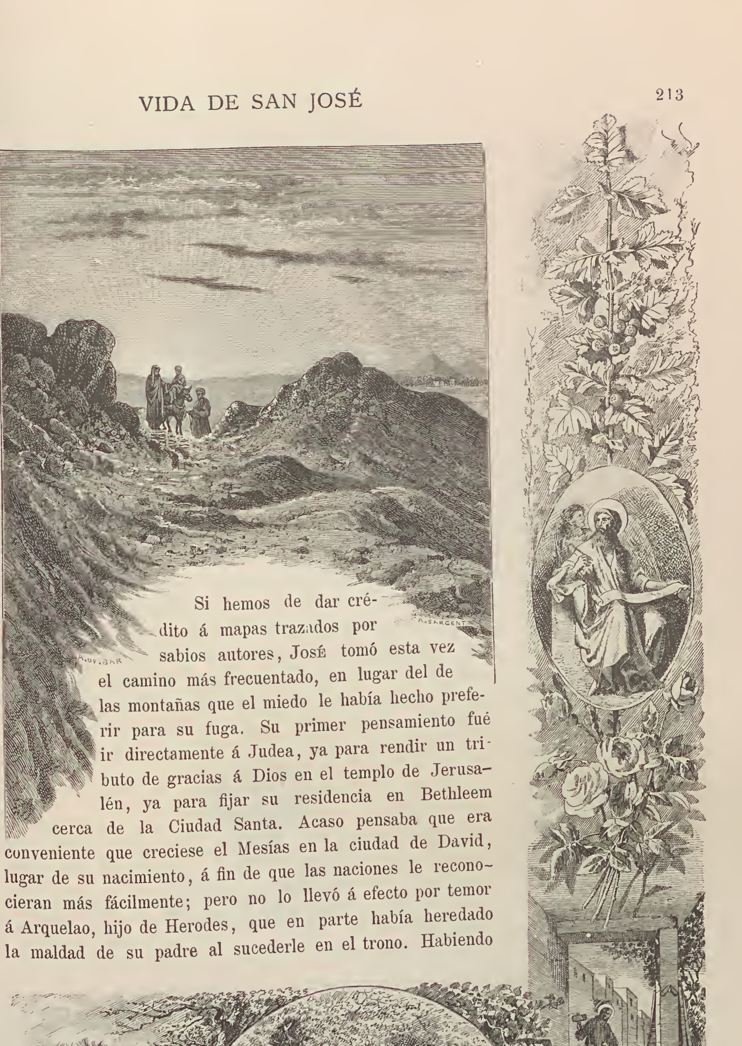
José al partir de Egipto no dejó de anunciar su marcha al pequeño círculo de personas que, sosteniendo relaciones con la Sagrada Familia, se sentían atraídas por las virtudes de aquellos extranjeros, y sobre todo subyugadas por los encantos del divino Niño, cuya ternura y cuyas gracias no podían menos que cautivar á cuantos disfrutaban la dicha de poder acercarse á él. Los pocos amigos con que pudo contar en Egipto la Sagrada Familia sintieron hondamente su marcha. El seráfico doctor, con su tan simpática ingenuidad, nos describe este cuadro. Nos dice que llegado el momento de partir, Jesús, María y



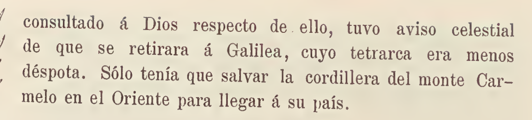
José se vieron rodeados de buenas mujeres y hasta de algunos hombres que se empeñaron en retardar la separación y les acompañaron hasta las puertas de la ciudad. Insistían éstos en seguirles hasta más lejos, á lo que se opuso José; y entonces uno de ellos, abrazando al divino Niño, depositaría en sus manos algunas monedas conque atender á los gastos del viaje, acto que imitarían otros de los acompañantes, presentando á la Sagrada Familia varios regalos. El santo Niño se dejaba abrazar, y á las caricias de aquellas buenas gentes correspondía con las suyas.

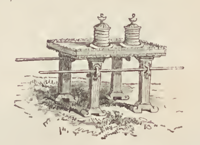


Nada nos dice el Evangelio de las peripecias de este nuevo viaje: sólo las piadosas leyendas cuentan que todas las criaturas expresaron á su manera, al pasar su joven rey, la alegría que sentían por su regreso. El pequeño Jesús, demasiado débil para volver á pié, pero no tanto para ser llevado constantemente por su padre ó su madre, iba sentado sobre los bagajes y parecía un vencedor modesto volviendo triunfante á su país. Los animales saltaban á su alrededor, los pájaros revoloteaban entonando sus cantares, los árboles se inclinaban ó agitaban graciosamente sus copas, el viento se convertía en suave céfiro que traía á la Sagrada Familia los más puros aromas de la Naturaleza, y el sol coronaba la escena con sus torrentes de luz. José y María, rebosando de júbilo, entonaban aleluyas á Sión y á su Dios.



Si hemos de dar crédito á mapas trazados por sabios autores, José tomó esta vez el camino más frecuentado, en lugar del de las montañas que el miedo le había hecho preferir para su fuga. Su primer pensamiento fué ir directamente á Judea, ya para rendir un tributo de gracias á Dios en el templo de Jerusalén, ya para fijar su residencia en Bethleem cerca de la Ciudad Santa. Acaso pensaba que era conveniente que creciese el Mesías en la ciudad de David, lugar de su nacimiento, á fin de que las naciones le reconocieran más fácilmente; pero no lo llevó á efecto por temor á Arquelao, hijo de Herodes, que en parte había heredado la maldad de su padre al sucederle en el trono. Habiendo


consultado á Dios respecto de ello, tuvo aviso celestial de que se retirara á Galilea, cuyo tetrarca era menos déspota. Sólo tenía que salvar la cordillera del monte Carmelo en el Oriente para llegar á su país.



Conviene que digamos, para ilustración de algunos lectores, que á la muerte de Herodes el Cruel, los romanos habían dividido su reino en cuatro tetrarquías, de las que la primera conservó el nombre de Judea y tenía por capital á Jerusalén, y la dieron á Arquelao; la segunda, llamada Samaria, estaba al norte de la primera; la tercera, más al norte, era la Galilea, cuyo tetrarca fué Filipo, otro hijo de Herodes; en fin, la cuarta, que tenía por nombre Perea, ocupaba la orilla izquierda del Jordán de Norte á Sur. Los romanos cambiaron más tarde esta división y dieron á Jerusalén un Pretor dependiente del gobernador de Siria: este fué el empleo que desempeñó Poncio Pilatos, de triste celebridad.



Observemos la acción de la Providencia en esta serie de acontecimientos. Con vigilante mirada se ocupa de todo y todo lo regula. Envía ángeles á San José para advertirle

los crueles designios de Herodes, para indicarle el momento de su partida y su lugar de refugio: después, á fin de participarle que el tirano ha muerto y que la Santa Familia puede regresar sin peligro, le da á conocer que el Niño estará más seguro en Galilea que en Judea.



Diréis que aquí se trata de una familia privilegiada, y que Dios no hace por todos lo que hizo por su Hijo. Sin duda alguna no enviará ángeles de una manera tan visible; pero ¿no ha puesto cerca de nosotros ángeles de guarda, que sin cesar ven su faz adorable y que nos dirigen según sus órdenes divinas? ¿Acaso no pueden estos ángeles, sin ponerse de manifiesto, iluminar nuestro espíritu, dirigir nuestro corazón, guiar, en fin, nuestra voluntad, si es dócil á sus inspiraciones? Dios extiende su protección á todos sus hijos; les comunica sus consejos cuando no se hacen indignos de ellos, y con mayor razón cuando los imploran y desean sinceramente seguirlos. San José es en esto un modelo acabado, cuyos admirables ejemplos no meditamos bastante.



Conforme acabamos de ver en los dos últimos capítulos, el Padre celestial, no sólo se encargó de alejar al Verbo hecho hombre del odio de sus enemigos, sino también de evitar el culto y devoción prematuros de parte de sus admiradores. Primero la persecución le ahuyentó del teatro donde se habían realizado las grandes manifestaciones divinas. Lejos de Bethleem los celestiales resplandores del pesebre se extinguieron, y los pastores acabarían por olvidar el himno de los ángeles, y el pequeño número de almas piadosas que se agruparon en torno de la cueva bendita llegarían á dudar si era efectivamente el Mesías aquél que parecía intimidarse ante los furores de un rey mortal. La fe viene á veces muy despacio y se va muy deprisa. Quién sabe si aquellas gentes acabaron por preguntarse:—¿Aquellas señales celestes que creimos ver, fueron algo más que efecto de una fascinación momentánea? El anciano Simeón y Ana la profetisa, murieron sin dejar herederos de su fe ardiente y entusiasta. Bethleem y la Judea no se acordarían tal vez más del infante á quien adoraron pastores y reyes.

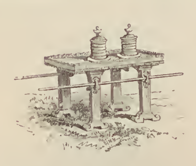


Al volver de Egipto, Nazareth, aldea oscura, despreciada, acogió á la Sagrada Familia. Allí vivió José junto con el Santo Niño y la Virgen, rodeados los tres de un misterio profundo cuyo velo no se atrevieron á descorrer los evangelistas.

¡Dulce emoción hubieron de experimentar los corazones de María y José al volver á ver, después de largo y penoso destierro, la tierra de la patria, aquellos sitios que guardaban para ellos tantos y tan hermosos recuerdos! Sin duda el buen José, anegados sus ojos en lágrimas de ternura, saludaría aquel país en que era adorado su Dios, aquella tierra prometida por el Señor á Abraham y á su posteridad, y donde había conducido á su pueblo realizando para ello brillantes milagros.

Por otra parte José penetraba en Nazareth sosteniendo aquel Mesías, aquel Emanuel que llevaba en sí la redención del mundo, y á quien José había visto crecer á su sombra en el país del destierro.

Grande sería el júbilo de José, al llevar á Jesús nuevamente á su patria, al devolverle á aquel pueblo á que pertenecía por su cuna, por la sangre que circulaba en sus venas, por la misión que allí debía realizar.

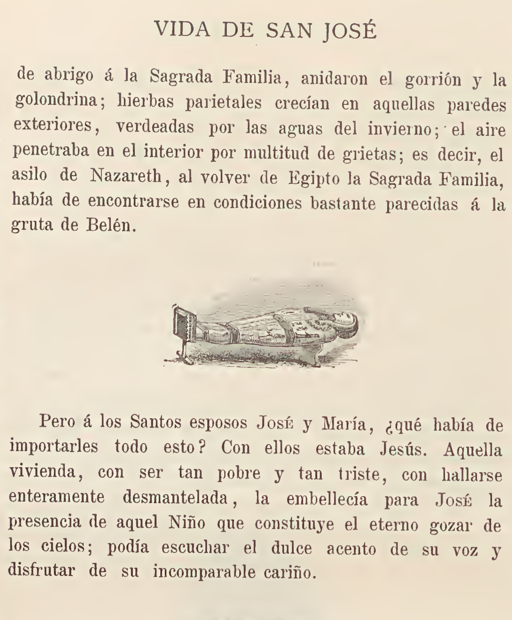


Al abandonar su país creería quizás José que su ausencia había de ser por corto tiempo; y sin embargo, esta ausencia duró siete años.

Después de este período hubo de encontrar la pobre casa de Nazareth más pobre de lo que la dejó. Hallábase en la situación de todas las casas que permanecen deshabitadas por largo tiempo, cubierta de esta especie de musgo húmedo que se pega á las paredes y extiende sobre ellas á manera de un velo de melancólica tristeza. En el techo que sirvió



de abrigo á la Sagrada Familia, anidaron el gorrión y la golondrina; hierbas parietales crecían en aquellas paredes exteriores, verdeadas por las aguas del invierno; el aire penetraba en el interior por multitud de grietas; es decir, el asilo de Nazareth, al volver de Egipto la Sagrada Familia, había de encontrarse en condiciones bastante parecidas á la gruta de Belén.



Pero á los Santos esposos José y María, ¿qué había de importarles todo esto? Con ellos estaba Jesús. Aquella vivienda, con ser tan pobre y tan triste, con hallarse enteramente desmantelada, la embellecía para José la presencia de aquel Niño que constituye el eterno gozar de los cielos; podía escuchar el dulce acento de su voz y disfrutar de su incomparable cariño.



Al volver á Nazareth no hay que decir que los parientes, los amigos de los Santos esposos se apresuraron á ir á



visitarles manifestándoles la alegría que experimentaban al verles entre ellos después de tan larga ausencia; porque claro es que cuantos tuvieron la dicha de conocer á José y María no pudieron menos de sentir el atractivo de su incomparable bondad, de las delicadas virtudes que crecían en el jardín de aquellos corazones, dando lugar á que se sintiera en torno suyo un encanto todo sobrenatural. Añádase á esto que esta vez parientes y conocidos de la Sagrada Familia, para quienes antes el Divino Jesús era desconocido, pudieron contemplar ya su celestial belleza, las gracias superiores del adorable infante, la expresión á la vez majestuosa y dulce que resplandecía en la frente de aquel Niño. Todos habían de sentirse atraídos hacia él por un encanto irresistible, todos se disputarían la dicha de acercársele, de estrechar con el suyo sus corazones, de recoger algunas de sus palabras, y no podrían menos de felicitar á José por tener á su disposición semejante tesoro. ¡Cuántos padres de posición brillante habían de envidiar á José tan rico en medio de su indigencia!



José se gozaba en los elogios tributados á Jesús; sentíase feliz con el amor que el Santo Niño inspiraba á cuantos se ponían en contacto con él; pero los Santos esposos se abstenían de publicar la divinidad de Jesús; no pronunciaban una palabra que pudiese hacer sospechar las gloriosas prerogativas á que se veían elevados, enseñando así á las almas verdaderamente evangélicas á cubrir con el velo de la humildad los dones de Dios, á callarse



respecto á los favores que les prodiga la celestial munificencia, y á no hablar de ellos sino cuando lo reclama la gloria divina ó el bien del prójimo. Nadie pondrá en duda que José amaba demasiado al celestial Niño para que no deseara verle rodeado de los homenajes y las adoraciones de todos los hombres. Abrasaba su corazón el celo más puro y más ardiente; pero estaba dispuesto á no hacer nada más que aquello que Dios tuviese á bien inspirarle; aguardaba que sonase la hora que había de marcar el reloj de la Providencia, y nada hacía ni para prevenir, ni para contener, ni para precipitar los acontecimientos.




Capitulo
XIII




INTERIOR DE NAZARETH



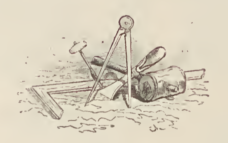
XIII

VIDA DE FAMILIA EN NAZARETH

CONTEMPLAMOS á la Sagrada Familia entrando en su pobre vivienda de Nazareth, para ocultar allí el sagrado depósito que á María y José les confió el Padre celestial. Viven en desconocida aldea ignorados de todo el mundo. Jesús crece en aquella modesta casa sin llamar la atención de nadie, rodeándole el mayor silencio. El Evangelio se limita á estas sencillas frases:

«Entre tanto el Niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.»

Jesús iba creciendo, pues, según el sagrado texto: ¿pero de qué crecimiento se trata? La opinión generalmente admitida es que su sabiduría y su virtud fueron manifestándose gradualmente, por más que poseyera toda su plenitud desde su concepción; es decir, su crecimiento intelectual y moral no fué más que aparente: si fué niño respecto al cuerpo, parecía tal respecto al desarrollo de su alma.



El nombre del oscuro retiro donde á la sombra de María y José pasó Jesús la mayor parte de su vida nos es ya conocido.

La Judea constituye una cordillera que se extiende de Norte á Sur á poca distancia del Mediterráneo, formada de montañas que dan paso al histórico Jordán. Podemos figurarnos la Palestina en la forma de cuatro grandes líneas paralelas; las llanuras junto al mar, los montes de la Judea, el cauce del Jordán, y á la otra parte los montes de la Perea. El valle de Esdrelón, extendiéndose del mar al río, se divide en dos partes: la primera remonta hacia el Norte hasta el Líbano, y esta es la Galilea; la otra se extiende hacia el Sur hasta el desierto: es la tierra de Judá.

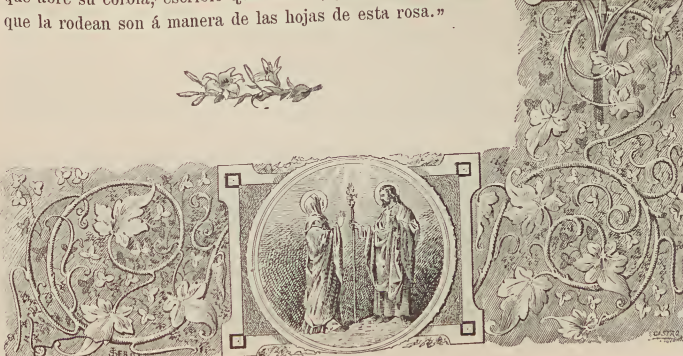
Nazareth pertenece á la Galilea, y se esconde, separándose del valle de Esdrelón, por colinas que franquea un sendero tortuoso.



La Palestina, país triste, sombrío y seco, no ofrece región alguna tan sonriente como Nazareth. Es un verdadero oasis. Antonino Mártir la llama un paraíso. «Sus mujeres, dice, tienen una gracia incomparable; su belleza, que ofusca á la de las demás mujeres de aquellos países, parece como un reflejo de la de la esposa de José. Aun hoy, después de los serios trastornos que ha experimentado allí la naturaleza, Nazareth guarda encantadoras praderas, frescas sombras enriquecidas con cristalinas fuentes, embellecidas por largas líneas de nopales: hay allí jardines donde los naranjos, olivos, higueras y granados mezclan sus hojas, sus flores y sus frutos. En Nazareth crecen en abundancia margaritas, tulipanes y anémonas. Allí hay viñas con magníficos racimos, y aun hoy día se admiran aquellos cactus gigantescos que crecen entre los escombros, llenos de espinas, es verdad, pero que dan al país un aspecto muy pintoresco.



El mismo nombre Nazareth, *Nézer-eth*, significa país de las flores. «Vamos á Nazareth, decía san Jerónimo, y veremos allí el jardín de la Galilea.» «Nazareth es una rosa que abre su corola, escribió Quaresmius, y las bellas colinas que la rodean son á manera de las hojas de esta rosa.»



Figurémonos allí la humilde vivienda de José. En la entrada algunos enseres del oficio de carpintero colgados en la pared, algunos troncos de sicomoro ó de cedro esparcidos por la tienda, y unos pocos muebles, bien trabajados, pero sin adorno alguno. En el fondo de la tienda un rincón donde tres piedras sirven de hogar y constituyen la cocina. Todo es pobre, pero limpio. El jefe de la casa, cuya mirada revela una conciencia tranquila y un alma sólidamente religiosa, entona, al compás de su martillo, uno de los cantos populares en que palpita á la vez el sentimiento de la fe y de la patria; las dos inspiraciones del verdadero hijo de Israel; y á poca distancia una mujer sobre cuyas rodillas se apoya un candoroso niño.



José, oculto en Nazareth, al través de su pobreza, de su modestia y de su sencillez, ejerce un poder con el que no puede compararse el de los más poderosos monarcas del mundo. Que manden éstos enhorabuena á ejércitos numerosos, que tengan millones de hombres sometidos á su voluntad, todo esto nada significa comparado con lo que pasa en Nazareth con un humilde carpintero. Los príncipes mandan á hombres que les están sumisos, más por el yugo de la fuerza que por el prestigio del amor; á José y María está sometido Aquél á quien pueblos y reyes deben prestar vasallaje. A las indicaciones de José, jefe de la Sagrada Familia, se mueve la mano de Aquel que en el cielo está á la

diestra del Eterno Padre y que, como Dios que es, sostiene sin sentir su peso los mundos que echó en el espacio. A José y María les está sumiso aquel Dios de las eternidades, el brillo de cuya mirada alumbra el resplandor del rayo, y ante quien los serafines cubren sus rostros con sus alas por no sentirse deslumbrados con los resplandores de tanta majestad.



José, no obstante todo esto, jamás se enorgulleció de sus privilegios ni de sus títulos; muy al contrario, anonadándose en el secreto de su corazón, ejerció su autoridad paternal con espíritu de fe y de sumisión á la voluntad divina. José mandaba á Jesús niño, á Jesús adolescente, á Jesús joven como un padre manda á su hijo. Le mandaba con respeto, con ternura, con amor; pero al mismo tiempo con sencillez é ingenuidad, con ese abandono que inspira la conciencia del cumplimiento de un deber. No mandaba á Jesús sino aquellas cosas que estaban conformes con el estado en que la voluntad del Padre Celestial le colocaba en aquel período de su vida. Los vecinos de Nazareth pudieron admirar en José al más solícito, al más vigilante, al más amante de los padres; pero no acertaban á comprender todavía el carácter de aquella paternidad. Veían á José dictando disposiciones respecto á Jesús; pero siempre con

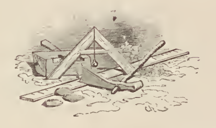


ternura, siempre con un tono de dulzura y de mansedumbre; veían á José abriendo su boca para dar órdenes paternales á su hijo; pero no acertaban á ver cómo el corazón del dichoso patriarca se abismaba en una adoración profunda y cómo, oprimido por un santo temor, se recogía dentro de sí mismo, anonadándose en el doble sentimiento de la grandeza de Dios y de su bajeza personal.



Jesús, que al querer aparecer débil y pequeño ante los hombres se sujetó á las impotencias de la infancia, quiso ocultar las profundidades de su sabiduría infinita bajo las exterioridades de la inocencia de la primera edad, y aparecer ante el mundo como debiendo á María y José su primera, por no decir su única educación. Jesús quiso recibir de María y José lo que todos recibimos de nuestros padres. La educación del alma y del corazón que penetra en nosotros sentados sobre las rodillas de nuestro padre ó sostenidos en los brazos de nuestra madre; esta educación que se nos prodiga en medio de una atmósfera de ternura y con la palabra y la acción del cariño, Jesús la recibió como nosotros. Elevación de espíritu, delicadeza de sentimientos, bondad, ternura, caridad, todas las virtudes que se ocultan en el hogar paterno, que constituyen su encanto, todas se encontraban en la casa de Nazareth en un grado eminente. Jesús, como Dios que era, poseía la plenitud de todas las perfecciones; pero quiso como hombre recibir lecciones, consejos, y

alimentarse con ejemplos de María y José, como si él no fuese el manantial inagotable de toda virtud y toda perfección.



El Niño Jesús presta en ciertas ocasiones á su padre nutricio el concurso de sus brazos infantiles, y José á su vez le da sus lecciones de padre, que Jesús acoge con la atención propia de su alma tan bella y tan sublime.



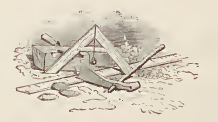
Ya que con frecuencia hemos de presentar á José dedicado á su oficio de carpintero, es preciso tener en cuenta que entre los judíos el trabajo no constituía una deshonra. La Judea venía siendo constantemente un pueblo de trabajadores, que no cedía en vigor y actividad á ninguna otra nación del mundo. Hasta que perdió su independencia política la agricultura y la industria constituyeron allí fecundas fuentes de riqueza. Si más adelante pasó á ser un pueblo de mercaderes y de usureros, ocupando el lugar de los antiguos fenicios, fué á consecuencia de los obstáculos que se opusieran á su trabajo después de la dispersión. Un pasaje del Talmud nos manifiesta que los antiguos judíos tenían por divisa estas palabras: *¡Viva el trabajo!* El Talmud explica por medio de un pasaje dramático la dignidad que había



adquirido el trabajo entre los israelitas. «Cuando el Santo, que bendito sea, anunció al primer hombre la sentencia como castigo de su pecado, al oir estas palabras: *La tierra te dará espinas y abrojos*, manó de los ojos de Adán una fuente de lágrimas y exclamó:—¡Ah, Señor del mundo! ¿yo y mi bestia de carga tendremos que comer juntos en un mismo pesebre? Pero cuando Dios le añadió: *Tú comerás el pan con el sudor de tu frente*, entonces se sintió consolado.»



Había en Israel una multitud de refranes muy populares de los que se desprende la dignidad del trabajo. «El trabajo es grande y honra al que se dedica á él.» (*Nedarim*, 49). «El trabajo es grande porque da calor y fuerza al que lo ejecuta.» *(Gittin*, 67). «El trabajo es de gran precio á los ojos de Dios.» *(Kamma*, 79). Más de cien rabinos nombrados en el Talmud eran artesanos.



Para describir el hogar donde se verificaron los sublimes misterios de la vida oculta de Jesús, consignaremos lo que dice con su ingenuidad de estilo la venerable sor Emmerich:



«La humilde casa de la Sagrada Familia componíase únicamente de tres aposentos. La Santa Virgen ocupaba el más grande y más hermoso, donde se reunían para rezar. Jesús, María y José rezaban en pié, los brazos cruzados sobre el pecho y en alta voz; ordinariamente rezaban alumbrados por una lámpara de varios mecheros.

»San José dedicábase á transportar ó cortar madera y otros quehaceres de su oficio. La Virgen empleaba el tiempo en coser ó hacer calceta con largas agujas de madera. Para estos diferentes trabajos ocupaba un modesto sitial teniendo á su lado una canastilla.

»Ví al divino Niño antes de llegar á los doce años prestar á María y á José todos los servicios compatibles con su edad: tanto en su casa como fuera de ella puso siempre gran empeño en servir al prójimo.

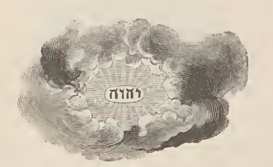
»Desde su edad más temprana era el modelo de los niños de Nazareth; todos le querían y evitaban el disgustarle. Cuando un niño era desobediente, sus padres no dejaban de decirle:—¿Qué dirá el pequeño Jesús, cuando sabrá que has sido malo? ¿Cuánta pena no tendrá con ello?—A menudo le llevaban sus niños y le rogaban cuidara de ellos. El divino Niño se prestaba á estos deseos con una admirable sencillez, y durante los juegos propios de la niñez no cesaba de encargar á sus amiguitos que evitaran con mucho cuidado el disgustar á sus padres, y se unía á ellos para pedir juntos á Dios les hiciera la gracia de que se corrigiesen; en fin, les obligaba á pedir perdón á sus superiores confesando ingenuamente sus faltas.»



Cuando José se veía en el caso de pasar la jornada fuera del hogar de Nazareth, dedicado á las tareas de su oficio, al volver á su casa ¡con qué sincera alegría, con qué ternura sería recibido por Jesús y por María! El santo Niño, anheloso de ver al esposo de María, á quien amaba con todas las ternuras de un hijo, aguardábale en el dintel de su casa, extendía solícito su mirada hacia lo lejos para verle llegar, y al apercibir á José fatigado de los trabajos del día, el niño Jesús corría hacia él con la ligereza de su edad, le estrechaba en sus brazos, le prodigaba las más dulces sonrisas, las frases más tiernas y afectuosas, é inundando el alma del buen carpintero de una alegría inefable, pagábale con usura las fatigas que José se tomaba gustoso por Jesús y por María. Al verles á ellos el santo carpintero de Nazareth lo olvidaba todo; su cansancio, sus trabajos, las pesadumbres inherentes á las miserias de la vida; encontrábase allí rodeado de unos cuidados, de unas tan finas y tan delicadas atenciones que para comprenderlas en toda su extensión preciso fuera comprender lo que valían aquellos corazones, los más grandes que ha habido en el mundo. Luego sentábanse los tres en la mesa del hogar y tomaban, bendiciendo al Señor, la frugal comida preparada por las delicadas manos de la esposa de nuestro Santo. Era un alimento sencillo, el alimento del pobre, pero nadie de ellos deseaba otra cosa más que el pan de cada día.

De esta suerte iban transcurriendo los años, en la oscuridad más profunda, en la práctica de las más sublimes virtudes.

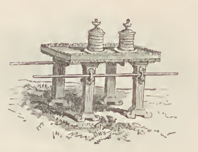
Jesús María y José con su vida oculta, silenciosa, solitaria, desconocidos ú olvidados del mundo, nos manifiestan cuán poco vale este orgullo que nos induce á levantarnos sobre los otros, á querer brillar.



Si Jesús, María y José hubiesen aparecido de una manera ruidosa en el teatro del mundo, si el Mesías se hubiese manifestado tal como se lo figuraba la vanidad ó la soberbia de los judíos, si hubiese andado en pos de una gloria terrena, que al brillar en él se habría reflejado en María y en José, si les viéramos á los tres rodeados de la fascinadora aureola de los honores, con el prestigio de las riquezas, viviendo en los halagos del placer, honrados, engrandecidos, aplaudidos por los hombres, al leer en el Evangelio las exhortaciones á la vida oculta, aconsejándonos la humildad, el menosprecio de las honras terrenas, el abandono del mundo y de sus vanidades, hubiéramos podido quejarnos con alguna apariencia de razón de las severidades de la doctrina cristiana, considerándolas como superiores á nuestras fuerzas. Mas no fué así: Jesús antes de enseñar obró; sus ejemplos precedieron á sus lecciones, sus prácticas á sus discursos. Él sendero de las severidades cristianas que nos mostró, Él fué el primero en recorrerlo; Él fué quien abrió la marcha en el camino de las asperezas evangélicas. Al lado de Jesús marchan María y José, y los tres nos tienden la mano para que caminemos nosotros por donde caminaron ellos.



¿Quién nos diera el penetrar el secreto de aquella pobre habitación, en la que se ocultan tan sublimes grandezas y en la que se practican cada día tan heróicas virtudes? Encontraríamos allí el tipo más perfecto de la vida de familia.



El amor de Dios reina en sus corazones y les une la más ardiente caridad. Desconocen el egoismo, viviendo los unos para los otros.

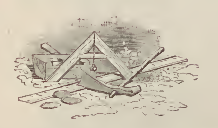


Las dignidades y las riquezas no dan la felicidad: si algunas veces contribuyen á ella, muy á menudo la perjudican. Los más amargos dolores domésticos se encuentran más frecuentemente bajo los techos artesonados y en dorados salones que en la pobre é ignorada cabaña. El orgullo en aquéllos es más grande, el amor propio más susceptible, la envidia más cruel, la cólera más concentrada, la venganza más refinada, realizándose con más arte todas las pasiones sujetas á mayor exaltación, y sobre todo los dolores más profundamente sentidos, porque las conveniencias ó las necesidades de la posición social fuerzan á encerrarlos en el secreto del corazón. ¡Cuánta hiel se oculta en el fondo

de ciertos pechos, mientras que los labios mienten una sonrisa ó ricos adornos hacen creer al mundo que aquella criatura está nadando en un mar de felicidades!



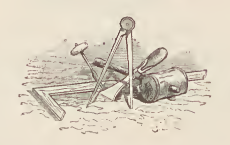
En estas casas desprovistas de virtudes sólidas, como son las que inspiran la fe y el sentimiento religioso, los esposos no aciertan á comprender sus deberes, no saben contener los arranques de un carácter impetuoso, no saben soportarse mútuamente los defectos; son egoistas, exigentes; andan en continuas disputas sobre sus respectivos derechos; no se hacen ninguna concesión; quéjanse uno de otro á cada momento, y jamás confiesan sus faltas. ¿Cómo la alegría podrá reinar en sus hogares? La paz se ve desterrada de ellos y reemplazada por disputas que se renuevan sin cesar.



¡Qué ejemplo para los hijos! Testigos de esta mala inteligencia, ¿pueden tener respeto á unos padres que les dan tales lecciones? El puro amor filial que la Naturaleza ha puesto en sus corazones pronto se disipa y se desvanece.



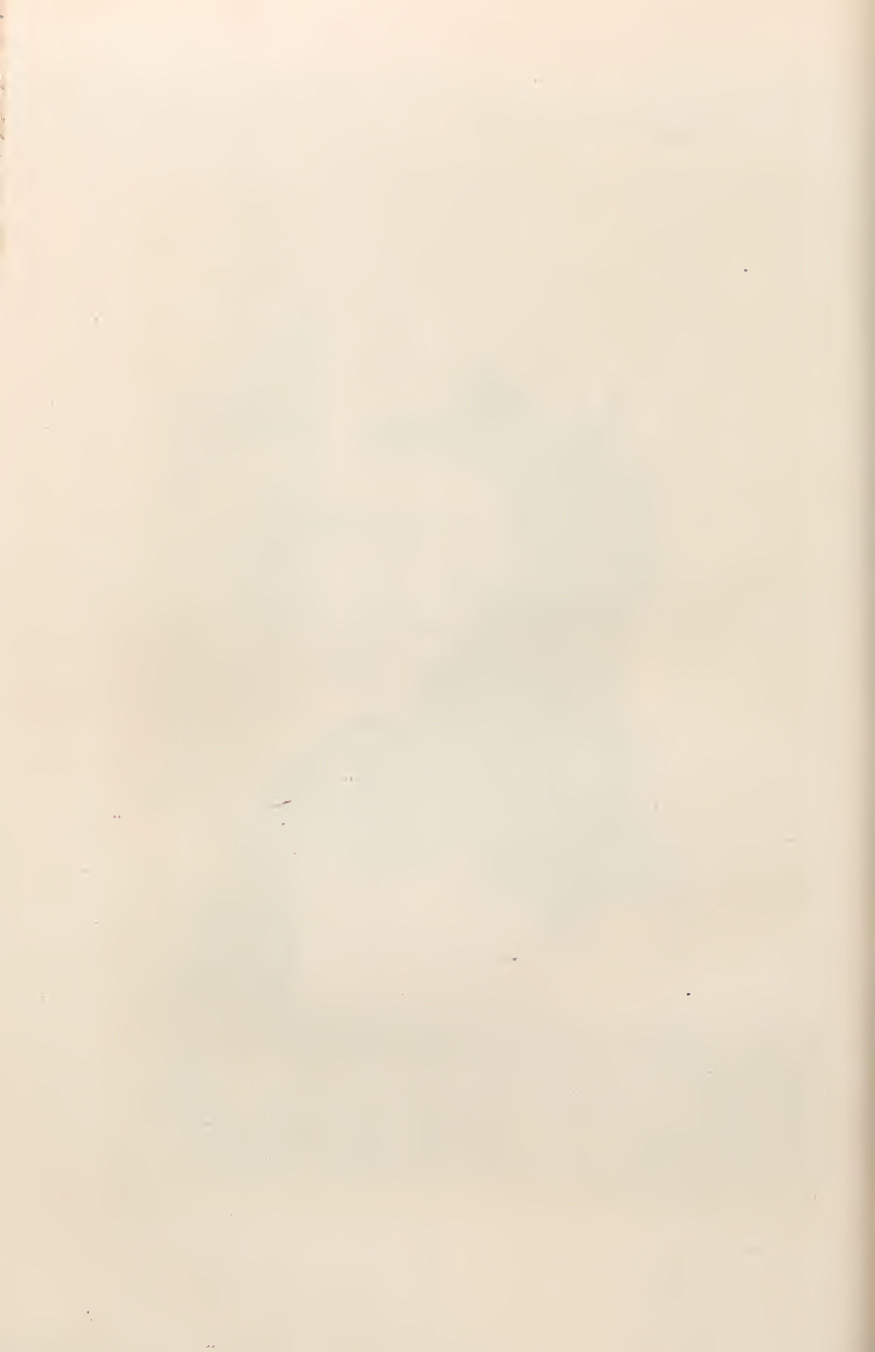
¡Qué contraste con la vida de familia de servidores de Dios, sea cualquiera la clase á que pertenezcan! El padre vuelve con alegría á su hogar, al lado de su mujer; no conoce otras alegrías que las puras caricias de sus hijos. Su proceder es siempre honrado, no sólo bajo el punto de vista de la más estricta probidad sí que también bajo el de la decencia. Manifiestan todos una urbanidad natural, que sale del corazón, que agrada tanto en un sencillo obrero como la delicadeza más elegante en un príncipe.



Sólo la religión es la guardadora incorruptible y la inspiradora de las virtudes domésticas que dan la felicidad. De este fecundo manantial sacó San José los nobles sentimientos por los que mereció la dicha de gozar de la compañía de Jesús y de María.



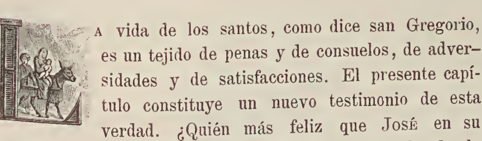

Capitulo
XIV
A.Leveillé
F.A. Poirzon





XIV

JESÚS PERDIDO Y ENCONTRADO EN EL TEMPLO DISPUTANDO CON LOS DOCTORES

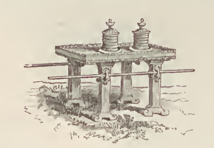


La vida de los santos, como dice san Gregorio, es un tejido de penas y de consuelos, de adversidades y de satisfacciones. El presente capítulo constituye un nuevo testimonio de esta verdad. ¿Quién más feliz que José en su oculto retiro de Nazareth, al lado de la angelical, de la



incomparable María, pudiendo imprimir su paternal beso en la frente de Jesús y llenarle de caricias? Con el tesoro de su esposa, de aquel santo Niño que le da el nombre de padre, ¿qué más puede ambicionar? «Quien tiene á Jesús nada le falta,» ha dicho el autor de la *Imitación de Cristo*. Nadie como José y María pudieron comprender esta verdad.

Al llegar á los doce años el Niño pasa á ser el adolescente; principia para su existencia un período nuevo, tanto bajo el punto de vista físico como moral y religioso. Al hallarse en esta edad es cuando empiezan á vislumbrarse los grandes horizontes de la vida. Nada tiene, pues, de particular que á los doce años Jesús comenzase á dejar entrever algo de la inefable perfección de su alma, de la elevación de su inteligencia, de la profundidad y la fuerza de su sentimiento religioso. San Lucas nos refiere de ello un rasgo, pero es un rasgo precioso que nuestra fe y nuestra piedad no puede menos de complacerse en recoger.



Vamos á contemplar, pues, una manifestación súbita de la grandeza de Jesús; vamos á ver cómo el fuego divino que arde en el corazón del Hijo de María no era menos intenso por permanecer hasta entonces oculto á la vista de los hombres.



Todos los años, en las fiestas de Pascua y de los Tabernáculos, los representantes varones de cada familia se dirigían al templo de Jerusalén á fin de tomar parte en las solemnidades religiosas, á cuya práctica venían obligados desde los doce años, época en que entre los orientales el varón principiaba á tener representación legal. Las mujeres eran libres de tomar ó no parte en aquellas peregrinaciones; pero se concebirá muy bien que las que se distinguían por su piedad aprovecharan la ocasión de las solemnidades pascuales para ir á adorar á Jehová en la ciudad santa.



Jesús era ya *hijo de la ley*, como decían los judíos. Llegado á los doce años se dispuso á dirigirse á Jerusalén junto con José. Inútil es decir que María se unió á ellos. Nada más natural para tan piadosa y amante madre como el asociarse á la primera peregrinación de su hijo.

Imposible fuera describir los entusiasmos de Jesús en aquellos siete días que duraban las solemnidades. Los grandes recuerdos del judaismo, los hechos de aquella nación que nadie conocía como él, habían de conmover y recrear su alma, y á través de los símbolos del pasado y del presente había de elevarse á las realidades de un porvenir de que sólo él conocía el misterio. Allí, en aquella Jerusalén, en aquella ciudad que sintetizaba todas las grandezas y todas las glorias de la Judea, á la sombra de aquel templo, Jesús había de sentirse en su elemento; nada tiene, pues, de particular que cuando los demás forasteros regresaban á su país él se quedase en aquel templo de Jerusalén, foco de toda la vida religiosa de aquella época, donde pudo empezar á derramar los resplandores de la divina luz conque él venía á alumbrar el mundo.



Las caravanas de peregrinos solían ser muy numerosas. Fácil era perderse de vista entre aquella multitud de viajeros que, montados unos y á pié otros, andaban cantando salmos para santificar el viaje, marchando en grupos de hombres, de mujeres y de adolescentes. Se comprende, pues, que María y José caminaran un día entero sin notar la ausencia de Jesús, que José creería hallarse en la caravana en que iba María, ésta en la que iba José, ó tal vez en la que formaban los jóvenes.





Imposible fuera describir los sentimientos de Jesús en [illegible] días que duraban las solemnidades. Los grandes recuerdos [illegible], los hechos de aquella historia que nadie conocía [illegible] debían de conmover y [illegible] su alma, y á [illegible] de los símbolos del pasado y del presente [illegible] de [illegible] de su persona de que sólo él conocía [illegible]. Allí, en aquella Jerusalén, en aquella ciudad [illegible] todas las glorias de la [illegible] de aquel templo, Jesús había de sentirse en su elemento; nada tiene, pues, de particular que cuando sus deudos [illegible] á su país él se quedase en aquel templo de Jerusalén, foco de toda la vida religiosa de aquella época, donde pudo empezar á difundir las [illegible] de la divina luz que [illegible] venía á alumbrar el mundo.



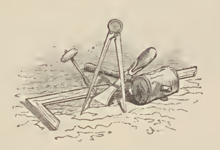
[illegible] debía ser muy numerosa [illegible] entre aquella multitud [illegible] unos y á pie otros, [illegible] para santificar el viaje, marchando en grupos de hombres, de mujeres y de adolescentes. Se comprende, pues, que María y José caminasen un día [illegible] la ausencia de Jesús, que [illegible] en la caravana en que iba María, [illegible]



Espasa y Compª editores

Y DÍA Y NOCHE ANDUVIERON BUSCANDO Á JESÚS, INTERROGANDO Á CUANTOS ENCONTRABAN POR EL CAMINO

Al llegar la noche se hizo alto en Siquem ó en Siloh. Los viajeros se unieron á sus respectivas familias. Pronto se notó que Jesús no estaba allí.



Lo que entonces pasó por los santos esposos sería en vano el querer describirlo.

—¡El depósito del cielo, el enviado de Dios! murmuraba tristemente José.—¡Mi hijo! decía la pobre madre con la voz embargada por las lágrimas. Y día y noche anduvieron buscando á Jesús, interrogando á cuantos encontraban por el camino, llamándole en el bosque, mirando los precipicios; ya temiendo por su vida, ya por su libertad, no sabiendo qué hacer. Entraron en Jerusalén, corrieron á casa de sus amigos, todo fué inútil; cansados de recorrer los barrios de la ciudad penetraron por fin en el templo.



Bajo el pórtico en que se reunían los doctores de la ley había un niño que encantaba á los ancianos de Israel con la profundidad de sus ideas y la limpieza de sus respuestas á las cuestiones más difíciles; aquellos sabios formaban círculo á su alrededor, y todos se admiraban de su precoz y mila-



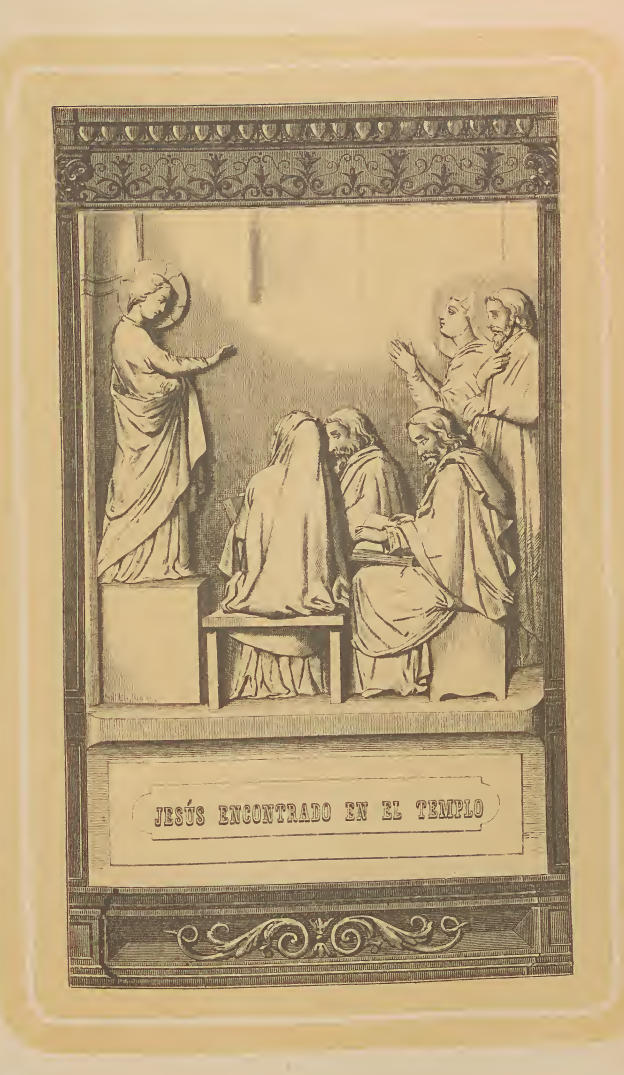
grosa sabiduría. —¿Es Daniel ó es un ángel? exclamaban á algunos pasos de la afligida Virgen.—Es Jesús, dijo la joven Madre adelantándose hacia los doctores. Entonces acercándose al Mesías con la actitud del cariño más afectuoso, sombreado aún, por decirlo así, con los últimos reflejos del pesar:—Hijo, le dice con dulzura, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando.

Jesús, queriendo dar una lección á los siglos venideros y enseñarles que todo afecto natural debe ceder ante el deber, les respondió:—«¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabéis que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?»

Los esposos guardaron silencio; no comprendieron de pronto el sentido de la respuesta del Mesías, que no hablaba allí como niño sino como Hijo de Dios. «En seguida se fué con ellos y vino á Nazareth, y les estaba sujeto, dice el Evangelio, y su madre conservaba todas estas cosas en su corazón, y Jesús crecía entretanto en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.»



¡Cuántas almas buenas probadas con aflicciones, abandonadas, faltas de fervor y de gustos espirituales, han encontrado consuelo y valor en la meditación de este misterio! Pues si Jesús trató de tal modo á José y María, á quienes amaba más que á persona alguna en el mundo, ¿deberemos

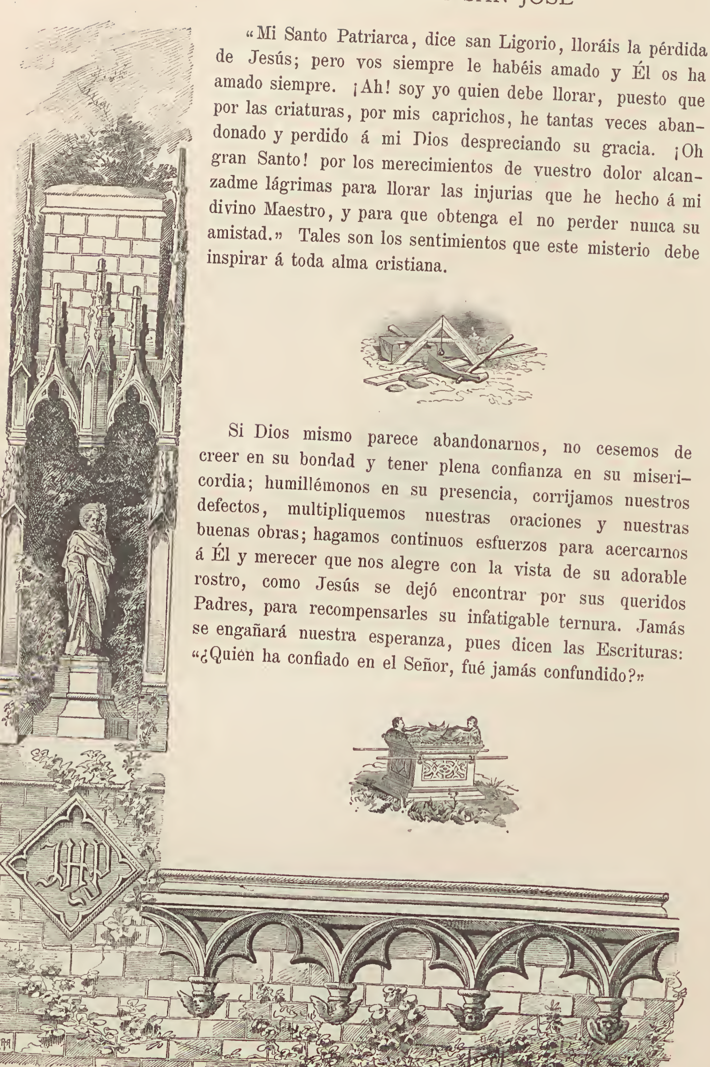

JESÚS ENCONTRADO EN EL TEMPLO

admirarnos ó descorazonarnos al ser objeto de análogas pruebas? ¿Qué hombre, por poco iniciado que esté en los secretos de la vida interior, ignora que estas tentaciones no son raras, y que contribuyen poderosamente á desligar el corazón de toda afección terrena y de todo cuidado personal? Ellas nos enseñan á preferir la voluntad de Dios á todas nuestras afecciones, hasta al goce de su amor y á los legítimos consuelos de la piedad; ellas nos van disponiendo á amar á Dios por sí mismo, á sufrir para agradarle, á soportar con paciencia y resignación las más duras privaciones, cómo y por el tiempo que Dios quiera. ¿Qué ejercicio más propio para purificar el alma de sus imperfectas y demasiado humanas afecciones?



Las pruebas bien sobrellevadas son manantial de méritos y el camino más corto para llegar á la santidad. Esta es la doctrina de todos los Padres de la Iglesia. Pero es preciso aceptarlas y sufrirlas con la fe, la humildad, la sumisión, y el amor de Dios que admiramos en José y María.





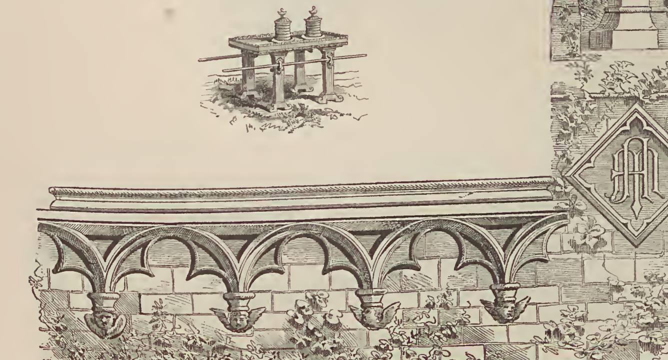
«Mi Santo Patriarca, dice san Ligorio, lloráis la pérdida de Jesús; pero vos siempre le habéis amado y Él os ha amado siempre. ¡Ah! soy yo quien debe llorar, puesto que por las criaturas, por mis caprichos, he tantas veces abandonado y perdido á mi Dios despreciando su gracia. ¡Oh gran Santo! por los merecimientos de vuestro dolor alcanzadme lágrimas para llorar las injurias que he hecho á mi divino Maestro, y para que obtenga el no perder nunca su amistad.» Tales son los sentimientos que este misterio debe inspirar á toda alma cristiana.

Si Dios mismo parece abandonarnos, no cesemos de creer en su bondad y tener plena confianza en su misericordia; humillémonos en su presencia, corrijamos nuestros defectos, multipliquemos nuestras oraciones y nuestras buenas obras; hagamos continuos esfuerzos para acercarnos á Él y merecer que nos alegre con la vista de su adorable rostro, como Jesús se dejó encontrar por sus queridos Padres, para recompensarles su infatigable ternura. Jamás se engañará nuestra esperanza, pues dicen las Escrituras: «¿Quien ha confiado en el Señor, fué jamás confundido?»

Conocemos la primera palabra que nos conserva el Evangelio, salida de la boca de Jesús. Es una palabra corta y concisa, pero que vale más que todos los discursos del mundo. En ello nos da á conocer que no tiene sino un Padre verdadero que es Dios, que no reconoce otra ocupación digna de él más que los intereses de Dios, que para él el templo es el hogar paterno con más razón aun que la casa de Nazareth. Aquella contestación humilde y vigorosa á la vez, como habían de serlo más tarde todos sus discursos, viene á contener en resumen todo el cristianismo: la filiación divina, y por lo tanto la Encarnación; la venida del Verbo de Dios á la tierra para la difusión de la verdad y de la justicia, y por consiguiente la Redención.



Jesús, María y José fueron á esconderse de nuevo en el ignorado hogar de Nazareth. Allí el Salvador esperó la hora de la Providencia con los instrumentos del carpintero en la mano, dedicándose á las modestas tareas del oficio de José.



Las almas grandes Dios las prepara en el silencio, las forma en el ejercicio de la humildad, de las virtudes ocultas, para echarlas después en el campo de las batallas de la vida, donde deben levantar el pedestal de su glorificación.



De esta vida de humildad y de retiro como preparación á las grandes empresas, Jesucristo, Hijo de Dios, fué el primero en dar el ejemplo. Pasó diez y ocho años oculto en el fondo de un taller antes de inaugurar los prodigios de su vida pública.

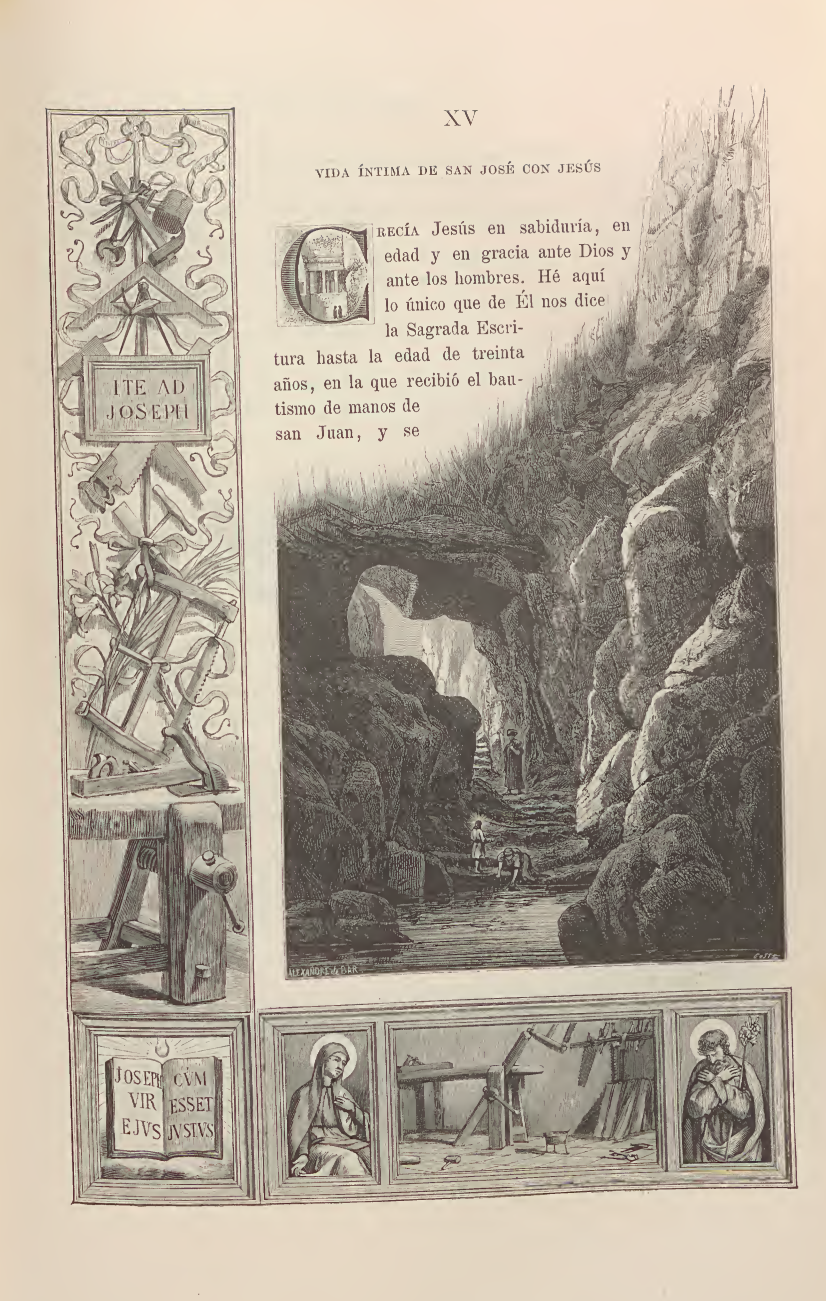


Capitulo XV



XV

VIDA ÍNTIMA DE SAN JOSÉ CON JESÚS



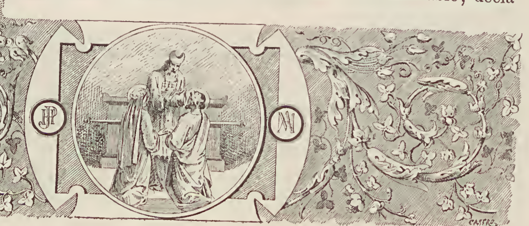
Crecía Jesús en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres. Hé aquí lo único que de Él nos dice la Sagrada Escritura hasta la edad de treinta años, en la que recibió el bautismo de manos de san Juan, y se

dedicó al ministerio apostólico. Pero entonces José ya no pertenecía á este mundo, pues es opinión común que José recibió de Dios su recompensa, cuando ya no fué necesario á su Hijo.

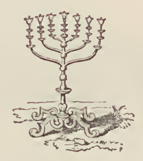
Encerrémonos, pues, en el estrecho cuadro de esta hermosa vida, que va á acabarse silenciosamente en la humilde habitación de Nazareth en compañía de Jesús y María. Si la Escritura calla, habla la tradición, y no carece de elementos la razón para alimentar la piedad. Detengámonos á contemplar la vida íntima de estas tres augustas personas en el seno de la paz más profunda y los encantadores goces de una inalterable unión.



Hemos hablado ya de la dicha de la familia, entre almas animadas por el espíritu de Dios que se ejercitan en la práctica de virtudes sólidas. Pero no hemos dicho lo bastante, cuando se trata de esta trinidad terrestre que supera en santidad á toda familia humana, y de la que forma parte el mismo Verbo encarnado. No era la casa de Nazareth como otra casa cualquiera: no vayamos á buscar comparaciones ni aun con la familia más ordenada, más perfecta y más admirable. El hogar de Nazareth era el paraíso en la tierra, pues que la divinidad estaba allí, según la palabra que dijo Nuestro Señor á san Felipe: «Quien ve al Hijo ve al Padre.» La Reina del cielo y los ángeles estaba junto á San José; ¿qué le faltaba? «Era una vida admirable, decía

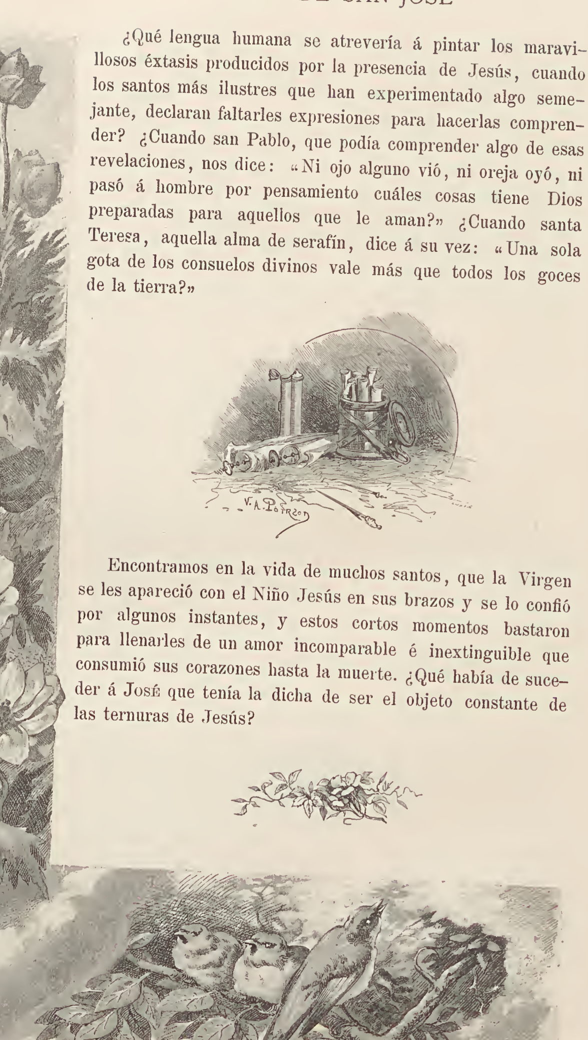


Olier, la de San José y María, imagen de Dios Padre para con Jesucristo su Hijo. ¡Cómo amaban José y María á Jesús y cómo Jesús les amaba á ellos! La Santa Virgen y San José veían al mismo Dios en Jesús, verdadero Hijo de Dios, Verbo del Padre. ¡Qué admiración! ¡Qué respeto! ¡Qué arrobamiento amoroso! ¡Qué sentimientos de admiración profunda no experimentarían! Aquello era el cielo, aquello era como gozar de las delicias infinitas en este lugar de dolor; aquello era la abundancia de todos los bienes en medio de la pobreza; en fin, una iniciación de la gloria inefable de la eternidad en la humillación y la estrechez del tiempo.



José encontraba bajo el humilde techo de su casa delicias jamás conocidas del mundo. ¿Quién nos revelará lo que sucedía en aquel corazón tan puro y amante, cuando sus ojos encontraban al volver del trabajo, las alegres miradas de María y de Jesús? Se estremecía de júbilo cuando sus dulces acentos le saludaban al llegar, se sentía poseído de una inefable dicha cuando el divino Niño, echándole sus brazos al cuello, besaba su rostro venerable.





¿Qué lengua humana se atrevería á pintar los maravillosos éxtasis producidos por la presencia de Jesús, cuando los santos más ilustres que han experimentado algo semejante, declaran faltarles expresiones para hacerlas comprender? ¿Cuando san Pablo, que podía comprender algo de esas revelaciones, nos dice: «Ni ojo alguno vió, ni oreja oyó, ni pasó á hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman?» ¿Cuando santa Teresa, aquella alma de serafín, dice á su vez: «Una sola gota de los consuelos divinos vale más que todos los goces de la tierra?»

Encontramos en la vida de muchos santos, que la Virgen se les apareció con el Niño Jesús en sus brazos y se lo confió por algunos instantes, y estos cortos momentos bastaron para llenarles de un amor incomparable é inextinguible que consumió sus corazones hasta la muerte. ¿Qué había de suceder á José que tenía la dicha de ser el objeto constante de las ternuras de Jesús?



«El amor es algo de grande; es un bien que está muy por encima de todos los demás, dice el autor de la *Imitación.*

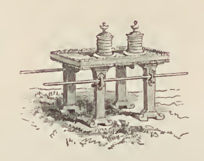
»El amor vuelve ligero lo que es pesado, y hace que se soporten con igualdad de alma las vicisitudes de la vida.

»El amor de Jesús es un amor generoso, tiende siempre á elevar y no se deja detener por nada que sea terreno.

»Ni los bienes lo retardan ni los males lo abaten.

»Aquel que ama corre, vuela, está alegre, es libre, nada le detiene, ninguna fatiga le cansa, no hay cadenas que le esclavicen ni inquietudes que le turben; es llama que se lanza hacia el cielo y se abre paso á través de todos los obstáculos.»

Tal era el amor que abrasaba el corazón de José.



El Evangelio y la historia de la Iglesia nos refieren cosas maravillosas acerca del amor divino, que la presencia del Salvador alumbraba en el corazón de aquellos que se acercaban á Él durante su vida pública. Vemos, por ejemplo, á la Magdalena que cae de rodillas á los piés de Jesús, que los riega con sus lágrimas, que los enjuga con su cabellera: hé aquí los primeros resplandores de un fuego que empieza á apoderarse de aquel corazón, á pesar de la atmósfera mundanal en que hasta entonces había vivido aquella mujer pecadora. Jesús la contempla con aquella bondad hija del amor celestial; pronuncia ante la Magdalena una sublime

palabra de perdón. Esto basta. La mujer que había escandalizado á la ciudad se levanta de los piés de Jesús tan encendida en amor divino, que el mismo Salvador da de ello testimonio público y solemne.



Juan, el más joven de los apóstoles, apoya por algunos instantes su cabeza sobre el pecho del divino Maestro en aquellos momentos en que el amor divino rebosaba en el corazón de Jesús. Desde aquel momento arde tan vivo y potente el sagrado fuego en el corazón de Juan, que merece ser llamado el discípulo del amor.



Los apóstoles todos, que experimentan por espacio de tres años los efectos de la presencia de Jesús, se sienten fuertes para emprender la conquista del mundo y hacer gustosos el sacrificio de su vida. Pedro no subirá á las alturas del Supremo pontificado sin dar pruebas del amor que siente hacia Jesús con quien se halla en comunicación frecuente.

Pues bien: José, Padre adoptivo de Jesús, en su calidad de tal ¿no había de experimentar los efectos de la acción permanente del Dios de amor? José contaba los latidos del divino corazón que tanto ha amado al mundo; José sintió sobre su frente, sobre todo su sér el soplo ardiente que inflamó el mundo cristiano comunicándole el fuego de la caridad. El corazón de José había de ser á manera de incensario de oro que balancean constantemente los serafines, haciendo subir su perfume hasta el trono del Altísimo. ¡Qué! ¿la solicitud, los cuidados de José para con el tesoro que se le confiara, las continuas inmolaciones del santo esposo, no son á manera de nubes de incienso que nacen en el corazón del Patriarca, y que rodeando el Dios de Behtleem y de Nazareth suben hasta el Dios cuya majestad brilla con toda esplendidez en las celestiales alturas?



José ama á Jesús por los derechos que le da su categoría de padre nutricio; le ama con un amor intensísimo á causa de la inefable ternura de que es objeto; le ama, en fin, como no puede dejar de amarle, á causa del atractivo, del encanto y de la divina fascinación que había de sentirse junto á Jesús.



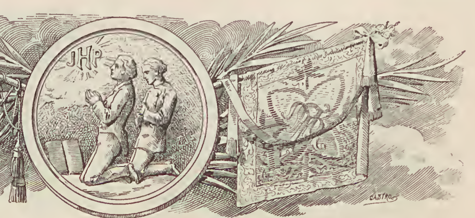
¡Qué incendio de amor abrasaba el corazón de Jose, exclama san Ligorio, cuando llevaba en sus brazos á aquel admirable Niño, cuando recibía sus tiernas caricias, y oía de su boca palabras de vida eterna que transportaban su alma!



¿Acierta á comprender el mundo que hay goces más dulces y más vivos en la piedad, en el amor de Dios y en la intimidad de Jesús, que los pobres goces de la tierra? ¿Es capaz de persuadirse de que hay en el silencio de las pasiones y en el retiro, con tal que allí se busque á Jesús, delicias de un orden más elevado, inmensamente superiores á las que la sola naturaleza puede proporcionar?



Los mundanos necesitan del ruido, del brillo y de los placeres que recreen sus miradas ó sus oídos. Hijos del siglo, sólo saboreáis los goces terrenos y desdeñáis los de las puras inteligencias, sobre todo los que emanan del corazón de Dios,

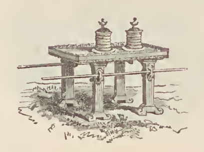


porque desconocéis que éstos son superiores á los vuestros, tanto como el cielo es superior á la tierra. Los desdeñáis porque no los comprendéis y porque jamás los habéis gustado ni podéis gustarlos en el estado en que os encontráis, ya que vuestros corazones están llenos de terrenales afectos, á que tendríais que renunciar para dar cabida al amor de Dios.



El hombre que se agita en las regiones de la vida inferior «no puede hacerse capaz, dice san Pablo, de las cosas que son del Espíritu de Dios, pues todas son una necedad y no puede entenderlas, puesto que se han de discernir con una luz espiritual que no tiene.» El hombre espiritual discierne y juzga de todo. Empiece, pues, el pecador por convertirse, si quiere conocer los secretos de la vida interior, y recobre ante todo la gracia de Dios. Entonces le diremos con el autor de la *Imitación:* «Aprende á despreciar las cosas exteriores y conviértete á las interiores; después de esto, si eres digno de ello, Jesucristo vendrá á tí y te hará gustar sus consuelos, su paz inefable y sus dulces pláticas. Cuando Jesús está presente, nada parece difícil; pero cuando no se tiene á Jesús todo es trabajoso. Cuando no se oye á Jesús, ningún consuelo vale; pero si Jesús pronuncia una sola palabra el corazón se siente consolado. ¿Acaso María Magdalena no se levantó de repente del lugar en que lloraba cuando Marta le dijo: «Hé aquí el Maestro, él te llama?«

¡Instante feliz aquel en que, al hallarnos abismados en el dolor, Jesús nos llama á los goces del espíritu! ¿Qué puede darte el mundo sin Jesús? Estar sin Jesús es sufrir el infierno y sus torturas; estar con Jesús es poseer el paraíso y sus delicias. Hé aquí lo que habréis dicho con todos los Santos si habéis tenido la fortuna de sentaros á la mesa del celestial banquete y saborear las ocultas dulzuras de que Jesús hace partícipes á los que le aman.



Las gentes frívolas buscan la agitación y el ruido: los hombres de Dios anhelan la calma y la soledad. «Las grandes cosas que Dios obra en sus criaturas, dice Bossuet hablando de José y de María, producen naturalmente el silencio, el pasmo y un no sé qué de divino, que excede á toda humana expresión. Los bienes humanos no valen sino el falso precio que les da el mundo. Lo que Dios hace tiene en sí su precio real, su precio inestimable. Los bienes de que nos envanecemos son engañosos en sí; sólo la opinión les da un valor ficticio: únicamente son verdaderos los bienes de que gozamos en el retiro y en la intimidad con Dios. Amad, pues, el silencio y el retiro; apartaos de las conversaciones tumultuosas del mundo. Cállate, lengua mía, no aturdas á mi corazón que oye á Dios, y deja de interrumpir ó turbar tan dulces intimidades. *Gustate et videte.* «¡Gustad y ved cuán dulce es el Señor!»



Las conmovedoras alegrías de José y de María en la intimidad de Jesús ¿disiparán la ilusión de los incrédulos, que sólo ven frialdad y fastidio en los ejercicios piadosos y en la práctica de la religión? En ninguna parte, por el contrario, encuentra el corazón un alimento más real y más sólido.

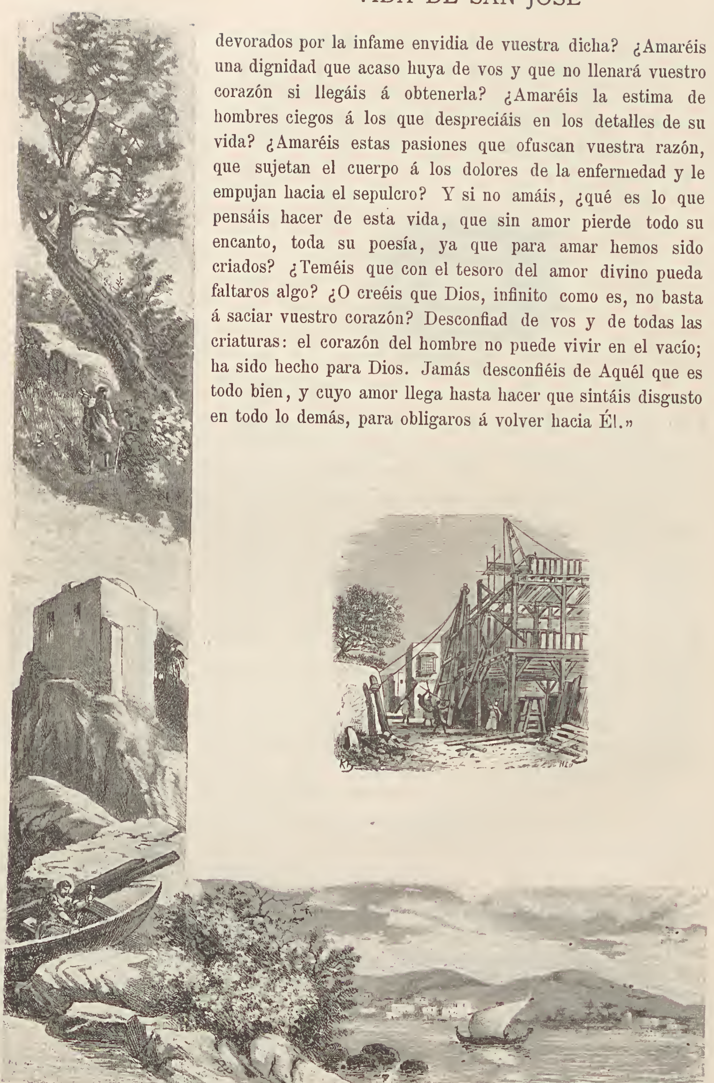


«Sabéis por una sensible experiencia, escribía Fenelon á un hombre de mundo, lo que es languidez por no tener en sí una vida y un alimento de amor; uno se siente como sin alma, desde que no se tiene en su interior este no sé qué que nos alienta y nos renueva sin cesar. Todo lo que los insensatos amantes del mundo dicen en la fiebre de sus locas pasiones es verdadero en sentido literal. Ellos nos dicen que vivir es amar; que vida sin amor es muerte. Todas las más locas pasiones que transportan á los hombres no son más que el verdadero amor apartado de su centro. Dios nos ha hecho para vivir de Él y de su amor. Hemos nacido para abrasarnos y alimentarnos á la vez con este amor, como una antorcha se consume ante aquel á quien alumbra. Hé aquí esta bienaventurada llama de vida que Dios ha encendido en el fondo de nuestro corazón. Sí: no vivir así es morir. Es preciso, pues, amar.

«¿Pero amaréis á aquel que no os ama sinceramente, lo que no es amable, lo que es fugaz y lo que se desvanece cual sombra? ¿Qué amaréis en el mundo? ¿Amaréis á hombres



devorados por la infame envidia de vuestra dicha? ¿Amaréis una dignidad que acaso huya de vos y que no llenará vuestro corazón si llegáis á obtenerla? ¿Amaréis la estima de hombres ciegos á los que despreciáis en los detalles de su vida? ¿Amaréis estas pasiones que ofuscan vuestra razón, que sujetan el cuerpo á los dolores de la enfermedad y le empujan hacia el sepulcro? Y si no amáis, ¿qué es lo que pensáis hacer de esta vida, que sin amor pierde todo su encanto, toda su poesía, ya que para amar hemos sido criados? ¿Teméis que con el tesoro del amor divino pueda faltaros algo? ¿O creéis que Dios, infinito como es, no basta á saciar vuestro corazón? Desconfiad de vos y de todas las criaturas: el corazón del hombre no puede vivir en el vacío; ha sido hecho para Dios. Jamás desconfiéis de Aquél que es todo bien, y cuyo amor llega hasta hacer que sintáis disgusto en todo lo demás, para obligaros á volver hacia Él.»





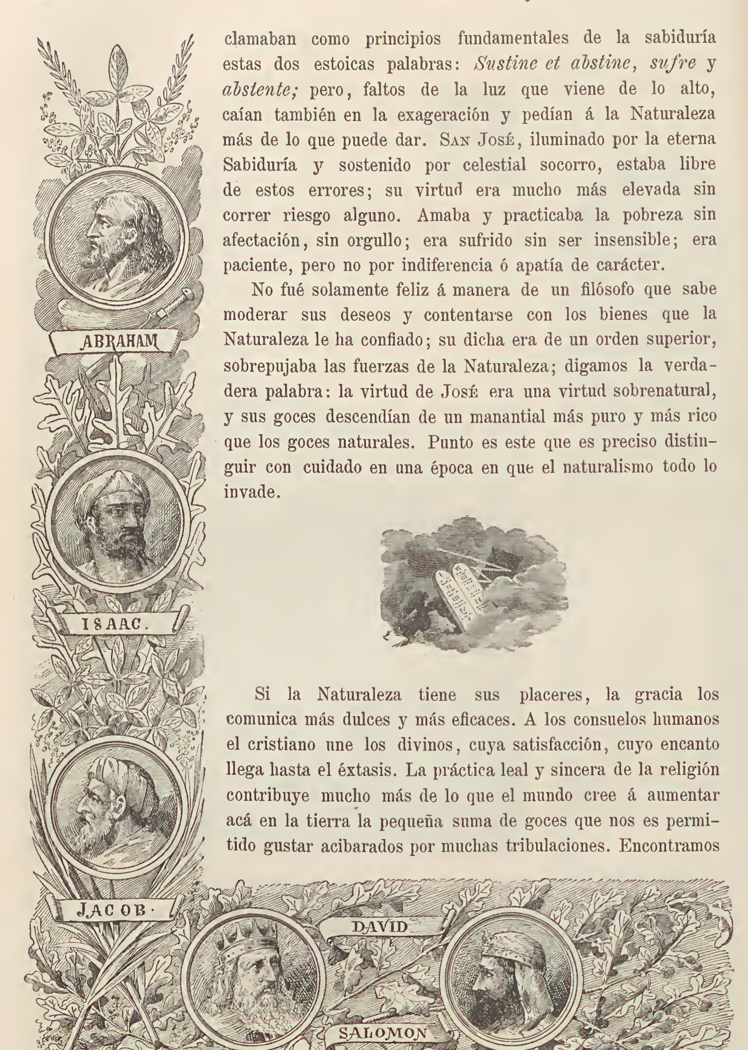
Capitulo XVI



XVI

VIDA HUMILDE Y POBRE DE SAN JOSÉ

Los antiguos filósofos, que no habían conocido el Evangelio, comprendieron no obstante, que es preciso estar libre de todo terrenal deseo y ser dueño de sus pasiones para gozar la paz del corazón. Algunos desdeñaban las riquezas y llegaban hasta á despreciarlas; pero allí en el fondo no había más que orgullo que se ocultaba con la máscara de una virtud aparente. Otros pro-



clamaban como principios fundamentales de la sabiduría estas dos estoicas palabras: *Sustine et abstine*, *sufre* y *abstente;* pero, faltos de la luz que viene de lo alto, caían también en la exageración y pedían á la Naturaleza más de lo que puede dar. San José, iluminado por la eterna Sabiduría y sostenido por celestial socorro, estaba libre de estos errores; su virtud era mucho más elevada sin correr riesgo alguno. Amaba y practicaba la pobreza sin afectación, sin orgullo; era sufrido sin ser insensible; era paciente, pero no por indiferencia ó apatía de carácter.

No fué solamente feliz á manera de un filósofo que sabe moderar sus deseos y contentarse con los bienes que la Naturaleza le ha confiado; su dicha era de un orden superior, sobrepujaba las fuerzas de la Naturaleza; digamos la verdadera palabra: la virtud de José era una virtud sobrenatural, y sus goces descendían de un manantial más puro y más rico que los goces naturales. Punto es este que es preciso distinguir con cuidado en una época en que el naturalismo todo lo invade.

Si la Naturaleza tiene sus placeres, la gracia los comunica más dulces y más eficaces. A los consuelos humanos el cristiano une los divinos, cuya satisfacción, cuyo encanto llega hasta el éxtasis. La práctica leal y sincera de la religión contribuye mucho más de lo que el mundo cree á aumentar acá en la tierra la pequeña suma de goces que nos es permitido gustar acibarados por muchas tribulaciones. Encontramos

almas muy santas afligidas por muy crueles pruebas, y sin embargo, disfrutan de una gran paz interior. Esta tranquilidad íntima Dios quiere que la conquistemos con largos combates; la da más á menudo como una recompensa que como un privilegio.



Tenemos un gran ejemplo en San José. ¿Qué contratiempos no sufrió antes de gozar de este dulce reposo? ¿No le hemos visto reducido á refugiarse en un establo en Bethleem, huir á Egipto, procurarse allí la existencia con el más rudo trabajo, luego volver á su país sin fortuna y sin posición, obligado siempre á vivir pobre y penosamente, y por último, separado de Jesús durante tres días, y tan profundamente afligido que jamás su corazón había experimentado angustias semejantes? Hé aquí las pruebas por las que Dios le hizo pasar antes de concederle la paz de que gozó en su vida retirada.



Si la fortuna y la posición social son temibles peligros, la extrema pobreza no está exenta de sufrimiento; así es que los poetas de la voluptuosidad indolente por regla general

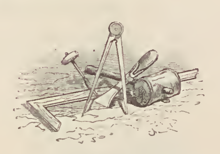


entonan sus himnos á la honesta medianía. ¿Gozaba José de esta desahogada medianía, en la que de nada se carece, estando libres al mismo tiempo de cuidados? Seguramente que no: era pobre, verdaderamente pobre. La tradición no vacila respecto á este punto.



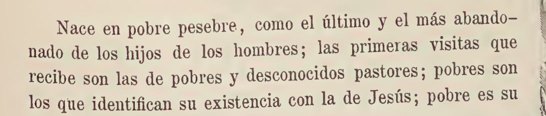
Oigamos al doctor seráfico: «Mirad á esta familia bendecida entre todas las demás, tan admirable por su pobreza y por la humildad de su condición; José ganaba lo que podía en su oficio de carpintero; la Virgen no se daba momento de descanso en la labor propia de su sexo; ella preparaba la comida de su esposo y de su hijo; ella atendía por sí misma á todos los quehaceres domésticos. El mismo Jesús ayuda á su madre á poner la modesta mesa donde tienen que comer un pedazo de pan duro que amasan con sus sudores, á preparar los pobres lechos donde tienen que dormir. Contempladles á los tres sentados en modestísima mesa, comiendo, no manjares delicados, no platos exquisitos, sino únicamente lo necesario á sostener el cuerpo. Transportaos con el pensamiento á aquellas estrechas celdas, pues cada uno tiene la suya, ¿qué diréis de sus muebles, de sus vestidos, de todo lo indispensable en un hogar? ¿Poseían por ventura algo en abundancia? ¿Había allí algo de supérfluo? No, todo esto es contrario á la pobreza, y á poder la Virgen tener objetos de lujo no los hubiera querido por amor á esta virtud tan preciosa, pero tan mal apreciada. ¡Y vos, oh Jesús, Rey de reyes, Dios eterno, que aliviáis la pobreza universal, que todo lo dais á todos con tan magnífica profusión, según la

condición de cada cual, os habíais reservado tan cruel pobreza, tan gran desnudez y tales privaciones en vuestra oculta existencia, como no las tiene mayores el último de los indigentes! ¿Se parecen en algo á la Sagrada Familia los que nunca se sienten satisfechos, buscan la ociosidad, van en pos del lujo y del fausto? Cuando tengamos el alimento y el vestido, dice san Pablo, démonos por satisfechos.»



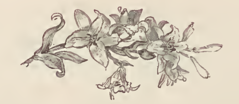
El Hijo de Dios, escribe san Bernardo, amaba tanto la pobreza, que, no pudiendo encontrarla en el cielo, vino á buscarla á la tierra.

Hé aquí por qué Jesús en todas las circunstancias de su vida mortal dió testimonio de un amor todo particular hacia la pobreza.



Nace en pobre pesebre, como el último y el más abandonado de los hijos de los hombres; las primeras visitas que recibe son las de pobres y desconocidos pastores; pobres son los que identifican su existencia con la de Jesús; pobre es su

madre, pobres sus apóstoles. Viste como los pobres, se nutre con el pan negro de la pobreza, y hasta en un día de triunfo para él los que le reciben con palmas y ramos de olivo son los hijos de los pobres, y en vez de aparecer sentado sobre soberbia carroza, entra en Jerusalén montado en humilde cabalgadura; y el que nació sobre frías y húmedas pajas muere sin tener una piedra donde reclinar su cabeza; y para no tener nada suyo, hasta la tumba donde fué enterrado su cuerpo fué una tumba prestada. En el sermón de las Bienaventuranzas, en aquel discurso de la montaña en que sorprendió al mundo con su celestial saber, la primera frase que salió de sus labios fué: «Bienaventurados los pobres.»



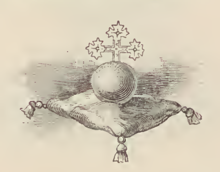
Y acariciando tanto como acariciaba el Hijo de Dios la pobreza, claro es que José había de sentir un amor todo particular hacia esta virtud.



Una sola palabra del Evangelio llevó á san Francisco de Asís á desentenderse de todo lo del mundo y fundar aquella raza de hombres que habían de profesar y practicar en toda



su perfección la pobreza evangélica, que el Hijo de Dios había tan frecuentemente recomendado con sus ejemplos y sus enseñanzas. Y si una palabra de Jesucristo escrita en el Evangelio ha podido producir tantos prodigios de pobreza durante el curso de la historia cristiana, ¿qué no había de suceder con José, que la recomendación de la pobreza no la leyó en el Evangelio, sino que la hubo de oir cien y cien veces en sus sublimes intimidades con Jesús, admirando los heróicos actos de aquel que, siendo Hijo de Dios, apareció en la tierra como el último de los hombres?



Representémonos á José en su vida de pobreza en Nazareth. Un humilde carpintero sin más patrimonio que su trabajo, sin otros bienes que su tienda, que tiene que dar con una mano lo que recibe con la otra. Añádase á esto que se ve en la situación de dejar á veces su trabajo para atemperarse á las órdenes divinas, como le sucedió al tener que marchar á Egipto.



Téngase en cuenta, además, como dice la venerable Margarita María, «que la nobleza de corazón de San José, su fe, su liberalidad, fueron tan grandes que nunca pudo haber en él ni el más pequeño asomo de avaricia, ni siquiera





la menor solicitud por las eventualidades del porvenir. Dedicábase al trabajo, pero sin empeñarse en exigir el precio de sus sudores, de suerte que podría decirse que las obras que realizaba el humilde artesano de Nazareth, más bien que otra cosa, eran un servicio prestado á sus semejantes, cuyo pago él recibía agradecido como una recompensa, ó tal vez mejor como una limosna, nunca como un jornal.»

Éste era José, pobre de espíritu y de corazón, aceptando las incomodidades de la pobreza sin que sus labios pronunciasen nunca la menor palabra de murmuración.

La pobreza nos hace semejantes á Jesucristo. El Hijo de Dios, dice san Buenaventura, es á manera de un gigante que abre la marcha en el gran camino de la vida: los que van cargados con los bienes de este mundo, ó no pueden seguirle ó tienen que seguirle muy de lejos.

La pobreza en apariencia es penosa; pero en la realidad, escribe san Gregorio, nada nos produce tanta tranquilidad de espíritu como el vernos libres de esos afanes, esos cuidados, esa solicitud de que no puede desprenderse aquel que, amando las riquezas, ó anhela las que no tiene ó teme perder las que tiene. La codicia crece en el alma, la tortura; pero, por muchas que sean sus satisfacciones, ellas no llenarán nunca el corazón humano. Dios, que lo crió para sí, lo hizo demasiado grande para que pudiesen llenarlo todos los tesoros del mundo.



Corriendo tras los bienes de acá abajo el hombre sentirá crecer su ambición; pero no logrará saciarla nunca; sino que el único resultado real y positivo será perder el gusto y la estima por los verdaderos bienes del alma y del corazón. La dicha del espíritu no consiste en amontonar deseos y más deseos, sino en unificarlos.



Hay unas riquezas que pueden llenar el corazón; son las únicas: el amor divino; mas para que Dios derrame este

tesoro celestial en el corazón de sus elegidos es menester que lo encuentre vacío de afecciones terrenas.



Nuestra felicidad no consiste en la posesión de muchas cosas. Aquel es feliz, dice san Agustín, que tiene todo lo que desea y no desea más que lo que tiene. Dedúcese de aquí que los pobres de espíritu aventajan á los ricos del siglo, puesto que tienen todo lo que desean y no desean sino lo que tienen, mirando todo lo demás como supérfluo é inútil; mientras que los ricos del mundo nunca se sienten saciados y lo que les falta les produce más pesar que placer pueda darles aquello que poseen. Su vida es una fiebre continuada, producida por una sed insaciable, por un anhelo de cosas que no llegarán á poseer jamás.



Añádase á esto que el espíritu de pobreza es uno de los grandes elementos de progreso en la vida cristiana. Así como la avaricia se encuentra en el fondo de tantos vicios, el espíritu de pobreza contiene la raíz de excelentes virtudes.



El espíritu de pobreza es el baluarte de la humildad, el escudo de la castidad, el aliento de la abstinencia y el estímulo para la templanza. Desprendido el pobre de espíritu, como dice san Francisco, de todo aquello que puede retenerle en medio del mundo, se levanta por una impulsión natural y espontánea hacia lo celestial y lo divino y tiende á unirse á Dios.



Jesús, que venía á predicar contra la ambición, la avaricia y la voluptuosidad, había inspirado á San José el desprecio de las riquezas y el amor á la pobreza, practicada con aquella verdadera humildad que debe acompañar todas las virtudes. El feliz patriarca no sufría su condición como una necesidad, antes bien complacíase en ella, la amaba y gustaba sus ventajas espirituales, que prefería infinitamente á las satisfacciones terrenas.

Y no obstante, ¿carecía de pretextos para desear el bienestar y hasta algo de gloria humana? Si él se consideraba indigno de una condición más elevada á los ojos de los hombres, ¿no merecían Jesús y María ser bien tratados, conocidos y considerados? ¿No le era permitido y al mismo tiempo loable desear para ellos una vida menos dura y un legítimo respeto por parte de Israel?





Digamos más: á haber poseído riquezas, ¿por ventura no hubiera hecho buen uso de ellas? Habría aliviado á muchos desgraciados y enseñado á los ricos cómo debe hacerse la limosna. Un poco de ambición hubiera sugerido á San José todas estas razones, como nos las sugiere á nosotros: si, pues, no pensó en ello, fué porque abrigaba en su corazón sentimientos de humildad que no abrigamos en el nuestro.

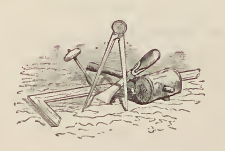
A haber tenido José escondida en su alma alguna vanidad, ¿no poseía un medio bien sencillo de atraerse la consideración pública? Israel esperaba al Mesías; aguardábase la aparición de la virgen que debía darle á luz; el culto público como el privado se alimentaban de este deseo. «¡Oh cielos! derramad desde arriba vuestro rocío y lluevan las nubes al Justo: ábrase la tierra y brote el Salvador!» Este Salvador estaba en casa de José: la virgen tan anunciada era la casta esposa del carpintero de Nazareth. Sólo tenía que revelar los misterios de que era confidente y testigo para atraerse la general atención. ¿Quién de nosotros hubiese tenido la humildad de guardar tan lisonjeros secretos? ¿Llevamos nuestra discreción hasta callar con tanto cuidado aquello que nos honra? ¡Oh, cuán hábiles somos, por el contrario, en dar proporciones aun á nuestras más pequeñas ventajas ó cualidades! ¡Y cuánta astucia empleamos para dejar adivinar lo que la modestia no nos permite decir! San José guarda

inviolablemente el secreto divino; Dios lo quiere así; esto le basta, y él se siente contento.

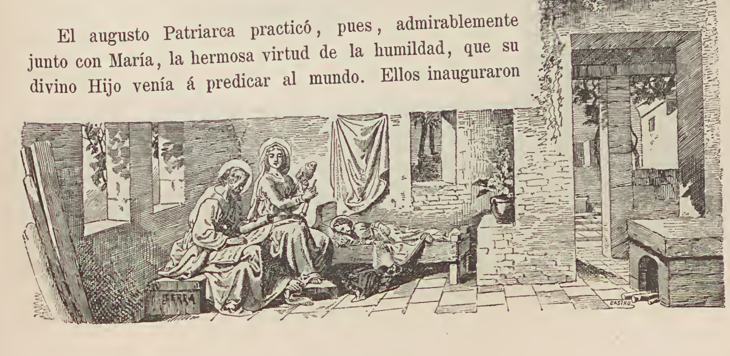


«¡Misterio admirable! exclama Bossuet; José tiene en su casa el medio de llamar la atención de toda la tierra, y nadie le conoce; habita en el hogar de José el Dios Hombre y el santo carpintero no dice una palabra; es testigo de tan gran misterio y goza de él secretamente, sin divulgarlo. Nadie podía dar testimonio de los misterios de Jesucristo como el depositario de ellos, que sabía el milagro de su nacimiento; á José el ángel le había instruído respecto á su dignidad y al motivo de su embajada. ¿Qué padre no hablaría de un hijo tan extraordinario?»

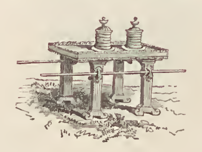
El secreto fué tan bien guardado, que treinta años después del nacimiento de Jesús, se decía públicamente en su mismo pueblo:—¿No es este el hijo del carpintero?



El augusto Patriarca practicó, pues, admirablemente junto con María, la hermosa virtud de la humildad, que su divino Hijo venía á predicar al mundo. Ellos inauguraron



esta vida retirada tan contraria al orgullo humano, pero tan conforme con el espíritu del Evangelio. Desde entonces los verdaderos hijos de Dios preferirán los secretos tesoros de su amor á la gloria efímera de los hombres; muchas almas elegidas buscarán en esta vida interior las verdaderas fuentes de la felicidad, desdeñarán las grandezas del mundo, la comodidad de las riquezas, la embriaguez de los placeres mundanos para encerrarse en la soledad, entregadas á las privaciones y á la penitencia, pero seguras de encontrar allí á Jesús, que Él solo vale más que mil mundos.



De entre todas las virtudes morales ninguna más necesaria al creyente que la humildad.

San Agustín dice: «Es menester que la humildad preceda, acompañe y siga á todo cuanto hagamos de bueno, porque desde el instante en que se mezcle el orgullo, el fruto de la virtud se ha caído ya de nuestras manos. De poco ha de servir el que una acción sea loable, buena y santa en sí misma. Muy al contrario; si allí entra el orgullo, entonces este veneno que mata el alma es mucho más temible. Otros vicios se alimentan de malas acciones; el orgullo se alimenta de las buenas. ¡Cuántas virtudes muy recomendables, cuántos actos heróicos quedan esterilizados por haber llegado hasta allí el soplo del orgullo! Prevenirnos contra otros vicios es fácil, si nosotros queremos, porque tienen por compañeros pecados, y hasta á veces pecados muy repugnantes. Pero el orgullo busca la compañía de las buenas acciones. Un cris-

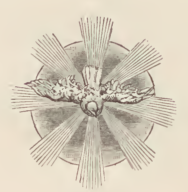
tiano realiza de una manera feliz su navegación por el océano del mundo, no piensa en otra cosa que en llegar al puerto, que es el cielo; pero sobreviene de repente un viento de orgullo, un deseo de agradar á los hombres, una vana complacencia en sí mismo, y acaba al fin por estrellarse antes de llegar al término de su navegación.» San Gregorio y san Bernardo dicen que hacer gran provisión de virtudes, pero sin colocar entre ellas la humildad, es amontonar polvo para que se lo lleve el viento.



Pues bien: esta virtud de la humildad brilla en José de modo que llega á deslumbrar aún á los más santos. Abrahan declarando que no es más que polvo y ceniza; Saul resistiéndose á que le consagren rey á él, el hijo de Gémini, el más pequeño de la última familia de la última de las tribus; David creyéndose el oprobio de la naturaleza humana, un gusano de la tierra, no llegaron nunca á las sublimidades de la humildad de José, cuya vida fué un tejido continuo de humillaciones voluntarias, tanto más gloriosas para él, cuanto más alta era la dignidad á que el cielo le había elevado.



Prescindiendo de generalidades y ateniéndonos á los hechos ¿qué es lo que hemos visto en el decurso de nuestra historia?



Un día el cielo se abre sobre la ignorada aldea de Nazareth, y un mensajero celestial, un ángel entra en el modesto hogar habitado por José y su esposa. El ángel se postra ante María, la saluda respetuosamente y la anuncia que ha sido escogida para madre del Hijo del Altísimo. Cuando se consuma este misterio los mismos espíritus celestiales sienten los arrobamientos del éxtasis más sublime. ¿Y José qué hace? ¿En dónde está? A pocos pasos del lugar en donde se realiza el prodigio. ¿Ha visto al embajador del Rey de cielos y tierra? ¿Conoce el motivo de la embajada? No. ¡Y qué! ¿no está interesado, no tiene derecho como cabeza de familia, de enterarse de lo que sucede en su casa? Sí. Y no obstante, ahí le tenéis, como un extranjero, sin entrar para nada en los secretos del misterio que allí se ha realizado. Hé aquí cómo obra Dios con un santo á quien tiene reservados los más altos destinos.



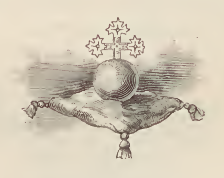
Continuemos ocupándonos de estos prodigios de humildad.

El ángel cesó de hablar. María ha pronunciado el *Fiat* Salvador; el Verbo se ha hecho carne. Desde aquel solemne momento la pobre morada del carpintero de Nazareth queda convertida en un paraíso donde millones de ángeles se postran ante un Dios anonadado. María lo sabe todo; puede unir sus adoraciones á las de los espíritus celestiales; sólo José, el jefe de la familia, desconoce las glorias de que disfruta aquel hogar. Hubiera con ardiente entusiasmo contribuído á aquellos himnos de adoración entonados por los ángeles, él que como buen israelita suspiraba ardientemente por el advenimiento del Mesías. Y sin embargo, allí le tenéis, ignorando tan grandiosos misterios. ¿Hará María que su querido esposo José pueda participar de tales satisfacciones? Pasan días y días, y de boca de la Virgen no sale una palabra, ni siquiera la menor indicación que inicie á José en los prodigios que allí se han realizado.



¿Qué más? Si los Evangelistas, inspirados por Dios no hubiesen transmitido á la posteridad el nombre del gran Patriarca, hubiéramos podido creer que no entraba él sino como una sombra sin vida en los sublimes misterios, que eran como el prólogo de la redención del linaje humano. ¿Puede desearse una vocación más grande á la humildad?

Pero Dios hace que estén en proporción las pruebas que envía con los grados de fortaleza que posee un alma para soportarlas; Dios sabe que la humildad de José es bastante profunda para aceptar este olvido, casi podríamos decir este desdén á que parece sometido. Es verdad que José entonces no sospechaba nada; pero más adelante tendrá noticia de los resplandores de gloria que alumbraron la casa de Nazareth, y no asomará por su mente ni siquiera el menor pensamiento que pueda empañar la serenidad de su espíritu, ni la más leve acritud que pueda turbar la inalterable paz de su corazón. Estará perfectamente convencido de que lo que con él se ha hecho es lo que convenía á los designios providenciales y nada más. Así José sale de aquellas pruebas con mayores resplandores, y nos hace admirar todo lo sublime de aquella humildad que constituía el fondo de su espíritu.

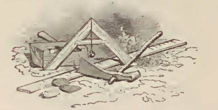


Sigamos á grandes rasgos la vida admirable de José, y en toda ella, en su conjunto como en sus detalles, veremos siempre brillar la humildad. El edicto del emperador Augusto le conduce á Belén. Sabemos ya de qué manera se le acogió en la ciudad de los antiguos reyes. Pero quizás no habremos observado lo bastante la manera cómo en aquella circunstancia brilla la humildad heróica de José. Se le cierran todas las puertas, y su boca no se abre para pronunciar una palabra de queja, ni siquiera la menor murmuración. Diríase que se siente dichoso con poder participar de los anonadamientos del

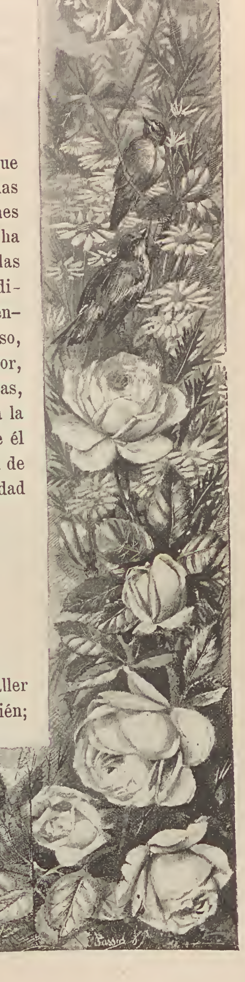
Verbo encarnado. Se puede decir de él lo que más adelante los evangelistas habían de decir de Jesucristo lleno de oprobios: *Y José callaba.*



Pero la humildad de José no fué la falsa humildad de que habla santa Teresa, que consiste en desconocer las gracias que Dios nos prodiga. José aprecia debidamente los dones de Dios; no ignora á qué alturas de gloria y de honor ha sido elevado. Sabe que el Señor le distingue entre todas las criaturas, que hace caer sobre él abundante lluvia de bendiciones, y le eleva á cargos los más delicados y más eminentes. José sabe que su nobleza es la más ilustre del universo, que es el esposo virgen de la Virgen Madre del Salvador, que puede estrechar contra su corazón al mismo Mesías, y que los ángeles en persona se dirigen á él para atender á la seguridad de Jesús. Pero distingue perfectamente lo que él tiene de suyo propio y lo que ha recibido de la liberalidad de Dios. Hé aquí por qué se encuentra en José tanta humildad unida á tanta grandeza.



En presencia de un Dios anonadado, oculto en un taller de Nazareth, José cree que su deber es anodadarse también;



la gloria conque Dios le rodea, él la ocultará con cuidado, será un secreto que bajará con él á la tumba. Más grande de lo que pudo serlo el José de la antigua ley, que vió en sueños al sol, la luna y once estrellas prosternadas á sus piés, el casto esposo de María ve á Jesús, el sol de justicia, que le está sumiso, ve á María y á los ángeles honrando su morada, pero es bastante humilde para proclamar que él de sí no es nada, que lo que es y lo que vale lo debe todo á la bondad de Dios.



«La justicia cristiana, dice Bossuet, es un asunto particular entre Dios y el hombre, un misterio entre el cielo y la tierra, que el querer revelarlo sería una profanación, y que, no obstante, el mundo tiene muchas veces que reconocer lo que vale y lo que puede esta justicia. Y porque ella es un secreto entre Dios y el hombre, en secreto nos manda Jesucristo que oremos, en secreto quiere que practiquemos la caridad; es decir, ordena que cuando se trate de las grandes virtudes cristianas cerremos la puerta á todo aquel que no sea Dios mismo.»



La vida cristiana debe ser una vida oculta; el cristiano verdadero nada debe desear tanto como permanecer cubierto bajo las alas de Dios, único testigo de cuanto hagamos de verdaderamente grande en el orden espiritual.

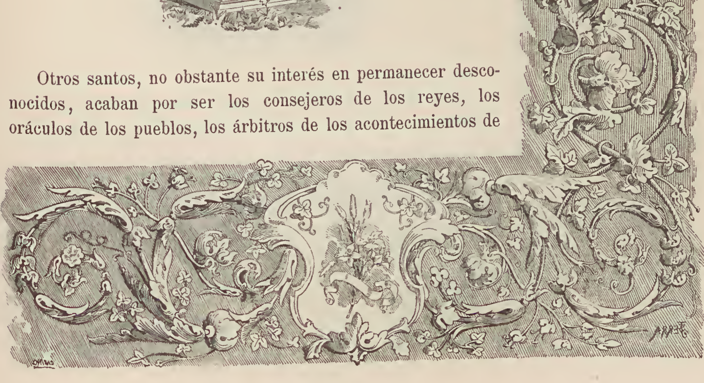
Ningún santo como José supo apartar de las miradas de los hombres todo cuanto pudiese contribuir al engrandecimiento de su persona ó al brillo de sus virtudes.



El Evangelio apenas hace mención de él; los evangelistas no hablan de José sino en aquello en que está relacionado con su existencia y la existencia de María. No conocemos por el texto sagrado ni una sola de las palabras que salieron de su boca, y á no levantar una parte del velo que cubre el misterio de su vida algunas revelaciones particulares, careceríamos acerca de ella del menor detalle hasta realizarse su unión con la Virgen. Aun ignoramos la época precisa de su nacimiento, como también la de su muerte.



Otros santos, no obstante su interés en permanecer desconocidos, acaban por ser los consejeros de los reyes, los oráculos de los pueblos, los árbitros de los acontecimientos de



toda una época. A medida que huían de la gloria ésta se empeñaba en correr en pos de ellos, yendo aún á buscar á los anacoretas en el fondo de las más espantosas soledades. El perfume de las virtudes de san Antonio, de san Benito, de san Bernardo salvaba las mayores distancias, llegaba hasta los palacios de los príncipes, y reyes y emperadores y pueblos corrían á poblar aquellas ásperas soledades.

Nada de esto sucedió con José. El cielo y la tierra se ponen de acuerdo para secundar su humildad; Dios le hace muy grande, pero esta grandeza la oculta entre tinieblas.



El heroismo de las virtudes de José pasa desapercibido hasta para aquellos que están en contacto con él: admiran en José un obrero honrado, de conducta intachable, fiel en la observancia de todos sus deberes religiosos y sociales; pero no perciben en José nada que les obligue á exclamar: —¡Hé aquí un hombre extraordinario!



¡Qué bella, qué sublime es esta vida oculta de José tan semejante á aquella inefable vida de Dios antes de la



creación del mundo envuelto en el silencio de los siglos infinitos, conocido únicamente de sí mismo!



Las gentes de mundo, no comprendiéndolo, se espantan de esta vida retirada; y sin embargo, ella es la más feliz. «Acostumbrados al tumulto y á las empresas fastuosas, dice Bossuet, no saben lo qué es una acción sencilla é interior; creen que no obran si no se mueven, y que no se mueven si no hacen ruido, de modo que consideran el retiro y la oscuridad como una extinción de la vida. La reputación les parece una segunda existencia: estiman en mucho el sobrevivir en la memoria de los hombres, y poco falta para no creer que saldrán secretamente de su tumba para oir lo que se dirá de ellos; tan persuadidos están que vivir es agitarse y remover las cosas humanas, pues que en la agitación, en el ruido hacen consistir la vida. Hé aquí la eternidad que el mundo nos promete... ¡Vana y frágil inmortalidad por cierto!»



La vida retirada de San José con Jesús y María, es la condenación de estas teorías del orgullo. Ellos vivieron en el silencio y en la oscuridad; y su vida fué más llena, más real, más feliz que la de los más ilustres conquistadores. Más adelante esta vida empezada en la tierra se continúa en la eternidad más perfecta, más bella, más gloriosa que la de los conquistadores que cifraron su gloria en la destrucción. El género humano confesará, alumbrado por la luz de Dios, que los santos son los únicos sabios, los únicos héroes, los únicos grandes hombres.



Capitulo

XVII



XVII

SAN JOSÉ CONSIDERADO COMO TRABAJADOR

No cabe duda que Dios no eligió sin designio especial á un pobre artesano para hacer los oficios de padre al Redentor del mundo. Según consigna la tradición, José perseveró en el trabajo durante los veinte años que vivió

después de su vuelta de Egipto. ¡Precioso trabajo el de Jesús, que llenaba las tareas de aprendiz de José, á quien ayudaba más á medida que crecía en edad!

¡Qué hermoso es ver á este varón venerable teniendo á Jesús bajo su dirección, trabajando en su modesto taller! No se dedican á tareas delicadas y lucidas como las quiere el orgullo humano. «¿Dónde están los que se quejan, los que murmuran, dice Bossuet, cuando sus empleos no responden á su capacidad, mejor dicho, á su orgullo? Atiendan á lo que sucede en la casa de José y de María. Allí todos trabajan incluso el Dios de cielo y tierra. ¡Orgullo del hombre, confúndete ante tal espectáculo! Jesús, hijo de un carpintero, carpintero él mismo, conocido como tal hasta llegar á los treinta años, ¡esta fué su condición, su categoría delante de los hombres! Recordábanse en la naciente Iglesia los arados que había fabricado, conforme se consigna en los más antiguos autores. Consuélense, regocíjense los que ejercen un oficio mecánico. Jesucristo perteneció á su clase. Aprendan á alabar á Dios trabajando... El Señor bendecirá su trabajo, serán por este nuevo motivo imagen y semejanza del Hijo de Dios.»

No por capricho sometió Dios á Jesús y á José á una vida tan laboriosa. ¿Cuáles fueron, pues, los designios providenciales? ¿A qué someterles á las tareas de un continuo y rudo trabajo? La sola razón de la humildad no sería explicación suficiente; es preciso añadir otro motivo que la fe nos da á conocer.



¿El hombre no fué, después de su caída, condenado al trabajo? ¿No es esta la condición inherente á nuestra naturaleza decaída? Abramos la Sagrada Escritura, y leeremos en ella la terrible sentencia pronunciada contra Adán y su descendencia: «Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas á confundirte con la tierra de que fuiste formado.»



Tal es el irrevocable fallo del ofendido Creador. La Iglesia lo ha entendido siempre así. El Apóstol de las gentes





llega hasta á decir á los de Tesalónica: «Si alguno no quiere trabajar que no coma.»

El trabajo es una expiación, una penitencia impuesta al hombre prevaricador. Una penitencia nunca es agradable; y el que la sufre procura librarse de ella ó cuando menos suavizarla; por esto el trabajo, á pesar de las preciosas é incontestables ventajas de que vamos á hablar, sólo es acepto al hombre á título de necesidad; hablo del trabajo penoso, pues que respecto al que nos divierte y halaga nuestros gustos, puede llegar á ser un deleite y hasta una pasión.

Dios nos impone el primero como una expiación, y si la ingeniosa bondad divina ha hecho del mismo un medio de moralización y de prosperidad temporal, su justicia ha querido conservarle el carácter de una satisfacción que nos contraría, carácter que tenemos que reconocerle aún á pesar nuestro.

Dada esta repugnancia natural en el hombre á las penalidades y humillaciones del trabajo, ¿podía condenarla más enérgicamente y dar á nuestra cobardía una lección más brillante que presentándonos el sublime espectáculo de José y de Jesús trabajando como simples obreros?



Llevad á este santuario del trabajo á los obreros que murmuran de su condición; si tienen fe y honor se avergonzarán de sus quejas y se retirarán fortalecidos.

Llevad á él á los ricos indolentes, afeminados, dados á la molicie; ponedles delante la figura de José agobiado por largas fatigas, la divina figura de Jesús descendido del cielo para ser nuestro ejemplar: si no han perdido todo sentimiento se llenarán de confusión y se retirarán golpeándose el pecho. «Nosotros, se dirán interiormente, nosotros, miserables pecadores, que tanta necesidad tenemos de penitencia, debemos sufrir estos duros trabajos y con placer alimentar al Hijo de Dios ofreciéndole el fruto de nuestros sudores, que Él se dignó ennoblecer y santificar, llevando una vida laboriosa como la nuestra.»



Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui

Este espectáculo es más eficaz en los corazones rectos que todas las afrentas arrojadas á la frente de los perezosos. ¡Los perezosos! El libro divino habla de ellos en los siguientes términos:

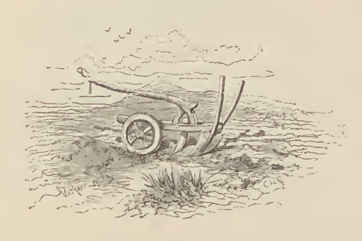
« Como la puerta se vuelve sobre su quicio, así el pere-



Vista general de Nazareth

zoso se revuelve en su cama. ¿Hasta cuándo has de dormir tú, oh perezoso? ¿Cuándo despertarás de tu sueño? Tú dormirás un poquito, otro poquito dormitarás, otro cruzarás tus manos para dormir. Y hé aquí que vendrá sobre tí

la indigencia como un salteador de caminos. Anda, oh perezoso, ve á la hormiga y considera su obrar, y aprende á ser sabio. Ella sin tener guía, ni maestro, ni caudillo, se provee de alimento durante el verano y recoge su comida al tiempo de la siega. Mete el perezoso su mano debajo del sobaco sin querer tomarse el trabajo de llevarla hasta la boca. No quiso el perezoso arar por miedo del frío; mendigará, pues, en el verano y no le darán nada. Pasé un día por el campo de un perezoso y por la viña de un tonto, y ví que todo estaba lleno de ortigas, la superficie cubierta de espinas y arruinada la cerca de piedras. Duerme poco, porque te alcanzará de repente como una posta la indigencia.» El libro de la Sabiduría está lleno de semejantes máximas.



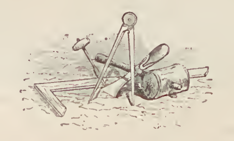
Dícese con razón que la ociosidad es madre de todos los vicios. Decir esto es hacer el elogio del trabajo y proclamar su necesidad aun independientemente del precepto divino. La experiencia está de acuerdo con este oráculo de la antigua sabiduría. Ved si un hombre trabajador, constantemente ocupado y amando sus ocupaciones se hace notar jamás por sus vicios. A aquél que trabaja, sea que pertenezca al rango más elevado ó que forme parte de la clase obrera ó se dedique á las tareas del campo, le encontra-



réis siempre más moral, más serio, más razonable, más sabio, en fin, que aquellos que siendo de su misma condición viven en la vagancia. Pocas excepciones hallaréis en esta ley general de la naturaleza.



Los fundadores de las órdenes religiosas, que tan profundamente conocían las debilidades humanas, jamás dejaron de imponer á sus discípulos la regla del trabajo, hasta en los desiertos, de donde parece que habían de considerar como alejada la tentación. Leemos en sus vidas que á veces para impedir que sus monjes estuviesen desocupados, encargaban á algunos de ellos que deshiciesen el trabajo de los demás al acabar el día, para que á la mañana siguiente lo principiaran otra vez. Y cuando se les objetaba la pretendida inutilidad de semejante tarea, respondían:—¿Creéis que es poco el haber evitado la ociosidad?



El trabajo es de tal modo una necesidad de nuestra naturaleza, que ni nuestro espíritu ni nuestro cuerpo pueden desarrollarse con algún vigor sin un ejercicio más ó menos penoso. ¿Qué puede, adónde llega el espíritu que no ha sido



cultivado, que no se fatigó jamás con la lectura y la reflexión? ¿De qué son capaces miembros que nunca están en ejercicio, frentes que no baña el sudor? ¿Qué valen estos hombres que no luchan jamás contra los obstáculos de la vida? El joven educado de esta manera acaba por convertirse en un sér inútil, cuando no nocivo.



¿Qué vemos junto á nosotros de bello y de grande que se haya hecho sin el trabajo? Nada. La misma tierra sin cultivo no produce otra cosa que espinas y malos frutos. En todas partes encontramos la prueba de la terrible maldición del Señor contra la holganza. «Por vuestra desobediencia, dijo á Adán, nuestro primer padre, maldita sea la tierra; por tu causa, con grandes fatigas sacarás de ella el alimento; te producirá espinas y abrojos, y comerás de los frutos que den las hierbas ó plantas de la tierra. Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan.»





El alimento no lo es todo para nosotros; tenemos otras necesidades. Esta misma tierra nos ofrece en su superficie y en su interior recursos de toda clase para satisfacerlas; plantas, árboles, piedras, metales, minerales innumerables. ¿Pero de qué nos servirán sin el trabajo, y aun podemos añadir sin un trabajo el más grosero y más rudo? Prescindid del trabajo del cultivador y del obrero, y todo sufre, todo languidece, sólo es posible el estado salvaje con su cortejo de miserias y degradaciones. El trabajo es la primera condición de progreso y de bienestar.

¿A qué debemos el brillo material de nuestra civilización? ¿Qué mágico poder ha hecho surgir todas las maravillas que contemplamos, maravillas de las artes, maravillas de las letras y las ciencias, maravillas del espíritu y de la materia bajo miles de aspectos? El genio del hombre, sin duda alguna; pero el genio nada ha hecho sin un instrumento; y el mismo hombre, aun con el mayor talento, no se engrandece sin una hábil cultura: los instrumentos, la cultura, hé aquí el trabajo.

Probad de hacer algo útil y grande sin el trabajo, y no lo lograréis. ¿Creéis que sin este medio providencial se pueden gobernar las naciones, extender el reino de Dios, hacer que se acepte el Evangelio, salvar las almas? No; el Señor sujeta á esta condición universal al mismo progreso espiritual que tan querido le es. ¿Comprendéis ahora cuánta razón tuvo Job al decir: «El hombre nace para trabajar como el ave para volar?»



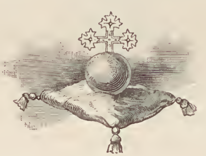
¿Qué diremos, pues, de estos hombres muelles y haraganes que pasan su vida sin trabajar? Faltan á la vez á sus deberes de hombre y de cristiano. Son como las plantas que vegetan en el suelo y le roban sus jugos, sin pagarle el lugar que ocupan, ó mejor, son animales más ó menos razonables, pero de utilidad problemática, y de los cuales muchos sirven menos á la sociedad que un buey ó un caballo. ¿Cómo se justificarán seres semejantes ante el tribunal de Dios?



Algunos se excusan con sus riquezas, diciendo que no tienen necesidad del trabajo para vivir. Estos no comprenden la ley del trabajo.

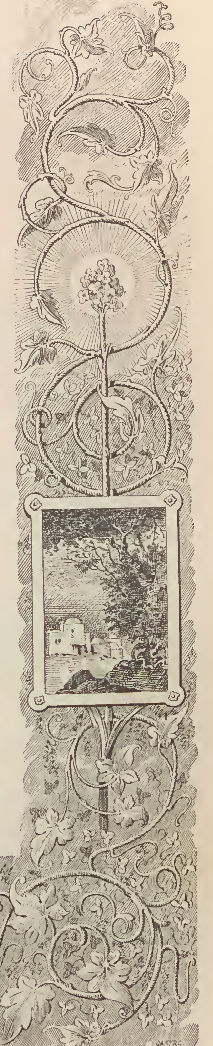


¿Acaso Jesucristo no hubiera podido vivir sin trabajar? ¿No hubiera podido dispensar á sus padres de las penalidades que van anejas al trabajo? ¿No le era fácil procurarles ocupaciones más bien consideradas, más agradables y más lucrativas? No lo hizo porque quiso darnos una lección sujetando á José y sujetándose Él á trabajos mecánicos: no es que reprobase los de la inteligencia; sino que quiso fomentar y honrar las tareas que menos halagan el amor propio.



Convenía, en efecto, recomendar estas tareas porque son las más molestas y las menos retribuídas, aunque sean las más necesarias á la existencia. Convenía consolar á la clase trabajadora, la más numerosa, la más pobre y la que más sufre; convenía elevar las ideas de los hombres, enseñarles cómo Dios juzga las cosas, no por las preocupaciones del orgullo, sino por su valor real, y proclamar abiertamente, cuál es el camino más seguro para ir al cielo. Este camino se ha





llamado después el de la cruz, camino de humildad, de desprendimiento, de penitencia y de dolor, que todos los santos siguieron después de Jesucristo; y porque realmente es el mejor, lo eligió para José, su padre, y María, su madre. Él mismo no quiso seguir otro.



¿Pensáis que San José sufrió por ello? No: sabía que el mérito de los actos no se aquilata por el brillo exterior, sino por su valor intrínseco y principalmente por la intención que los produce. Cuanto José practicó tuvo por base la sumisión á la voluntad de Dios y estuvo animado por la más ardiente caridad. Trabajaba por Jesús que estaba á su lado.



«Figurémonos, dice san Ligorio, cuánto amor abrasaría su corazón al ver á su divino Maestro servirle como un simple aprendiz, ya abriendo y cerrando el taller, ya ayudándole á aserrar la madera, á manejar el martillo ó el hacha, ya recogiendo las virutas y barriendo la casa, en una palabra, obedeciéndole en todo lo que le ordenaba, y no haciendo cosa alguna sin su permiso.»



Delante de tales ejemplos, ¿cómo este gran Santo hubiera podido abrigar un pensamiento ambicioso? En la compañía de Jesús, ¿cómo hubiera podido tener un pesar? Se sentía feliz y todo le parecía dulce por Jesús y María.

Así debe pensar todo obrero cristiano. Con sentimientos semejantes, estará en el camino de la dicha y de la gloria eternas.



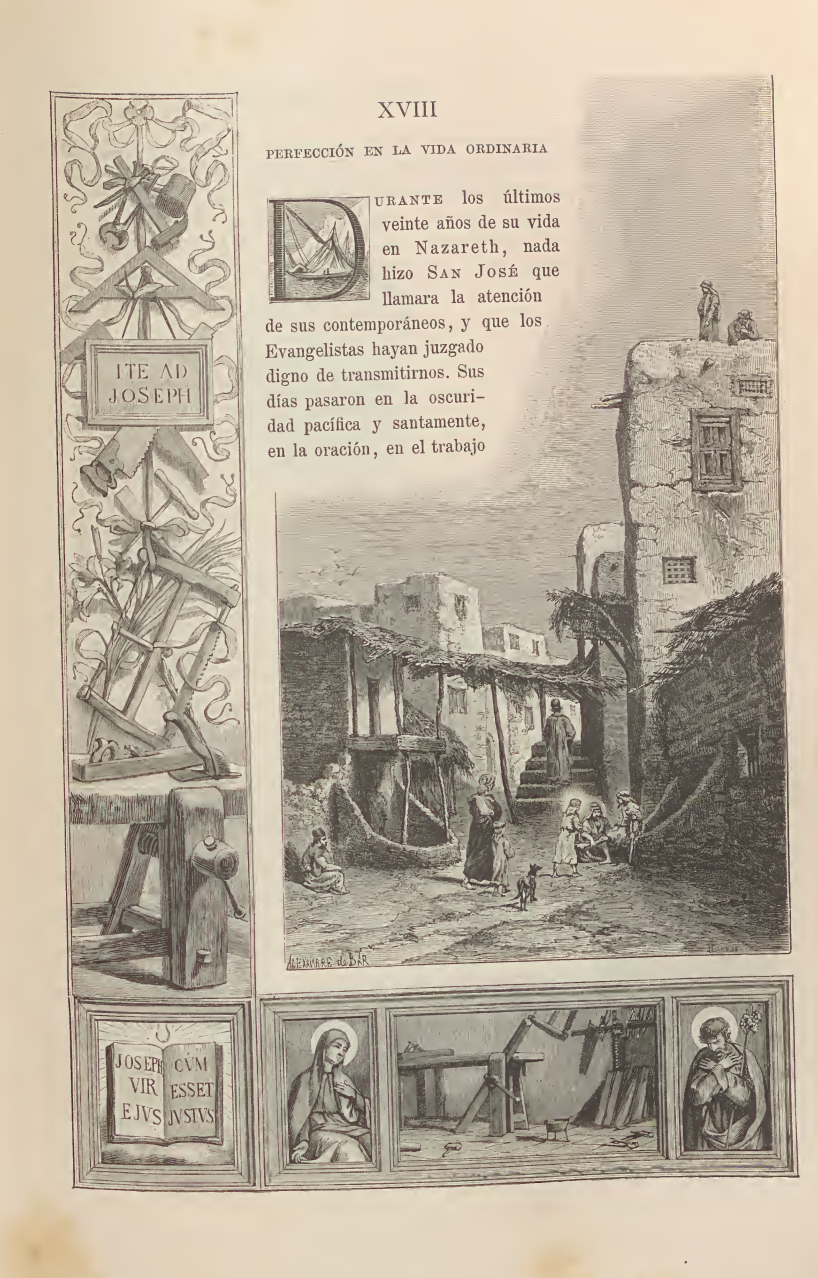


Capitulo XVIII

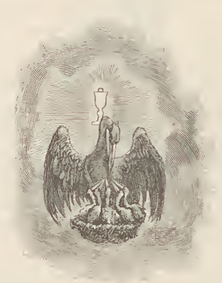
XVIII

PERFECCIÓN EN LA VIDA ORDINARIA

Durante los últimos veinte años de su vida en Nazareth, nada hizo San José que llamara la atención de sus contemporáneos, y que los Evangelistas hayan juzgado digno de transmitirnos. Sus días pasaron en la oscuridad pacífica y santamente, en la oración, en el trabajo

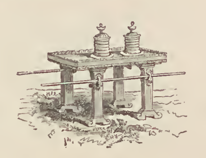


y en los dulces entretenimientos de la familia y algunas relaciones indispensables. La Tradición no es más explícita que el Evangelio en este período de su vida.



¿Pero debemos deducir de este silencio que nada edificante hubo en esta oscura vida de nuestro glorioso patriarca? Al contrario, todo en ella edifica y sobre todo su silencio, su humildad, su amor al retiro: porque si la gloria humana es el resultado de acciones brillantes, el verdadero mérito ante Dios consiste en cumplir dócilmente su voluntad. «No me preguntéis, dice Bossuet, lo que hacía SAN JOSÉ en su vida retirada; es imposible que os lo diga; yo no puedo responderos más que lo que dice el divino Salmista: «¿El justo qué ha hecho? *¿Justus autem quid fecit?*» Ordinariamente la vida de los pecadores brilla más que la de los justos, porque el interés y la pasión son los motores del mundo... ¿Pero el justo qué ha hecho? Quiere decir que nada ha hecho. En efecto, nada ha hecho á los ojos de los hombres, porque todo lo ha hecho á los ojos de Dios. Así vivía el justo JOSÉ. Veía á Jesucristo y se callaba; gozábale y no hablaba de ello; sólo se contentaba con Dios, sin

partir su gloria con los hombres. «Todas estas acciones parecían vulgares; pero su sumisión y su fe las hacían preciosas ante Dios. Su oscura condición acaso excitaba el desdén de los grandes, y sin embargo, un Dios le había elegido para sí preferentemente á todos los demás. Hay aquí, pues, virtudes, méritos, una grandeza y una gloria que se ocultan á las miradas de los mortales.



En el tribunal de Dios, cuando Jesucristo aparecerá con toda su majestad, estos ocultos misterios se revelarán de un modo brillante para el triunfo de los justos. «Entonces, continúa Bossuet, veréis lo que ahora no puedo deciros. Descubriréis las maravillas de la vida oculta de José, sabréis lo que ha hecho durante tantos años, y cuán glorioso es ocultarse en Jesucristo. Sin duda no es de los que recibieron su recompensa en este mundo; por esto aparecerá ante Dios, por lo mismo que no apareció ante los hombres; brillará en el cielo, por lo mismo que no brilló en la tierra. Dios reparará la oscuridad de su existencia mortal, y su gloria será tanto más grande cuanto que se reservó para la vida futura. Amemos, pues, esta vida oculta en que Jesucristo se envolvió con José.»



El mundo sólo ama lo que aparece, porque está lleno de vanidad, y es, por otra parte, muy ligero en sus juicios. Pero por poco que se reflexione á la luz de la fe, se verá que el brillo exterior nada añade al mérito de una acción; que un acto de la más sublime virtud puede quedar ignorado de los hombres, y hasta puede ser interpretado falsamente y atribuído á culpables designios. No son, pues, las apariencias exteriores de un acto lo que constituye su valor. La más alta virtud puede ocultarse bajo las más modestas formas; y esto es lo regular en el orden de la santidad cristiana. Dios tiene en cuenta el motivo, la intención, jamás el éxito; busca la virtud en el fondo de los corazones, no en la superficie de las apariencias exteriores.



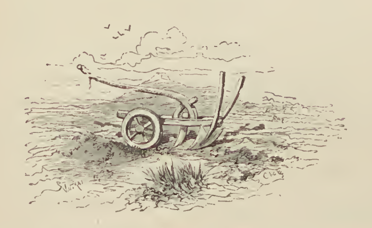
Por esto la perfección consiste en regular bien todos los movimientos del corazón y practicar las acciones con las miras más puras. Los hombres que sólo buscan llamar la atención, conciliarse el aplauso del mundo, no están en el camino de la santidad.



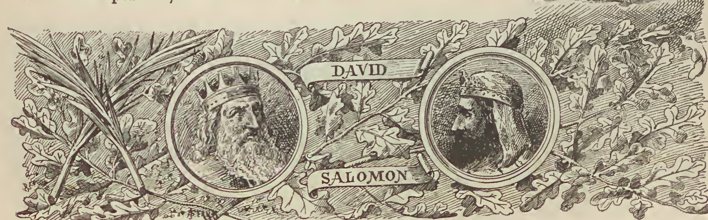
Dios no nos pide para admitirnos en el número de los elegidos que realicemos hechos brillantes, prodigiosos, como los genios de primer orden; no nos ha de exigir que hagamos milagros como los taumaturgos. Si nos fuese preciso poner



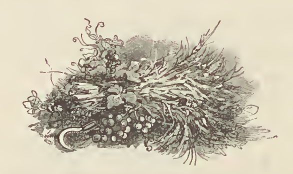
en conmoción el mundo con nuestra elocuencia, con nuestro saber, con acciones brillantes ó quizás con hechos milagrosos, so pena de no ser santos, debería la mayor parte de nosotros desesperar de entrar en el cielo; si fuese indispensable ir á predicar el Evangelio á las naciones como los apóstoles, retirarse á los desiertos como los anacoretas, subir sobre columnas como san Simeón Stilita, ó bien practicar ciertas maceraciones que admiramos en ilustres penitentes cuyas austeridades nos espantan, desconcertaríanse los que por su posición ó por su salud se viesen imposibilitados de subir á tales alturas de perfección cristiana. Pero las vocaciones no son todas las mismas; y aunque sea preciso felicitar y honrar á los grandes santos, á quienes llamó Dios por caminos especiales, no por esto deja de ser cierto que otros santos, á ejemplo de San José y de la misma Santísima Virgen, alcanzaron el primer grado de perfección y de gloria por caminos diferentes; quiero decir, sin que brillaran durante la época de su vida mortal. No se dice que la Madre de Dios hiciese jamás milagro alguno durante su existencia en la tierra.



El arte de ser santo consiste, pues, en someterse sin reserva á la voluntad de Dios, en llenar, con la mayor perfección posible, los deberes que nuestra condición nos



impone, añadiendo también, como recurso muy á propósito, la práctica de todas las obras de santificación que están en armonía con las condiciones en que nos colocó la Providencia. La vida más modesta y más vulgar ofrece al cristiano fiel tanta ó mayor facilidad para ser santo, como aquella cuya fortuna é influencia parecían deber procurársela con ventaja; mas la fe nos enseña que las más humildes condiciones son las bendecidas por Dios. Cualquiera que sea, pues, la vuestra, procurad llenar santamente todos vuestros deberes. Esto es todo lo que Dios os exige.



«No se trata, escribía Fenelon á un hombre de mundo, de realizar empresas espinosas; haced las más pequeñas y hasta si queréis las más fáciles, pero hacedlas con el corazón levantado hacia Dios y como un hombre que quiere cumplir el único fin de su creación; haced lo que hacen los demás, excepto cometer pecados. Sed buen amigo, sed urbano, cortés, complaciente, expansivo, jovial en su tiempo y lugar y con las compañías que convienen á un verdadero cristiano. Sed sobrio en la mesa, sobrio en todas partes, sobrio en el hablar, sobrio en vuestros dispendios, sobrio en el juzgar, sobrio en relacionaros, sobrio en divertiros, sobrio hasta en la prudencia y la previsión, como quiere san Pablo. Esta sobriedad en todas las cosas mejores ayuda poderosamente la práctica del amor divino, cuyos ideales realizamos entonces con una sencillez encantadora. No se nos exige que seamos

groseros ni ásperos; al contrario, el germen de amor que produce la acción fecunda de la caridad, ensancha el corazón, da lugar á la benevolencia, hace el trato más atractivo, inspira cierta delicadeza para jamás desagradar á Dios, y nos detiene aun cuando ciertas pasiones pequeñas nos inducirían á desagradar á los hombres.



Cuando domina en nosotros esta situación de ánimo, hija de la caridad, sabemos sufrir cuando los demás sufren; tenemos fuerzas para sobreponernos á todo, á las fatigas, á la adversidad; disgustos, enfermedades, tentaciones, desalientos, todo lo soportamos. Cruces se encuentran también en el mundo; pero el motivo de soportarlas es diferente. En Jesucristo nuestro Salvador, conocemos el precio de la cruz. Nos purifica, nos desliga de los intereses y afecciones de la tierra, nos renueva. Si recurrimos á Dios en todo, jamás lo hacemos tan útilmente como en los sufrimientos y en las humillaciones. La cruz es la fuerza del mismo Dios; cuanto más pesada es, más adelanta el nuevo sér en Jesucristo para hacer producir un nuevo hombre con los despojos del antiguo Adán.

Tal es el fundamento de la vida cristiana. Los apóstoles y los taumaturgos comenzaron del mismo modo, y el don de milagros que en ellos admiramos, es menos precioso que esta virtud práctica en la vida ordinaria. Por esto san Agustín hace notar que Nuestro Señor Jesucristo la enseñó desde un principio á sus discípulos: — «Aprended de mí,» les dice. —¿Qué han de aprender? ¿Cómo se crean los mundos? ¿Cómo se hacen las cosas visibles é invisibles? ¿Cómo se obran milagros? ¿Cómo se resucita á los muertos? No, sino «aprended de mí que soy dulce y humilde de corazón» para que vosotros lo seáis también. ¿Queréis ser grande? Comenzad por sentar una sólida base, y poned después los fundamentos del edificio de vuestra grandeza, que deben ser tanto más sólidos y tanto más profundos cuanto más queráis elevaros. La base del edificio espiritual es la humildad.



San José fué uno de estos hombres humildes, de tierno y buen corazón, formados á imagen del divino Maestro, y que bajo modestas apariencias ocultan tesoros de santidad.

Verdaderamente, exclama san Francisco de Sales, no dudo en manera alguna que los ángeles, llenos de admiración, se presentaron por grupos á ofrecerle sus obsequios cuando tenía á este querido Jesús niño en su pobre habitación, en

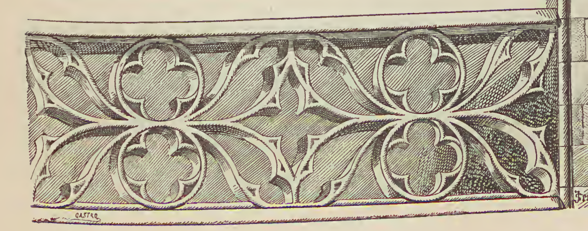
donde trabajaba en su oficio para alimentar al Hijo y á la Madre, que le estaban encomendados.»



Sus ordinarias acciones eran las de un simple obrero, y nada las hacía notables á una mirada poco atenta; pero el espíritu de fe que las animaba las revestía de un mérito sobrenatural, proporcionado á su pureza de intención y á los ardores de su amor.



Así es cómo la fe transfigura á los ojos de Dios las acciones más vulgares y convierte el plomo vil en oro puro. Cuando el corazón se encuentra completamente sometido á la divina voluntad, cuando arde en deseos de agradarle, cuando le ofrece con santa caridad, no ya sus acciones, sino hasta sus deseos á falta de acciones, todo lo que produce es sobrenaturalizado por la gracia y adquiere el mérito que se hace acreedor á las recompensas infinitas, según las divinas promesas.



Hé aquí cómo San José en su pobre taller reunía tesoros de mérito y se elevaba al más alto rango entre los elegidos.



San Bernardo tuvo una visión que le explicó perfectamente la diferencia de mérito que resulta de la diversidad de las disposiciones interiores en unos mismos actos. Sus religiosos estaban en el coro y cantaban las alabanzas de Dios. Vió á un ángel que atravesaba por delante de ellos y anotaba en un libro los merecimientos de cada cual; pero así como los de los más fervientes los escribía con letras de oro, los de los demás los escribía con letras de plata; los de otros se limitaba á escribirlos con tinta, y los de algunos los omitía por entero; sin embargo, todos cantaban los mismos salmos. El santo comprendió la lección y la dió á sus religiosos para que se aprovechasen de ella.



San José estaba tan lleno de amor de Dios y tan deseoso de agradarle en todo, que sus menores acciones

alcanzaban el más alto mérito. Ya orase, ya ofreciese á Dios su trabajo, ya tomase su alimento, ya se viese obligado á hablar con los hombres, todo lo hacía bajo la inspiración de la fe y de la caridad. Hubiese querido hacer más; pero con voluntad enteramente subordinada á la de Dios; pues su obediencia y su sacrificio eran tan perfectos que nada puede concebirse más admirable. Esta conformidad absoluta con la voluntad del Padre celestial era el secreto de su santidad tan extraordinaria.



No hay duda que debía esta rara disposición á los favores de Jesús: pero ¡con qué fidelidad y generosidad correspondía á sus gracias! Si tuviésemos como él el espíritu de fe, que todo lo santifica, habríamos encontrado la piedra filosofal. Cuando se obedece á inspiraciones tan puras todo se engrandece; lo que creeríamos ser polvo se transforma en oro puro á los ojos de Dios; las acciones, aun las más vulgares, se escriben en el libro de la vida y se forma con ellas la riqueza celestial, único tesoro que hallaremos depositado en nuestro nombre en la eternidad, cuando la muerte nos despoje de todo.



Aprovechemos el ejemplo que nos da San José y convenzámonos de que la virtud verdadera no estriba en hacer muchas y grandes cosas, sino en ejecutar bien aquellas que el Ordenador Supremo reclama de nosotros en la posición en que ha tenido á bien colocarnos su sabia Providencia.

Es una ilusión medir la piedad por lo que hay en ella de múltiple y de extraordinario. En el orden de la piedad así como hay sus defectos, hijos de la indiferencia, hay también sus exageraciones, resultado de un celo mal entendido ó de una devoción poco ilustrada. Hay almas que se figuran tocar el cielo de la perfección, porque de tal suerte multiplican las prácticas piadosas que el día no les basta para cumplir la interminable serie de obligaciones que se imponen. Al fin el espíritu acaba por sentirse abrumado; lo que debiera hacerse con el alma y el corazón se hace por rutina y por atender á meras fórmulas, y se olvida el cumplimiento de los deberes del propio estado. Almas ligeras, impresionables, obedecen al entusiasmo del momento, á arranques en que interviene más la imaginación, y á veces el amor propio, que el recto juicio cristiano; creen que es posible practicar todas las buenas obras y faltar al mismo tiempo á todos los deberes de estado ó de condición. ¡Espíritus atolondrados, que quieren llegar demasiado aprisa al

término de la perfección; pero que caen postrados por el cansancio en mitad del camino! De aquí la intranquilidad, la agitación de conciencia, por fin el desaliento.



Hay otros que hacen consistir toda la virtud en ciertos medios á los que se limitan desentendiéndose del fin; mientras que otros se reducen á forjarse ideales vagos sobre el fin que se proponen, pero descuidando los medios.



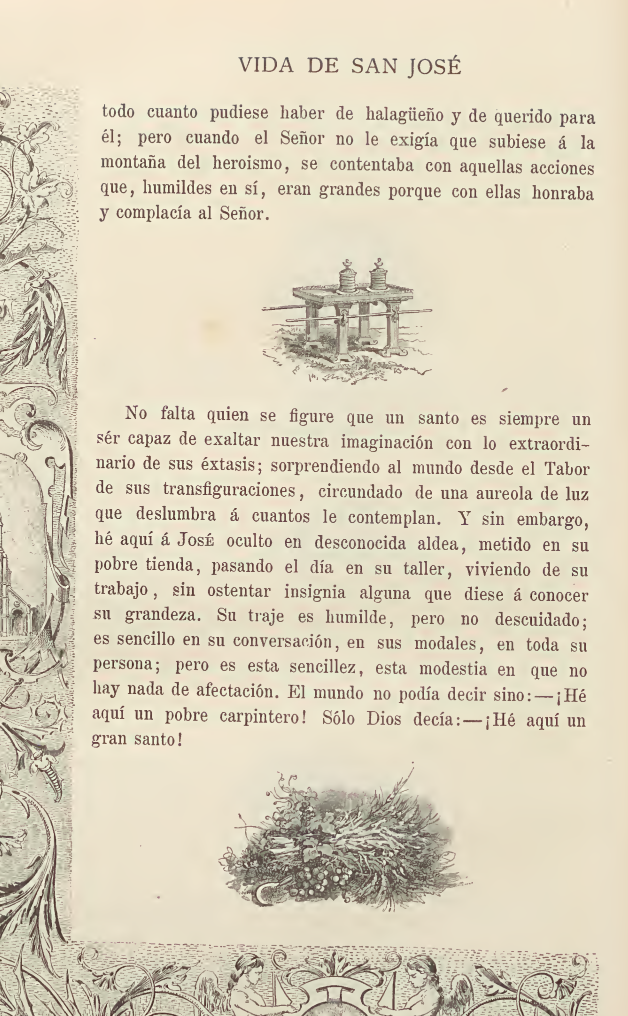
La piedad que nos santifica, que nos acerca á Dios, es la que nos induce á hacer lo que Dios quiere de nosotros y sólo lo que Dios quiere, en el tiempo, en el lugar, en las circunstancias en que nos ha colocado.



Así lo hizo San José. Dispuesto estuvo siempre á inmolar á su Dios el tiempo, la libertad, la reputación, la vida,



todo cuanto pudiese haber de halagüeño y de querido para él; pero cuando el Señor no le exigía que subiese á la montaña del heroismo, se contentaba con aquellas acciones que, humildes en sí, eran grandes porque con ellas honraba y complacía al Señor.



No falta quien se figure que un santo es siempre un sér capaz de exaltar nuestra imaginación con lo extraordinario de sus éxtasis; sorprendiendo al mundo desde el Tabor de sus transfiguraciones, circundado de una aureola de luz que deslumbra á cuantos le contemplan. Y sin embargo, hé aquí á JOSÉ oculto en desconocida aldea, metido en su pobre tienda, pasando el día en su taller, viviendo de su trabajo, sin ostentar insignia alguna que diese á conocer su grandeza. Su traje es humilde, pero no descuidado; es sencillo en su conversación, en sus modales, en toda su persona; pero es esta sencillez, esta modestia en que no hay nada de afectación. El mundo no podía decir sino:—¡Hé aquí un pobre carpintero! Sólo Dios decía:—¡Hé aquí un gran santo!

No queremos significar con esto que debamos dejar de admirar la vida extraordinaria, por la que Dios llama á algunos de sus escogidos; pero téngase en cuenta que á esta grandeza exterior correspondía siempre un gran fondo de humildad, sin la que la santidad cristiana es imposible. En cuanto de nosotros dependa, debemos preferir las oscuridades de la vida común, esa santidad que se consume en el fondo del hogar, en el seno de la familia, lejos de las miradas del mundo y menos expuesta á las tentaciones del orgullo humano, que busca siempre singularizarse. Tal vez así no nos haremos admirar tanto de aquellos que nos rodean; pero en cambio, les edificaremos más, porque les enseñaremos que la montaña de la santidad no es tan escabrosa que se haga inaccesible.



Todo cuanto hay de sólido y de fecundo en el espíritu cristiano, el hábito de la oración, el recogimiento, el desapego de las cosas terrenales, la unión con Dios, la caridad para con el prójimo, todo se concilia perfectamente con la vida común, que es la que tiene más atractivo para las almas sólidamente cristianas, á la que, si han de renunciar, no es sin algún recelo, porque saben el peligro que hay en distinguirse.



José era exacto en todo. Observaba el sábado, pero sin hacerse notar por una exactitud farisaica; dirigíase á Jerusalén en la época designada por la ley, pero aplicándose con preferencia á adorar á Dios en espíritu y en verdad; sufría resignado y hasta contento las privaciones de una vida humilde y trabajosa, los rigores de la emigración, las penalidades inherentes á largos y molestos viajes; pero fuera de esto no sabemos que se entregara á mortificaciones ni austeridades extraordinarias, ni los Evangelistas nos dicen que se sometiese á ayunos rigorosos. Sin duda que en esto los fariseos se creerían aventajarle.



Admiremos enhorabuena las prodigiosas maceraciones á que se entregaron ciertos santos por inspiración de la Gracia Divina; pero no caigamos en el error de creer que la santidad no es posible sino á este precio. Aun cuando se practiquen mortificaciones corporales, éstas deben ser reguladas por la obediencia. Pero atengámonos ante todo á las virtudes interiores: en el orden de la santidad, aquí está lo esencial; lo demás es lo accesorio, de que en circunstancias dadas se prescinde, sin dañar en lo más mínimo el

fondo de la virtud verdadera. A veces tiene más mérito un poco de docilidad, el renunciar á las imposiciones de nuestro amor propio, que todas las austeridades que nos hacen caer en la ilusión de un mérito y un valor de que carecemos. Sepamos preferir las mortificaciones que van anexas al cumplimiento de los deberes de nuestro estado, que nos proporcionan la ocasión de renunciar cada día, á cada hora á nuestra propia voluntad y nos exponen menos á las ilusiones de la vanidad. En los actos extraordinarios quizás lo que nos sostenga, más bien que otra cosa, será nuestra presunción personal, nuestro orgullo, y éste se concilia muy poco con el espíritu de Dios.





La ocasión de practicar virtudes heróicas no se presenta siempre; al contrario, la de practicar las mortificaciones propias de nuestra condición se nos ofrece á cada momento. A cada instante tenemos que luchar con nuestro orgullo, con nuestra vanidad, que nos hace creer que se falta á las consideraciones, á los miramientos que se nos deben; con nuestra pereza que nos retrae del cumplimiento exacto de nuestras obligaciones. Responder con dulzura á quien nos reprocha sin motivo; saber callar cuando nuestro amor propio pone una palabra dura en nuestros labios; dejar de hacer nuestro gusto para cumplir con nuestro deber; renunciar á nuestra voluntad para atemperarnos á la del prójimo; hé aquí otras tantas manifestaciones de la verdadera virtud





que sabe practicar aquel que acepta con gusto la cruz que Dios le presenta con su propia mano. Las cruces que fabrica nuestra voluntad propia llevan siempre la marca de nuestras debilidades; las que nos entrega Dios son cruces divinas.

¿Qué más agradable para José que estar íntimamente unido con Jesús y María, hallarse á su lado, conversar con ellos de las cosas de Dios? Y no obstante, el santo carpintero de Nazareth se resigna á dejar las dulzuras de la contemplación, y lejos de María y de Jesús se entrega á las atenciones de su oficio, se somete á la prosa del trabajo con el que ha de proveer á las necesidades de la casa de que él es el jefe. Antes que las gratas sensibilidades de la piedad, son para él los sacrificios de su condición. Esta es la voluntad de Dios, y á la voluntad de Dios lo sacrifica todo. ¿Es esto dejar á Dios? «No, contesta el autor de la *Imitación;* y cuando esto fuese dejar á Dios, sería dejar á Dios por Dios mismo; sería dejarle para complacerle.»

No se deben seguir los consejos sin satisfacer antes la obligación de los mandatos; cuando no se han pagado las deudas no pueden hacerse liberalidades.



Hace mucho aquel que ama mucho; y sólo ama mucho aquel que permanece en su puesto haciendo lo que debe y subordinando su voluntad á la utilidad común.



José todo lo hace por Jesús; por Jesús trabaja; por Jesús va al destierro; por Jesús se impone privaciones. Sepamos hacerlo todo por Jesús.





Si prescindimos de Jesús, nuestras acciones podrán no ser faltas, pero serán siempre inutilidades para el cielo, mientras que una súplica, una mortificación, un acto de piedad, una lágrima, un suspiro por Jesús cambia de naturaleza y adquiere un valor casi infinito.



Capitulo

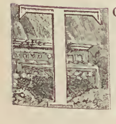
XIX



JVSTVS VT PALMA FLOREBIT

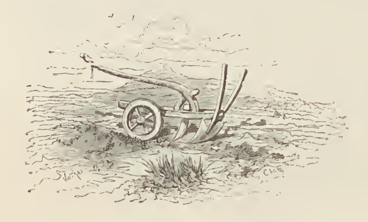
XIX

ANCIANIDAD DE SAN JOSÉ



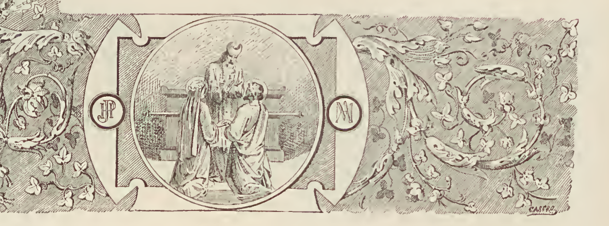
Todas las tradiciones están acordes en que San José murió antes de las predicaciones de Nuestro Señor Jesucristo. El Evangelio ya no habla de él, y su silencio no puede interpretarse en otro sentido.

Tal es también el parecer de Bossuet; y hé aquí las razones en que lo apoya: «En su pasión Jesús encomienda su Madre á su discípulo predilecto, que la recibe en su casa; lo que no hubiera hecho si José viviera. Al principiar Jesús su ministerio público, se ve á María convidada junto con Él á las bodas del Caná; pero no se habla de José. Poco después vemos al Señor ir á Cafarnaum con su Madre, sus parientes y sus discípulos; José no figura en este séquito. Encontramos á menudo á María; pero después de lo escrito respecto á los primeros años de Jesús, ya no se nos habla más de José.» Deducimos, pues, que había ya desaparecido de la tierra.



«Llegado á la edad de sesenta y tres años, dice M. Ayma en su *Historia de San José,* el santo anciano decaía de un modo visible. Cuidados de todas clases, los largos viajes, el destierro, los trabajos y las privaciones acabaron por gastar sus fuerzas.»





Esta noble vida se acababa en el silencio y en la oscuridad de su retiro, antes de las tempestades y nuevas pruebas que el Salvador iba á suscitar con su predicación y sus milagros.

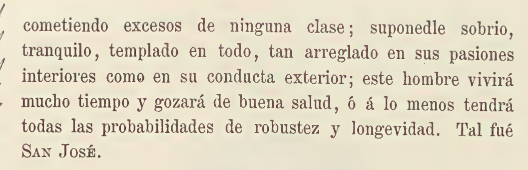


Sin embargo, su vejez no sólo estuvo rodeada de la aureola de sabiduría, que tan noblemente corona una cabeza emblanquecida por los años, sí que también exenta del triste cortejo de enfermedades, que á menudo son resultado y castigo de excesos cometidos durante la juventud. En efecto, ¿á qué atribuyen los fisiólogos la debilitación general de la raza humana, y la mayor parte de las enfermedades de nuestra bastardeada generación? A que los principios vitales han sido alterados por los vicios. Así explican, de acuerdo con los moralistas, esta degeneración cuyos dolores y vergüenza sufrimos. Si nuestra vida es más corta y está sembrada de innumerables dolores, lo debemos en gran parte al desorden de nuestras costumbres; es decir, á las muchas violaciones de la ley natural y divina.



Dadnos un hombre bien nacido, sano de cuerpo y de espíritu, no llevando consigo ningún germen fatal y no





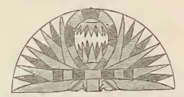
cometiendo excesos de ninguna clase; suponedle sobrio, tranquilo, templado en todo, tan arreglado en sus pasiones interiores como en su conducta exterior; este hombre vivirá mucho tiempo y gozará de buena salud, ó á lo menos tendrá todas las probabilidades de robustez y longevidad. Tal fué San José.



Nunca se recomendará bastante á la juventud cuánto la templanza, de la que la religión ha hecho una virtud cardinal, es necesaria al bienestar físico, y cuánto los placeres inmoderados de los sentidos son funestos á la vida del mismo cuerpo al que parecen satisfacer. Los excesos han muerto más hombres que la espada, dice con razón cierto adagio. Las pasiones, aun las que no buscan la muerte fuera del hombre, turban la economía corporal por la sobreexcitación y el desarreglo que producen y gastan y descomponen los resortes con sacudidas violentas y repetidas. ¿Quién no conoce los estragos interiores de la cólera concentrada, de la negra envidia, de los sañudos celos, del dolor vivo y profundo, ó simplemente de la tristeza continua, y en fin, de todas las fuertes afecciones que el alma no sabe dominar?



Abrasan y devoran como la llama; consumen y matan como la fiebre.



Los ejemplos son, por desgracia, muy frecuentes. ¡Cuántos jóvenes, decrépitos ya al llegar á los veinte años, inclinados hacia la tumba, deben su anticipada vejez á sus desarreglos! Vense con espanto esos rostros cadavéricos, pasar por las calles, unos con cínica desvergüenza, otros conservando aún un poco de rubor como espectros salidos del fondo de los sepulcros y á quienes precipita hacia la sepultura una fuerza misteriosa.



«¿Quién no ha encontrado, exclamaba Lacordaire en el púlpito de Nuestra Señora de París, quién no ha encontrado á algunos de estos jóvenes en quienes se inicían apenas las señales de la virilidad, degenerados antes de llegar á la plenitud de la vida, que casi niños llevan impresos los surcos de una vejez prematura y que en edad muy temprana llevan el peso de una existencia caduca? Sin duda la vejez es venerable y la juventud graciosa; en una y otra edad se ven los rasgos de la imagen de Dios; pero cuando las marcas de la juventud y de la vejez se ven reunidas por extraña

manera en un mismo semblante, entonces inspiran la repugnancia propia de una monstruosidad repulsiva, parecen la espantosa máscara de la muerte puesta sobre la vida, como un cáncer que la devora.»



¡Cuántos hombres son viejos por su culpa antes de los cincuenta años! ¡Cuántos llevan en sus rostros ajados, en sus enflaquecidos miembros, en su andar vacilante y enfermizo, no sólo las señales de una próxima y prematura destrucción, sí que también el ignominioso testimonio de los desórdenes morales cuyo castigo sufren! Morirán decrépitos antes que unas canas venerables les hayan dado el honor de la vejez. Nada en ellos da á conocer la sabiduría, que es el atributo de la ancianidad. Todo el fruto de su experiencia acaso se reduce al reconocimiento tardío de sus errores y á estériles remordimientos.



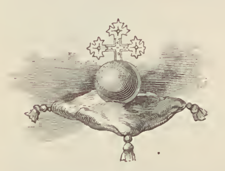
¡Felices al menos aquellos que buscan en la religión el

único modo de reparar el pasado y prepararse un refugio en la misericordia de Dios!





¡Oh virtuoso José, perdonadme el haber unido semejantes imágenes á los gloriosos recuerdos que nos dejasteis con vuestra incomparable castidad! La comparación que de ello resulta realza vuestra figura y acaso hará enrojecer con saludable vergüenza á aquellos que tienen la desgracia de no asemejarse á vos.



¿Qué es lo que comunica á la vejez toda su majestad? ¿Qué hace brillar en su frente la tranquila y serena imagen del Padre celestial? ¿Qué le concilia el respeto instintivo de que la han rodeado todos los pueblos y del que la ley judía hacía un deber imperioso para la santa nación? La sagrada Escritura y el sentido común nos dicen que sus títulos de gloria son la sabiduría, fruto de sus maduras reflexiones y de su larga experiencia; la razón esclarecida por los hechos, prudente por las decepciones, fortalecida con los contra-

tiempos; la quietud de los movimientos apasionados que la pone al abrigo de las ilusiones, de los arranques y de las sorpresas de la juventud; el don de consejo que Dios le otorga como último privilegio, para atraerle la veneración de los que le sucedan en la vida, y para evitar á la ardiente juventud las imprudencias á cuyo precio la vejez ha adquirido el rico tesoro de la prudencia. Hé aquí lo que se busca en



Retrato de SAN JOSÉ, de Bordognone. (Museo del Louvre)

el anciano, lo que se admira y se venera sin contradicción cuando se encuentra reunido en su persona.

Contemplad á este bueno, á este encantador anciano. Su cabeza venerable está cubierta de una cabellera blanca como la nieve, su rostro sonríe, la benevolencia brilla en todos sus rasgos; una fácil modestia que concilia maravillosamente con la seguridad que dan los años, inspira á todos una confianza respetuosa. Las arrugas de su frente muestran los estragos del tiempo, pero no los de las pasiones; su mirada es tranquila y pura como la de un niño; sus palabras

son agradables como manzanas de oro que ruedan sobre un lecho de plata, según la expresión de la Sagrada Escritura. Añadid á esto los rasgos de una alta perfección y el celestial reflejo que produce la santidad, y tendréis el retrato de San José, esposo de la Virgen y jefe de la Sagrada Familia.



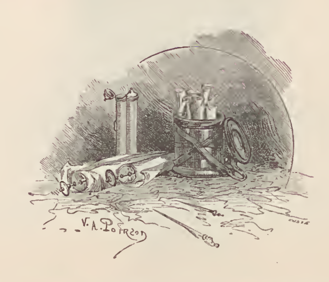
Nada puede compararse á la sublime belleza de una santa vejez, si no es el candor angelical de la infancia, en el otro extremo de la vida. Ambas parecen tener algo del cielo, del cual una sale y al cual la otra va á entrar; el mismo callar de las pasiones humanas, la misma calma y la misma pureza.



Y sin embargo, ¡cuán diferente situación! El niño todo lo ignora, el viejo todo lo sabe; pero se juntan en una común sencillez. El niño es puro porque no ha conocido el mal y no lo desea; el viejo lo es también porque lo ha repudiado y porque desea el bien. El niño no tiene todavía pasiones



desarregladas, el viejo ya no las tiene: ambos gozan de la misma paz, de la paz incomparable del corazón, que se refleja en sus semblantes. El niño no se preocupa aún de los cuidados de la vida; y hé ahí por qué sus alegrías son tan cándidas y tan completas; el viejo ha perdido todas sus ilusiones y sus deseos; sólo espera los goces del cielo: hé aquí por qué su corazón es libre como el del niño, y por qué simpatiza tanto con su indiferencia, con sus gustos sencillos en sus juegos inocentes.



«Ante la cabeza llena de canas, ponte en pié y honra la persona del anciano; y teme al Señor Dios tuyo. Yo el Señor [1].»

«Corona *de gloria y* de dignidad es la vejez del que ha seguido los caminos de la justicia [2].»

«En los ancianos se halla la sabiduría y en los muchos años la prudencia [3].»

«Son las canas la dignidad de los ancianos [4].»

[1] *Levitico,* XIX, 32.
[2] *Prov.*, XVI, 31.
[3] *Job,* XII, 12.
[4] *Prov.*, XX, 29.



«De los ancianos aprenderás sabiduría y documentos de prudencia [1].»

«No menosprecies lo que contaren los ancianos sabios, porque de ellos aprenderás sabiduría y documentos de prudencia.»

«No dejes de oir lo que cuentan los ancianos, porque ellos lo aprendieron de sus padres: pues *así* aprenderás tú de los mismos discreción y el saber dar una respuesta cuando fuere menester [2].»



De estas palabras se vale el divino libro de la Biblia para manifestarnos la respetabilidad de que aparece rodeado el hombre en el ocaso de su existencia.



¿Por qué acusáis á la naturaleza? pregunta un Santo Padre. Hay, es cierto, en ella la vejez con sus decaimientos, la enfermedad con sus miserias; pero no olvidemos que la

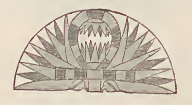
[1] *Ecc.*, VIII, 10.
[2] *Ibid*, 11, 12.



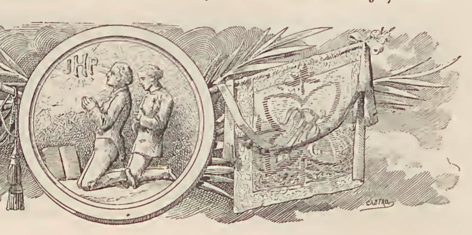
ancianidad aparece entre nosotros hermoseada, brillante con su aureola de costumbres tranquilas; brotan de ella consejos más prudentes y más sabios; con su aparente debilidad hay allí la fuerza de reprimir las liviandades y de esperar la muerte con ánimo apacible. Los años acopian en nosotros una riqueza de gran precio, que es la experiencia.



«Después de la mirada de Dios sobre el mundo, dice Lacordaire, nada hay más bello que la mirada del viejo sobre el niño.» ¡Oh venerable paternidad de la vejez, cómo te pareces admirablemente á esa paternidad de los cielos que desde el seno de la eternidad sonríe con nuestras alegrías infantiles, cuando son puras, y se compadece de nuestras ligerezas cuando no la ofenden, pues que el Padre celestial infinitamente bueno sólo aborrece el pecado!



Los pintores y las leyendas se equivocan muchas veces al representar á San José bajo el tipo de un viejo, cuando



ponen el niño Jesús en sus brazos; pero se les perdona contemplando con delicia los dos rostros, unidos por el amor y tan separados por los años.

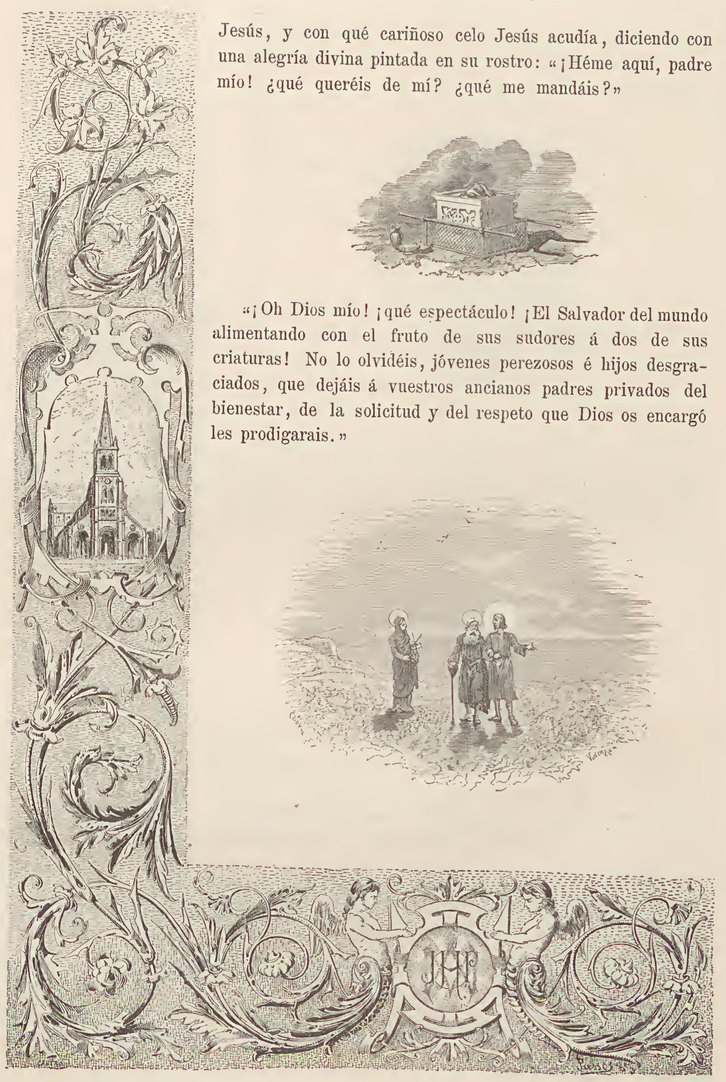


A medida que el venerable patriarca perdía sus fuerzas, las de Jesús crecían y le permitieron que hiciera por sí solo el trabajo del taller, cuando José sintió ya el cansancio de los trabajos y de la vejez. Entonces el divino aprendiz sucedió al Santo artesano, y él fué quien ganó el sustento de la familia. «Si José se portó como padre tierno y afectuoso para con Jesús, dice M. Ayma, ¿cómo pensáis que se portó Jesús con San José? ¿Necesitamos decir que fué para él el mejor de los hijos, demostrándole un respeto, una obediencia perfecta en todo, como á su padre muy amado?



«¡Oh techo! ¡oh paredes! ¡oh bienaventurada casa que abrigasteis á aquella augusta familia y fuisteis testigos de sus trabajos, de sus santos recreos, de las celestiales conversaciones entre Jesús, María y José! Decidnos cuántas veces José, para animarse en sus fatigas, repetía el dulce nombre de



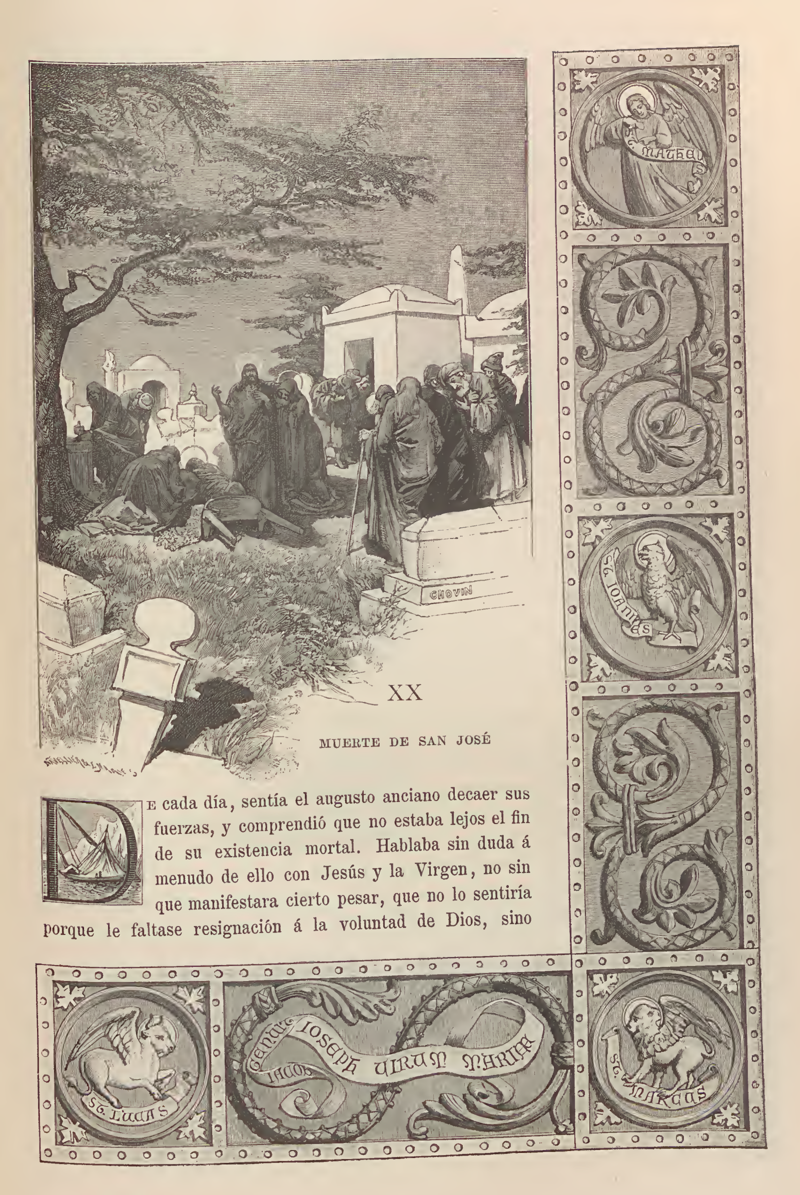


Jesús, y con qué cariñoso celo Jesús acudía, diciendo con una alegría divina pintada en su rostro: «¡Héme aquí, padre mío! ¿qué queréis de mí? ¿qué me mandáis?»

«¡Oh Dios mío! ¡qué espectáculo! ¡El Salvador del mundo alimentando con el fruto de sus sudores á dos de sus criaturas! No lo olvidéis, jóvenes perezosos é hijos desgraciados, que dejáis á vuestros ancianos padres privados del bienestar, de la solicitud y del respeto que Dios os encargó les prodigarais.»

Capitulo XX





XX

MUERTE DE SAN JOSÉ

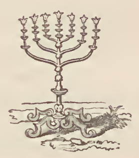
De cada día, sentía el augusto anciano decaer sus fuerzas, y comprendió que no estaba lejos el fin de su existencia mortal. Hablaba sin duda á menudo de ello con Jesús y la Virgen, no sin que manifestara cierto pesar, que no lo sentiría porque le faltase resignación á la voluntad de Dios, sino

por no poder ya trabajar por ellos, y por tener que separarse de seres para él tan queridos, y además, porque el santo varón, en su humildad incomparable, temía el juicio de Dios. Jesús le tranquilizaría respecto al fallo de su Padre celestial, recordándole que la justicia del Dios que castiga es la del Dios que recompensa. La Virgen le consolaría de esta inevitable separación, á la que todos estamos condenados, expresándole la firme esperanza de verle pronto en un mundo mejor. Allí, en efecto, encontraremos á los parientes y á los amigos que se nos han adelantado, si han muerto en la amistad de Dios y si tomamos como ellos el camino del cielo.



Después de tan santa vida y de una vejez tan preciosa, ¿qué le faltaba á San José para estar preparado para la muerte? ¿Qué es lo que podía amedrentarle? La disolución de nuestro sér nos es tan antipática que nos causa un horror natural del que no podemos defendernos completamente. Dios, por otra parte, permite á menudo que á las más santas almas les sobrecoja vivamente el temor de su fallo; saludable temor que, cuando no es excesivo, constituye una gracia que el Profeta Rey le pedía y que con él solicitamos nosotros.

«Traspasa con tu *santo* temor mis carnes.» «El temor del Señor, es el principio de la sabiduría,» nos dice la Sagrada Escritura en varios capítulos, y es, por tanto, contrario al pecado y fuente de vida.



Es menos la destrucción del cuerpo lo que espanta á las almas justas que la incertidumbre de su salvación, pues se acostumbran fácilmente, con la meditación, á la idea de las humillaciones que esperan á su carne culpable en la tumba, con tal que el alma se salve, pues que tienen la firme confianza en una resurrección gloriosa. Pero el pensamiento del juicio que les aguarda, y que debe decidir de su suerte por una eternidad les produce estremecimientos involuntarios; el recuerdo de tantas faltas cometidas durante la vida y cuyo perdón siempre tienen por incierto les hace decir como á san Pablo: «Si bien no me remuerde la conciencia de cosa alguna; no por eso me tengo por justificado, pues el que me juzga es el Señor.»



Es más fácil á la mayor parte de los hombres el resignarse á los horrores de la tumba, que tanto espantan á los



mundanos, y el despojarse de los bienes de la tierra, á los que, sin embargo, tanto apego se tiene, que el separarse sin dolor de los amigos que tiernamente han amado. Este es un sentimiento elevado del que el alma triunfa con menor facilidad. Es preciso haber obtenido cierta perfección y una gran conformidad con la voluntad de Dios para hacerle este último sacrificio con la fe que expresan estas palabras: «Valor, valor, hermano mío; ya que vais á entrar en la senda abierta para todo el género humano, no murmuréis de que la muerte os separe de vuestros hermanos. El Señor os prepara una nueva residencia preferible á ésta, en la región de la luz, y en donde habitan los justos. Todos los que se os han adelantado; vuestros hermanos, vuestros padres os guardan un puesto á su lado. Entre los coros de los espíritus bienaventurados, entonaréis con ellos los melodiosos acordes de la celestial Jerusalén.» Así hablaba el ilustre san Efrén; tal era también la consolación de San José, cuando le entristecía el pensamiento de dejar por algunos años á Jesús y María, los seres tan amados de su corazón.



Había vivido muy santamente y les había servido con mucha generosidad para no esperar la recompensa prometida por el Padre celestial á sus fieles servidores. ¿Á quién con más justicia que á él podían aplicarse estas palabras: «Somos los hijos de los santos, y esperamos aquella vida que ha de

dar Dios á los que siempre conservan en él su fe?» Las almas... de los justos están en la mano de Dios; y no llegará á ellas el tormento de la muerte eterna... Y si delante de los hombres han padecido tormentos, su esperanza está llena de la inmortalidad. Brillarán los justos *como el sol;* y como centellas que discurren por un cañaveral, *así volarán de unas partes á otras.»* «Para el justo cuya vida está llena de virtudes, continúa san Efrén, la muerte es un puerto de refugio contra las tempestades. Para la misma piedad, la vida es una serie de combates con el tentador; la muerte es el término de estos combates. Así, lejos de temerla, quien ha vivido en la continua meditación de los Sagrados Libros, en la práctica de las vigilias, de los ayunos, de la oración, la recibe como un sueño encantador; y cuenta con la recompensa prometida á las buenas obras.» Estas palabras tienen tal aplicación á San José que no podemos resistir al deseo de dejar terminada la cita. «*Vuestra muerte*, oh padre mío, *fué preciosa ante el Señor;* fué un día de fiesta para los justos que se sintieron entusiasmados al teneros en su compañía. La muerte, semejante al buque que transporta al viajero á otras tierras, os alejó de las tentaciones y de los sufrimientos; sólo fué dolorosa para nosotros á quienes dejasteis el luto de la separación... El cielo y la tierra se disputan hoy día quien os tributará más honores.»



Feliz el moribundo que recordando los años de su vida, sólo encuentra un pequeño número de faltas cubiertas por



muchos méritos. El Señor no será sordo á su arrepentimiento; sólo se acordará de sus buenas obras. Las inquietudes del buen servidor pronto se calmarán, y podrá decir á su alma como el viejo solitario Hilarión: «¿Por qué, alma mía, tiemblas, en el momento de comparecer ante tu juez? Tranquilízate: setenta años hace que le servimos y es el mejor de los amos.»

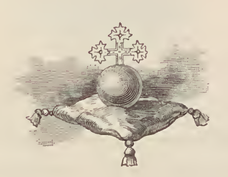


Sucede á menudo que los justos que más temieron la muerte durante su vida, se ven libres de este temor en el momento supremo. La misma bondad de Dios que les preservó del mal y estimuló á la práctica del bien por el temor de sus juicios, no les deja sentir sino sus consuelos cuando llegan al puerto y terminan su largo viaje.



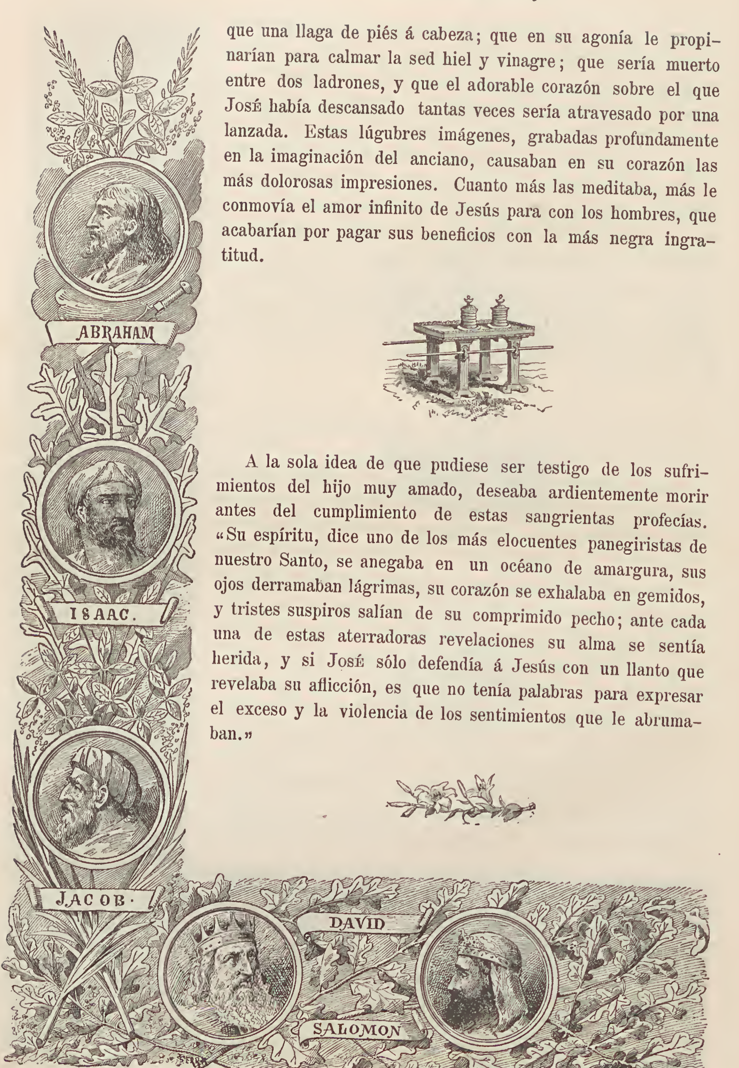
¡Pero desdichadas las gentes de mundo que jamás temblaron ni aun al cometer iniquidades! Cuanto más exenta de temor habrá estado su vida; cuanto más rodeada se halló de

ilusiones, más terrible será su despertar al borde de la tumba, en el momento en que los rayos de la cólera divina rasgarán las nubes y dejarán entrever eternos abismos. Sus pecados se levantarán delante de su conciencia como una horrible montaña, y angustias terribles torturarán sus corazones. A estos tales Dios no les encomendó la guarda de Jesús y María; pero acaso tenían esposa é hijos á quienes edificar y dirigir al cielo; pesaban sobre ellos graves deberes, no sólo para con su Criador, sí que también para consigo mismos y sus semejantes; debían cumplir la ley divina, á cuyo cumplimiento todos estamos obligados so pena de condenación. ¿Qué han hecho? ¿Qué responderán á un juez inexorable que no admite las excusas de la indiferencia ni de las pasiones?



Una conmovedora tradición adoptada por todas las Iglesias de Oriente y referida por M. Ayma, establece que San José, algunos días antes de su muerte, recibió de boca del mismo Jesús la revelación del misterio de la Pasión. Estaba preparado para ella, leyendo como leía y meditaba sin cesar la Sagrada Escritura, lo que quiere decir que no pudo ocultársele que el Mesías había de ser un hombre de dolores. Según el referido escritor, Jesús le reveló que sería vendido por uno de sus Apóstoles por algunas monedas; llevado á los tribunales, condenado á ignominiosa muerte, y que su cuerpo, objeto de todos los ultrajes, de todos los tormentos, no sería más



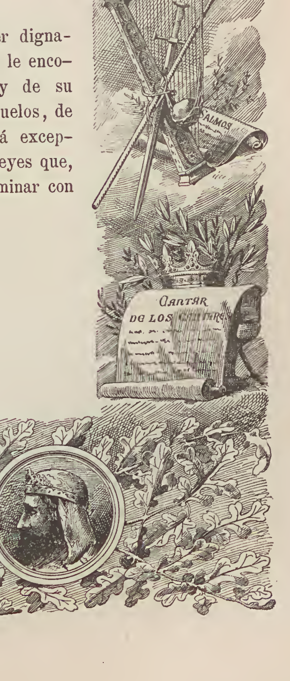


que una llaga de piés á cabeza; que en su agonía le propinarían para calmar la sed hiel y vinagre; que sería muerto entre dos ladrones, y que el adorable corazón sobre el que José había descansado tantas veces sería atravesado por una lanzada. Estas lúgubres imágenes, grabadas profundamente en la imaginación del anciano, causaban en su corazón las más dolorosas impresiones. Cuanto más las meditaba, más le conmovía el amor infinito de Jesús para con los hombres, que acabarían por pagar sus beneficios con la más negra ingratitud.

A la sola idea de que pudiese ser testigo de los sufrimientos del hijo muy amado, deseaba ardientemente morir antes del cumplimiento de estas sangrientas profecías. «Su espíritu, dice uno de los más elocuentes panegiristas de nuestro Santo, se anegaba en un océano de amargura, sus ojos derramaban lágrimas, su corazón se exhalaba en gemidos, y tristes suspiros salían de su comprimido pecho; ante cada una de estas aterradoras revelaciones su alma se sentía herida, y si José sólo defendía á Jesús con un llanto que revelaba su aflicción, es que no tenía palabras para expresar el exceso y la violencia de los sentimientos que le abrumaban.»

Así las fatigas del cuerpo, las angustias del espíritu, los ardores del amor divino, gastaban poco á poco los resortes de su existencia. Iba á morir, á separarse de Jesús y de María, él que jamás les dejó, él que nunca les privó de su apoyo, él que sólo vivía para aquellos tan amados seres.





Sonó ya la hora de que José, después de haber dignamente acabado la ardua tarea que el Padre Eterno le encomendara, al confiarle el cuidado del Salvador y de su santa Madre, va á emprender el camino de sus abuelos, de pagar á la Naturaleza el tributo del que nadie está exceptuado, y cerrar la larga lista de patriarcas y de reyes que, empezando con la creación del mundo, viene á terminar con la venida del Mesías.



Figurémonos transportados al dichoso hogar de Nazareth, á aquella pobre vivienda que, colocada en un rincón del mundo, fué testigo de las escenas más grandes y más sublimes.



El viejo José, próximo á morir, se halla tendido en su cama, pobre como había de serlo la de un humilde artesano. La Virgen sostiene con sus manos la cabeza de su esposo; junto al moribundo está el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, que le contempla con una ternura indecible y le hace sentir los efectos de su celestial mirada.

Allí no están únicamente Jesús y María; con ellos están los ángeles, los serafines, el cielo todo.



Excepto la muerte de María, la tierra no ha presenciado jamás cuadro alguno como la muerte de José. Jesús abrazó, estrechó en su divino corazón á aquel Justo, á quien llamaba





Figurémonos transportados al [illegible] de Nazareth, á aquella pobre vivienda que, colocada en un rincón del mundo, fué testigo de las escenas más grandes y más sublimes.



El viejo José, próximo á morir, se halla tendido en su cama, pobre como había de serlo la de un humilde artesano. La Virgen sostiene con sus manos la cabeza de su esposo; junto al moribundo está el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, que le contempla con una ternura indecible y le hace sentir los efectos de su [illegible] amor.

[illegible]



Excepto la muerte de María, la [illegible] jamás cuadro alguno como la muerte de José. [illegible], [illegible] en su divino corazón á aquel [illegible]



Espasa y Comp.ª editores

MUERTE DE SAN JOSÉ

su padre y le tenía las consideraciones de tal, y aquel abrazo de Jesús diríase que sumergió á este feliz moribundo en un océano de amor cuyos éxtasis no puede expresar la lengua humana. Jesús le habla, y el acento de su voz celestial le produce impresiones inexplicables, anuncio feliz de la gloria de que disfrutará en el cielo el venerable anciano. Jesús estrecha con sus manos divinas las manos de José, en las que va á sentirse muy pronto el frío de la muerte, y este contacto imprime en José una fisonomía toda celestial.



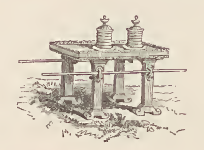
El corazón de María, volcán de amor el más puro, había de dejar sentir como nunca sus puros afectos, sus inefables ternuras.



A la presencia del Verbo encarnado y de la Virgen, al calor del doble fuego que arde en el corazón divino y en el corazón inmaculado, José siente arder el suyo. José moribundo no es como una luz que se apaga; muy al contrario, es un sol que aumenta su brillo; es un incendio que se extiende; es el alma tocando desde la tierra las cumbres de



la inmortalidad feliz que entrevé tras del velo de la muerte y por la que suspira con ardor. Sufre, es verdad; pero sus sufrimientos son el último diamante engarzado en su corona.



Llegó al fin la hora suprema. La vida que detenía á José en el mundo va á quedar suspendida. El amor que le abrasa concluye por romper las cadenas que unen aquella alma á su cuerpo; y José termina su vida mortal en los brazos de su Dios.



A la presencia de Jesús y María, esas dos lumbreras del mundo cristiano, la muerte de José, más que parecerse al ocaso de la vida, puede compararse á la aurora del nuevo día que brillará para él en el cielo con todas sus claridades. En medio de las ternuras de María y José hasta la muerte había de ser dulce.





Como escribe Viguer, entrega su espíritu en las manos de Aquel de quien lo recibió, y encomienda su alma al Padre celestial. ¡Oh feliz salida de este valle de lágrimas! ¡Oh dulce y apetecible muerte que tiene á Dios por ayuda y por testigo! Como en los tiempos profetizados por el Apocalipsis se pudo oir una voz que salía del cielo, diciendo: *¡Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor! Ya desde ahora dice el Espíritu que descansen de sus trabajos; puesto que sus obras los van acompañando.*



Jesús y María cierran la boca y los ojos de San José; no confían estos cuidados á ninguna persona extraña. Jesús levantando y tendiendo sus divinas manos sobre quien le sirvió de padre, pronunciaría misteriosas palabras. En este instante el cadavérico rostro del santo sin duda se transfigura.



¡Jamás en frente humana brilló tan augusta majestad! Jesús y María llenan el cadáver de aromas, le envuelven en un sudario de finísimo lino, y le depositan en el fúnebre lecho, en el que estuvo expuesto tres días y tres noches á la



veneración de los habitantes de Nazareth, que habían acudido á contemplar al *varón justo* después de su muerte.



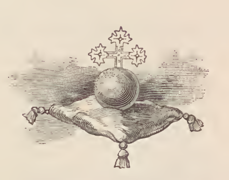
Pasados estos tres días los hombres más recomendables por su edad y por sus virtudes llevaron el cuerpo sobre sus espaldas, y el cortejo, precedido de Jesús y María, se dirigió hacia el sepulcro.



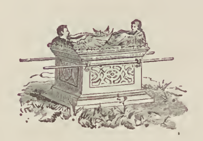
Al recordar la muerte preciosa de José, acerquémonos con el pensamiento al cadáver del Santo Patriarca. Veneremos aquella frente al través de la cual se agitaron pensamientos los más sublimes; que fué la confidente de los más altos secretos de Dios; que abrigó solícitos cuidados del misterio de la encarnación: aquella frente tras de la cual no se ocultó jamás idea alguna que no estuviera conforme con la gloria de Dios; aquella frente sobre la que se apoyó, durante la primera edad de Jesús, la cabeza del divino Niño; que antes de exhalar José el postrer aliento disfrutó una vez más de tan inefable dicha, siendo consagrada por tan divino



contacto. Inclinémonos ante aquella cabeza que veremos adornada un día con la tercera corona del cielo.



Acerquémonos respetuosos á las plantas del Santo Patriarca, y besemos de rodillas aquellos piés benditos cuyos pasos fueron todos para Dios, para Cristo, para la Virgen, para nosotros.



Veneremos aquellas manos cruzadas sobre el pecho. Trabajaron en la tierra: ¿están inactivas en el cielo? No: por medio de ellas Jesús y María se complacen en derramar beneficios. Imprimamos con fe y amor el beso de nuestra piedad sobre aquellas manos bendecidas; echémonos en los brazos de nuestro protector celestial, lecho precioso donde encontraremos la paz del alma, la tranquilidad de la conciencia.



Hagamos más: penetremos en el fondo de su corazón, busquemos allí, en aquellos ardores, el fuego de la santa caridad que nos hace falta, un asilo para nuestra virtud, una fortaleza inexpugnable para hacer frente á las malas pasiones.





Capitulo

XXI





XXI

GLORIFICACIÓN DE SAN JOSÉ

o encontró al separarse del cuerpo, el alma de JOSÉ, un Juez irritado, sino un Padre lleno de misericordia, que ya tenía dada á sus ángeles orden de llevarle al pacífico lugar en que los justos esperaban su redención, pues que no se hallaban todavía abiertas las puertas del cielo.

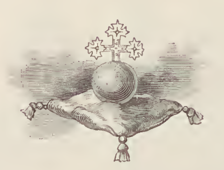
Ningún hijo de Adán podía penetrar allí hasta que el Redentor prometido hubiese reparado la culpa original y abierto en persona la entrada al dichoso reino de las eternas







felicidades. Pero en virtud de los méritos futuros de la Redención, las almas de los justos tenían derecho á la eterna felicidad, es decir, á la visión intuitiva de Dios. Mientras tanto, estaban detenidas en un lugar llamado el *limbo,* especie de cárcel.



Conocían los oráculos divinos; contaban en su compañía á los patriarcas y á los profetas. Allí estaba Adán; allí estaba su hijo Seth, cuya descendencia estableció sobre la tierra el culto público del Señor raza que, como dice M. Ayma; en su *Historia de San José,* por el fervor de la fe y la pureza de costumbres mereció el calificativo de *raza de los hijos de Dios;* raza que conservó el precioso depósito de la revelación primitiva, de la verdadera ley de justicia; raza, en fin, que en la persona de Noé, el hombre perfecto, marchando siempre en la presencia de Dios, dió al género humano un nuevo Adán que la levantara de su ruina, un guardador fiel de sus títulos primordiales, de su origen divino, que fuese consuelo de sus infortunios y sólida garantía de sus esperanzas. Allí estaba Sem, el más virtuoso de los hijos de Noé; Abraham, el padre de los creyentes; Isaac, el hijo de la promesa; Jacob, en quien debían ser bendecidas todas las naciones; Judá, el jefe de la tribu real; José, la figura del Mesías en sus humillaciones y en su gloria; Moisés, legislador de Israel; Job, que sabe que su Redentor vive; Josué, que estableció al pueblo de

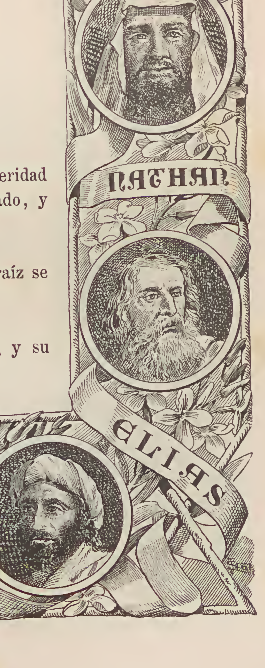
Dios en la tierra de promisión del mismo modo que Jesús iba á establecerlos á ellos en la verdadera tierra prometida; David, el célebre antepasado de Cristo; Isaías, que refirió de antemano el nacimiento, los dolores y la resurrección del Salvador; Daniel, que contó las semanas que debían transcurrir antes del advenimiento del Mesías; Miqueas, que predijo la gloria de Bethleém; Aggeo y Malaquías, que vieron al Deseado de las naciones entrar en el segundo templo y llenarlo de gloria; Simeón, que tuvo la dicha de sostener en sus brazos al Redentor del mundo; la profetisa Ana, que hablaba de él á los que sentían latir su corazón por la venida de Aquél que había de ser el consuelo de Judá: todos estaban allí meditando y repasando las promesas recibidas, las palabras proféticas que el Espíritu Santo les inspirara é hiciera pronunciar.



«El cetro no será quitado de Judá, ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y éste será la esperanza de las naciones.»

«Saldrá un renuevo del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor.»

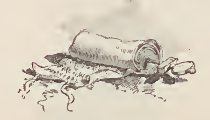
«Sabed que una Virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel, *ó Dios con nosotros.*»



«Y tú, oh Bethleém, *llamada* Efrata, tú eres *un aciudad* pequeña respecto de las principales de Judá; *pero* de tí me vendrá el que ha de ser dominador de Israel.»



Al través de alguna de estas profecías se vislumbra la misteriosa figura de nuestro Santo. José fué el llamado por el gran sacerdote á la honra de esposo de María; la rama que había de florecer, efectivamente floreció en su mano.



Recuérdanse allí al mismo tiempo los paganos oráculos, pues que las profecías sobre la venida del Redentor no se circunscriben sólo al pueblo judío. Ya que el Verbo eterno había de rescatar también á la gentilidad, Dios quiso tener igualmente allí sus oráculos. Los libros sibilíticos, dice M. Ayma, tan precisos respecto al Redentor, que los emperadores romanos prohibían, bajo pena de muerte, su lectura á sus súbditos, llevan su testimonio á la santa asamblea.



«Estremécete, virgen, y regocíjate; pues que Aquel que ha creado el cielo y la tierra te ha dado una dicha eterna. Él habitará en tí.»

«Un hombre excelente descenderá del cielo, el más justo de los hebreos extenderá sus manos sobre una madera fértil.»

«Una sola raíz proporcionará pan para saciar á todos los hombres, cuando la casa de David habrá dado á luz un renuevo.»

«A fin de que el pueblo reconozca que la rama de David ha sido elegida y honrada ante Dios Padre, como la piedra prometida: quien tendrá fe poseerá la vida eterna.»





Todos los ascendientes de María, que son también los de José, pues María, José y Elisabet son primos hermanos, se agrupan alrededor de aquel á quien Dios eligió para guardar al Mesías. Consideran con profundo respeto al hombre humilde, á quien se confiara el alto honor de vivir en la intimidad del *Deseado de las naciones*, del *Emmanuel*

por el que su corazón suspira desde hace siglos. Todo lo que allí pasa no es otra cosa sino el principio de la glorificación de José.



Brilla José con la luz que el Verbo proyecta sobre los que se le aproximan. Él les da á conocer los misterios de la concepción de María y de Jesús, las maravillas de la natividad del Salvador, las apariciones, los cantos de los ángeles, la adoración de los magos, la perfidia de Herodes, la huída á Egipto, la vuelta á Nazareth, los conmovedores detalles de su vida retirada. José les describe al Hijo del Altísimo trabajando como el último de los obreros en su taller, ganando el sustento para María, con el producto de su trabajo; les anuncia su próxima predicación y su sangriento sacrificio en la cruz, cuyas revelaciones Jesús le confiara.



Cada uno de los actos de adorable caridad, de humildad inefable de Jesús, actos de que José fué testigo, no pueden menos de suscitar transportes de amor y reconocimiento.

Los habitantes del Limbo entreveían ya á Satanás despojado de su poder, y al Cristo introduciéndoles en el cielo en medio de las aclamaciones de los ángeles. «Abríos, oh puertas de la eternidad, y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es ese rey de la gloria? Es el Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en las batallas.» Las *hosanna* y los *alleluya* resonaban por todas partes. Su eco penetra hasta los infiernos, que se estremecen de espanto, y los espíritus infernales se preguntan si ha llegado la hora de la libertad de sus cautivos. Así nos pintan las antiguas leyendas los sucesos del otro mundo con perfecta verosimilitud.



Jesús se encuentra en el punto más alto de la colina que constituye la frontera entre Betania y Jerusalén. Era un lugar augusto que habiendo sido el teatro de los primeros sufrimientos de su pasión, va á ser ahora el pedestal de su ascensión gloriosa. Rodéanle algunos apóstoles y discípulos. Después de legarles sus supremos poderes y hacerles sus últimas recomendaciones, les bendice una vez más y se eleva majestuosamente, hasta que una nube misteriosa le oculta á las miradas de aquellos espectadores que contemplan exta-



siados tan sublime escena. Entonces se abren las puertas del Limbo para dar paso á la legión de justos que debe formar la escolta de honor del vencedor del mundo, al entrar triunfante en su reino. Allí estaba José.



Hé aquí á nuestro augusto protector adelantándose hacia las regiones celestes, reflejando en su cuerpo los resplandores que emanan del de Jesús.



En aquella escolta de respeto del Rey de los cielos confúndense ángeles y serafines, principados y potestades; allí está un ejército de justos que siguen en tropel al gran triunfador. Allí se ve á aquellos patriarcas con la aureola de veneración que les circunda, á aquellos profetas junto á los cuales parece que se siente el calor del fuego de su inspiración; aquellos santos cuya vida se alimentó con la esperanza y se engrandeció con la práctica de la justicia. Pero hay uno que sobresale á todos, que se eleva más que todos los otros, tras del cual se dibuja una estela luminosa á través de aquellos espacios inconmensurables: es el carpintero de Nazareth.



Ya ha llegado á las celestiales moradas. Aquel inmenso reino les aparece como una misteriosa gradería, en cuya suprema cumbre resplandece la divinidad. A medida que el Hijo de Dios va subiendo aquellas gradas, deslumbrante de gloria van desprendiéndose del cortejo grupos de santos que pasan á ocupar el sitio que les corresponde según sus méritos. El número de los que siguen á Cristo en su carrera triunfal va reduciéndose á cada momento.



Ya llegó Jesús triunfante á lo alto de la misteriosa cima donde los ardores de los serafines flotan á manera de vapor luminoso que circuye el trono del Altísimo. Allí, en la altura de aquel pedestal de gloria, se extiende, perdiéndose en lo infinito, la atmósfera de la unión hipostática. Allí permanecerá por los siglos de los siglos la humanidad adorable del Verbo de Dios; allí, en grado inferior, se reserva un sitio para aquella que es su Madre.



Al subir á lo más alto de aquella cima, sólo un justo le sigue á Jesús.

¡Este justo es José! En aquellas cumbres quiere Jesús que esté el trono de aquel que le amparó y le alimentó en la tierra, y á quien dió el nombre de padre.



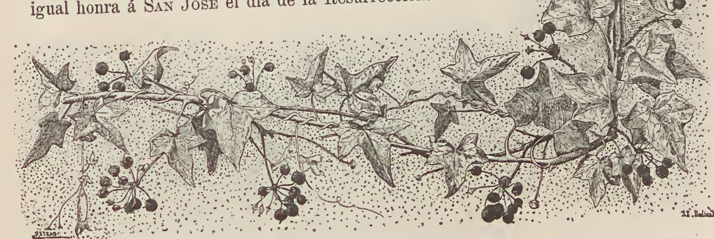
¿Los restos mortales de San José, depositados como fueron en la tierra, aguardarán allí el día de la resurrección general para tomar nueva vida? Respecto al particular la Iglesia nada dice: no tenemos en la palabra divina testimonio alguno evidente que nos autorice para formular un juicio seguro que pueda imponerse á los creyentes. Pero fuera de las verdades que están garantidas por enseñanza clara del Libro divino ó de la Tradición, ó que tienen de su parte la sanción de la Iglesia, hay opiniones que revisten más ó menos valor según los motivos en que se apoyan. Pues bien: tenemos indicios, contamos con ciertas probabilidades que nos inducen á creer que el cuerpo de José no estuvo sometido á la ley universal que condena á todos los descendientes de Adán á que sus restos mortales permanezcan en la tierra hasta el fin de los tiempos y esperen allí su glorificación.



Nadie ignora el exquisito cuidado, la religiosa solicitud con que los cristianos de los primeros siglos de la Iglesia recogían los restos preciosos de aquellos que en vida se distinguieron por el heroismo de sus virtudes. Testimonios los más autorizados nos aseguran que aquellos creyentes se exponían á los mayores riesgos; se imponían toda clase de sacrificios para procurarse los restos de los mártires, que guardaban después, rodeándolos de la mayor veneración. Aquellas primitivas Iglesias no conocían don más rico que el poderse obsequiar mútuamente con reliquias de aquellos que personificaron la fe, la piedad, el celo ó el valor cristiano. Y no obstante, en ninguna parte existe recuerdo de que se haya conservado reliquia alguna del cuerpo de San José; y aunque de aquí no podemos deducir una prueba evidente de que el privilegiado Patriarca fué transportado en cuerpo y alma á la gloria, esta ausencia de reliquias del Santo es otro de los motivos que nos mueven á opinar que así sea.



«Podemos creer piadosamente, dice san Bernardino de Sena, que Jesucristo, Hijo de Dios, que llevó á los cielos el cuerpo y el alma de su querida y gloriosa Madre, otorgaría igual honra á San José el día de la Resurrección.»



San Francisco de Sales se expresa del mismo modo: "¿Cómo había de dejar de conceder esta gracia á San José, quien en vida le había sido tan obediente?... Si en virtud de la Santa Eucaristía entra hasta en nuestros cuerpos un germen de resurrección, ¿cómo no creer que el continuo trato personal con Jesucristo, la intimidad de aquellas relaciones, la honra de haberle llevado en sus brazos, no había de proporcionar al cuerpo de José gérmenes muy poderosos de resurrección, que tuvieron su efecto sin esperar el día del Juicio final?"



Si nos está permitido dudar respecto á esta piadosa creencia, abrigamos absoluta certeza respecto á la glorificación del alma de San José en el cielo.



¿Hay, por ventura, después de María, santo alguno que hiciese por Jesús lo que José hizo; que le amara como José le amó; que le sirviera como José le sirvió; que haya, en fin, merecido más la infinita liberalidad del Verbo divino?



¿Hay uno solo que sea más merecedor, por sus títulos incomparables, por su eminente virtud, de participar de su gloria y de la de su divina Madre?



San Bernardino de Sena confirma esta opinión. «No es dudoso, dice, que Jesucristo elevó á JOSÉ á una dignidad la más sublime durante su vida mortal, y que le había demostrado toda la afección, toda la deferencia de un hijo para con su padre. ¿Cómo le rehusaría en el cielo estas mismas muestras de ternura y consideración?»



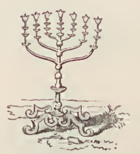
Sobre el mismo asunto el piadoso Gersón añade: «Puesto que Jesucristo ha dicho:—Donde yo esté estará también mi servidor;—deberá estar más cerca de Él en el cielo el que en la tierra estuvo más íntimamente enlazado con Él después de María.»



En efecto, hasta nos extrañaría ver en la gloria á San José separado de Jesús y de la Virgen, ya que fué el jefe de la Sagrada Familia, el amparo en el mundo de la Purísima Virgen y del Hijo de Dios que vino á la tierra con las debilidades de la infancia. Sí: el lugar de San José en el cielo está cerca de María, en una gloria menor á la de la Virgen, pero superior á la de los santos. Así nos lo da á creer hasta el buen sentido cristiano.



Es, pues, permitido á los piadosos servidores de este Patriarca, contemplarle entre los esplendores que rodean el trono de María y los que descienden del de Jesús; allí está en un mar de eternas delicias, participando según sus méritos de la dicha de la Virgen incomparable, y ayudándola en cierto modo á obtener que Dios prodigue gracias sobre la tierra.



Jesús y María se complacen en reconocer lo que hizo por ellos durante su vida mortal. Los santos adoran en él la

eminente dignidad con que el Todopoderoso le invistiera. Por esto la Iglesia, que tiene la representación de su cabeza invisible, que es Jesucristo, publica por toda la tierra la gloria incomparable de José, y no cesa de celebrarla en sus himnos; y por esto también los fieles muestran una confianza cada vez mayor en los méritos de este amado príncipe de los patriarcas.



Parécenos que el ministerio de José cerca de Jesús y de María, con los derechos que sobre ellos ejercía, es más excelso que el del mismo Precursor, por más elevado y santo que se le suponga; y sin que abriguemos la pretensión de fallar en asunto tan delicado, bien podemos sostener una opinión que viene autorizada con lo que enseña el eximio teólogo Suárez: «No considero temeraria ni improbable, antes bien piadosa y verosímil, la opinión que admite que San José supera á los demás santos en gracia y en felicidad, porque, según yo creo, nada hay en la Escritura ni en los Santos Padres contrario á este modo de ver.»



«Sin duda, escribe el piadoso Gersón, hay en el cielo santos que ocupan sitios muy eminentes: los apóstoles, por ejemplo. Pero si el Precursor ocupa el primer puesto entre los profetas, si los apóstoles se ven elevados á un rango muy distinguido, esto es en orden á la Iglesia, pero no en orden á la unión hipostática, donde no figuran más criaturas humanas que María y José. Y como quiera que el misterio de la Encarnación es el punto culminante en el orden de lo sobrenatural, la gloria de los santos esposos se eleva sobre la de todos los otros santos.»



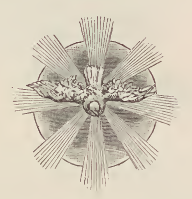
No se olvide lo que ya llevamos dicho: José fué el custodio de Aquél que es Hijo de Dios y Dios como su Padre. A José puede calificársele de salvador del Salvador del mundo, porque nadie como él le salvó de los mil peligros que le amenazaran al venir á la tierra; José fué, en fin, en la tierra, el superior, el jefe del que es superior y jefe de todo lo criado; fué su padre nutricio, su tutor, su guía, su ayuda, su amigo, su defensor.



Los que alimentan á Jesús en la persona de los pobres, merecen una gran recompensa, y el Espíritu Santo les pro-



mete abundancia de bienes temporales y eternos. Pero José alimentaba á Jesús en la persona de Jesús mismo; Jesús pudo decir personalmente á José: *Tengo hambre*, y José le dió de comer; *Tengo sed*, y José le dió de beber. Si conforme enseñó el eximio Suárez, el pecado de los judíos revistió gravedad especial por haberse cometido en la misma persona del Salvador, por idéntica razón los servicios de José hubieron de revestir un mérito extraordinario. Si Dios en los libros Santos, al que recibió un profeta, como tal ofreció darle el premio de los profetas, con mayor razón se había de recompensar magníficamente al que tuvo en su casa al mismo Hijo de Dios, reconociéndole como tal.



Todo poder le fué dado á Jesucristo en el cielo y en la tierra, y siendo así, la razón, el buen sentido, todo nos dice que en el cielo donde reina Jesús, éntre el Redentor y aquél á quien en la tierra le dió el nombre de padre; es menester que no se interponga santo alguno por grande que sea, y no se concebiría que permaneciera lejos del Rey de la gloria aquel varón que le tuvo treinta años en su casa y que le amó con un amor el más tierno, el más constante, amor sujeto á veces á bien rudas pruebas.



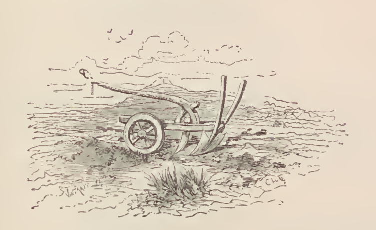
María es la Reina de los cielos; *Regina cœli*, así la llama la Iglesia, y en aquellos dominios celestes en los cuales la esposa de José ciñe la corona de reina, no es posible que haya criatura alguna colocada en sitial más alto que su esposo. Estuvieron demasiado unidos en la tierra para que se hallen separados en el cielo. Los ángeles, los santos á María la llamaron reina; sólo José tiene el derecho de llamarla esposa.



¡Qué felicidad, qué placer tan grande experimentaría José al oir de los divinos labios de Jesús: — Venid, padre mío; venid á disfrutar del reino que os está preparado desde el principio del mundo y que tenéis bien merecido por lo que hicisteis en la tierra, no ya en favor de alguno de mis pequeñuelos, que en mí creen, sino en favor de mí mismo, en persona! Me presenté en el mundo; nadie quiso recibirme y vos me preparasteis lugar abrigado y seguro donde nacer; era huérfano y encontré en vos un padre excelente. Justo es que en cambio del hogar en que á mí me abrigasteis en el destierro, yo os conceda un puesto honorífico en la patria; y ya que vos me vestisteis en mi desnudez, yo os vestiré á vos con los adornos más preciosos de la gloria; ya que vos saciasteis mi hambre con los recursos de vuestro trabajo, yo os saciaré eternamente en el festín del cielo; ya que vos me



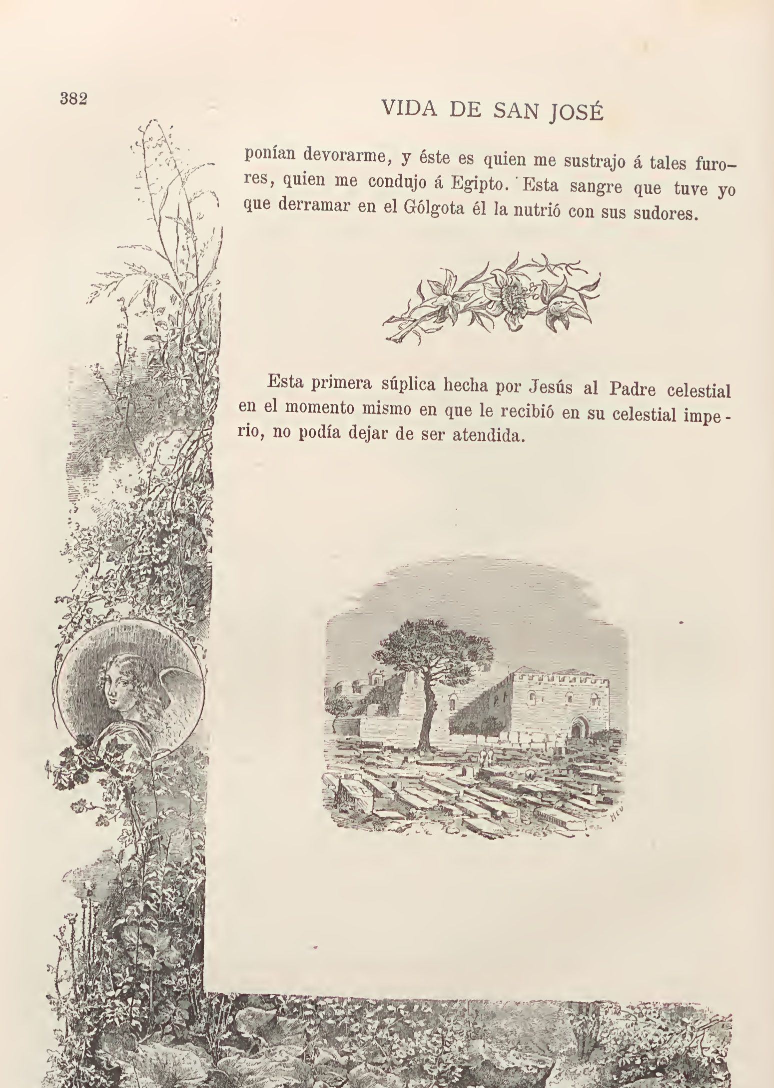
disteis de beber, yo os embriagaré en el torrente de las delicias divinas; ya que vos os resignasteis á toda clase de privaciones para atender á mis necesidades, yo os haré gozar de ese descanso que va unido á una dicha inefable. ¡Venid, venid á disfrutar de todos estos bienes!



Cuando juzgamos el mundo de lo divino por lo que pasa en el mundo de lo humano es natural que nos figuremos á Jesús ante su Padre celestial presentándole á José y diciéndole con mayor expresión y ternura que el joven Tobías hablando de su conductor, que ignoraba fuese un Arcángel en forma humana: —Padre mío, en el largo y penoso viaje que tuve que hacer al través del imperio del pecado y de la muerte, en esta carrera de sufrimientos en que vuestro Hijo iba á realizar la regeneración humana, principiando en las privaciones de un pesebre y terminando en la ignominia de una cruz, este es el justo que me protegió, que se constituyó en mi amparo. Son los brazos de este varón venerable los que me sostuvieron en mi infancia; es este pecho sobre el que descansé mi cabeza; es este el primer corazón que palpitó con el mío, después del de mi madre. Apenas acababa yo de nacer, cuando uno de aquellos monstruos que aparecen en la degenerada raza de Adán se pro-

ponían devorarme, y éste es quien me sustrajo á tales furores, quien me condujo á Egipto. Esta sangre que tuve yo que derramar en el Gólgota él la nutrió con sus sudores.

Esta primera súplica hecha por Jesús al Padre celestial en el momento mismo en que le recibió en su celestial imperio, no podía dejar de ser atendida.



Capitulo XXII

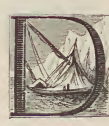






XXII

DEVOCIÓN Á SAN JOSÉ



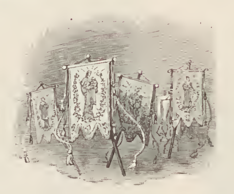
Desde que San José reside glorificado en el cielo, no es ya sólo un modelo de virtudes, es también, cerca de Dios, un poderoso protector para los hombres, y hasta diré el más poderoso después de la Santísima Virgen.

Tan privilegiado fué en la tierra entre todos los santos, que la Iglesia le canta en sus himnos: «En vida, fuiste igual á los espíritus celestiales; tú gozas de Dios; ¡qué feliz

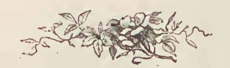




suerte la tuya!» ¿Qué es lo que será, pues, nuestro Santo en el reino de Cristo?



Si es verdad, como pretenden algunos autores, que María, en su carácter de *Reina de los ángeles,* no tuvo necesidad de ángel custodio; si á ella su cualidad de *Madre de Dios* la hacía muy superior á los espíritus angélicos, pudiendo prescindir de que ellos se constituyeran en sus protectores; si no se concibe á María guardada por los ángeles, pues que los ángeles se honran con ser sus servidores y ministros; ¿no es verosímil que siendo José el elegido por Dios para proteger la reputación de María, preservarla del oprobio, socorrerla en sus necesidades, velar sobre ella y sobre el divino Niño, proveer á su sustento; no es verosímil, decimos, que José fué verdaderamente cerca de María y de Jesús *encargado divino, præfectus Dei?*



La Iglesia en su liturgia, siempre exacta en sus palabras, confirma plenamente nuestra interpretación.

«El Señor, dice en el oficio de 19 de marzo, *lo ha establecido señor de su casa y le ha hecho príncipe sobre toda su posesión.*»



Los güebros, descendientes de los persas, adoradores del fuego, creen que su profeta Zoroastro nació de una Virgen, *casada con un obrero*, después de la aparición de un ángel; y como si esta creencia debiera comunicarles algunos rasgos comunes con los hijos del Evangelio, los viajeros están contestes en decir que los güebros son dulces, fieles, bienhechores y hospitalarios.



«El Dios de los siameses, *Espectación del universo,* nació de una Virgen visitada por un rayo de sol, sin causar á la madre dolor alguno. *Su infancia fué protegida por un Señor de la misma familia que ella y como ella virgen.*»





La creencia de la encarnación del Verbo estaba extendida en América mucho antes de su descubrimiento. Los macénicos en el Paraguay, refirieron á los primeros misioneros que era de fe para ellos, que en época remota una Virgen fué madre; *que su hijo, de niño fué guardado por un gran jefe;* que obró grandes milagros; que al fin de su

carrera terrenal se elevó por los aires en presencia de sus discípulos, y *se convirtió en el sol que alumbra la tierra.* Y san Juan ha escrito: «Esta es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.»



Los americanos del Norte se consideraban descendientes de una mujer virgen que había sido fecundada por un Dios durante su sueño, y puesta luego *bajo la protección de un gran jefe.*



Yo pregunto á todo hombre de corazón: ¿Jesús y María pueden rehusar algo á San José? El recto sentido cristiano basta para darnos á comprender que el Padre celestial concede el supremo grado de favor á aquél á quien honró en la tierra con santidad tan eminente que supera á la de los otros santos, salvo siempre la supremacía que en este orden le corresponde á la Virgen Santísima. Así lo vienen reconociendo desde los primeros siglos del cristianismo todos

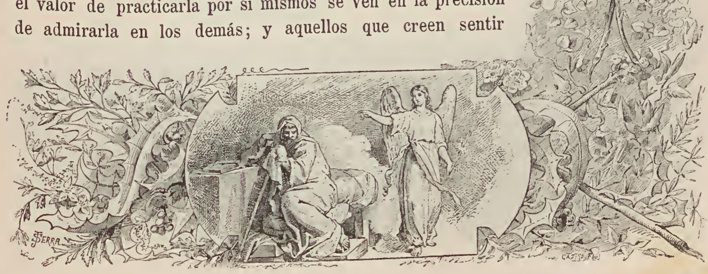
los Padres y doctores que se han venido ocupando del glorioso Patriarca. Podemos citar, entre otros, á san Gregorio Nacianceno, que dice: «El Señor concentró en José como en un sol, toda la luz y esplendor que tienen los demás santos juntos.» Después de este pasaje ¿no estamos autorizados para decir con los predicadores modernos más ilustres, que San José es el santo más poderoso del cielo, después de la Virgen Santísima?



Aunque estas consideraciones sean evidentes y el buen sentido cristiano no las haya jamás desconocido, el culto á San José cuando ha tenido más extraordinario desarrollo ha sido en la era moderna.



Por regla general la virtud arroja en torno suyo, hasta acá en la tierra, ciertos resplandores que llegan á herir la vista aun del más indiferente. Aquellos que no tienen el valor de practicarla por sí mismos se ven en la precisión de admirarla en los demás; y aquellos que creen sentir



su cabeza demasiado débil para sostener su majestuosa corona, tienen que abrir paso á los que la ostentan é inclinarse ante ella con respeto. Y cuando la virtud traspasa los límites de lo ordinario y sube á las cumbres del heroismo, entonces no sólo impone respeto sino veneración.

Frecuentemente el cielo toma también su parte en este concierto de alabanzas y circunda la figura del santo con la aureola de los milagros.

Por mucho que la virtud heroica se empeñe en ocultarse, los hombres se sienten atraídos por su secreto imán; y las flores de la santidad dejan percibir á lo lejos la dulzura de sus aromas, aun cuando se escondan tras las paredes de un claustro ó en las inmensidades de un desconocido desierto.

Do quiera que la virtud se oculta allí la ve Dios, que marca en la frente del hombre virtuoso el sello de la patria ausente que hace visible á los compañeros de destierro.



El mundo, con ser tan perverso como es, no niega su gloria ni aun á la virtud, y esto ni cuando persiste más en huir de ella.



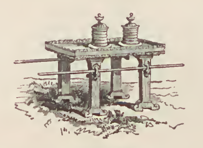
San Isidro no es más que un pobre y oscuro labrador; pero aquel hombre, en medio de las tareas del campo, fué un gran santo, y la corte de España, tan espléndida como fué en los días de su pasada grandeza histórica, corrió á postrarse á los piés del varón rústico que se dedicó á las rudas tareas de la labranza.



No han pasado treinta años desde que vivía en ignorada aldea un pobre sacerdote. No fué ni literato, ni orador, ni político, y no obstante las masas corren hacia Ars y todos desean ver con sus propios ojos las huellas de una santidad que se ocultaba tras el humilde hábito de un cura de aldea. Y este no es un fenómeno pasajero que se manifiesta en una hora de entusiasmo, no; el hecho viene reproduciéndose desde el día de su muerte á la faz de un mundo descreído que no sabe qué decir de esta manifestación permanente de lo sobrenatural.



Algún tiempo antes, Benito José Labre supo ocultar su vida extraordinaria de penitencia al través de los girones con que se cubre la mendicidad. Todavía se enseña en Roma la piedra en que se sentaba junto al dintel de una iglesia que se halla á poca distancia del Coliseo.



Si la vida y la muerte de los santos pasan como desapercibidas de los hombres, su memoria no puede permanecer por largo tiempo en la sombra en que les envolvió su humildad; Dios quiere que á más de Él haya otros testi-

gos de ciertas inmolaciones heroicas, que no son menos grandes sólo porque se realizan lejos del ruido del mundo. Junto á aquel sepulcro ignorado donde reposan los restos de los santos, está la Iglesia que quiere que la losa sepulcral que oculta el cadáver de un santo sea un monumento de edificación y no una piedra de olvido, y saca de su ignorada soledad aquellas reliquias que, á manera de flores celestiales, dejan percibir al través de las tumbas el buen olor de Jesucristo. Gracias al poder que le fué dado, la Iglesia, como Jesucristo al mandar á Lázaro que saliese de su sepulcro, les grita también con toda la fuerza de su corazón de madre: *¡Veni foras! ¡Salid de ahí!* y los eleva sobre los altares para que grandes y pequeños, reyes y pueblos, vayan á prestarles el tributo de su piadosa veneración. Son astros que Dios coloca en el cielo de su Iglesia para que desde allí alumbren el mundo. Importa poco que sea un san Fernando rey ó un san Isidro labrador; ante la Iglesia, como ante Dios, no hay otro nivel que el de las buenas obras. Los cetros y las coronas valen poco; lo que vale son las almas engrandecidas por el heroismo de las virtudes.



¿Verificóse esto con San José? Recordemos lo que fué durante su vida y después de su muerte. Preguntemos á aquellos habitantes de Nazareth que le conocieron y que le trataron. ¿Qué pensaban de él? ¿En qué concepto le tenían?

Ni aun disfrutó de ese prestigio que da el infortunio. Perteneciendo á una raza de reyes, descendiendo de David por la familia de Jessé y de Zorobabel, en cuya persona revivieron los antiguos príncipes de Judá, pudo aspirar á la herencia del trono de sus mayores, estando como estaba extinguida la familia de los Macabeos. Pero en Nazareth nadie ve en José la sangre real que circula por sus venas; allí no ven sino al humilde artesano con sus manos encallecidas, con su frente mojada por el sudor, con su vestido humilde.



Si en Nazareth preguntan por José, por sus cualidades, aquellas gentes contestarán sin duda que es un hombre de bien, un varón honrado, muy tratable, muy servicial, quizás un poco austero: no saben nada más. Para apreciar las heroicas virtudes de José aquellas gentes no pueden decir otra cosa. De esto á lo que consigna el Evangelio cuando le presenta como el tipo de la justicia, *cum esset justus,* va una inmensa distancia. José era el *Justo* en toda la expresión, en toda la fuerza de la palabra; era el tipo acabado de todo lo que en la tierra puede contribuir á personificar la justicia.



Las sombras que ocultaron á las miradas de los hombres la vida tan heroica y la muerte tan extraordinaria de SAN JOSÉ, envolvieron el recuerdo glorioso del santo durante larga época en que el culto que se le profesó no estuvo proporcionado á la alteza de sus cualidades y de sus merecimientos.



Pero llegó un día en que la Providencia, que conoce tan perfectamente las necesidades de los tiempos, disipó aquellas sombras é hizo que el mundo cristiano conociese el valor de aquel tesoro oculto; llegó un día en que aquel astro, que escondido por siglos enteros tras el horizonte sólo despedía algunas vagas claridades, se levantó majestuoso, imponente, hasta llegar á una altura tal que en el firmamento de la santidad cristiana ninguna criatura, después de la Virgen, obtuvo de la fe y de la piedad tantas y tan espléndidas honras; y aquel JOSÉ, que en otros siglos pasaba casi desapercibido en los públicos homenajes que la Religión tributa á sus héroes, fué declarado solemnemente el protector más augusto, el Patrón de la Iglesia universal.

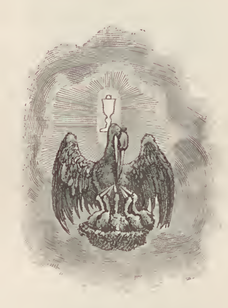


Es doctrina del Espíritu Santo que Dios, en la realización de sus inexcrutables designios, á la par que obra con por-



Benedicta tu in
mulieribus, et
benedictus fructus
ventris tui

tentosa fuerza, procede con encantadora suavidad. Su paciencia en la gobernación del mundo desconcierta esa precipitación que á nosotros, pobres mortales, nos es natural, dado el corto período de tiempo que separa nuestro sepulcro de nuestra cuna. Cuando acariciamos un plan, cuando tenemos interés en la realización de un proyecto, cuando en el camino de nuestra posición, de nuestra fortuna ó de nuestra gloria humana nos empeñamos en llegar á un punto determinado, todo entorpecimiento nos contraría, todo retardo nos subleva. Y esto se concibe: como el porvenir no nos pertenece, tememos no llegar jamás al goce de nuestros ideales. Dios no se precipita nunca: para obtener sus fines tiene á su disposición la eternidad.



La Iglesia tenía que tratar con mucha delicadeza á las sociedades paganas, sociedades de ideas carnales y groseras á las que se adelantaba sin otra cosa que una cruz de palo. Para conquistar aquellos pueblos embrutecidos en el paganismo, en la adoración del hombre por el hombre, todos los miramientos eran pocos.

Hasta para el más augusto de los sacramentos, la santa Eucaristía, el gran misterio del amor de Jesucristo, fué indispensable acudir á la ley del secreto; y aun así, cuando las sublimidades de la santa comunión, al través de las catacumbas llegaba á vislumbrarlas aquella sociedad tan materializada, esto daba lugar á las más atroces calumnias; y sólo envolviéndolo en un secreto, que no se revelaba sino á los creyentes, el augusto dogma pudo atravesar aquellos siglos de persecución, á fin de evitar el escándalo de los débiles y de los pequeños, ya que no evitara las iras de los poderosos. Así fué que, con una delicadeza verdaderamente maternal, la Iglesia habituó insensiblemente los ojos enfermos del hombre nuevo á la brillante luz de nuestros dogmas católicos, hasta que llegó el día en que ella pudo hacerles subir á las cumbres del espiritualismo cristiano desgarrando allí el velo con que á los ojos de los profanos tenía que envolver las más encantadoras de nuestras doctrinas.



Hé aquí lo que se verificó con San José respecto de su culto basado en la paternidad putativa que ejerció sobre Jesús.

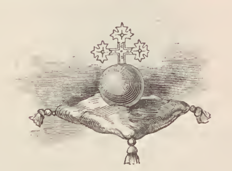


Su presencia, tan necesaria en la cuna de Bethleém y en la pobre vivienda de Nazareth, ya no lo fué en el Calvario donde espiró, y en los altares donde, después de resucitado, Jesús recibió el incienso de las primeras adoraciones. Allí, al contrario, la presencia de José habría tenido sus inconvenientes. Era menester que allí no apareciese el padre putativo, á fin de que aquella generación ignorante no correspondiese con una burla ó con un grosero desdén á aquel grito que la Santa Víctima lanzó, encomendando su espíritu á su Padre celestial en el momento de espirar. Procediendo con exquisito tacto la Iglesia no hizo que brillara en los primitivos tiempos cristianos el culto del Patriarca, á fin de que la imaginación popular, imbuída completamente de ideas carnales, no alterara la hermosa noción de la virginidad y de la concepción milagrosa que precedió á la restauración espiritual del linaje humano.



Tanto es cierto lo que acabamos de decir, que Cerinto, judío gnóstico del siglo primero, discípulo de Simón el Mago, «tuvo ya, como dice un piadoso autor, la temeridad de fijar sus ojos enfermos en este foco de luz, y pagó su osadía saliendo de allí, no sólo deslumbrado, sino hasta ciego; pues queriendo elevar á José á la categoría de padre real y verdadero de Jesucristo, arrebató á María una de las perlas más preciosas de su diadema, que es la virginidad, y dió á Jesús un carácter inmensamente inferior al que tiene

como Verbo de Dios que al hacerse hombre fué concebido por obra del Espíritu Santo.» (Patrignani, *Devotion à Saint Joseph*). El P. Segnier aduce este mismo argumento que en su pluma aparece aún revestido de mayor fuerza.



La devoción á San José, mucho antes de aparecer en todo su esplendor, brillaba ya como una flor preciosísima en lo más reservado del jardín del cristianismo.



La devoción de Jesús, María y José empezó á germinar en el pesebre; pero si el germen fué echado allí simultáneamente no debió ser simultáneo su desarrollo. Primero fué el culto de Jesús; Él debió absorber cuanto había de precioso en la piedad naciente. Siguió casi simultáneamente el culto de María, y por fin, tras largo intervalo de tiempo, que se explica perfectamente por razones providenciales, vino el gran desarrollo del culto de San José, tal como hoy lo admi-





ramos, que si tardó en adquirir el actual estado de esplendor, su propagación, en cambio, ha sido rapidísima.

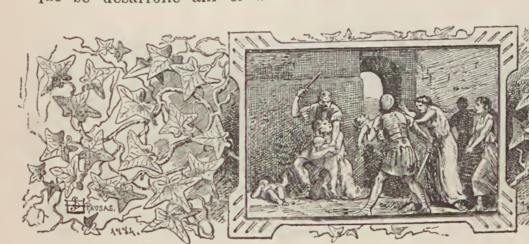
Conforme llevamos ya consignado, no es que en tiempo alguno el culto á San José haya dejado de tener sus fervientes devotos; pero ténganse en cuenta las condiciones de nuestra época y se comprenderá la causa del desarrollo de esta devoción tan querida de todas las almas sólidamente piadosas.

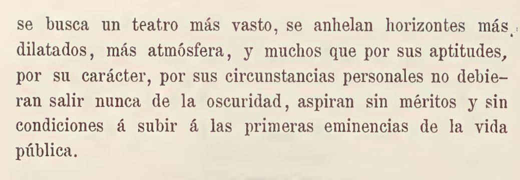
¡Qué siglo el siglo xix! Vino cuando acababa de tener lugar con todos sus funestos resultados aquella tremenda conmoción que hundió en un abismo de sangre y de lodo á una nación que se dejó desvanecer por su admiración egoista del hombre, de sus facultades, de su razón, de su libertad, á las que erigió en ídolos, les levantó altares, les ofreció un culto é inmoló en vergonzosas aras cuanto había de sublime en su fe; cuanto había de fecundo en sus

tradiciones religiosas, sociales y domésticas; cuanto había de elevado y de puro en sus costumbres como nación cristiana. El siglo XVIII, su último período lo pasó en la fiebre, en convulsiones epilépticas, cuyo recuerdo se consigna hoy en vergonzosas páginas de sangre. Inútil es decir que en aquel período se abusó de todo, se exageró todo; y hé aquí cómo se explica el por qué el siglo XIX, percibiendo aún aquella fatal tendencia á los extremos, desconoce aquel justo medio en que nuestros teólogos y moralistas han hecho consistir siempre la virtud. Y si bien es verdad que el hombre está expuesto hoy, dadas las tendencias de la época, á extraviarse, á extremarse en el camino del bien, es en el camino del mal donde estos extremos pueden producir más funestos resultados, porque la pendiente del mal es la más fácil de seguir y son siempre los más los que se sienten inclinados á recorrerla. El abismo atrae. ¡Cuántos se han hundido en el abismo del mal por dejarse fascinar por ciertas impulsiones que, contenidas dentro de su justo límite, pudieran producir sus ventajas!



Hoy todo son intemperancias: intemperancia en gozar; intemperancia en poseer; intemperancia en ver colmadas las aspiraciones de la soberbia, aun cuando sea pasando sobre ruinas; intemperancia en querer brillar, en levantarse sobre el nivel de los demás hombres. Ya la vida privada, el hogar doméstico parece escenario demasiado estrecho para que se desarrolle allí el drama de la existencia humana;





se busca un teatro más vasto, se anhelan horizontes más dilatados, más atmósfera, y muchos que por sus aptitudes, por su carácter, por sus circunstancias personales no debieran salir nunca de la oscuridad, aspiran sin méritos y sin condiciones á subir á las primeras eminencias de la vida pública.

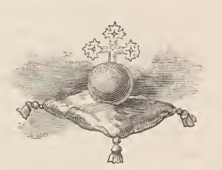


Es menester, pues, presentarle á nuestro siglo este tipo acabado de la humildad, el varón justo, libre de apasionamientos, exento de toda clase de exageraciones, que no figura al lado de Jesús, sino durante el período de su vida privada.

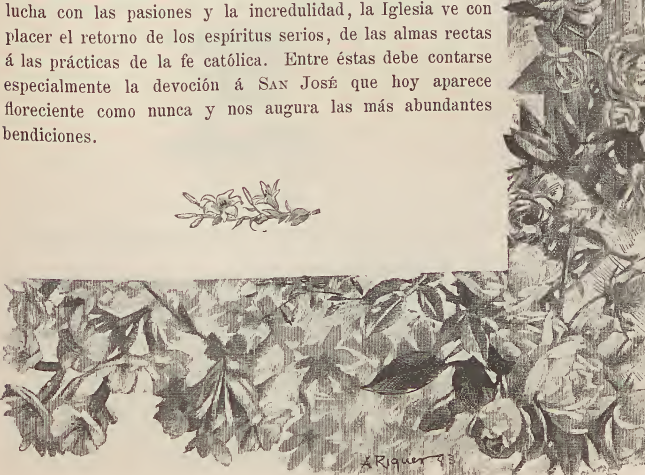


La divina Providencia, que da á cada período de la historia medios particulares de santificación, y que tiene manifiestamente reservado para el nuestro un notable crecimiento de la devoción de la Virgen, ha dispuesto igualmente extender en nuestros días el culto de San José. Difícil nos es abrigar sobre ello la menor duda. Los numerosos escritos dedicados al santo, la avidez con que es acogida toda obra de

piedad que á él se consagre constituyen innegables testimonios de lo que venimos diciendo.



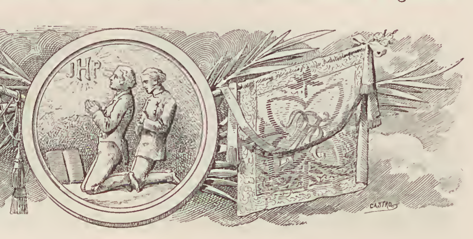
Al empezar el siglo XVII, una espantosa peste que diezmó el mediodía de Francia, y cuyo fin, especialmente en Aviñón, fué atribuído á la intercesión de SAN JOSÉ, contribuyó por manera muy poderosa á extender esta devoción por la nación vecina. Pero el siglo XVIII con su incredulidad y su libertinaje, y después la Revolución con sus sangrientos desórdenes, retrasaron tan feliz progreso. Nuestro siglo, por fin, cansado de tantas agitaciones, después de tener que devorar amarguísimos desengaños, se siente impelido á dirigir la mirada á la religión, y con esto, al obedecer las modernas sociedades al instinto de conservación, se ven precisadas á reanudar la interrumpida cadena de las más consoladoras tradiciones; y á pesar de la perpetua lucha con las pasiones y la incredulidad, la Iglesia ve con placer el retorno de los espíritus serios, de las almas rectas á las prácticas de la fe católica. Entre éstas debe contarse especialmente la devoción á SAN JOSÉ que hoy aparece floreciente como nunca y nos augura las más abundantes bendiciones.



Los soberanos Pontífices, que han sido los primeros propagadores de la devoción al santo, no han cesado de recomendarla con sus exhortaciones y enriquecerla con especiales privilegios, instituyendo fiestas y cofradías en honor del glorioso Patriarca. Dos festividades principales le consagra la Iglesia católica; la una el 19 de marzo, y la otra, con el título de Patrocinio de San José, el tercer domingo después de Pascua. Numerosas cofradías se han erigido, con este mismo título, en diversos puntos, y asociaciones de obreros aun más numerosas se forman todos los días en grandes capitales, bajo la invocación de este glorioso patrón de los artesanos. Las Órdenes religiosas se glorían de honrarle particularmente y procurar en todas partes su devoción. Los sacerdotes le consagran las más augustas funciones de su ministerio para que les comunique Dios la gracia de poder vivir, á ejemplo de José, en la intimidad de Jesucristo. Las almas le piden su espíritu de recogimiento y su tierno amor para con Jesús y María. Los padres de familia le invocan como patrón del hogar doméstico; los esposos como modelo y custodio de la fidelidad conyugal; los niños como el tutor más perfecto y más poderoso; en fin, todos los cristianos, como su más seguro socorro, en particular en el terrible trance de la muerte; de modo que todas las Órdenes, todas las clases encuentran en él títulos á su confianza y estímulos por la devoción al glorioso Santo.



Entre los escritores que más han contribuído á ganarle



corazones, debemos citar al elocuente y piadoso Gersón, canciller de la Universidad de París á fines del siglo XIV; á san Bernardino de Sena, uno de los hombres más elocuentes de su tiempo; á nuestra insigne doctora santa Teresa de Jesús, la ilustre reformadora de la orden Carmelitana; á san Francisco de Sales, cuyos escritos andan en manos de todas las personas piadosas. Todos conocen á los PP. Barri, Lallemant, y tantos otros escritores ó predicadores célebres que sirven de modelo á los de nuestro tiempo.



San José no pertenece á ningún pueblo ni á ninguna clase en particular; su devoción, como la de María, es universal. Quien conoce y adora á Jesucristo, conoce y honra á su glorioso padre; quien le escoge por protector suyo tiene que reconocer la eficacia de su intercesión cerca de Dios.



¿Queréis el testimonio de santa Teresa, que por su intermediación obró tantas maravillas? De diez y seis monasterios que fundó, por regla general sin ninguna clase de recursos, le consagró trece. «No recuerdo haberle pedido



cosa que no la haya obtenido. Cosa maravillosa es el número de gracias de toda especie que Dios me ha concedido, y los peligros, tanto del cuerpo como del alma, de que me ha librado con su intercesión mi amadísimo santo.

»Parece que el Señor ha concedido á los demás bienaventurados el poder de socorrernos en ciertas necesidades especiales; pero nuestro santo puede socorrernos en todas, como la experiencia lo prueba; y con esto Dios Nuestro Señor nos da á entender que, así como le fué sumiso en todo en la tierra, quiere también en el cielo condescender con su voluntad. Esto lo experimentan todos los días muchas Hermanas á quienes les aconsejo el encomendarse á San José. Las gracias que por su mediación obtienen las han llenado de reconocimiento y de devoción. Por la experiencia que tengo de los favores que San José alcanza de Dios quisiera poder persuadir á todos que rogasen á este glorioso santo. De todas las almas que verdaderamente le son devotas y que públicamente hacen profesión de honrarle, no conozco una que no haga cada día nuevos progresos en la virtud: tan poderosamente ayuda á las que se ponen bajo su protección.

»Hace muchos años que al llegar el día de su fiesta le pido una nueva gracia; jamás he dejado de conseguirla. Hasta he observado que si la gracia pedida no era la que

necesitaba, el buen santo sabía convertirla en bien de mi alma.

»Si alguno encuentra dificultad en creerme, le suplico haga la prueba, por el amor de Dios; verá por experiencia cuán ventajoso es encomendarse á este glorioso Patriarca, y colocarse en el número de sus servidores. Esto que digo se dirige sobre todo á las personas que oran; deberían dedicarse á amar de todo corazón á este gran maestro de la vida interior.»



Podríamos citar innumerables ejemplos en apoyo de estas palabras de santa Teresa, sacados unos de su propia vida, otros de los santos personajes que le han honrado particularmente. Los escritos que sobre esta devoción se han publicado están llenos de ellos.



Ateniéndonos completamente á las reglas establecidas por la Iglesia, referentes á los hechos maravillosos, protestamos que los que vamos á reproducir en las páginas de este libro no figuran entre los milagros reconocidos por la autoridad



legítima; los contamos sencillamente como rasgos edificantes tomados á autores estimables, recogidos en fuentes autorizadas. No queremos atribuirles otro carácter ni otro valor.



El P. Lallemant, este fiel y celoso servidor de San José, estaba tan persuadido de su inagotable bondad, que no temía hacer promesas en su nombre á aquellos á quienes quería convertir á su confianza. Siendo superior de un colegio, prometió á dos jóvenes profesores el obtenerles la gracia que pidiesen, con tal que se comprometieran á preparar dignamente á sus discípulos para la fiesta del Santo. Ambos profesores cumplieron tan bien, que todos los discípulos de sus clases recibieron la santa comunión el día del Santo. Entonces fueron á decir al P. Lallemant la gracia que deseaban. Uno de ellos, el P. Nouet, que había pedido el don de hablar y escribir dignamente de Nuestro Señor, volvió á la mañana siguiente á decirle que había cambiado de deseo por considerarlo demasiado peligrosa para el amor propio. Pero el santo hombre le respondió: «Ya no es tiempo; la gracia ya está concedida.» Sabemos cuánta unción el P. Nouet ha derrama-



do en sus obras. El otro religioso no quiso descubrir su secreto; pero declaró que había sido atendido completamente.



El medio más eficaz para adquirir la protección de San José es merecerla por la práctica de las virtudes humildes y fuertes, de que él nos dió tan hermosos ejemplos y que constituyen el carácter propio de su devoción. «¡Oh, cuán dichosos seremos, dice san Francisco de Sales, si podemos merecer participar de su santa intercesión! pues que nada le será rehusado ni por Nuestra Señora, ni por su glorioso Hijo. Nos obtendrá, si tenemos confianza en él, un santo crecimiento en toda clase de virtudes, pero especialmente en las que tenía en más estima que las demás, que son la santa pureza de cuerpo y de alma, la amabilísima virtud de la humildad, la firmeza, el valor y la perseverancia: virtudes que nos harán victoriosos de nuestros enemigos en esta vida, y nos alcanzarán en la otra eterna recompensa.»



Durante la peste que asolaba la ciudad de Lion, en 1638, un abogado del parlamento del Delfinado se encontraba en aquella ciudad con toda su familia. Uno de sus hijos, de siete años de edad, se vió afligido por el azote. Los síntomas fueron pronto tan alarmantes que se desesperó de salvarle la vida. El padre, que tenía gran confianza en San José, hizo voto de ir durante nueve años á oir misa en la iglesia á él consagrada, de hacer arder constantemente cirios ante su imagen y colocar, si su hijo curaba, un ex-voto con una inscripción que recordase á la posteridad el favor obtenido por su intercesión. Momentos después, habiendo los médicos ido á visitar al enfermo, declararon que moriría dentro dos ó tres horas, y ordenaron llevarle al lazareto. A esta nueva, la desolada familia cae de rodillas, y redobla sus súplicas; gime, llora é invoca sollozando á San José. Sin embargo, se llevan al apestado y su padre le acompaña rezando... Apenas llega al lazareto, el niño se siente mejor; lo declara así; le examinan, y con admiración le declaran curado. Júzguese de la alegría del padre. Bendice mil veces á Dios y á San José; toma á su hijo y se lo lleva en sus brazos. La madre estuvo á punto de morir víctima de los efectos de la sorpresa y de la alegría. La novena de súplica se cambió en acciones de gracias.



El P. Barri, que cuenta esta curación, la oyó de boca del mismo padre del niño y poseía un certificado de ella.



En la Vida de San José, de M. Ayma, encontramos este hermoso pasaje: «Decimos á esta pobre humanidad desolada con calamidades más crueles que las del antiguo Egipto: —Id á José. *Ite ad Joseph.*»

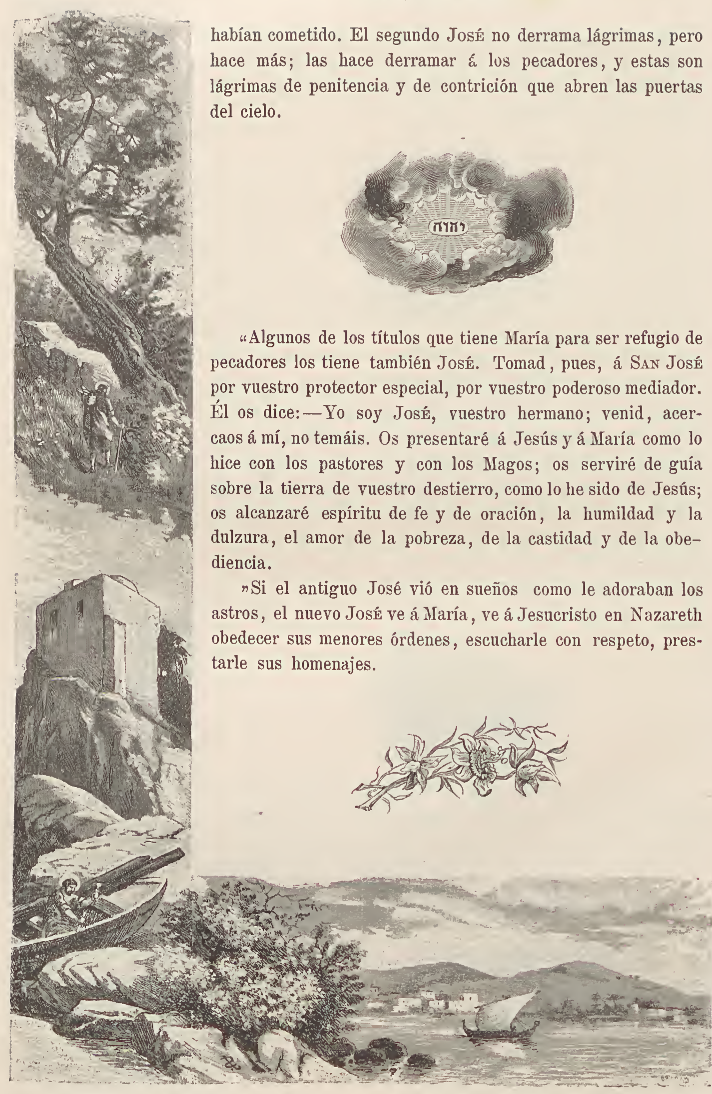


«El anciano patriarca sólo dió á los egipcios el pan del cuerpo: San José ha alimentado y conservado con la más tierna solicitud, para toda la sucesión de los elegidos, á Aquél que nacido en Bethleém, *la casa del pan,* es el pan del cielo y de la vida celestial.» — «Sobre todo quisiera que los pobres pecadores, para salir más pronto del abismo en que se hallan, recurriesen á San José, con el mismo ardor que el desgraciado caído en profundo foso implora á gritos el socorro de los que pasan.»



«El antiguo José no pudo contener sus lágrimas al ver á sus hermanos llenos de temor, despedazados por los remordimientos, traspasados de dolor al recordar el fratricidio que





habían cometido. El segundo José no derrama lágrimas, pero hace más; las hace derramar á los pecadores, y estas son lágrimas de penitencia y de contrición que abren las puertas del cielo.

«Algunos de los títulos que tiene María para ser refugio de pecadores los tiene también José. Tomad, pues, á San José por vuestro protector especial, por vuestro poderoso mediador. Él os dice:—Yo soy José, vuestro hermano; venid, acercaos á mí, no temáis. Os presentaré á Jesús y á María como lo hice con los pastores y con los Magos; os serviré de guía sobre la tierra de vuestro destierro, como lo he sido de Jesús; os alcanzaré espíritu de fe y de oración, la humildad y la dulzura, el amor de la pobreza, de la castidad y de la obediencia.

»Si el antiguo José vió en sueños como le adoraban los astros, el nuevo José ve á María, ve á Jesucristo en Nazareth obedecer sus menores órdenes, escucharle con respeto, prestarle sus homenajes.

»Grandes del mundo, *acudid á José,* y, á la vista de un hombre de sangre de reyes, retirado en su humilde vivienda de artesano, penetraréis la significación de las palabras de Jesucristo: «*El que se humilla será levantado.*»

«Ambiciosos, *id á José!* Id á aprender la humildad junto al hombre más noble y más perfecto, y al mismo tiempo el más retirado que existió jamás.»

«Avaros, *id á José,* y os enseñará con su moderación y con su paz en su estado, que los verdaderos ricos no son los que poseen más riquezas sino los que saben contentarse con su medianía.»

«Voluptuosos, *id á José,* y el aroma de este hermoso lirio arrojará la corrupción de vuestros corazones.»

«Envidiosos, *id á José,* sumiso y feliz en la pobreza.»

«Perezosos, *id á José,* el modelo del trabajo perseverante.»

«Vengativos, coléricos, *id á José,* y os hará tranquilos y amables.»

«Padres y madres, *id á José,* que fué el jefe de la casa de Nazareth, pedidle que vuestras familias se rijan por el modelo de la suya, para que vuestros hijos, con su obediencia respetuosa, presten homenaje á la sumisión de Jesús hacia San José.»

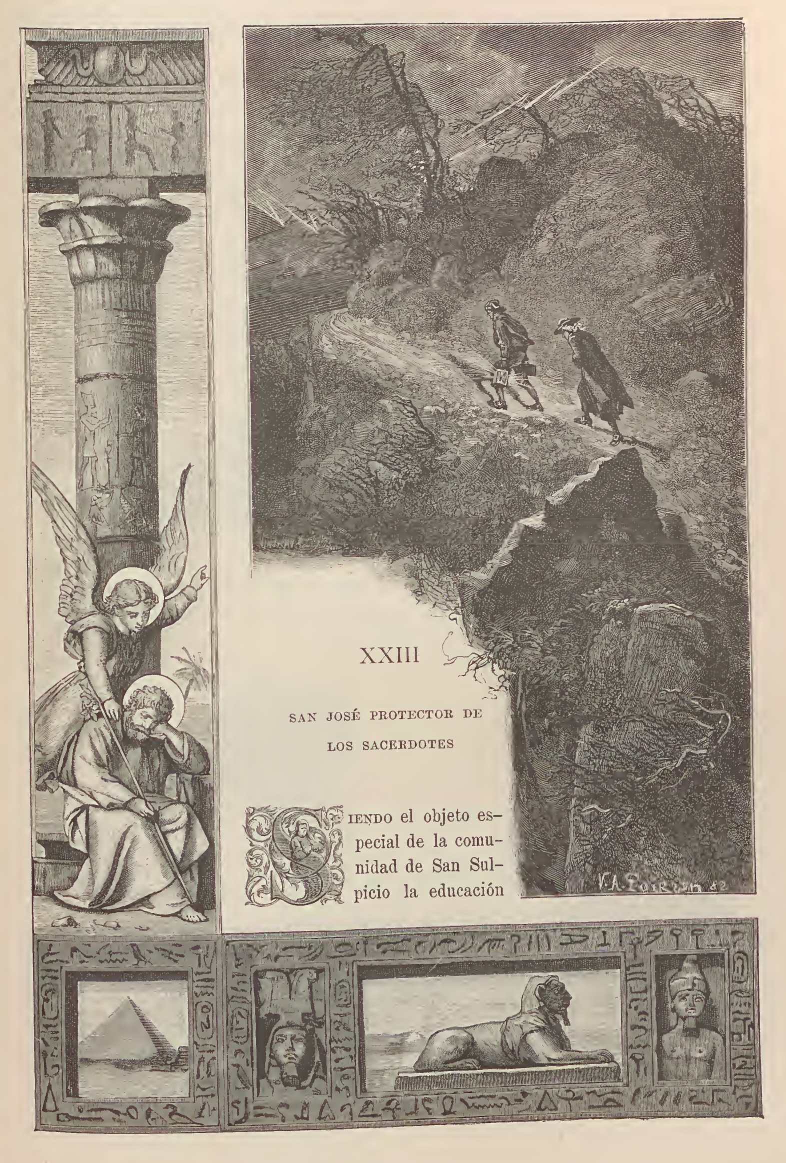


Pidamos todos que en el hogar cristiano la mujer sea un reflejo de las sublimes virtudes de la Virgen, y que el hombre, el marido, reproduzca la santa solicitud de nuestro glorioso Patriarca.





Capitulo XXIII



XXIII

SAN JOSÉ PROTECTOR DE LOS SACERDOTES

Siendo el objeto especial de la comunidad de San Sulpicio la educación



de los clérigos, el venerable fundador de la misma presenta á San José como uno de sus patronos, pues él ve entre este gran santo y el sacerdote una analogía de vocación que expresa en estos términos:

«Los sacerdotes, en quienes Dios reside en su plenitud y en su fecundidad pura, deben sobre todo obrar tomando por modelo á San José respecto á los hijos que ellos engendran para Dios. Este gran santo educaba y dirigía al Niño Jesús según el espíritu del Padre celestial; según su dulzura, su sabiduría y su prudencia: así debemos hacerlo con todos los miembros de Jesucristo que nos están confiados y que deben ser para nosotros algo parecido á lo que era Jesús para José; de suerte que debemos tratarles con la misma reverencia con que San José trataba al Santo Infante. Seamos superiores respecto á ellos como representantes que somos de Dios, pero personalmente sepamos considerarnos como inferiores á manera de San José, que se consideraba muy por debajo de Jesucristo, aunque estuviese sobre Él en nombre y en el lugar del Padre eterno. En este concepto hemos escogido á San José por uno de los Patronos del Seminario, como al Santo á quien el Señor encarga en el cielo el cuidado especial de los sacerdotes, según me lo hizo conocer por su voluntad.»

M. Olier, cuyo profundo misticismo no saben apreciarlo todos los espíritus, ha sido siempre considerado como un hombre eminente en doctrina y en santidad. No obstante

su humildad extremada, deja entrever los favores insignes que el cielo le concedía y que añaden un gran peso á sus palabras. Y luego dice:

«La Santísima Virgen me dió también á este gran Santo por patron, asegurándome que lo era de las almas retiradas... Llevando un día el Viático á un enfermo, yo repetía interiormente estas palabras que no podía apartar de mi mente: *Dux justi fuisti.* Me acordaba de que San José había sido el conductor del Justo, que es Jesucristo, y me lo figuraba llevando entonces al Hijo de Dios con aquellos sentimientos que había de experimentar al llevarlo en sus brazos durante su vida.»

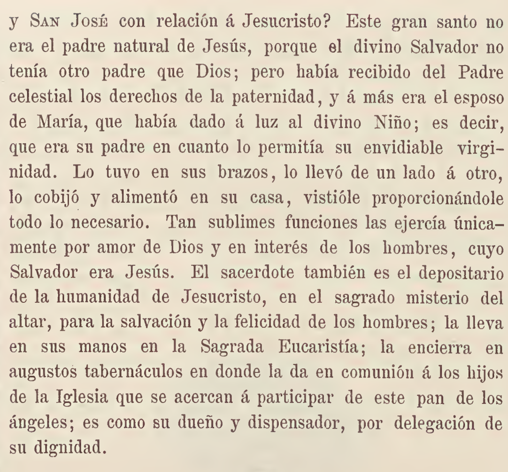


«Los apóstoles, dice Suárez, llevan por todo el mundo el nombre, la doctrina, la gracia del Cristo; José lleva la misma persona del Cristo á Jerusalén y á Egipto, los dos centros que representan al pueblo de Dios y al pueblo pagano, es decir, á todos los pueblos del universo.»



Cuando nos hacemos tales reflexiones, ¿no encontramos efectivamente muchos puntos de semejanza entre el sacerdote

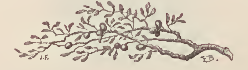




y San José con relación á Jesucristo? Este gran santo no era el padre natural de Jesús, porque el divino Salvador no tenía otro padre que Dios; pero había recibido del Padre celestial los derechos de la paternidad, y á más era el esposo de María, que había dado á luz al divino Niño; es decir, que era su padre en cuanto lo permitía su envidiable virginidad. Lo tuvo en sus brazos, lo llevó de un lado á otro, lo cobijó y alimentó en su casa, vistióle proporcionándole todo lo necesario. Tan sublimes funciones las ejercía únicamente por amor de Dios y en interés de los hombres, cuyo Salvador era Jesús. El sacerdote también es el depositario de la humanidad de Jesucristo, en el sagrado misterio del altar, para la salvación y la felicidad de los hombres; la lleva en sus manos en la Sagrada Eucaristía; la encierra en augustos tabernáculos en donde la da en comunión á los hijos de la Iglesia que se acercan á participar de este pan de los ángeles; es como su dueño y dispensador, por delegación de su dignidad.



El padre Faber, en su libro del *Santísimo Sacramento,* completa estas reflexiones con una autoridad tras de la cual nos creemos en el caso de poder ampararnos.



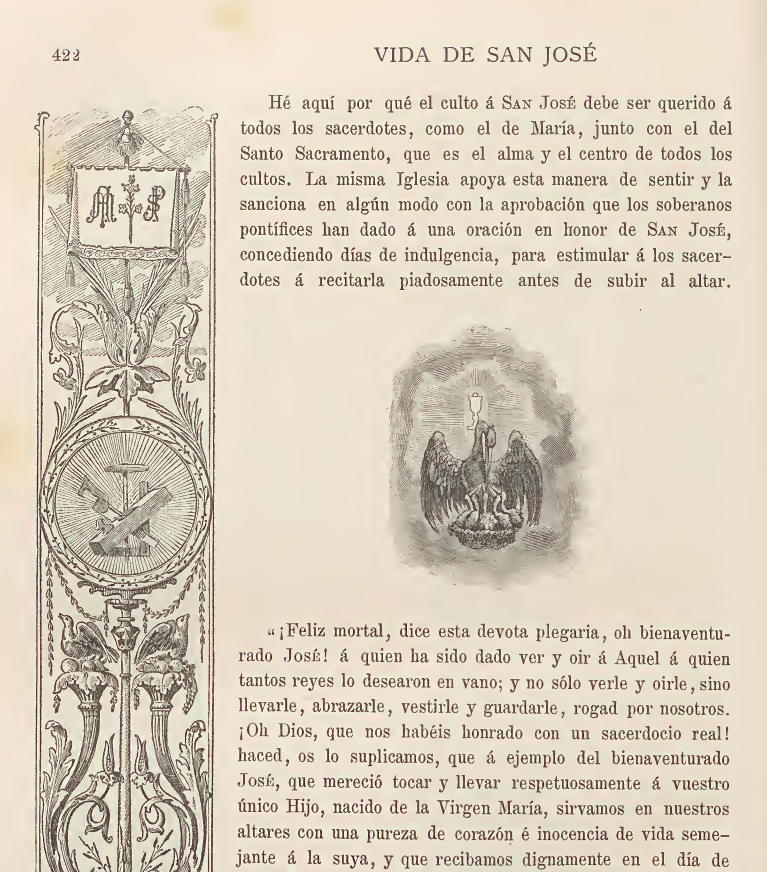
«Ved, dice, el paralelo que existe entre San José y el sacerdocio católico. Era el jefe de la casa de Dios; las



mismas funciones ejercen los sacerdotes. Era el dispensador de los dones divinos; también lo son los sacerdotes. Era el custodio del pan de vida; este es el mayor privilegio de la dignidad sacerdotal. Tocaba, llevaba, elevaba, bajaba el cuerpo de Jesucristo; ¿no hacen otro tanto los sacerdotes? Si Jesús estuvo sometido á José, lo está, de un modo más admirable aún, á sus sacerdotes. Si José tuvo la dicha de besar á Jesucristo, los sacerdotes no tendrán acaso el mismo honor, pero besan la patena sobre la que antes reposaba, y en la que volverá á reposar luego. Si José prestó sus cuidados materiales á Jesús, si vistió su cuerpo, los sacerdotes lavan los vasos y las ropas sagradas, cubren el copón, velan el tabernáculo augusto y adornan su trono. La exposición del Santísimo, las procesiones, la bendición, la comunión, el acto de abrir y cerrar el sagrario y de llevar el Santísimo á los enfermos, ¿qué es todo esto sino otras tantas repeticiones de lo que San José hacía por el Niño Jesús? Hay solamente la diferencia de que lo que entonces era una prerrogativa concedida á uno solo, pertenece ahora á una multitud de sacerdotes, y la de que el misterio de la consagración es un campo ilimitado de maravillas, que se extiende infinitamente más allá de nuestra inteligencia. El genio inventivo del arte cristiano, en sus más ingeniosas y felices inspiraciones, nada ha podido encontrar que mejor expresase nuestro ministerio relativamente al Santísimo Sacramento, nada más exacto y expresivo que los misterios de San José. Así la devoción al Santísimo Sacramento une y abraza las dos grandes devociones de qué María y José son objeto, en sus relaciones con la santa infancia.

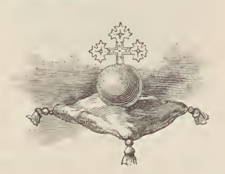


Hé aquí por qué el culto á San José debe ser querido á todos los sacerdotes, como el de María, junto con el del Santo Sacramento, que es el alma y el centro de todos los cultos. La misma Iglesia apoya esta manera de sentir y la sanciona en algún modo con la aprobación que los soberanos pontífices han dado á una oración en honor de San José, concediendo días de indulgencia, para estimular á los sacerdotes á recitarla piadosamente antes de subir al altar.



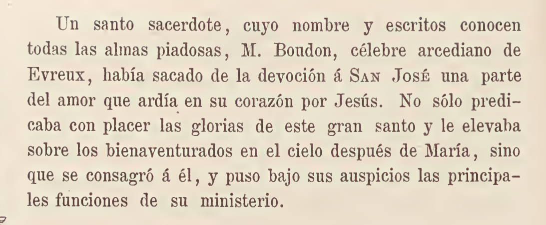
«¡Feliz mortal, dice esta devota plegaria, oh bienaventurado José! á quien ha sido dado ver y oir á Aquel á quien tantos reyes lo desearon en vano; y no sólo verle y oirle, sino llevarle, abrazarle, vestirle y guardarle, rogad por nosotros. ¡Oh Dios, que nos habéis honrado con un sacerdocio real! haced, os lo suplicamos, que á ejemplo del bienaventurado José, que mereció tocar y llevar respetuosamente á vuestro único Hijo, nacido de la Virgen María, sirvamos en nuestros altares con una pureza de corazón é inocencia de vida semejante á la suya, y que recibamos dignamente en el día de hoy el cuerpo y la sangre de este mismo Hijo, como una prenda de la recompensa celestial.»

San Agustín había hecho notar las relaciones de semejanza que hay en la divina maternidad de María y las sagradas funciones del sacerdote en el altar, y de ello había deducido, con una lógica contundente, que el sacerdote debe estar adornado para ellas de una santidad casi igual á la de la Santa Virgen. A lo menos es preciso que la pureza de su conciencia sea perfecta, y que el ardor de su amor supla la falta de virtudes y de méritos. La comparación del sacerdote con San José nace del mismo pensamiento; pero es menos temible para nuestra fragilidad, porque parece que San José se acerca más á nosotros. Dirijámonos, pues, á él con sencilla confianza, cuando nos espante nuestra dignidad, pero sintamos siempre en nuestro corazón el mayor deseo de llegar á ser santos.



Con esto no haremos más que seguir las huellas de san Bernardo, de san Bernardino, de san Francisco de Sales, de san Ligorio, y de tantos otros santos obispos y sacerdotes que han sido ó que son aún fervientes servidores de nuestro bienaventurado Patriarca.





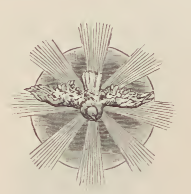
Un santo sacerdote, cuyo nombre y escritos conocen todas las almas piadosas, M. Boudon, célebre arcediano de Evreux, había sacado de la devoción á San José una parte del amor que ardía en su corazón por Jesús. No sólo predicaba con placer las glorias de este gran santo y le elevaba sobre los bienaventurados en el cielo después de María, sino que se consagró á él, y puso bajo sus auspicios las principales funciones de su ministerio.



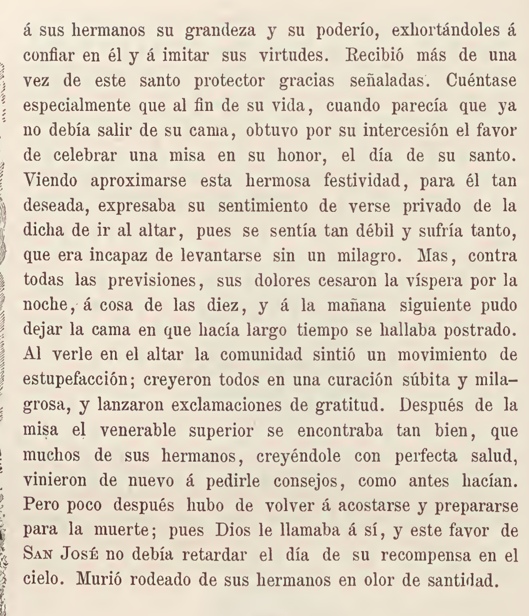
La fórmula siguiente, que sacamos de la colección del reverendo P. Huguet, basta á pintarnos su fe y su confianza. «¡Me prosterno ante vuestra santa presencia, oh gran San José! y os honro como á santo esposo de la Madre de Dios, como á jefe de la familia más augusta que existió, como al padre putativo de Jesucristo, fiel depositario de los tesoros de la Santísima Trinidad. Venero en vuestra persona al elegido de Dios Padre, que quiso compartir con vos su autoridad para con su Hijo; al elegido de Dios Hijo, que quiso depender de vos y deber su subsistencia al trabajo de vuestras manos; al elegido del Espíritu Santo, que quiso confiaros su esposa y dárosla por compañera. Os felicito por la dicha que tuvisteis de llevar en vuestros brazos á Jesús, de apoyarle en vuestro pecho, de abrazarle tiernamente, de regar su



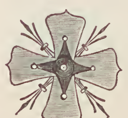
rostro con vuestras lágrimas al veros favorecido con sus santas caricias. ¿Quién podrá comprender los tesoros de luz, de sabiduría y de gracia que habéis adquirido y de que os habéis, por decirlo así, visto inundado? Penetrado de respeto y de amor á la vista de vuestra grandeza y de vuestra santidad, os ofrezco y os consagro mi corazón. Después de Jesús y María, seréis su dueño y director. Os consideraré de hoy más como á mi padre y mi guía. Dignaos mirarme como á hijo vuestro y hacerme sentir los efectos de vuestra poderosa intercesión para con Dios. Obtenedme todas las gracias necesarias para cumplir con sus adorables designios. Alcanzadme el espíritu de recogimiento, la vida interior, la felicidad á las gracias, una profunda humildad de corazón, una perfecta conformidad con la voluntad divina, una paciencia inalterable en las adversidades y sobre todo, el ardiente amor por Jesús y María, que constituyó particularmente vuestro carácter. En fin, ¡oh gran Santo! alcanzadme, por el privilegio de vuestra felicísima muerte en los brazos de Jesús y María, una muerte parecida á la vuestra. Amén.»



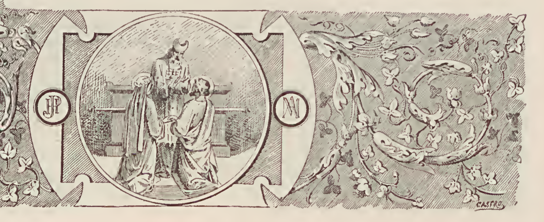
El venerable de la Salle, fundador de los Hermanos de las escuelas cristianas, profesaba también una particular devoción á San José, y le había tomado por uno de los principales patronos de su instituto. No cesaba de encarecer



á sus hermanos su grandeza y su poderío, exhortándoles á confiar en él y á imitar sus virtudes. Recibió más de una vez de este santo protector gracias señaladas. Cuéntase especialmente que al fin de su vida, cuando parecía que ya no debía salir de su cama, obtuvo por su intercesión el favor de celebrar una misa en su honor, el día de su santo. Viendo aproximarse esta hermosa festividad, para él tan deseada, expresaba su sentimiento de verse privado de la dicha de ir al altar, pues se sentía tan débil y sufría tanto, que era incapaz de levantarse sin un milagro. Mas, contra todas las previsiones, sus dolores cesaron la víspera por la noche, á cosa de las diez, y á la mañana siguiente pudo dejar la cama en que hacía largo tiempo se hallaba postrado. Al verle en el altar la comunidad sintió un movimiento de estupefacción; creyeron todos en una curación súbita y milagrosa, y lanzaron exclamaciones de gratitud. Después de la misa el venerable superior se encontraba tan bien, que muchos de sus hermanos, creyéndole con perfecta salud, vinieron de nuevo á pedirle consejos, como antes hacían. Pero poco después hubo de volver á acostarse y prepararse para la muerte; pues Dios le llamaba á sí, y este favor de San José no debía retardar el día de su recompensa en el cielo. Murió rodeado de sus hermanos en olor de santidad.



Podríamos citar un número prodigioso de gracias diversas obtenidas de San José por los sacerdotes que le honran con un culto particular.



Hé aquí un ejemplo que abraza toda la vida de uno de sus más devotos servidores.

Un piadoso joven, desprovisto de bienes de fortuna, seguía modestamente sus estudios en casa del cura de su pueblo, en calidad de aspirante al sacerdocio. Ninguna mira humana entraba en esta vocación; quería servir á Dios y salvar almas, sin idea alguna de propósitos terrenales. Desgraciadamente encontraba tantas dificultades en el estudio del latín que su generoso maestro sentía impaciencia y desesperaba del resultado. Las lágrimas del piadoso escolar, su aplicación, su constancia, sus raras cualidades, prolongaron, sin embargo, la prueba: — Hijo mío, le dijo el buen pastor, sólo veo un medio de salir adelante, y es que te pongas bajo la protección de San José y le pidas los talentos que no posees; de otro modo no podremos continuar.— El dócil estudiante se arrojó en brazos de San José, como un náufrago en los del marinero que llega á socorrerle; y lo hizo con tal fervor y multiplicó de tal suerte sus oraciones, que el buen santo le tomó bajo su protección de un modo milagroso. El talento del joven fué desarrollándose; su corazón se dilataba, y pudo hacerse admitir en el seminario para terminar sus estudios. Su confianza en San José crecía al par de su reconocimiento, y ya veía seguro el resultado; pero su glorioso patrón debía hacer mucho más por él.



Abreviemos un relato cuyos detalles tienen poca importancia. El protegido de San José entró en el gran semi-





nario, y en él se distinguió tanto por su talento como por sus virtudes, alcanzó el primer premio en Teología, y recibió con honra el presbiterado. Algún tiempo después el obispo de la diócesis le nombró profesor de Teología Dogmática del mismo seminario, después profesor de Teología Moral, y por último superior y vicario general. Durante muchos años ha sido luz y consejo de la mayor parte de los sacerdotes que fueron sus discípulos.

Estos hechos son demasiado recientes para dar su nombre á la publicidad; pero los creemos á propósito para animar á todos los sacerdotes que aspiran á ser santos y que encuentran dificultades en apariencia invencibles. Este santo sacerdote venció los más grandes obstáculos con la protección de San José; porque á más de los de su juventud encontró otros y logró dominarlos siempre por el mismo medio, esto es, con la oración y una confianza ilimitada en su poderoso protector.

Sacerdotes de Jesucristo, ¿por qué no imitáis tan hermoso

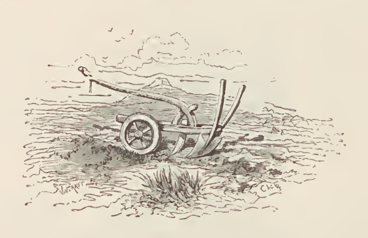
ejemplo? San José os ayudará en vuestro ministerio cerca de los pecadores.



Cuéntase de un religioso que, no pudiendo triunfar del endurecimiento de un pariente, cuya salvación le era particularmente querida, imploró el socorro de nuestro gran santo, para obtener con más seguridad tan importante favor, é hizo una novena de misas y comuniones en unión de dos amigos suyos. No habían terminado estas súplicas cuando el pecador cayó enfermo, y tan grave se puso, que se desesperó de poder salvarle. Al verse próximo á la muerte, abrió los ojos del alma, se avergonzó de sus desórdenes y se convirtió de un modo muy sincero. Inmediatamente menguó la gravedad del mal, y poco á poco recobró la salud; sus achaques anteriores desaparecieron y el cuerpo se sintió curado á la par del alma. El remedio había sido algo violento; pero San José lo juzgó necesario y á nadie pesó. El pecador convertido fué fiel á sus promesas. No contento con servir á Dios, como siempre debería haberlo hecho, veía la necesidad de reparar sus escándalos por medio de buenas obras, y á ello consagró el resto de su vida.



Respiramos una atmósfera saturada de prevención, de preocupaciones, hasta de odio contra el sacerdote.



La animadversión contra el ministro sagrado, que estalló en gritos de furor en la hora de perturbación social, de fiebre revolucionaria, no se ha calmado todavía. Aun existen hoy escritores, periodistas, libelistas animados del espíritu de Voltaire que se sublevan al ver una sotana, y á quienes una gota de agua bendita convierte en fanáticos de la impiedad, dispuestos siempre á mojar su pluma en el veneno de la ira para injuriar, para escarnecer al ministro de la paz y de la caridad, á quien tratan de zángano, de rueda inútil en el mecanismo social; esto cuando no se le acusa de embaucador del pueblo ó de traidor á las leyes de la patria.



¿No es este un motivo más para que los miembros del sacerdocio acudan á San José?

Ecce ancilla Domini fiat mihi



San José perseguido por Herodes, al abandonar su patria querida, al verse arrojado de su hogar por una persecución injusta, llevóse consigo á Jesús. También en horas de tormenta revolucionaria se ha visto al sacerdote, arrojado del templo, perseguido, amenazado de muerte, abrir el sagrario donde residía la Majestad Divina y llevarse consigo al Dios de la Eucaristía, su tesoro, su amigo, su consuelo.



¿Qué mal ha hecho el sacerdote? En la hora en que las gentes del mundo, fatigadas de los placeres de la noche, duermen aún, el sacerdote se sienta en el confesonario para tranquilizar conciencias, para llevar la paz á espíritus agitados, para prodigar consejos y consuelos, para enjugar lágrimas.



Él trabaja, él ruega, él ofrece el santo sacrificio, y esto quizá después de una noche pasada junto á la cabecera del agonizante. Y el sacerdote madruga, trabaja, reza, no por el bienestar, no por la gloria, no se acuerda de nada de esto, sino por aquellos hermanos suyos que le corresponden con odio y con ultrajes.

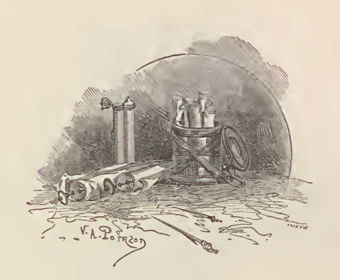


El sacerdote, llevado de divina inspiración, deja su hogar, su patria, su familia; va á perderse entre los desiertos del Asia, al través de los bosques vírgenes de la América, en las ignoradas regiones de la Oceanía.



¿Y á qué va allí el sacerdote? ¿A enriquecerse, á procurarse una posición? Nada de esto; va allí á iluminar á pobres salvajes con la luz de la civilización cristiana. Y allí encuentra privaciones, sufrimientos, la muerte muchas veces. Pero muere él, y luego llega otro dispuesto á morir también, y después otro, y al fin allí se levanta una iglesia, junto

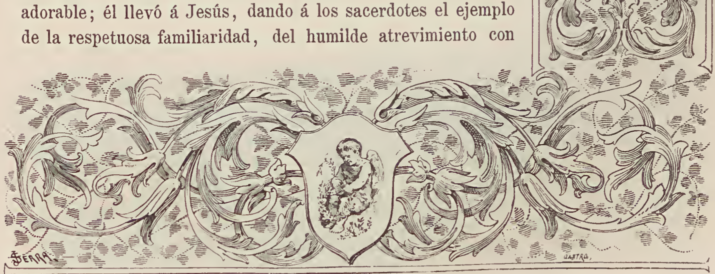
á la iglesia se erige una escuela; esto es, allí el sacerdote ha fundado la civilización.



Nuestra época tiene necesidad de que se le recuerde que el hombre privado y público, individual ó colectivo, no vive únicamente de pan, que vive también de verdades y de virtudes, y para ello tiene necesidad de las enseñanzas del sacerdote, de su acción, de su influencia.

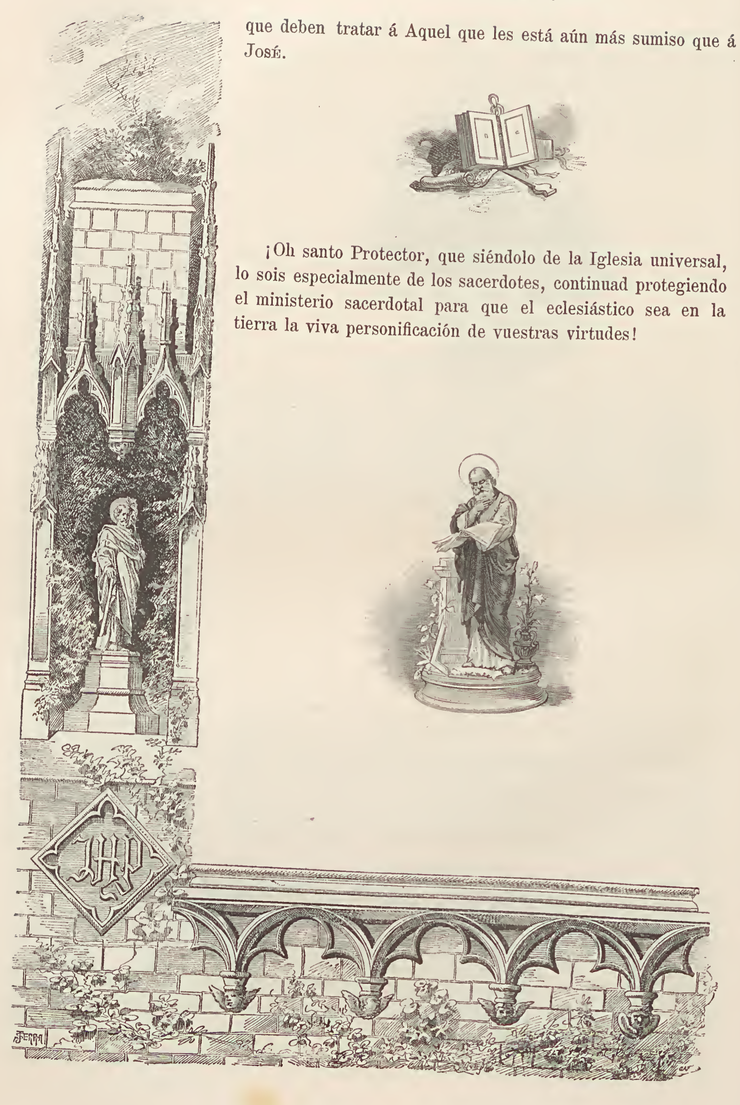


El patrón, el modelo de los sacerdotes, es nuestro santo. Fué el primero que en unión con María ofreció la víctima adorable; él llevó á Jesús, dando á los sacerdotes el ejemplo de la respetuosa familiaridad, del humilde atrevimiento con



que deben tratar á Aquel que les está aún más sumiso que á José.

¡Oh santo Protector, que siéndolo de la Iglesia universal, lo sois especialmente de los sacerdotes, continuad protegiendo el ministerio sacerdotal para que el eclesiástico sea en la tierra la viva personificación de vuestras virtudes!



Capitulo XXIV





XXIV

SAN JOSÉ PATRÓN DE LOS PADRES DE FAMILIA

No es una palabra vana el título de padre de familia: expresa una gran dignidad y al mismo tiempo un gran deber. ¿Qué más sublime que compartir con Dios la paternidad, mezcla de poder y de amor, que da la existencia á criaturas inteligentes é inmortales, semejantes á nosotros? ¡Pero qué responsabilidades no entraña el cargo de educar á los hijos, instruirlos, formarlos en la virtud, preservarlos



de los lazos del mal, guiarlos finalmente hacia el cielo, á cuyo fin el Padre Eterno destina á padres y á hijos!

«No es una ordinaria virtud, dice san Juan Crisóstomo, el educar bien á los hijos, saberles inculcar el temor de Dios, hacerles seguir el camino de sus mandamientos desde el comienzo de su vida. Si los padres bien penetrados de los deberes de una educación cristiana merecen grandes recompensas, en cambio los que los desconocen serán severamente castigados.»

El jefe de familia no debe confiarlo todo á su esposa, porque también es responsable de la conducta de ésta. «Dios os ha hecho el jefe y preceptor de toda vuestra familia, continúa el ilustre prelado; debéis velar, y velar sin descanso sobre la conducta de vuestra mujer y de vuestros hijos.»

San José en su calidad de esposo de María y de padre putativo ó tutor de Jesús, cumplió maravillosamente con este doble cargo que había recibido del Padre celestial. Dócil instrumento de la voluntad divina, dotado de una humildad y rectitud incomparables, lleno de amor tierno y generoso para con los queridos objetos confiados á su solicitud, les prodigó los cuidados más atentos, los más asiduos; se consagró por entero á su servicio, bajo la tutela de la más alta y dulce autoridad. Pero no tenía que ocuparse de su dirección moral, pues que ambos eran impecables; así estaba libre en parte de la gran responsabilidad que pesa sobre los otros jefes de familia.



Este privilegio es un motivo más para que el afortunado Patriarca sea el patrón de todos los padres cristianos, cuyo modelo fué por su fe, su fidelidad, su sacrificio, su paciencia, su dulzura, su caridad, su valor y su constancia. Así en todo tiempo los jefes de familia verdaderamente creyentes se han puesto con entera confianza bajo su poderosa protección, no sólo para hacer que reine la paz en su hogar, sino para ejercer con eficacia sobre sus hijos la autoridad que han



recibido de Dios. ¡Dichosas las familias cuyos padres son tan santos, de corazón tan recto y conducta tan edificante!

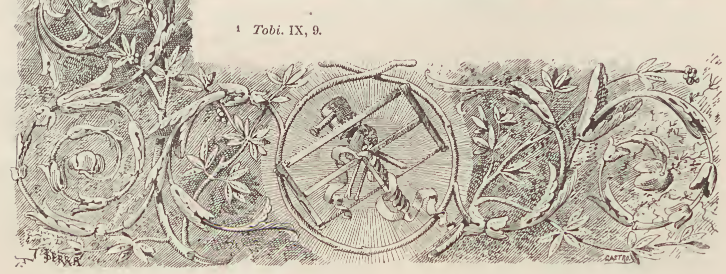


La mujer sigue ordinariamente el ejemplo de su marido, y los hijos, testigos de su conducta, se sienten empujados por esta saludable y poderosa influencia. Como el joven Tobías, son éstos el consuelo y la gloria de sus padres; y los que les conocen les saludan con amor con estas palabras de Raquel: «Bendígate el Dios de Israel, pues eres hijo de un hombre muy de bien [1].» Todos esperan encontrar en ellos las cualidades del que les ha dado el sér, como la más preciosa herencia.

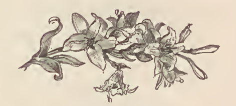


¿Qué sucede, por el contrario, cuando el jefe de la familia da mal ejemplo, cuando, en lugar de hacer que sus hijos amen la religión, como deben, les aleja de ella con burlas imprudentes y con una vida del todo pagana? Resulta de ahí que todos los vicios germinan en sus jóvenes cora-

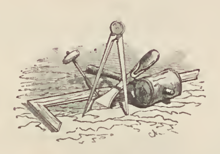
[1] *Tobi.* IX, 9.



zones, el orgullo, la ambición, la avaricia, la voluptuosidad, sin más ley que su interés personal. «¿No hubiera sido mejor, dice san Crisóstomo, que hubiesen perecido en la cuna?»



Y si nos horrorizamos de los pueblos infieles que, por una bárbara superstición, inmolaban los hijos á sus ídolos, ¿deben horrorizarnos menos los que, despreciando al verdadero Dios, á quien saben que sus hijos están consagrados por la gracia del bautismo, los sacrifican ahogándolos en el lodo de todas las inmundicias morales?



San Bernardo escribe con su característica energía que estos padres no merecen el nombre de tales, sino el de parricidas. San Crisóstomo acentúa mucho esta frase: «Son más crueles y más culpables que los parricidas, pues que arrojan el cuerpo y el alma de sus hijos al fuego eterno.»



Los que los confían á maestros sin fe y sin moral, ya para enseñarles las letras humanas, ya á fin de prepararles para una profesión, ¿son menos ciegos ó menos criminales? Seguramente que no; pues el resultado es el mismo; una perversión cierta y á menudo irremediable. Cuando un niño ha crecido en la incredulidad y en la inmoralidad, sin tener cuidado alguno de su alma y de su salvación eterna, no es probable que vuelva á Dios, á menos de un prodigio de la gracia.



El hombre es ordinariamente toda su vida lo que ha sido durante su educación; si ésta fué radicalmente viciosa, se siente empujado hacia una eterna reprobación.



Nunca deploraremos lo bastante lo que sucede en gran número de familias; la indiferencia de tantos padres que desdeñan ocuparse seriamente en un asunto como la educación, que ha de ejercer un influjo tan decisivo en la manera de ser de sus hijos. Padres que no piensan sino en desembarazarse de sus hijos; preceptores que hacen de la enseñanza una manera de vivir y sólo se ocupan en ganar dinero: hé aquí lo que vemos; y en este contrato entre la pereza y la codicia se compromete lo más santo y más amable que

hay en el mundo bajo el punto de vista del orden natural; el candor de la infancia y la flor de la juventud, de que se enseñorean la irreligión y la inmoralidad. ¡Y estas tiernas almas han sido consagradas á Dios por el bautismo! ¡Ah! ¡Qué fallo tan terrible aguarda á los verdugos del alma y del corazón de esas tiernas existencias!

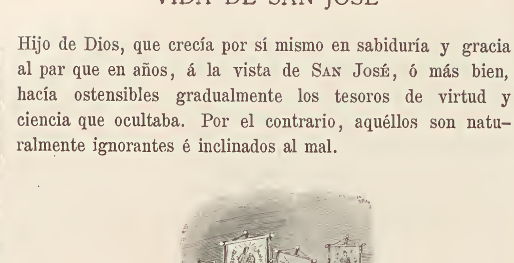


No sólo el padre no debe entregar sus hijos á personas desconocidas y descuidar la vigilancia sobre su educación, sino que no puede confiar completamente este cargo á nadie, salvo raras excepciones. Su concurso es siempre necesario, sea para dirigir y sostener la autoridad de la madre durante los primeros años; sea para ayudar y dar fuerza á la de los maestros en una edad más avanzada; sea, en fin, para iniciar al joven en la vida pública, según los principios de una ilustrada religión. Esta es obra larga y difícil, que exige mucha sabiduría, mucha paciencia, mucha firmeza, mucha perseverancia; debe comenzar casi con la vida, y no acaba en la mayor edad legal del hijo.

La tarea de los padres es, pues, en extremo grave. Los hijos de los hombres no son tan fáciles de educar como el



Hijo de Dios, que crecía por sí mismo en sabiduría y gracia al par que en años, á la vista de San José, ó más bien, hacía ostensibles gradualmente los tesoros de virtud y ciencia que ocultaba. Por el contrario, aquéllos son naturalmente ignorantes é inclinados al mal.



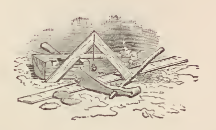
Es preciso instruirles, á costa de los más minuciosos y penosos cuidados, enseñarles la ley de Dios y acostumbrarles á su práctica, infundirles el gusto de la virtud, corregirles sus defectos, ya amonestándolos, ya reprendiéndolos con dulzura y firmeza á la vez; en fin, velar incesantemente sobre ellos para preservarles de influencias dañinas é impedirles ceder á las inclinaciones más ó menos depravadas de su naturaleza.



«Padres y madres, dice el citado santo, no perdonéis, pues, advertencias, ni reprensiones, ni los medios de autoridad que poseéis, para conservar las buenas costumbres de vuestros hijos. Es un depósito, el más precioso de todos, que se os ha confiado; de él responderéis ante la sociedad y ante Dios. Velad sobre él noche y día, y ponedlo



cuidadosamente al abrigo de las sorpresas que pudieran arrebatároslo. Velad atentamente sobre sus pasos, sus compañías, sus relaciones, y no esperéis el favor de Dios si faltáis á tan sagrado deber.»



El santo doctor pone esta objeción en boca de los padres: «—¿Si tengo hijos rebeldes soy yo el responsable?—Lo sois desde el momento en que no hacéis lo que está en vuestra mano para impedirlo.—Pero ellos, añadís, no han querido doblegarse al yugo.—Hé aquí precisamente lo que había que impedir desde su más tierna edad; era preciso señalar dirección á sus primeros movimientos, imponerles el freno del deber cuando no tenían la fuerza de romperlo; inclinar su joven corazón hacia el bien, acostumbrarle á él; poner inmediato remedio á la herida abierta por las malas pasiones; arrancar las espinas cuando empezaban á crecer alrededor de esta delicada planta, no esperando que echaran profundas raíces. La debilidad del gran sacerdote Heli causó la pérdida de sus hijos; y Dios le hizo á él responsable. La culpa la tenía toda él. La espada enemiga les hizo perecer; pero la debilidad del padre fué la que preparó el golpe.»





Hé aquí el lenguaje de la Eterna Sabiduría:

«Quien escasea el castigo, quiere mal á su hijo; mas quien le ama, le corrige continuamente [1].»

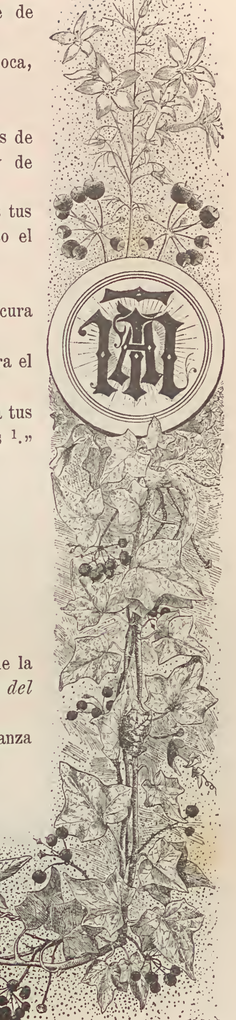
«El castigo y la reprensión acarrean sabiduría; pero el muchacho abandonado á sus antojos es la confusión de su madre.

»Instruye bien á tu hijo y será tu consuelo y las delicias de tu alma [2].»

»¿Tienes hijos? Adoctrínales y dómales desde su niñez.

»¿Tienes hijas? Cela la *honestidad* de su cuerpo, y no les muestres *demasiado* complaciente tu rostro [3].»

[1] *Prov.*, 13, 24.
[2] *Prov.*, 29, 15, 17.
[3] *Eccli.*, VII, 25 y 26.



«Pensando... Tobías, dice el divino Libro, que Dios habría oído la oración que le había hecho para que le sacase de este mundo, llamó cerca de sí á su hijo Tobías.

»Y le dijo:—Escucha, hijo mío, las palabras de mi boca, y asiéntalas en tu corazón, como por cimiento.

»...Honrarás á tu madre todos los días de su vida.

»Tú, empero, ten á Dios en tu mente todos los días de tu vida; y guárdate de consentir jamás en pecado, y de quebrantar los mandamientos del Señor Dios nuestro.

«Haz limosna de aquello que tengas, y no vuelvas tus espaldas á ningún pobre; que así conseguirás que tampoco el Señor aparte de tí su rostro.

»Sé caritativo según tu posibilidad.

»Si tuvieres mucho, da con abundancia; si poco, procura dar de buena gana aun de este poco que tuvieres.

»Pues con esto te atesoras una gran recompensa para el día del apuro.

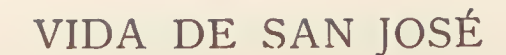
»Alaba al Señor en todo tiempo; y pídele que dirija tus pasos, y que estén fundadas en él todas tus deliberaciones [1].»



«Por cuanto la limosna libra de todo pecado y de la muerte *eterna*, y no dejará caer el alma en las tinieblas *del infierno*.

»Sino que será la limosna motivo de gran confianza delante del soberano Dios para todos los que la hicieren.

[1] *Tobías*, IV.

»No permitas jamás que la soberbia domine en tu corazón ó en tus palabras; porque de ella tomó principio toda especie de perdición.

»A cualquiera que haya trabajado algo por tí, dale luego su jornal, y por ningún caso retengas en tu poder el salario de tu jornalero.

»Guárdate de hacer jamás á otro lo que no quisieras que otro te hiciera á tí.

»Come tu pan *partiéndole* con los hambrientos y menesterosos, y con tus vestidos cubre á los desnudos.

»Pide siempre consejo al hombre sabio.»



¡Qué bello es el espectáculo de este padre que, creyéndose próximo á morir, dirige á sus hijos tan hermosas exhortaciones!



En el Libro de los Proverbios donde se dice: «Corona son

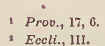
de los viejos los hijos de los hijos,» se añade: «Gloria de los hijos son *las virtudes de* sus padres [1].»



«De la buena reputación del padre, dice el Libro del Eclesiástico, resulta gloria al hombre, y es desdoro del hijo un padre sin honra [2].»



Al disponer la Providencia divina que la vida al sér humano se le comunicase por medio de su padre; que á la sombra del padre recibiese el hijo su educación; que bajo la tutela del padre se verificase su desarrollo, impuso á la paternidad deberes muy augustos, pero también muy graves y muy imperiosos. Para el cumplimiento de tan arduas obligaciones Dios puso en el corazón paterno inagotable manantial de amor, una gran fuerza de abnegación y de sacrificio.



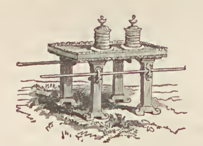
¹ *Prov.*, 17, 6.
² *Eccli.*, III.



Antes que hacer de vuestro hijo un rico, un potentado, trabajad en hacer de él un hombre. Inspirándole grandes virtudes le dais mucho más que prodigándole riquezas cuantiosas, dice el ilustre filósofo Sócrates.



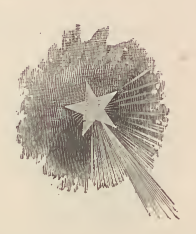
No os permitáis jamás contra vuestro hijo la menor palabra de maldición. Séneca, con ser pagano, no pudo menos de escribir: «Nada tiene de particular que ciertas existencias vegeten entre ruinas si tienen que desarrollarse entre palabras de execración de sus padres.»



«Los primeros cristianos, dice Fleury, ponían el mayor celo en inculcar las verdades religiosas en el espíritu de sus hijos. Meditaban la ley de Dios día y noche y repetían exactamente en sus casas lo que habían aprendido de boca de sus Pastores. El padre presidía las oraciones, instruía á su mujer, á sus hijos y á sus servidores, según el precepto



de los apóstoles, y les exhortaba, ora con ternura, ora con severidad, á practicar las doctrinas de la Iglesia.»



Estas piadosas costumbres se han conservado mucho tiempo entre nosotros. En las épocas cristianas los hijos eran respetuosos y dóciles; se profesaba una religiosa veneración á la autoridad del padre y de la madre, y el santuario de la familia no se veía turbado por los frecuentes escándalos domésticos que hoy día entristecen á la religión y á la sociedad. Y si esto sucedía, abrigábase siempre la fundada esperanza de que tarde ó temprano serían reparados estos males con el arrepentimiento; pues rara vez el grito de la conciencia dejaba de contener las malas pasiones.



Padres y madres, poned vuestros hijos bajo la protección del glorioso Patriarca á quien el Padre celestial confió la custodia del suyo; encomendadle su inocencia, su salud,



todos sus intereses; pedidle su auxilio para dar eficacia á vuestros consejos y á vuestros esfuerzos; invocadle sobre todo en las dificultades é inquietudes que puedan agitaros. Encontraréis siempre en él un patrón que comprenderá vuestra solicitud paternal.



Una familia de Lyon tuvo un hijo que correspondía admirablemente á la solicitud de sus buenos padres, quienes esperaban ver en él el báculo de su ancianidad, su corona á los ojos de los hombres y á los de Dios. Pero le amaban con un cariño demasiado humano; la grave falta que iban á cometer hubo de recibir pronto su castigo.



El hijo se sintió llamado á abandonar el mundo y lo participó á sus padres. ¡Quién les hubiera creído capaces de semejante debilidad! Esta revelación les sumergió en la más profunda tristeza, como pudiera haberlo hecho la noticia de su muerte. Se arrojaron á su cuello, derramaron tantas lágri-



mas y le hicieron tan dulces reproches, que lograron que el joven suspendiera la realización de su proyecto. Obtuvieron un plazo.

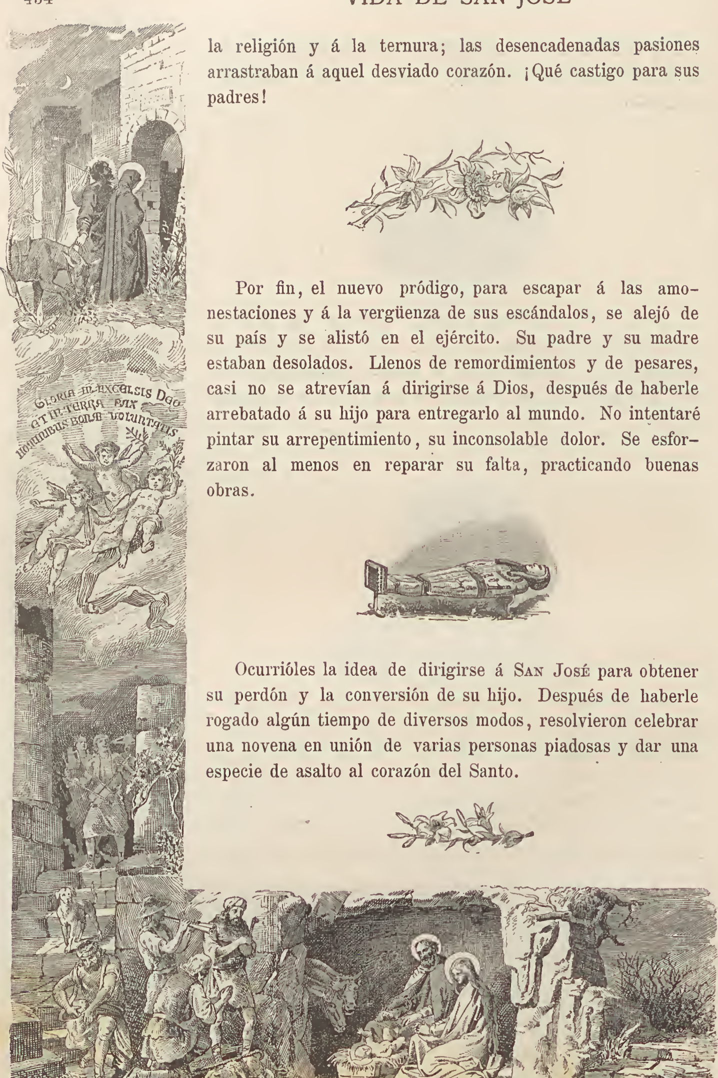


¡Desgraciados padres, que disputaban su hijo á Dios! y desgraciado hijo que no tuvo valor de responder al llamamiento del Salvador, que le decía:—Sígueme... Quien ame á su padre ó á su madre más que á mí, no es digno de mí!



Le llevaron al mundo para modificar sus ideas y sus gustos. El pobre joven se dejó coger muy pronto en el lazo. Descuidó sus prácticas religiosas, dejó de frecuentar los sacramentos, se entregó con frenesí, con locura á peligrosos placeres y contrajo funestas amistades. Estas le arrastraron á pasar por encima de todo, sin que los tardíos avisos de sus padres pudieran retenerle. En vano hicieron hablar á



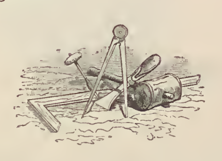


la religión y á la ternura; las desencadenadas pasiones arrastraban á aquel desviado corazón. ¡Qué castigo para sus padres!

Por fin, el nuevo pródigo, para escapar á las amonestaciones y á la vergüenza de sus escándalos, se alejó de su país y se alistó en el ejército. Su padre y su madre estaban desolados. Llenos de remordimientos y de pesares, casi no se atrevían á dirigirse á Dios, después de haberle arrebatado á su hijo para entregarlo al mundo. No intentaré pintar su arrepentimiento, su inconsolable dolor. Se esforzaron al menos en reparar su falta, practicando buenas obras.

Ocurriósles la idea de dirigirse á San José para obtener su perdón y la conversión de su hijo. Después de haberle rogado algún tiempo de diversos modos, resolvieron celebrar una novena en unión de varias personas piadosas y dar una especie de asalto al corazón del Santo.

¡Oh maravilla digna de inspirar entera confianza en este glorioso patrón! Apenas hubieron transcurrido algunos días después de empezada la novena, ya el hijo llamaba á la puerta de la casa paterna y se arrojaba llorando á los piés de sus padres. Estaba completamente cambiado. Renovóse la conmovedora escena del hijo pródigo del Evangelio. El padre y la madre se deshacían en llanto, y abrazaron perdonando al hijo que acababan de recobrar para la Religión y para la familia. Con él entró de nuevo la alegría y la paz en la casa. Lo debían á San José y le dieron solemnes gracias.



Las súplicas que se dirigen á los santos á veces no son escuchadas tan pronto como quisiéramos; Dios tiene á menudo razones para diferir sus beneficios ó para conceder algunos que no se le piden y que son más útiles que los que se le solicitan. Nuestra confianza en Él debe ser bastante grande para que subordinemos nuestros deseos á su divina voluntad.



El padre Juan d'Allosa refiere que un gentilhombre, muy devoto de San José, tenía la costumbre de celebrar su fiesta



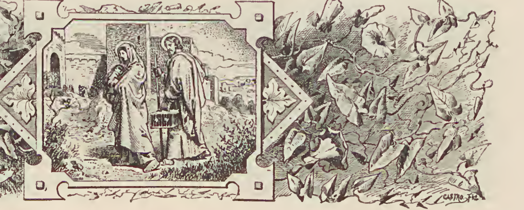
todos los años, el 19 de marzo, con cierta solemnidad. Tenía tres hijos ya mayores. Uno de ellos murió el mismo día de la fiesta de San José, mientras el padre, que se creía libre de tal desgracia, solemnizaba la gloria de su muy amado protector. Este golpe anonadó al buen padre; pero lo recibió con resignación.



Al año siguiente, en igual día, en medio de las satisfacciones de la misma fiesta, murió otro hijo suyo. Esta segunda pérdida le afectó tan vivamente y turbó de tal modo su cabeza, que en la turbación en que estaba se propuso no volver á celebrar la fiesta de San José por miedo de no perder también á su último hijo.



En el mes de marzo del año siguiente, sea para disipar sus temores, sea para alejar el recuerdo de su honda pena, emprendió un viaje. Mientras caminaba solo y pensativo,



una escena inesperada le detuvo repentinamente; era una bandada de cuervos que se agitaban ruidosamente á algunos pasos.



Levantó los ojos y vió dos jóvenes colgados de un árbol. Al mismo tiempo tuvo una visión angelical que le dijo:—¿Ves estos dos jóvenes? Sabe, pues, que tus dos hijos hubieran muerto como ellos. Pero porque tú eres devoto de San José, éste alcanzó de Dios que muriesen en edad temprana á fin de salvar sus almas y evitarte los más crueles dolores. Vuelve á tu casa, celebra con piedad y confianza la fiesta del gran santo que veneras, y nada temas por el hijo que te queda. Este, más piadoso, sabrá con ayuda de la gracia ahogar el germen de las malas pasiones; será fiel á Dios y alcanzará una edad muy avanzada.



El gentilhombre obedeció lleno su corazón de celestial consuelo. Las cosas sucedieron como le habían sido profetizadas.





Este hijo, que Dios le había dejado para calmar sus pesares, fué, gracias á la protección de San José, un modelo de todas las virtudes; hacia el fin de su vida fué nombrado obispo, y llenó las funciones de tan alto puesto con una piedad y felicidad admirables.




Capitulo
XXV



XXV

SAN JOSÉ, PATRÓN DE LOS MAESTROS Y DE LOS NIÑOS CRISTIANOS

Puesto que el Padre celestial escogió á San José para ejercer en la tierra el cargo de tutor de su Hijo, concediéndole al Patriarca todas las cualidades inherentes á tal dignidad, despréndese de aquí que los encargados de la enseñanza y educación de la niñez y de la juventud, y los niños y jóvenes cristianos no podían elegir patrón más bien indicado. ¿No es el mismo Dios quien se lo señala en este concepto? Jesucristo es el primogénito de la gran familia cristiana; es nuestro hermano mayor; si, pues, San José



ejerció respecto de Él las atribuciones de padre y protector, natural es que las ejerza también respecto á los hijos de familia.

Tal es el origen de este nuevo título, y hé aquí por qué varias congregaciones dedicadas á la educación de la infancia se han puesto especialmente bajo su protección, tomando algunas de ellas su nombre.

Hé aquí una nota relativa á los Hermanos de San José, en Mans (Sarthe):

ASOCIACIÓN DE SAN JOSÉ

ESTATUTOS

Objeto de la asociación.—1.° Se ha instituído en la diócesis de Mans una obra piadosa, que toma el título de *Asociación de San José.*

2.° Su objeto especial es facilitar á los jóvenes, y sobre todo á los huérfanos aptos para la primera enseñanza, el ingreso en el noviciado del instituto de San José, esta-

blecido en Sainte-Croix-lez-le-Mans, y formar así buenos maestros de escuela.

3.° La Asociación se compone de fieles del uno y otro sexo, cuya cristiana conducta no podrá menos de atraer sobre su empresa las bendiciones de Dios.

Medios de ejecución.—4.° Los principales medios de éxito en que la Asociación funda sus esperanzas son la devoción á San José y la limosna.

De consiguiente, los asociados rezan cada día: *San José rogad por nosotros,* y hacen una limosna á lo menos de *cinco céntimos* por mes ó *cincuenta céntimos* al año.

5.° La Asociación se divide en secciones.

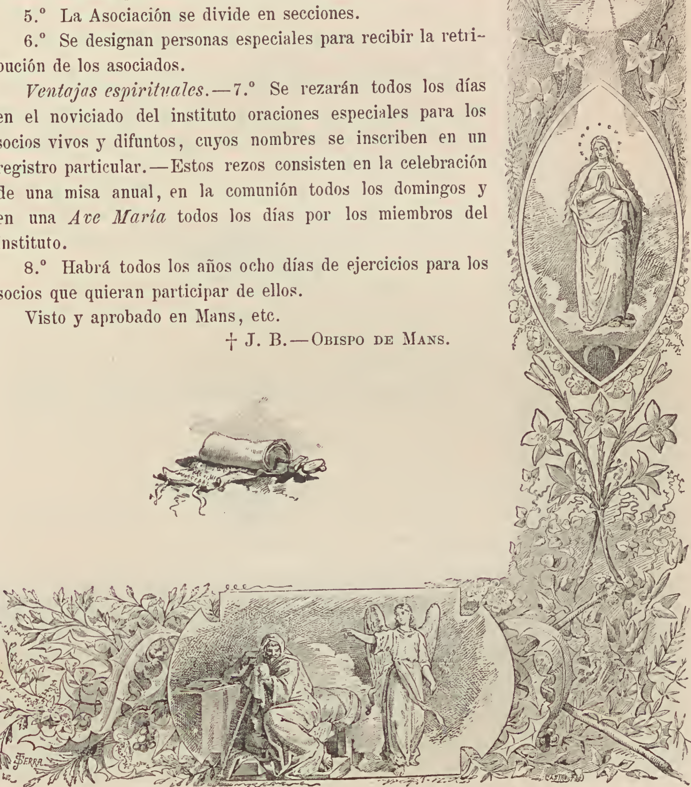
6.° Se designan personas especiales para recibir la retribución de los asociados.

Ventajas espirituales.—7.° Se rezarán todos los días en el noviciado del instituto oraciones especiales para los socios vivos y difuntos, cuyos nombres se inscriben en un registro particular.—Estos rezos consisten en la celebración de una misa anual, en la comunión todos los domingos y en una *Ave María* todos los días por los miembros del instituto.

8.° Habrá todos los años ocho días de ejercicios para los socios que quieran participar de ellos.

Visto y aprobado en Mans, etc.

† J. B.—Obispo de Mans.



Nuestro santísimo Padre, el papa Gregorio XVI, con su bondad, concedió perpetuamente á todos los cofrades de dicha Asociación, canónicamente erigida en la diócesis de Mans, las siguientes indulgencias, aplicables también á los difuntos.

«1.° *Indulgencia plenaria* el día de su recepción en dicha Asociación, con tal de que, confesados y verdaderamente contritos, reciban el Sacramento de la Eucaristía, visiten la iglesia de la Asociación y en ella recen durante algún tiempo, á intención de Su Santidad.

»Las personas que no puedan visitar la capilla de la Asociación deben visitar su iglesia parroquial, y los enfermos, impedidos de hacerlo, deben hacerse imponer por su confesor otra obra de piedad.

»2.° *Indulgencia plenaria* IN ARTICULO MORTIS, con tal que se hallen en dichas disposiciones, ó que al menos invoquen devotamente de corazón, si no pueden con los labios, el sacratísimo nombre de Jesús.

»3.° El día en que se celebre en dicha iglesia la fiesta principal de la Asociación, con el permiso del ordinario, *indulgencia plenaria*, desde las primeras vísperas hasta ponerse el sol el día de la fiesta.

»4.° *Siete años* de indulgencia en los cuatro días de fiesta designados por el ordinario, con tal que, dispuestos como hemos dicho arriba, hagan la visita y recen las oraciones prescritas.

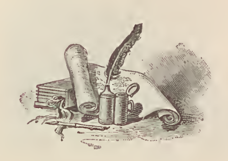
»Monseñor el obispo de Mans designó la fiesta de Navidad, la Ascensión, la Asunción de la Santa Virgen, SAN JOSÉ y san Vicente de Paul.

»En fin, *sesenta días de indulgencia* por toda obra hecha devotamente y al menos con corazón contrito.

»Dado en Roma, por la secretaría de la congregación de indulgencias, el 12 de marzo de 1838.»



En virtud de un rescripto de Roma, referente á esta Asociación, todas las misas que se dicen para los cofrades difuntos en la capilla de Nuestra Señora de Sante-Croix, gozan del mismo privilegio que las celebradas en altar privilegiado.



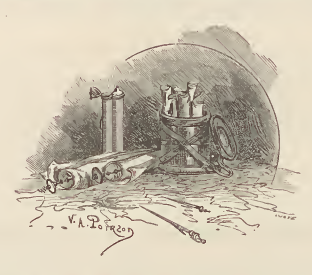
¿Quién mejor que San José puede inspirar á los maestros el espíritu de fe y de celo, que le guió toda su vida en sus sublimes funciones cerca de Jesús, y que es indispensable á los mismos para educar dignamente á los hijos de Dios, hermanos de Jesucristo? pues si sus funciones son muy nobles y santas, son al mismo tiempo difíciles y penosas.



Es un hecho cierto que, por regla general, se da á la educación cristiana un lugar que no es el que le corresponde. De entre todos los estudios ninguno tan importante como el de la religión.



Se piensa en la educación de la memoria, de la imaginación, de la inteligencia; se piensa poco en la educación del alma, y sin embargo, ésta es la más importante.



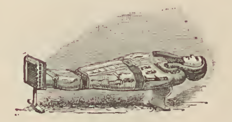
La verdad es que se enseña todo menos la religión; se cree que el sentimiento religioso irá desarrollándose por sí mismo; que la ciencia religiosa nace y crece espontáneamente en el alma; padres y maestros lo reducen todo á una mera rutina, y de ahí proviene el que se abriguen contra la Iglesia, contra sus instituciones, contra el sacerdocio, contra las prácticas de piedad, prevenciones las más injustificables. Aun católicos que se creen instruídos en religión, se forman á veces sobre los dogmas de la Iglesia, sobre su moral y sus enseñanzas las ideas más extravagantes. Se hacen decir á los sacerdotes cosas absurdas y hasta ridículas; y hé aquí cómo se forman ciertas preocupaciones completamente opuestas al verdadero espíritu cristiano.



En presencia de una tal ignorancia es un deber el ocuparse seriamente en la instrucción de la niñez.



Por lo mismo que es poco conocida la doctrina cristiana, aun en sus principios más rudimentarios, se comprende que haya personas bastante ciegas para decir que la religión es cosa ya pasada de moda, que si pudo prestar grandes servicios en otros tiempos, hoy constituye en nuestras sociedades modernas un organismo inútil. Figúranse muchos que la economía religiosa del cristianismo no vale la pena de que se dedique á ella una hora de reflexión. ¿Cómo se explica esto? Por la grande ignorancia que hoy reina respecto á doctrinas religiosas, por la defectuosa marcha que se imprime á la instrucción y á la educación de la niñez.



Por aquí deben empezar las restauraciones sólidas y fecundas, de suerte que en ellas el profesor, el educador, el maestro tenga una parte importantísima.





¿Se sabe bien lo que es, lo que significa, lo que vale el magisterio?

«Sean cuales sean sus funciones, dice monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, las calificamos con un solo y mismo nombre: á todos los que concurren de cualquier manera á la obra de la educación les llamamos *maestros*.

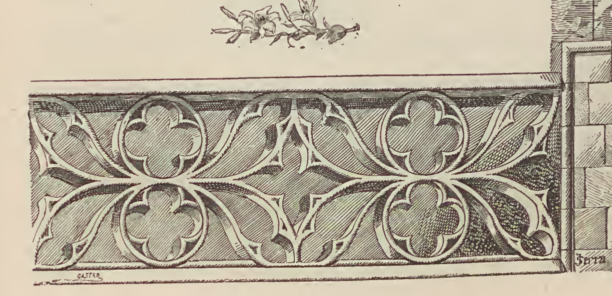
»Algunas consideraciones sobre el origen latino de esta palabra serán muy útiles para que pueda apreciarse su elevado sentido.

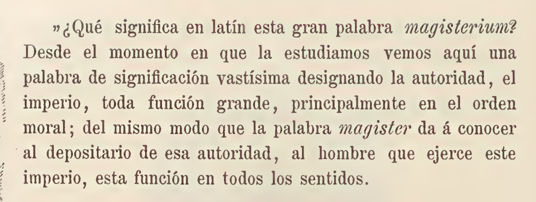
»La lengua latina, la lengua de aquel pueblo fuerte que conquistó y gobernó el mundo y mereció ser llamado con el

nombre más grande que se dió á un pueblo, el de pueblo-rey, es admirable por su gravedad y su energía, así como por la manera que tiene de expresar con grandeza las cosas grandes mejor que ninguna otra lengua.



»En el latín se percibe la palpitación del genio romano; es una prueba de la profunda verdad de estas palabras de Mr. Villemain: «Una lengua es la forma aparente y visible del espíritu de un pueblo.» Roma dejó impreso su sello en su idioma; y la gravedad con que los romanos trataban las cosas dignas de respeto, aparece en aquella lengua latina austera, llena de fuerza y de dignidad. Menos rica que la griega, tiene, sin embargo, palabras de que ésta carece. Para expresar, por ejemplo, lo más augusto que hay sobre la tierra, lo que inspira más respeto á los hombres, tiene la palabra *majestas,* majestad, palabra esencialmente romana, salida de las entrañas mismas del idioma latino y que lo caracteriza admirablemente. Hay otro nombre, romano también, y que lleva asimismo impreso el sello de gravedad y de energía de aquella gran nación: es la palabra *magisterium*.





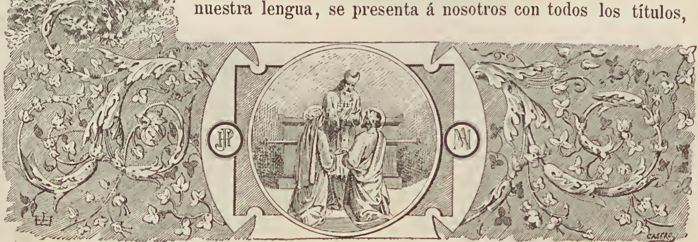
»¿Qué significa en latín esta gran palabra *magisterium*? Desde el momento en que la estudiamos vemos aquí una palabra de significación vastísima designando la autoridad, el imperio, toda función grande, principalmente en el orden moral; del mismo modo que la palabra *magister* da á conocer al depositario de esa autoridad, al hombre que ejerce este imperio, esta función en todos los sentidos.



»Sin embargo, la acepción más frecuente, y que no es la menos elevada, está en aplicarla á cuanto se refiere á la educación.



»Esta palabra expresa por manera admirable la obra misma de la educación en toda su grandiosidad; la fuerza, la autoridad, el soberano imperio moral con que debe realizarse, el fin santo y elevado á que debe tender; no mengua por lado alguno la elevación, la sublimidad, el carácter augusto, ni de la obra ni del hombre que debe realizarla; el *magister*, como en latín se le llama, el maestro, como le llamamos en nuestra lengua, se presenta á nosotros con todos los títulos,

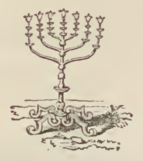


con todos los derechos que imponen la obediencia, el respeto y la confianza.





»El poder oculto y fatal que ha envilecido en nuestra época tantos otros nombres dignos de respeto, no ha logrado empañar la majestad del que nos ocupa: la palabra *maestro* continúa conservando en la educación acepciones magníficas.



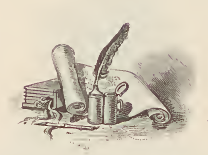
»Todavía decimos: *El tiempo es un gran maestro.*

»Todavía se dice: *Este hombre es el maestro de los espíritus y de los corazones.* Todavía al ocuparnos de música, de literatura, hablamos de los grandes maestros; y cuando un discurso, un libro, un trabajo nos admira por su perfección y grandiosidad, exclamamos: *Es una obra magistral.*





»A los políticos eminentes, á los primeros estadistas de nuestro tiempo, todavía les llamamos *los maestros en el arte de gobernar las naciones.*



»En vano se pronuncia con desdén esta palabra *maestro de escuela, maestro de aldea:* este nombre se impone todavía por el concepto que nos recuerda de un modo invencible y del que es inseparable; el concepto del magisterio; esto es, del gobierno, de la alta dirección, de la obra, de la acción misma y los derechos que residen en la suprema autoridad moral.



»Cicerón habla en alguna parte con admiración de aquellos felices tiempos de la república en que el *preceptor* y el *doctor*, el hombre que enseñaba la ciencia y el que se constituía en director de la vida moral, no eran dos hombres distintos sino uno solo: *Neque disjuncti doctores, sed iidem erant vivendi præceptores atque dicendi.*



»Pero para que el maestro esté á la altura que le corresponde es menester que trabaje en lo que hay de más elevado, de más importante, que es la educación; es decir, en fomentar el desarrollo de las virtudes morales y religiosas, en formar el corazón, iluminar la conciencia, robustecer el carácter, imprimir dirección á las costumbres, á los sentimientos, enseñar lo que exigen las altas conveniencias sociales, dar á sus educandos el conocimiento del mundo, la ciencia de la vida.

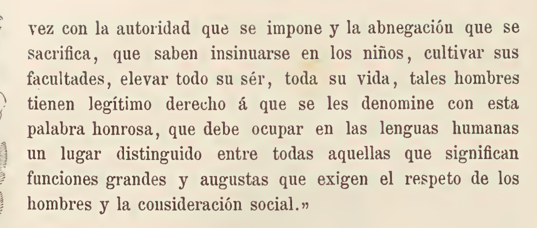


»Es menester que mantengan el concepto de maestros en su acepción tan noble y tan elevada, que se hallen investidos de esa función augusta que todavía se llama *magisterio*, y que se ejerce por medio del imperio más noble, de la autoridad más augusta, de la alta inteligencia que debe tenerse de las necesidades que dominan en la vida moral.



»Sin su dignidad, sin su autoridad, las funciones del maestro se rebajan hasta tomar un aspecto odioso. Pero aquellos que comprenden lo que es un maestro, que saben respetarse y hacerse respetar, que mandan y gobiernan á la



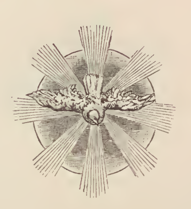


vez con la autoridad que se impone y la abnegación que se sacrifica, que saben insinuarse en los niños, cultivar sus facultades, elevar todo su sér, toda su vida, tales hombres tienen legítimo derecho á que se les denomine con esta palabra honrosa, que debe ocupar en las lenguas humanas un lugar distinguido entre todas aquellas que significan funciones grandes y augustas que exigen el respeto de los hombres y la consideración social.»



El maestro cristiano que tiene conciencia de su gran destino, debe considerar su carrera como el ministerio más elevado después del sacerdocio. Es una paternidad espiritual y activa, que sucede á la fuerza creadora, ó mejor dicho, se une á ella en misteriosa y divina colaboración, para continuar la obra empezada, desarrollarla y perfeccionarla. ¿Qué es un niño al salir de las manos paternas? Un sér débil bajo todos aspectos, incapaz de subvenir á sus necesidades materiales, como manifiestamente lo es de formar por sí mismo su inteligencia y su corazón. La educación debe desarrollar, por medio de un cuidado inteligente y mucha paciencia, sus fuerzas físicas y sus facultades morales; la educación debe hacer de él un hombre, un cristiano, una imagen viva de Jesucristo, el tipo de los hijos de Dios; obra tanto más importante cuanto que el niño será toda su vida lo que habrá sido su educación. Tal es la regla general formulada por

este proverbio de la Sabiduría divina: «La senda por la cual comenzó el joven á andar desde el principio, esa misma seguirá también cuando viejo [1].»



¿Es esto bastante para hacer resaltar la dignidad del maestro y su responsabilidad? San José, padre y custodio de Jesús, fué más honrado de Dios; pero sólo tuvo que cuidar materialmente de su divino pupilo. Los cuidados del maestro tienen otra trascendencia; deciden á menudo del porvenir del niño bajo el punto de vista intelectual y moral, y hasta podemos decir de su salvación eterna.

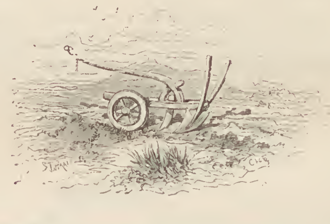


La obra es importante, hemos dicho; pero difícil y penosa. Exige mayores cuidados y sacrificios de los que puede prestar el común de los hombres; diremos más, sólo alcanza su objeto por una virtud sobrenatural. El hombre es impotente contra ciertos defectos, contra ciertas naturalezas

[1] *Prov.*, XXII, 6.

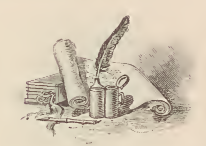


rebeldes: es preciso que la misma mano de Dios se deje sentir en su obra ó que el Espíritu Santificador amolde la materia bajo la mano del maestro que le sirve de instrumento. Los que quieren educar sin religión ó los que pretenden hacerlo sin trabajo, son presuntuosos ó insensatos; y cuando proclaman en público que lo han logrado, todo se reduce á mero charlatanismo. Las bellas frases no corrigen los defectos, y la virtud no se aprende de memoria. La disciplina más severa puede encadenar los brazos ú obligar á mover los piés de una manera determinada; pero no encadena las pasiones, no gobierna los afectos, no cura las llagas del corazón; el collar de hierro desgarra el cuello sin corregir las costumbres. Una cosa es domar fieras, enseñar monos ó hacer maniobrar soldados, y otra es educar hombres.

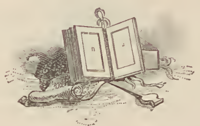


La educación es una obra eminentemente de paternidad, de amor; de abnegación, de pesado trabajo, de paciencia y de sacrificios, y sólo, lo repetimos, da resultados satisfactorios cuando se cuenta con la protección de Dios. Los sagrados deberes del maestro, su grave responsabilidad, todo supone en él una vocación especial, una fe viva y generosa, y en el niño el respeto, la confianza, el afecto al maestro, junto con el temor de Dios y las prácticas religiosas. Apelamos á

la experiencia de todos los que han estudiado el corazón del alumno y conocen sus misterios.

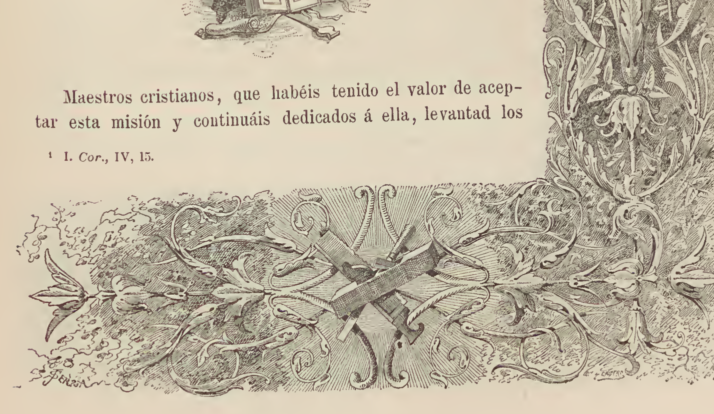


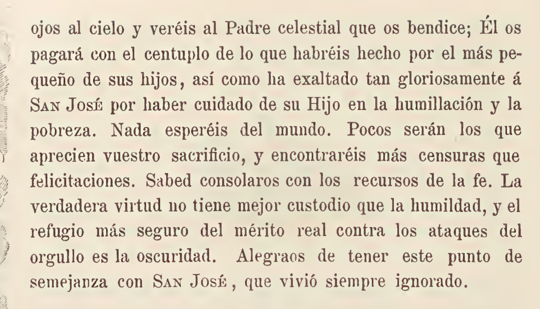
Atrás los mercaderes de ciencia que hacen consistir la educación en una lección dada con sequedad y que creen que nada deben á sus discípulos cuando les han alimentado y privado de pegarse. Es hacer de un establecimiento de enseñanza una empresa y de la educación una industria. Podemos aplicar muy bien aquí las palabras de san Pablo á los corintios: «Aun cuando tengáis millares de ayos ó *maestros* en Jesucristo no tenéis muchos padres [1].» Pocos son los que saben hacerse pequeños con los pequeños, débiles con los débiles, para formarlos, corregirlos, educarlos, como conviene á hijos de Dios. Es la del maestro una vida de sacrificios, de oscura y perpetua inmolación, que no halaga el amor propio ni la codicia.



Maestros cristianos, que habéis tenido el valor de aceptar esta misión y continuáis dedicados á ella, levantad los

[1] I. *Cor.*, IV, 15.





ojos al cielo y veréis al Padre celestial que os bendice; Él os pagará con el centuplo de lo que habréis hecho por el más pequeño de sus hijos, así como ha exaltado tan gloriosamente á San José por haber cuidado de su Hijo en la humillación y la pobreza. Nada esperéis del mundo. Pocos serán los que aprecien vuestro sacrificio, y encontraréis más censuras que felicitaciones. Sabed consolaros con los recursos de la fe. La verdadera virtud no tiene mejor custodio que la humildad, y el refugio más seguro del mérito real contra los ataques del orgullo es la oscuridad. Alegraos de tener este punto de semejanza con San José, que vivió siempre ignorado.



Aunque el mundo no conociese el papel importante que desempeñaba cerca de Jesús y de María no era menos santo ni menos grande á los ojos de los ángeles y de la adorable Trinidad. Resignaos, pues, humildes maestros, y resignaos con alegría, por amor de Dios, al olvido de los hombres, y, si es preciso á su injusto desprecio. Quizás la persecución y la envidia serán el precio de vuestros trabajos. Tanto mejor para vuestra gloria. Nuestro Señor dice á todos los que padecen persecución por su nombre: «Alegraos *entonces* y



regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos [1].»



En San José encontraréis un modelo de paciencia y de abnegación, y un seguro protector para triunfar de las dificultades de la educación. Consagradle vuestras funciones, confiadle vuestros discípulos, enseñad á éstos á admirar, á amar y á honrar á tan gran Santo: él solo con su intercesión puede influir más en la fecunda obra de la enseñanza que todos vuestros esfuerzos.



Los niños tienen un atractivo particular para este venerable Patriarca, que tanto amó al niño Jesús, que lo llevó tantas veces en sus brazos, que disfrutó de sus continuas caricias. Van los niños á él como á un padre, llenos de confianza filial, y San José acoge sus candorosas oracio-

[1] *Math.*, V, 12.



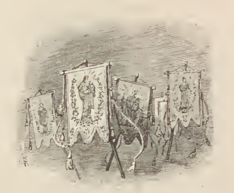
nes, como acogía las súplicas del Niño Jesús: jamás las rechaza cuando son útiles y buenas. Permitidme citar algunos ejemplos.



El padre Huguet refiere al final de su *Mes de San José,* que los alumnos de un colegio habían practicado esta devoción con mucho fervor durante todo el mes de marzo. No contentos con los actos del culto, que cada noche verificaban en la capilla, habían erigido en sus clases pequeñas estatuas del Santo, ante las que rezaban algunas oraciones con sus profesores. Los más habían depositado á los piés de la santa imagen cartas que contenían sus deseos, y especialmente la súplica de una gracia especial, como fruto de los ejercicios.

Nada más edificante que los medios de que se servían para llegar al corazón de su santo patrón: unos empleaban ocultas mortificaciones durante sus comidas, privándose de

vino ó de platos favoritos. Otros daban limosna á los pobres que encontraban durante el paseo; éstos, en su interior, invocaban á San José muchas veces al día; aquéllos se esforzaban en practicar virtudes difíciles, y verificar á lo menos algunos actos de valor, con el objeto de reprimir sus malas inclinaciones. Era una verdadera emulación de piedad..



¿Qué sucedió al terminar el mes, después de la confesión y comunión que cerró los ejercicios? Todos los corazones sintieron una alegría incomparable; todos habían obtenido favores proporcionados á su celo. Lo participaban á sus maestros con encantadora sencillez.—¡Ah, señor, decía uno, qué feliz soy! he obtenido mi conversión. Le había dicho á menudo que no podía corregirme y que mis defectos eran más fuertes que mi voluntad; hoy los he vencido y me siento con una fortaleza extraordinaria.—Yo, decía otro, he obtenido la conversión de mi padre, que había dejado de recibir los sacramentos y que acaba de prometerme que este año comulgará en la Pascua.—Yo, añadía un tercero, he rogado por la curación de un pariente, de cuya salvación se desesperaba, y acabo de saber que está curado.—Yo tenía bastante con ocuparme de mi alma: ya sabe usted cuán malo y despreciable era: pues bien, he cambiado del todo; ya verá usted como no soy el mismo. ¿Se acuerda usted de cuánto me costaba aprender

las lecciones? Creía que jamás llegaría á saberlas como mis condiscípulos; y hé aquí que, desde hace ocho días, las aprendo tan pronto y bien como el primero de la clase. Sólo lo debo á San José.—¡Oh! yo he obtenido una cosa muy difícil. Adivínela usted. ¿Cree usted que soy un perezoso incorregible? Pues bien, se engaña usted; ya no soy perezoso; ahora amo el trabajo, y lo amaré hasta fin de año, (y lo cumplió).—Señor, ya sabe usted que tal condiscípulo partió uno de estos días; pero lo que no sabe usted es que lo debemos á San José. Francamente, era un libertino muy peligroso: no queríamos denunciarle; pero hicimos una novena á San José para que nos librase de este compañero, y sus padres acaban de sacarlo de aquí. Confieso que yo merecía igual castigo á causa de mi cólera, de mis arrebatos, de mis insolencias; pero San José me ha hecho la gracia de reconciliarme con todos mis camaradas, de ahogar todos mis resentimientos, de amar á todos y de no enfadarme aún cuando los demás me molesten.—Yo no sabía rezar: esto era un verdadero suplicio para mí. Me fastidiaba en misa, bostezaba en los ejercicios piadosos, miraba á todos lados para distraerme. Hace algún tiempo que yo mismo no me conozco; hallo placer en rezar y escucho con interés las conversaciones piadosas. Espero conservar esta feliz disposición, confesando y comulgando más á menudo que antes.»



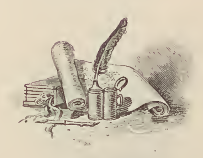
Confidencias más íntimas tenían lugar con los sacerdotes.



Era un concierto unánime de acciones de gracias y conmovedoras revelaciones en gloria de SAN JOSÉ. La alegría que brillaba en los ojos y en el rostro de estos buenos niños atestiguaba la dicha que sentían en el fondo de sus almas.



Un profesor refiere con esta ocasión el favor singular que obtuvieron de este poderoso protector dos discípulos, faltos de talento.



El primero era uno que cursaba la segunda enseñanza y que tenía la desgracia de ocupar casi siempre el último lugar en la composición. Y sin embargo, era laborioso, estaba lleno de las mejores intenciones. ¿Qué hacer? Consulta á su profesor y le confía su pena. — Querido joven, le respondió éste, se me ocurre una idea: diríjase usted á SAN JOSÉ, pero con mucha humildad y con ardiente fe.—Gracias, padre mío, seguiré el consejo de usted.—Arrodíllase delante





de la imagen del santo Patriarca, y le abre su corazón con lágrimas en los ojos, le suplica se apiade de él y supla la insuficiencia de su trabajo ó de su capacidad. Algunos días después señálase á los alumnos una composición de griego. La traducción era difícil; encerraba un pasaje que nadie entendía. El pobre joven lo comprendía menos que nadie: miró á su profesor con un aire que quería decir: «Estoy desesperado.» Pero un momento después, habiéndose cubierto el rostro con las manos y dirigido una ardiente plegaria á San José, sintió que la luz se hacía en su espíritu; comprendió la frase que nadie entendía. Lleno de gozo, escribe su composición y la entrega sonriendo al profesor. La esperanza llenaba su alma. ¡Feliz joven! Por primera vez obtuvo un buen lugar. Su confianza en San José fué más grande y creció su fervor. Redobló su aplicación. ¿Quién lo creyera? En la distribución de premios obtuvo el primero y un accésit. Desde entonces fué un discípulo sobresaliente.

Algún tiempo después entró en el mismo colegio otro alumno también falto de talento. Nada le salía bien. Un día quejándose ante su profesor, dijo:—¡Qué feliz sería si encontrara el medio de obtener algún resultado! Lo deseo

menos por mí que por mis buenos padres, que no pueden consolarse de mis contratiempos y no dejan de reprochármelos. Dios es testigo de que pongo toda la buena voluntad de que soy capaz.—El maestro, vivamente conmovido ante esta ternura filial, le contestó: — Hijo mío, ¿tiene usted devoción á San José?—Muy poca, padre.—¿Quiere usted honrar á este gran Santo?—Con mucho gusto, si usted lo desea.— Entonces el profesor le contó la historia precedente. A este relato, el buen joven sintió nacer alguna esperanza en su corazón. —¿Qué es preciso hacer, padre mío? Hable usted. —Hijo mío, vamos á empezar los dos una novena á San José; tenga usted mucha confianza y rece con fervor.



Hízose la novena, y no bien se había terminado, cuando tuvo lugar en la clase un ejercicio de traducción latina. La noche misma el piadoso alumno corrió á ver á su maestro y le dijo: — Padre mío, hemos triunfado; he comprendido tan bien la traducción que estoy cierto de ser el primero ó el segundo. Júzguese de su alegría. En efecto, alcanzó el segundo lugar, y no se había aún terminado el mes cuando ya se encontraba en el primero. Al fin del año obtuvo también un primer premio. Renovàronse durante cuatro años los mismos prodigios, gracias á la protección de San José.



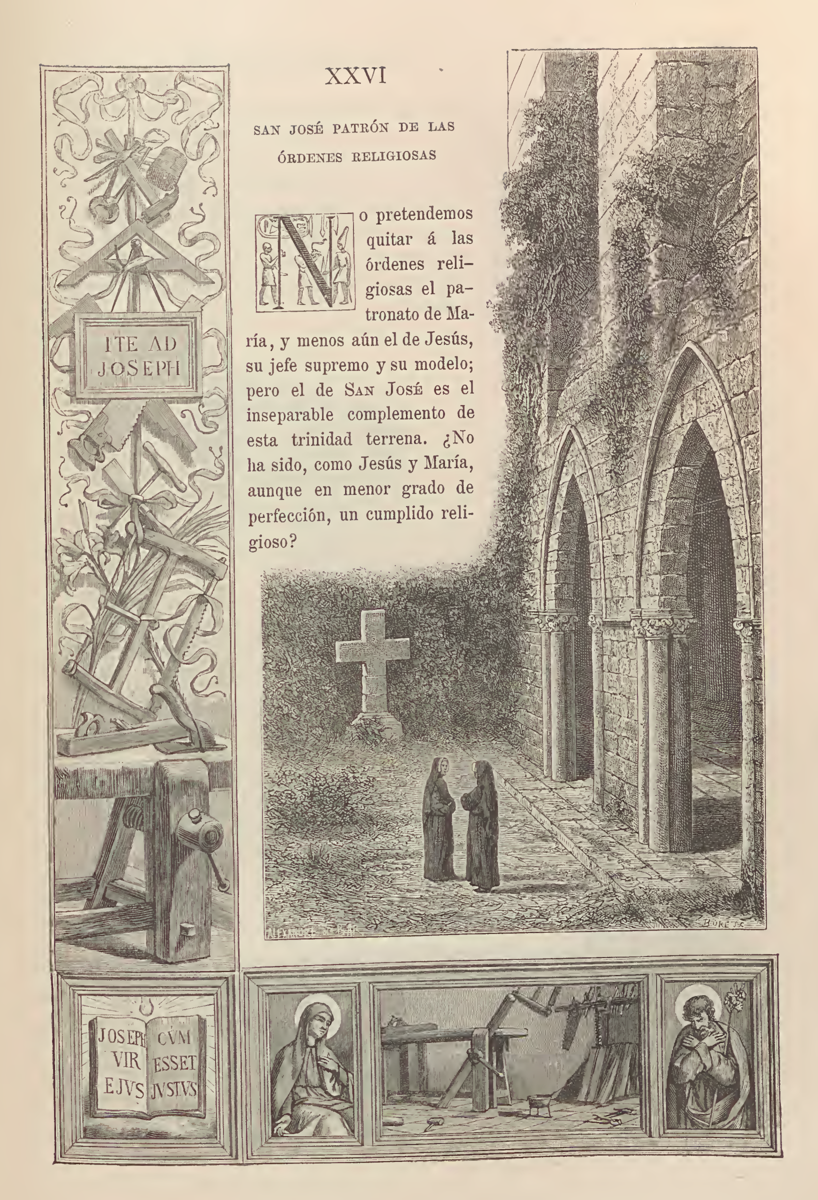


Profundamente reconocido este excelente joven á tales favores, fué un ferviente servidor de San José; y desde el seno de su familia, en la que es por todos objeto de edificación, escribía últimamente á su antiguo preceptor: «Padre mío, deberé á San José mi perseverancia y mi salvación.»

Hé aquí unos ejemplos que deben animar á maestros y discípulos, por todas partes en donde esté extendido el dulce imperio de la religión.

Capitulo XXVI





XXVI

SAN JOSÉ PATRÓN DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS

No pretendemos quitar á las órdenes religiosas el patronato de María, y menos aún el de Jesús, su jefe supremo y su modelo; pero el de San José es el inseparable complemento de esta trinidad terrena. ¿No ha sido, como Jesús y María, aunque en menor grado de perfección, un cumplido religioso?

En efecto, ¿qué le faltaba á José para tener tal carácter? ¿El hábito y los votos? El corazón y no el hábito hace el verdadero monje. En cuanto á los votos, los practicaba sin haberlos formulado: sin esta condición, el Padre celestial no le hubiera elegido para esposo de la Reina de las vírgenes y padre de la Santidad encarnada. Esta bienaventuranza, proclamada más tarde por Jesús, era el tesoro de San José: «Bienaventurados los que tienen puro su corazón; porque ellos verán á Dios [1].»



¿Quién practicó mejor que San José la pobreza voluntaria, cuyo ejemplo y consejo vino á dar Nuestro Señor Jesucristo? Efectivamente, jamás religioso alguno estuvo más desligado de los bienes de la tierra. Una modestísima habitación que compartía con su esposa y con su hijo; los enseres de su oficio y nada más. En Nazareth, como en Egipto, no tenía otros medios de subsistencia que el trabajo de sus manos; con el sudor de su frente le era preciso proveer á todas las necesidades de María y de Jesús. Trabajó hasta el fin de su vida para ganar el pan cotidiano.

Sí, José profesaba en toda su extensión la santa pobreza; tenía esta virtud en el corazón.

[1] *Math.*, V, 8.

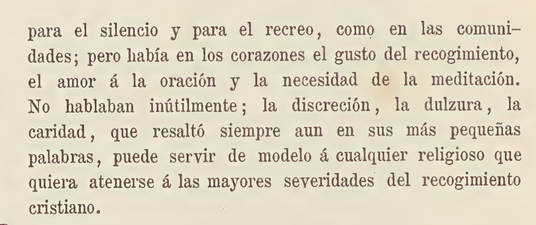


¿Qué diremos de su obediencia? Jamás hombre alguno abdicó más su voluntad, y estuvo más completamente sumiso á la de Dios. En las más graves y difíciles circunstancias se deja conducir con ciega docilidad por la Providencia, sin replicar ni siquiera preguntar, sin inquietarse por el porvenir. El ángel le dice que parta inmediatamente á Egipto, y parte la misma noche. Más tarde le ordena volver, y vuelve, obedeciendo siempre con la misma sencillez de ánimo. ¿No es esta obediencia de voluntad y de pensamiento lo que constituye la perfección de los religiosos? Jamás tuvo Dios un servidor más respetuoso y más adicto.

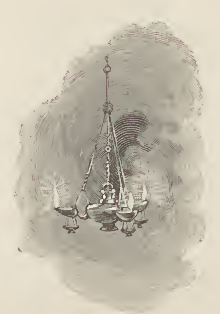


¿Le falta la austeridad de vida que se encuentra en muchas órdenes religiosas? ¡Ah! la ruda y penosa carrera de San José intimidaría sin duda aún á los más animosos. ¿Cuántos no soportarían voluntariamente su pobreza, sus trabajos y sus pruebas, á menos de sufrirlas como José en unión de Jesús y de María? Habitación, alimento, vestidos, género de trabajo, vida oscura y desdeñada, nada de esto halaga á la naturaleza; en todo esto hay privaciones numerosas, crueles é inevitables, que sólo los pobres conocen. Si fué la de José una vida la más austera ¿le faltará acaso el silencio del claustro? Tampoco esto le faltó: José pensaba más que hablaba en esta augusta familia. No había allí una reglamentación escrita en que se señalasen horas





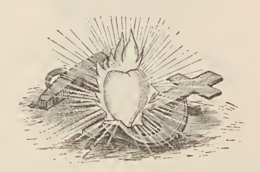
para el silencio y para el recreo, como en las comunidades; pero había en los corazones el gusto del recogimiento, el amor á la oración y la necesidad de la meditación. No hablaban inútilmente; la discreción, la dulzura, la caridad, que resaltó siempre aun en sus más pequeñas palabras, puede servir de modelo á cualquier religioso que quiera atenerse á las mayores severidades del recogimiento cristiano.



Los espíritus ligeros no comprenden que se pueda amar el silencio y no encontrar placer en ocuparse de todo. La mayoría de las gentes del mundo, en efecto, gastan el tiempo en fruslerías, y siempre tienen frivolidades que referir. Cuando nada nuevo saben lo inventan. Sienten necesidad de reir, de hacer reir, de dar gusto y entretener á los otros; su vida es toda superficial, exterior. Entrar dentro de sí les es insoportable, y antes que resignarse á ello, se entregan á todas las intemperancias de lenguaje; hablan horas enteras de niñerías, ó sobre cosas que á nadie importan; critican la conducta del prójimo, la ridiculizan;



revelan escándalos que deberían ocultar, refieren con estúpida vanidad sus propias aventuras, aun cuando muchas veces debieran avergonzarse de ellas; exponiéndose á que formen de ellos bajo concepto las personas honradas. Es preciso que hablen, que se pongan en evidencia, es menester que ocupen la imaginación.

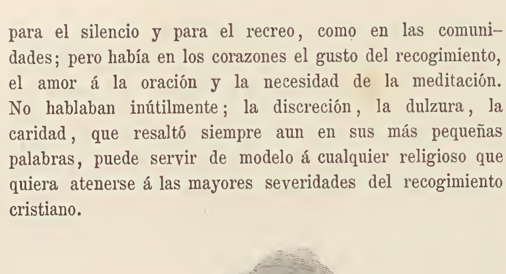


Las personas graves y verdaderamente serias no tienen tantas cosas que contar; las que suspiran por el cielo tienen menos todavía.

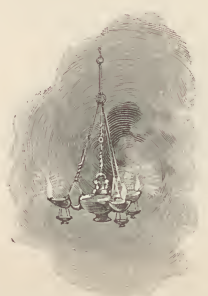


La augusta familia de Nazareth no experimentaba, pues, el deseo inmoderado de hablar; conversaban poco, reflexionando mucho; preferían sobre todo meditar los misterios y maravillas del Señor. Las horas más dulces para ellos eran las pasadas en la oración; el tema de sus conversaciones era siempre santo, útil y edificante. Así el silencio ocupaba un gran lugar en su vida. ¡Oh sublime modelo de una comu-





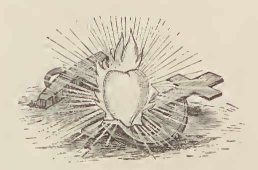
para el silencio y para el recreo, como en las comunidades; pero había en los corazones el gusto del recogimiento, el amor á la oración y la necesidad de la meditación. No hablaban inútilmente; la discreción, la dulzura, la caridad, que resaltó siempre aun en sus más pequeñas palabras, puede servir de modelo á cualquier religioso que quiera atenerse á las mayores severidades del recogimiento cristiano.



Los espíritus ligeros no comprenden que se pueda amar el silencio y no encontrar placer en ocuparse de todo. La mayoría de las gentes del mundo, en efecto, gastan el tiempo en fruslerías, y siempre tienen frivolidades que referir. Cuando nada nuevo saben lo inventan. Sienten necesidad de reir, de hacer reir, de dar gusto y entretener á los otros; su vida es toda superficial, exterior. Entrar dentro de sí les es insoportable, y antes que resignarse á ello, se entregan á todas las intemperancias de lenguaje; hablan horas enteras de niñerías, ó sobre cosas que á nadie importan; critican la conducta del prójimo, la ridiculizan;



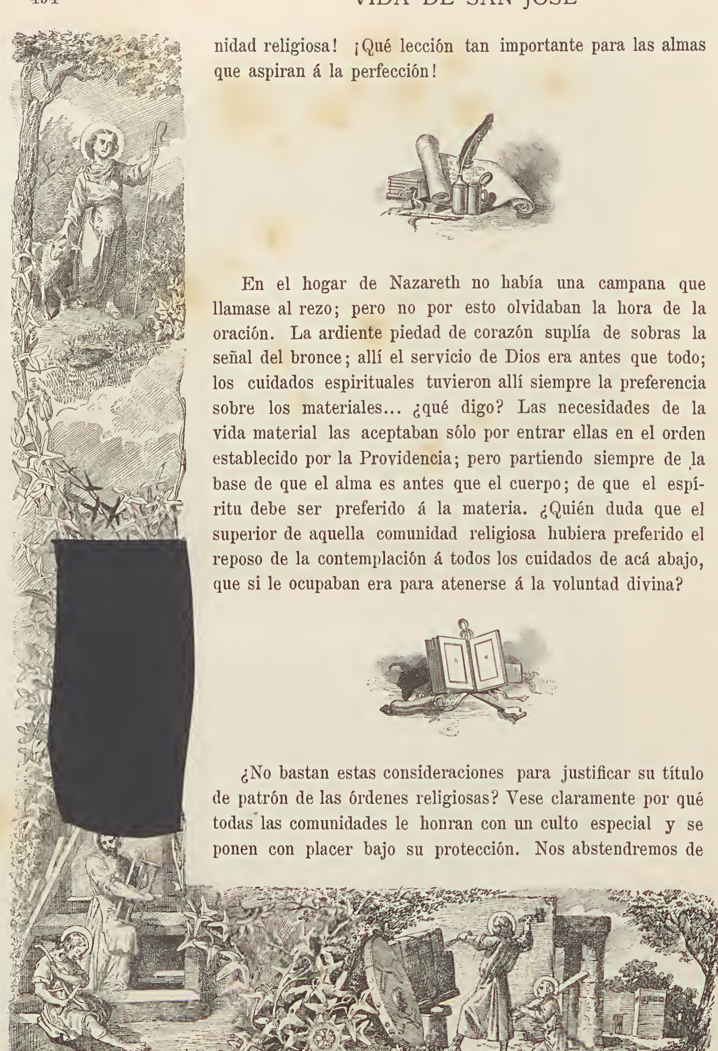
revelan escándalos que deberían ocultar, refieren con estúpida vanidad sus propias aventuras, aun cuando muchas veces debieran avergonzarse de ellas; exponiéndose á que formen de ellos bajo concepto las personas honradas. Es preciso que hablen, que se pongan en evidencia, es menester que ocupen la imaginación.



Las personas graves y verdaderamente serias no tienen tantas cosas que contar; las que suspiran por el cielo tienen menos todavía.



La augusta familia de Nazareth no experimentaba, pues, el deseo inmoderado de hablar; conversaban poco, reflexionando mucho; preferían sobre todo meditar los misterios y maravillas del Señor. Las horas más dulces para ellos eran las pasadas en la oración; el tema de sus conversaciones era siempre santo, útil y edificante. Así el silencio ocupaba un gran lugar en su vida. ¡Oh sublime modelo de una comu-



nidad religiosa! ¡Qué lección tan importante para las almas que aspiran á la perfección!

En el hogar de Nazareth no había una campana que llamase al rezo; pero no por esto olvidaban la hora de la oración. La ardiente piedad de corazón suplía de sobras la señal del bronce; allí el servicio de Dios era antes que todo; los cuidados espirituales tuvieron allí siempre la preferencia sobre los materiales... ¿qué digo? Las necesidades de la vida material las aceptaban sólo por entrar ellas en el orden establecido por la Providencia; pero partiendo siempre de la base de que el alma es antes que el cuerpo; de que el espíritu debe ser preferido á la materia. ¿Quién duda que el superior de aquella comunidad religiosa hubiera preferido el reposo de la contemplación á todos los cuidados de acá abajo, que si le ocupaban era para atenerse á la voluntad divina?

¿No bastan estas consideraciones para justificar su título de patrón de las órdenes religiosas? Vese claramente por qué todas las comunidades le honran con un culto especial y se ponen con placer bajo su protección. Nos abstendremos de

señalar alguna en especial, puesto que hoy esta devoción es común á todas, y porque sería difícil distinguir las más fervientes.



Los religiosos nunca meditarán bastante la vida del venerado Patriarca. Está tan llena de virtudes necesarias á su estado, que no se puede ofrecer mejor modelo, si no es la misma vida de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santa Virgen. Aprenderán en ella el desprendimiento del mundo y el amor al retiro, que es el recogimiento; sacarán de ella el renunciar á todo afecto terreno, la completa abnegación, el abandono en las manos de Dios, que son el alma de la vida religiosa y el único camino de la perfección evangélica. Los que no sienten lo bastante el gusto de las virtudes de su santa vocación, se avergonzarán de su infidelidad delante de este modesto artesano, que encontró en la sencillez de su corazón los sublimes arranques de que son incapaces muchos religiosos que gozan de gran renombre por su talento y por su reconocido saber.





Hay un gran libro que aquel que lo sabe lo sabe todo, es el Evangelio; todo humildad, todo caridad. Sólo hay una ciencia necesaria; la ciencia de la cruz. Saber morir para el mundo viviendo para Dios; hé aquí la síntesis de la vida religiosa.

Fenelon reprendía con justicia á un religioso por tener demasiado talento, un talento curioso, amante de las cosas elevadas, á veces un poco maligno, que juzga de todo algo severamente y que quiere brillar. « No puedo sufrir vuestro talento, le decía, ni el gusto que tenéis por el de los demás; os quisiera más pobre de espíritu. El talento es de Dios; cuando se usa no debe ser en beneficio de la vanidad; cuando se le da excesiva importancia, cuando se le prefiere á la sencillez, cuando se desdeña á todo el que carece de él, cuando siempre se le considera como el más sublime, como el único de los dones de Dios, es porque no se tiene todavía el gusto de lo divino. Dejad de concederlo todo á vuestro talento, á vuestra ciencia, á vuestro buen gusto, á vuestro discernimiento. No más talento que el de Dios.»

En otra carta insiste en lo mismo: «Deseo infinitamente que seáis sencillo; hasta desearía que no tuvieseis talento. Quisiera que Dios os castigara por aquí, como castiga la vanidad de ciertas jóvenes con las viruelas. Dios habla con los sencillos; son sus amados; son los confidentes de sus misterios: los sabios y los prudentes no participarán de su conversación. El niño Jesús se aparece á los pastores antes que á los magos. Sed pastor rústico si queréis; pero sed recto, desligado de vos mismo, dócil, candoroso, juzgaos inferior á todos. ¡Cuánto mejor es este estado que el de ser sabio de sí mismo!»



A no ser José un perfecto modelo de esa obediencia, que tanto debe brillar en la vida religiosa, hubiera sin dnda encontrado numerosos pretextos para oponerse á las órdenes de Dios. Tal vez nosotros, en su lugar, estos pretextos los habríamos encontrado de sobras. Hubiera podido decir á aquel ángel que le ordenó que se levantase y se fuese á Egipto: «En tus palabras hay una extraña contradicción. No hace mucho que me dijiste que este niño sería el libertador de Israel, y sin embargo, su pretendido poder es tan poco que para poner á salvo su existencia se hace indispensable salir de nuestro país, acogiéndonos á una nación extraña. Es un éxito que corresponde muy poco á tan magníficas promesas. ¿No es por ventura este niño el hijo de aquel Dios que tiene en sus manos los corazones de



los reyes á quienes confunde ó cambia, según á Él le acomoda? ¿La larga serie de crímenes de que es culpable Herodes no merecen que sufra él la muerte que intenta dar á este niño?»

Así hubiera podido hablar esta razón humana que tan frecuentemente juzga las obras del Señor con el pobre criterio del amor propio y que inventa planes que cree superiores á los de la Providencia divina. José procede muy de otra manera. Iluminado con las puras luces de la fe, sabe que la obediencia pierde todo su mérito y todo su carácter, desde el momento en que se apoya en razonamientos humanos. Ahoga en su corazón estas murmuraciones secretas, que surgen á menudo en el fondo del alma; no opone pretexto alguno á la voluntad de Dios; no va á buscar en la delicadeza de María ni en la debilidad del niño, motivos de resistencia, y ni aun se informa del país adónde tiene que encaminarse ni del tiempo que habrá de durar el destierro.

Al contemplar tanta perfección en la obediencia, san Remigio, arzobispo de Reims, exclama: «La vida vuelve á nosotros por los senderos porque nos vino la muerte. Las ruinas amontonadas en el mundo por la desobediencia de Adán empiezan á ser reparadas por la obediencia de José.»

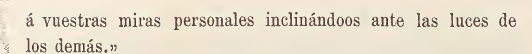


En la práctica de la obediencia se manifiesta el mejor talento, el único talento necesario á los que profesan la perfección religiosa.



El mismo obispo escribía: «Obedeced como un niño: sólo os pido lo que para mí quiero. Me creería un mal ministro de Dios si no tuviera el deseo de ser tan sencillo, dócil y pequeño, como os digo que seáis. Obedeced, pues; mostrad que *los justos son una nación toda amor y obediencia.* Callaos cuanto podáis. Este silencio no debe ser disimulo; debe ser recogimiento, desconfianza de vos mismo; renunciad





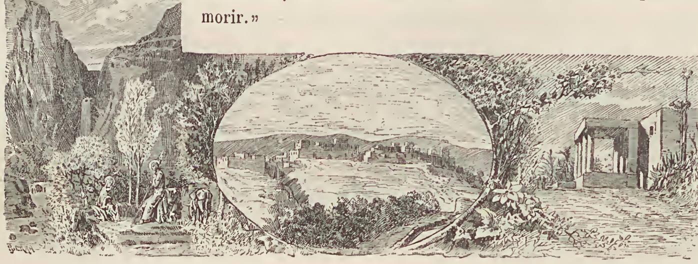
á vuestras miras personales inclinándoos ante las luces de los demás.»



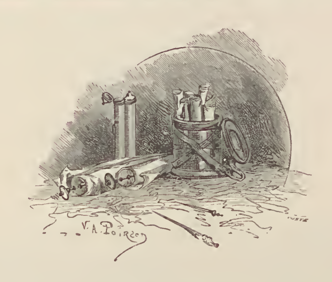
Es sin duda costoso sacrificar así la voluntad y el amor propio; pero no se llegaría de otro modo á la inmolación de sí mismo: es esta muerte espiritual que es la entrada á la verdadera vida.



«No se puede morir sin dolor, continúa Fenelon; la muerte por Dios penetra por todas partes para hacer que el alma no sea la esclava del amor propio ni del egoismo. Dios, que ve en nosotros lo que nosotros no vemos, sabe precisamente dónde debe aplicarse esta operación de muerte. Toma lo que más tememos darle; por ella es preciso sufrirlo todo. La muerte que quiere obrar en vos debe ser voluntaria; no moriréis en vos mismo si no cuando queráis morir.»



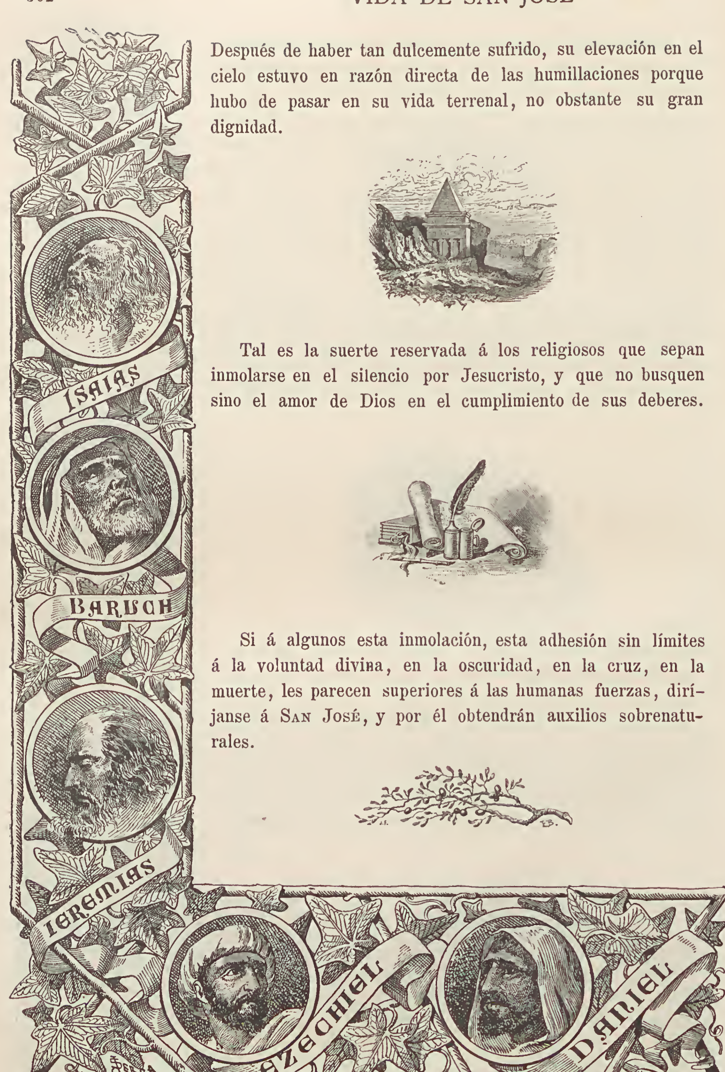
Quisiera poder citar pasajes enteros sobre la utilidad de las cruces; porque cuanto más un alma pertenece á Dios más la prueba, según las palabras del ángel á Tobías: «Por lo mismo que eras acepto á Dios fué necesario que la tentación *ó aflicción* te probase [1].» «Premiará todas nuestras penas; pero es preciso llevar con resignación la cruz de Jesucristo en esta corta vida. Pronto no sufriremos más, sino que reinaremos con un Dios consolador, que habrá enjugado nuestras lágrimas con su propia mano. Puesto que aun nos queda este instante tan corto y ligero de la prueba, no perdamos el precio de la cruz; suframos humilde y pacíficamente. Cuando uno sufre con esta sencillez de amor, no sólo es feliz á pesar de la cruz, sino que es feliz con ella; pues el amor quiere sufrir por el bien amado y la cruz que nos hace conformes con el bien amado es un lazo de amor que consuela.»



Hé aquí unos admirables misterios que el Señor oculta á los soberbios y que ha revelado á los pequeños. San José lo da á conocer por maravillosa manera. Dios le hizo pasar por pruebas más rudas; pero el santo hombre las sufrió en unión de Jesús y de María, y encontró consuelos inefables.

[1] *Tob.*, XII, 13.





Después de haber tan dulcemente sufrido, su elevación en el cielo estuvo en razón directa de las humillaciones porque hubo de pasar en su vida terrenal, no obstante su gran dignidad.

Tal es la suerte reservada á los religiosos que sepan inmolarse en el silencio por Jesucristo, y que no busquen sino el amor de Dios en el cumplimiento de sus deberes.

Si á algunos esta inmolación, esta adhesión sin límites á la voluntad divina, en la oscuridad, en la cruz, en la muerte, les parecen superiores á las humanas fuerzas, diríjanse á San José, y por él obtendrán auxilios sobrenaturales.

¡Cuántas almas víctimas del desfallecimiento han encontrado por fin en él consuelo y vigor! Probadlo vosotros mismos y lograréis los resultados de una dulce experiencia.



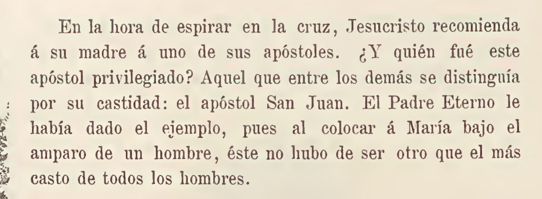
¿Y qué es lo que le da al religioso el valor de la cruz, el amor al sacrificio? La castidad. Al hablar de castidad, de esa virtud tan esencial á la vida religiosa, nuestro pensamiento se eleva naturalmente á María, la Virgen inmaculada. Pero al lado del nombre de María colocamos desde luego el de José, á quien Gerson llama el portaestandarte de la castidad, el hombre virgen por excelencia.



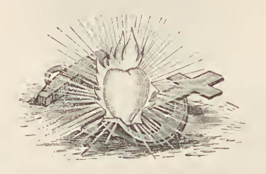
San Agustín dice que entre los puntos de semejanza entre la fisonomía moral de la madre de Dios y San José, ninguno resalta más que la integridad virginal.







En la hora de espirar en la cruz, Jesucristo recomienda á su madre á uno de sus apóstoles. ¿Y quién fué este apóstol privilegiado? Aquel que entre los demás se distinguía por su castidad: el apóstol San Juan. El Padre Eterno le había dado el ejemplo, pues al colocar á María bajo el amparo de un hombre, éste no hubo de ser otro que el más casto de todos los hombres.



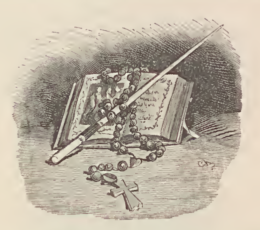
María, tan pura como fué desde el primer instante de la concepción; María, que en su más tierna edad consagró á Dios la pureza por medio de un voto perpetuo de virginidad y prefirió esta virtud á la gloria de la maternidad divina; María, que se turbó á la vista del ángel Gabriel al aparecérsele en forma humana, consintió, sin embargo, iluminada por divina inspiración, en ser la esposa de San José viviendo con él bajo un mismo techo.



Despréndese de aquí cuánta había de ser la reserva que inspiraría la persona del augusto Patriarca, para que la más



pura de las vírgenes se resignase á salir del templo donde pasó los hermosos años de su niñez, bajo la mirada de Dios.



No vacilo en aplicar á nuestro santo aquellas palabras del bienaventurado Antíoco: «¿Hay hombre alguno que pueda haber levantado á la castidad un pedestal más magnífico? ¿Se encontrará otro que tenga erigido á la pureza un monumento más majestuoso? Él, sí, él fué el primero en enarbolar el estandarte de la virginidad conyugal en una época y en un país donde la esterilidad pasaba por un oprobio, y se la consideraba como una maldición del cielo.»



Si basta que nos detengamos á contemplar una imagen de la Santísima Virgen para sentir como se enciende en nosotros el fuego de la castidad; si el cuadro de la consagración de María, tal como se dibuja en el Evangelio, suscita en el curso de los siglos cristianos una multitud innumerable de vírgenes de toda edad, de todo sexo, de todas las condiciones, que prefieren la honra de asemejarse á la augusta

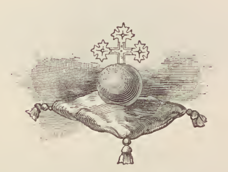


Madre de Dios á todas las ventajas del mundo, ¿cuáles habrían de ser los resultados de la presencia, no de la imagen, sino de la realidad de María, más bella que un ángel, y á la que José pudo contemplar en su primera juventud adornada de aquella aureola de virtudes que enaltecían su virginal hermosura, hasta hacerla merecedora del carácter de madre de Dios?

Bajó el punto de vista espiritual no hay en la tierra título más bello que el de virgen. Es un título que Dios lo ama, que lo respetan los ángeles, y que da derecho en la patria de la inmortalidad á los mayores privilegios y honras.

Si el Verbo quiere aparecer en el mundo revestido de mortal carne, ha de ser tomando por madre á la más pura de todas las vírgenes, dando el nombre de padre al más casto de todos los hombres.

San Cipriano llama á la castidad la obra maestra de la gracia espiritual, el primer adorno de la naturaleza, la imagen de Dios reflejándose en el alma, la dicha de la Iglesia. Teodoreto escribe que al nacer Jesús de una virgen honró de tal modo la virginidad que en la Iglesia aparecieron jardines adornados de esta flor preciosa que eleva al Criador el más puro de los aromas.

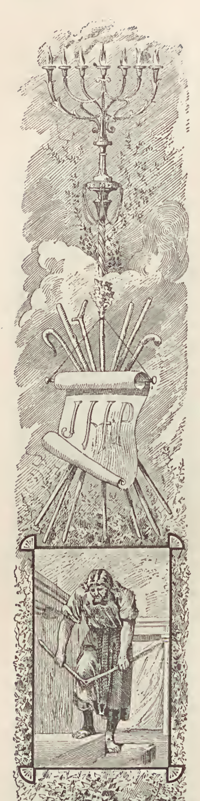


¿Hay algo de más bello, de más brillante que la virginidad, dice San Juan Crisóstomo, de esa virginidad que si nos tiene separados del mundo de la materia es para que fijemos nuestras miradas en el sol de justicia?

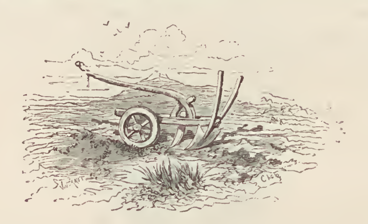


Es la virginidad una virtud tan delicada como sublime: la empaña el menor soplo. Las almas religiosas, pues, que se comprometen á observarla por medio de un voto, es menester que al ponerla bajo el amparo de la humildad, la coloquen igualmente bajo la protección de San José.





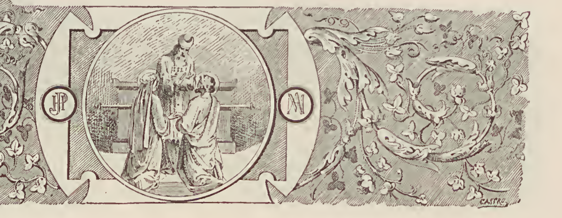
Acudid, pues, á él en todas vuestras necesidades espirituales y temporales, ya revistan éstas carácter general ó particular: ama SAN JOSÉ las órdenes religiosas, socorre á todos y á cada uno de sus miembros.



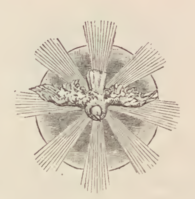
Al principiar el siglo XVII la orden de los cartujos sufrió una ruda prueba. Faltaban religiosos en todos los conventos, y los noviciados estaban vacíos. ¿Qué hacer? Después de muchas reflexiones y rogativas, se resolvió poner solemnemente la orden bajo el patrocinio de SAN JOSÉ. La resolución fué ejecutada en todas partes con religioso entusiasmo. La fiesta del santo ocupó el lugar de las más grandes solemnidades. Desde aquel día las vocaciones religiosas se presentaron en número suficiente y pronto se llenaron las plazas vacantes. El celestial protector había escuchado los votos de sus hijos.



Hemos dicho ya que santa Teresa consagraba casi todos sus monasterios á SAN JOSÉ; pero nos falta añadir que á



menudo los fundaba sin dinero, ó á lo menos sin recursos suficientes. Cuando éstos le hacían falta pedía á su poderoso protector que proveyera él, y jamás le faltó.

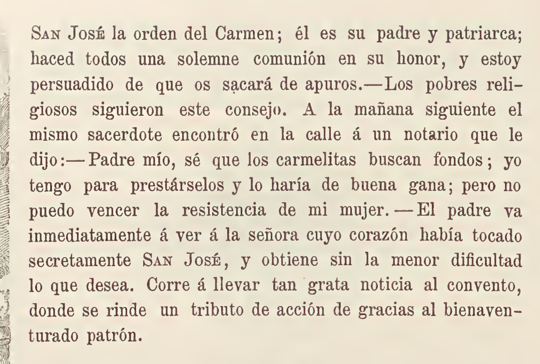


«Un día, dice, me encontraba muy apurada por no saber qué dar á unos trabajadores. San José, mi verdadero padre y muy amado protector, se me apareció y me dijo que estuviese tranquila, pues no me faltaría con que pagar. Entonces, sin tener yo una sola moneda en mi bolsa, hice que trabajaran todo lo posible; y Dios proveyó de un modo á la verdad sorprendente.»



Un convento de carmelitas, fundado recientemente en España, se encontró en apuros por la inesperada muerte de su fundador. Necesitaban una gruesa suma de dinero, que nadie quería prestarles. Cuando empezaban á desanimarse, un santo religioso les dijo:— Ya sabéis cuánto ama

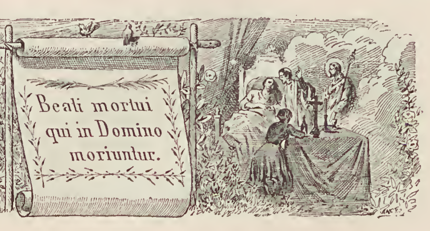




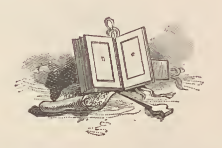
San José la orden del Carmen; él es su padre y patriarca; haced todos una solemne comunión en su honor, y estoy persuadido de que os sacará de apuros.—Los pobres religiosos siguieron este consejo. A la mañana siguiente el mismo sacerdote encontró en la calle á un notario que le dijo:—Padre mío, sé que los carmelitas buscan fondos; yo tengo para prestárselos y lo haría de buena gana; pero no puedo vencer la resistencia de mi mujer.—El padre va inmediatamente á ver á la señora cuyo corazón había tocado secretamente San José, y obtiene sin la menor dificultad lo que desea. Corre á llevar tan grata noticia al convento, donde se rinde un tributo de acción de gracias al bienaventurado patrón.



Un religioso cuya elocuencia atraía cuanto París tiene de opulento y distinguido, acostumbraba reunir todos los años á la juventud elegante en una pequeña fiesta que tenía lugar algún tiempo antes de la cuaresma. Con esto tenía ocasión de ir después á visitar á los jóvenes que concurrieron á la función, lo que hacía en tiempo oportuno para excitarles



á la comunión pascual, aprovechando para ello el recurso de su gran prestigio personal.



Hace algunos años, después de haber dado la fiesta, el elocuente religioso no tenía un céntimo con que pagarla. Sentíase muy inquieto. Paseábase lleno de agitación por el jardín después de haber hecho su rezo con el breviario, cuando se apercibe de una imagen de su patrón San José.

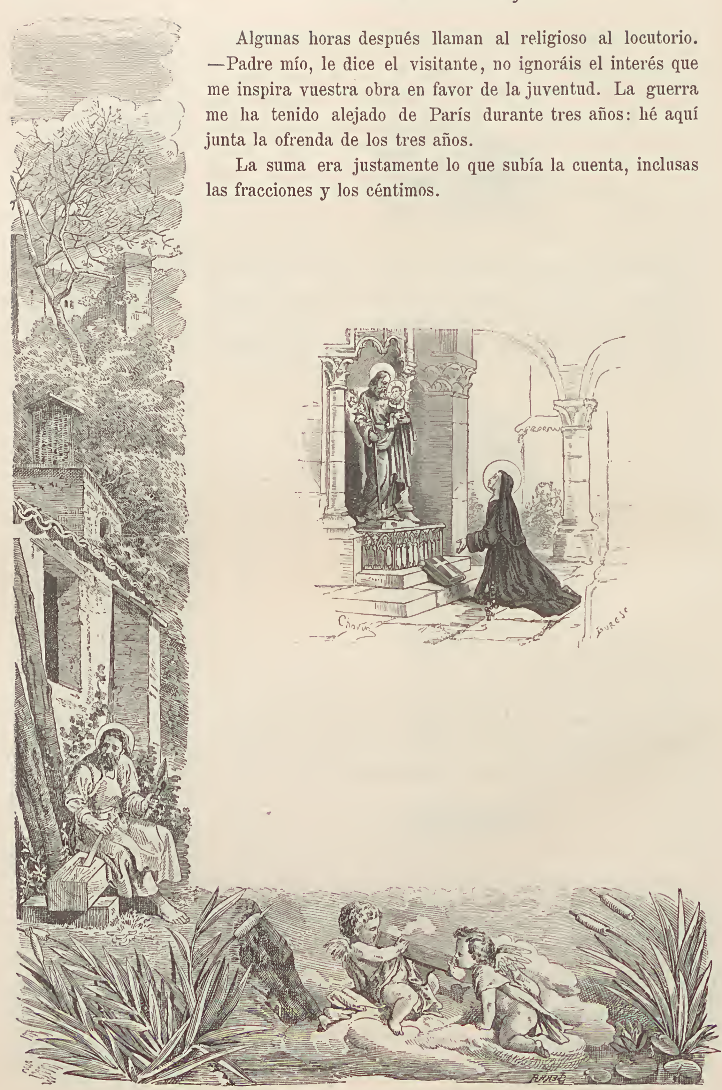


—Mi buen Santo, dice; ya sabéis que no es por mí que me tomo este trabajo, es para atraer á los altares del buen Jesús á esta juventud ávida de goces y enseñarle que sólo allí se encuentra la verdadera dicha. Pues bien: vos debéis sacarme de apuros. Nada veo delante de mí, y el tiempo es perentorio, ¿consentiríais en abandonarme?»



Algunas horas después llaman al religioso al locutorio.
—Padre mío, le dice el visitante, no ignoráis el interés que me inspira vuestra obra en favor de la juventud. La guerra me ha tenido alejado de París durante tres años: hé aquí junta la ofrenda de los tres años.

La suma era justamente lo que subía la cuenta, inclusas las fracciones y los céntimos.





Capitulo XXVII





XXVII

SAN JOSÉ PATRÓN DE LAS ALMAS IGNORADAS Y ABANDONADAS



LAS almas contemplativas que aman la vida interior, se sienten atraídas á SAN JOSÉ por un secreto instinto. ¿Qué otro santo, en efecto, pudo gustar como él las dulzuras inefables de la vida íntima con Jesucristo?





¿Ha habido otro que amase más esta soledad, en que, lejos del ruido del mundo, el alma se comunica con el divino objeto de sus afecciones?

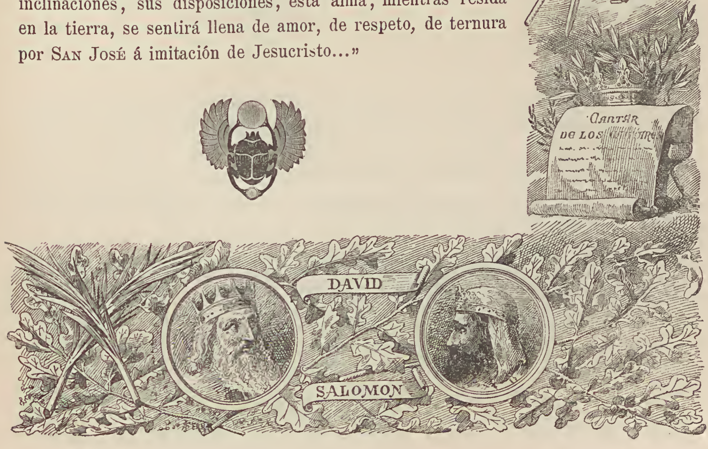
Para él, Jesús no estaba tan sólo presente en espíritu, sino en persona; le veía con sus ojos, le hablaba, oía su voz, le tocaba con sus manos, prodigábale las más tiernas caricias, recibía los infantiles besos de su divina boca; le sostenía en sus brazos, estrechábale contra su corazón, alentándolo Jesús con el calor del amor divino, de donde le venían á José aquellos indescriptibles arrebatos, aquellas sobrenaturales delicias que los espíritus contemplativos buscan con tanto ardor.

¿Cómo no envidiarle tan dichosa suerte? ¿Quién duda que han de acudir á él preferentemente esas almas privilegiadas, pidiéndole que les haga partícipes de tan

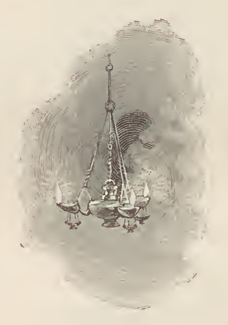
inefables satisfacciones? Para abrirles la misteriosa fuente de tales delicias, el poder de José es incomparable.



«San José, dice el ilustre fundador de San Sulpicio, M. Olier, habiendo sido escogido por el Padre celestial para ser su imagen cerca de su único Hijo, no tuvo por misión el ejercer funciones públicas en la Iglesia de Dios; uno de sus destinos fué constituirse en tipo el más completo de pureza y santidad, por cuya razón es menester que se le considere como patrón de las almas que llevan una vida oculta y desconocida. Dios Padre, que nos ama por razón del amor que tiene á su único Hijo, nos hace sentir, saborear en San José la gracia y el amor con que ama á este mismo Hijo. En los demás santos, el tipo de la santidad oculta se nos presenta por partes y con medida; en San José se nos ofrece sin límites. Este santo es, en efecto, el patrón de los espíritus eminentes que dirigen su vuelo hacia la pureza y la santidad de Dios. Por esto el alma unida interiormente á Jesucristo, y que sigue sus sendas, sus sentimientos, sus inclinaciones, sus disposiciones, esta alma, mientras resida en la tierra, se sentirá llena de amor, de respeto, de ternura por San José á imitación de Jesucristo...»



Santa Teresa habla en el mismo sentido. «Conociendo por larga experiencia, dice, el maravilloso poder de San José cerca de Dios, quisiera persuadir á todos que le honrasen con culto especial. Siempre he visto que las personas que tienen hacia él una verdadera y continua devoción, sostenida por las obras, han progresado en la virtud, pues este celestial protector favorece de un modo sorprendente el perfeccionamiento espiritual de las almas que á él se encomiendan... Sobre todo los espíritus contemplativos deberían amarle siempre con filial ternura... y los que carecen de director que les enseñe la senda de la perfección, no pueden escoger mejor maestro que este gran Santo. No tendrán que temer el extraviarse desde el momento en que le tomen por guía.»



Hé aquí un excelente consejo para tantas personas verdaderamente cristianas, que jamás se han atrevido á probar el santo ejercicio de la meditación, y que se privan así de un medio de santificación tan poderoso. Se creen incapaces de obtener fruto alguno, y es porque jamás entran seria-



mente en los senderos de la vida espiritual. Que tomen á San José por guía y por patrón y pronto se convencerán de cuán dulces consuelos ha ocultado Nuestro Señor en la oración para aquellos que la aman.



No se limitarán á envidiar estérilmente á los santos á quienes Dios colma de celestiales favores, sino que á su vez participarán de éstos; cada día adelantarán hacia esas regiones de luz y de amor en las que nuestras almas encontrarán un día y para siempre la perfecta felicidad.



Estas aspiraciones de las almas espirituales, este fervor de los corazones elegidos, parecen quimeras á aquellos que sólo aman el mundo, el ruido, las fiestas, los espectáculos ruidosos.







¿Hay que admirarse de ello? Para tales personas la vida no es otra cosa que un juego ó un baile en el que se agitan riendo y cantando; pero viene la muerte, que se encarga de abrir una tumba á los piés del frívolo que se hundirá en ella sin haber hecho más que saborear las gotas de una felicidad aparente. Esta es la vida de los insensatos.

Pero la vida seria, la vida real de la inteligencia y del corazón, la vida cristiana y sobrenatural, que lleva al cielo y continúa en el seno de Dios, sólo se encuentra y se desarrolla en el silencio de los sentidos, en la calma del espíritu, en la fe y en la reflexión, en la práctica de los deberes religiosos, en la santa comunicación con Jesucristo, ya por la oración, ya por los sacramentos. Aquí hay dulzuras que el mundo desconoce y que dejan muy atrás los placeres terrenos.



Sin embargo, los fieles que se entregan á la meditación deben prepararse á sufrir pruebas espirituales, alternativas



de fervor y hastío, de alegría y de tristeza: por este medio el Espíritu Santo purifica y educa los corazones. Hay que abandonarse por completo á su dirección; y sin turbarse, sin violencia, aceptar su ley con infantil sencillez.



Escuchad estos consejos de Fenelon: «Si gustáis de la presencia de Dios y sentís la atracción del amor divino, decidle que le queréis, que estáis encantado de amarle; reconoced su gran bondad al dejarse amar tanto por un corazón tan indigno de las ternuras celestiales. Si gustáis las delicias de este fervor os parecerá que el tiempo vuela; no sentiréis la aridez del corazón; al contrario, veréis como este corazón vuestro se dilata, se engrandece, se va sumergiendo poco ó poco en este mar de goces del espíritu, que antes no sólo le eran desconocidos, sino que ni siquiera los sospechaba. Es claro que si sentís sequedad, disgusto, hastío en vuestro interior, no acertaréis á decirle á Dios cosa alguna; notaréis en vuestro corazón cristiano un espantoso vacío, experimentaréis como la presencia de Dios no os conmueve, os parecerá que hasta quisierais dejarle para entregaros á fútiles distrac-

ciones, y que la felicidad ha de consistir para vos en estar lejos de Él y vivir sólo para vos mismo. Pues bien: sabed meditar y entonces le podéis hacer á Dios todas estas confidencias, por mucho que os humillen.



»¿Preguntáis de qué le hablaréis? ¿Pues no tenéis con todo esto asunto de sobras? Referidle vuestras miserias; rogadle que os socorra; decidle:—¡Oh Dios mío, ya veis mi ingratitud, mi inconstancia, mi infidelidad! Puesto que me falta valor para haceros la entrega de mi corazón, tomadlo vos mismo; y encargaos de conservarlo, puesto que yo no sé hacerlo. Si soy bastante débil para ir en busca de la cruz, llevádmela vos, Dios mío. Compadeceos de mí á pesar de mí mismo. — ¿Comprendéis ahora si es ó no verdad el que á Dios siempre tenéis algo que decirle? Le podéis hablar ya de sus misericordias, ya de vuestras miserias: son asuntos de conversación inagotables. En estos dos casos decidle sin reflexionar lo que os dicte el corazón, y decídselo con la sencillez y familiaridad con que un niño habla á su madre.»





En general las mujeres piadosas se manifiestan demasiado ávidas de las dulzuras espirituales; parece que todo lo pierden cuando Dios les priva de ellas. Si es por su culpa, si es un castigo de su infidelidad, si lo han merecido con su negligencia, con actos de vanidad ó con palabras de murmuración, ó por una vida demasiado sensual, su aflicción es legítima; nunca lo llorarán bastante.



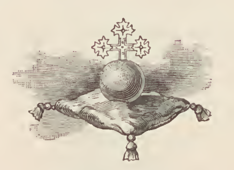
Y aun cuando nada explicase esta falta de consuelos sensibles, siempre hay que creer que Dios tiene sus motivos para suspenderlos. Si nuestro amor á Dios es verdadero no será esto un motivo para que este amor se debilite.



¿Es amar á Dios por Dios mismo el tener tanto apego á los goces personales? ¿Al través de esta tristeza no se ocultan sentimientos egoistas? Semejante modo de amar se parece demasiado al de los niños, que quieren á su madre



por los dulces que les proporciona. La verdadera caridad es más perfecta.



Quisiera poder citar páginas enteras de san Francisco de Sales, siempre tan sabio y tan tierno.



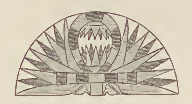
«En todas nuestras sequedades y esterilidades, dice, no nos amilanemos, esperando tranquilamente que volverán los consuelos; sigamos siempre nuestro camino sin omitir ninguna de nuestras prácticas de devoción, y, si es posible, multipliquemos nuestras buenas obras. La bienaventurada Angela de Foligno dice que la oración más agradable á Dios es la que se hace, no por nuestro gusto sino contra nuestro gusto, y sólo para agradar á Dios, á pesar de nuestras sequedades y hasta repugnancias. Digo lo mismo de toda clase de buenas obras; porque cuantas más contrariedades, ya exteriores, ya interiores, experimentamos al practicarlas, más queridas son de Dios. Cuanto menos interés personal tenemos en seguir la virtud, más sobresale la pureza del amor divino. El niño besa fácilmente á su madre cuando le da azúcar; pero será señal de que la ama con verdadero



cariño si la besa después de haberle dado una medicina amarga.»



Es preciso, pues, primero aprender á distinguir lo que proviene de la sensibilidad y lo que es efecto de la voluntad, y luego aceptar con reconocimiento las pruebas con las cuales quiere Dios que muramos para nosotros mismos.



«El sentimiento no depende de vos, escribía Fenelon á un alma que se quejaba de su frialdad; el amor no está en el sentimiento; el querer lo que Dios quiere, sí que depende de vos y esto es lo que Dios os pide.»



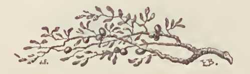
Y este querer debe ser tan absolutamente conforme al de Dios, que se manifieste por una completa renuncia de sí mismo.



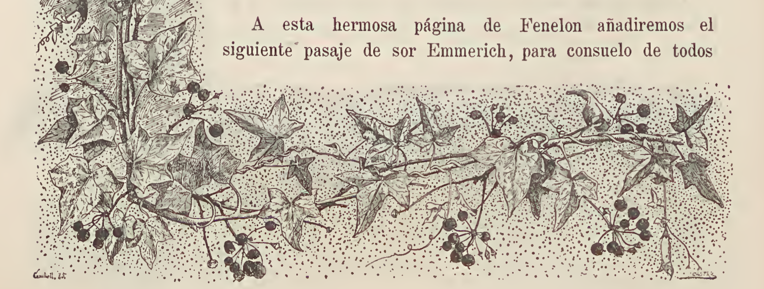
«Oh mi querido hijo, toda la vida cristiana consiste en morir en nosotros mismos para vivir en Dios. Es indispensable, pues, renunciar á toda vida halagadora del amor propio. Es preciso sustituir este amor por el amor de Dios. Lo que conviene es preferir siempre la voluntad de Dios á todo gusto natural.



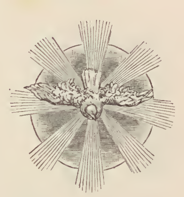
»Hé aquí el verdadero remedio de las ilusiones en la vida espiritual. So pretexto de perfección, andamos en pos de quimeras, buscando lo que nos halaga en lugar de contentar á Dios, y queriendo que la piedad se acomode á nuestros deseos en vez de someter todos nuestros gustos á la cruz de Jesucristo. La vida contraria á Dios es una vida falsa y dolorosa; por el contrario, la muerte conforme á Dios es una muerte de paz y de unión con la verdadera vida. Morir así es vivir con Jesucristo, en Dios, mientras que la vida de los placeres mundanos es una fiebre que debilita cuando no extingue todo lo que hay de grande en nosotros. Querido hijo mío, muramos para todo á fin de que Jesucristo, y únicamente Jesucristo, viva en nosotros.»



A esta hermosa página de Fenelon añadiremos el siguiente pasaje de sor Emmerich, para consuelo de todos



los que han sufrido este aparente abandono en que Dios nos deja alguna vez para probarnos:



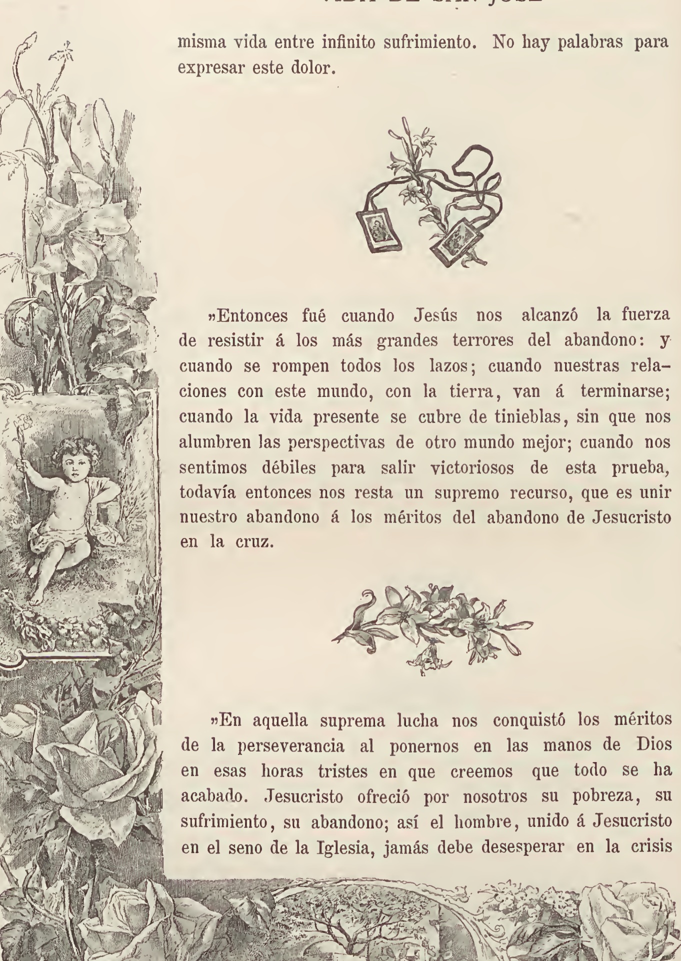


«La calma reinaba alrededor de la cruz, de la cual todo el mundo se había alejado. El Salvador, absorto con el sentimiento de su profundo abandono, vuelto al Padre celestial, rogaba con amor por sus enemigos; oraba, como durante toda su pasión, repitiendo pasajes de los salmos que en él tenían su cumplimiento. Ví entonces á los ángeles á su alrededor. Cuando la oscuridad aumentó y la inquietud, conmoviendo todas las conciencias, infundió en el pueblo un silencio sombrío, ví á Jesús solo y sin tener quien le consolara.



»Sufría todo lo que puede sufrir un hombre afligido, lleno de angustia, sin ningún consuelo divino ni humano, cuando la fe, la esperanza y la caridad, privadas de toda luz y de asistencia sensible, se encuentran solas é indefensas en el desierto de la tentación, y viven de su

misma vida entre infinito sufrimiento. No hay palabras para expresar este dolor.



»Entonces fué cuando Jesús nos alcanzó la fuerza de resistir á los más grandes terrores del abandono: y cuando se rompen todos los lazos; cuando nuestras relaciones con este mundo, con la tierra, van á terminarse; cuando la vida presente se cubre de tinieblas, sin que nos alumbren las perspectivas de otro mundo mejor; cuando nos sentimos débiles para salir victoriosos de esta prueba, todavía entonces nos resta un supremo recurso, que es unir nuestro abandono á los méritos del abandono de Jesucristo en la cruz.

»En aquella suprema lucha nos conquistó los méritos de la perseverancia al ponernos en las manos de Dios en esas horas tristes en que creemos que todo se ha acabado. Jesucristo ofreció por nosotros su pobreza, su sufrimiento, su abandono; así el hombre, unido á Jesucristo en el seno de la Iglesia, jamás debe desesperar en la crisis

suprema en que diríamos que se oscurecen todos los horizontes, cuando nos falta luz, paz, consuelo.



»¡Oh! En esa crisis de la vida no desmayemos: no bajaremos solos y sin protección en esa vida interior que se nos presenta como árido desierto.



»Jesús arrojó en este abismo de abandono su propio abandono interior y exterior en la cruz; así es que no dejó á los creyentes aislados y faltos de todo consuelo. Ya no existen para los cristianos la soledad, la desesperación en la proximidad de la muerte; porque Jesús, que es luz, vida y verdad, siguió esta senda sombría, derramando por el camino sus bendiciones y plantando su cruz en este desierto para disipar sus terrores.



»Jesús, sin auxilio alguno, reducido al postrer grado del abandono y la pobreza, se ofreció en holocausto como hace el amor; de su abandono hizo un manantial de riquezas, puesto que allí lo ofreció todo, su vida tan preciosa con sus trabajos, su amor, sus sufrimientos, todo, hasta el amargo pesar de nuestra ingratitud. Hizo su testamento ante Dios y legó todos sus méritos á la Iglesia en favor de los pecadores.



»A nadie olvidó; en su supremo desamparo pensó en todos, tuvo miradas de ternura para todos, rogó hasta por aquellos herejes que más adelante habían de insultarle diciendo que, puesto que era Dios, no pudo sentir ni sufrir lo que en su lugar habría sufrido otro hombre. Uniéndome á su plegaria, tomando mi parte de sus angustias, paréceme oirle decir que es preciso enseñar lo contrario; esto es, que Él, aun con ser Hombre-Dios, sintió el sufrimiento del abandono con toda su fuerza, que aquel corazón se abrió á todos los dolores que penetraron allí como no han penetrado jamás en el corazón de hombre alguno. En su dolor, expresó su abandono con un grito, y autorizó así á todos los afligidos para que, al reconocer en Dios á su padre, pudieran elevarle una queja filial. Después de tres horas de agonía exclamó en alta voz: *¡Eli, Eli, lamma sabachtani!* lo que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Nadie como San José comprendió lo que significa este morir al mundo para pertenecer completamente á Dios y vivir únicamente de la vida de Jesucristo. A pesar de esto el santo Patriarca no llevó una vida menos activa; vida que supo unir maravillosamente con la vida contemplativa; y vedlo también aquí constituído en modelo para las almas piadosas en todas las condiciones sociales.



A menudo los que viven entregados á los negocios se excusan con éstos al descuidar el servicio de Dios, y los que aman la vida interior descuidan sus quehaceres, y hasta con frecuencia sus obligaciones esenciales para practicar actos de devoción mucho menos importantes. Estos son errores que es preciso corregir y que los corregiremos tomando á San José por guía.



Estaba muy ocupado con las tareas de su condición, con los cuidados de su familia; pero trabajaba por Dios, por



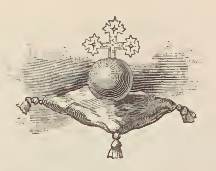


Jesús y María, y su trabajo, santificado de este modo, valía tanto como la oración más fervorosa.

Ya tuviese á Jesús á su lado, ya los negocios le llamasen fuera de su casa, su intención era siempre la misma, y su fe, fortalecida por la caridad, daba á todas sus acciones un mérito sobrenatural extraordinario.

Nada podía distraerle; veía siempre á Aquel á quien había consagrado todo su sér. Y cuando quería recogerse y orar aprovechaba los ratos á este objeto destinados; esto teniendo en cuenta que también meditaba trabajando.

Quien quiera seguir sus pasos, sólo tiene que invocarle con sana y generosa intención para ser atendido. ¡Cuántas personas han hecho esta experiencia después de santa Teresa!



«San José, dice, es un gran maestro en la vida interior, enseña cosas maravillosas á las almas que le reconocen por su protector.»



Quiero citar un ejemplo que nos refiere el docto y piadoso P. Surin. «Al salir de Rouen, dice, iba en el coche al lado de un joven de unos diez y ocho años. Su exterior era de los más humildes y su lenguaje el de un hombre sin instrucción. Colocado de sirviente desde largo tiempo, nada había aprendido y ni siquiera sabía leer ni escribir. ¡Cuál fué mi admiración cuando al hablar con él hube de persuadirme de que sus pensamientos rayaban á grande altura! Me habló, en efecto, de la vida interior con tal claridad y solidez, que yo me sentí fascinado. Jamás he leído ni oído nada tan admirable ni tan sublime en esta materia.



Su existencia era una continuada oración. Reconocí que los cimientos de su vida espiritual eran una gran sencillez, una profunda humildad, y una angelical pureza. Satisfizo mis preguntas con un criterio tan excelente que me llenó de sorpresa.

»Me apresuré á preguntarle si era devoto de San José. —Hace seis años que me he puesto bajo su protección especial, siguiendo el consejo del mismo Jesucristo.—Y con esto empezó á elogiar las prerrogativas de este gran santo, asegurándome que supo todo esto por el mismo Salvador. Este gran maestro de las almas había sido el suyo en esta ciencia sobreeminente que poseía en grado tan admirable.»





Capitulo XXVIII

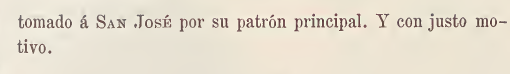


XXVIII

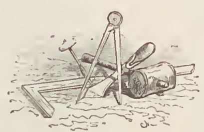
SAN JOSÉ PATRÓN DE LOS ARTESANOS

La humilde sumisión de Jesucristo á la ley del trabajo, impuesta al hombre culpable, transformó el castigo en bendición; y el trabajo, ennoblecido al someterse á él el Redentor, se convirtió en elemento reparador.

Los artesanos católicos, sobre todo los carpinteros, han



tomado á San José por su patrón principal. Y con justo motivo.



¿Hay otro más digno para servirles de modelo? ¿Hay otro más poderoso para protegerles? Llevó la vida más santa en la condición más modesta; practicó todas las virtudes de su estado con una sublime perfección, y, sin realizar nada ruidoso ni brillante, supo adquirir tantos y tales méritos á los ojos de Dios, que ninguno le supera en gloria en el cielo.



¡Qué más instructivo ni más consolador para la clase menesterosa! ¡Qué admirable enseñanza para los que tienen la tentación de envidiar á los grandes y á los ricos! Ven que Dios no juzga á los hombres por su estado, por sus vestidos, sino por sus virtudes. Comprenden, por el ejemplo de San José, que la condición más humilde puede ser el camino de llegar al cielo, de la misma manera que el cargo más



ilustre y que goza en la tierra de más distinguidas consideraciones.



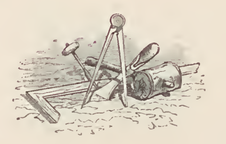
¿Qué digo? Sin duda que al escoger el Padre celestial á José para el puesto que le confió, quiso manifestar que las posiciones modestas son más á propósito que las categorías elevadas y las grandes fortunas para alcanzar nuestros inmortales destinos. Para esposo de María, para tener ante el mundo el carácter de padre de Jesús, no fué escogido un magnate, un príncipe; la preferencia se concedió á un artesano; manifestando así Dios que la condición humilde tiene, bajo el punto de vista de las miras de la Providencia, ventajas sobre todo aquello que el mundo distingue por su brillo exterior y por su fausto.



La prosperidad material tiene grandes peligros: con la riqueza viene la molicie, la vanidad crece, el orgullo se agiganta, las pasiones encuentran más estímulo y más



alimento, y la seducción es más poderosa y se ofrece con mayor frecuencia.

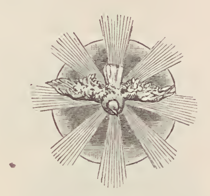


Hé aquí por qué Jesús decía á sus discípulos que los ricos entrarán difícilmente en el reino de los cielos. Las predilecciones del Señor,—nunca lo repetiremos bastante,—fueron para los pequeños y para los pobres. Da su gracia á los humildes, protege á los débiles, consuela á los afligidos, les envía un Salvador que participe de sus sufrimientos: hé aquí lo que nos dicen bajo mil formas los Libros Sagrados.



«Orgullo humano, exclama Bossuet, ¿de qué te quejas con tus agitaciones? ¿De no ser nada en el mundo? ¿Qué papel desempeñaba en él José con la Santa Virgen y Jesús? ¿El Hijo de Dios fué tenido en la tierra por un personaje? ¿Figuró María en el mundo? Bajo el punto de vista material no fueron nada; pero en cambio, bajo otro aspecto más elevado, fueron la maravilla de la tierra, el espectáculo de Dios y de los ángeles, y esto sin tener una posición brillante, sin gozar de las ventajas de la fortuna. ¿Y tú quieres rodearte de la aureola de un nombre, de hechos que admiren? No

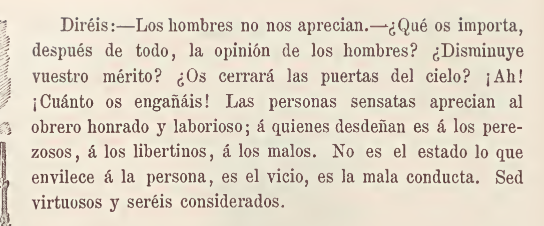
conoces á María ni á Jesús, como tampoco conoces al humilde artesano de Nazareth. Estás lleno de vanidad y en tus acciones, que crees piadosas y útiles, lo que buscas es satisfacer tu amor propio.



»—Me falta prestigio para hacer el bien, mis ocupaciones demasiado bajas me disgustan; quiero librarme de ellas y librar á mi familia...—¿María y Jesús piensan en elevarse? Considera á este humilde carpintero con los útiles de su oficio, encallecidas sus manos por tan groseros instrumentos. No maneja un pincel de artista; prefiere ejercer ocupación más humilde y más necesaria á la vida; no escribe brillantes artículos; en su humildad gana su sustento, cumple, alaba, bendice la voluntad de Dios.



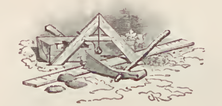
»Temamos, humillémonos por no encontrar en nuestras ocupaciones nada que sea digno de nosotros!»



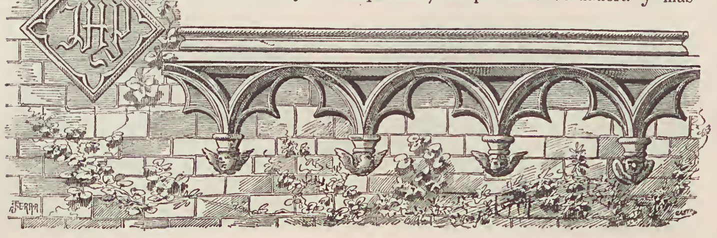
Diréis:—Los hombres no nos aprecian.—¿Qué os importa, después de todo, la opinión de los hombres? ¿Disminuye vuestro mérito? ¿Os cerrará las puertas del cielo? ¡Ah! ¡Cuánto os engañáis! Las personas sensatas aprecian al obrero honrado y laborioso; á quienes desdeñan es á los perezosos, á los libertinos, á los malos. No es el estado lo que envilece á la persona, es el vicio, es la mala conducta. Sed virtuosos y seréis considerados.



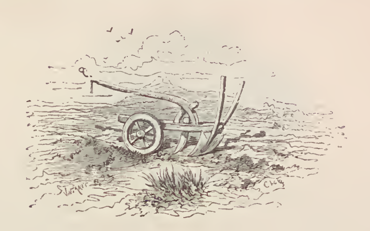
Artesanos, obreros, escuchad el lenguaje de la fe, antes que las concupiscencias del orgullo y las pretensiones del amor propio.



La religión os promete, en vuestra modesta condición, mayores seguridades de salvar el alma; gracias más abundantes. La misma experiencia os persuade de que disfrutáis de mayor tranquilidad, de paz más verdadera y más



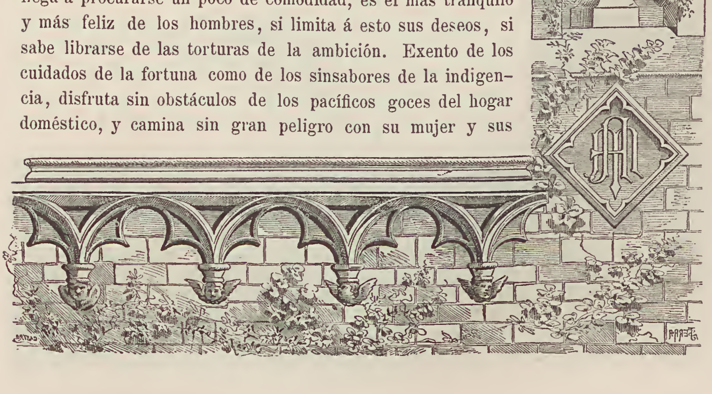
sólida; de una paz que no se encuentra en las luchas de la ambición y en el ejercicio de cargos públicos.



Creed que las contrariedades, las decepciones, los cuidados, las amarguras de mil clases, que son el ordinario castigo de las pasiones, hacen sufrir más á los ricos que vuestras comunes privaciones. Sólo exceptuamos de esta comparación la extrema pobreza ó la miseria propiamente dicha.



Un obrero que gana honradamente el pan de su familia y llega á procurarse un poco de comodidad, es el más tranquilo y más feliz de los hombres, si limita á esto sus deseos, si sabe librarse de las torturas de la ambición. Exento de los cuidados de la fortuna como de los sinsabores de la indigencia, disfruta sin obstáculos de los pacíficos goces del hogar doméstico, y camina sin gran peligro con su mujer y sus



hijos hacia esta otra patria en que el Padre celestial nos promete una dicha sin fin.



De lo que acabamos de decir, la vida de San José es brillante testimonio. San José constituye un perfecto modelo de esta vida humilde en que se encuentran más satisfacciones verdaderas que en el mundano oropel. Su única ambición, como la de Jesús y de María, era agradar á Dios; y Dios, para recompensarle, le hacía gustar algo de las dulzuras del paraíso bajo aquel humilde techo de Nazareth. Lo mismo sucederá, proporcionadamente, bajo el techo del obrero cristiano que procure reproducir aquellas virtudes.



Jamás ha sido tan necesario como ahora el que los obreros comprendan esta verdad rudimentaria, tanto para su reposo personal como para el de la sociedad; pues hoy día el error más lamentable de las clases pobres es la funesta manía de querer salirse de su condición. Sólo la religión

puede rectificar sus ideas, calmando esta fiebre de ambiciones y poniendo en su lugar el amor á los bienes eternos.



Y es preciso, hoy más que nunca, que estos sentimientos le sean inspirados desde la infancia ó al menos desde la adolescencia, antes que las pasiones les hayan gastado el corazón y viciado el juicio.



Fácil es convencernos de la importancia de una educación sólidamente cristiana y de las ventajas inapreciables de estas sociedades de patronatos que toman al adolescente al salir del colegio y le mantienen en los buenos principios hasta que sea bastante fuerte para arrostrar los respetos humanos ó las seducciones de los amigos.



Cuando un joven ha vivido hasta los diez y ocho ó veinte años practicando sus deberes religiosos y domésticos, á pesar de todas las seducciones del mal que ha sabido desdeñar, poco le cuesta perseverar en el buen camino. Ha gustado el placer de ser virtuoso, de ser querido de las personas honradas, de hacer algunas economías, cosas de que le privaría el libertinaje. Ha visto por sus propios ojos la vergüenza y los remordimientos que lleva consigo la mala conducta; ha comprendido y apreciado lo que hay de serio en la vida del obrero, y ya no es accesible á los pérfidos consejos de los holgazanes y libertinos.



En la compañía con las gentes de bien ha hecho conocimiento y contraído relaciones con los más honrados jefes de taller, con personas de posición que le protegerán, con sacerdotes que le amarán y consolarán en sus pruebas, con buenos amigos que participan de su ardiente deseo de practicar la virtud y que le apoyarán en su carrera.



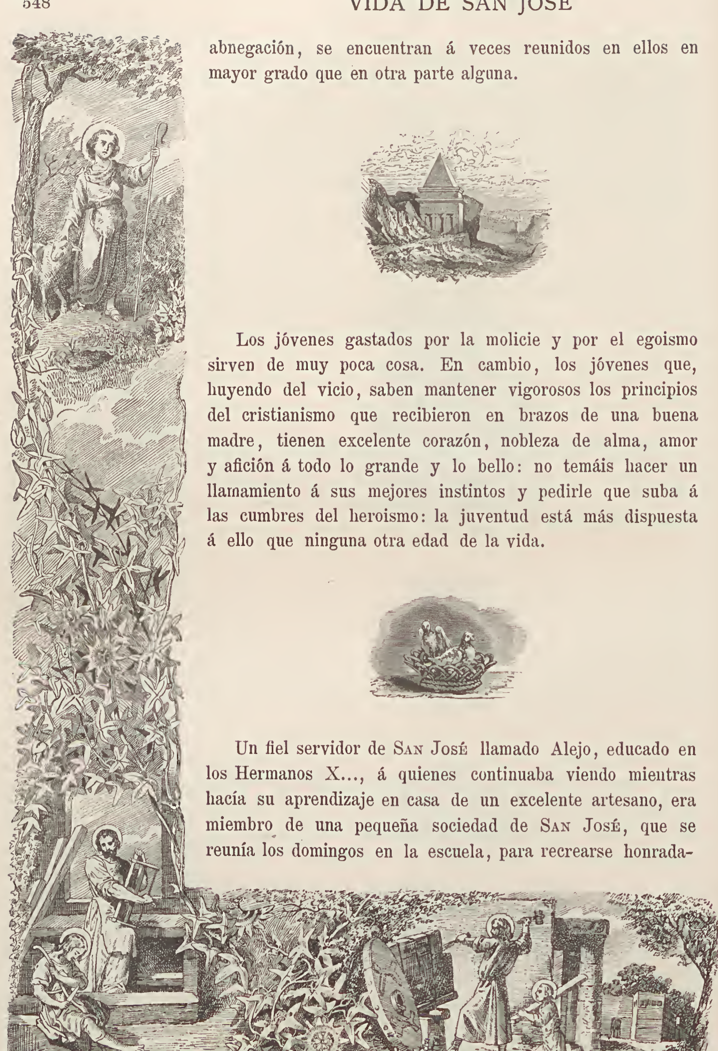
A más, la religión se mezcla en sus amistades, en sus mutuos favores, en los juegos y diversiones que embellecen las reuniones fraternales del domingo; el oficio á que se dedica lo toma como una disposición de la Providencia que le coloca en aquel puesto; todo lo vivifica con su virtud; en fin, frecuenta la iglesia, y sus sacramentos ponen el sello de la perseverancia.



Ordinariamente el glorioso San José es el patrón de estas sociedades de obreros buenos y católicos, y su poderoso patrocinio es la mejor garantía de los fecundos efectos que ellas han de producir.



No es raro encontrar entre estos jóvenes almas escogidas, capaces de elevarse á la práctica de las más altas virtudes. Interrogad á los que les dirigen ó son sus confidentes, y ellos os lo confirmarán: la sencillez, la modestia, el valor, la



abnegación, se encuentran á veces reunidos en ellos en mayor grado que en otra parte alguna.

Los jóvenes gastados por la molicie y por el egoismo sirven de muy poca cosa. En cambio, los jóvenes que, huyendo del vicio, saben mantener vigorosos los principios del cristianismo que recibieron en brazos de una buena madre, tienen excelente corazón, nobleza de alma, amor y afición á todo lo grande y lo bello: no temáis hacer un llamamiento á sus mejores instintos y pedirle que suba á las cumbres del heroismo: la juventud está más dispuesta á ello que ninguna otra edad de la vida.

Un fiel servidor de San José llamado Alejo, educado en los Hermanos X..., á quienes continuaba viendo mientras hacía su aprendizaje en casa de un excelente artesano, era miembro de una pequeña sociedad de San José, que se reunía los domingos en la escuela, para recrearse honrada-

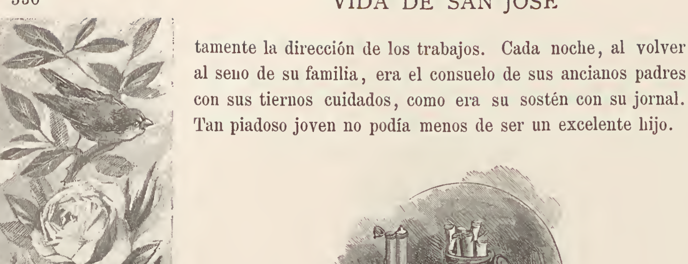
mente en lugar de correr por las calles y frecuentar los establecimientos de bebidas. Divertíanse allí con juegos inocentes; allí se cantaba, se declamaba y también se representaban pequeñas piezas ante un público escogido y simpático, y volvíanse á sus hogares con la conciencia tranquila.



Nuestro joven cristiano tenía una alma ardiente y generosa. No contento con buscarse allí un refugio contra el vicio, era un ardiente propagador de la Sociedad, y á menudo llevaba á ella aprendices que había arrancado de las malas compañías. Encontraba tiempo para todo; iba á ver á los enfermos, corría como un hermano detrás de los que faltaban al llamamiento, para volverles al redil; hasta se le había visto pasar noches enteras junto á los enfermos pobres y ayudarles con sus pequeños ahorros. No por esto trabajaba menos activamente; era siempre el primero de entrar en el taller y á menudo el último de salir.



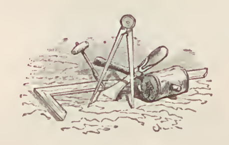
Activo, infatigable, inteligente, llegó á ser el hombre de confianza del patrón, que dejó en sus manos casi comple-



tamente la dirección de los trabajos. Cada noche, al volver al seno de su familia, era el consuelo de sus ancianos padres con sus tiernos cuidados, como era su sostén con su jornal. Tan piadoso joven no podía menos de ser un excelente hijo.



En la misma casa vivía una viuda cuyo hijo Cipriano, aprendiz, tenía costumbres é inclinaciones del todo opuestas á las que acabamos de describir. Con poca ó ninguna religión, de moralidad más que dudosa, con marcada inclinación á la bebida, locamente apasionado por los bailes y los espectáculos, nada respetuoso con su madre; una de aquellas almas, en fin, en que nada hay de noble y de elevado.

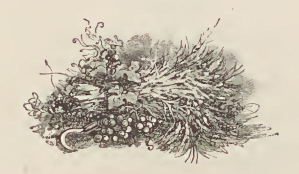


No estaba desprovisto, sin embargo, de inteligencia ni de habilidad; pero era en provecho de su molicie; pues las reprensiones de su madre y los ejemplos de Alejo, le habían

agriado contra este excelente muchacho, hasta el punto de no poderle aguantar.



Le hacía burla, le ridiculizaba, contaba de él historias absurdas, y en su presencia le mortificaba, le injuriaba como lo hacen algunos libertinos que por otra parte no están faltos de ingenio y de agudeza. Alejo no se incomodaba y sólo correspondía con buenos procedimientos, abrigando siempre la esperanza de ganarle para el patronato de San José. Mas todo fué inútil: tenía que habérselas con un corazón demasiado corrompido.



Se acercaba el Carnaval, época para Cipriano de una orgía de muchos días. Su pobre madre suplicó al buen Alejo hiciera un esfuerzo con su hijo para apartarle de tan espantosos desórdenes. También esta vez el virtuoso joven se prestó á realizar esta obra. Pero el libertino Cipriano se volvió contra él con furor, vomitó un torrente de injurias contra los devotos, los Hermanos, los sacerdotes, el Papa y la Iglesia



en general, junto con horribles blasfemias. Su furor impío fué tanto, que tuvo vergüenza de él al reflexionarlo, y por la noche fué á encontrar á Alejo para decirle con cierta dulzura, pero mezclada de ironía:—Déjame ocho días de libertad y después ya verás como me convierto.



El cielo no debía ratificar esta demanda. Llegó el Carnaval y Cipriano se entregó á los desórdenes según acostumbraba. Pasó noches enteras sin ir á su casa, dejando á su afligida madre en la mayor angustia. En fin, rendido de fatiga, después de tantos desórdenes, volvió á su hogar.



Su madre juzgó inútil en aquel momento dirigirle ninguna advertencia y aguardó á que estuviese más calmado. Pero á la mañana siguiente no se levantó, y cuando ella entró en su cuarto para despertarle, sólo encontró un cadáver... La justicia de Dios había caído sobre aquel infeliz.



Después de este hecho espantoso el lector deseará tener ejemplos más agradables de la protección de San José: hé aquí uno, aunque no todo en él sea imitable.



«Un joven sacerdote de san Vicente de Paul, probablemente más conocido en el cielo que en la tierra, había logrado formar, después de asiduos trabajos, un círculo de obreros jóvenes. El local en que los reunía todos los domingos era espacioso y ventilado; pero faltaba una capilla, y para llevarles á la iglesia parroquial hacíase preciso atravesar en procesión una larga calle de uno de los más populosos arrabales de París. Estos valientes jóvenes no se quejaron por ello; mas el buen abate R. veía claramente en las burlonas sonrisas de los camaradas de taller que se encontraban al paso cuántos sarcasmos tendrían que sufrir al día siguiente.



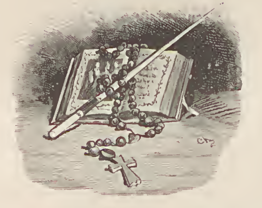
»Resolvió, pues, á toda costa tener una iglesia en el



interior del círculo. Se necesitaba una fuerte suma: treinta ó cuarenta mil francos á lo menos. Pero el abate R. no se inquietaba por tan poca cosa; hizo principiar los trabajos confiando en la Providencia, y pronto la iglesia se elevó majestuosamente en el patio del establecimiento.



»Era preciso que la pagara el pobre sacerdote, lo que dió lugar á que el buen clérigo pasase muchas noches sin dormir y muchos días sin descansar. Por último, después de grandes esfuerzos, acabó por obtener la suma exigida, menos unos tres mil francos.

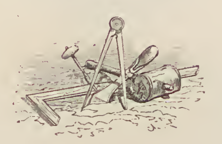


»Ya no podía más; le faltaban las fuerzas; se había hecho la pesadilla de París y sus alrededores; al verle las gentes huían de él como de la peste, en la persuasión de que iba á pedirles dinero. El contratista esperó un año, luego seis

meses; pero finido este plazo dijo al P. R. que iba á ejecutarle si no pagaba los tres mil francos restantes.



»Después de una visita algo seria de dicho contratista, el P. R. se arrodilló ante la imagen de San José:—Buen Santo, le dijo, hasta ahora no os he importunado; pero ya lo veis: he agotado los recursos, no me atrevo á presentarme en parte alguna, sólo confío en vos; procuradme, pues, estos tres mil francos que son mi pesadilla y os bendeciré todo el resto de mi vida.—Dicho esto, se levantó satisfecho y corrió á ver al contratista, á quien dijo que á fines de la semana tendría su dinero.





»Todos los días el buen sacerdote renovaba su súplica á San José: acercábase el domingo y el dinero no parecía. El sábado por la mañana el atribulado padre entró en el oratorio, pero en lugar de rezar su oración acostumbrada á San José, le dijo:—¡Buen Santo, no sois complaciente conmigo: sabéis mis apuros, sabéis el fin por el cual he



hecho construir esta iglesia, y no queréis socorrerme! ¡No, no sois complaciente!—Y el abate apoyó su frente en sus manos y permaneció absorto en sus tristes pensamientos.

»De pronto, como si acabara de tomar una resolución violenta, se levantó, tomó una escalera de mano, y apoyándola en el altar, subió rápidamente, cogió la imagen de San José, bajóla al altar, y se fué.

Después de una hora llaman á la puerta del establecimiento. Una joven pregunta por el sacerdote R.—Soy yo, le dice tristemente el pobre abate.—Os ruego que vayáis lo más pronto posible á ver á la señora N., en tal calle y en tal número.

»En vano el sacerdote repasaba su memoria. El nombre de la señora, las señas de la habitación, todo le era desconocido. No obstante, fué allí al momento.—Señor abate, le dijo la piadosa dama, acabo de recibir una herencia considerable, y deseosa de que se aprovechen de ella los que se ocupan en obras buenas, me he informado en todas partes, y sois del número de los que se me han recomendado de un modo particular. Hé aquí vuestra porción, encerrada en este pequeño paquete.

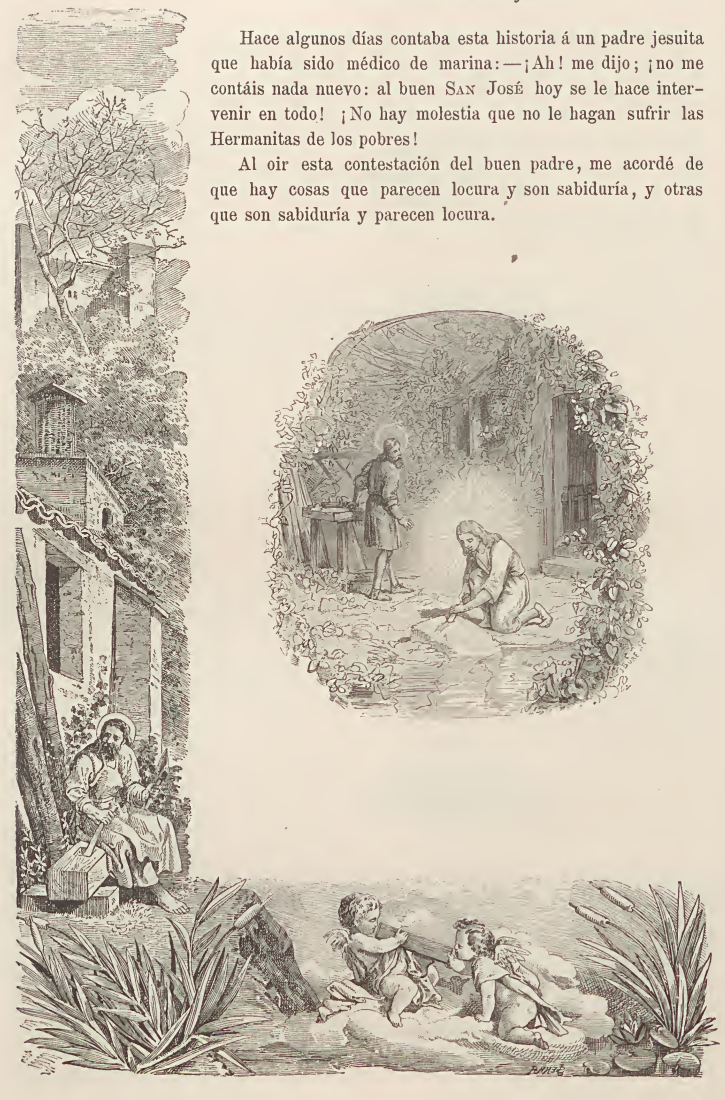


»El abate R. se confundió en acciones de gracias. Llegado á su casa, abre el precioso paquete y encuentra dentro tres mil francos en billetes del Banco de Francia... La imagen de San José fué prontamente colocada otra vez sobre su zócalo dorado y reinó de nuevo la paz entre el abate R. y el buen santo.»



Hace algunos días contaba esta historia á un padre jesuita que había sido médico de marina: —¡Ah! me dijo; ¡no me contáis nada nuevo: al buen San José hoy se le hace intervenir en todo! ¡No hay molestia que no le hagan sufrir las Hermanitas de los pobres!

Al oir esta contestación del buen padre, me acordé de que hay cosas que parecen locura y son sabiduría, y otras que son sabiduría y parecen locura.





Capitulo XXIX



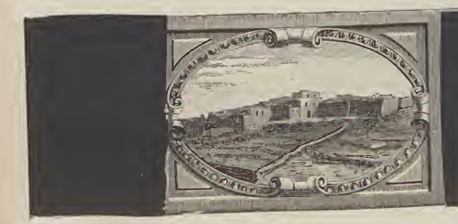


XXIX

SAN JOSÉ PATRÓN DE LOS ESPOSOS



TODO matrimonio cristiano se halla colocado bajo el patronato de SAN JOSÉ, porque Dios confió la más santa de las esposas al *hombre justo* por excelencia. Jefe de la Sagrada Familia, SAN JOSÉ desplegó todas las virtudes de







abnegación, de sacrificio, de valor, de fortaleza de alma, de dignidad, de energía en el trabajo, y aquella santidad que hizo de su vida el modelo de la tierra y la admiración del cielo.



Los lugares que rodean la pequeña ciudad en que pasó la vida la Sagrada Familia son descritos con pintoresco atractivo por M. Ayma en su *Vida de San José*. Esta descripción añade un nuevo encanto al maravilloso cuadro de las virtudes desplegadas en la humilde vida de Nazareth.

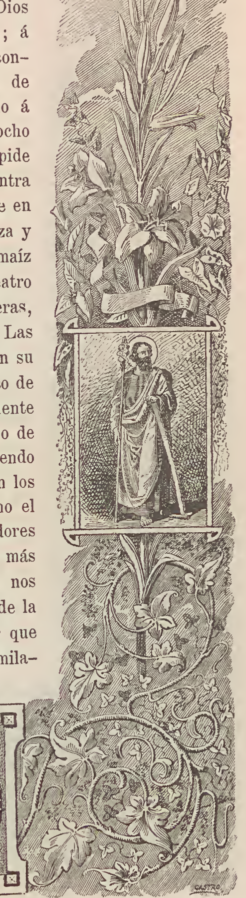


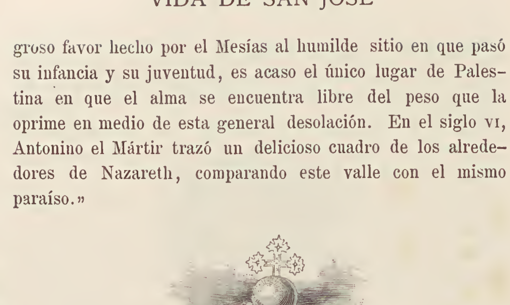
Contemplar los sitios en que se fijaron las miradas de [redacted]sé y de María, encontrar en su lugar la casita encerrada [redacted]y como una preciosa reliquia en la basílica de Loreto, todo esto responde al culto que todos profesamos á los menores detalles que nos recuerdan las personas amadas.





«Nazareth, dice M. Ayma, la ciudad blanca, la ciudad de las flores, la flor de Galilea, en donde germinó la flor más incomparable de la tierra, de la cual salió el retoño de Jessé, levantada como un estandarte para los pueblos, y á cuyo alrededor se han agrupado las naciones; la ciudad victoriosa que vió con la apariencia de un débil niño á Aquel que debía ser llamado el Admirable, el Consejero, el Dios Fuerte, el Padre del futuro siglo, Príncipe de la Paz; á Aquel que está sentado sobre el trono de David que conquistó un reino eterno y lo conserva y sostiene por medio de la equidad y la justicia; á Aquel á cuyos piés han ido á parar, como las olas de un inmenso océano, diez y ocho siglos de adoración, y que después de diez y ocho siglos pide apóstoles y mártires á cada generación que nace y encuentra apóstoles y mártires en cada una de ellas: Nazareth yace en el fondo de un valle silencioso y blanquecino, cuya tristeza y monotonía sólo interrumpen uno que otro campo de maíz y de cebada y algunas viñas. Está colocada como un anfiteatro en la pendiente de la colina: grupos de nopales, de higueras, granados de verde y encarnado follaje la coronan. Las habitaciones están adosadas á la colina, y se componen en su mayor parte de una ó muchas piezas cortadas en el flanco de la roca. Esta forma tan sencilla la exige imperiosamente el clima, que no ha podido variar mucho desde el tiempo de Nuestro Señor Jesucristo: las calles por donde pasó siendo niño, las encontramos en estos senderos pedregosos ó en los pequeños callejones que separan las casas. En invierno el frío es muy vivo y el clima muy saludable. Sus alrededores son magníficos: no conozco ningún lugar en el mundo más á propósito para esos sueños de verdadera dicha que nos complacemos en alimentar á despecho de las realidades de la vida. Todos los viajeros están acordes en hacer constar que Nazareth es todavía una deliciosa residencia, y por un mila-





groso favor hecho por el Mesías al humilde sitio en que pasó su infancia y su juventud, es acaso el único lugar de Palestina en que el alma se encuentra libre del peso que la oprime en medio de esta general desolación. En el siglo VI, Antonino el Mártir trazó un delicioso cuadro de los alrededores de Nazareth, comparando este valle con el mismo paraíso.»



Ya en el siglo VI se hacía notar en las mujeres de aquel país cierta belleza característica, como si en aquella humilde población hubiera de guardarse perennemente algo del reflejo de la hermosura de la Virgen. Esta belleza se conservó después de un modo sorprendente. Es el tipo sirio con todo su encanto. Fuera de allí las mujeres judías son desdeñosas con los cristianos; allí están llenas de afabilidad, dice Antonino el Mártir.



San Epifanio, citado por Nicéforo, nos dejó una encantadora imagen de María, retrato trazado según tradiciones extinguidas y manuscritos que no poseemos.



«La Virgen, según este obispo, no era de alta estatura, aunque su talla pasase un poco de la mediana. Su tez, ligeramente dorada, como la de la Sulamita, por el sol de su patria, tenía el rico color de las espigas maduras; sus cabellos eran rubios; sus ojos vivos y su pupila algo aceitunada; sus cejas perfectamente arqueadas y del negro más hermoso; su nariz, de notable perfección, era aguileña; sus labios, de rosa; el contorno de su cara de un ovalado perfecto; sus manos y sus dedos, largos y elegantes.»



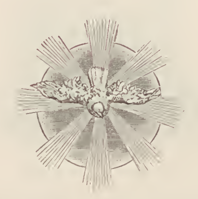
«Todos los Santos Padres, añade Orsini, convienen en la extremada belleza de la Virgen. San Dionisio Areopagita, cuyo testimonio es de gran valor, puesto que vió á la celestial María, nos asegura que «era hermosísima, y que la »hubiera adorado como á una divinidad si no hubiese sabido »que el culto de adoración el hombre no lo debe sino á un »solo y único Dios.»



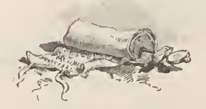
»Pero no fué á este conjunto de perfecciones físicas que debió María el poder de su hermosura: éste tenía un origen



más elevado. San Ambrosio lo comprendió perfectamente cuando dijo que la belleza física de María no era sino el velo tras del que podía adivinarse algo de aquella hermosísima alma, la más noble y más pura que existió jamás después de la de Jesucristo: su vida tan celestial dejábase entrever tras de aquella mirada tan pura. Transparentábase allí la hermosura intelectual del espíritu mejor formado. Fué la más hermosa de las mujeres, porque era la más casta y la más santa de las hijas de Eva.

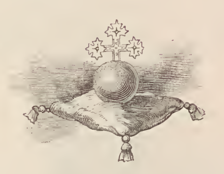


»Dios ha hecho un palacio de nácar para la perla de la verde mar; pero ¿qué es la concha sin la perla? Los Santos Padres no se han engañado; así, en lo que nos han dejado respecto á la persona de María, dan una gran parte á las bellezas morales, las únicas que no son pasto de los gusanos.



»Vamos á juntar las piedras preciosas que han sembrado en sus escritos, para componer un mosaico que ofrezca un

segundo retrato de la que fué, dice san Sofronio, *el jardín de delicias del Señor.*

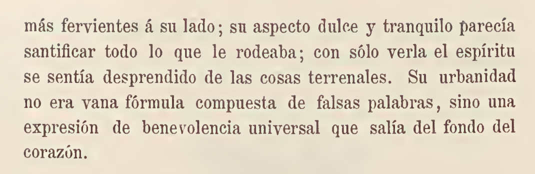


»La mayor bondad reinaba en todas las acciones de la Virgen; fué también la mejor de todas ellas; su limosna caía á menudo desapercibida en el cepillo clavado en una columna del templo, en el que vió Jesús más tarde caer el óbolo de la viuda. Su voz era dulce, penetrante, y sus palabras tenían un no sé qué de consolador que llenaba el alma de placidez.



Era la primera en asistir á los actos prescritos por la religión; la más exacta en el cumplimiento de la ley divina; enemiga del fausto, modesta en sus palabras, sencilla en sus modales, en todo. Agraciada como ninguna otra mujer, no pensó jamás en hacerse notar; no perdió el tiempo ni en adornarse, aunque joven, ni en engrandecerse, aunque noble; ni siquiera en enriquecerse siendo pobre. Los que tuvieron la dicha de estar cerca de ella se sentían más puros,





más fervientes á su lado; su aspecto dulce y tranquilo parecía santificar todo lo que le rodeaba; con sólo verla el espíritu se sentía desprendido de las cosas terrenales. Su urbanidad no era vana fórmula compuesta de falsas palabras, sino una expresión de benevolencia universal que salía del fondo del corazón.



»María, según san Ambrosio, ayunaba á menudo y rigurosamente, practicando aquellos ayunos de Oriente que espantarían á la debilidad de nuestras generaciones que dejan la abstinencia para los ancianos. Los ayunos de María eran la privación de todo; empezaban con el día para no terminar hasta que aparecían en el firmamento las estrellas. Durante este tiempo, la Virgen se privaba de cuanto pudiese halagar sus gustos, imponiéndose el más rudo trabajo, el ejercicio de las obras de misericordia más repugnante.



»Vestía un traje pobre, aunque siempre limpio; dormía sobre el suelo, y sólo se permitía, durante estos días de mortificación y de lágrimas, que á menudo duraban semanas



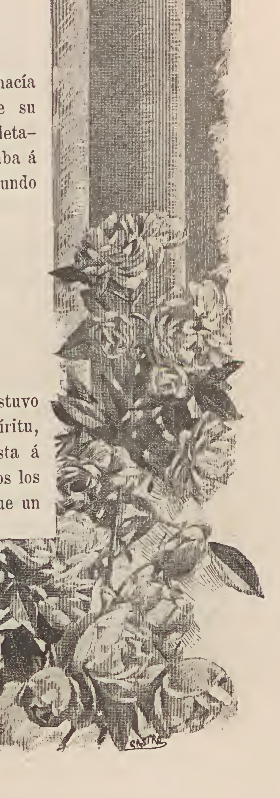
enteras, una ligera comida compuesta de pan cocido en la ceniza, legumbres amargas y un vaso de agua de la fuente de Siloé. La meditación era frecuente; su rezo, tan recogido, tan atento, tan profundo, que su alma parecía fundirse en adoración ante el Eterno.



»El mugir de la tempestad, el ruido del trueno que hacía esconder á César en los abovedados subterráneos de su palacio, no llegaban al oído de la joven María, completamente absorta en sus deberes religiosos; su alma estaba á los piés del gran Autor del universo, y muy lejos del mundo y de sus agitaciones.



»Jamás persona alguna, dice san Ambrosio, estuvo dotada de más sublime don de contemplación; su espíritu, siempre acorde con su corazón, nunca perdió de vista á Aquel á quien ella amaba más ardientemente que todos los serafines juntos; toda su existencia no fué otra cosa que un



ejercicio continuo de amor á su Dios; y cuando el sueño le cerraba sus párpados, su corazón seguía velando y orando.»



El horizonte de Nazareth es estrecho; pero luego que se llega á la cumbre que domina las más altas habitaciones, el panorama es indescriptible. Despléganse al oeste las hermosas líneas del Carmelo que van á terminar en una cumbre escarpada que parece prolongarse hasta el mar. Al norte, las montañas de Safed se inclinan hacia la orilla, ocultan á San Juan de Acre y dejan entrever el golfo de Khaïfa. Al este las altas llanuras de la Perea y el valle del Jordán forman una línea continua que deja entrever una depresión entre la montaña de Salém y el Tabor. Luego las cumbres que dominan Mageddo, las montañas del país de Sichém, llenas de recuerdos de la edad patriarcal; los montes Gelboé y el Tabor, con sus redondas moles, cierran este horizonte.



Como casi todas las habitaciones de Nazareth, la de María se componía de una gruta de treinta y tres piés de

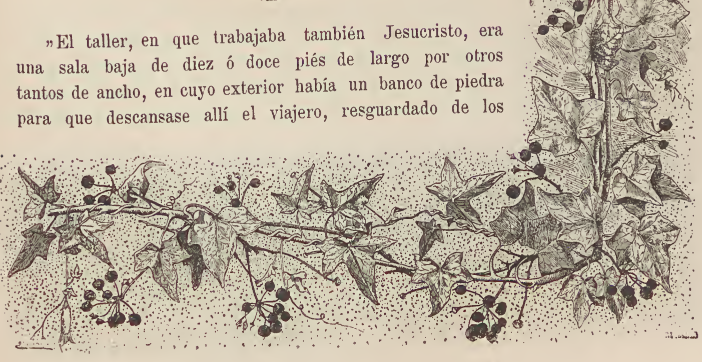
profundidad y una anchura de catorce, labrada en el flanco de una montaña, y de una casa exterior de un solo piso, adosada á la montaña y comunicando por una puerta á la gruta.



«Es fácil imaginarse, dice también el abate Orsini, la existencia dulce y bendita que tuvieron ambos esposos en los primeros meses de su casta unión: la paz de Dios reinaba en su humilde vivienda; repartían su tiempo entre el trabajo y la oración que volvía aquél menos rudo santificándolo. Según una antigua costumbre de los árabes y de una gran parte del oriente, José ejercía su oficio en un local separado de su habitación.



»El taller, en que trabajaba también Jesucristo, era una sala baja de diez ó doce piés de largo por otros tantos de ancho, en cuyo exterior había un banco de piedra para que descansase allí el viajero, resguardado de los





ardorosos rayos del sol por una especie de cubierta de hojas de palmera. Allí el laborioso obrero construía yugos y rústicas carretas.

»Algunas veces hacía levantar bajo su inspección las cabañas del valle; otras su brazo todavía robusto derribaba los altos sicomoros y los negros terebintos del monte Carmelo. El salario que sacaba de tantas fatigas era poco, y aun lo compartía con los indigentes.»

Su dulce y santa compañera no permanecía por su parte ociosa. Dotada de claro espíritu, sabia, juiciosa, sin el menor remordimiento en la conciencia, sin ilusiones respecto al porvenir, viendo al mundo tal cual es; contemplando su posición bajo su verdadero punto de vista, la aceptó sin

esfuerzo alguno, y quiso cumplir con escrupulosa exactitud sus sagradas obligaciones.



Desde el momento en que tomó posesión de la casa de su madre, vistióse de la pobreza como de una librea de honor enviada por Dios; fué lo que debía ser en la oscura condición en que la había colocado la Providencia: una humilde hija del pueblo. Todas las labores halagadoras y brillantes de la vida elegante fueron dejadas á un lado y reemplazadas por penosos cuidados; dedicó su tiempo á las ocupaciones monótonas de un hogar pobre en el que el ama de la casa no tiene esclavos ni servidores.



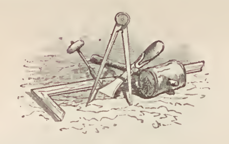
Las delicadas manos de María, acostumbradas á manejar sedosos tejidos, cubrieron con hojas de palmera ó cañas de las riberas del Jordán el agreste techo de su casa; su huso se cubrió de un lino el más grosero; hubo de moler el grano de



trigo y de cebada, con cuya harina, dura y amarilla, fabricaba panecillos redondos y pequeños.



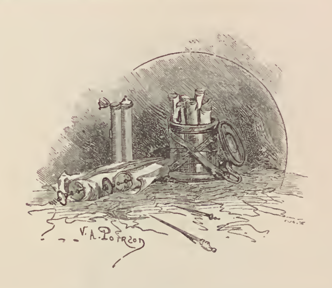
Cubierta con su blanco velo, con una ánfora en la cabeza, iba á sacar agua de una fuente lejana, como las mujeres de los patriarcas, ó á lavar sus túnicas azules en la corriente de un arroyo, como las princesas de Homero. Jesucristo, testigo de las costumbres laboriosas de esta noble mujer, la aludió algunas veces en sus parábolas, y el reflejo de las sencillas ocupaciones de María se conserva en el Evangelio como una flor marina en el ámbar.



«Vése, en efecto, la mujer diligente, elaborando el pan con tres medidas de harina, barriendo el suelo con cuidado para encontrar un objeto que se ha perdido, remendando con economía un modesto vestido. Cuando Jesús, que al hacer una comparación para recomendar la pureza de corazón, la saca del recuerdo de la limpieza de la que lava cuidadosamente *el interior y el exterior del vaso,* casi puede asegu-



rarse que entonces piensa en María, como de ella se acuerda sin duda al elogiar la ofrenda de la viuda *que no da lo superfluo sino que lo saca de su indigencia.* Así el cantor de Chio nos representa á la justicia bajo el aspecto de su madre, pobre mujer del pueblo, pesando exactamente la lana que va á hilar para alimentarse ella y su hijo, y siendo justa con el rico en medio de su mucha pobreza.



»Al caer la noche, cuando las avecillas buscan un refugio amparándose bajo el ramaje, María colocaba sobre una mesa limpia, obra de las manos de San José, los panecillos de cebada, los sabrosos dátiles, la leche, frutas y legumbres secas que componían el frugal banquete del descendiente de los príncipes de Israel. Estos platos, sencillamente condimentados, eran el principal alimento de los antiguos hebreos, raza sobria que sabía en caso de necesidad contentarse con pan y agua.



»Cuando José, después del trabajo del día, entraba, al ponerse el sol, en su pequeña vivienda, salíale al encuentro su joven esposa que, apresurándose á ofrecerle el agua tibia que ella había puesto á calentar para que se lavase los piés, presentaba al propio tiempo el agua fría y cristalina de la fuente, en vaso muy limpio, para las abluciones que habían de preceder á la comida. Este hombre grave y sencillo, con su aspecto patriarcal, revelando en su persona el silencio de todas las pasiones tumultuosas, y aquella joven angelical que se apresuraba á servirle con la solicitud de una hija querida, formaban un grupo incomparable que no hubieran acertado á imaginar siquiera los soñadores de la Edad de Oro.»



«El momento más solemne del día, dice en otra parte M. Ayma, era aquel en que llegada la noche, ambos esposos, á la luz de una lámpara de tres mecheros suspendida del techo, rezaban juntos pidiendo al Señor perdón de las culpas que en su santa humildad temían haber quizás cometido, para implorar la divina misericordia en favor de su pueblo y su bondad para que hiciera brillar sobre el mundo los días

de gracia tan anhelados por los patriarcas y anunciados por los profetas, no sospechando siquiera que pudiesen ser ellos los elegidos por Dios para hacer lucir esta aurora tan ardientemente deseada. Terminada la oración, María y José, llenos los dos del conocimiento de la Sagrada Escritura, se complacían leyendo los pasajes que tenían alguna relación con sus piadosas esperanzas.



»Podéis figuraros sin esfuerzo á María y á José, en aquel pequeño cuarto, convertido más tarde en objeto de veneración de los pueblos, de los monarcas, de los pontífices, sentados junto á una humilde mesa, á la pálida luz de una modesta lámpara. María, ocupada en trabajar la tela que debía cubrir al *Santo de los Santos*, dirige dulce ruego á San José para que lea un pasaje de las Escrituras.



»José se apresura á complacerla; se levanta, toma de un cofrecito colocado encima de dos escabeles en un rincón del cuarto el rollo sagrado que contiene las visiones de Isaías,





vuelve á ocupar su lugar, y con voz melodiosa y conmovida lee:

»Esto dice el Señor á mi ungido Ciro, á quien he tomado de la mano para sujetar á su persona las naciones y hacer volver las espaldas á los Reyes, y para abrir delante de él las puertas sin que ninguna pueda resistirle:

»Yo iré delante de tí, y humillaré á los grandes de la tierra: despedazaré las puertas de bronce y romperé las barras ó *cerrojos* de hierro.

»Y te daré á tí los tesoros escondidos y las riquezas recónditas; para que sepas que yo soy el Señor, el Dios de Israel que *ya desde ahora* te llamo por tu *mismo* nombre.

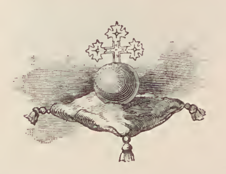
»...¡Oh cielos! derramad desde arriba vuestro rocío; y lluevan las nubes al Justo: ábrase la tierra y brote al Salvador y nazca con él la justicia.»

¡Qué magníficos horizontes debía abrir tal lectura á aquellas almas elegidas, llenas del Espíritu Santo!

¡Qué perspectivas descubriría la meditación silenciosa de

los acentos proféticos del hijo de Amós á aquellos espíritus desligados de las cosas y los sentimientos de la tierra, suspirando únicamente por la venida del Deseado de las naciones!

¡Qué enseñanza tan elevada, para jóvenes esposos, este sublime cuadro de la vida íntima de Nazareth!



¿Cuáles son las cualidades de aquella esposa á la que Salomón llama un tesoro y fuente de alegría para su marido? ¿Son, por ventura, la belleza corporal, el talento en adornarse con elegancia, el bailar bien ó cantar agradablemente? Estas gracias son engañosas, y esta belleza es frívola. «La mujer que teme al Señor, ésta será la celebrada [1].»



Es más seria, trabaja con sus manos, da ejemplo de actividad á sus servidores, se levanta antes del día y gobierna su casa con tanta prudencia como valor. Una comodidad justa, una elegancia modesta reinan á su alrededor; su marido, sus hijos y sus criados están bien alimentados, y todavía

[1] *Prov.*, XXXI, 30.



encuentra recursos para dar abundantemente á los pobres. Es la gloria de su esposo. Él la alaba en público y sus hijos la llaman bienaventurada. Tal es el retrato abreviado de la Mujer Fuerte.



«Como un espejo opuesto á los rayos del sol, dice san Francisco de Sales, los refleja sobre otro espejo que á su vez lo hace con tanta fidelidad que no puede casi decirse cuál es el que los recibe inmediatamente, del mismo modo sucedía con Nuestra Señora, espejo purísimo que reflejaba perfectísimamente en San José los rayos del Sol de justicia, rayos que comunicaban á su alma todas las virtudes, toda la perfección que reproducía San José, que parecía poseerlas en el mismo alto grado. Jamás dos almas vivieron en tan perfecta armonía de pensamientos y sentimientos.»



¡Grande lección para los jóvenes que aspiran al matrimonio y para los que ya han recibido este sacramento!

Las jóvenes que aspiran al matrimonio y las ya casadas nunca meditarán lo bastante la hermosa oración de Sara: allí encontrarán un consuelo en sus pruebas.





Señor, no está en el poder del hombre penetrar vuestros designios; pero quien os presta el culto que os es debido puede estar seguro que, si lo probáis durante su vida, le coronaréis más tarde; si le afligís, le libertaréis, y si le castigáis podrá obtener misericordia. Porque vos no encontráis placer en nuestros dolores, sino que después de la tempestad nos volvéis la calma, y después de las lágrimas y los suspiros nos llenáis de júbilo. ¡Oh Dios de Israel; sea vuestro santo nombre bendito por los siglos de los siglos!



No encontraréis tan bellos sentimientos fuera de la fe, y no los practicaréis sin la religión. Pedid, pues, á la gracia las virtudes que necesitáis. Frecuentad juntos el templo, fuente de bendición. El esposo sale de él más respetable á



los ojos de su mujer, y la mujer mucho más amada de su marido. Acercándonos á Dios nos santificamos.

Aprenderéis allí los sagrados deberes del matrimonio, y encontraréis la gracia de cumplirlos bien. «El primero de estos deberes es amaros, dice san Francisco de Sales, como el gran Apóstol nos lo enseña. Maridos, amad á vuestras mujeres, como Cristo ama á su Iglesia. Mujeres, amad á vuestros maridos como la Iglesia ama á su Salvador. El primer efecto de este amor es la unión indisoluble; unión tan fuerte que antes el alma debe separarse de su cuerpo que el marido de la mujer. El segundo efecto debe ser la fidelidad inviolable del uno para con el otro.

»La Iglesia al bendecir el anillo nupcial y darlo primero al hombre, dice que sella su corazón con este sacramento, á fin de que ni el amor, ni siquiera el nombre de ninguna otra mujer pueda entrar en él, mientras viva la que se le

ha dado por compañera. Luego el esposo entrega el anillo á su esposa para que sepa que jamás su corazón debe tener afección para otro hombre, mientras viva sobre la tierra el que Nuestro Señor acaba de concederle.»



No solamente la razón y la fe les hacen un riguroso deber de soportar sus recíprocas imperfecciones y evitar las contrariedades, sino que se deben apoyo en el sentido más lato y más elevado. Si san Pablo recomienda á todos los fieles que se ayuden unos á otros á sobrellevar sus cargas, ¿á quién esta sublime ley de la caridad puede aplicarse mejor que á los esposos? No forman más que un cuerpo, un corazón y una alma.



La vida de San José es un perpetuo ejemplo de tierno sacrificio.



San Francisco de Sales, comparando el corazón humano á ciertas frutas que tienen necesidad de ser cocidas en almíbar para conservarse, dice en su sencillo lenguaje: «Las mujeres deben desear que sus maridos sean cocidos en el almíbar de la devoción; porque el hombre sin la devoción es un sér severo, áspero, rudo, y los maridos deben desear también que sus mujeres sean devotas; porque sin la devoción la mujer es en extremo frágil y sujeta á que degenere su virtud.»



En efecto, sólo la verdadera piedad puede garantir nuestros corazones del contagio del mal. Matrimonios turbados por continuas disensiones, ú otros cuyos lazos parecían rotos, han debido á San José, el patrón de los esposos, una milagrosa é inesperada reconciliación.



Respecto á los esposos privados de fruto de bendición,



¡á cuántos San José ha alcanzado la dicha que tanto anhelaban!



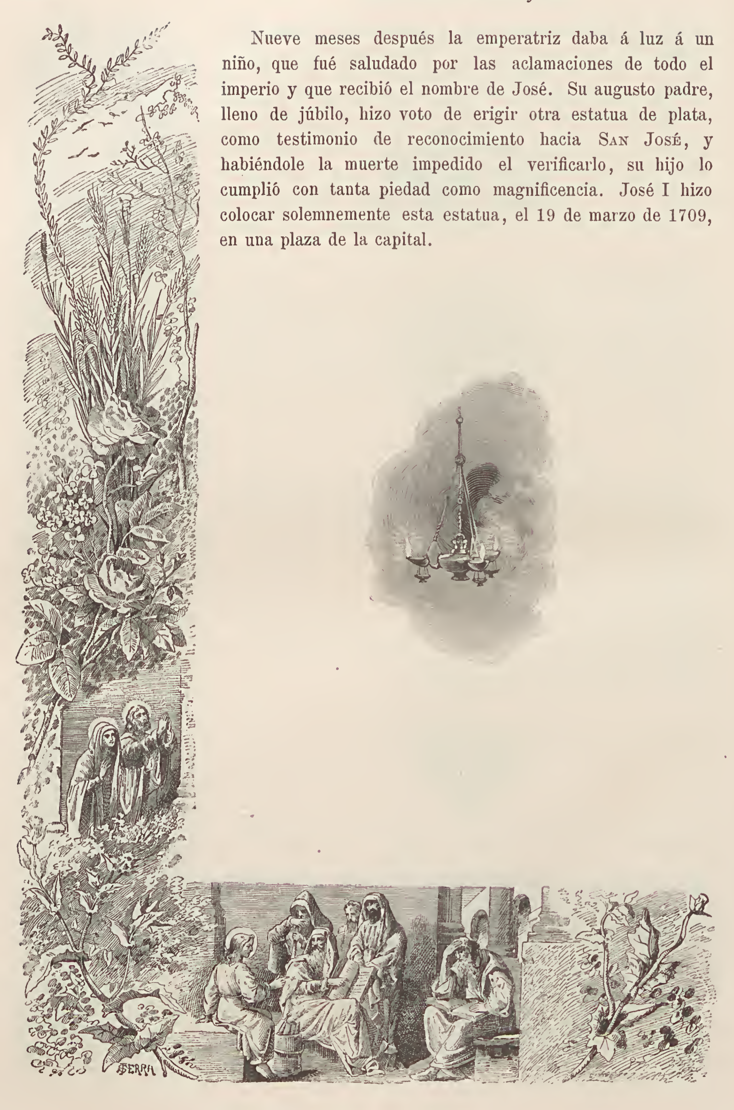
Citaremos el hecho memorable de Leopoldo I, emperador de Austria. No tenía heredero, lo que le afectaba mucho por las consecuencias políticas que de ahí podrían seguir. La emperatriz no sentía menos esta contrariedad. En su dolor resolvieron acudir á San José como última esperanza.



Un decreto solemne proclamó á este Santo patrón de la casa de Austria; se erigió con pompa una estatua de plata, y durante ocho días tuvieron lugar procesiones continuas, con mucha concurrencia de pueblo.



Nueve meses después la emperatriz daba á luz á un niño, que fué saludado por las aclamaciones de todo el imperio y que recibió el nombre de José. Su augusto padre, lleno de júbilo, hizo voto de erigir otra estatua de plata, como testimonio de reconocimiento hacia San José, y habiéndole la muerte impedido el verificarlo, su hijo lo cumplió con tanta piedad como magnificencia. José I hizo colocar solemnemente esta estatua, el 19 de marzo de 1709, en una plaza de la capital.




Capitulo
XXX



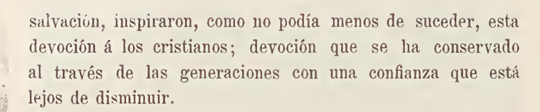
XXX

SAN JOSÉ ABOGADO DE LA BUENA MUERTE

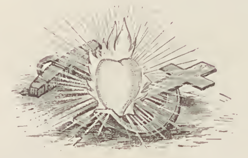


DESDE tiempo inmemorial SAN JOSÉ ha sido invocado en la Iglesia como patrón de la buena muerte. Su tránsito en los brazos de Jesús y María el más feliz que se pueda desear, y su calidad de padre adoptivo del Supremo Juez, que fallará un día sobre nuestra eterna





salvación, inspiraron, como no podía menos de suceder, esta devoción á los cristianos; devoción que se ha conservado al través de las generaciones con una confianza que está lejos de disminuir.



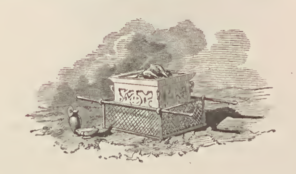
Numerosas cofradías, fundadas ó aprobadas por los obispos, se han formado en todos los países del mundo bajo este poderoso patronato, y los Sumos Pontífices las han á menudo enriquecido con indulgencias. Señalados favores, obtenidos por la manifiesta protección de San José, han venido á dar mayor realce á estas piadosas instituciones y fortalecido la fe de los fieles; las crónicas locales están llenas de estos beneficios, y cada día nuevos hechos vienen á añadirse á los antiguos reanimando el fervor.



La devoción de la buena muerte interesa á todos los cristianos. Ya no se trata aquí solamente de una clase de hombres que reclama un socorro especial, sino de todos los



hijos de la Iglesia, sin excepción, que quieren asegurar su salvación y obtener la gracia de la perseverancia final, porque la verdad es que todos moriremos, esto nadie lo duda, y nuestra eternidad dependerá de nuestras disposiciones en tan críticos momentos. El ángel de las tinieblas redoblará sus esfuerzos para estimularnos á caer en alguna tentación; y nuestro espíritu, turbado por sus ilusiones, debilitado por la enfermedad del cuerpo, agitándose en él mil temores, nunca habrá tenido tanta necesidad de socorro.



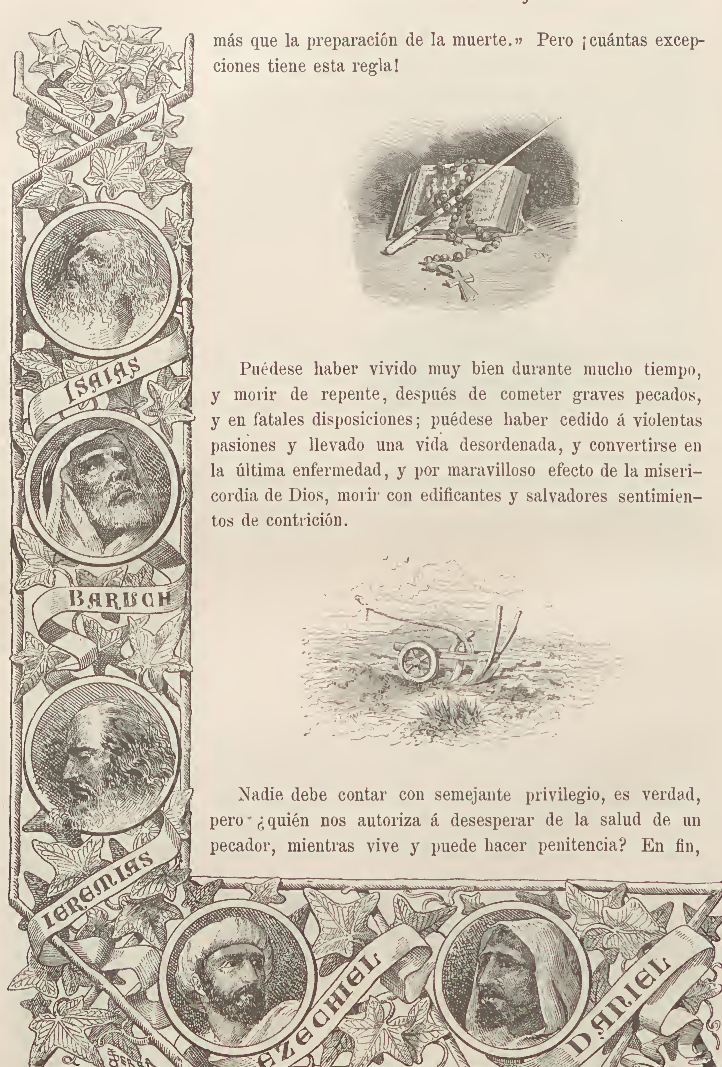
¡Cuán felices debemos juzgar á aquellos que tendrán al Santo más poderoso por defensor en esta lucha suprema y decisiva! Morir en la amistad de San José es garantía de una santa muerte en los brazos de Jesús y de María.



Acaso se nos contestará que la muerte depende de la vida; que se muere bien cuando se ha vivido bien, pero se muere mal cuando se ha llevado una vida poco cristiana. En efecto, es la regla general, y es justa. Hé aquí por qué un sabio autor ha dicho con mucha razón: «La vida no es



más que la preparación de la muerte.» Pero ¡cuántas excepciones tiene esta regla!



Puédese haber vivido muy bien durante mucho tiempo, y morir de repente, después de cometer graves pecados, y en fatales disposiciones; puédese haber cedido á violentas pasiones y llevado una vida desordenada, y convertirse en la última enfermedad, y por maravilloso efecto de la misericordia de Dios, morir con edificantes y salvadores sentimientos de contrición.

Nadie debe contar con semejante privilegio, es verdad, pero ¿quién nos autoriza á desesperar de la salud de un pecador, mientras vive y puede hacer penitencia? En fin,

¡cuántas personas, con la fe y los buenos deseos, pasan una vida que no es la vida santa de un verdadero cristiano ni los desórdenes y el libertinaje de un impío!

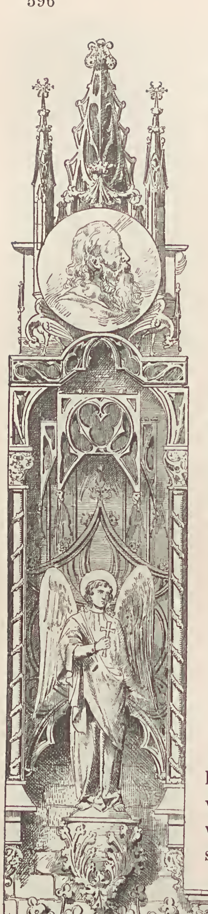


Es una peligrosa alternativa de combates y de descanso, de victorias y de derrotas, de actos valerosos y de cobardes traiciones, en una palabra, de períodos buenos y malos.



Si la justicia de Dios les manda la muerte en la hora de las defecciones, de las infidelidades, su pérdida es cierta; si la bondad divina escoge la hora del fervor su salvación está asegurada. Hé aquí, pues, circunstancias distintas en que la protección de San José puede salvar un alma en el mismo momento en que ésta por culpa suya podría correr los mayores peligros; porque claro es que pidiendo á





de haber obtenido su perdón como de haber pecado? Por otra parte, ¿no ha de temer siempre una recaída si reconoce su innegable debilidad?



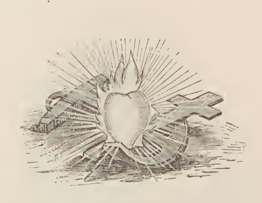
Los más grandes servidores de Dios temblaban al pensar en la muerte y en el juicio. San Jerónimo, por ejemplo, se figuraba sin cesar oir la trompeta del Angel y verse compelido á comparecer ante el temible tribunal; y entonces los recuerdos del pasado le hacían temblar de terror... ¿Y nosotros permaneceremos tranquilos, indiferentes?



El ilustre san Efrén, después de haber meditado sobre las postrimerías del hombre, exclamaba: «Hé aquí que mi vida se acerca á su fin, estoy tocando el último de mis días, veo ýa como se me presentan los ministros de la muerte que, semejantes á ávidos cazadores, apresuran su marcha para



coger su presa... El día de la siega ha llegado, la era me está preparada, ¡cuánto no debo temer el que sea yo, á los ojos del Supremo Juez, un puñado de hierba inútil, cuando pasaba ante los hombres por el mejor trigo! ¡Y sin embargo, he observado todas las reglas de una severa disciplina!



»¡Oh Señor, no me confundáis con los impíos! He confesado vuestro nombre, no me tratéis como á aquellos que lo ultrajan; he abjurado de Satanás y sus obras, no me incluyáis en el número de los réprobos. Veis las lágrimas que derramo en vuestra presencia; oís los gemidos de mi dolor; no permitáis que se perciban mis gritos en el lugar de los condenados; no me señaléis sitio entre los enemigos de vuestra cruz, de esta cruz que yo considero como mi refugio, y en la cual he puesto toda mi confianza. Reconozco que no soy más que un pecador: vos solo, Dios mío, estáis sin pecado: pero sois el Dios de las misericordias, el único bueno, como lo declaró vuestro divino Hijo. ¿Renunciaréis para conmigo este título? ¡Tened piedad de mi cuerpo y de mi alma!...





»Oh hermanos míos, os suplico me ayudéis con vuestras oraciones, que pidáis gracia por mí; no me lo rehuséis; os lo pido con mucha instancia y con lágrimas en los ojos; implorad en favor mío la misericordia del Señor, á fin de que no sea confundido al presentarme en su tribunal.»

Este es el lenguaje de la fe y de la humildad cristiana.

Suponed que pronto deberéis comparecer ante este tribunal, en el que el mismo varón justo no estará tranquilo, ¿qué protector desearíais encontrar allí? Buscad entre los santos el que os inspire más confianza por su prestigio.



¡Ah! si pudieseis obtener la protección del que os parece más poderoso, el más privilegiado, el más amado de Jesús y de María, ¡cuán felices seríais! Este ya le conocéis; es el



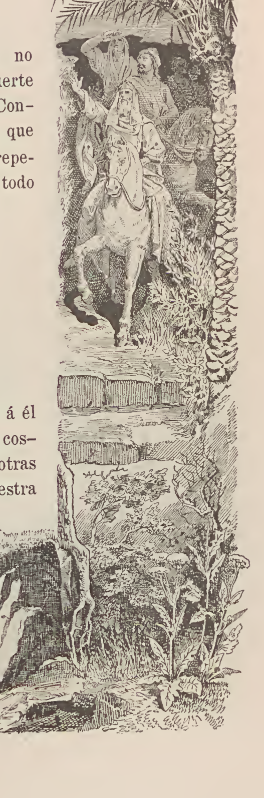
padre putativo de Jesús, el esposo de la Virgen de las vírgenes, es San José, á quien la Iglesia nos indica precisamente como patrón de la buena muerte. ¿No es éste el que anheláis?



Arrojaos á sus piés y confiadle vuestra salvación; no esperéis á que ya no sea tiempo; procurad que la muerte no os sorprenda, y poned en regla vuestros asuntos. Consultad á vuestro celestial abogado y aprended de él lo que os queda aún por hacer para ganar vuestro pleito. Os repetimos como Faraón á su pueblo: «Id á José, y haced todo lo que os diga.»



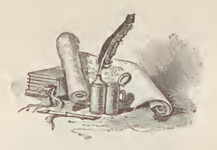
Si permanecéis en el pecado, empezad por renunciar á él y por purificar vuestra conciencia; si tenéis detestables costumbres apresuraos á romper con ellas y cambiarlas por otras buenas; si hasta hoy descuidasteis el cuidado de vuestra



alma, convertíos sinceramente, y tened desde ahora en adelante vuestra salvación por el mayor de vuestros negocios. Para ganar el corazón de SAN JOSÉ no os limitéis á una estéril devoción; practicad las virtudes de que os da ejemplo, y sin las cuales es imposible agradar á Dios.



Los que practicasen algo en su honor y continuasen llevando una vida relajada é indigna de un devoto de SAN JOSÉ, no harían más que desagradarle.

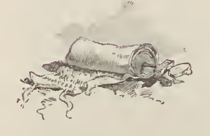


Comprendéis que SAN JOSÉ no ha de consentir que le constituyamos en cómplice de nuestros gustos depravados y de nuestras pecaminosas costumbres, ó por lo menos de nuestra pereza ó de nuestra cobardía. No; si queréis obtener la gracia insigne de una buena muerte, vivid cristianamente; si habéis tenido la desgracia de perder muchos años, repa-

rad vuestro pasado con mayor fervor; San José os protegerá, os ayudará, os hará triunfar de los obstáculos, os preparará para el supremo tránsito de esta vida á la otra.

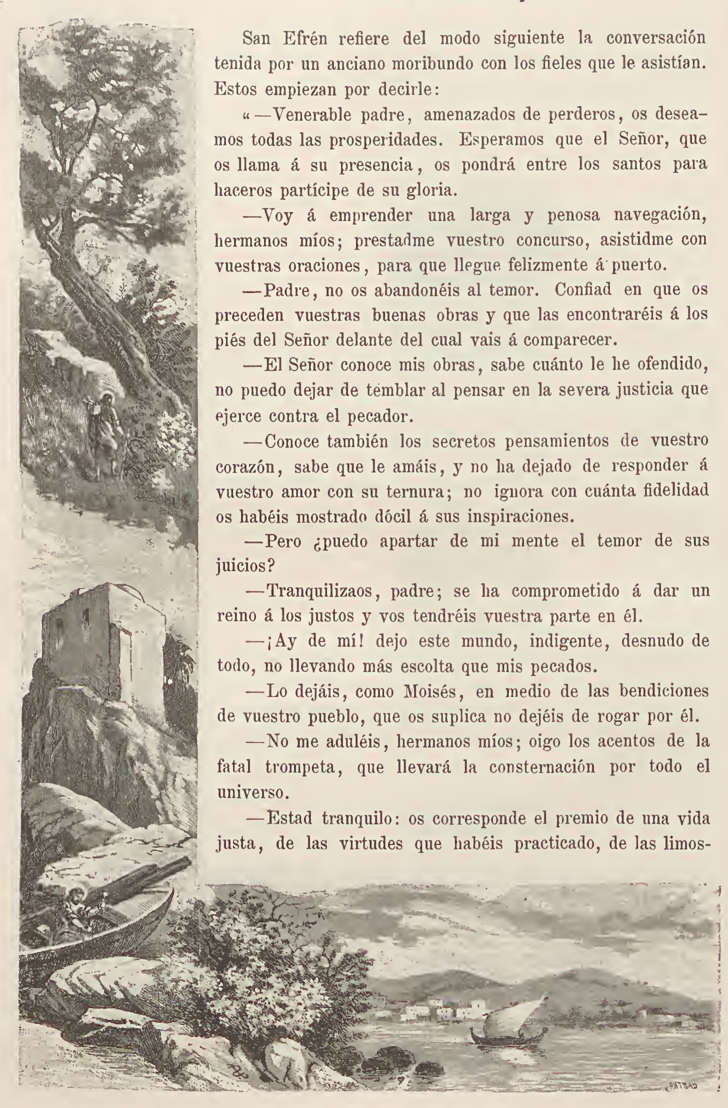


Haced, pues, penitencia de vuestras culpas; ofreced á Dios un sincero arrepentimiento, y si no podéis hacer más y cumplís vuestros deberes con exacta fidelidad, llegaréis á la muerte con estas santas disposiciones, y San José defenderá vuestra causa en el tribunal de Dios.



Cuanto á los que le habrán honrado durante muchos años con una constante devoción, jamás los abandonará; se apresurará á atender á sus súplicas en los últimos instantes, estará al lado de sus almas queridas hasta haberlas introducido en la gloria.





San Efrén refiere del modo siguiente la conversación tenida por un anciano moribundo con los fieles que le asistían. Estos empiezan por decirle:

«—Venerable padre, amenazados de perderos, os deseamos todas las prosperidades. Esperamos que el Señor, que os llama á su presencia, os pondrá entre los santos para haceros partícipe de su gloria.

—Voy á emprender una larga y penosa navegación, hermanos míos; prestadme vuestro concurso, asistidme con vuestras oraciones, para que llegue felizmente á puerto.

—Padre, no os abandonéis al temor. Confiad en que os preceden vuestras buenas obras y que las encontraréis á los piés del Señor delante del cual vais á comparecer.

—El Señor conoce mis obras, sabe cuánto le he ofendido, no puedo dejar de temblar al pensar en la severa justicia que ejerce contra el pecador.

—Conoce también los secretos pensamientos de vuestro corazón, sabe que le amáis, y no ha dejado de responder á vuestro amor con su ternura; no ignora con cuánta fidelidad os habéis mostrado dócil á sus inspiraciones.

—Pero ¿puedo apartar de mi mente el temor de sus juicios?

—Tranquilizaos, padre; se ha comprometido á dar un reino á los justos y vos tendréis vuestra parte en él.

—¡Ay de mí! dejo este mundo, indigente, desnudo de todo, no llevando más escolta que mis pecados.

—Lo dejáis, como Moisés, en medio de las bendiciones de vuestro pueblo, que os suplica no dejéis de rogar por él.

—No me aduléis, hermanos míos; oigo los acentos de la fatal trompeta, que llevará la consternación por todo el universo.

—Estad tranquilo: os corresponde el premio de una vida justa, de las virtudes que habéis practicado, de las limos-

nas que habéis hecho; esto es lo que hace que sintamos vuestra pérdida. No es al justo al que se ha de compadecer; resucitará para cantar eternamente las alabanzas del Señor. Sí; este Dios á quien habéis servido con tanta fe y sumisión, usará para con vos de su inmensa misericordia.

—Vos que sois mi único asilo, Dios de bondad, divino Jesús, protegedme, salvadme del castigo que haya podido merecer; volved la tranquilidad á mi alma, recibidla en el lugar de vuestra luz.

—No lo dudéis: vuestro deseo se verá cumplido. El Dios á quien imploráis, os pagará centuplicados vuestros trabajos.

—¡Adiós, hermanos y padres míos! ¡Quiera el Dios misericordioso que sean atendidos vuestros votos! No me olvidéis en las oraciones que dirigís al Señor para el bien de todos.»



Tales eran los sentimientos que nuestros padres en la fe, experimentaban en el trance de su muerte. Estas páginas encierran útiles lecciones; si vivimos tan santamente como estos primitivos cristianos, encontraremos los mismos consuelos en medio del temor inseparable de la muerte y tendre-



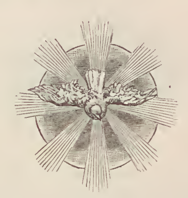
mos motivos de esperar en la poderosa protección de San José, patrón de los cristianos moribundos.



Santa Teresa había notado que entre sus primeras religiosas, las más devotas de San José eran las que tenían una muerte más tranquila y más edificante.

Hé aquí lo que dice: «He observado en ellas, en el momento de sus últimos suspiros, una paz y una tranquilidad inefables: se hubiera dicho que se encontraban en éxtasis ó en el tranquilo reposo de la oración. Nada indicaba exteriormente que tentación alguna turbara la íntima paz que sentían. Estas divinas luces han borrado de mi espíritu el temor que tenía á la muerte. Ahora el morir me parece la cosa más fácil para un alma verdaderamente fiel.» Este era el fruto de la devoción que había sabido inspirar á sus religiosas para con su santo patrón.

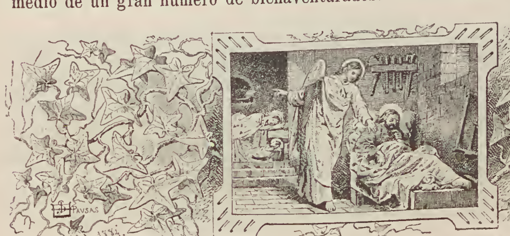
Después de la muerte de la santa reformadora del Carmelo, nos dicen los anales de esta orden reformada, sus piadosas hijas guardaron fielmente la devoción á San José. Entre ellas, la que se distinguió más por este rasgo de semejanza con su santa madre, fué sor Ana de San Agustín.



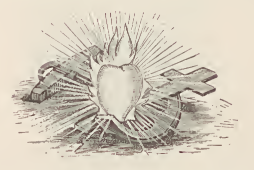
Vióse recompensada con un maravilloso fervor en el instante de su muerte; San José se le apareció con santa Teresa y otros santos para sostenerla en esta última lucha y escoltar su espíritu hasta el cielo. Al verse sorprendida con esta aparición levantóse de su cama, y exclamó en un transporte de júbilo: «¡Padres míos! ¡Padres míos! ¡Padres míos!»



En aquel mismo instante su alma se desprendió del cuerpo á manera de una forma luminosa, y una santa carmelita que estaba en oración para pedir la vida de la enferma, vió á aquella alma subir al cielo con San José y santa Teresa en medio de un gran número de bienaventurados. Los asistentes



que no participaron de la dicha de ver este glorioso cortejo, comprendieron, sin embargo, lo que pasaba, viendo los movimientos, la dicha, la sonrisa de la venerable moribunda, y recogiendo las ardientes palabras que salían de sus labios.



Refiérense muchas apariciones semejantes de San José en el lecho de muerte de sus adictos servidores. Un modesto hermano de la Compañía de Jesús tenía tan tierna devoción por este glorioso patrón de las almas humildes, que no pasaba día sin recitar las letanías y otras oraciones en su honor. Pero no era este el mayor título á su protección: la atenta y constante imitación de su vida, hasta en sus menores detalles, constituía un culto mucho más agradable á los ojos del Patriarca.



El buen hermano hacía de ello la regla habitual de sus acciones, y el singular fervor con que lo cumplía, dábale un nuevo mérito. Cuando su última enfermedad le hizo presente un fin cercano, vióse cómo multiplicaba sus oraciones al santo patrón de los agonizantes; y al hacerle pronunciar los nombres de Jesús y de María, jamás dejaba de añadir el de San José, su padre querido y venerado.



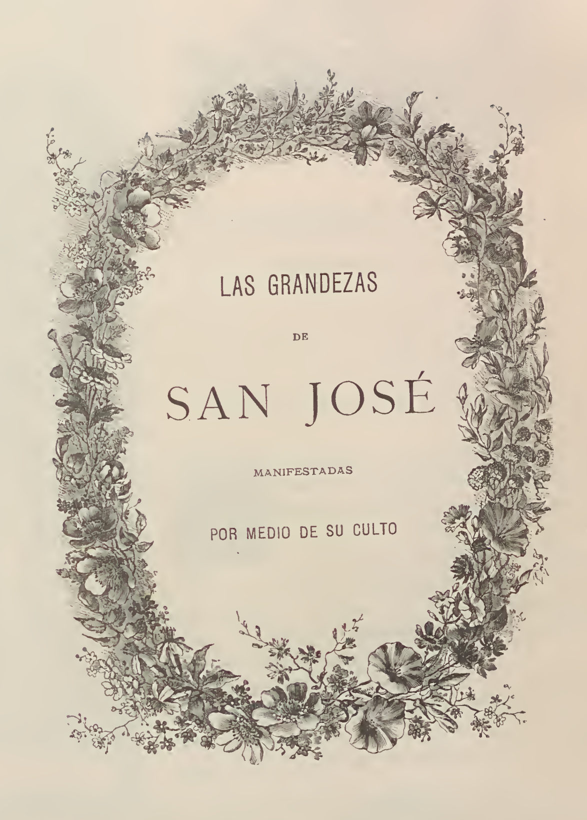
Tanta piedad parecía merecer un favor extraordinario. En sus últimos momentos se le vió levantar los ojos al techo del cuarto, sonreir con inefable dicha, y saludar una visión que reanimaba su cuerpo enteramente debilitado.—¿Qué miráis allí? le dijo el enfermero.—¡San José! respondió el moribundo temblando de alegría.—¿San José? repuso el enfermero lleno de admiración.—Sí, sí. Viene sin duda á buscarme. Pronto voy.—Algunos instantes después, extendió los brazos y puso su alma en manos de su celestial protector. Estaba muerto, teniendo en su rostro impresos la dicha y el amor de que su alma acababa de verse llena.



Digamos, pues, al insigne protector que nos ha dado la Iglesia: «Buen San José, por la dicha que experimentasteis de morir en los brazos de Jesús y María, os rogamos incesantemente que llevéis á Jesús á nuestra cabecera en la última hora. Haced que los que se ocultan al aproximarse Dios, como lo hicieron nuestros primeros padres, porque la horrible desnudez de su alma les espanta, se vistan con las ropas teñidas con la divina sangre que los verdugos arrancaron á Cristo en el Gólgota. Pedid que Dios repita para estos pobres pecadores estas palabras de maternal ternura: *Padre mío, perdonadles, no saben lo que hacen.*

«Para los demás que, pobres de méritos, amaron á Jesús toda su vida, alcanzad de Cristo esta palabra que es del cielo: *En donde yo esté estará mi servidor.* Porque sabéis mejor de lo que nosotros podemos comprender que el cielo está allí donde está Jesús, y el infierno donde él no está. Llevad también á nuestro lado á la Virgen María, esta Madre de misericordia tan llena de compasión, que se ha dicho *que pediría á Dios el perdón de Lucifer, si Lucifer fuera capaz de pedir gracia;* y por el amor que vos y María tenéis para con el Salvador, alcanzad que el doloroso trabajo de la redención no sea perdido para tantas criaturas rebeldes á su Criador.»





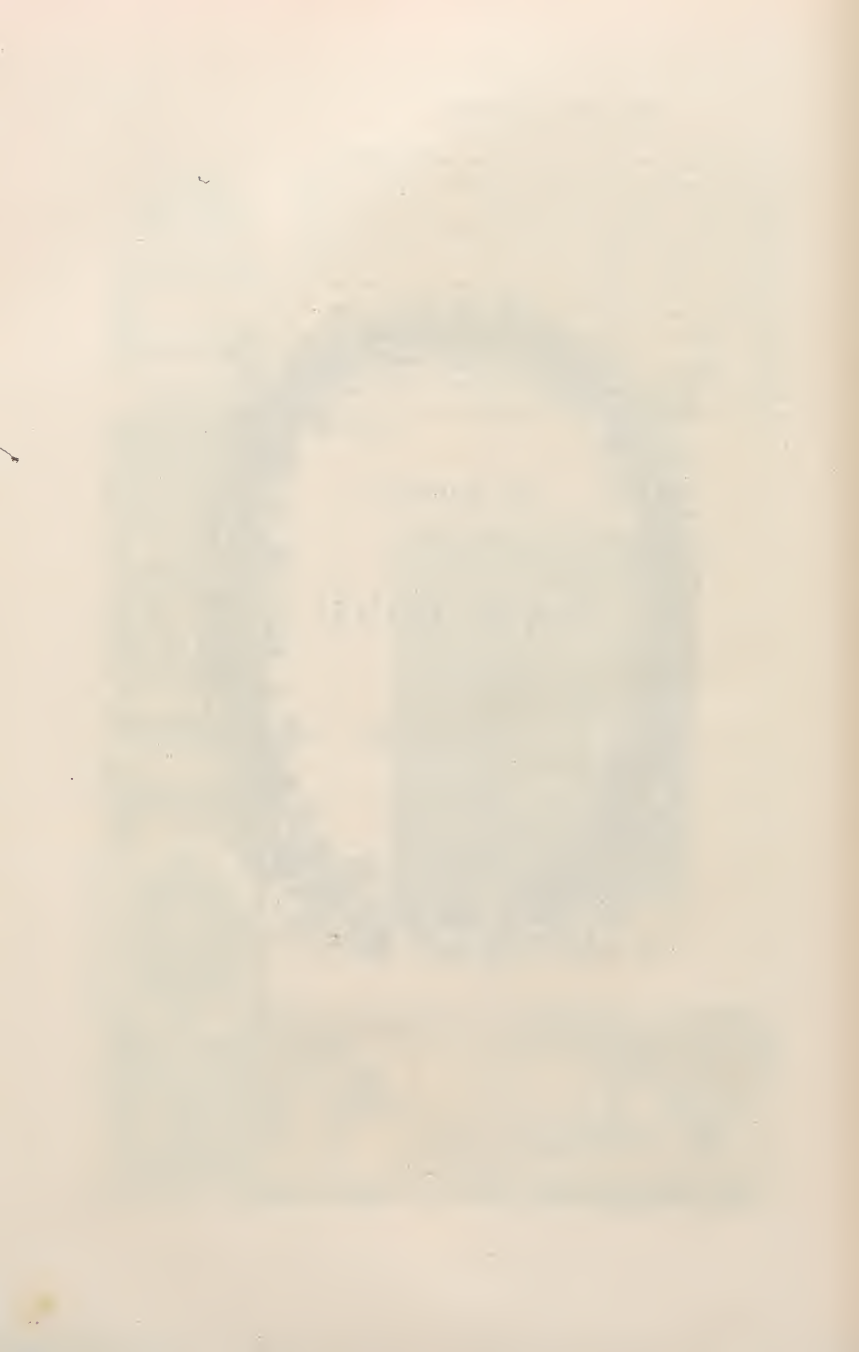
LAS GRANDEZAS

DE

SAN JOSÉ

MANIFESTADAS

POR MEDIO DE SU CULTO







LAS GRANDEZAS DE SAN JOSÉ

MANIFESTADAS POR MEDIO DE SU CULTO

I

CÓMO SE DESARROLLÓ EL CULTO DE SAN JOSÉ

L examinar la constitución del mundo, su marcha majestuosa hacia la realización de sus destinos, el modo por demás admirable cómo se engrana el orden físico con el orden moral, cómo se armonizan las fuerzas necesarias con esta fuerza libre que se llama el hombre, no podemos menos de reconocer no sólo la acción creatriz, sino también la acción providencial de un Dios cuya sabiduría es tan infinita como su poder.

La Providencia de Dios preside la marcha de los tiempos; interviene en el desarrollo del mundo de la materia como en el del mundo del espíritu; palpita en todos los hechos de la historia; se hace sentir así en el hombre ya





considerado individualmente, como en el seno de la familia, como cuando constituye una rueda en el mecanismo social.

Pero esta acción providencial que se percibe de un modo evidente en todos los períodos del tiempo, en todos los ámbitos del espacio, se hace más sensible en esta grande obra del poder y del amor divino que se llama la Iglesia.

Venido del cielo, florece en la sociedad de las almas este germen precioso que se llama la piedad, elevando el espíritu, dilatando el corazón, fortaleciendo las energías de la voluntad. Pero la piedad cristiana en su desarrollo, en su maravillosa eflorescencia, se adapta siempre á las condiciones de lugar y de tiempo; una en su principio y en su fin, pero varia en sus manifestaciones, testimonio vivo de esa estética divina que lo armoniza todo por manera la más maravillosa.

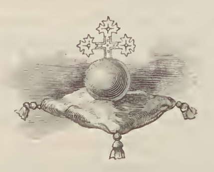
En el desarrollo del culto de San José vemos esa acción providencial; admiramos los altos fines de la Providencia, y aprendemos á apreciar mejor lo que es y lo que vale el augusto Patriarca de quien nos ocupamos.

A más de esa historia de San José que empieza en su cuna y acaba en su sepulcro, hay otra historia que no tiene menor interés, palpitante de vida: es la historia de su culto.

Como llevamos dicho en capítulos anteriores, la primera el Evangelio la resume en brevísimas palabras. Con ellas tenemos lo bastante para saber que José estaba en comuni-

cación con los espíritus celestes, lo que nos da á entender que por la grandeza de alma y de corazón perteneció á un mundo superior; sabemos, además, que intervino, ejerciendo uno de los primeros papeles, en el drama más importante que admiró la tierra y contemplaron los cielos, que es el de la Encarnación. Era el padre nutricio de Jesús, el esposo de la Virgen, el jefe de la Sagrada Familia, ¿qué más queremos? En lo humano es imposible subir á mayor altura; al través de tanta grandeza no puede verse sino á Dios con esa luz del Sér infinito que nos deslumbra.

Pero si la historia de la vida de José en el Libro divino es muy corta, en cambio la historia de su culto es muy extensa y elocuente. Esta historia es el testimonio de la Iglesia grabado en monumentos inmortales, el sufragio unánime de todas las épocas y de todos los pueblos cristianos. Sí; José que goza en el cielo, vive en la tierra, obra en la tierra por la expansión de su culto.

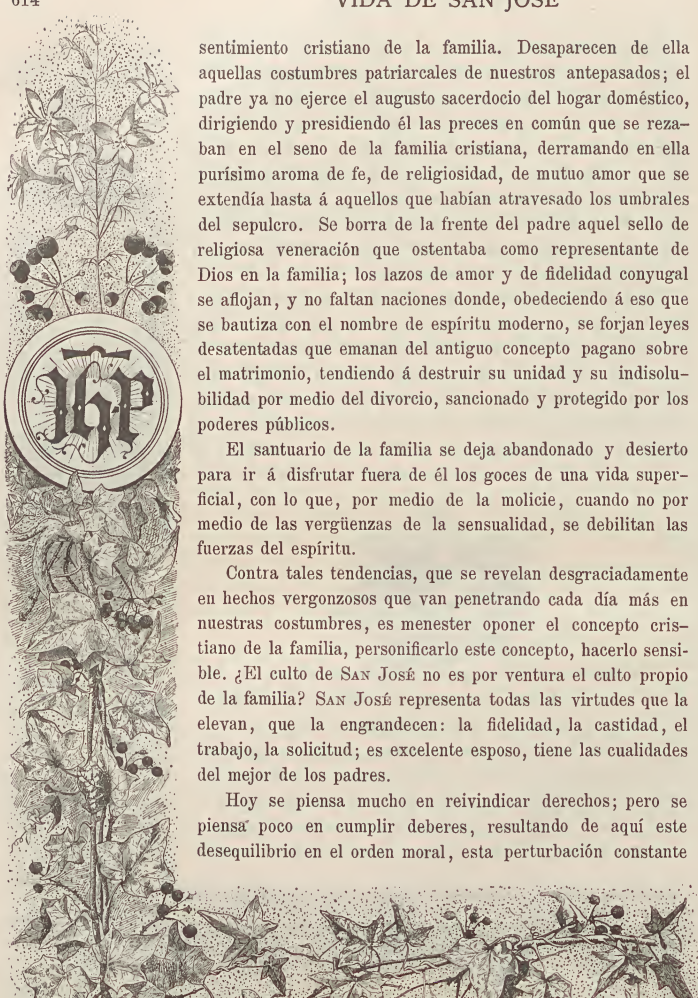


En ninguna época como en la presente el culto de San José había tenido tan extraordinario desarrollo, conforme lo llevamos expuesto en el decurso de nuestra obra.

La devoción á San José constituye una de las fases más características de la piedad contemporánea, y es porque este culto obedece á imperiosas necesidades de nuestro tiempo.

Al hacer el balance moral de nuestra sociedad habremos de convencernos de que entre las ruinas hacinadas se ve el





sentimiento cristiano de la familia. Desaparecen de ella aquellas costumbres patriarcales de nuestros antepasados; el padre ya no ejerce el augusto sacerdocio del hogar doméstico, dirigiendo y presidiendo él las preces en común que se rezaban en el seno de la familia cristiana, derramando en ella purísimo aroma de fe, de religiosidad, de mutuo amor que se extendía hasta á aquellos que habían atravesado los umbrales del sepulcro. Se borra de la frente del padre aquel sello de religiosa veneración que ostentaba como representante de Dios en la familia; los lazos de amor y de fidelidad conyugal se aflojan, y no faltan naciones donde, obedeciendo á eso que se bautiza con el nombre de espíritu moderno, se forjan leyes desatentadas que emanan del antiguo concepto pagano sobre el matrimonio, tendiendo á destruir su unidad y su indisolubilidad por medio del divorcio, sancionado y protegido por los poderes públicos.

El santuario de la familia se deja abandonado y desierto para ir á disfrutar fuera de él los goces de una vida superficial, con lo que, por medio de la molicie, cuando no por medio de las vergüenzas de la sensualidad, se debilitan las fuerzas del espíritu.

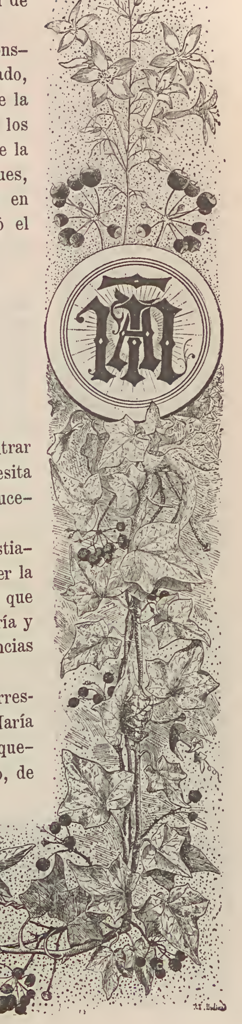
Contra tales tendencias, que se revelan desgraciadamente en hechos vergonzosos que van penetrando cada día más en nuestras costumbres, es menester oponer el concepto cristiano de la familia, personificarlo este concepto, hacerlo sensible. ¿El culto de San José no es por ventura el culto propio de la familia? San José representa todas las virtudes que la elevan, que la engrandecen: la fidelidad, la castidad, el trabajo, la solicitud; es excelente esposo, tiene las cualidades del mejor de los padres.

Hoy se piensa mucho en reivindicar derechos; pero se piensa poco en cumplir deberes, resultando de aquí este desequilibrio en el orden moral, esta perturbación constante

que da lugar á tantas complicaciones y á tantos conflictos. José es la personificación del deber en toda la extensión de la palabra.

En las peripecias entre la dicha y el infortunio que constituyen el drama de la vida, José sabe manifestarse calmado, tranquilo; en su espíritu no se agitan las tempestades de la ambición; en la hora de la adversidad no percibe jamás los desvanecimientos del desespero ni aun las turbaciones de la tristeza que no acepta la voluntad de Dios. ¿No es, pues, muy conveniente presentarle como modelo á una sociedad en la que son tantos aquellos á quienes ciega la dicha ó el infortunio sume en los abismos de la desesperación?

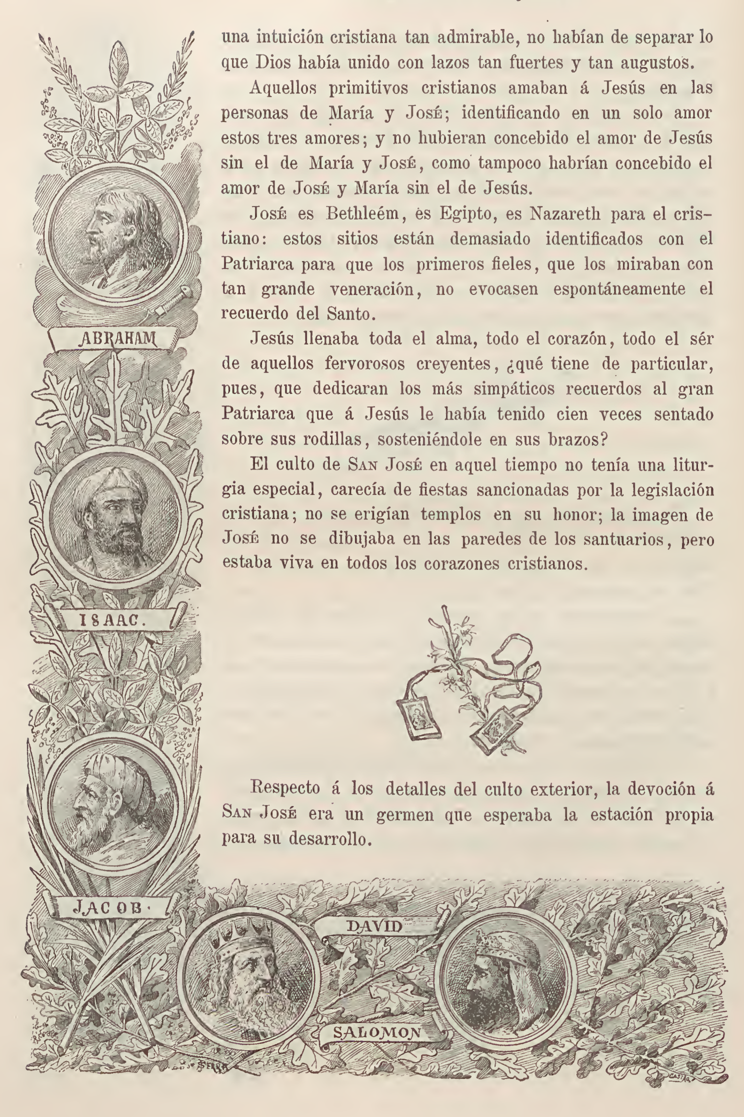




Un germen para que se desarrolle necesita encontrar preparada la tierra donde se le echa, y además necesita también su rayo de sol y sus gotas de rocío. Así ha sucedido con la devoción á San José.

La encontramos ya en germen en la cuna del cristianismo. Sí; los primeros cristianos hubieron de reconocer la comunidad de sentimientos, de ideas, de aspiraciones que reinó en la Sagrada Familia; hasta qué punto Jesús, María y José estuvieron identificados y cómo aquellas tres existencias parecían fundirse en una sola.

El prodigioso concierto que reinaba en la trinidad terrestre hubo de hacer que en el culto prestado á Jesús y María ya desde los primeros siglos, José tuviese su parte. Aquellos primeros creyentes, dotados de un instinto religioso, de



una intuición cristiana tan admirable, no habían de separar lo que Dios había unido con lazos tan fuertes y tan augustos.

Aquellos primitivos cristianos amaban á Jesús en las personas de María y José; identificando en un solo amor estos tres amores; y no hubieran concebido el amor de Jesús sin el de María y José, como tampoco habrían concebido el amor de José y María sin el de Jesús.

José es Bethleém, ės Egipto, es Nazareth para el cristiano: estos sitios están demasiado identificados con el Patriarca para que los primeros fieles, que los miraban con tan grande veneración, no evocasen espontáneamente el recuerdo del Santo.

Jesús llenaba toda el alma, todo el corazón, todo el sér de aquellos fervorosos creyentes, ¿qué tiene de particular, pues, que dedicaran los más simpáticos recuerdos al gran Patriarca que á Jesús le había tenido cien veces sentado sobre sus rodillas, sosteniéndole en sus brazos?

El culto de San José en aquel tiempo no tenía una liturgia especial, carecía de fiestas sancionadas por la legislación cristiana; no se erigían templos en su honor; la imagen de José no se dibujaba en las paredes de los santuarios, pero estaba viva en todos los corazones cristianos.

Respecto á los detalles del culto exterior, la devoción á San José era un germen que esperaba la estación propia para su desarrollo.

En aquel período el paganismo con sus degradaciones lo llenaba todo. Era menester reaccionar aquella sociedad, aquellas almas, haciéndolas entrar en las vías del espiritualismo; tratábase de una reparación urgente que la Religión cristiana debía realizar con preferencia: hé aquí otra de las razones, como llevamos indicado anteriormente, para que el culto de San José, en su parte exterior, no se desarrollara en aquella época.

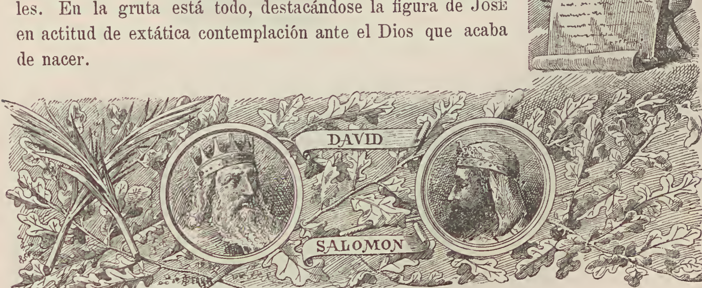
Por otra parte, muerto José, según la tradición común antes de que se consumase la grande obra de la Redención, se le contaba entre los justos del Antiguo Testamento, á quienes en la primitiva época de la Iglesia no se honraba con un culto especial.

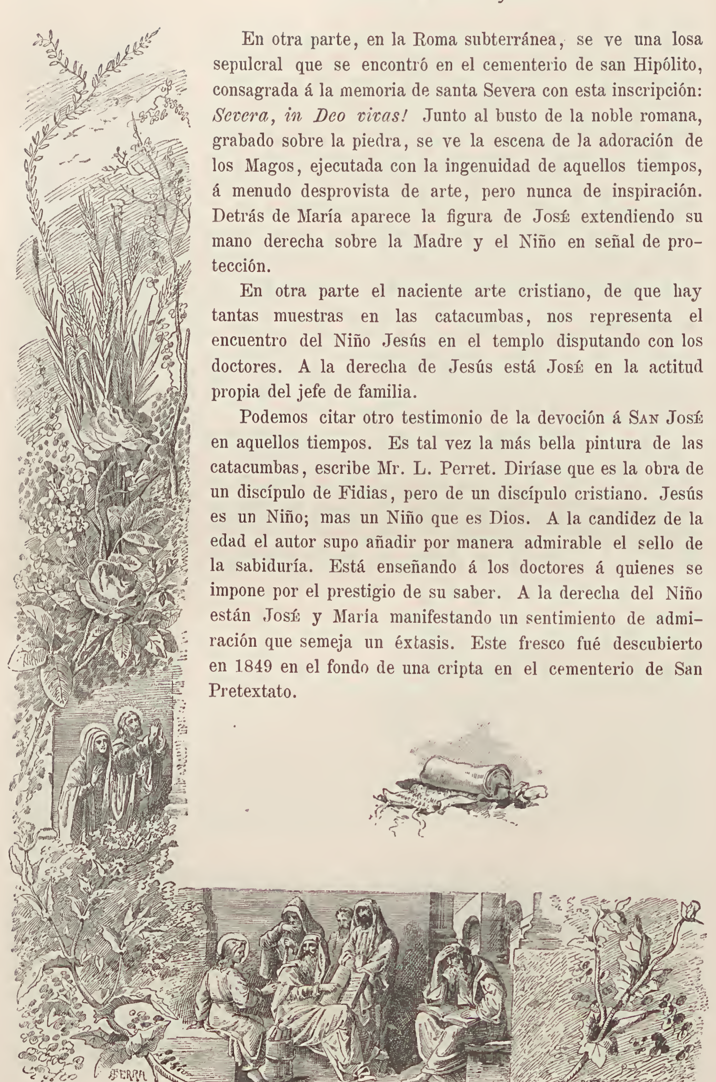
Como quiera que sea, se hallan en los primeros siglos testimonios evidentes de la piedad de aquellos cristianos en favor de San José.

Podemos citar entre otras una pintura encontrada en una de las catacumbas más antiguas de Roma, la de santa Priscila, donde se ve á José entre Jesús y María.

Y no es este un testimonio aislado. Piedras sepulcrales, pinturas murales, vasos, multitud de objetos confirman lo que venimos diciendo y dan á conocer el lugar que la devoción á San José ocupaba en los corazones de aquellos fieles.

Se encuentra entre otras esculturas la escena del nacimiento del Salvador. Es un cuadro de poco dibujo, pero de admirable expresión. La luna brilla derramando sobre la tierra su luz dulce y apacible como símbolo de la paz que Cristo venía á traer á la tierra. Allí se ve el celestial anuncio de la estrella simbolizando la vocación de los gentiles. En la gruta está todo, destacándose la figura de José en actitud de extática contemplación ante el Dios que acaba de nacer.





En otra parte, en la Roma subterránea, se ve una losa sepulcral que se encontró en el cementerio de san Hipólito, consagrada á la memoria de santa Severa con esta inscripción: *Severa, in Deo vivas!* Junto al busto de la noble romana, grabado sobre la piedra, se ve la escena de la adoración de los Magos, ejecutada con la ingenuidad de aquellos tiempos, á menudo desprovista de arte, pero nunca de inspiración. Detrás de María aparece la figura de José extendiendo su mano derecha sobre la Madre y el Niño en señal de protección.

En otra parte el naciente arte cristiano, de que hay tantas muestras en las catacumbas, nos representa el encuentro del Niño Jesús en el templo disputando con los doctores. A la derecha de Jesús está José en la actitud propia del jefe de familia.

Podemos citar otro testimonio de la devoción á San José en aquellos tiempos. Es tal vez la más bella pintura de las catacumbas, escribe Mr. L. Perret. Diríase que es la obra de un discípulo de Fidias, pero de un discípulo cristiano. Jesús es un Niño; mas un Niño que es Dios. A la candidez de la edad el autor supo añadir por manera admirable el sello de la sabiduría. Está enseñando á los doctores á quienes se impone por el prestigio de su saber. A la derecha del Niño están José y María manifestando un sentimiento de admiración que semeja un éxtasis. Este fresco fué descubierto en 1849 en el fondo de una cripta en el cementerio de San Pretextato.

Así continuó el culto de San José, con su carácter espiritual, íntimo, oculto en el fondo de las almas, sin ocupar un puesto especial en esa grande manifestación de la sabiduría y del espíritu de la Iglesia que se llama la Liturgia.

Donde primero figuró el culto de San José en el ceremonial litúrgico fué en Oriente.

Se encuentra allí un himno en alabanza del Santo que nos da á conocer el sabio dom Guéranger en su colección de oraciones litúrgicas.

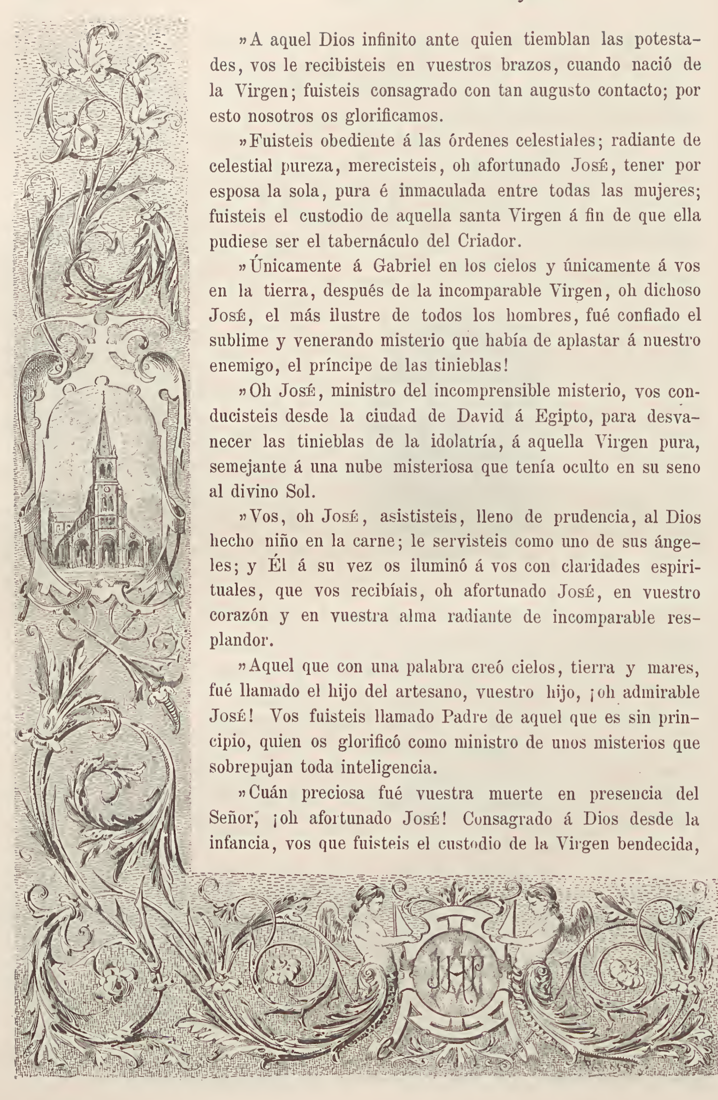
Su traducción es como sigue:



«José, esposo de María, ve con sus ojos la consumación de las profecías. Escogido para el matrimonio más ilustre, recibe las celestiales revelaciones de boca de los ángeles que cantan: Gloria al Señor que ha dado paz á la tierra.

»Anunciad, oh José, á David, el ascendiente del Hombre-Dios, la maravilla que contemplaron vuestros ojos; visteis al divino Niño reclinado en el seno de la Virgen; le adorasteis con los Magos; le glorificasteis con los pastores, obedeciendo á la inspiración del ángel. Rogad al Cristo Dios para que sean salvas nuestras almas.





»A aquel Dios infinito ante quien tiemblan las potestades, vos le recibisteis en vuestros brazos, cuando nació de la Virgen; fuisteis consagrado con tan augusto contacto; por esto nosotros os glorificamos.

»Fuisteis obediente á las órdenes celestiales; radiante de celestial pureza, merecisteis, oh afortunado José, tener por esposa la sola, pura é inmaculada entre todas las mujeres; fuisteis el custodio de aquella santa Virgen á fin de que ella pudiese ser el tabernáculo del Criador.

»Únicamente á Gabriel en los cielos y únicamente á vos en la tierra, después de la incomparable Virgen, oh dichoso José, el más ilustre de todos los hombres, fué confiado el sublime y venerando misterio que había de aplastar á nuestro enemigo, el príncipe de las tinieblas!

»Oh José, ministro del incomprensible misterio, vos conducisteis desde la ciudad de David á Egipto, para desvanecer las tinieblas de la idolatría, á aquella Virgen pura, semejante á una nube misteriosa que tenía oculto en su seno al divino Sol.

»Vos, oh José, asististeis, lleno de prudencia, al Dios hecho niño en la carne; le servisteis como uno de sus ángeles; y Él á su vez os iluminó á vos con claridades espirituales, que vos recibíais, oh afortunado José, en vuestro corazón y en vuestra alma radiante de incomparable resplandor.

»Aquel que con una palabra creó cielos, tierra y mares, fué llamado el hijo del artesano, vuestro hijo, ¡oh admirable José! Vos fuisteis llamado Padre de aquel que es sin principio, quien os glorificó como ministro de unos misterios que sobrepujan toda inteligencia.

»Cuán preciosa fué vuestra muerte en presencia del Señor, ¡oh afortunado José! Consagrado á Dios desde la infancia, vos que fuisteis el custodio de la Virgen bendecida,

cantasteis con ella: «Que toda criatura bendiga al Señor y »le exalte en los siglos eternales. Amén.»





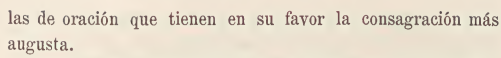
En este himno figuran poco los detalles de la vida mortal de San José; pero en cambio se ve la grande alma del santo, su misión, sus destinos, todo expresado con esa brillante amplitud propia de la poesía oriental.

En este himno no debemos ver la inspiración de un poeta de más ó menos genio, sino el espíritu de la Iglesia de Oriente, en la que el culto á San José en aquel tiempo formaba ya parte de la vida de su fe y de su piedad. De otro modo á este himno no se le habría designado un puesto en la santa liturgia.

Pasaron algunos años y San José entró más de lleno en la liturgia sagrada teniendo un oficio en su honor.

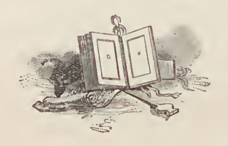
El oficio divino es la principal oración pública dirigida á Dios, en nombre de la asamblea de los fieles, por los ministros de la Religión.

Es el oficio divino el eco de aquel cantar con que los serafines entonan himnos al Dios tres veces santo; es el corazón creyente elevándose al cielo por medio de un conjunto de plegarias que tienen en su favor la sanción divina dada por medio de la Iglesia; es el hombre que, reconociendo su pequeñez, se remonta á lo infinito en alas de esas fórmu-



las de oración que tienen en su favor la consagración más augusta.

Allí, en el oficio divino, se unen los suspiros de los antiguos patriarcas con las homilías de los padres y doctores de la Iglesia, los cantos de David con las oraciones de los Pontífices del cristianismo, la historia del pueblo de Dios y la del pueblo cristiano personificado en los grandes héroes de santidad. Cuanto de bello, de sublime, de divinamente inspirado ha salido de boca de los creyentes desde el principio del mundo, todo se encuentra allí; y la sociedad de las almas justas de todas las épocas se reune en aquel conjunto de plegarias, siempre antiguas y siempre nuevas, que hacen de todos los siglos como una grande Iglesia enlazada por los más nobles sentimientos y las más venerandas tradiciones.



El mundo ignora lo que vale ese libro que se llama el Breviario. El ardor de los primeros oradores, el genio de los más insignes poetas, todo es pálido ante la elocuencia, la incomparable poesía de este libro, modesto en apariencia, pero riquísimo en su fondo, que veis en manos de vuestro párroco. Pasajes de la Santa Escritura perfectamente escogidos, artísticamente combinados de una manera apropiada al misterio á que se dedican. En este libro, ya la oración es un himno de júbilo, ya un gemido, pero todo expresado con acentos los más sublimes. El oficio divino es la palabra de la fe, el grito de la esperanza; allí el cristiano encuentra



á la vez fuerza para luchar en los combates de la vida, luz para no perderse en los tortuosos senderos de la existencia.

Después de un relato de la Sagrada Biblia, después de algunas máximas del saber divino, viene la historia de un santo, la narración de un misterio, la homilía de uno de los más eminentes doctores; la Iglesia, como una abeja celestial, va recogiendo de todas estas bellísimas flores el jugo que constituye la miel que tanto gusta al alma que ha aprendido á saborear las grandes bellezas del cristianismo. Exposición del dogma, comentarios de las Santas Escrituras, estímulos para el cumplimiento de los grandes deberes, todo se encuentra allí.

Son los salmos repetidos en medio de las alegrías ó de los dolores, de las alabanzas ó los lamentos de toda la tierra; y los himnos, los responsos, los versículos, las antífonas, precediendo ó siguiendo las páginas de los profetas y las del mismo Evangelio, aparecen cual guirnaldas de flores suspendidas por la piedad de los fieles en las columnas de ese grandioso templo que lo constituye la universalidad del mundo cristiano.

Así como cada día tiene su sol cada día tiene también su oficio, y juntos estos oficios forman una corona deslumbrante de hermosura y riqueza, en la que los misterios cristianos son á modo de diamantes y las fiestas de los santos un magnífico relieve de piedras preciosas de distintos colores.

Cada día tiene su cántico adaptado á las necesidades de la vida cristiana; cada noche la meditación viene á dar mayor intensidad á la oración, á hacerla más pura, más espiritual, y estas partes del oficio divino llamadas Horas ofrecen en cada antífona un suspiro del alma, en cada responso un lazo en que se unen almas y corazones, en cada versículo una chispa de celestial fuego para inflamar los



corazones, en cada oración un canal que dirige el curso de la gracia.

Escuchad esta mezcla de plegarias divinas y humanas que salen de labios que no se profanan con el hablar mundano, de corazones probados en las inmolaciones de su vocación; esos suspiros, esos cantos, ya de día, ya también de noche en nuestras iglesias, donde se perciben armonías que no se parecen á las del mundo, pero que están más en relación con las necesidades de nuestro sér, religioso hasta por instinto, y tendréis una idea, aunque algo vaga, del oficio divino.



El oficio de San José, que vamos á citar, es uno de los más antiguos monumentos de la Iglesia latina en honor del santo Patriarca.

¿En qué época principió este oficio? No puede fijarse; lo único que podemos decir es que su origen debe elevarse al siglo xiv.

Todas las probabilidades dan á entender que tiene un origen germánico.

Sea lo que fuere de su antigüedad, se ve en este oficio el santo personaje todo entero; su carácter, su gran misión, todo allí se presenta con el más bello colorido. Parece que nos encontramos frente á frente del Patriarca, que le vemos, que le hablamos, que nos identificamos con él.

El oficio de San José es por sí solo un magnífico poema.

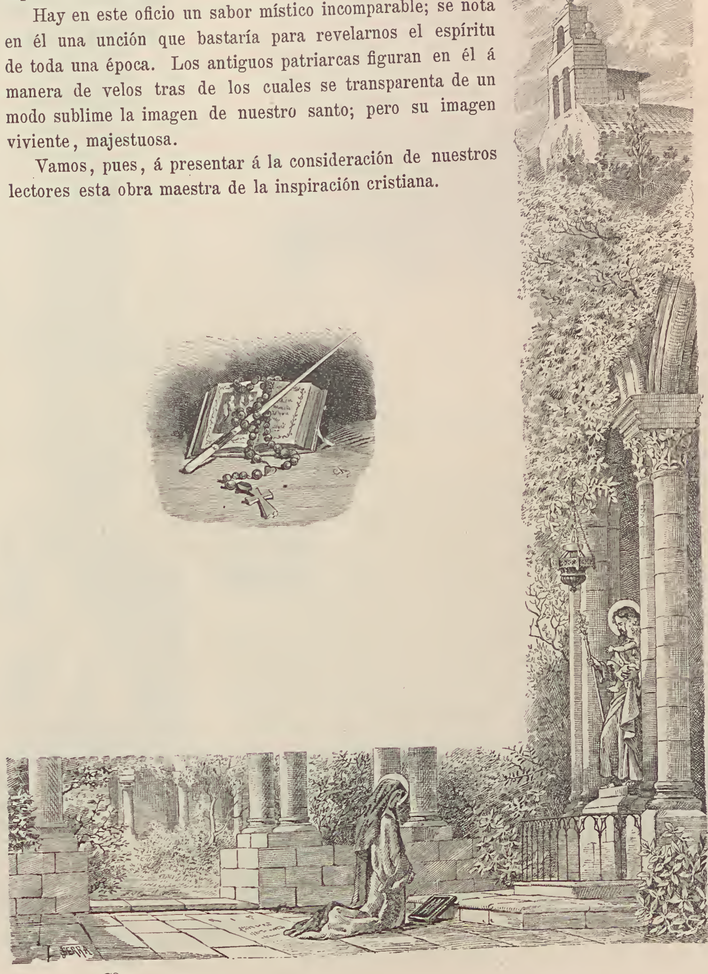


Allí se le ve destacar entre los antiguos patriarcas.

En aquella época de fe, en que el espíritu cristiano lo llenaba todo, hubo de concederse á este oficio de San José especial predilección.

Hay en este oficio un sabor místico incomparable; se nota en él una unción que bastaría para revelarnos el espíritu de toda una época. Los antiguos patriarcas figuran en él á manera de velos tras de los cuales se transparenta de un modo sublime la imagen de nuestro santo; pero su imagen viviente, majestuosa.

Vamos, pues, á presentar á la consideración de nuestros lectores esta obra maestra de la inspiración cristiana.

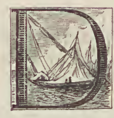






II

EL PRIMER OFICIO EN HONOR DE SAN JOSÉ



Después de la santa Misa, nada más solemne que esta parte del oficio divino llamada *Vísperas*. Se las puede considerar como el acto litúrgico más augusto de la tarde, así como la misa es el más imponente de la mañana.

Las Vísperas eran llamadas también el *oficio de las lámparas* ó el *oficio de las antorchas,* porque las Vísperas se celebraban después de la puesta del sol, lo que hacía necesario que se iluminasen los templos.

Cuando se instituyó el oficio de San José era aquella



época de entusiasta piedad, de ardiente fervor en que en las Vísperas no sólo tomaban parte los religiosos, sino los seglares, así hombres como mujeres de todas las categorías y condiciones.

Todavía en algunos pueblos del campo se conserva algún resto de aquellas costumbres; todavía se ve los domingos á aquellos fieles que cuando el sol se dirige hacia su ocaso ellos se encaminan hacia la parroquia, cubiertas las cabezas de las mujeres, ostentando todos sus vestidos del día de fiesta, dejando sus modestos casuchos para que los custodie su ángel de guarda, y van á ofrecer al Señor el oficio de la tarde á imitación de los hijos de Israel, cantando en coro, como ya se hacía en los remotísimos tiempos de Enós, hijo de Set. Se los ve marchar por grupos; ora los ancianos, los patriarcas de la población, evocando la memoria de los tiempos pasados; ora los hombres ya formados ocupándose de los asuntos del pueblo, y los jóvenes con la alegría propia de su edad y las madres acompañadas de sus hijas.

A la hora señalada colócanse cada uno en su puesto, y aquellas gentes rústicas entonan las melodías reunidas de la Grecia y de Israel, como si hubieran sido hechas por aquellos campesinos cuya voz sale de su pecho, si no siempre armoniosa, robusta siempre como su fe. Después vuelven á sus hogares, satisfechos con haber santificado el día del Señor, haber rogado á Dios y haberse edificado mutuamente.



Figurémonos que nos encontramos en la iglesia de

alguno de aquellos antiguos monasterios en la hora en que se recita el oficio de nuestro santo.

Es el caer de la tarde; la hora en que la paloma que había despedido Noé volvió á entrar en el arca con el ramo de olivo en el pico anunciando el fin del diluvio; la hora en que los antiguos patriarcas ofrecían sus sacrificios; la hora en que tenían lugar las fervientes plegarias tan ricas de emociones y en medio de los perfumes que entraban por mucho en el ceremonial de la antigua sinagoga; la hora en que Jesús, en la última Cena, estableció el sacramento de la Eucaristía, en que su cuerpo exánime fué descendido de la cruz. Sonidos graves, majestuosos, transportan el alma y le hacen percibir algo del eco de los himnos celestes.

El canto de los salmos ya ha concluído. Todos los concurrentes se levantan, y el celebrante, puesto en pié en medio de los asistentes y de dos acólitos con sus ciriales, dice en voz alta:

«—La bendición de Aquél que apareció en la zarza ha venido á caer sobre la cabeza de José, sobre la cabeza de aquel que fué como un Nazareno entre sus hermanos.»

¡Qué introducción tan apropiada! El recuerdo de la zarza ardiendo que vió Moisés nos hace presente la misión del gran legislador figurando otra misión más importante, más trascendental; la de aquel que estaba destinado á amparar á la más pura de las Vírgenes; el que había de revestir el elevado carácter de Padre nutricio del Salvador del mundo; el que había de ejercer junto al Verbo de Dios hecho hombre un papel importantísimo. En el prólogo de este animado poema que constituye el oficio de San José se nos presenta á Dios extendiendo majestuosamente su divina mano sobre la cabeza de nuestro Patriarca, para echar sobre él la bendición que le corresponde, dado el gran destino que viene á realizar en el mundo.



Después sigue el siguiente responsorio que pronunciaba á coro todo el pueblo:

«Cuando el Padre Eterno llama para que vuelva de Egipto su Hijo desterrado, el padre adoptivo de Jesús le conduce á Nazareth, donde habita Aquél que es la flor de los campos y el lirio de los valles.»

Y el celebrante dice:

«Como Arquelao reinase en Judea, José pasó á morar en Nazareth, donde habita Aquél que es la flor de los campos y el lirio de los valles.»

Y entonces el coro exclama:

«Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.»

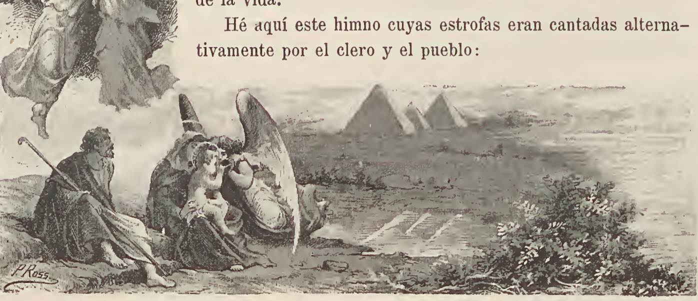
Y el celebrante repite:

«Donde habita Aquél que es la flor de los campos y el lirio de los valles.»



Sigue luego el himno, que es un canto de honor á Dios á quien se alaba, por haber dispuesto en su sabiduría dar por esposo á la más solícita de las madres á José, que debía amparar con tanta solicitud la infancia del Hijo Divino, á quien alimenta con sus virginales manos, á quien sostiene en sus brazos, á quien acaricia, ocultando así el futuro Redentor á la perfidia de sus enemigos y sirviendo como de benéfica sombra para que madurase el fruto celestial para el misterio de la vida.

Hé aquí este himno cuyas estrofas eran cantadas alternativamente por el clero y el pueblo:



«Clero.—Celebremos con júbilo el saber divino que dió á María en la persona de José un esposo vigilante para amparar la infancia del Dios á quien ella debió poner en el mundo, permaneciendo siempre virgen.

»Pueblo.—El Dios á quien dió á luz la pureza inviolable de María quiso ser nutrido por las virginales manos de su padre adoptivo; maravilloso recurso que oculta la divinidad de Jesús á sus pérfidos enemigos.

»Clero.—José le llevó en sus brazos; le acariciaba, y mientras Herodes pasaba á degüello á unos tiernos inocentes, José sustraía á Jesús del peligro de que se vió amenazado.

»Pueblo.—Por ministerio de José fué conducido á Egipto, y José fué quien volvió á conducirle á su patria, obedeciendo á la orden del Padre celestial. Así iba madurando para el misterio de la cruz el celestial fruto.

»Clero.—Gloria al Padre adorable, igual alabanza al Hijo, parecido honor al Paracleto que procede del uno y del otro: dígnese la santa Trinidad salvarnos por los poderosos méritos del bienaventurado José.»

Y todo el pueblo en masa respondía:

«¡Amén!»

Y entonces las voces claras, límpidas, sonoras de dos infantes de coro, sin acompañamiento de órgano ni de otro instrumento alguno, cantaban:

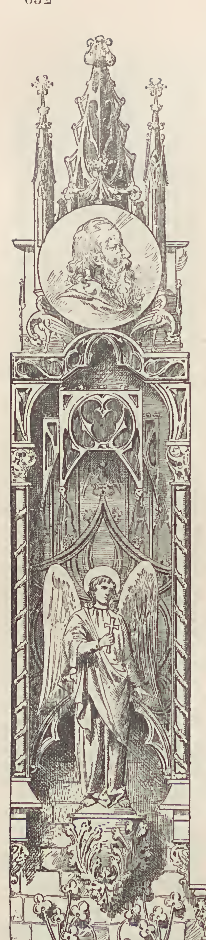
«El Señor le amó y le adornó magníficamente.»

A lo que contestaba el coro:

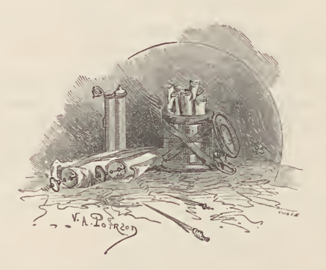
«Le vistió con manto de gloria.»

Era un canto de júbilo y de honor en favor del santo que se hacía en tono elevado, como para llamar la atención del concurso, terminándose con una larga modulación sin que se profiriese palabra alguna, para dar á entender que la alabanza á Dios debe ser algo de inefable que la lengua humana no puede expresar, y que no acertando la voz del hombre ni





á exprimirlo ni á callarlo, se exhala en acentos prolongados, pero vagos, indefinidos como un eco de aquellos cantares sin fin que constituyen el eterno júbilo de los querubines. Es á manera de una exhalación celestial de amor. ¡Felices las almas que aciertan á comprenderlo y sobre todo á sentirlo!



Después se entona el primer canto del Nuevo Testamento.

Ya no es el eco de la voz de Moisés ó de otros profetas, ya no son los salmos de David lo que resuena en la bóveda del santuario; es la voz de la esposa de José, y las palabras de este canto son puras como el alma de la incomparable Virgen, ardientes como su corazón. El bellísimo *Magnificat,* que resuena tan armonioso en nuestros oídos en todas las grandes festividades, produce una impresión toda particular cuando figura en el oficio de San José.

Este himno salió del inflamado pecho de la castísima esposa del santo Patriarca, al ir ella á visitar á su prima santa Elisabeth. Es un canto de amor, de reconocimiento, de alegría y de felicidad.

La esposa de José, extrañando las maravillas que Dios obra en ella, viéndose escogida por instrumento de la miseri-



cordia del Señor en favor de la especie humana degenerada por el pecado, movida por su humildad, se postra ante la Majestad divina y exclama:

«Mi alma glorifica al Señor:

«Y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios salvador mío.

»Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.»

Luego el himno toma la grandiosidad de la inspiración profética. Al través de las sombras del porvenir, el Espíritu que inspira á la Virgen, que la transfigura, hace ver á la esposa de José como en el decurso de los siglos el mundo cristiano se cubrirá de altares erigidos en su honor, se le consagrarán suntuosos templos, y en todos los puntos del globo se percibirá el eco de los cantos de alabanza dedicados á su memoria. Es el poema de la humildad más profunda que logró subir á la más alta cumbre de la gloria.

«Porque ha hecho en mí cosas grandes Aquél que es *todo* poderoso, cuyo nombre es santo;

»Y cuya misericordia *se derrama* de generación en generación sobre los que le temen.

»Hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miras del corazón de los soberbios.

»Derribó del solio á los poderosos y ensalzó á los humildes.

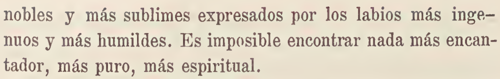
»Colmó de bienes á los hambrientos y á los ricos les despidió sin nada.

»Acordándose de su misericordia acogió á Israel su siervo;

»Según la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham y su descendencia por los siglos de los siglos.»

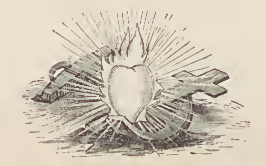
¡Qué magnificencia, y al propio tiempo qué hermosa sencillez en este cántico! Hé aquí los pensamientos más





nobles y más sublimes expresados por los labios más ingenuos y más humildes. Es imposible encontrar nada más encantador, más puro, más espiritual.

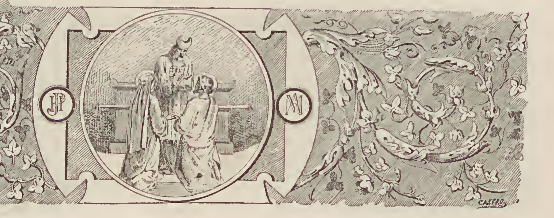
Mientras se cantaba este himno de la exaltación por medio de la humildad, clero y fieles permanecían en pié por respeto á la inspirada poetisa, á la Mujer Profeta, á la Virgen celestial de cuyos labios salió y al santo Evangelio de donde se extrae un canto que nos recuerda el grandioso hecho de la Encarnación, en cuya historia José ocupa un puesto tan importante. Con esta actitud los fieles manifiestan su júbilo por el gran misterio y su resolución de sacrificarlo todo para que se cumplan los designios providenciales, como todo lo renunciaron María y José.



Cantado este himno, y después del saludo de paz y de caridad *Dominus vobiscum,* el celebrante cantaba la siguiente

ORACIÓN

«Oh Dios lleno de poder y de bondad, que preparasteis un esposo á la Santísima Virgen, vuestra Madre, en el afortunado hijo de David, el justo José, y que le escogisteis para vuestro Nutricio, haced que vuestra Iglesia, por las oraciones y los méritos de este santo, goce de seguridad y de paz, y logre la dicha de verle eternamente. Vos que vivís



y reináis con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.»

Esta oración viene á sintetizar todas las alabanzas y súplicas que durante el Oficio divino se elevan al Santo, y se pide á Dios que acepte los elogios que consagramos al ilustre hijo de David que le escogió para un puesto tan eminente como el de padre nutricio del mismo Hijo de Dios hecho hombre, y podamos tener la dicha de que nosotros, miembros de la Iglesia, vayamos un día á repetir estas alabanzas en la patria de la inmortalidad.



Una parte importantísima del Oficio divino son los *Maitines*.

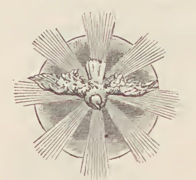
Según su primitiva institución debieran cantarse durante la noche, porque así como una parte de ella el letrado, el artista, el comerciante, el viajero, el piloto lo dedican á los cuidados de su carrera, también es menester que el creyente dedique á Dios una parte de la noche, que pertenece á Dios lo mismo que el día. Por otra parte, la noche convida más á la meditación; durante ella parece que nos sentimos más abstraídos de los negocios terrenales; á favor del silencio de la noche podemos concentrarnos más y conocer mejor el estado de nuestra alma con sus elevaciones ó con sus abatimientos. Más que con los resplandores del sol parece que el misterio de lo divino se presenta á nuestro espíritu con la luz de las estrellas.





El canto de *Maitines* se empieza con lo que en lenguaje litúrgico se llama el *Invitatorio*, que es, como lo manifiesta su propio nombre, un llamamiento, una invitación hecha á los cristianos para que se asocien á las plegarias de la Iglesia.

El Invitatorio propone el objeto de la festividad; viene á ser el pensamiento dominante en la misma.



Hé aquí el de nuestro santo en el Oficio á que nos referimos:

INVITATORIO

«El casto esposo de la Virgen sin mancilla reina en lo más alto de los cielos:—Venid con júbilo á celebrar su triunfo.»

Luego se alterna con un precioso salmo de David que es todo él una invitación á cantar las alabanzas del Señor.

Es la voz de la Iglesia que reune á sus hijos para adorar á Dios y honrar á sus santos.

«Venid, regocijémonos en el Señor: cantemos con júbilo las alabanzas del Dios, Salvador nuestro.

»Corramos á presentarnos ante su acatamiento, dándole gracias y entonando himnos á su gloria.

»Coro.—El casto esposo de la Virgen sin mancilla reina

en lo más alto de los cielos:—Venid con júbilo á celebrar su triunfo.

»—Porque el Señor es el Dios grande y un rey más grande que todos los dioses.

»Porque en su mano tiene toda la extensión de la tierra y suyos son los más encumbrados montes.

»Coro.—Venid con júbilo á celebrar su triunfo.

»—Suyo es el mar y obra de sus manos; y hechura de sus manos es la tierra.

»Venid, *pues,* adorémosle; postrémonos, derramando lágrimas en la presencia del Señor que nos ha criado.

»Pues Él es el Señor Dios nuestro, y nosotros el pueblo á quien Él apacienta, y ovejas de su grey.

»Coro.—El casto esposo de la Virgen sin mancilla reina en lo más alto de los cielos:—Venid con júbilo á celebrar su triunfo.

»—Hoy mismo, si oyereis su voz, guardaos de endurecer vuestros corazones.

»Como sucedió cuando me provocaron á ira entonces que hicieron prueba de Mí en el desierto: en donde vuestros padres me tentaron, probáronme y vieron mis obras.

»Coro.—Venid con júbilo á celebrar su triunfo.

»—Por espacio de cuarenta años estuve irritado contra esta raza de gente, y decía:—Siempre está descarriado el corazón de este pueblo.

»Ellos no conocieron mis caminos; por lo que juré, airado, que no entrarían en mi reposo.

»Coro.—El casto esposo de la Virgen sin mancilla reina en lo más alto de los cielos:—Venid con júbilo á celebrar su triunfo.

»—Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo: como era en el principio, y ahora, y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.





»Coro.—Venid con júbilo á celebrar su triunfo.

»—El casto esposo de la Virgen sin mancilla reina en lo más alto de los cielos.

»Coro.—Venid con júbilo á celebrar su triunfo.»

¿Es posible encontrar poesía más conmovedora y sobre todo más elevada?

Después del Invitatorio y del himno, que en el Oficio que reseñamos es en los *Maitines* igual á las *Vísperas*, el celebrante entona la *antífona,* que viene á ser como la señal de la salmodia y una excitación al espíritu de caridad y de fervor entre todos los asistentes.

PRIMER NOCTURNO

»*Antífona.* — José vivía alejado del consejo de los impíos, cuando, siendo también virgen nutría á la Virgen y al divino Infante.»

Después siguen los salmos, estas odas magníficas, que aunque pierden parte de su brillantez al ser traducidos á lenguas extrañas de aquella en que fueron escritos, contienen siempre gran riqueza de pensamiento y de poesía.

Reproduciremos el primero de estos salmos, en que se

traza la superioridad que tiene sobre el impío el varón justo, del que San José es acabado modelo.

«Dichoso aquel varón que no se deja llevar de los consejos de los malos ni se detiene en el camino de los pecadores, ni se sienta en la cátedra pestilencial *de los libertinos*.

»Sino que tiene puesta *toda* su voluntad en la ley del Señor, y está meditando en ella día y noche.

»El será como el árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto en el debido tiempo.

»No así los impíos, no así; sino que serán como el tamo ó *polvo* que el viento arroja en la superficie de la tierra.

»Por tanto no prevalecerán los impíos de juicio: ni los pecadores *estarán* en la asamblea de los justos.

»Porque conoce el Señor *y premia* el proceder de los justos: mas la senda de los impíos terminará en la perdición.»

Y después de haber cantado la Iglesia con este salmo de David el triunfo de la justicia, se repite la antífona:

«José vivía alejado del consejo de los impíos cuando, siendo él también virgen, nutría á la Virgen y al divino Infante.»

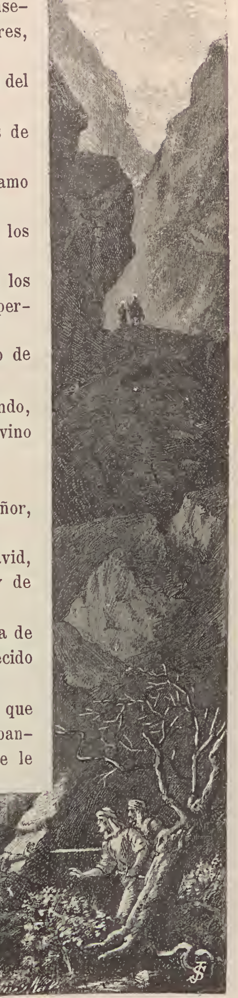
Después sigue esta otra antífona:

«Cuando Herodes conspira contra el Ungido del Señor, Dios cede al hombre y se destierra con José.»

Tras de esta antífona se canta el segundo salmo de David, no menos expresivo que el anterior, y después de él y de repetida la antífona, se añade esta otra:

«José toma el Infante y lo conduce de Egipto á tierra de Israel, después que el enemigo castigado ha desaparecido con la muerte.»

Se canta luego el tercer salmo en el que parece que vemos á José socorrido por el Señor en medio de su abandono de Egipto, de donde le saca una orden divina que le





anuncia la muerte de los que perseguían al Santo Niño. Al oir este salmo nos representamos á José exclamando en sus sufrimientos del destierro:

«Muchos dicen de mí: Ya no tiene que esperar de su Dios salvación ó *amparo*.

«Pero *tú*, oh Señor, tú eres mi protector, mi gloria y el que me haces levantar cabeza.

»A voces clamé al Señor y Él me oyó *benigno* desde su santo monte.

»Yo me dormí y me entregué á un profundo sueño y me levanté, porque el Señor me tomó bajo su amparo.

»No temeré, *pues*, á ese innumerable gentío que me tiene cercado: levántate, Señor, sálvame tú, Dios mío.

»Pues tú has castigado á todos los que sin razón me hacen guerra: les has quebrantado á los pecadores los dientes.

»Del Señor nos viene la salvación: y tú, *oh Dios mío*, bendecirás á tu pueblo.

»Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo.

»Como era en el principio, y ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.»



ISAAC.

Las lecciones que se leen en el oficio de San José, de que nos venimos ocupando, fueron escritas, según todas las probabilidades, por el cardenal Pedro de Ailly, maestro de Gersen, y antecesor de éste en su importante cargo de canciller de la universidad de París. Estas lecciones expresan perfectamente lo que fué el padre nutricio de Jesús,



DAVID

SALOMON

manifestando las relaciones que existen entre los patriarcas de la Ley Antigua, y el excelso Patriarca de la Ley Nueva, enumerando los doce títulos gloriosos del santo, que vienen explicados con este espíritu de piedad que caracterizaba el autor, y de que se aprovechaban los fieles en aquella época, en que el Oficio eclesiástico era, por parte del pueblo, fiel objeto de la mayor predilección.

PRIMERA LECCIÓN

Si reunimos en un solo cuadro los rasgos de la vida de San José, expresados en el Evangelio, no nos será difícil observar los considerables títulos que recomiendan al Santo Patriarca á nuestros respetos. La Iglesia celebra por medio de alegres fiestas las doce glorias que le coronan.

La *primera* gloria de San José es la de descender de raza nobilísima, de raza real, como lo atestigua el Santo Evangelio que, haciendo arrancar de Abraham la genealogía de Jesús, hijo de David, termina diciendo: «Y Jacob engendró á José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, por sobrenombre Cristo.»

La *segunda* gloria de San José fué el ser en realidad pariente de la Virgen María y de Jesús, su divino Hijo, puesto que está probado, por el testimonio de la Santa Escritura, que los dos nacieron de la raza de David. Porque la Escritura nos dice que el Ángel Gabriel fué enviado por Dios á una Virgen casada con un hombre, llamado José, de la casa de David: lo que no se aplica únicamente á José, sino también á la Virgen su esposa.



SEGUNDA LECCIÓN

La *tercera* gloria de San José, fué el haber sido unido por medio del matrimonio á la Santísima Virgen Madre de Dios, como lo recuerdan á menudo los Evangelios, cuando llaman á José *esposo de María.* Era efectivamente su esposo, no por efecto de una unión carnal, como sucede comunmente entre los esposos, sino en virtud de un contrato sagrado y por el vínculo de un santo amor. Encontramos la *cuarta* gloria de San José en su incomparable título de Virgen. Sin duda María estaba casada con San José, cuando le fué enviado el ángel San Gabriel. El Angel le había dicho: — «Sábete que has de concebir en tu seno y parirás un hijo.» María respondió:—«¿Cómo ha de ser esto? pues yo no conozco varón,» es decir, tengo la voluntad de no conocer jamás ninguno. Era, pues, esposa y virgen á la vez, y guardaba su voto de perpetua virginidad con el consentimiento de su esposo.

TERCERA LECCIÓN

La *quinta* gloria de José es el haber sido especialmente destinado á cuidar, no sólo de la Virgen María, sino de su Hijo Jesús. Porque, entre las razones generales de esta unión, los santos indican ciertas razones particulares del matrimonio de José con María. Tuvo lugar, según ellos, para que el parto de la Virgen se ocultara al demonio, para que José fuese testigo de la virginidad de María y pudiese defender de toda sospecha su reputación, para que la Virgen estuviese al abrigo de la ley que castigaba á la adúltera; en fin, para que la Madre y el Hijo recibiesen de él protección y preciosos servicios.



Responso: Hé aquí á este Patriarca, que, nuevo Noé, dirigiendo el arca celeste, salvó al mundo junto consigo del diluvio del pecado, que se purificó con un río de gracia.

Coro. — Fué en su raza el hombre justo y perfecto, que dirigiendo el arca celeste, salvó al mundo junto consigo del diluvio del pecado, que se purificó con un río de gracia. —Gloria al Padre y al Hijo, etc.





SEGUNDO NOCTURNO

Antífona.—José, privilegiado entre los hombres, recibió la prenda de una firme esperanza, recibiendo de Dios la Virgen como esposa.

Antífona—Desde el principio del día, José se encontraba en presencia del verdadero Rey, de su Dios, al realizar cerca de vuestro Hijo, oh Virgen María, los deberes de padre nutricio.

Antífona.—José hizo conocer á la tierra el nombre admirable y lleno de suavidad que había revelado Gabriel.

CUARTA LECCIÓN

La *sexta* gloria de San José es la de haber recibido de Dios, como confidente de los secretos celestiales, la revelación del misterio oculto de la Encarnación, cuando un Ángel enviado del cielo le apareció en su sueño y le dijo para calmar sus inquietudes:—«José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María tu esposa: porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo.» El Ángel hizo algo más que revelar á José el misterio de la Encarnación; le manifestó al propio tiempo el de la Redención de los hombres:—«Parirá un Hijo, al que pondrás por nombre Jesús.» Y explicando la significación de este nombre, el Angel añadió:—«Pues él es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados.»

Coro.—A Él fué unida aquella Virgen que dió á luz el que es Criador del mundo, aquella Virgen que sirvió de morada al Padre de los siglos, el Dios hecho hombre: Él es quien, con sus ejemplos, ayuda á que entre nosotros se conserve la pureza.

Todo el que oiga estas maravillas se regocijará con el santo Patriarca.

Coro.—Que con sus ejemplos ayuda á que entre nosotros se conserve la pureza.

QUINTA LECCIÓN

La *séptima* gloria de San José es el título de *justo* que tiene conquistado y consta en este testimonio del Santo Evangelio: El esposo de María era un varón justo; es decir, probado en la fe, la esperanza y la caridad, y recomendable por la esplendorosa belleza de sus costumbres



y el conjunto de todas las virtudes. Porque, bajo el nombre de justicia, las Santas Escrituras expresan generalmente la santidad de una vida llena de virtudes. Así José fué llamado el justo, por haber sido justificado por su fe, como su padre Abraham, de quien el Apóstol dijo: «Creyó Abraham á Dios, y *su fe* se le reputó por justicia.» José también creyó que el Mesías nacería, no de un hombre, sino del Espíritu Santo, de una mujer Virgen y perteneciente á la raza de David; y así, justificado por esta fe y por sus buenas obras, mereció ser llamado el justo.

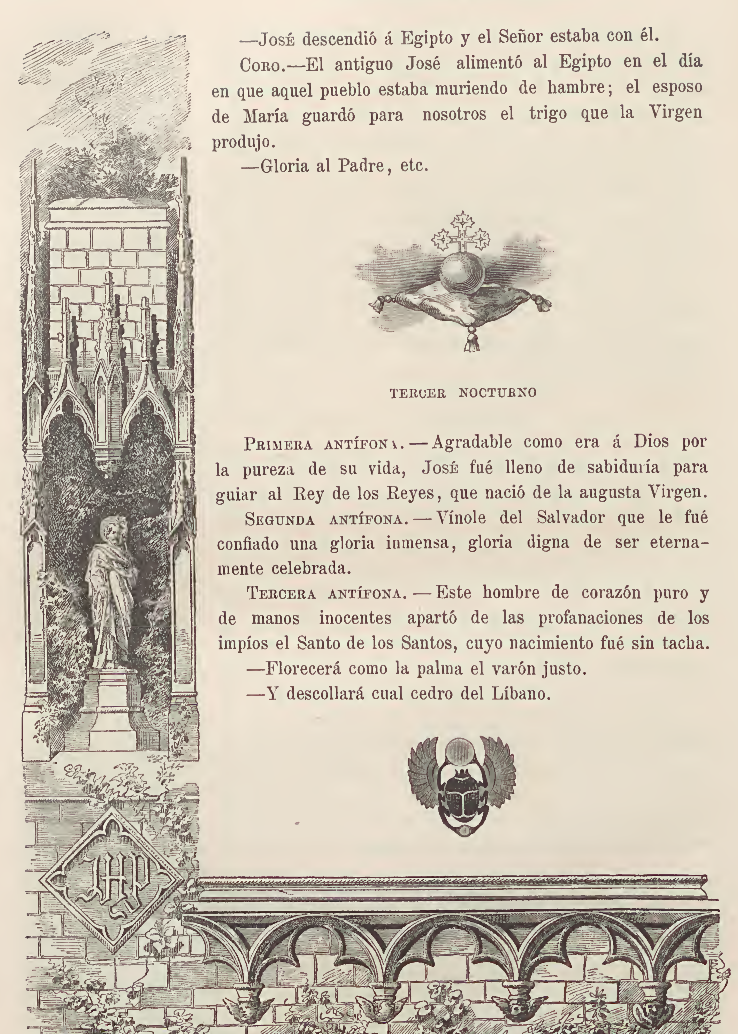
Coro.—Jacob amó á Lía, José amó á María, la madre del Hijo de Dios, sin que menguase en lo más mínimo su pureza.—La amó y buscó en alianza, sin que menguase lo más mínimo su pureza.

SEXTA LECCIÓN

La *octava* gloria de San José está también continuada en el Santo Evangelio, y consiste en que el nombre de Jesús, impuesto de toda eternidad por Dios y revelado por el Ángel en el tiempo, nos aparece proclamado solemnemente por José. Antes del nacimiento del Mesías se le dijo al justo José: — «Le pondrás por nombre Jesús.» Y el mismo Evangelio consigna solemnemente la ejecución de esta orden: «Llegado el día octavo en que debía ser circuncidado el Niño, le fué puesto por nombre Jesús, nombre que le puso el Angel antes que fuese concebido.»

Coro.—El primer José rechazó la vergüenza que le proponía una mujer extranjera; el segundo conservó cerca de María la flor de la castidad con toda su esbeltez. El antiguo José alimentó á Egipto el día en que aquel pueblo se estaba muriendo de hambre; el esposo de María guardó para nosotros el trigo que produjo la Virgen.





—José descendió á Egipto y el Señor estaba con él.

Coro.—El antiguo José alimentó al Egipto en el día en que aquel pueblo estaba muriendo de hambre; el esposo de María guardó para nosotros el trigo que la Virgen produjo.

—Gloria al Padre, etc.

TERCER NOCTURNO

Primera antífona.—Agradable como era á Dios por la pureza de su vida, José fué lleno de sabiduría para guiar al Rey de los Reyes, que nació de la augusta Virgen.

Segunda antífona.—Vínole del Salvador que le fué confiado una gloria inmensa, gloria digna de ser eternamente celebrada.

Tercera antífona.—Este hombre de corazón puro y de manos inocentes apartó de las profanaciones de los impíos el Santo de los Santos, cuyo nacimiento fué sin tacha.

—Florecerá como la palma el varón justo.

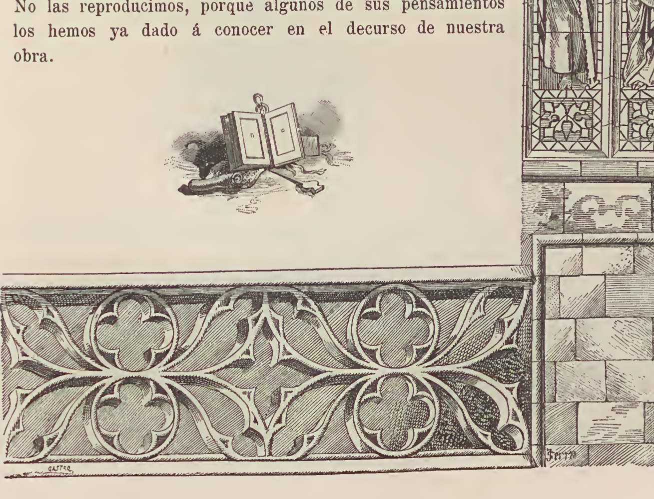
—Y descollará cual cedro del Líbano.

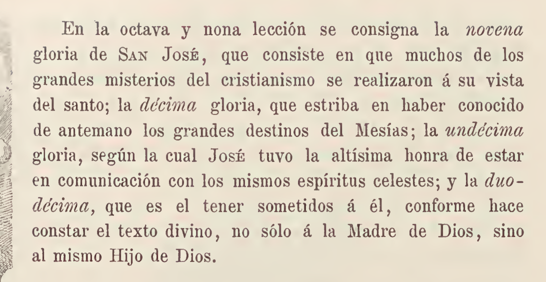
En este tercer nocturno se anuncia una página del Evangelio, que en el Oficio de San José está tomada del primer capítulo de San Mateo y se refiere á la unión de José con María.

En este Oficio, como en los demás, sigue una homilía de un Santo Padre ó doctor de la Iglesia. Cuando se tiene en cuenta la época y las circunstancias en que fueron escritas estas instrucciones, admiramos lo mucho que hay de bello y de grande en ellas, y no se olvide que al hacerlas sus autores no se daban aire de oradores ilustres ni siquiera pensaban en hacer pomposos discursos. Hablaban sin atenerse á artificios retóricos, que en tal concepto han de tener siempre mucho de convencional; no acudían á divisiones, á razonamientos sutiles, á recursos ingeniosos; trataban de alumbrar almas, no de obtener aplausos. Su lenguaje era el del padre; hablaban con la familiaridad del padre; pero también con el atractivo propio de la solicitud paternal.

Las lecciones no se cantan como lo restante del Oficio: siendo como son una doctrina, se leen y los asistentes las escuchan sentados y silenciosos en señal de atención y de respeto.

Estas lecciones están tomadas del venerable Beda. No las reproducimos, porque algunos de sus pensamientos los hemos ya dado á conocer en el decurso de nuestra obra.





En la octava y nona lección se consigna la *novena* gloria de San José, que consiste en que muchos de los grandes misterios del cristianismo se realizaron á su vista del santo; la *décima* gloria, que estriba en haber conocido de antemano los grandes destinos del Mesías; la *undécima* gloria, según la cual José tuvo la altísima honra de estar en comunicación con los mismos espíritus celestes; y la *duodécima,* que es el tener sometidos á él, conforme hace constar el texto divino, no sólo á la Madre de Dios, sino al mismo Hijo de Dios.



Después de los nocturnos que se cantaban por la noche, los clérigos se retiraban á descansar, y al amanecer el nuevo día se levantaban para entonar las alabanzas del Señor; y hé aquí la parte del Oficio llamado *Alabanzas matutinas*, ó sea simplemente *Laudes,*, recitándose los salmos que expresan mejor estas alabanzas.

Alternando con estos salmos encontramos estas antífonas:

«José reinó como dueño en su casà, donde aseguró un asilo á Aquél que es el espejo del mundo.

»José sirvió y llenó de alegría al Señor del cielo, en cuyo Hijo, con fe perfecta, reconoció á su Dios.

»José vió la gloria y el poder del Dios hecho hombre, cuya tierna juventud rodeó de cuidados.

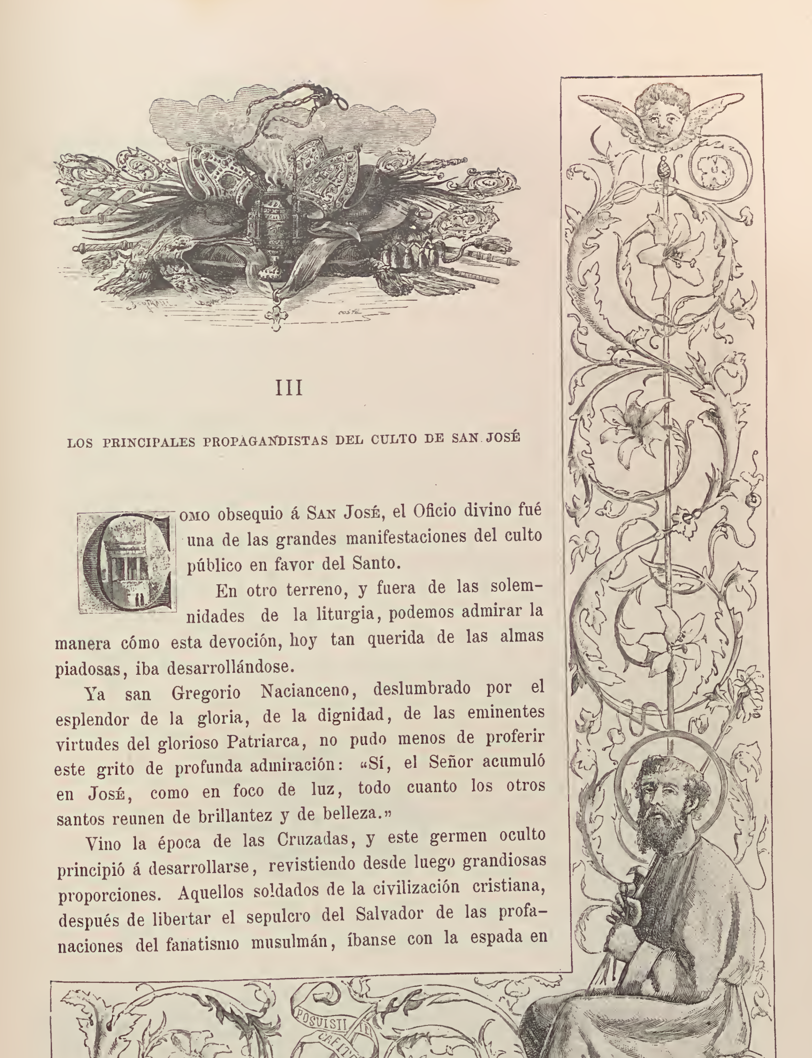
»Santos y humildes de corazón, bendecid al Dios-Hombre cuyos padres sostienen su vida con sin igual ternura.



Después de esta antífona se cantaban los salmos *Cantate* y *Laudate*, que se denominan *aleluiáticos,* porque están dedicados al reconocimiento y expresan emociones de afección y de alegría.



El sol derrama ya sus bellos resplandores; todo se reanima en la naturaleza; las flores abren sus capullos y exhalan sus más suaves perfumes; entonces se canta la *Prima,* que es la primera parte del Oficio del día, y después de la *Prima*, se cantan las demás horas llamadas *Tercia*, *Sexta* y *Nona*, cuyas antífonas y capítulos no copiamos, porque en su mayor parte son repetición de los que hemos dado ya á conocer, ó reproducen sus mismos pensamientos.



III

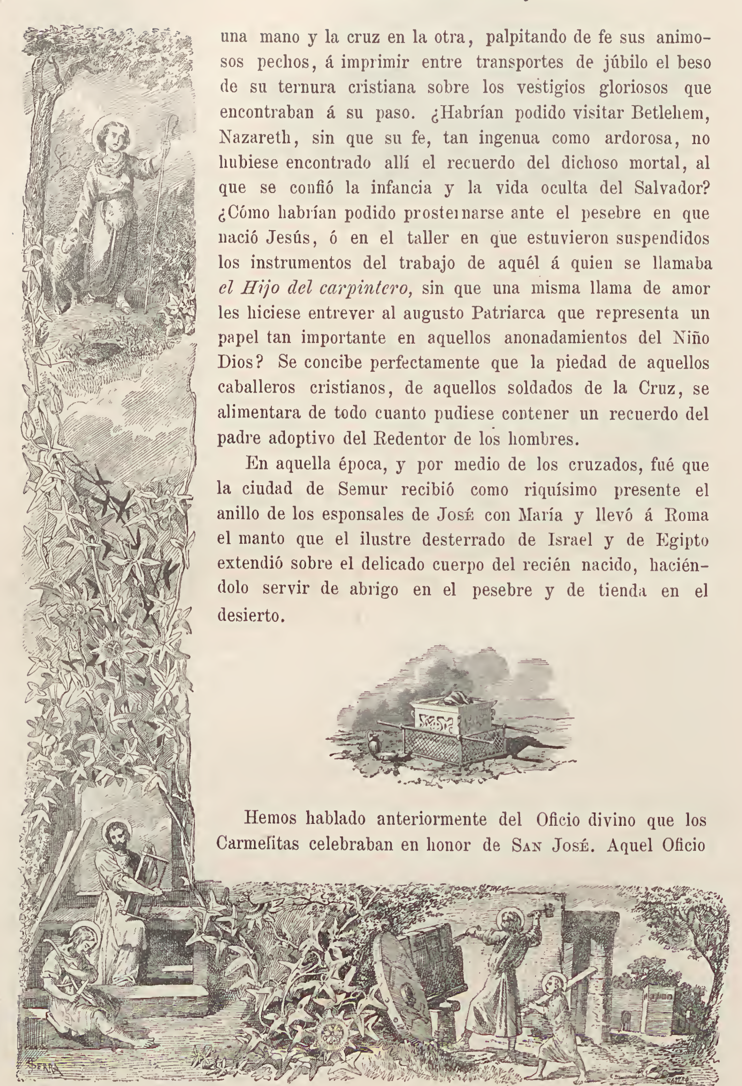
LOS PRINCIPALES PROPAGANDISTAS DEL CULTO DE SAN JOSÉ

Como obsequio á San José, el Oficio divino fué una de las grandes manifestaciones del culto público en favor del Santo.

En otro terreno, y fuera de las solemnidades de la liturgia, podemos admirar la manera cómo esta devoción, hoy tan querida de las almas piadosas, iba desarrollándose.

Ya san Gregorio Nacianceno, deslumbrado por el esplendor de la gloria, de la dignidad, de las eminentes virtudes del glorioso Patriarca, no pudo menos de proferir este grito de profunda admiración: «Sí, el Señor acumuló en José, como en foco de luz, todo cuanto los otros santos reunen de brillantez y de belleza.»

Vino la época de las Cruzadas, y este germen oculto principió á desarrollarse, revistiendo desde luego grandiosas proporciones. Aquellos soldados de la civilización cristiana, después de libertar el sepulcro del Salvador de las profanaciones del fanatismo musulmán, íbanse con la espada en



una mano y la cruz en la otra, palpitando de fe sus animosos pechos, á imprimir entre transportes de júbilo el beso de su ternura cristiana sobre los vestigios gloriosos que encontraban á su paso. ¿Habrían podido visitar Betlehem, Nazareth, sin que su fe, tan ingenua como ardorosa, no hubiese encontrado allí el recuerdo del dichoso mortal, al que se confió la infancia y la vida oculta del Salvador? ¿Cómo habrían podido prosternarse ante el pesebre en que nació Jesús, ó en el taller en que estuvieron suspendidos los instrumentos del trabajo de aquél á quien se llamaba *el Hijo del carpintero,* sin que una misma llama de amor les hiciese entrever al augusto Patriarca que representa un papel tan importante en aquellos anonadamientos del Niño Dios? Se concibe perfectamente que la piedad de aquellos caballeros cristianos, de aquellos soldados de la Cruz, se alimentara de todo cuanto pudiese contener un recuerdo del padre adoptivo del Redentor de los hombres.

En aquella época, y por medio de los cruzados, fué que la ciudad de Semur recibió como riquísimo presente el anillo de los esponsales de José con María y llevó á Roma el manto que el ilustre desterrado de Israel y de Egipto extendió sobre el delicado cuerpo del recién nacido, haciéndolo servir de abrigo en el pesebre y de tienda en el desierto.

Hemos hablado anteriormente del Oficio divino que los Carmelitas celebraban en honor de San José. Aquel Oficio

pasó pronto á ser la herencia de las dos órdenes religiosas que constituían en la Edad Media las principales columnas del edificio monástico. Los discípulos de san Francisco de Asís y de santo Domingo de Guzmán, en un arranque de común amor quisieron rivalizar en celo á fin de perfumar sus claustros con las alabanzas descendidas de las augustas alturas del Carmelo, pues pidieron y alcanzaron de Roma una fiesta especial para celebrar la gloriosa memoria del padre nutricio del Salvador. Pero pasó algún tiempo sin que el eco de aquellas plegarias y de aquellos cantos en honor de San José franqueara las puertas de las casas religiosas, en el seno de las cuales la brisa venida del Oriente había transportado el fecundo germen. Hasta aquella época el culto de San José había tenido sus devotos, sus doctores y sus entusiastas; pero no había tenido aún sus apóstoles.

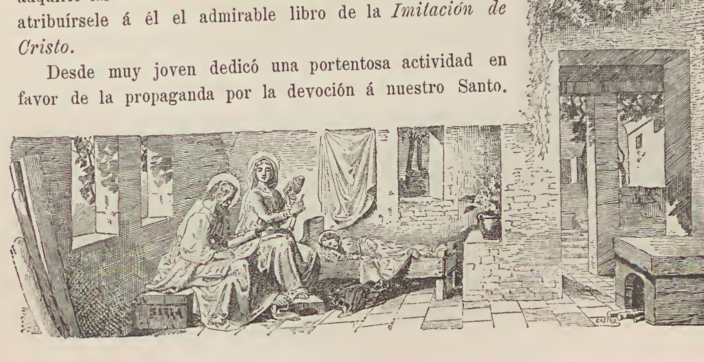
San Bernardo, san Buenaventura y santo Tomás de Aquino dijeron sobre los privilegios de San José y las delicias de su devoción cosas que nos encantan. Pero, como hemos dicho antes, casi todo quedaba reducido dentro de las paredes de los claustros.

Llegó la época señalada por la Providencia divina en que el culto de San José había de adquirir un gran desarrollo.

El sabio y piadoso Gerson fué quien trabajó con más celo en difundir el culto de San José por toda la Iglesia universal.

Era Gerson el canciller de la Universidad de París, y adquirió tal fama de escritor sabio y piadoso, que llegó á atribuírsele á él el admirable libro de la *Imitación de Cristo*.

Desde muy joven dedicó una portentosa actividad en favor de la propaganda por la devoción á nuestro Santo.





Escribió á este efecto el año 1400 una carta á todas las iglesias, otra en 1413 á Juan, duque de Berry, y otra en 1416 al gran chantre de la iglesia de Chartres. En la primera de estas cartas propone la adopción de un Oficio para celebrar los desposorios de José con María, y apoya su demanda en las virtudes y dignidades de José, complaciéndose en hacer resaltar todo cuanto redundar pudiera en alabanza de nuestro Santo.

Se deja notar especialmente el celo de Gerson en la carta al duque de Berry. La iglesia de Nuestra Señora de París tenía recibidos elocuentes testimonios de la piedad y munificencia de aquel príncipe, entre ellos ricos ornamentos y preciosas reliquias. En nombre de esta piedad, Gerson le exhorta encarecidamente que honre y haga honrar á José, con lo cual, le dice, el príncipe adquirirá méritos especiales delante de Dios, honrará á la Iglesia y consolará á las almas, rodeando su nombre de una aureola de gloria.

Su devoción á San José, Gerson la había aprendido á la sombra del claustro, donde se desarrollaba de un modo espontáneo.

Para lograr su piadoso objeto, Gerson no escatimó recursos de ninguna clase.

Así como se servía de la pluma, servíase también á este objeto de la palabra, procurando por todos los medios que estaban á su alcance descorrer el velo que ocultaba á los ojos de los fieles la venerable figura del patriarca José.

La Iglesia atravesaba una peligrosa crisis. Un cisma lamentable trataba de desgarrar la túnica inconsútil de Cristo para echar á los cuatro vientos sus destrozados girones. Los Padres del Concilio, espantados de la tormenta que cada día amenazaba estallar más imponente, pedían al Salvador que viniese en ayuda de la barquilla

de Pedro que, bajo un cielo de fuego y empujada por opuestas corrientes, parecía próxima á hundirse.

De repente levántase Gerson y toma la palabra. Todos escuchan con avidez. Para los males que está sufriendo la Iglesia, Gerson propone un remedio; un gran remedio, en el cual él manifiesta tener absoluta seguridad: no es otro que el culto á San José. Con palabra elocuente se constituye en defensor de la devoción del Santo y reclama para su memoria una reparación del olvido en que se le ha dejado. Al terminar su magnífica peroración, que escuchan todos con el más religioso silencio, Gerson excita á aquellos Padres á que pongan sus trabajos bajo la tutela de San José, á que se comprometan á propagar su culto, abrigando la firme esperanza de que será ésta la señal precursora de la tan anhelada paz de los espíritus. La peroración del ilustre canciller encontró inmediatamente la mejor acogida. El culto de San José se levantaba vigoroso y haciendo concebir en favor del bien de la Iglesia las más halagüeñas esperanzas

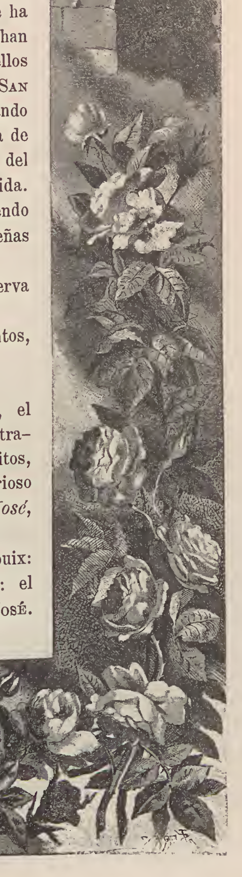
El texto del notable discurso de Gerson se conserva todavía.

Además, el canciller escribió un poema en doce cantos, con el título de *Josefina*.

Asocióse á Gerson el cardenal Pedro de Ailly.

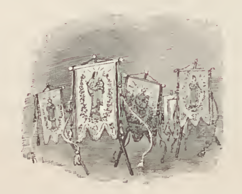
Después del canciller de París vino un dominico, el P. Isidoro de Isolanis, hombre de gran celo, de extraordinaria actividad, de sentimientos los más exquisitos, quien se dedicó á la propagación del culto del glorioso Patriarca y escribió la *Suma de los dones de San José*, así como Pedro de Ailly había escrito la de sus glorias.

Ocupándose de Isidoro de Isolanis, dice el P. Bouix: «En aquella alma ardían dos grandes entusiasmos: el del centro de la unidad y el del amor á San José.



Su vida estuvo dominada por estos dos nobilísimos alientos: Ver á la Iglesia dominando en el mundo; ver á San José teniendo un templo en todos los corazones.

Dios recompensó el celo del P. Isolanis, haciéndole contemplar con mirada profética el desarrollo del culto de San José. «La gloria de San José, decía, hoy está muy lejos de encontrarse en su apogeo; pero día vendrá en que los pueblos reconocidos levantarán multitud de templos en honor del Patriarca, y le celebrarán suntuosas fiestas, que serán las fiestas de la esperanza y del reconocimiento... Fuerza es que aquél que fué honrado por Jesús como á padre, sea honrado por medio de un culto particular por la Iglesia nuestra madre.»



Conforme á estos presentimientos, el culto de San José fué ya acogido por la piedad de los fieles de un modo especial en el agitado siglo xvi. Este siglo de las grandes luchas religiosas, este siglo en que estallaba contra la Iglesia la conjuración de todas las iras, de todas las pasiones, vió realizarse en gran parte las esperanzas de los santos.

Una guerra espantosa afligía á la Europa cristiana. Lutero, olvidando todos sus votos, enarbolaba el estandarte de la rebelión más funesta y más audaz contra la Iglesia, á la que tanto debía.

Pero si en el siglo xvi la perfidia de Lutero armó

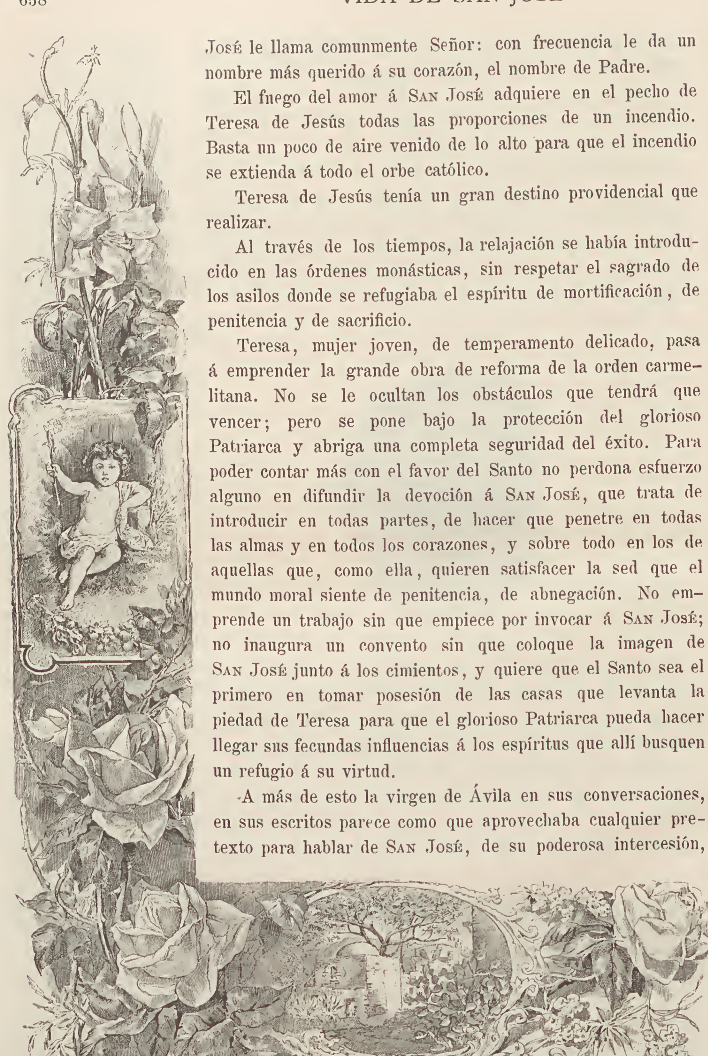


millares de brazos parricidas contra la Iglesia, que era su madre, la fe, el entusiasmo religioso alentó á su vez á multitud de héroes dispuestos á darlo todo, su palabra, sus trabajos, sus sacrificios, su sangre, su vida misma en aras de la salvación de la Europa.

En esta lucha en favor de los derechos y los intereses de la Iglesia, en defensa de sus doctrinas y de sus instituciones, figuraron en primera fila las órdenes religiosas. De un modo espontáneo, como por instinto, se presentan en el combate con una insignia que esperan les conducirá al triunfo; es el estandarte de San José.



Inútil sería recordar aquí el celo en favor del Santo por parte de nuestra ilustre compatricia, de aquella gloria de nuestra Religión y de nuestras letras, de aquel astro de primera magnitud en el cielo de las almas, santa Teresa de Jesús. El amor á San José aparece en el corazón de Teresa como una inspiración bajada del cielo; pues, muy niña aun, se ve ya en ella la piedad hacia nuestro Santo llenándolo todo en aquella alma tan privilegiada. Teresa á



José le llama comunmente Señor: con frecuencia le da un nombre más querido á su corazón, el nombre de Padre.

El fuego del amor á San José adquiere en el pecho de Teresa de Jesús todas las proporciones de un incendio. Basta un poco de aire venido de lo alto para que el incendio se extienda á todo el orbe católico.

Teresa de Jesús tenía un gran destino providencial que realizar.

Al través de los tiempos, la relajación se había introducido en las órdenes monásticas, sin respetar el sagrado de los asilos donde se refugiaba el espíritu de mortificación, de penitencia y de sacrificio.

Teresa, mujer joven, de temperamento delicado, pasa á emprender la grande obra de reforma de la orden carmelitana. No se le ocultan los obstáculos que tendrá que vencer; pero se pone bajo la protección del glorioso Patriarca y abriga una completa seguridad del éxito. Para poder contar más con el favor del Santo no perdona esfuerzo alguno en difundir la devoción á San José, que trata de introducir en todas partes, de hacer que penetre en todas las almas y en todos los corazones, y sobre todo en los de aquellas que, como ella, quieren satisfacer la sed que el mundo moral siente de penitencia, de abnegación. No emprende un trabajo sin que empiece por invocar á San José; no inaugura un convento sin que coloque la imagen de San José junto á los cimientos, y quiere que el Santo sea el primero en tomar posesión de las casas que levanta la piedad de Teresa para que el glorioso Patriarca pueda hacer llegar sus fecundas influencias á los espíritus que allí busquen un refugio á su virtud.

A más de esto la virgen de Ávila en sus conversaciones, en sus escritos parece como que aprovechaba cualquier pretexto para hablar de San José, de su poderosa intercesión,

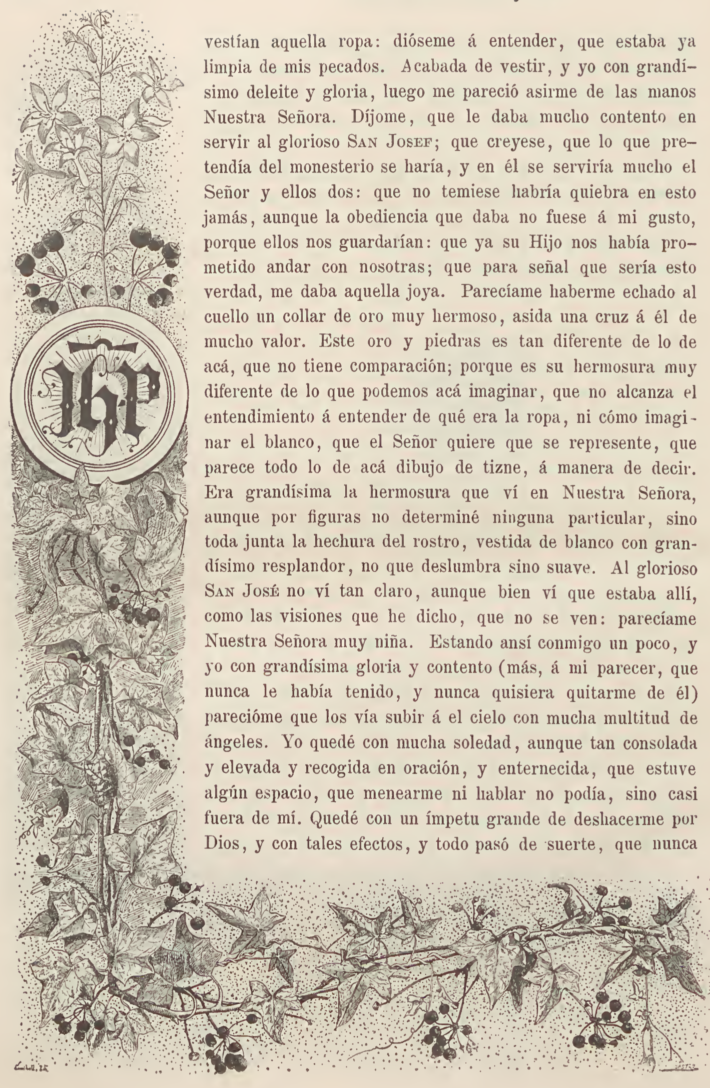
de sus prerrogativas, y Teresa, que procuraba con tanto cuidado el mantener ocultos los misterios de gracia que Dios realizaba en ella, al tratarse de SAN JOSÉ su lengua y su pluma le hacían traición dando á conocer el secreto de lo que sucedía en aquel corazón tan hermoso que el Señor se complacía en constituirlo en objeto de sus prodigalidades, y entonces la santa doctora, cuyo estilo es siempre tan expresivo, tan espontáneo, habla con una fluidez, con una facundia portentosa sobre las bendiciones que recibe del cielo, gracias á la mediación de SAN JOSÉ.



Vamos á copiar dos fragmentos sacados de las obras de la santa:

«Estando en estos mesmos días (el de Nuestra Señora de la Asunción) en un monesterio de la Orden del glorioso Santo Domingo, estaba considerando los muchos pecados, que en tiempos pasados había en aquella casa confesado, y cosas de mi ruin vida: vínome un arrobamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Sentéme, y aún paréceme que no pude ver alzar, ni oir Misa, que después quedé con escrúpulo de esto. Parecióme estando ansí, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad; y al principio no veía quien me la vestía: después ví á Nuestra Señora hacia el lado derecho y á mi padre SAN JOSEF al izquierdo, que me

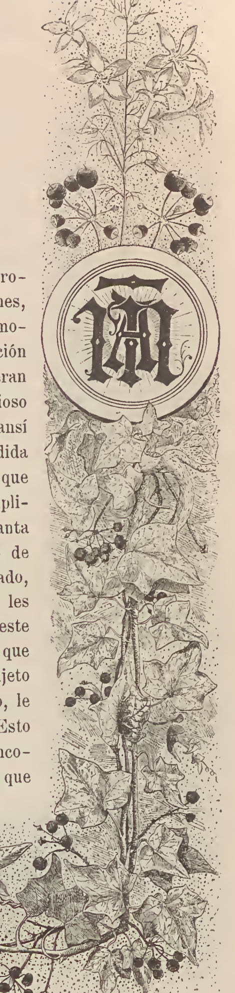




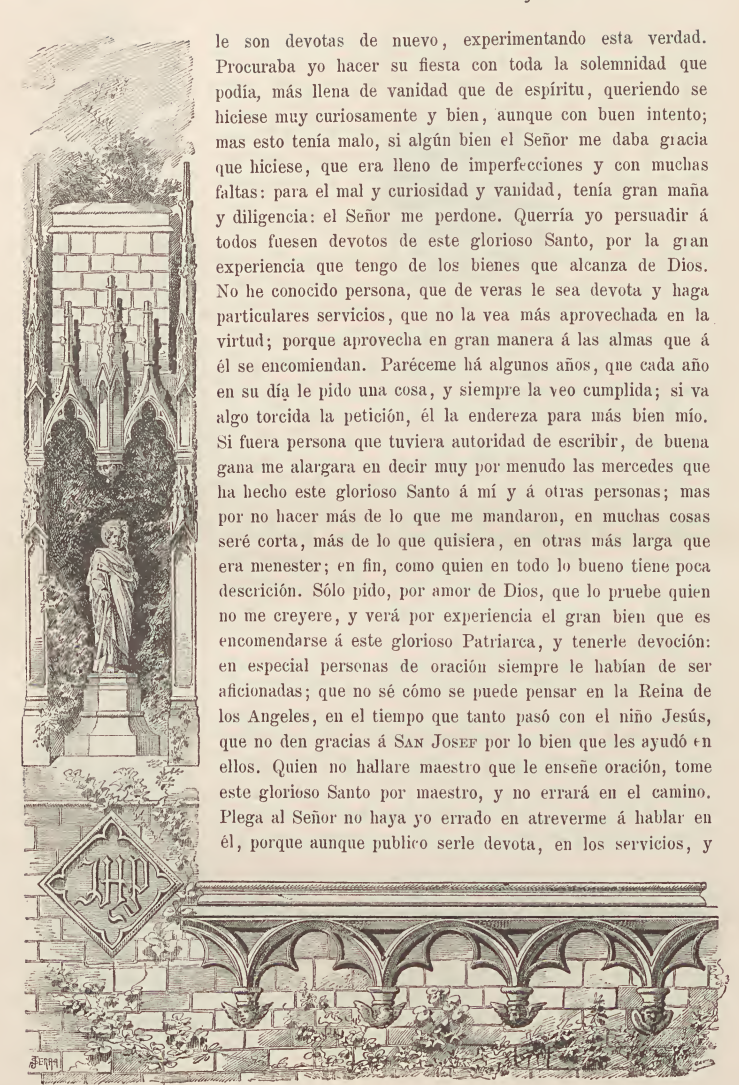
vestían aquella ropa: dióseme á entender, que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Díjome, que le daba mucho contento en servir al glorioso San Josef; que creyese, que lo que pretendía del monesterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos: que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese á mi gusto, porque ellos nos guardarían: que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz á él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento á entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar el blanco, que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tizne, á manera de decir. Era grandísima la hermosura que ví en Nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra sino suave. Al glorioso San José no ví tan claro, aunque bien ví que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven: parecíame Nuestra Señora muy niña. Estando ansí conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento (más, á mi parecer, que nunca le había tenido, y nunca quisiera quitarme de él) parecióme que los vía subir á el cielo con mucha multitud de ángeles. Yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada y elevada y recogida en oración, y enternecida, que estuve algún espacio, que menearme ni hablar no podía, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efectos, y todo pasó de suerte, que nunca

pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios.»



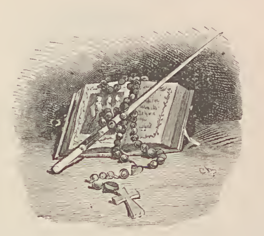


«...Comencé á hacer devoción de Misas, y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fuí amiga de otras devociones, que hacen algunas personas, en especial mujeres, con cerimonias que yo no podría sufrir, y á ellas les hacía devoción (después se ha dado á entender no convenían que eran supresticiosas), y tomé por abogado y señor á el glorioso San Josef, y encomendéme mucho á él: ví claro que ansí desta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó, con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, ansí de cuerpo como de alma; que á otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra (que como tenía nombre de padre, siendo ayo, le podía mandar), ansí en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto algunas otras personas, á quien yo decía se encomendasen á él, también por experiencia: ya hay muchas que



le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas: para el mal y curiosidad y vanidad, tenía gran maña y diligencia: el Señor me perdone. Querría yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme há algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo á mí y á otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta, más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca descrición. Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devoción: en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas; que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesús, que no den gracias á San Josef por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino. Plega al Señor no haya yo errado en atreverme á hablar en él, porque aunque publico serle devota, en los servicios, y

en imitarle, siempre he faltado. Pues él hizo, como quien es, en hacer de manera, que pudiese levantarme y andar, y no estar tullida; y yo, como quien soy, en usar mal desta merced.»





Mientras que en nuestro país, gracias al celo de santa Teresa de Jesús, el culto de San José hacía progresos tan extraordinarios, un grande obispo, que era á la vez un gran santo, una de las figuras de santidad más eminentes del mundo moderno, san Francisco de Sales, esmerábase en difundir esta devoción por la Saboya y por toda la Francia, valiéndose para ello de los poderosos recursos de su gran corazón.

Fundador de la orden de la Visitación, quiso san Francisco de Sales que el culto á San José sirviese como de leche para nutrir en su infancia á la nueva institución de santa Francisca de Chantal.

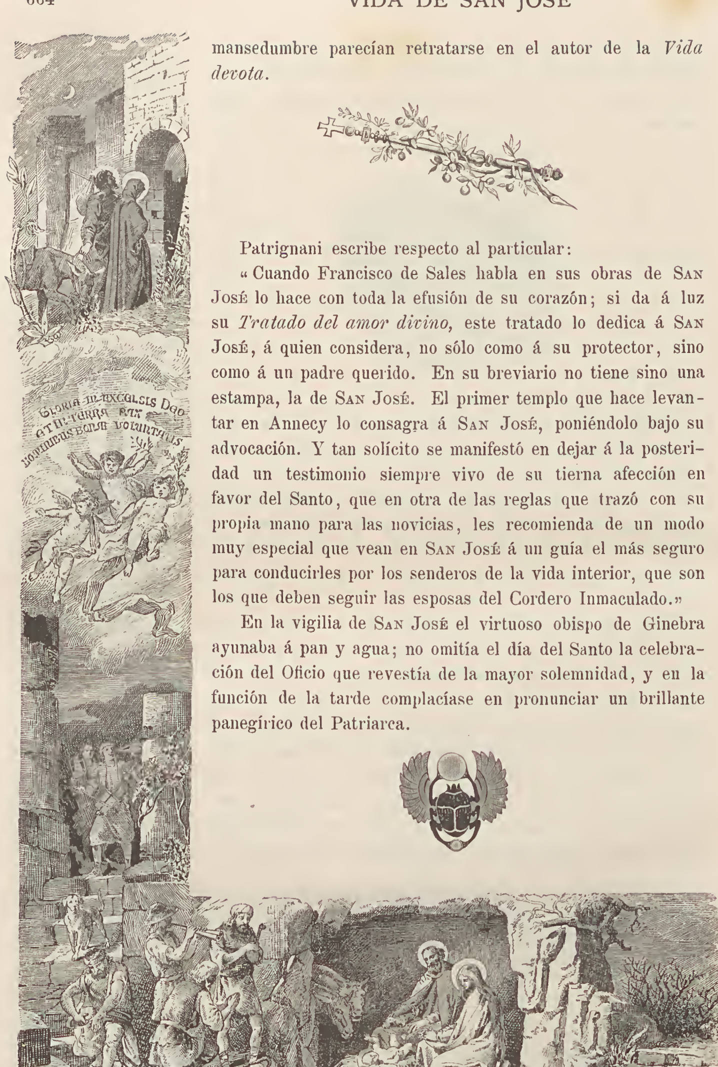
Según san Francisco de Sales el glorioso Patriarca es el tipo acabado de las virtudes austeras que deben practicarse en la soledad del claustro. El obispo del celo y de la caridad se encargaba con su conducta, con sus modales, con sus discursos, de hacer más simpática la devoción al Santo, cuya sencillez, cuya ingenuidad, cuyo espíritu de

mansedumbre parecían retratarse en el autor de la *Vida devota*.

Patrignani escribe respecto al particular:

« Cuando Francisco de Sales habla en sus obras de San José lo hace con toda la efusión de su corazón; si da á luz su *Tratado del amor divino,* este tratado lo dedica á San José, á quien considera, no sólo como á su protector, sino como á un padre querido. En su breviario no tiene sino una estampa, la de San José. El primer templo que hace levantar en Annecy lo consagra á San José, poniéndolo bajo su advocación. Y tan solícito se manifestó en dejar á la posteridad un testimonio siempre vivo de su tierna afección en favor del Santo, que en otra de las reglas que trazó con su propia mano para las novicias, les recomienda de un modo muy especial que vean en San José á un guía el más seguro para conducirles por los senderos de la vida interior, que son los que deben seguir las esposas del Cordero Inmaculado.»

En la vigilia de San José el virtuoso obispo de Ginebra ayunaba á pan y agua; no omitía el día del Santo la celebración del Oficio que revestía de la mayor solemnidad, y en la función de la tarde complacíase en pronunciar un brillante panegírico del Patriarca.



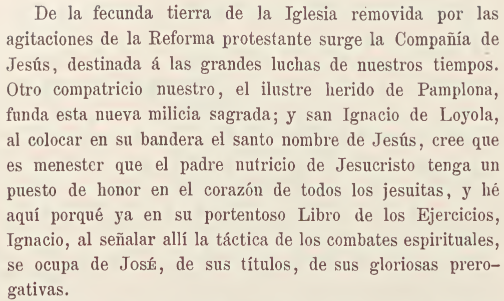
Traduciremos algo de lo que san Francisco de Sales dijo respecto á nuestro Patrón:

«¡Oh qué santo tan grande San José! Más que Patriarca, es el primero entre todos los patriarcas; más que confesor, sintetiza en su calidad de tal la dignidad de los obispos, el valor de los mártires, la grandeza de todos los otros santos. Con razón se le comparó á la palmera, que es el rey de los árboles y que á más de la virginidad simboliza la humildad, la constancia, la entereza, virtudes en que San José sobresale de un modo tan eminente.

» Las cigüeñas simbolizan muy bien la afección mutua de los padres á sus hijos y de éstos en favor de aquéllos. Siendo aquéllas como son aves de paso, se encargan de llevar á su padre y á su madre cuando son viejos, como sus padres las habían llevado á ellas después de nacer. José y María llevaron á Jesús muchas veces y en especial al ir de la Judea á Egipto y al regresar de Egipto á su patria. Pues bien: ¿es posible dudar que éste á quien Jesús llamó su padre al llegar al término de su mortal existencia, no haya sido á su vez llevado desde su le ho de muerte al seno de Abraham y de allí á las regiones celestiales el día de la ascensión gloriosa de Aquel á quien llamaba su hijo?»

«¡Qué gloria para este Santo! añade en otro lugar. ¡Le fué dado poseer á Jesús y á María! Con estos dos tesoros pudo inspirar envidia á los mismos ángeles y desafiar al cielo por tener á su disposición la mayor riqueza de la gloria!»





De la fecunda tierra de la Iglesia removida por las agitaciones de la Reforma protestante surge la Compañía de Jesús, destinada á las grandes luchas de nuestros tiempos. Otro compatricio nuestro, el ilustre herido de Pamplona, funda esta nueva milicia sagrada; y san Ignacio de Loyola, al colocar en su bandera el santo nombre de Jesús, cree que es menester que el padre nutricio de Jesucristo tenga un puesto de honor en el corazón de todos los jesuitas, y hé aquí porqué ya en su portentoso Libro de los Ejercicios, Ignacio, al señalar allí la táctica de los combates espirituales, se ocupa de José, de sus títulos, de sus gloriosas prerogativas.

Más adelante el apóstol de las Indias, san Francisco Javier, al plantar la cruz del Salvador en aquellas apartadas playas, propaga allí al propio tiempo el culto á San José, cuya devoción procura inspirar á los que han de sucederle en su glorioso apostolado.

San Felipe Neri y el venerable cardenal de Berulle introducen el culto de San José en la Congregación del Oratorio, persuadidos como están de que la devoción al Patriarca ha de hacer que sean fecundos para la gloria de Dios y el bien del prójimo los trabajos del nuevo Instituto.



Tal es la marcha que siguió el culto de nuestro Santo. Primero, en la Iglesia primitiva, tuvo admiradores; más adelante, en los monasterios y en los claustros, tuvo ya entusiastas, y por fin, en la Edad Moderna, tiene apóstoles.

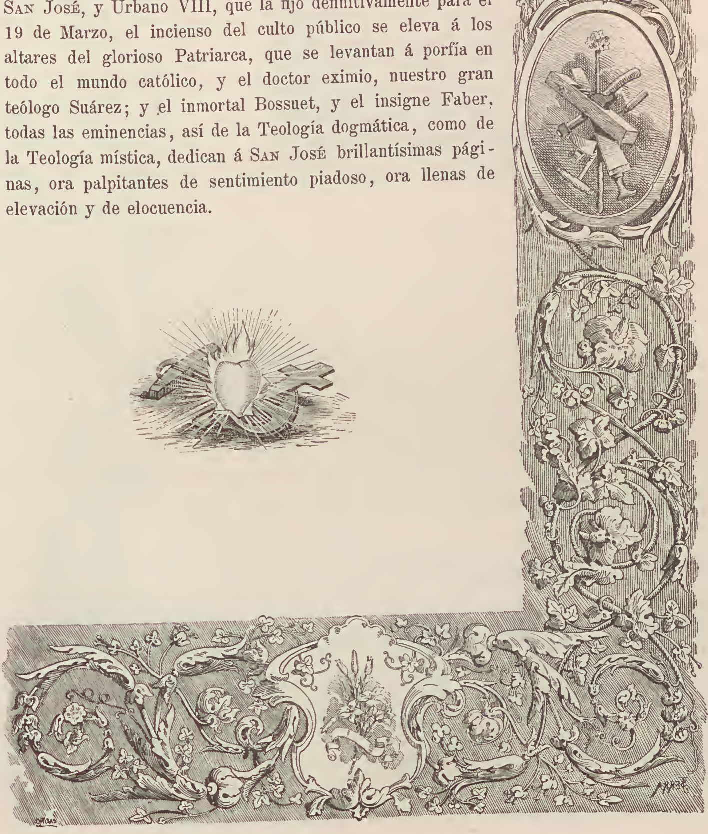
Faltaba todavía algo más; y es que tuviera elocuentes apologistas. Estos no le han faltado. Leonardo de Porto



Mauricio, san Pedro de Alcántara, Luis de Granada le consagran páginas admirables en sus inmortales escritos.

San Alfonso María de Ligorio en particular, como dice el P. Huguet, encuentra para celebrar las glorias de San José los acentos conmovedores de san Buenaventura.

Ya no es dentro de las paredes de los monasterios ni tampoco en los estrechos límites de alguna iglesia particular, sino que desde el tiempo de Gregorio XV, que confirmó por medio de un decreto solemne la institución de la fiesta de San José, y Urbano VIII, que la fijó definitivamente para el 19 de Marzo, el incienso del culto público se eleva á los altares del glorioso Patriarca, que se levantan á porfía en todo el mundo católico, y el doctor eximio, nuestro gran teólogo Suárez; y el inmortal Bossuet, y el insigne Faber, todas las eminencias, así de la Teología dogmática, como de la Teología mística, dedican á San José brillantísimas páginas, ora palpitantes de sentimiento piadoso, ora llenas de elevación y de elocuencia.





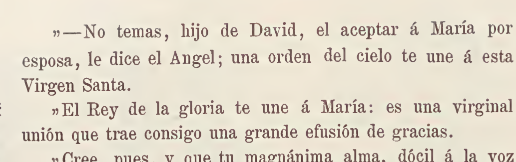
IV

COLECCIÓN DE PLEGARIAS Á SAN JOSÉ, SACADAS DE ANTIGUAS LITURGIAS

Como otro de los testimonios de la piedad de Gersón á favor de San José se conserva el Oficio de los Desposorios, donde figura el himno que vamos á traducir [1].

«José estaba durmiendo cuando se le acerca un mensajero celestial. El Angel dirige la palabra á este Justo, quien se inclina interiormente y acepta las disposiciones del Altísimo.

1 Misa votiva que se encuentra al final de los misales de Chartres, ediciones de 1529 y 1535. (*Saint Joseph*, étude historique sur son culte).



»—No temas, hijo de David, el aceptar á María por esposa, le dice el Angel; una orden del cielo te une á esta Virgen Santa.

»El Rey de la gloria te une á María: es una virginal unión que trae consigo una grande efusión de gracias.

»Cree, pues, y que tu magnánima alma, dócil á la voz de Dios, rechace toda vacilación: sublimes son los destinos por los que te están reservadas satisfacciones que el mundo desconoce.

»Sabe que María ha concebido un hijo por obra del Espíritu Santo; inclínate ante las disposiciones del Altísimo y abstente de descubrir el misterio que se te revela.

»En aquel dichoso día resuena en el santo hogar de los dos esposos un himno de gratitud y de alabanza.

»Los coros de los ángeles les acompañan en sus cantos, los parientes se regocijan en la felicidad de los dos esposos y éstos dan á conocer su satisfacción por medio de transportes de alegría.

»Os suplicamos, oh Virgen Santa, y á vos, oh glorioso SAN JOSÉ, que nos obtengáis de Jesús, vuestro Hijo y nuestro Dios, que se digne admitirnos en los goces eternales. Así sea.»



El libro de *Horas de Sens*, impreso en 1593, contiene todo un Oficio votivo en honor del Santo y además esta



ORACIÓN

«Glorioso confesor de Cristo, San José, á vos elevo mis súplicas, lo mismo que á María, Madre de Jesús, de la que tuvisteis el honor de ser el esposo.

»Virgen como ella, merecisteis uniros á ella; Jesús os distinguió entre todos los hombres; os amó más á vos que á ninguno de los hombres.

»Le amparasteis en su infancia, le sostuvisteis en vuestros brazos, y él aceptó con reconocimiento vuestros solícitos cuidados.

»Vos empleáis vuestro prestigio en volver la salud á los enfermos que acuden á vuestra intercesión. Glorioso Jesús, interceded por nosotros cerca de Cristo.

»Que con vuestras súplicas se robustezca nuestra debilidad; que vuestras poderosas oraciones nos purifiquen de toda mancha.

»¡Dichoso el país, afortunada la Iglesia donde florece el culto de San José! ¡Dichoso el pueblo que le reconoce por patrón!

»¡Bienaventurado José, socorred nuestra indigencia, á fin de que un día tengamos nuestro puesto en la patria de los santos!»



El venerable Roberto de Arbrissel instituyó la orden de Fontevrault, que se rigió por las constituciones y las reglas de San Benito.

En el Oficio de aquella orden se rezaba esta

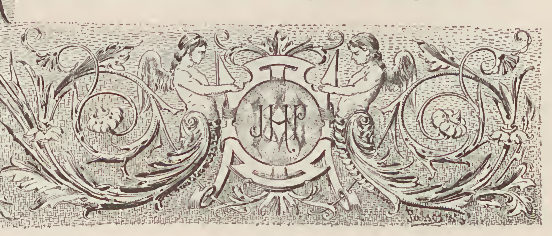
ORACIÓN DE LA ORDEN DE FONTEVRAULT

«Concedednos, oh Dios misericordioso, marchar por el camino de humildad que nos señaló, con su sumisión voluntaria al bienaventurado José vuestro Hijo único, Jesucristo, Nuestro Señor, que vive y reina con vos en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Así sea.»



Una de las casas religiosas que más se distinguió desde un principio por el culto á San José fué la abadía de Avenay, cuyas monjas se complacían no sólo en dar muestras de esta devoción, sino en propagarla por medio de fundaciones, de escritos, por todos los recursos que estaban á su alcance. En cada papel del archivo de aquel Instituto, en cada práctica de su *ceremonial* se encuentra un nuevo testimonio de su devoción al santo esposo de María. Allí el nombre de José era venerado como el de la Virgen; la de San José era una de las principales fiestas de aquella santa casa.

El miércoles de cada semana, día consagrado ya desde muy antiguo á San José, las religiosas se dirigían solemne-



mente al altar del Santo y rezaban de rodillas las *Letanías de su glorioso Padre,* que son de las más antiguas que se conocen y en las que se conmemoran á maravilla la real alcurnia de nuestro Patrón, la más admirable de sus funciones, el mérito de sus virtudes ocultas, el poder de su intercesión.



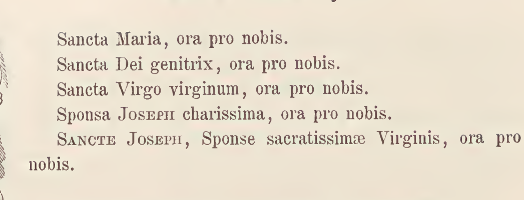
Hé aquí estas *Letanías,* que constan en el *Manual de ceremonias* del monasterio de San José de Chalons, de la orden de San Benito.

LETANÍAS DE SAN JOSÉ

Kyrie eleison.
Christe eleison.
Kyrie eleison.
Christe, audi nos.
Christe, exaudi nos.
Pater de cœlis Deus, miserere nobis.
Fili Redemptor mundi Deus, miserere nobis.

Spiritus sancte Deus, miserere nobis.
Sancta Trinitas, unus Deus, miserere nobis.





Sancta Maria, ora pro nobis.
Sancta Dei genitrix, ora pro nobis.
Sancta Virgo virginum, ora pro nobis.
Sponsa Joseph charissima, ora pro nobis.
Sancte Joseph, Sponse sacratissimæ Virginis, ora pro nobis.

Nutritie Jesu Christi amantissime, ora pro nobis.
Fili David nobilissime, ora pro nobis.
Germen regum Juda, ora pro nobis.
Prosapia sanctorum Patriarcharum, ora pro nobis.
Custos venerandæ Virginis, ora pro nobis.

Decus sancti matrimonii, ora pro nobis.
Pium Mariæ Virginis solatium, ora pro nobis.

Testis virginitatis Mariæ Virginis, ora pro nobis.

Comes peregrinationum Virginis Mariæ, ora pro nobis.
Angelorum apparitionibus honorate, ora pro nobis.
Mysteriorum cœlestium conscie, ora pro nobis.

Nascentis Christi adorator, ora pro nobis.
Incarnati Verbi contemplator, ora pro nobis.

In persecutione Christi preservator, ora pro nobis.
Jesu Christi fugientis ductor, ora pro nobis.

Jesu Christi educator, ora pro nobis.
Jesu Christi sedule inquisitor, ora pro nobis.

Donis Spiritûs sancti ornatissime, ora pro nobis.
In humilitate profundissime, ora pro nobis.



In tentationibus fortissime, ora pro nobis.

In laboribus constantissime, ora pro nobis.

In conversatione sapientissime, ora pro nobis.

In paupertate patientissime, ora pro nobis.
In castitate purissime, ora pro nobis.
In obedientiâ ferventissime, ora pro nobis.

In justitiâ sanctissime, ora pro nobis.
In contemplatione altissime, ora pro nobis.

In charitate ardentissime, ora pro nobis.
Patrone noster dilectissime, ora pro nobis.
Advocate noster efficacissime, ora pro nobis.

Ut veram pœnitentiam nobis impetrare digneris, te rogamus, audi nos.

Ut Congregationes tibi peculiari obsequio devotas conservare et augere digneris, te rogamus, audi nos.

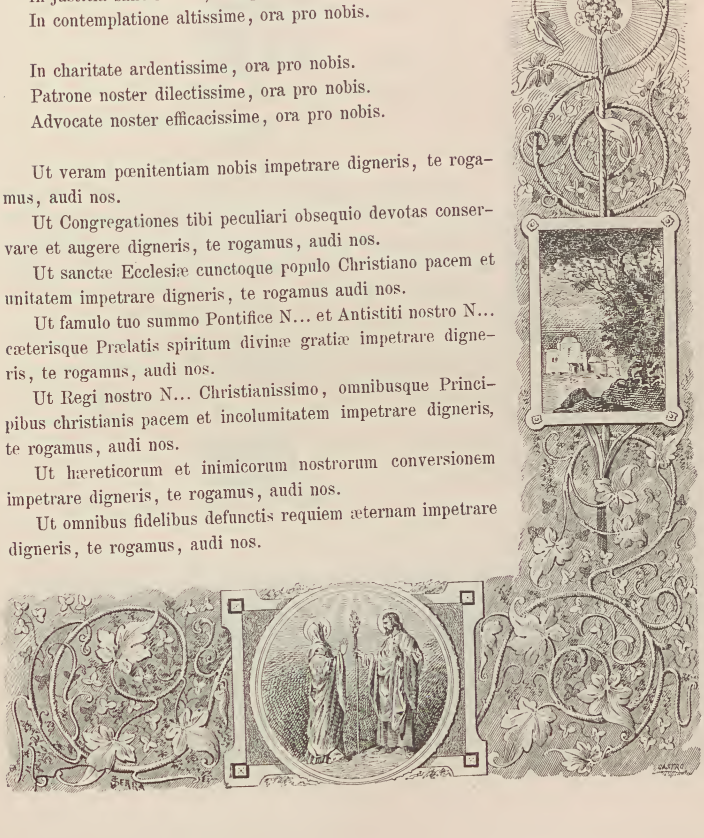
Ut sanctæ Ecclesiæ cunctoque populo Christiano pacem et unitatem impetrare digneris, te rogamus audi nos.

Ut famulo tuo summo Pontifice N... et Antistiti nostro N... cæterisque Prælatis spiritum divinæ gratiæ impetrare digneris, te rogamus, audi nos.

Ut Regi nostro N... Christianissimo, omnibusque Principibus christianis pacem et incolumitatem impetrare digneris, te rogamus, audi nos.

Ut hæreticorum et inimicorum nostrorum conversionem impetrare digneris, te rogamus, audi nos.

Ut omnibus fidelibus defunctis requiem æternam impetrare digneris, te rogamus, audi nos.



Ut nos exaudire digneris, te rogamus, audi nos.

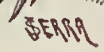
Agnus Dei qui tollis peccata mundi, parce nobis Domine.
Agnus Dei..., exaudi nos, Domine.
Agnus Dei..., miserere nobis.
Christe audi nos.
Christe exaudi nos.
Kyrie eleison.
Christe eleison.
Kyrie eleison.
℣. Ora pro nobis, beatissime JOSEPH.
℟. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

℣. Domine, exaudi orationem meam.
℟. Et clamor meus ad te veniat.

OREMUS

Sanctissimæ genitricis tuæ Sponsi, quæsumus, Domine, meritis adjuvemur, ut quod possibilitas nostra non obtinet, ejus nobis intercessione donetur; Qui vivis et regnas cum Deo Patre in unitate Spiritûs sancti Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen.





En el real monasterio de Montmartre había un antifonario donde se encontraba la siguiente

SALUTACIÓN Á SAN JOSÉ

«Dios te salve, justo José, Padre de Jesucristo, Esposo de la Virgen María, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.»



En los Bolandistas se encuentra el siguiente

PREFACIO DE LA MISA DE SAN JOSÉ

»Verè dignum et justum est... nos tibi semper et ubiquè gratias agere... per Christum Dominum nostrum, cujus sacræ Incarnationis Beatus JOSEPH alumnus et altor esse meruit, et ab eo laborum suorum præmia sempiterna percepit. Cujus apud te meritis adjuvari confidentes, tuam humiliter deprecamur clementiam, ut qui ei tanti meriti contulisti prærogativam, ut eidem Unigenito tuo divinitùs et humanitùs specialiter deserviret, nos ejus et exemplis informes et suffragiis consoleris. Per quem majestatem tuam...»



En un Misal ambrosiano del año 1692 se encuentra este otro

PREFACIO

«Verè dignum... qui tantis virtutum meritis beatissimum Confessorem tuum JOSEPH sublimâsti, ut sanctissimæ Virginis Mariæ Sponsus effici admirabili tuæ gratiæ dono mereretur, atque Unigeniti Filii tui Jesu Christi Domini nostri Pater putaretur. Quâpropter natalitium ejus diem debitâ devotione venerantes, ineffabilem tuam gratiam postulamus ut tàm excellentis Patroni suffragio purâ mentis et corporis servitute tibi placeamus, atque eidem Filio tuo animarum nostrarum Sponso perpetuò copulemur. Quem unâ tecum...»



En el siglo XVII, la piedad de los reyes de Francia había hecho insertar en sus libros de Horas fervientes invocaciones al glorioso Patriarca. En uno de estos libros, dedicado á la condesa de Conty, cuya edición lleva la fecha de 1657, se lee la siguiente

ORACIÓN Á SAN JOSÉ PARA OBTENER LA GRACIA DE UNA BUENA MUERTE

«¡Oh gran Santo, el único entre todos los hombres á quien en vida y en la hora de la muerte nuestro Salvador le rindió

los deberes de Hijo y María la de esposa virgen; haced que en el curso de nuestra vida y al salir de este mundo, sintamos nosotros los efectos de la gracia de Jesús y de la asistencia de María! Así sea.»





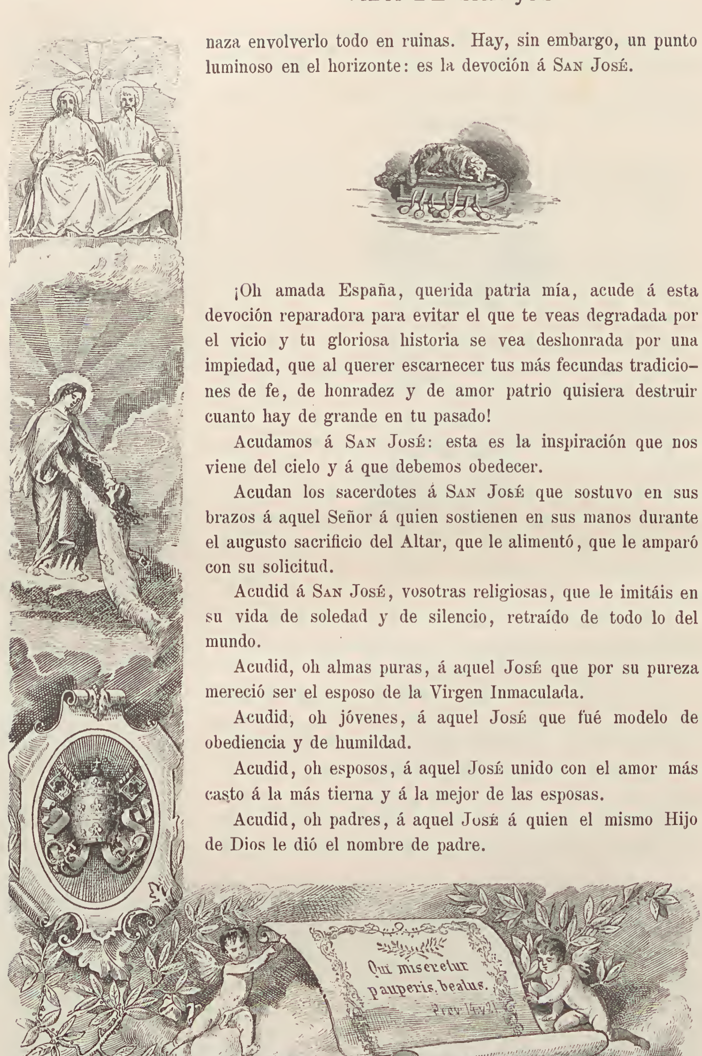
Tarea interminable fuera el reproducir aquí la multitud de formas que hoy reviste la devoción á San José que toma proporciones las más extraordinarias.

El desarrollo que ha adquirido este culto está á la vista de todos. No hay pueblo, no hay aldea en la que en las expansiones de la piedad católica no tenga su lugar especial la devoción á San José. Los que lloran depositan sus lágrimas junto á la imagen del Santo y sienten renacer en sus pechos la esperanza. A él acuden los pobres y los enfermos en demanda de socorro.

¡Que sea el culto de San José un manantial de bendiciones celestiales, que harto necesitan de ellas hoy los individuos, lo mismo que las familias y las sociedades!

Al terminar este trabajo estamos contemplando en la atmósfera moral nubarrones siniestros que nos anuncian la tormenta que se aproxima. El mal está en todas partes, arriba y abajo; en los poderes públicos y en las masas; por todas partes luchas, odios; el pobre contra el rico; el trabajo armándose contra el capital, y las grandes fuerzas sociales sin acción y sin elementos para evitar la catástrofe que ame-

naza envolverlo todo en ruinas. Hay, sin embargo, un punto luminoso en el horizonte: es la devoción á San José.



¡Oh amada España, querida patria mía, acude á esta devoción reparadora para evitar el que te veas degradada por el vicio y tu gloriosa historia se vea deshonrada por una impiedad, que al querer escarnecer tus más fecundas tradiciones de fe, de honradez y de amor patrio quisiera destruir cuanto hay de grande en tu pasado!

Acudamos á San José: esta es la inspiración que nos viene del cielo y á que debemos obedecer.

Acudan los sacerdotes á San José que sostuvo en sus brazos á aquel Señor á quien sostienen en sus manos durante el augusto sacrificio del Altar, que le alimentó, que le amparó con su solicitud.

Acudid á San José, vosotras religiosas, que le imitáis en su vida de soledad y de silencio, retraído de todo lo del mundo.

Acudid, oh almas puras, á aquel José que por su pureza mereció ser el esposo de la Virgen Inmaculada.

Acudid, oh jóvenes, á aquel José que fué modelo de obediencia y de humildad.

Acudid, oh esposos, á aquel José unido con el amor más casto á la más tierna y á la mejor de las esposas.

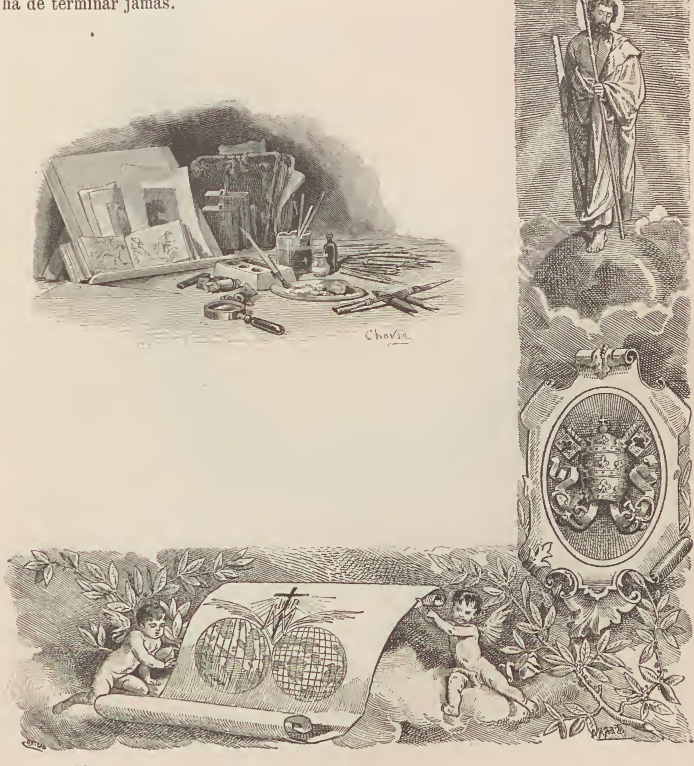
Acudid, oh padres, á aquel José á quien el mismo Hijo de Dios le dió el nombre de padre.

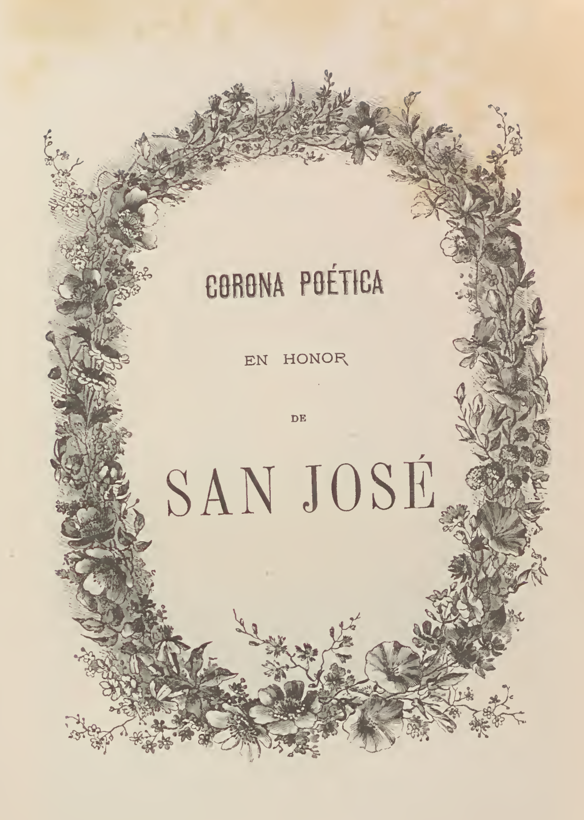
Acudid, oh príncipes y gobernantes, á aquel José que gobernó la Sagrada Familia.

Acudid vosotros, que pertenecéis á la aristocracia de la sangre, á aquel José por cuyas venas corría la sangre de la real casa de David.

Acudid vosotros, humildes obreros, al humilde Obrero de Nazareth.

Acudamos todos á José, que por medio de Jesús nos conducirá á la gloria; conducirá á nuestras familias, á nuestra patria, á la gloria temporal, que sólo se obtiene con la paz, con la fe, con todo el conjunto de virtudes cristianas, y nos guiará á nosotros á aquella otra gloria inmarcesible que no ha de terminar jamás.





CORONA POÉTICA

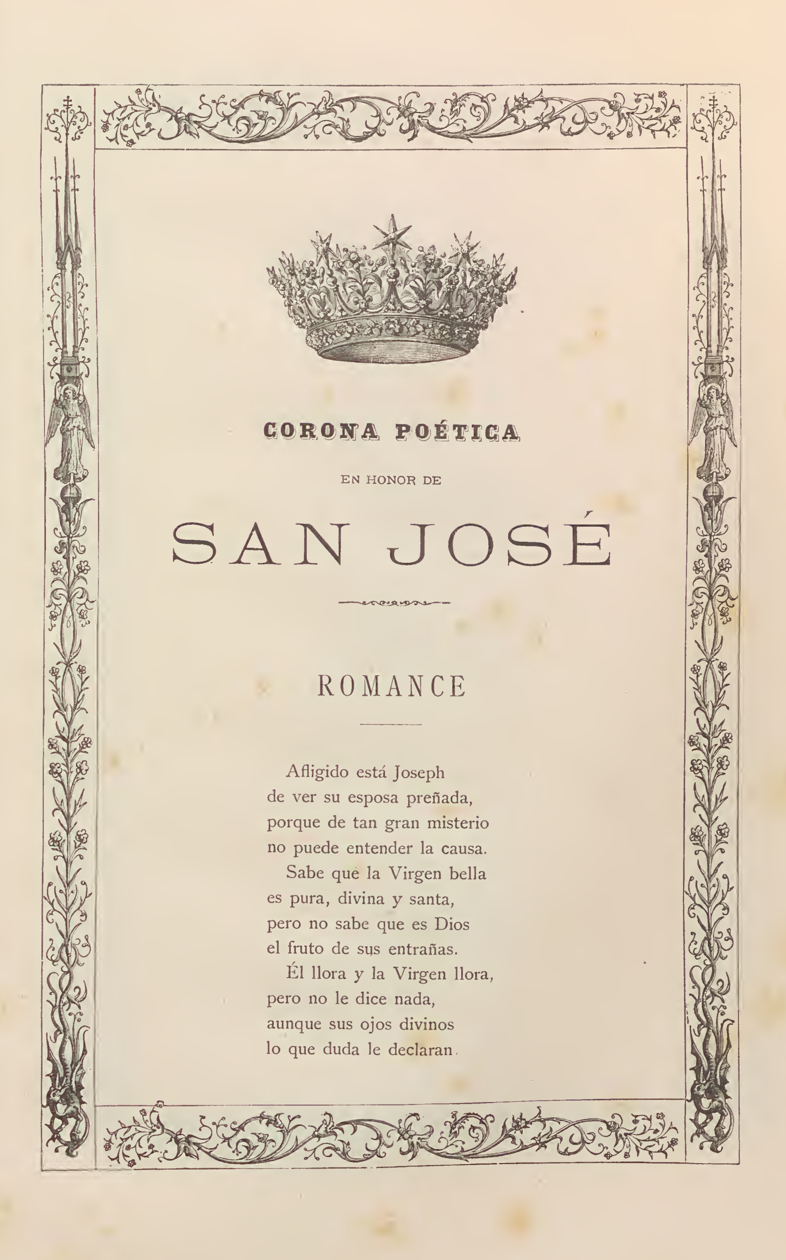
EN HONOR

DE

SAN JOSÉ




ID Á JOSÉ



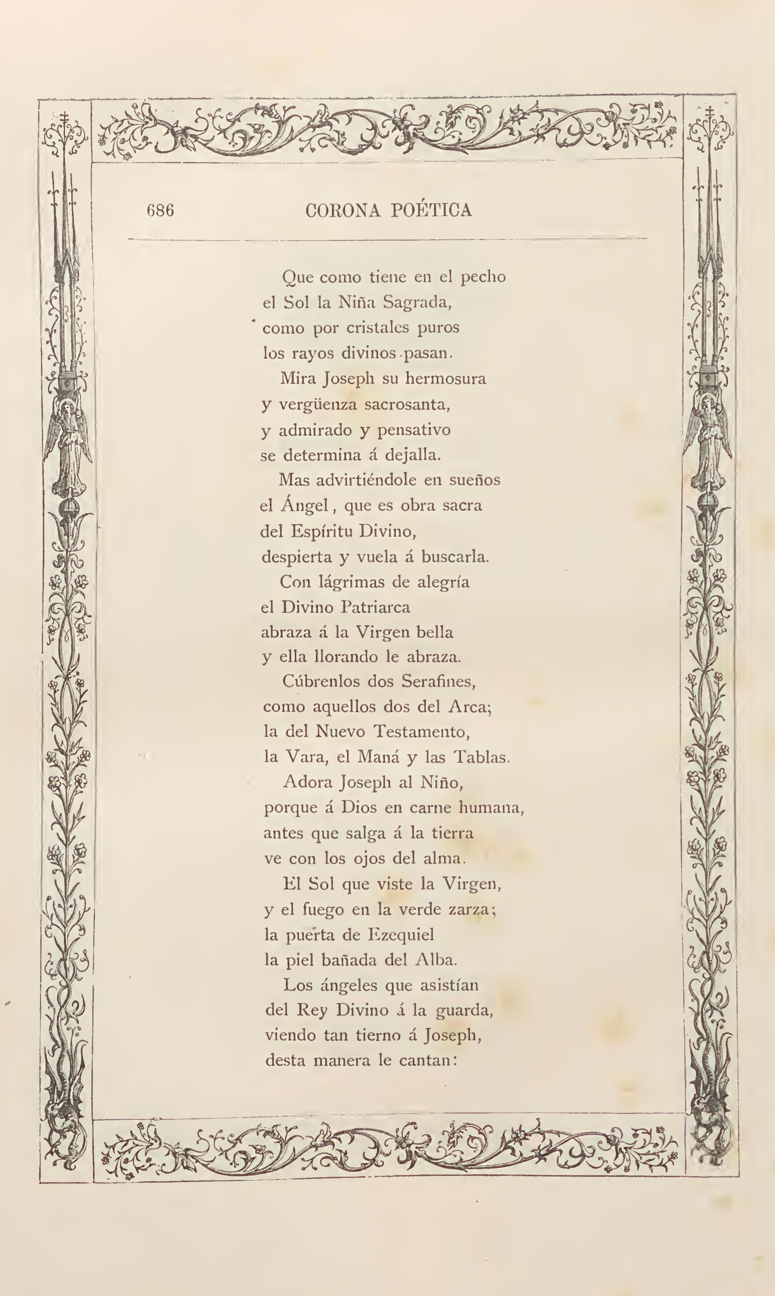
CORONA POÉTICA

EN HONOR DE

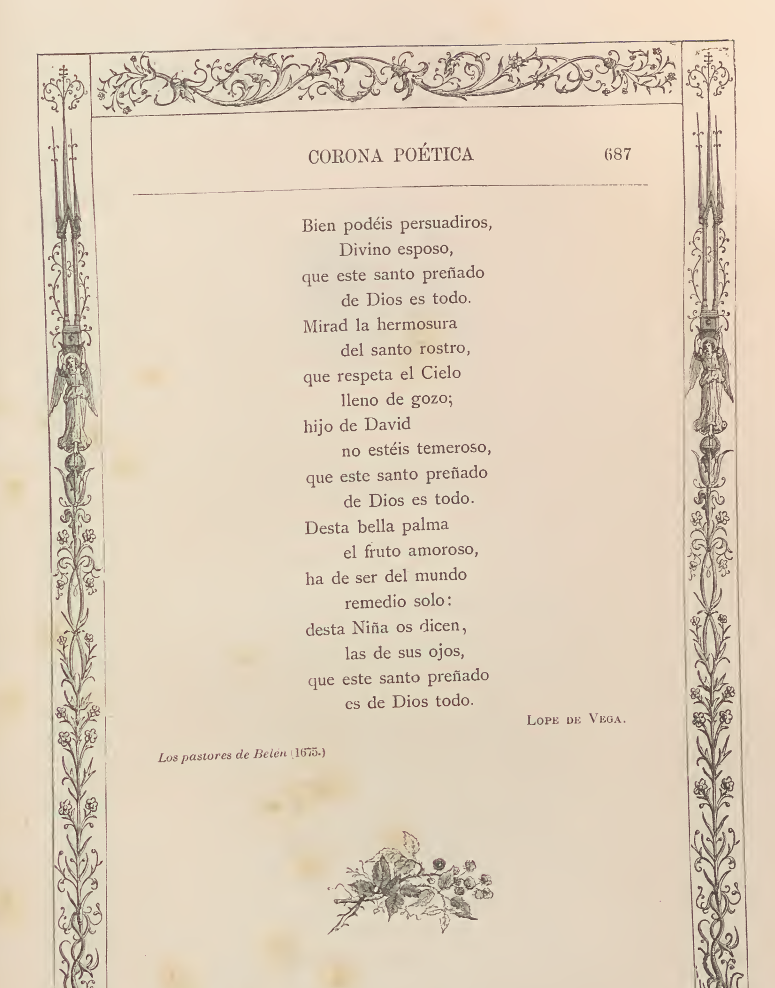
SAN JOSÉ

ROMANCE

Afligido está Joseph
de ver su esposa preñada,
porque de tan gran misterio
no puede entender la causa.
Sabe que la Virgen bella
es pura, divina y santa,
pero no sabe que es Dios
el fruto de sus entrañas.
Él llora y la Virgen llora,
pero no le dice nada,
aunque sus ojos divinos
lo que duda le declaran.



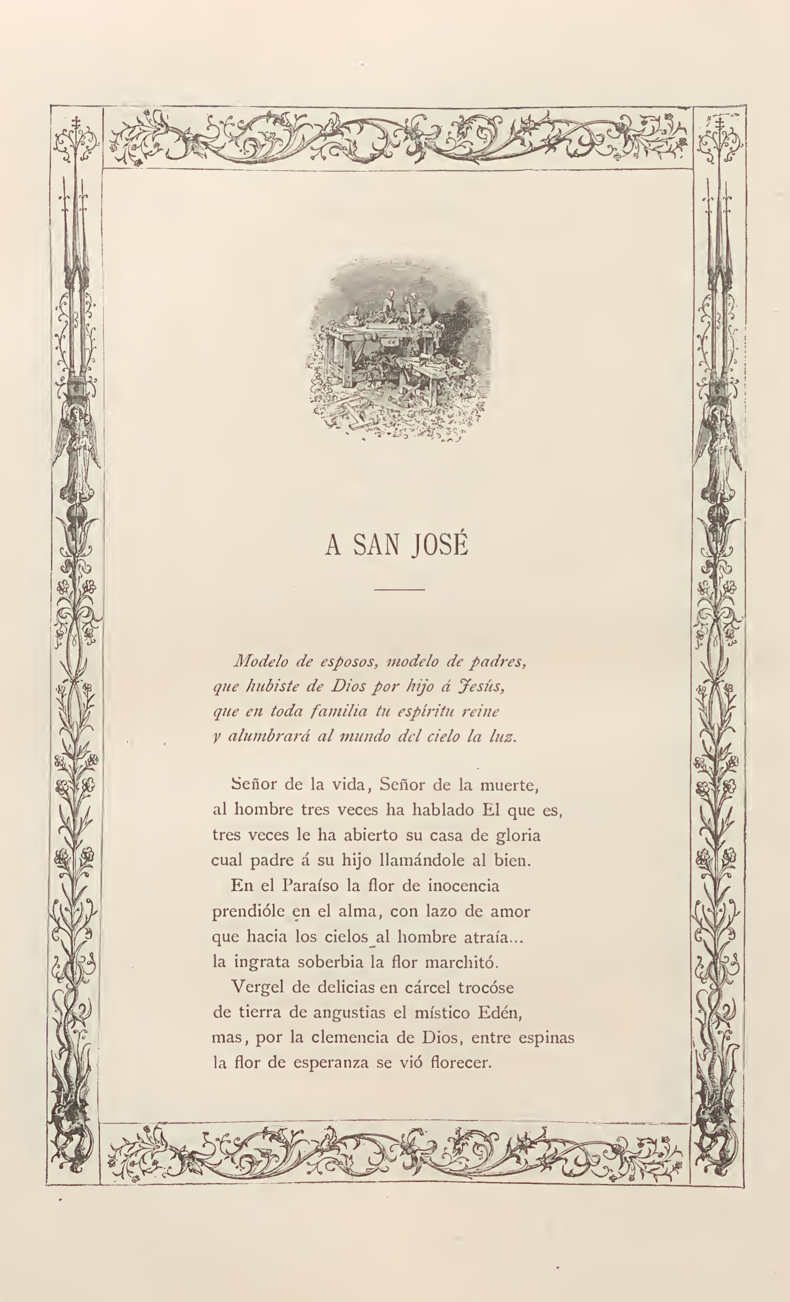
Que como tiene en el pecho
el Sol la Niña Sagrada,
como por cristales puros
los rayos divinos pasan.
Mira Joseph su hermosura
y vergüenza sacrosanta,
y admirado y pensativo
se determina á dejalla.
Mas advirtiéndole en sueños
el Ángel, que es obra sacra
del Espíritu Divino,
despierta y vuela á buscarla.
Con lágrimas de alegría
el Divino Patriarca
abraza á la Virgen bella
y ella llorando le abraza.
Cúbrenlos dos Serafines,
como aquellos dos del Arca;
la del Nuevo Testamento,
la Vara, el Maná y las Tablas.
Adora Joseph al Niño,
porque á Dios en carne humana,
antes que salga á la tierra
ve con los ojos del alma.
El Sol que viste la Virgen,
y el fuego en la verde zarza;
la puerta de Ezequiel
la piel bañada del Alba.
Los ángeles que asistían
del Rey Divino á la guarda,
viendo tan tierno á Joseph,
desta manera le cantan:



Bien podéis persuadiros,
Divino esposo,
que este santo preñado
de Dios es todo.
Mirad la hermosura
del santo rostro,
que respeta el Cielo
lleno de gozo;
hijo de David
no estéis temeroso,
que este santo preñado
de Dios es todo.
Desta bella palma
el fruto amoroso,
ha de ser del mundo
remedio solo:
desta Niña os dicen,
las de sus ojos,
que este santo preñado
es de Dios todo.

LOPE DE VEGA.

Los pastores de Belén (1675.)



A SAN JOSÉ

Modelo de esposos, modelo de padres,
que hubiste de Dios por hijo á Jesús,
que en toda familia tu espíritu reine
y alumbrará al mundo del cielo la luz.

Señor de la vida, Señor de la muerte,
al hombre tres veces ha hablado El que es,
tres veces le ha abierto su casa de gloria
cual padre á su hijo llamándole al bien.
En el Paraíso la flor de inocencia
prendióle en el alma, con lazo de amor
que hacia los cielos al hombre atraía...
la ingrata soberbia la flor marchitó.
Vergel de delicias en cárcel trocóse
de tierra de angustias el místico Edén,
mas, por la clemencia de Dios, entre espinas
la flor de esperanza se vió florecer.



De la Redención dió El que es su promesa,
su ley sacrosanta dictó en Sinaí,
que va repitiendo la voz de los siglos...
no habrás otros dioses delante de Mí.

Mas la humanidad envuelta en pecado
el don desconoce del Dios de bondad,
y sueña de nuevo grandezas y goces
que luego que nacen muriéndose van.

Entonces un justo moraba en Judea,
JOSÉ, que guardaba la ley del Señor,
y ser de María, la Virgen, esposo,
y padre del Verbo, de Dios mereció.

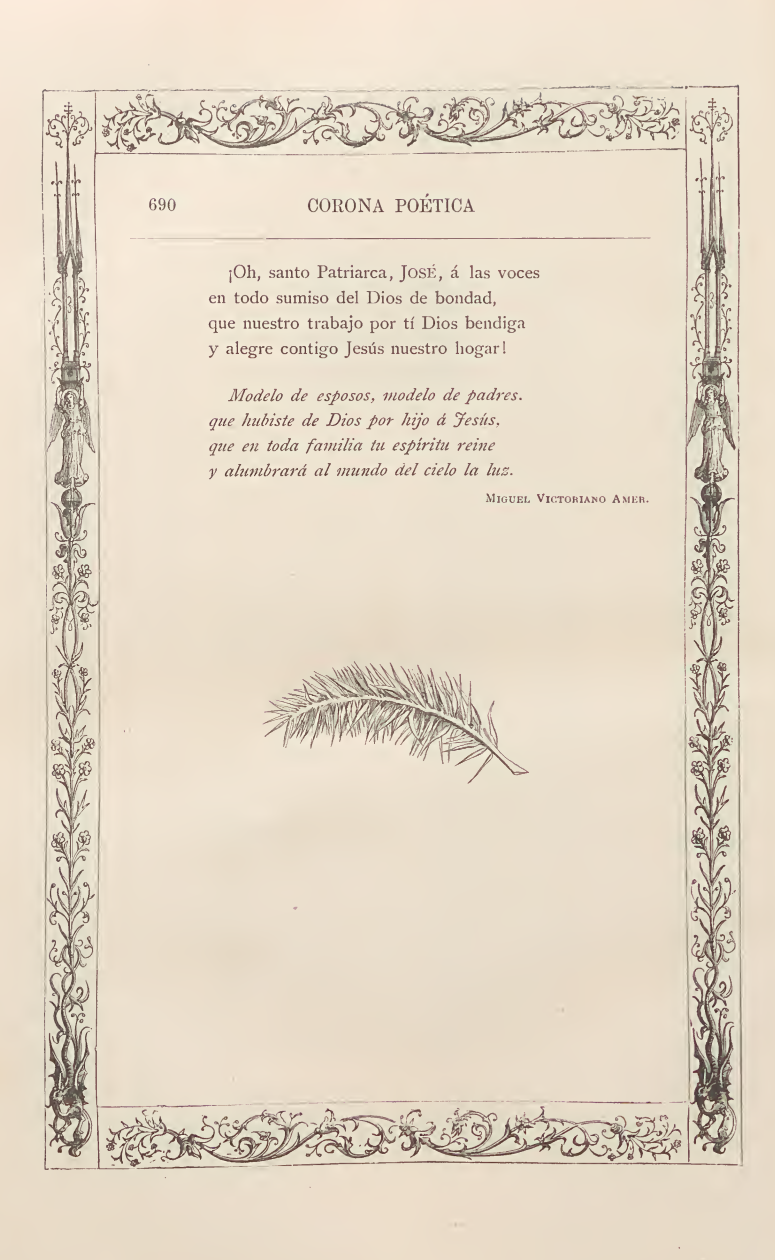
Fué él el primero que vido al Mesías,
Jesús el Dios-hombre, que en santa humildad
dió al mundo el ejemplo de como los hijos
á Dios y á su padre y su madre han de honrar.

Jesús y María, JOSÉ el carpintero,
familia de Diós, honor de Israel,
poema del mundo, de cielos y tierra,
tragedia en el Gólgota, idilio en Belén...

Tercera palabra de Dios á sus hijos,
del don del amor ejemplo inmortal:
se dió en sacrificio de sangre el Dios-hombre,
selló la enseñanza de la humanidad.

Abate al soberbio, levanta al humilde
la ley del Eterno, la ley del amor,
cual humo disipa del mal los imperios,
y asiento da al justo delante de Dios.

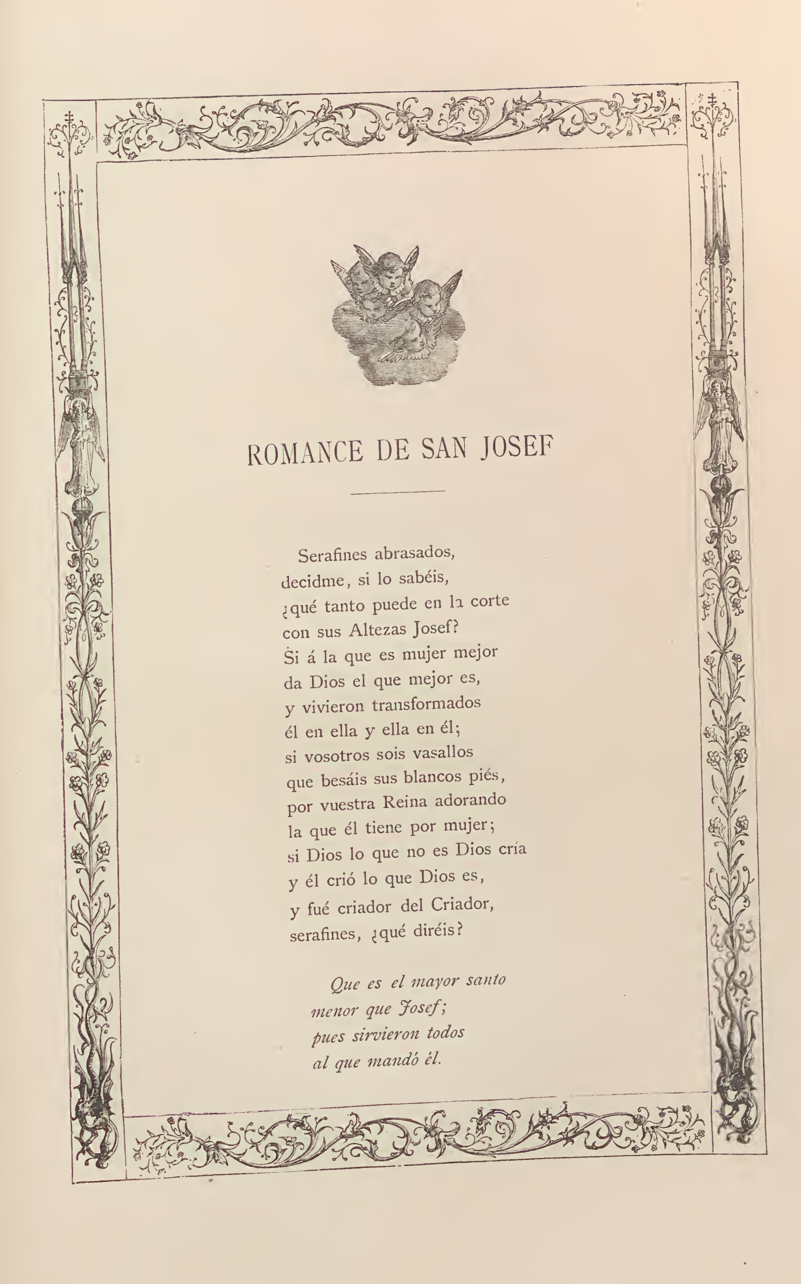
Recuerde, recuerde toda alma en la tierra
que va cuanto existe volando á su fin,
y que en la ruina del mundo tan sólo
á dar á Dios cuenta el hombre ha de ir.



¡Oh, santo Patriarca, JOSÉ, á las voces
en todo sumiso del Dios de bondad,
que nuestro trabajo por tí Dios bendiga
y alegre contigo Jesús nuestro hogar!

Modelo de esposos, modelo de padres.
que hubiste de Dios por hijo á Jesús,
que en toda familia tu espíritu reine
y alumbrará al mundo del cielo la luz.

MIGUEL VICTORIANO AMER.



ROMANCE DE SAN JOSEF

Serafines abrasados,
decidme, si lo sabéis,
¿qué tanto puede en la corte
con sus Altezas Josef?
Si á la que es mujer mejor
da Dios el que mejor es,
y vivieron transformados
él en ella y ella en él;
si vosotros sois vasallos
que besáis sus blancos piés,
por vuestra Reina adorando
la que él tiene por mujer;
si Dios lo que no es Dios cría
y él crió lo que Dios es,
y fué criador del Criador,
serafines, ¿qué diréis?

Que es el mayor santo
menor que Josef;
pues sirvieron todos
al que mandó él.



Si cuando al Niño-Dios hiere
el cuchillo de la ley,
le hieren el corazón,
porque su corazón es;
si huyendo con Él á Egipto,
mártir en el alma fué,
padeciendo en el camino
el dolor de todos tres;
si cuando se perdió el Niño
(que no se pudo perder),
perdió á Dios, que aunque sin culpa,
fué un infierno para él;
si tuvo por hijo á Dios,
ya que Dios no pudo ser,
deste Vicedios, decid,
el concepto que tenéis.

Que es el mayor santo
menor que Josef;
pues sirvieron todos
al que mandó él.

Si saben Dios y su Madre
que si no fuera por él
más de alguna vez los dos
se quedaran sin comer;
si encerró el pan que la Iglesia
cubre, y descubre la fe,
para remedio del mundo,
mejor que el otro Josef;
si fué el primero de todos
que en la mesa de Belén
después de su Esposa Virgen,

se desayunó con él;
si fué Dios su pan casero,
pues pan de su casa fué,
¿qué tan gran Santo os parece?
Serafines, responded.

Que es el mayor santo
menor que Josef;
pues sirvieron todos
al que mandó él

Si gozó alegre y dichoso
de su boca de clavel
besos que aun al mismo Dios
hacen de amores arder;
si el bocado de la boca
se quitó más de una vez,
y porque Dios le comiese
él lo dejó de comer;
si dicen que va seguro
el que tiene el hijo juez,
cuando Dios venga á juzgar
¿qué tanto lo irá Josef?
Decid, serafines bellos,
si es dueño y padre del Rey
y le guardó para todos,
pudiendo alzarse con él;

Que es el mayor santo
menor que Josef;
pues sirvieron todos
al que mandó él.

Del maestro Josef de Valdivielso.

(1612).





LA CASA DEL JUSTO

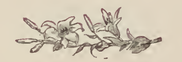
¡Tan pobre y humilde y guardas en ella
al Rey de los reyes, Señor de los cielos!
tan poca tu ciencia y el Sabio te llama
su apoyo, su guía, su amado maestro!
¿Pues cómo tus manos, que curte el trabajo,
envuelven al Niño tan lindo y tan tierno?
¿Ni qué balbuciente tu labio le dice
si tregua da un punto á risas y á besos?
¡Los áureos querubes el rostro se cubren,
y afronta tu vista del sol los destellos!
¡Profetas y reyes le esperan en vano,
y dale hospedaje tu propio aposento!
Allí retirado, Jesús te venera:
tú, *hijo,* le nombras; mas ¡grande misterio!
Mentor y educando confúndense á veces ..
él cuida tu alma, tú cuidas su cuerpo.
Allí, de María, la Madre de amores,
compartes gozoso continuos desvelos...
¡Lloraran de envidia, si envidia tuvieran,
tu hogar contemplando los coros excelsos!

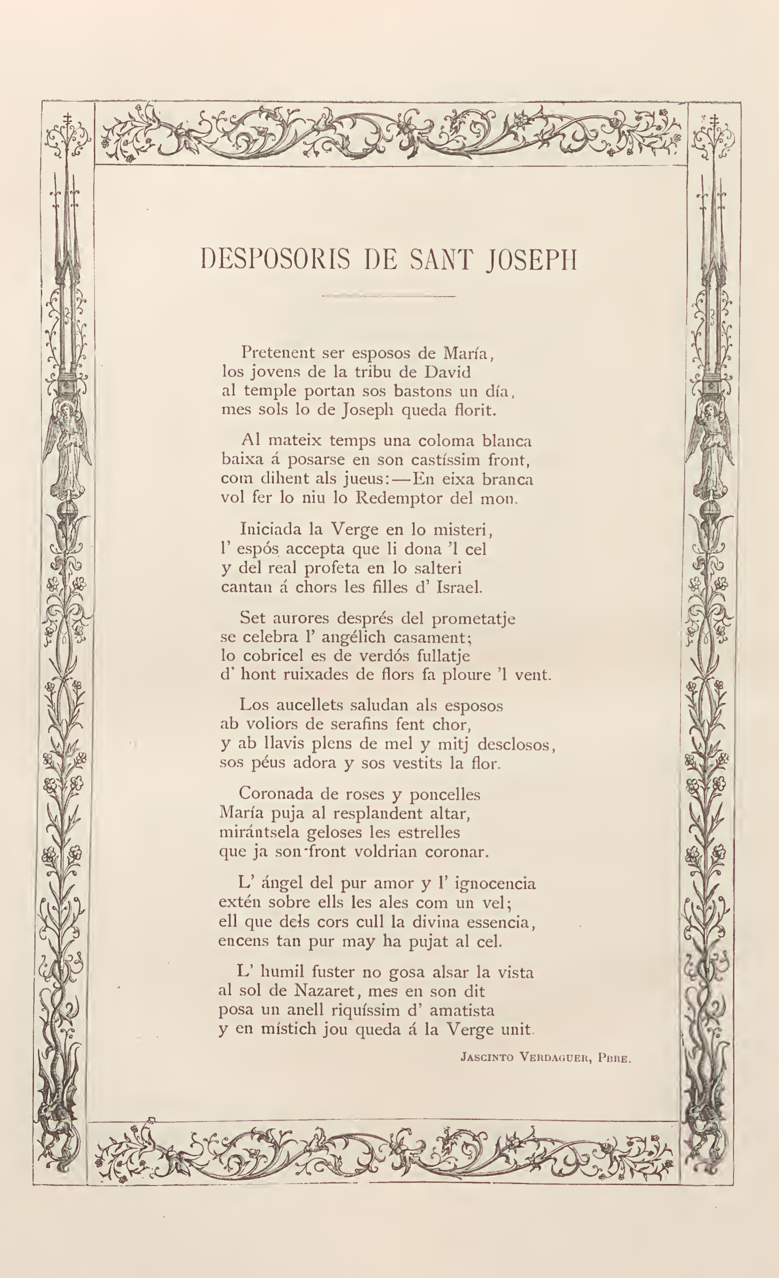
Ella, la más pura, gentil nazarena:
Jesús el más gayo, sumiso mancebo;
tú, depositario de las esperanzas
de innúmeras razas, de todos los tiempos..
¡Señor! ¡Cuán augusta tu gloria aparece!
¡Señor! ¡Cuán sublimes tus altos ejemplos!
¡Aun más que en la cima del Thabor, más grande,
sujeto á JOSÉ, Señor, te contemplo!
¿Cómo no te abrasan á tí, varón justo,
deliquios tan hondos, tan vivos incendios
que no ha concebido jamás mente alguna
ni tienen cabida del hombre en el pecho?..
Por gracia es tan sólo de Aquél que á las aves
dió alas y espacio y rápido vuelo,
á todos los astros pasmoso equilibrio,
su cuenca á los mares, su ruta á los vientos!

. . . .

¿Qué puede negarte la mano creadora
si dándole apoyo guardaste su cetro?
¿Qué puede negarte quien dióte en rehenes
el Niño y la Madre, la tierra y el cielo?

CAMELIA COCIÑA DE LLANSÓ.





DESPOSORIS DE SANT JOSEPH

Pretenent ser esposos de María,
los jovens de la tribu de David
al temple portan sos bastons un día,
mes sols lo de Joseph queda florit.

Al mateix temps una coloma blanca
baixa á posarse en son castíssim front,
com dihent als jueus:—En eixa branca
vol fer lo niu lo Redemptor del mon.

Iniciada la Verge en lo misteri,
l' espós accepta que li dona 'l cel
y del real profeta en lo salteri
cantan á chors les filles d' Israel.

Set aurores després del prometatje
se celebra l' angélich casament;
lo cobricel es de verdós fullatje
d' hont ruixades de flors fa ploure 'l vent.

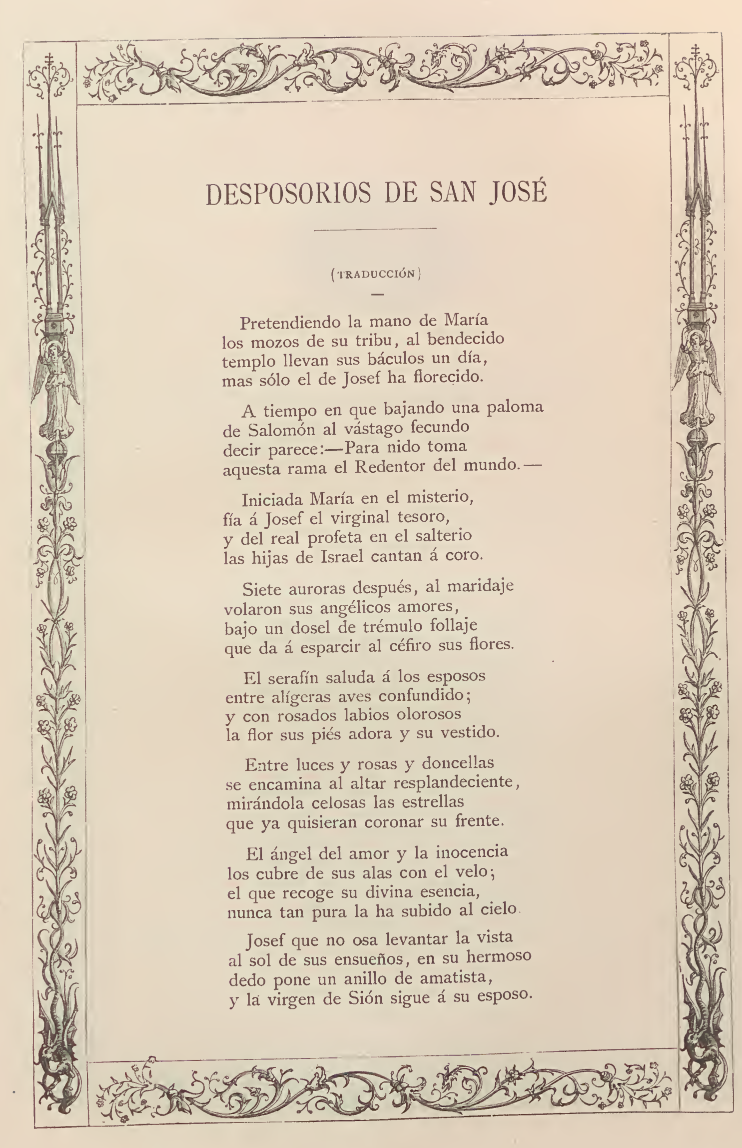
Los aucellets saludan als esposos
ab voliors de serafins fent chor,
y ab llavis plens de mel y mitj desclosos,
sos péus adora y sos vestits la flor.

Coronada de roses y poncelles
María puja al resplandent altar,
mirántsela geloses les estrelles
que ja son front voldrian coronar.

L' ángel del pur amor y l' ignocencia
extén sobre ells les ales com un vel;
ell que dels cors cull la divina essencia,
encens tan pur may ha pujat al cel.

L' humil fuster no gosa alsar la vista
al sol de Nazaret, mes en son dit
posa un anell riquíssim d' amatista
y en místich jou queda á la Verge unit.

JASCINTO VERDAGUER, PBRE.



DESPOSORIOS DE SAN JOSÉ

(TRADUCCIÓN)

Pretendiendo la mano de María
los mozos de su tribu, al bendecido
templo llevan sus báculos un día,
mas sólo el de Josef ha florecido.

A tiempo en que bajando una paloma
de Salomón al vástago fecundo
decir parece:—Para nido toma
aquesta rama el Redentor del mundo.—

Iniciada María en el misterio,
fía á Josef el virginal tesoro,
y del real profeta en el salterio
las hijas de Israel cantan á coro.

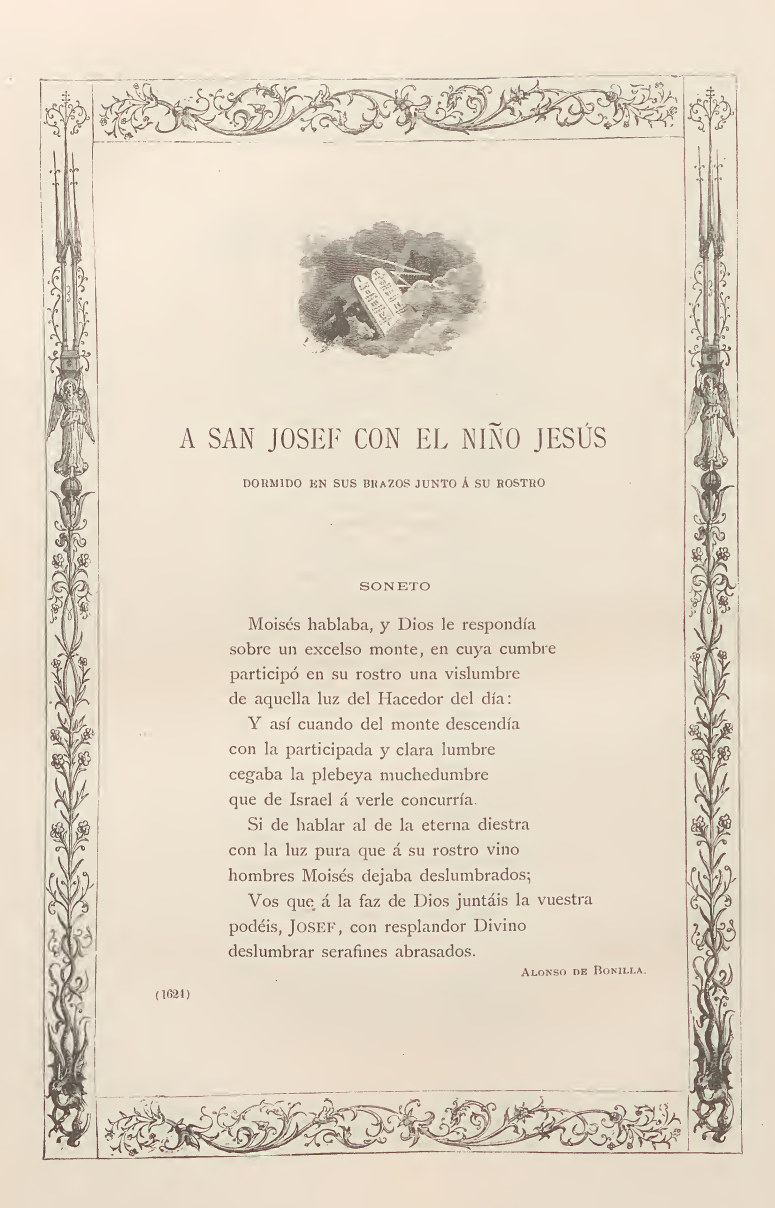
Siete auroras después, al maridaje
volaron sus angélicos amores,
bajo un dosel de trémulo follaje
que da á esparcir al céfiro sus flores.

El serafín saluda á los esposos
entre alígeras aves confundido;
y con rosados labios olorosos
la flor sus piés adora y su vestido.

Entre luces y rosas y doncellas
se encamina al altar resplandeciente,
mirándola celosas las estrellas
que ya quisieran coronar su frente.

El ángel del amor y la inocencia
los cubre de sus alas con el velo;
el que recoge su divina esencia,
nunca tan pura la ha subido al cielo.

Josef que no osa levantar la vista
al sol de sus ensueños, en su hermoso
dedo pone un anillo de amatista,
y la virgen de Sión sigue á su esposo.



A SAN JOSEF CON EL NIÑO JESÚS

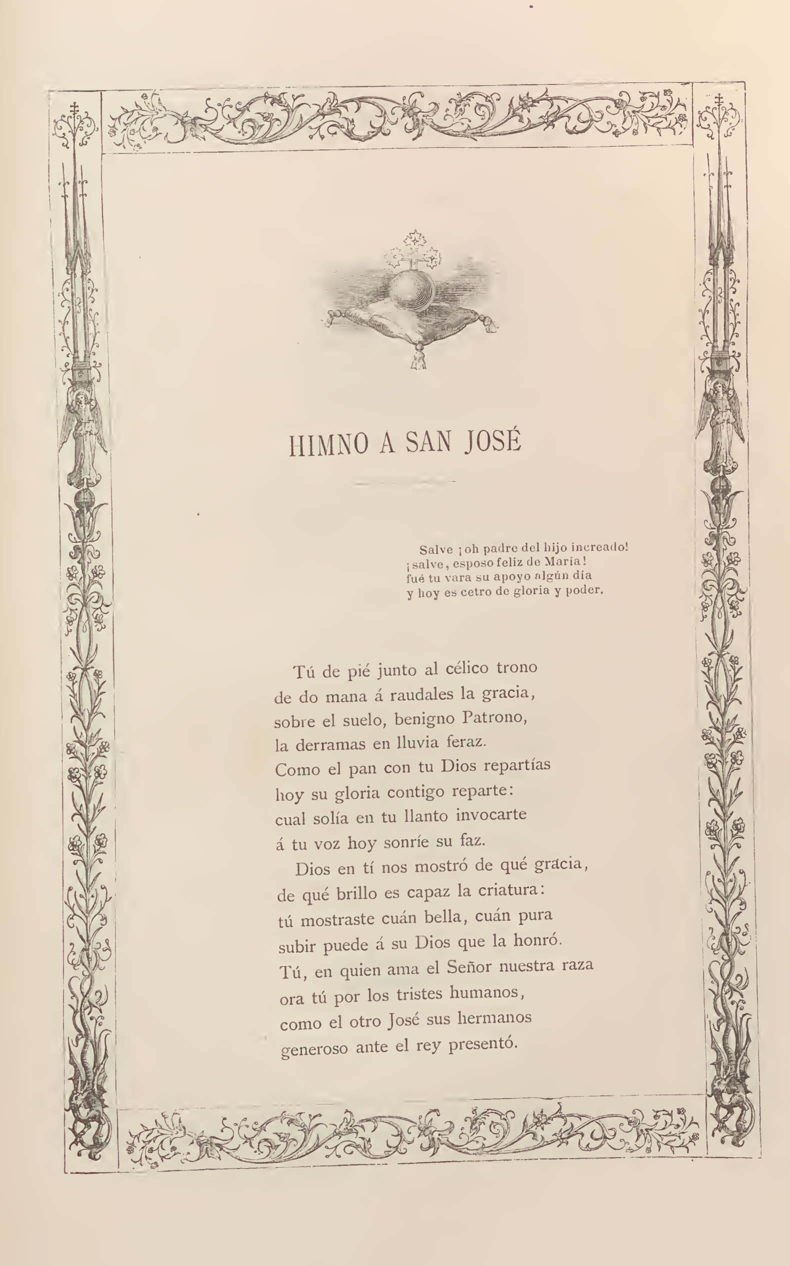
DORMIDO EN SUS BRAZOS JUNTO Á SU ROSTRO

SONETO

Moisés hablaba, y Dios le respondía
sobre un excelso monte, en cuya cumbre
participó en su rostro una vislumbre
de aquella luz del Hacedor del día:
Y así cuando del monte descendía
con la participada y clara lumbre
cegaba la plebeya muchedumbre
que de Israel á verle concurría.
Si de hablar al de la eterna diestra
con la luz pura que á su rostro vino
hombres Moisés dejaba deslumbrados;
Vos que á la faz de Dios juntáis la vuestra
podéis, JOSEF, con resplandor Divino
deslumbrar serafines abrasados.

ALONSO DE BONILLA.

(1624)

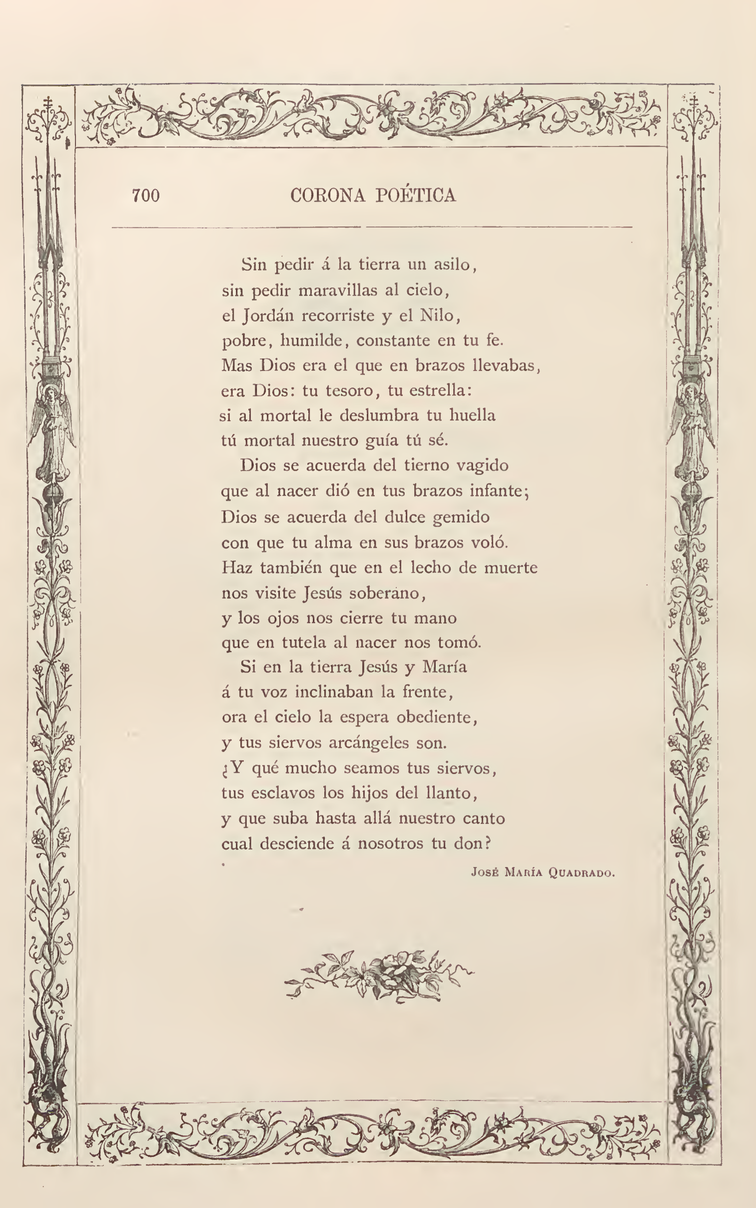


HIMNO Á SAN JOSÉ

Salve ¡oh padre del hijo increado!
¡salve, esposo feliz de María!
fué tu vara su apoyo algún día
y hoy es cetro de gloria y poder.

Tú de pié junto al célico trono
de do mana á raudales la gracia,
sobre el suelo, benigno Patrono,
la derramas en lluvia feraz.
Como el pan con tu Dios repartías
hoy su gloria contigo reparte:
cual solía en tu llanto invocarte
á tu voz hoy sonríe su faz.

Dios en tí nos mostró de qué gracia,
de qué brillo es capaz la criatura:
tú mostraste cuán bella, cuán pura
subir puede á su Dios que la honró.
Tú, en quien ama el Señor nuestra raza
ora tú por los tristes humanos,
como el otro José sus hermanos
generoso ante el rey presentó.

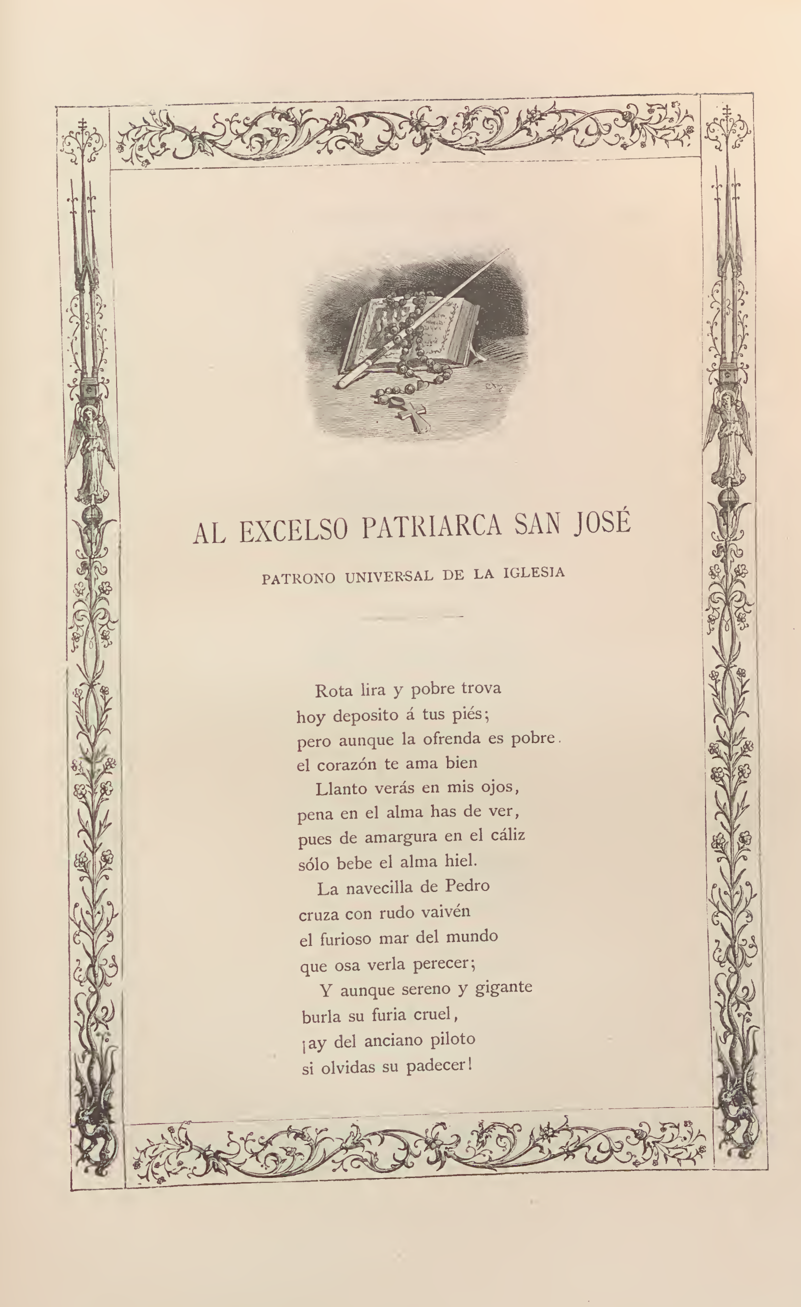


Sin pedir á la tierra un asilo,
sin pedir maravillas al cielo,
el Jordán recorriste y el Nilo,
pobre, humilde, constante en tu fe.
Mas Dios era el que en brazos llevabas,
era Dios: tu tesoro, tu estrella:
si al mortal le deslumbra tu huella
tú mortal nuestro guía tú sé.

Dios se acuerda del tierno vagido
que al nacer dió en tus brazos infante;
Dios se acuerda del dulce gemido
con que tu alma en sus brazos voló.
Haz también que en el lecho de muerte
nos visite Jesús soberano,
y los ojos nos cierre tu mano
que en tutela al nacer nos tomó.

Si en la tierra Jesús y María
á tu voz inclinaban la frente,
ora el cielo la espera obediente,
y tus siervos arcángeles son.
¿Y qué mucho seamos tus siervos,
tus esclavos los hijos del llanto,
y que suba hasta allá nuestro canto
cual desciende á nosotros tu don?

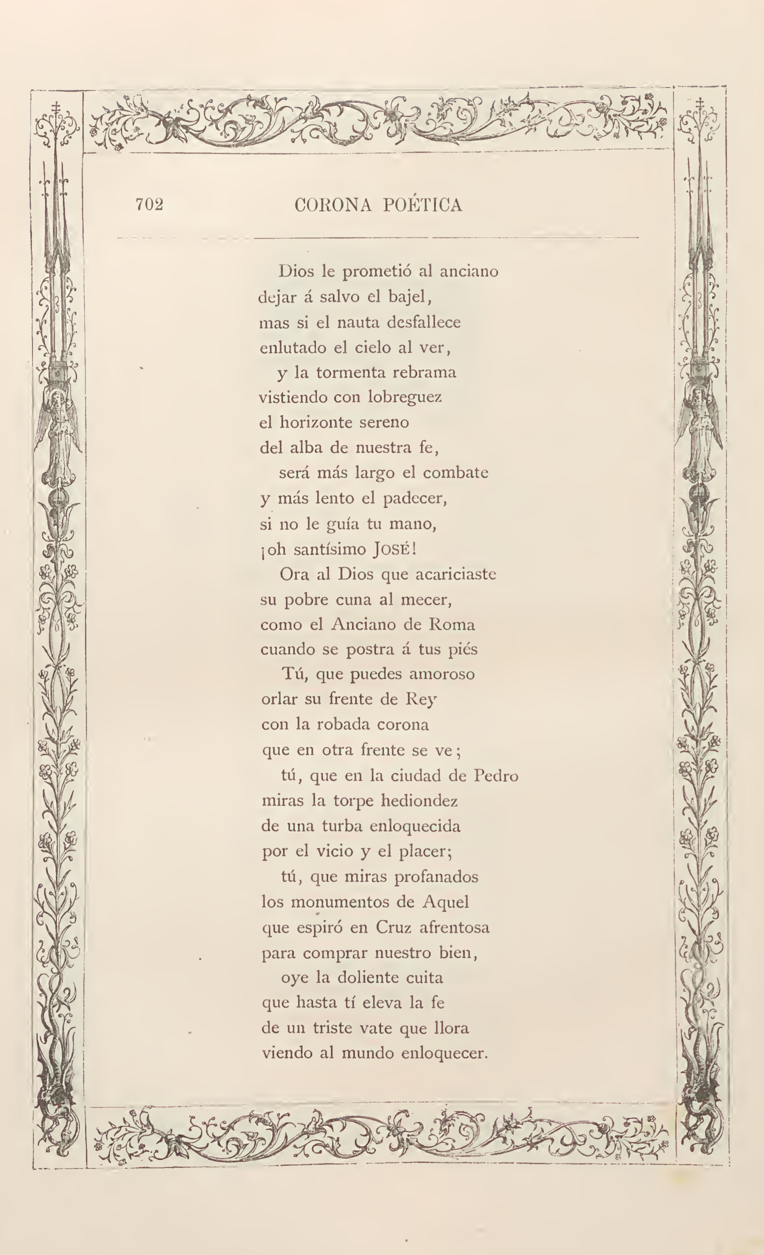
José María Quadrado.



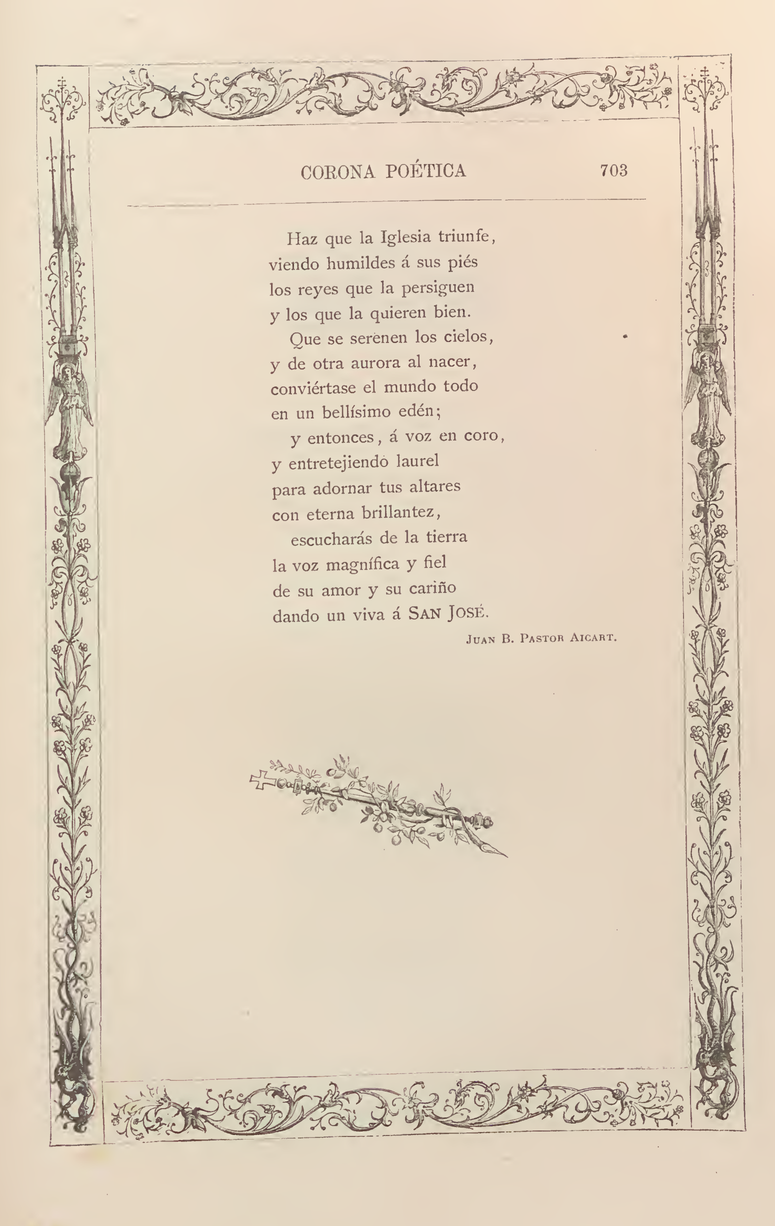
AL EXCELSO PATRIARCA SAN JOSÉ

PATRONO UNIVERSAL DE LA IGLESIA

Rota lira y pobre trova
hoy deposito á tus piés;
pero aunque la ofrenda es pobre.
el corazón te ama bien
Llanto verás en mis ojos,
pena en el alma has de ver,
pues de amargura en el cáliz
sólo bebe el alma hiel.
La navecilla de Pedro
cruza con rudo vaivén
el furioso mar del mundo
que osa verla perecer;
Y aunque sereno y gigante
burla su furia cruel,
¡ay del anciano piloto
si olvidas su padecer!

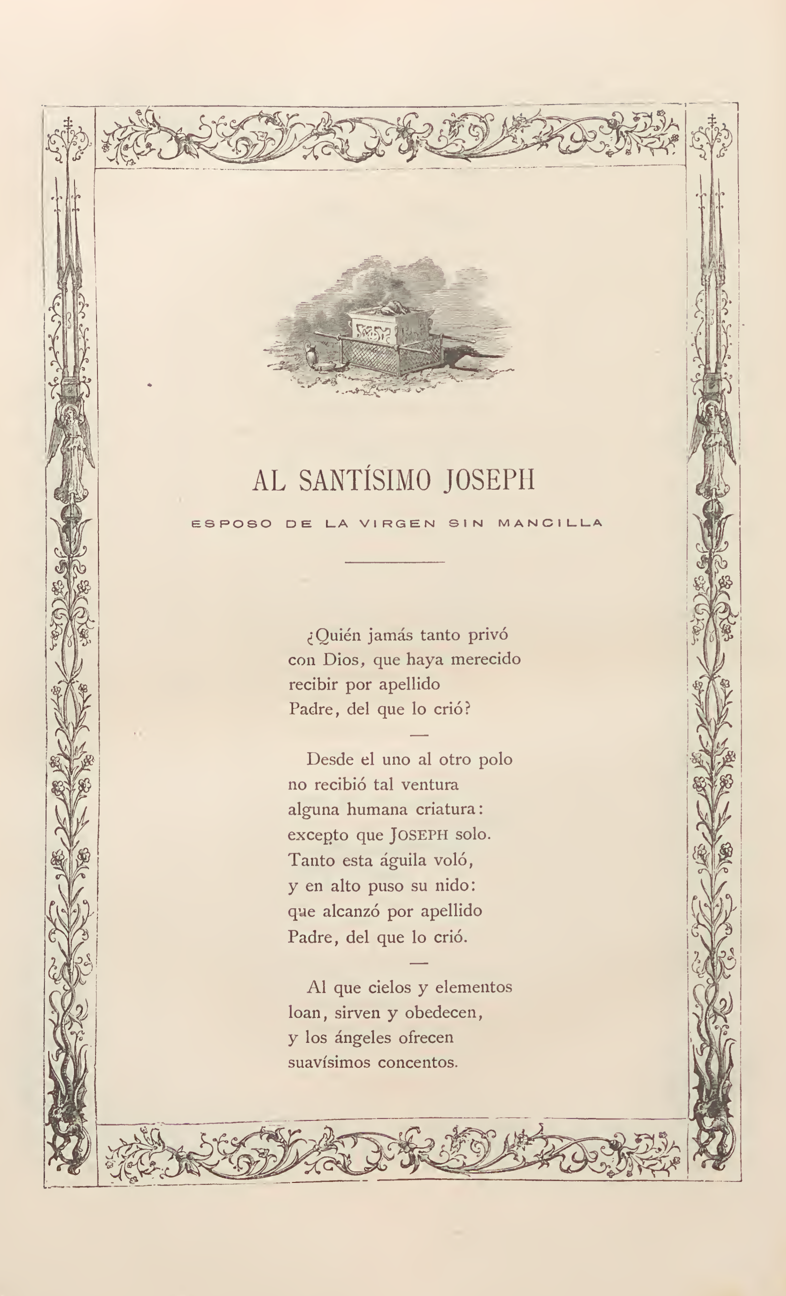


Dios le prometió al anciano
dejar á salvo el bajel,
mas si el nauta desfallece
enlutado el cielo al ver,
y la tormenta rebrama
vistiendo con lobreguez
el horizonte sereno
del alba de nuestra fe,
será más largo el combate
y más lento el padecer,
si no le guía tu mano,
¡oh santísimo JOSÉ!
Ora al Dios que acariciaste
su pobre cuna al mecer,
como el Anciano de Roma
cuando se postra á tus piés
Tú, que puedes amoroso
orlar su frente de Rey
con la robada corona
que en otra frente se ve;
tú, que en la ciudad de Pedro
miras la torpe hediondez
de una turba enloquecida
por el vicio y el placer;
tú, que miras profanados
los monumentos de Aquel
que espiró en Cruz afrentosa
para comprar nuestro bien,
oye la doliente cuita
que hasta tí eleva la fe
de un triste vate que llora
viendo al mundo enloquecer.



Haz que la Iglesia triunfe,
viendo humildes á sus piés
los reyes que la persiguen
y los que la quieren bien.
Que se serenen los cielos,
y de otra aurora al nacer,
conviértase el mundo todo
en un bellísimo edén;
y entonces, á voz en coro,
y entretejiendo laurel
para adornar tus altares
con eterna brillantez,
escucharás de la tierra
la voz magnífica y fiel
de su amor y su cariño
dando un viva á SAN JOSÉ.

JUAN B. PASTOR AICART.



AL SANTÍSIMO JOSEPH

ESPOSO DE LA VIRGEN SIN MANCILLA

¿Quién jamás tanto privó
con Dios, que haya merecido
recibir por apellido
Padre, del que lo crió?

—

Desde el uno al otro polo
no recibió tal ventura
alguna humana criatura:
excepto que JOSEPH solo.
Tanto esta águila voló,
y en alto puso su nido:
que alcanzó por apellido
Padre, del que lo crió.

—

Al que cielos y elementos
loan, sirven y obedecen,
y los ángeles ofrecen
suavísimos concentos.



Tanto por nós se humilló,
que es JOSEPH obedecido
del que le dió en apellido,
Padre, del que lo crió.

—

Si del gran Joseph de Egipto
loan la alta provisión,
¿qué diremos del varón
que crió al bien infinito?
Este el trigo recibió
de que el mundo es proveído,
y con él por apellido
Padre, del que lo crió.

—

¡Oh de amor dulces excesos,
cuyo incendio pudo tanto,
que abrazado al Niño santo
JOSEPH le daba mil besos!
Desto tengo envidia yo,
y gozo que ha conseguido
por misterioso apellido,
Padre del que lo crió.

—

Si Joseph de Arimathia
tanto mereció, que al sueño
final de Cristo en el leño
dió reposo el triste día:
El nuestro ¿qué mereció
que mil veces adormido
le tuvo y por apellido
Padre, del que le crió?

—



Su alto merecimiento
Dios descubre en esto al hombre,
Pues le dió tan rico nombre
que es interpretado aumento.
Aumento tuvo y le dió
Jesús, como á su querido
de gracia; y por apellido
Padre del que le crió.

—

¡Oh felicísimo estado
ser de la madre de Dios
esposo y siervo á los dos,
y dellos tan sublimado!
¡Oh humildad! ¡cuánto ensalzó
á JOSEPH della vestido,
pues le dió por apellido
Padre, del que lo crió!

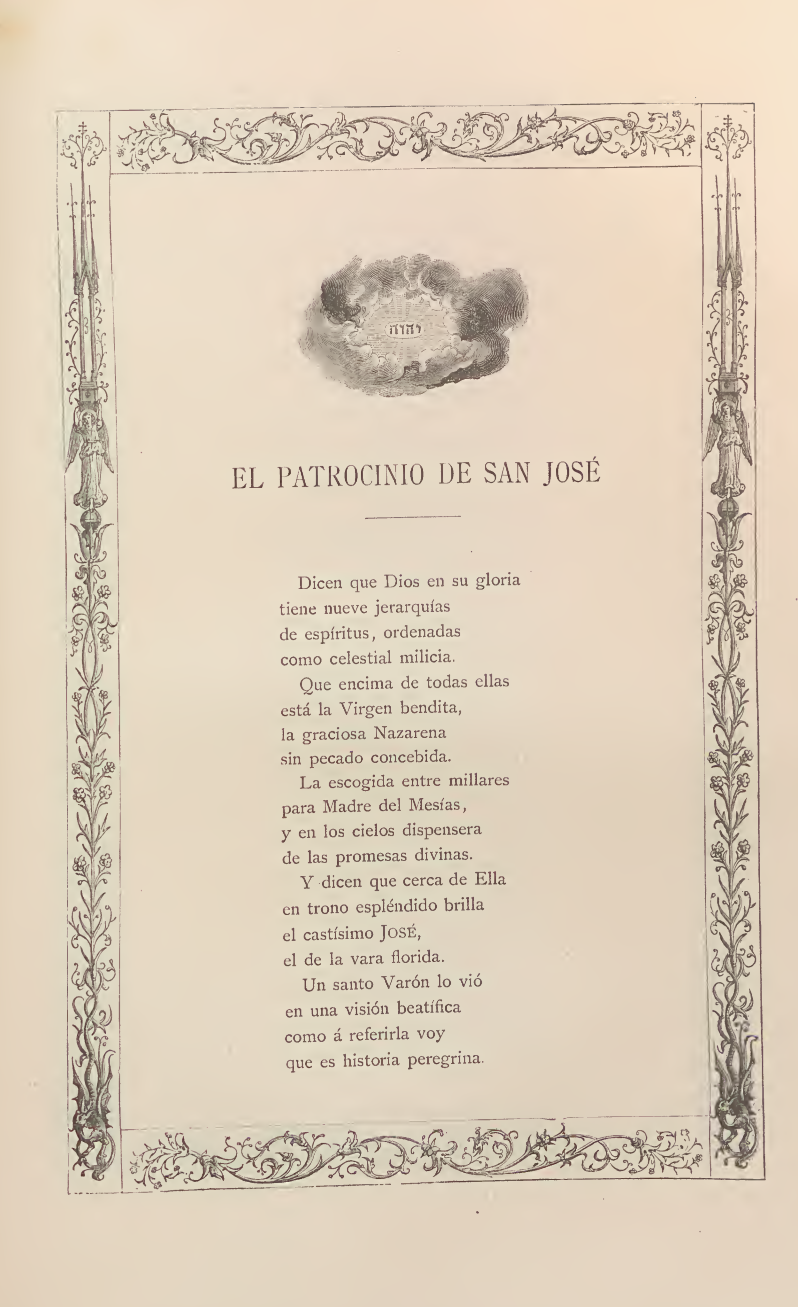
—

No se llama el Santo viejo
fabro, mas amigo fiel,
pues del gran Dios de Israel
es ángel del gran consejo.
Este es á quien reveló
misterio tan escondido.
y le dió por apellido
Padre, del que lo crió.

P. F. ARCÁNGEL DE ALARCÓN
Capuchino de la Madre de Dios de Cataluña.

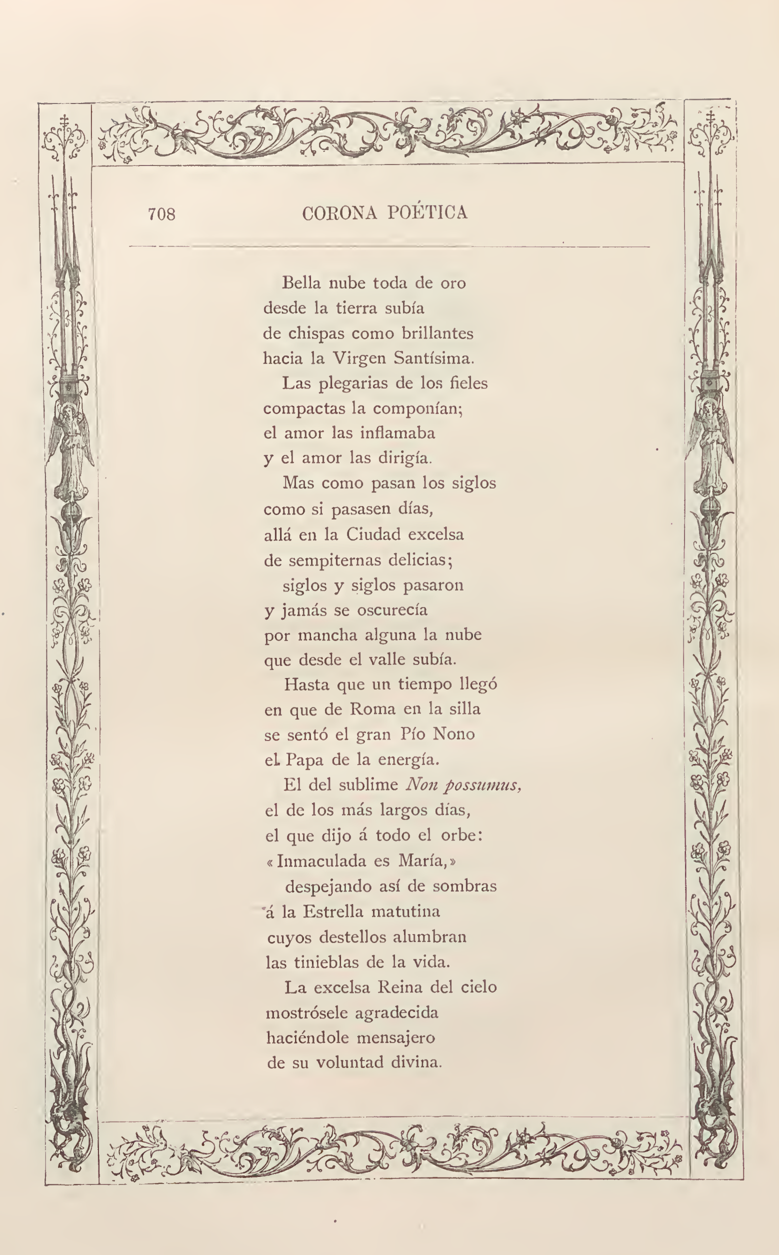
Vergel de plantas divinas (1593).



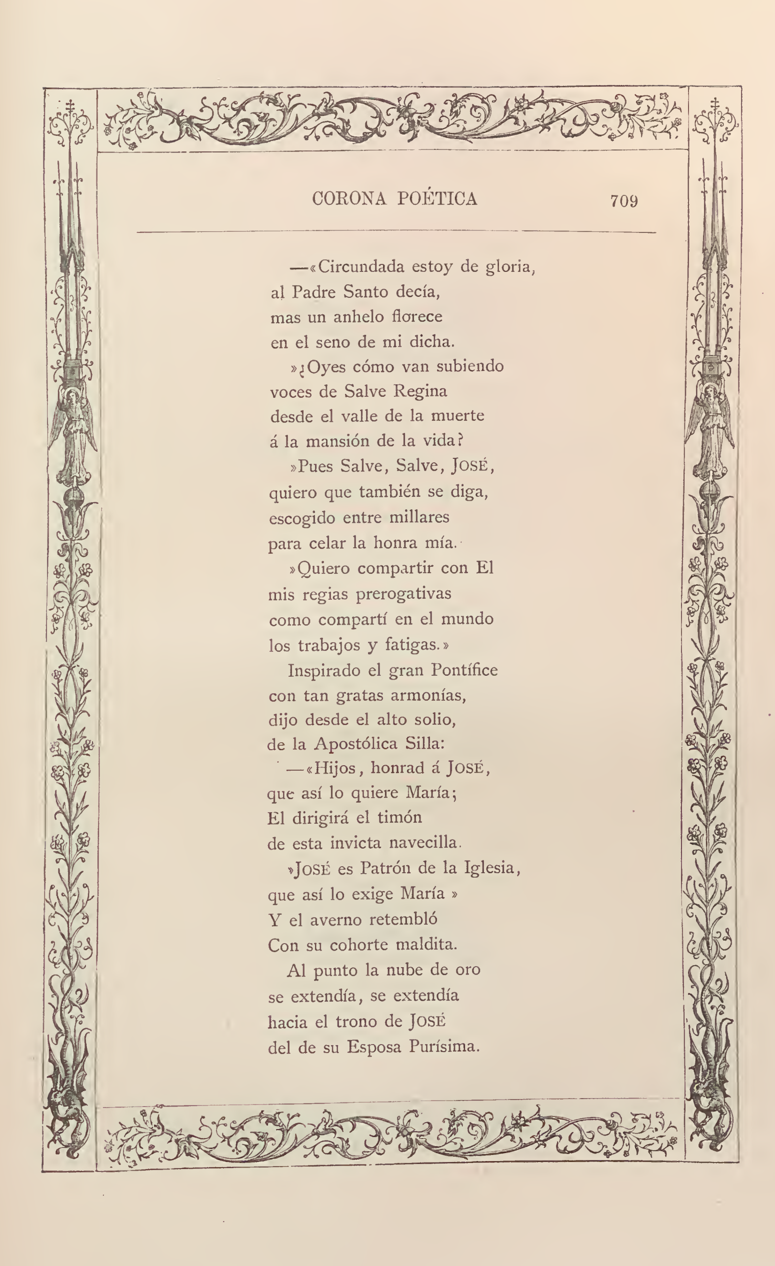


EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ

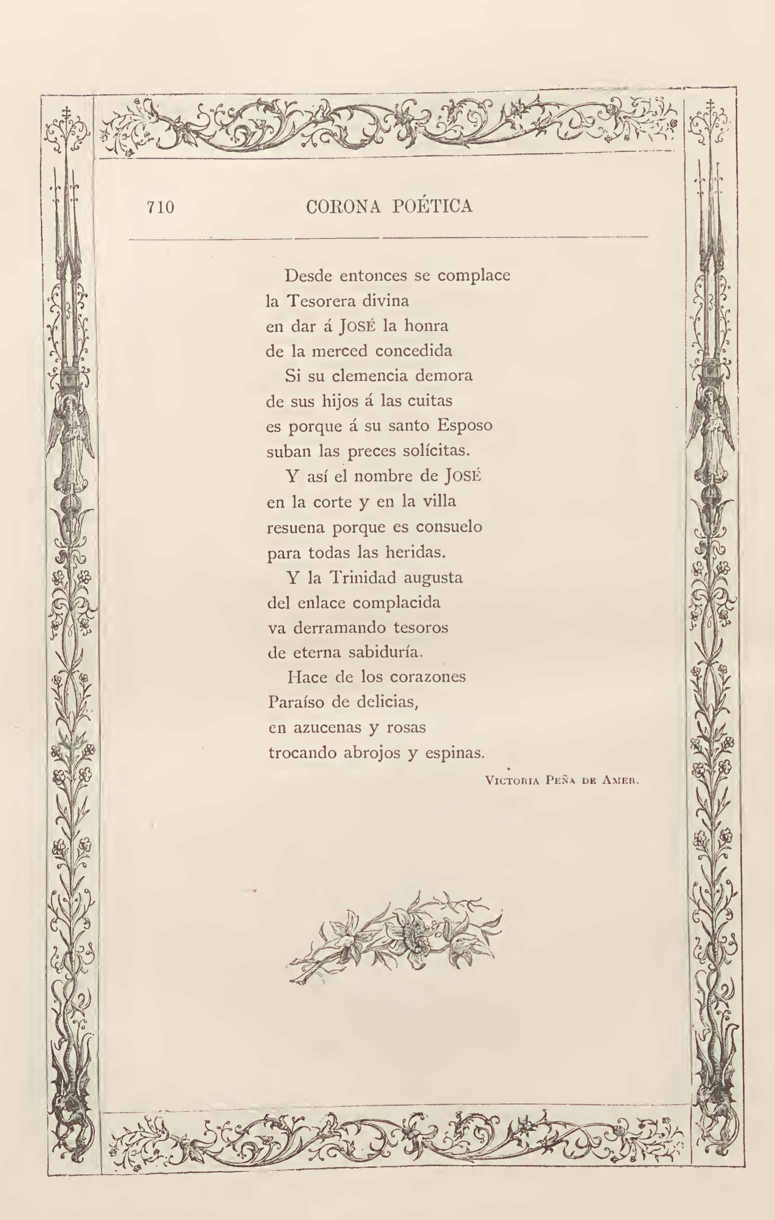
Dicen que Dios en su gloria
tiene nueve jerarquías
de espíritus, ordenadas
como celestial milicia.
Que encima de todas ellas
está la Virgen bendita,
la graciosa Nazarena
sin pecado concebida.
La escogida entre millares
para Madre del Mesías,
y en los cielos dispensera
de las promesas divinas.
Y dicen que cerca de Ella
en trono espléndido brilla
el castísimo JOSÉ,
el de la vara florida.
Un santo Varón lo vió
en una visión beatífica
como á referirla voy
que es historia peregrina.



Bella nube toda de oro
desde la tierra subía
de chispas como brillantes
hacia la Virgen Santísima.
Las plegarias de los fieles
compactas la componían;
el amor las inflamaba
y el amor las dirigía.
Mas como pasan los siglos
como si pasasen días,
allá en la Ciudad excelsa
de sempiternas delicias;
siglos y siglos pasaron
y jamás se oscurecía
por mancha alguna la nube
que desde el valle subía.
Hasta que un tiempo llegó
en que de Roma en la silla
se sentó el gran Pío Nono
el Papa de la energía.
El del sublime *Non possumus,*
el de los más largos días,
el que dijo á todo el orbe:
«Inmaculada es María,»
despejando así de sombras
á la Estrella matutina
cuyos destellos alumbran
las tinieblas de la vida.
La excelsa Reina del cielo
mostrósele agradecida
haciéndole mensajero
de su voluntad divina.

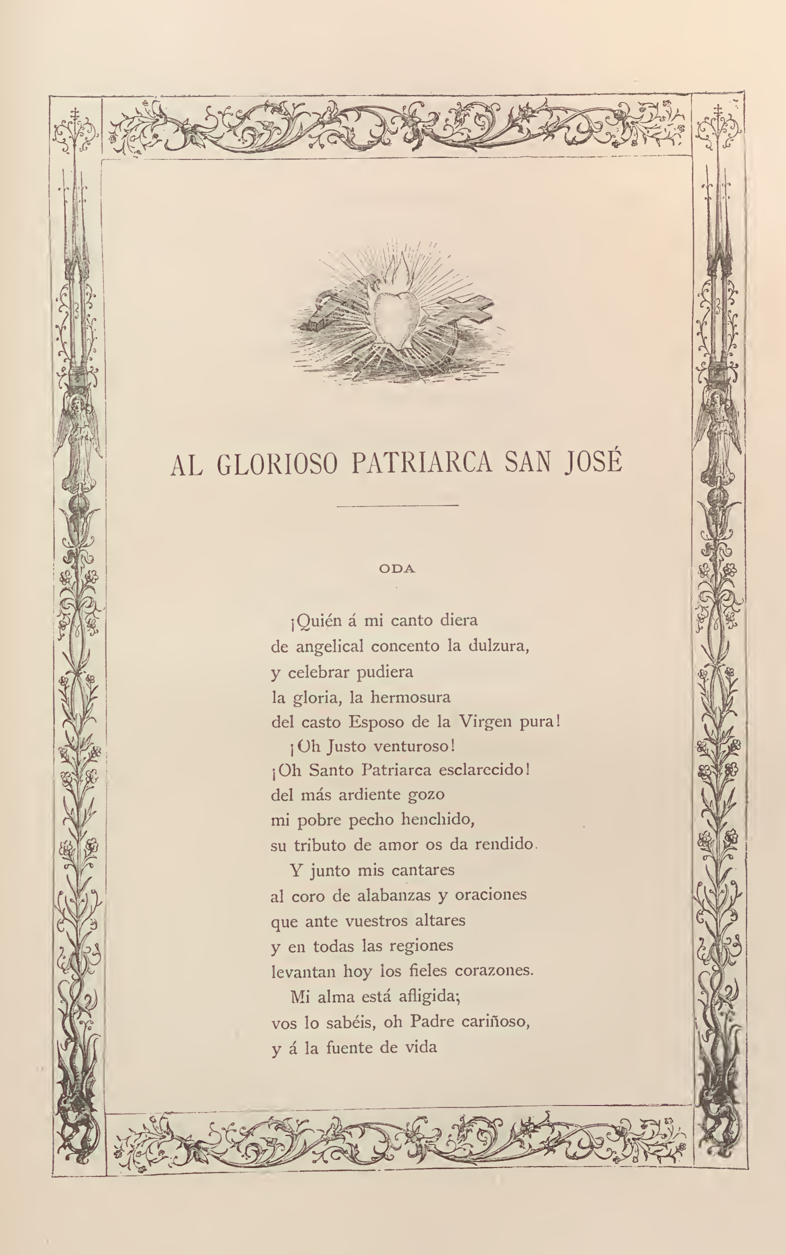


—«Circundada estoy de gloria,
al Padre Santo decía,
mas un anhelo florece
en el seno de mi dicha.
»¿Oyes cómo van subiendo
voces de Salve Regina
desde el valle de la muerte
á la mansión de la vida?
»Pues Salve, Salve, JOSÉ,
quiero que también se diga,
escogido entre millares
para celar la honra mía.
»Quiero compartir con El
mis regias prerogativas
como compartí en el mundo
los trabajos y fatigas.»
Inspirado el gran Pontífice
con tan gratas armonías,
dijo desde el alto solio,
de la Apostólica Silla:
—«Hijos, honrad á JOSÉ,
que así lo quiere María;
El dirigirá el timón
de esta invicta navecilla.
»JOSÉ es Patrón de la Iglesia,
que así lo exige María »
Y el averno retembló
Con su cohorte maldita.
Al punto la nube de oro
se extendía, se extendía
hacia el trono de JOSÉ
del de su Esposa Purísima.



Desde entonces se complace
la Tesorera divina
en dar á JOSÉ la honra
de la merced concedida
Si su clemencia demora
de sus hijos á las cuitas
es porque á su santo Esposo
suban las preces solícitas.
Y así el nombre de JOSÉ
en la corte y en la villa
resuena porque es consuelo
para todas las heridas.
Y la Trinidad augusta
del enlace complacida
va derramando tesoros
de eterna sabiduría.
Hace de los corazones
Paraíso de delicias,
en azucenas y rosas
trocando abrojos y espinas.

VICTORIA PEÑA DE AMER.



AL GLORIOSO PATRIARCA SAN JOSÉ

ODA

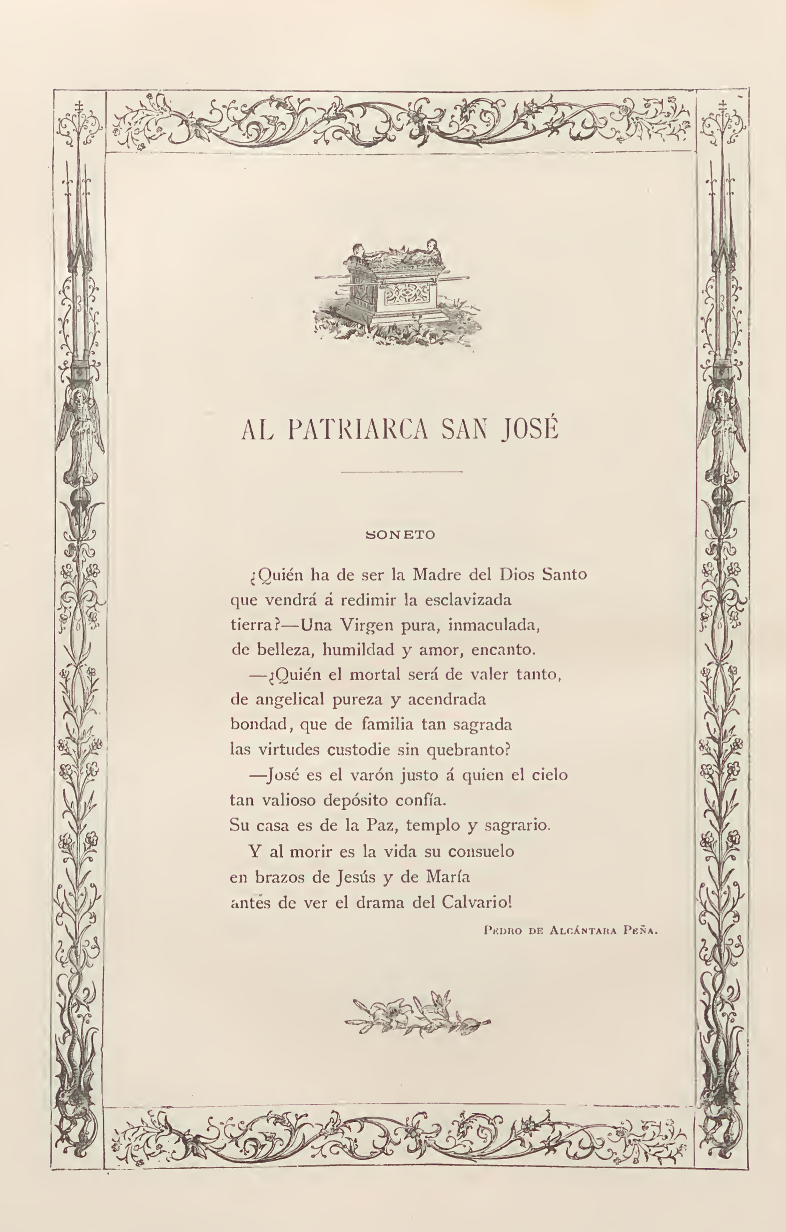
¡Quién á mi canto diera
de angelical concento la dulzura,
y celebrar pudiera
la gloria, la hermosura
del casto Esposo de la Virgen pura!
¡Oh Justo venturoso!
¡Oh Santo Patriarca esclarecido!
del más ardiente gozo
mi pobre pecho henchido,
su tributo de amor os da rendido.
Y junto mis cantares
al coro de alabanzas y oraciones
que ante vuestros altares
y en todas las regiones
levantan hoy los fieles corazones.
Mi alma está afligida;
vos lo sabéis, oh Padre cariñoso,
y á la fuente de vida

que guardáis amoroso
en vuestro brazo, acudo presuroso.
En Vos mi alma confía,
¿y quién podrá invocaros desconfiado,
oh Esposo de María,
viéndoos tan allegado
de Jesús nuestro Bien y dueño amado?
Si en vuestro almo regazo
al hijo soberano del Dios vivo
en dulcísimo lazo,
tenéis como cautivo
y de caricias le colmáis festivo;
¿cómo podrá negarse
á escuchar vuestras suaves peticiones?
Si quiso apellidarse
hijo vuestro, ¿sus dones
á quién franqueará y sus bendiciones?
Si un día acá en el suelo
súbdito os fué el Señor de los señores,
en la mansión del Cielo
¡con qué dulces favores
pagará vuestras penas y sudores!
¡Ah no! no serán vanos,
oh JOSÉ, vuestros ruegos paternales;
vos abriréis las manos
de gracias manantiales,
que llenasteis de besos celestiales.
De Bethlehém el frío
en ardores de amor véislo trocado
ahora, y en rocío
de gozo bienhadado
el calor del desierto despiadado.



Pródigo tesorero
de sus bondades Dios os ha elegido,
pues fuisteis el primero
que le miró nacido
y en vuestro seno se durmió mecido.
¡Oh, cómo á Dios bendigo
al veros sublimado á tanta altura!
Ensálzeos conmigo
hoy toda la natura
y cante vuestra gloria y gran ventura.
Glorificado os vea
del uno al otro polo cada día,
cual mi alma desea,
oh Esposo de María,
de Jesús tutelar y amado guía.
Atended á mi ruego,
sed de mi flaco pecho escudo fuerte,
mi vida yo os entrego,
porque en la varia suerte
del mundo guiaréisme hasta la muerte.
Y oid esa plegaria,
quejumbroso clamor de las naciones,
que ven la solitaria
Sión entre prisiones
esclava de sacrílegos sayones.
Al Grande Pío nono
que lleno de esperanza os ha aclamado
de la Iglesia Patrono,
oid, oh Santo amado,
y dadnos el triunfo deseado.

Jaime Collell, Pbro.

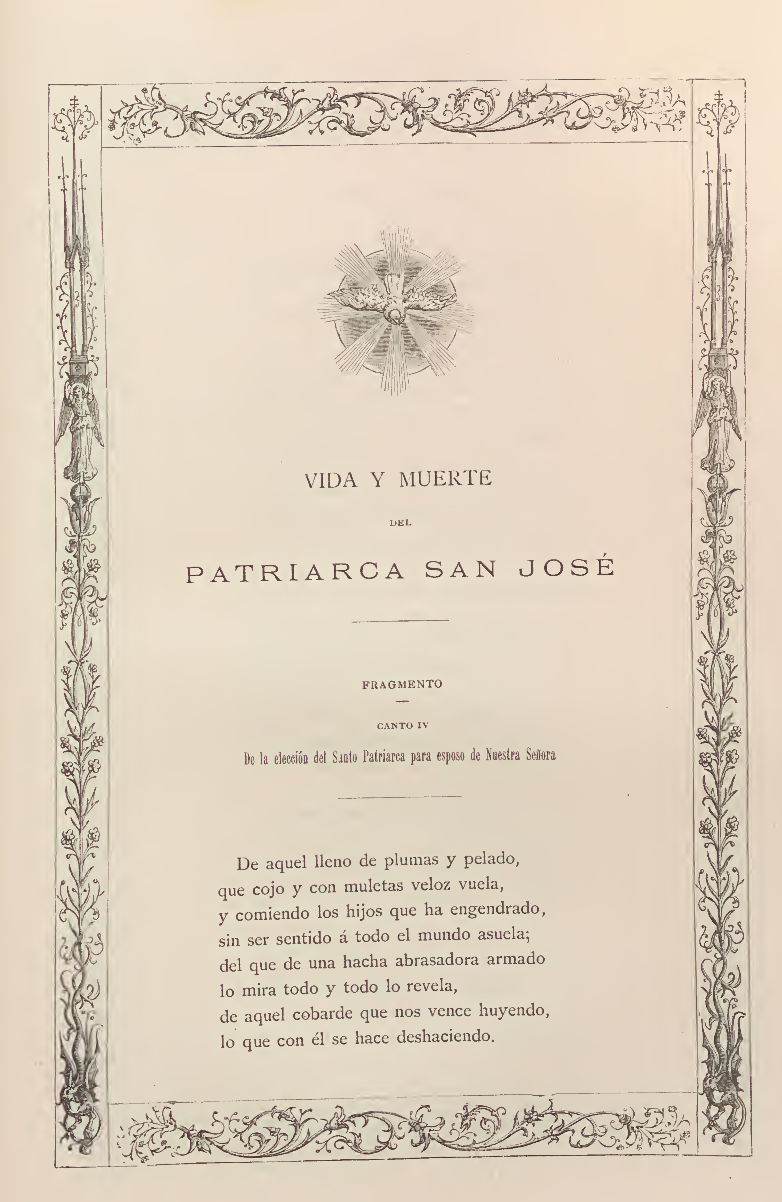


AL PATRIARCA SAN JOSÉ

SONETO

¿Quién ha de ser la Madre del Dios Santo
que vendrá á redimir la esclavizada
tierra?—Una Virgen pura, inmaculada,
de belleza, humildad y amor, encanto.
—¿Quién el mortal será de valer tanto,
de angelical pureza y acendrada
bondad, que de familia tan sagrada
las virtudes custodie sin quebranto?
—José es el varón justo á quien el cielo
tan valioso depósito confía.
Su casa es de la Paz, templo y sagrario.
Y al morir es la vida su consuelo
en brazos de Jesús y de María
antes de ver el drama del Calvario!

PEDRO DE ALCÁNTARA PEÑA.



VIDA Y MUERTE

DEL

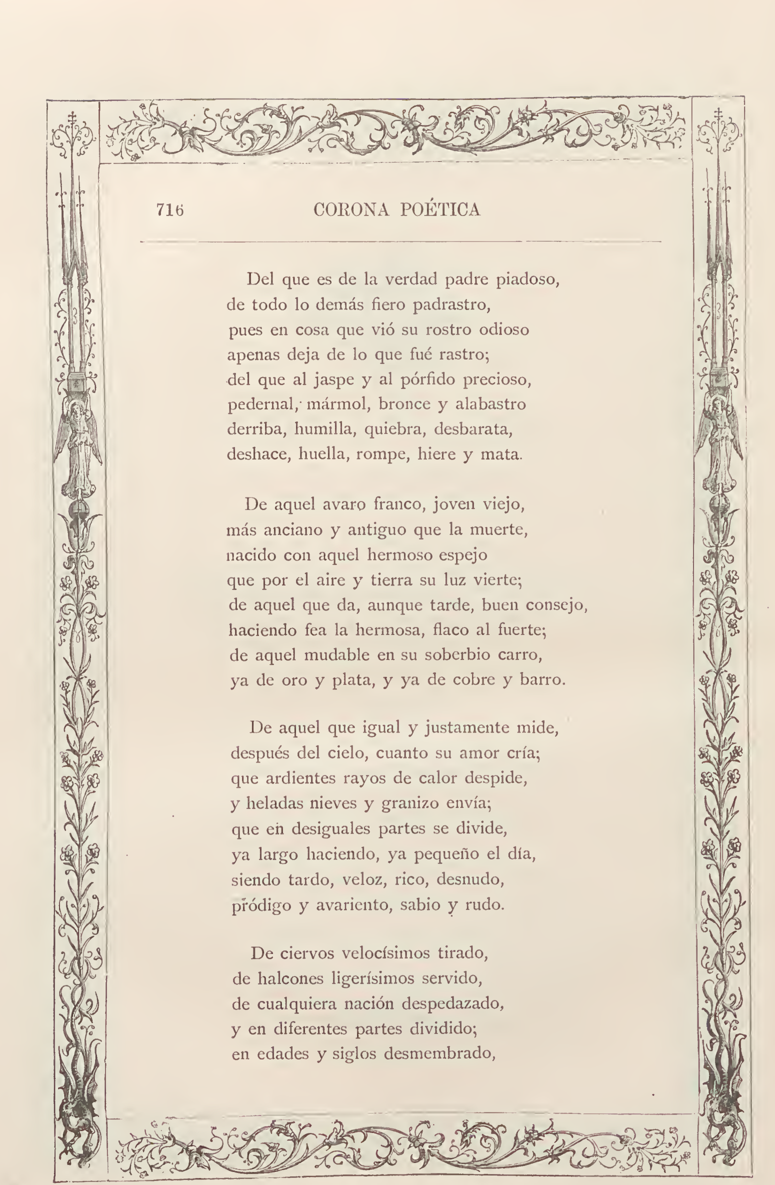
PATRIARCA SAN JOSÉ

FRAGMENTO

CANTO IV

De la elección del Santo Patriarca para esposo de Nuestra Señora

De aquel lleno de plumas y pelado,
que cojo y con muletas veloz vuela,
y comiendo los hijos que ha engendrado,
sin ser sentido á todo el mundo asuela;
del que de una hacha abrasadora armado
lo mira todo y todo lo revela,
de aquel cobarde que nos vence huyendo,
lo que con él se hace deshaciendo.



Del que es de la verdad padre piadoso,
de todo lo demás fiero padrastro,
pues en cosa que vió su rostro odioso
apenas deja de lo que fué rastro;
del que al jaspe y al pórfido precioso,
pedernal, mármol, bronce y alabastro
derriba, humilla, quiebra, desbarata,
deshace, huella, rompe, hiere y mata.

De aquel avaro franco, joven viejo,
más anciano y antiguo que la muerte,
nacido con aquel hermoso espejo
que por el aire y tierra su luz vierte;
de aquel que da, aunque tarde, buen consejo,
haciendo fea la hermosa, flaco al fuerte;
de aquel mudable en su soberbio carro,
ya de oro y plata, y ya de cobre y barro.

De aquel que igual y justamente mide,
después del cielo, cuanto su amor cría;
que ardientes rayos de calor despide,
y heladas nieves y granizo envía;
que en desiguales partes se divide,
ya largo haciendo, ya pequeño el día,
siendo tardo, veloz, rico, desnudo,
pródigo y avariento, sabio y rudo.

De ciervos velocísimos tirado,
de halcones ligerísimos servido,
de cualquiera nación despedazado,
y en diferentes partes dividido;
en edades y siglos desmembrado,

en lustros, años, meses repartido,
en días, noches, horas y cuadrantes
en grados, en minutos, en instantes.

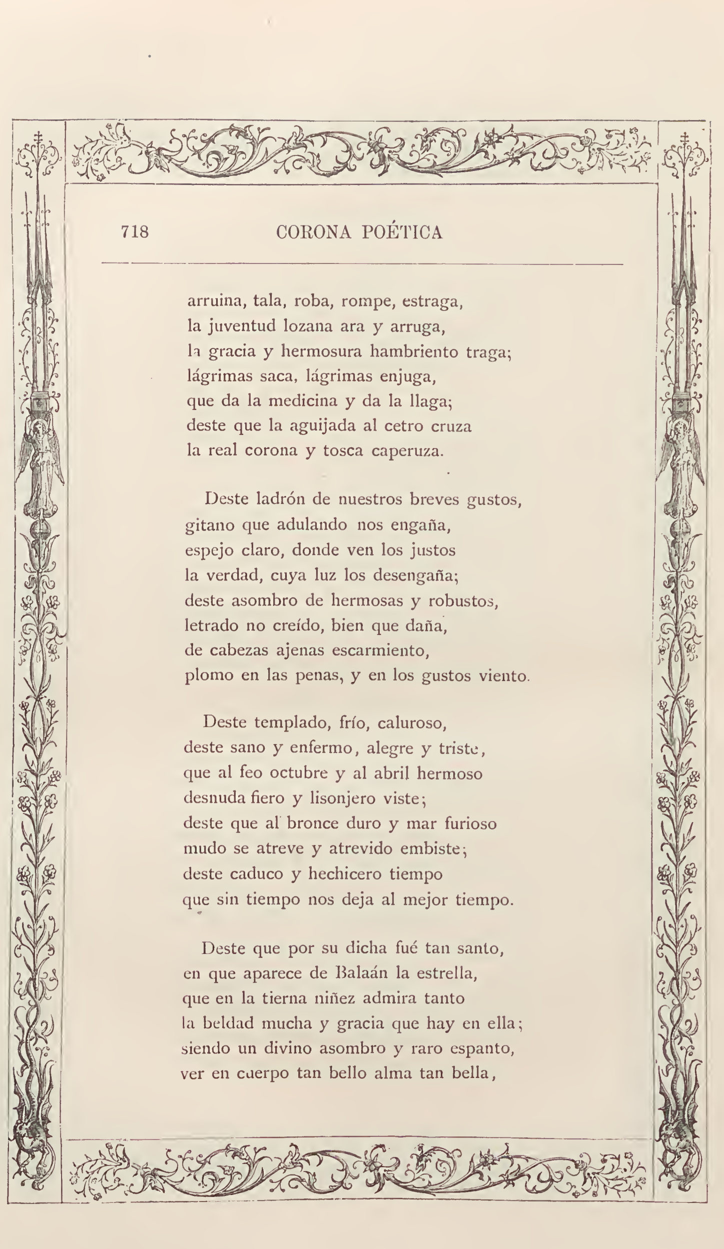
De aquel que con tristísimos estragos
supo arruinar las fuertes Babilonias;
del que hizo y destruyó los Areopagos,
los Corintos, las Tebas, las Ausonias;
del que Menfis, Albanias y Cartagos,
Troyas, Numancias, Cretas, Macedonias,
Asirias, Persias, Capadocias, Cumas,
huella ligero con sus canas plumas.

Deste que siempre nace y siempre muere,
que no se deja ver sino un instante;
deste que á todos atropella y hiere
con la segur de rígido diamante;
que ni tenerse sabe ó parar quiere,
hecho siempre perpetuo caminante;
que el monte humilla, el valle ensoberbece,
y todo lo remoza y envejece.

Deste de nadie apenas conocido,
de todos igualmente deseado,
siempre por nuestras culpas mal perdido,
siempre por nuestros daños bien llorado;
deste que aún no sabemos si es venido,
cuando sabemos cierto que es pasado;
de aqueste que en su carro transparente
teniéndole se parte y no se siente.

Del que en su cierta inevitable fuga





arruina, tala, roba, rompe, estraga,
la juventud lozana ara y arruga,
la gracia y hermosura hambriento traga;
lágrimas saca, lágrimas enjuga,
que da la medicina y da la llaga;
deste que la aguijada al cetro cruza
la real corona y tosca caperuza.

Deste ladrón de nuestros breves gustos,
gitano que adulando nos engaña,
espejo claro, donde ven los justos
la verdad, cuya luz los desengaña;
deste asombro de hermosas y robustos,
letrado no creído, bien que daña,
de cabezas ajenas escarmiento,
plomo en las penas, y en los gustos viento.

Deste templado, frío, caluroso,
deste sano y enfermo, alegre y triste,
que al feo octubre y al abril hermoso
desnuda fiero y lisonjero viste;
deste que al bronce duro y mar furioso
mudo se atreve y atrevido embiste;
deste caduco y hechicero tiempo
que sin tiempo nos deja al mejor tiempo.

Deste que por su dicha fué tan santo,
en que aparece de Balaán la estrella,
que en la tierna niñez admira tanto
la beldad mucha y gracia que hay en ella;
siendo un divino asombro y raro espanto,
ver en cuerpo tan bello alma tan bella,



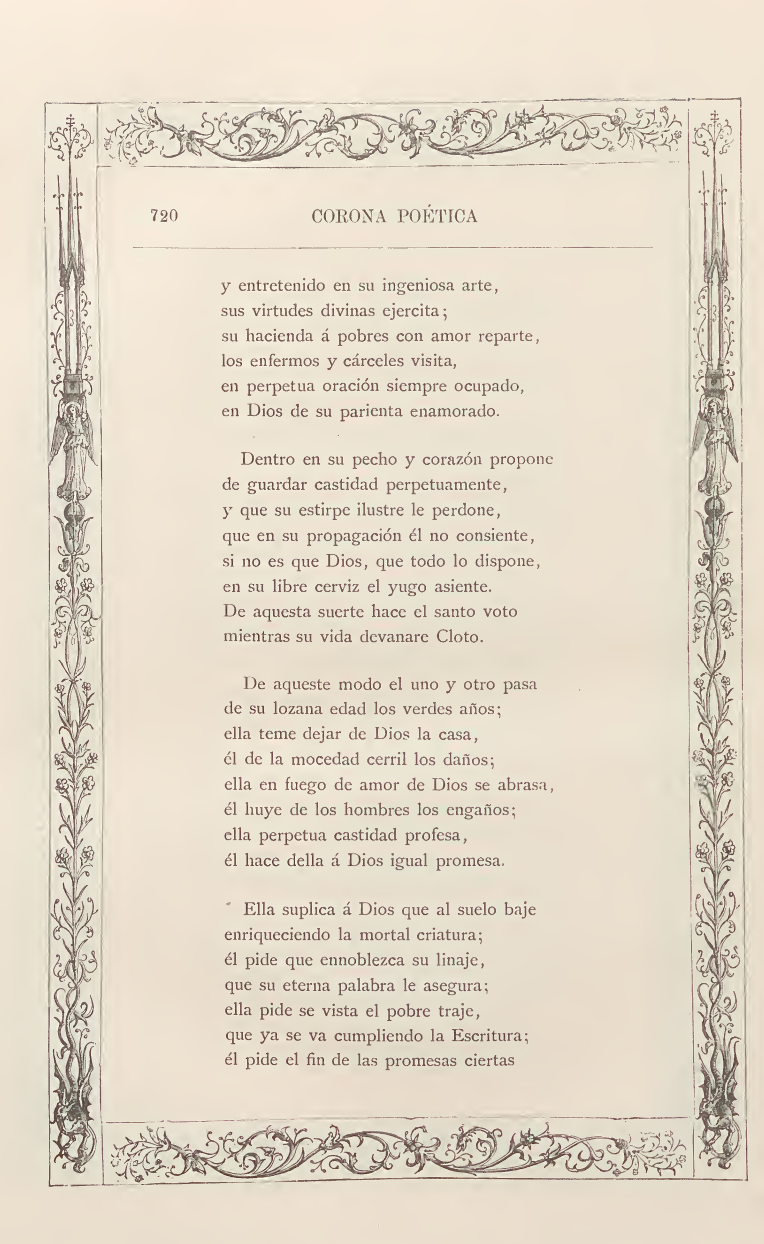
en tan pequeña edad tanta cordura,
igual la gentileza y la hermosura.

Tres veces doce vueltas había dado,
alumbrando la noche por su esfera,
la blanca hermana del Timbreo dorado,
siguiendo siempre su veloz carrera,
cuando el Señor de todo lo criado
quiere que le presenten la cordera
que amansará al leon dentro su pecho,
cordero manso por los hombres hecho.

Consulta con Joaquín la amada esposa
de consagrar á Dios la prenda bella,
y pues hizo su casa venturosa
enriquecer la suya á Dios con ella;
y así, dedican á la niña hermosa
al templo de su Dios, siéndolo ella,
hasta la edad del himeneo gozoso,
que aumente su linaje venturoso.

Allí en virtudes y belleza crece,
en el divino amor entretenida;
allí á su Dios su castidad ofrece,
haciendo en años tiernos santa vida;
allí la pasa hasta los años trece,
de los cuales hay ley establecida
no haya ninguna que á catorce pase,
y si llegare que se vaya ó case.

El gallardo JOSEF, por otra parte,
su patria venturosa humilde habita,



y entretenido en su ingeniosa arte,
sus virtudes divinas ejercita;
su hacienda á pobres con amor reparte,
los enfermos y cárceles visita,
en perpetua oración siempre ocupado,
en Dios de su parienta enamorado.

Dentro en su pecho y corazón propone
de guardar castidad perpetuamente,
y que su estirpe ilustre le perdone,
que en su propagación él no consiente,
si no es que Dios, que todo lo dispone,
en su libre cerviz el yugo asiente.
De aquesta suerte hace el santo voto
mientras su vida devanare Cloto.

De aqueste modo el uno y otro pasa
de su lozana edad los verdes años;
ella teme dejar de Dios la casa,
él de la mocedad cerril los daños;
ella en fuego de amor de Dios se abrasa,
él huye de los hombres los engaños;
ella perpetua castidad profesa,
él hace della á Dios igual promesa.

Ella suplica á Dios que al suelo baje
enriqueciendo la mortal criatura;
él pide que ennoblezca su linaje,
que su eterna palabra le asegura;
ella pide se vista el pobre traje,
que ya se va cumpliendo la Escritura;
él pide el fin de las promesas ciertas



que ha de hacer francas las cerradas puertas.

El uno y otro en esto entretenido
el ya cercano bien pide y vocea,
ella el pecho castísimo encendido,
esclava de sí misma ser desea;
él en el bien que pide enternecido
dichosa llama al alma que tal vea;
ella de gozo en su esperanza llora,
él á la madre y al nutricio adora.

En esto llega el sacerdote grave,
y ante el virgíneo bulto se arrodilla,
adorando la luz pura y suave,
delante quien el sol la suya humilla;
que de su santidad ya el templo sabe
que es asombro y del cielo maravilla,
y con aquel respeto que le debe
así propuso su demanda breve:

«Muy bien sabéis, ¡oh Virgen palestina!
y más que humana angélica criatura,
lo que nuestra ley santa determina
en las que guardan virginal clausura;
y que es guardada tradición divina
y que inviolable eternamente dura,
que la virgen que de años trece pasa
se case y deje aquesta por su casa.

»Así que, ¡oh Virgen! de virtudes llena,
de tronco ilustre soberana planta,
pues el cielo en aquesta edad ordena



deis al conyugal yugo la garganta,
siendo Virgen de todas la más buena,
ejemplo raro de obediencia santa,
ejecutad el mandamiento justo
dando á los cielos obediencia y gusto.»

La Virgen modestísima responde:
«Saber, Padre santísimo, debrías
cómo en su seno ya la tierra esconde
de mis dos padres las cenizas frías,
y que si no es aquí, yo no sé dónde
mejor pueda pasar mis pocos días,
pues mis padres á Dios me han consagrado,
y yo mi voluntad santificado.

»Y fuera desto darte parte quiero
cómo á aquel Dios de sin igual grandeza,
de las almas esposo verdadero,
sacrifiqué mi virginal pureza;
y así, gran sacerdote, te requiero
por su deidad y inacesible alteza
que, guardando mi voto, aquí me dejes,
ó lo que más me importa me aconsejes.»

Turbado un poco, admiración le puso
la novedad del peregrino caso,
y ya maravillado, ya confuso,
apenas mueve el perezoso paso;
y cuando á responderla se dispuso,
en sus razones queda tan escaso,
que hablar casi no puede, y luego parte
á dar á los demás del caso parte.

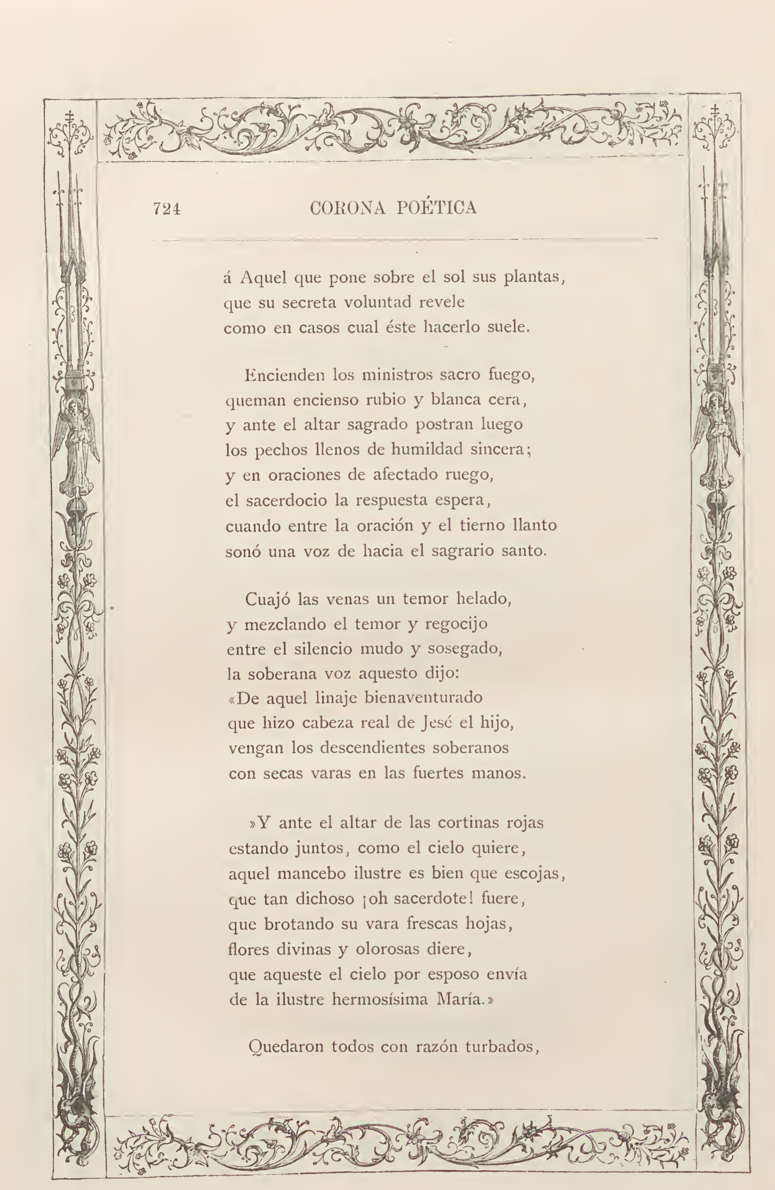


Entran los sacerdotes en consulta,
y ella en Dios levantando su esperanza,
la inexcrutable Majestad consulta,
que es de los cielos bienaventuranza;
y en ella firme espera qué resulta
de su bien empleada confianza;
su grave caso en esto se decide
según la gravedad del caso pide.

La novedad del caso los eleva,
y al fin entre ellos no se determina;
espántanse de que haya quien se atreva
á voto de virtud tan peregrina,
temen introducir costumbre nueva
contra el justo deseo, que camina
á ver el dulce fin tan pretendido,
á los de su linaje prometido.

Saben, por otra parte, cuánto obliga
cualquier voto que á Dios se prometiere,
y saben que él por su profeta diga
que se le cumpla el voto que se hiciere;
y así, hay quien el voto contradiga,
como hay también quien defenderle quiere;
uno ensalza y alaba el santo celo,
otro replica que se ofende el cielo.

La grave junta en votos dividida,
de tanta religión y prendas santas,
determina que en causa tan reñida
de pareceres y opiniones tantas,
con reverencia y humildad se pida



á Aquel que pone sobre el sol sus plantas,
que su secreta voluntad revele
como en casos cual éste hacerlo suele.

Encienden los ministros sacro fuego,
queman encienso rubio y blanca cera,
y ante el altar sagrado postran luego
los pechos llenos de humildad sincera;
y en oraciones de afectado ruego,
el sacerdocio la respuesta espera,
cuando entre la oración y el tierno llanto
sonó una voz de hacia el sagrario santo.

Cuajó las venas un temor helado,
y mezclando el temor y regocijo
entre el silencio mudo y sosegado,
la soberana voz aquesto dijo:
«De aquel linaje bienaventurado
que hizo cabeza real de Jesé el hijo,
vengan los descendientes soberanos
con secas varas en las fuertes manos.

»Y ante el altar de las cortinas rojas
estando juntos, como el cielo quiere,
aquel mancebo ilustre es bien que escojas,
que tan dichoso ¡oh sacerdote! fuere,
que brotando su vara frescas hojas,
flores divinas y olorosas diere,
que aqueste el cielo por esposo envía
de la ilustre hermosísima María.»

Quedaron todos con razón turbados,



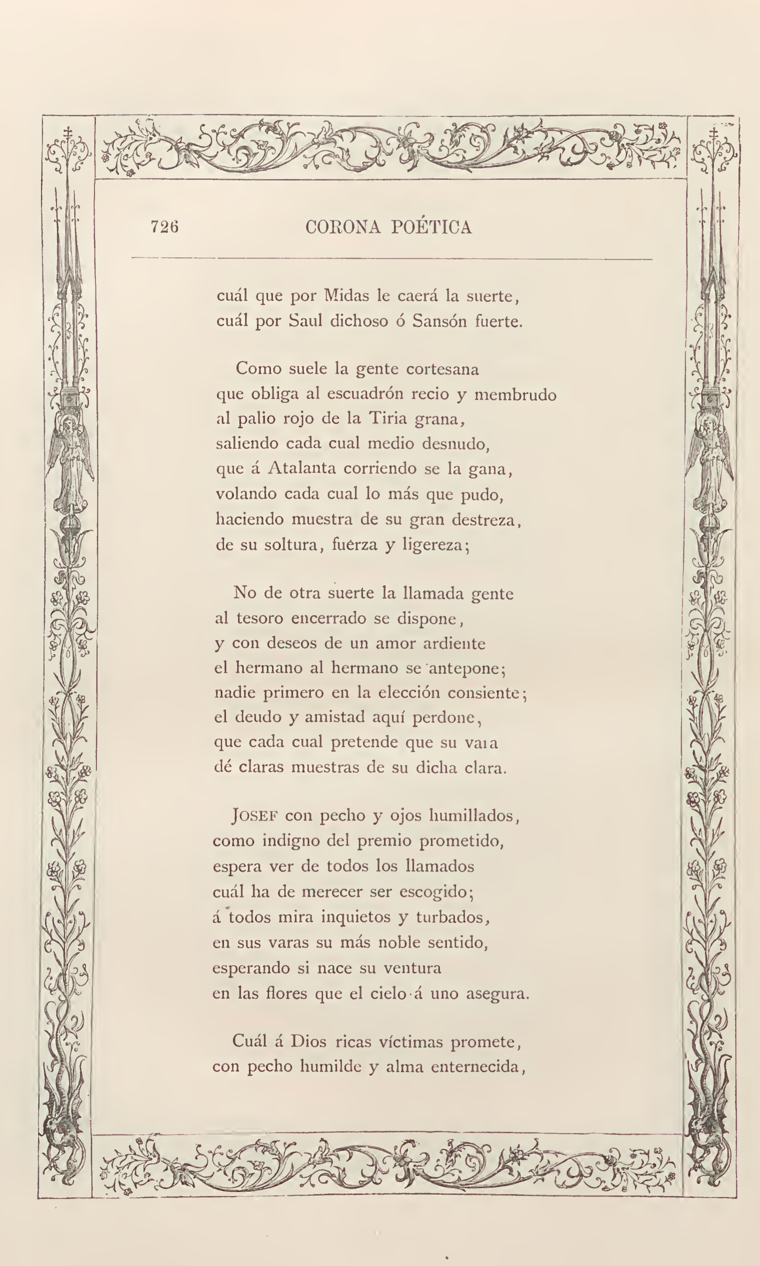
y despachando á partes diferentes,
en breve tiempo fueron convocados
del real David los claros descendientes;
y juntándose todos los llamados
á la voz santa humildes y obedientes,
en la casa divina y soberana
entra la bella juventud lozana.

Cuál hay altivo que se gallardea,
y entre las ricas y vistosas galas
el gentil cuerpo y ánimo hermosea
tendiendo, cual pavón, las bellas alas;
y cuál que el premio virginal desea,
entre sus pensamientos hace escalas,
para batir los estrellados fuegos
con votos justos y piadosos ruegos.

Cuál que gallardo muestra cuánto vale
en la excesiva costa del vestido,
y cuál que como el sol soberbio sale,
prometiéndose el premio prometido;
cuál que piensa no hay nadie que le iguale
de los nobles mancebos que han venido;
cuál espera entre tantos pretensores
que dé su seca vara frescas flores.

Cuál se promete el nuevo paraíso
por Salomón discreto y David sabio,
y cuál espera en su beldad y aviso
llevarle sin hacer á nadie agravio;
cuál por bello Absalón, cuál por Narciso
aguarda el dulce sí del casto labio;





cuál que por Midas le caerá la suerte,
cuál por Saul dichoso ó Sansón fuerte.

Como suele la gente cortesana
que obliga al escuadrón recio y membrudo
al palio rojo de la Tiria grana,
saliendo cada cual medio desnudo,
que á Atalanta corriendo se la gana,
volando cada cual lo más que pudo,
haciendo muestra de su gran destreza,
de su soltura, fuerza y ligereza;

No de otra suerte la llamada gente
al tesoro encerrado se dispone,
y con deseos de un amor ardiente
el hermano al hermano se antepone;
nadie primero en la elección consiente;
el deudo y amistad aquí perdone,
que cada cual pretende que su vara
dé claras muestras de su dicha clara.

JOSEF con pecho y ojos humillados,
como indigno del premio prometido,
espera ver de todos los llamados
cuál ha de merecer ser escogido;
á todos mira inquietos y turbados,
en sus varas su más noble sentido,
esperando si nace su ventura
en las flores que el cielo á uno asegura.

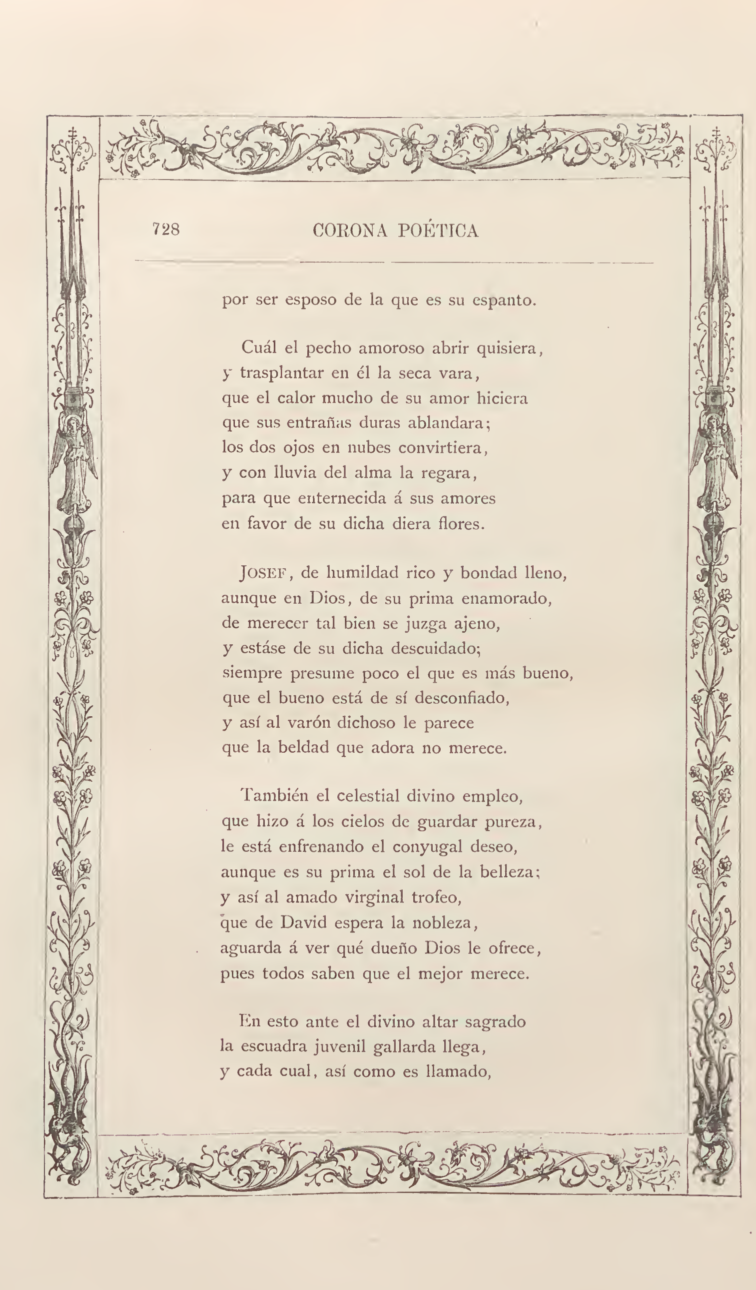
Cuál á Dios ricas víctimas promete,
con pecho humilde y alma enternecida,

si ve salir el fresco ramillete,
que será el ramo que traerá su vida;
cuál sus deseos por las nubes mete,
solicitando la beldad querida;
cuál promete la media de su hacienda,
si le da el cielo la adorada prenda.

Cuál con su sangre y vida á Aarón comprara
la vara que, cobrando nueva vida,
brotó las flores de belleza rara
para trocarla á la que tiene asida;
y cuál suspira por la ilustre vara,
que fué en fiera culebra convertida,
que vara que alcanzó tantos favores
pudiera producir hojas y flores.

Cuál, pospuesto de Dios el temor santo,
quisiera consultar la Pitonisa,
para que con la fuerza de su encanto
de los demás hiciera escarnio y risa;
cuál de los magos de Faraón del canto
desea la magia, donde el rey se avisa,
que hiciera, aunque aparentes, flores bellas,
que convirtiera en glorias sus querellas.

Cuál de Scitia, de Colcos y Tesalia
por las infames hierbas gime y llora,
por gozar de quien vence á la Accidalia
madre del ciego, que en su pecho mora;
cuál de Medea, que bajó hasta Italia,
por remozar al padre del que adora,
desea la falsa ciencia y vano encanto,



por ser esposo de la que es su espanto.

Cuál el pecho amoroso abrir quisiera,
y trasplantar en él la seca vara,
que el calor mucho de su amor hiciera
que sus entrañas duras ablandara;
los dos ojos en nubes convirtiera,
y con lluvia del alma la regara,
para que enternecida á sus amores
en favor de su dicha diera flores.

JOSEF, de humildad rico y bondad lleno,
aunque en Dios, de su prima enamorado,
de merecer tal bien se juzga ajeno,
y estáse de su dicha descuidado;
siempre presume poco el que es más bueno,
que el bueno está de sí desconfiado,
y así al varón dichoso le parece
que la beldad que adora no merece.

También el celestial divino empleo,
que hizo á los cielos de guardar pureza,
le está enfrenando el conyugal deseo,
aunque es su prima el sol de la belleza;
y así al amado virginal trofeo,
que de David espera la nobleza,
aguarda á ver qué dueño Dios le ofrece,
pues todos saben que el mejor merece.

En esto ante el divino altar sagrado
la escuadra juvenil gallarda llega,
y cada cual, así como es llamado,



que sea escogido humildemente ruega;
el gran JOSEF con ánimo humillado
el grave rostro enternecido riega,
esperando el suceso venturoso
del que hace de su prima el cielo esposo.

Ya el deseo y esperanza es insufrible
á cada cual que el caro bien desea,
y aunque conocen que es caso imposible,
que de más de uno el premio hermoso sea,
cada uno espera ser, como es posible,
el que en la dura vara flores vea,
y así, á más de uno dellos le parece
que su vara se aumenta y reverdece.

Ya todo el pueblo atento está á la mira,
las flores prometidas atendiendo,
cuando la mano de JOSEF se admira
su seca vara humedecida viendo;
y temeroso en Dios, temblando mira
que se va hinchando y va reverdeciendo,
y entre turbadas ansias y congojas,
ve flores blancas entre verdes hojas.

Tras esto por el aire ven que asoma,
portento raro, prodigioso y nuevo,
una sencilla y cándida paloma
buscando al noble sin igual mancebo;
y que con blando arrullo alegre toma
asiento entre las flores del renuevo,
señalando con vista milagrosa
el digno Esposo de la niña hermosa.



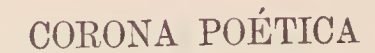
El pueblo absorto, alegre y admirado,
aclamando á JOSEF, la voz levanta,
y el sacerdocio en tono levantado
himnos alegres y canciones canta,
celebrando el valor del señalado
con blancas flores y paloma santa;
repite el pueblo en desiguales voces:
—Largos años, JOSEF, tanto bien goces.

La escuadra juvenil de gozo llena,
viendo de su parienta el digno empleo,
y que el ir contra el cielo que lo ordena
es impiedad y loco devaneo,
llega á dar á JOSEF la enhorabuena,
que le dure á medida del deseo,
y él con amigo rostro y graves brazos
los parabienes paga y los abrazos

Y cada cual con ánimo gozoso
procura que en su rostro JOSEF vea
que no habiendo de ser él el dichoso,
en el alma se huelga que él lo sea;
y así, ninguno dellos va invidioso
del mucho bien que en él el cielo emplea;
que tanto puede la virtud divina,
qne los rebeldes ánimos inclina.

Llega la nueva alegre y venturosa
á la noble honestísima María,
y con humilde vista vergonzosa
da el grave rostro muestras de alegría;
y del Señor de majestad gloriosa





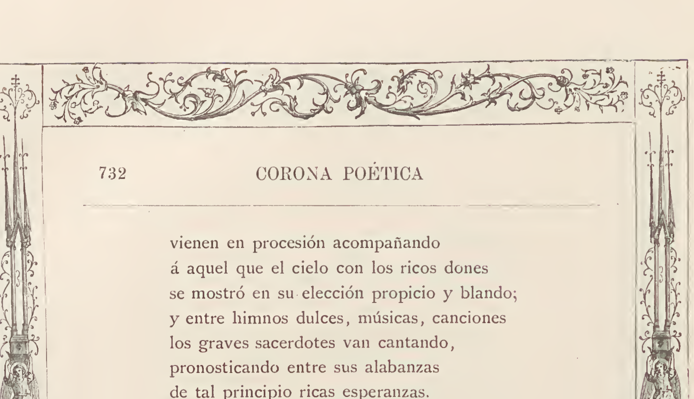
más firme el voto prometido fía,
poniendo entre sus manos inmortales
sus votos y promesas virginales.

Llegan luego del templo las doncellas
postrando por el suelo las rodillas,
vertiendo aljófar rico y perlas bellas
por la nieve y coral de sus mejillas;
ella, cual sol delante las estrellas,
muestra en su rostro nuevas maravillas,
sus tiernas compañeras abrazando
de su forzosa ausencia consolando.

Cuál á la dulce amiga triste abraza,
y cuál la ausencia de su bondad llora;
cuál tiernamente el cuello hermoso enlaza
del templo de virtud que humilde adora;
cuál soledad y pena se amenaza,
ausente de la luz que la enamora,
y cuál las manos cristalinas besa
quedando entre ellas sin sentido presa.

La Virgen soberana enternecida
enseña el alma en la rosada frente,
y dice que si viene en la partida,
es por ser á los cielos obediente,
y que teme en la triste despedida
su pena mucha y la que en ella siente,
y que si el cielo se lo permitiera,
siempre su indigna amiga y sierva fuera.

Por otra parte, todos los varones



vienen en procesión acompañando
á aquel que el cielo con los ricos dones
se mostró en su elección propicio y blando;
y entre himnos dulces, músicas, canciones
los graves sacerdotes van cantando,
pronosticando entre sus alabanzas
de tal principio ricas esperanzas.

El pueblo todo alegre le bendice,
reverenciando el bello rostro grave,
y al cielo justo piden que eternice
la bondad suya, que él también alabe;
cada cual bendiciones mil le dice,
viendo el merecimiento que en él cabe,
y á su posada vuelve, donde espera
ver del hermoso sol la luz primera.

La soberana Virgen palestina,
suspensa en la oración acostumbrada,
el alma humilde y corazón inclina
á la deidad de majestad sagrada,
pidiendo que su voluntad divina
le sea como otras veces revelada,
que ya sabe su voto y su promesa,
y que ya su clausura amada cesa.

Dió clara luz la refulgente lumbre
de un mensajero celestial alado,
que de la impírea inaccesible cumbre
viene á la Virgen bella despachado;
y aunque á su luz el cielo se deslumbre,
él á la de la Virgen deslumbrado,





con el acostumbrado acatamiento,
así declara el celestial intento:

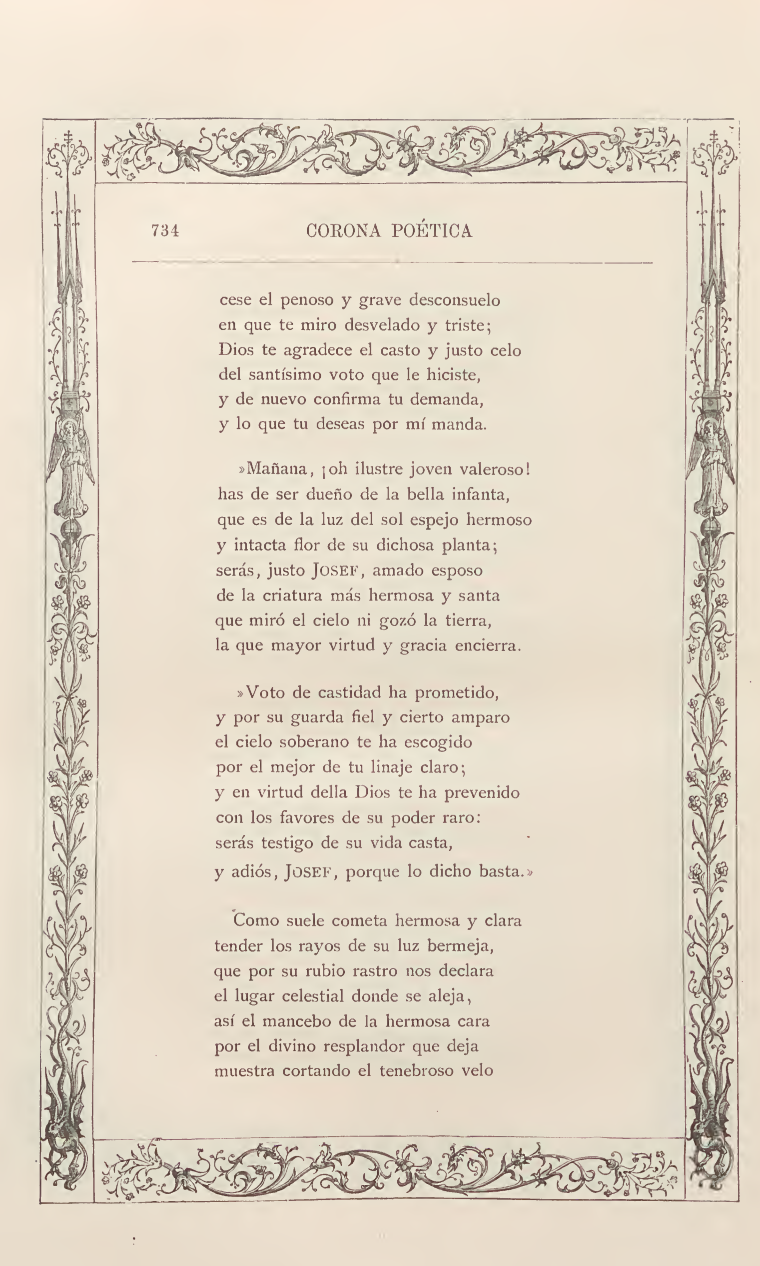
«Tu belleza y bondad, que á la mía excede,
Virgen de suma y sin igual belleza,
desde tu nacimiento tanto puede
con el Señor de la inmortal grandeza,
que hace que el voto confirmado quede
que ya le hiciste de guardar pureza,
ordenando que eternamente guardes
el voto casto, en cuyo amor te ardes.

»El esposo que el cielo te ha escogido,
que fué antes de nacer santificado,
y nunca el noble cuello vió rendido
al fiero yugo del mortal pecado;
el voto, que has al cielo prometido,
condicional le tiene á Dios votado;
la tempestad que tú en tus pensamientos,
está pasando entre contrarios vientos.

»Y porque voy á verle, adiós, Señora.»
Y el aire cristalino sacudiendo
con las alas de estrellas con que dora
el templo santo por quien va saliendo,
deja su reina, que gozosa llora,
gracias eternas á su autor haciendo,
y llega al santo Joven desvelado,
y dice el ángel de color rosado:

»Santísimo JOSEF, sálvete el cielo:
no temas al que muchas veces viste;





cese el penoso y grave desconsuelo
en que te miro desvelado y triste;
Dios te agradece el casto y justo celo
del santísimo voto que le hiciste,
y de nuevo confirma tu demanda,
y lo que tu deseas por mí manda.

»Mañana, ¡oh ilustre joven valeroso!
has de ser dueño de la bella infanta,
que es de la luz del sol espejo hermoso
y intacta flor de su dichosa planta;
serás, justo JOSEF, amado esposo
de la criatura más hermosa y santa
que miró el cielo ni gozó la tierra,
la que mayor virtud y gracia encierra.

»Voto de castidad ha prometido,
y por su guarda fiel y cierto amparo
el cielo soberano te ha escogido
por el mejor de tu linaje claro;
y en virtud della Dios te ha prevenido
con los favores de su poder raro:
serás testigo de su vida casta,
y adiós, JOSEF, porque lo dicho basta.»

Como suele cometa hermosa y clara
tender los rayos de su luz bermeja,
que por su rubio rastro nos declara
el lugar celestial donde se aleja,
así el mancebo de la hermosa cara
por el divino resplandor que deja
muestra cortando el tenebroso velo

que hace carrera al estrellado cielo.

Pasmóse el gran JOSEF, y en sí volviendo,
reverencia al divino alado paje,
eternas gracias á su autor haciendo
por el favor del celestial mensaje,
con alma y vida humilde agradeciendo
el bien con que engrandece su linaje,
y el celestial con que la duda cesa
del cumplimiento fiel de su promesa.

En esto el gran JOSEF la noche pasa,
deseando ver el perezoso día
en que á la imagen de beldad sin tasa
reciba en casta y dulce compañía;
y como al pecho justo el fuego abrasa
de su esposa santísima María,
la noche corta le parece eterna,
y la esperanza breve sempiterna.

Y ya como divino enamorado,
castos deseos dentro el alma forma,
de ver el bien que por su bien le ha dado
el que á los cielos dió la hermosa forma;
de sí propio JOSEF enagenado,
en el sujeto amado se transforma,
y entre las alas de la noche fría
á su adorada esposa el alma envía.

La cual, con un afecto fervoroso
en Dios absorta y en su amor ardiendo,
le pone humilde en su escogido esposo,

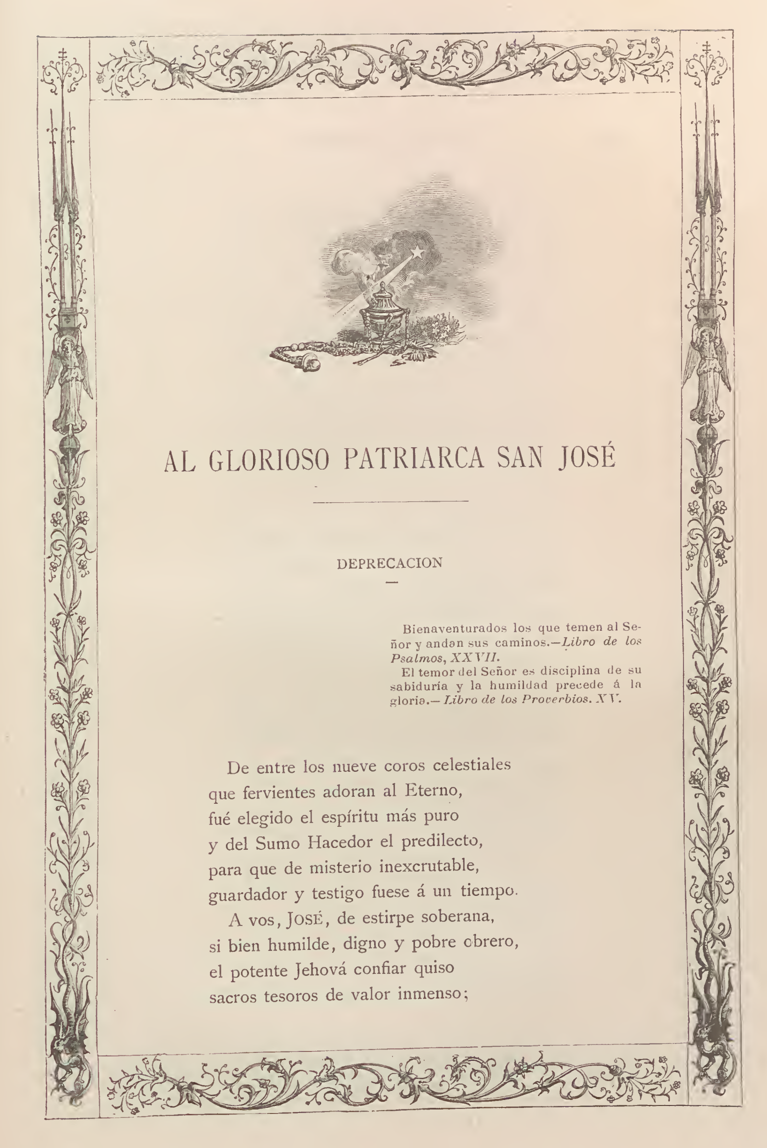
su obligación justísima cumpliendo;
y contemplando el orden milagroso
que en sus cosas va el cielo disponiendo,
en humildad profunda á Dios alaba
y antes que su oración la noche acaba.

Contempla la virtud insigne y rara
que en su casto JOSEF está encendida,
admirando en la grave hermosa cara
la majestad real esclarecida;
ve como el cielo justo le declara
por varón santo de inculpable vida;
mira su gran bondad, su gran nobleza,
su santidad, su gracia y su pureza.

Ya su virtud alaba y justo celo,
y ya el divino amor por él la inflama,
y fervorosamente ruega al cielo
la vida guarde del que á su Dios ama;
y ya rendida al soñoliento velo,
se recostó sobre la humilde cama.
Yo, por guardarla el suyo sacrosanto,
pondré el dedo en la boca y fin al canto.

DEL MAESTRO JOSEF DE VALDIVIELSO.





AL GLORIOSO PATRIARCA SAN JOSÉ

DEPRECACION

Bienaventurados los que temen al Señor y andan sus caminos.—*Libro de los Psalmos, XXVII.*

El temor del Señor es disciplina de su sabiduría y la humildad precede á la gloria.—*Libro de los Proverbios. XV.*

De entre los nueve coros celestiales
que fervientes adoran al Eterno,
fué elegido el espíritu más puro
y del Sumo Hacedor el predilecto,
para que de misterio inexcrutable,
guardador y testigo fuese á un tiempo.
A vos, JOSÉ, de estirpe soberana,
si bien humilde, digno y pobre obrero,
el potente Jehová confiar quiso
sacros tesoros de valor inmenso;



os confió la Virgen más perfecta
de todas cuantas en la tierra fueron,
la hija de Israel, predestinada
para ser madre del Divino Verbo
y de la humanidad corredentora,
del cielo luz y espanto del averno.
¡Cuánta virtud, JOSÉ, qué fortaleza,
qué amor tan generoso y verdadero,
cuánta fe y santidad debió abonaros,
para el honor de tal encumbramiento!
Ser por la ley Esposo de María,
de la Virgen más bella feliz dueño,
y respetar sus votos virginales
¿do un mortal encontrar capaz de hacerlo?
No lo pudiera no, quien no se hallara
fortalecido por divino aliento,
como lo estabais al obrar la Gracia
en vos prodigios cual jamás se vieron.
Por eso fué la Virgen enlazada,
no á rico prócer, sabio, ni guerrero,
sino al más digno y casto de los hombres,
al más humilde y justo entre los buenos,
para que de él se viera protegida
con paternal y cariñoso celo,
cual protege al rosal tierno y florido
la fresca sombra del vetusto cedro.
Si el orgullo fué origen de la muerte,
la humildad devolvió á la vida el cetro
y por ser vos humilde enaltecido
os visteis, Varón justo, en tal extremo,
que la gloriosa Redención del hombre,
en vuestro pobre hogar tuvo comienzo.



En ese hogar la Nieta de cien reyes,
la electa Emperatriz del Universo,
la que «Bendita entre todas» la clamaba
de Adonai el arcángel mensajero,
con su piedad y mansedumbre daba
consuelo al pobre y al orgullo ejemplo.
En ese hogar angélicos espíritus
velaban, Patrón mío, vuestro sueño,
revelándoos los místicos arcanos
que acató vuestra fe sin comprenderlos.
En ese albergue el Niño Dios moraba,
cual hijo de sencillo jornalero,
siendo su afable y amoroso trato
de su misericordia indicio previo;
allí su inteligencia iluminaba
la mente de sus rudos compañeros,
aprestándose así para en el mundo
las doctrinas del bien derramar luego
y recoger en cambio ingratitudes,
befa, dolor y muerte entre tormentos.
¡Oh quién, Patriarca venerado, pudo,
conociendo á Jesús, no amarle ciego!
Por eso vos, su padre alimenticio,
de insólito valor sintiéndoos lleno,
por amor á ese Niño prodigioso,
de Nazareth partisteis, lejos, lejos,
burlando así los hórridos furores
del sanguinario Herodes Idumeo.
¡Qué de angustias sin cuento os aquejaron
en la vida azarosa del destierro,
y cuánta abnegación os fué precisa
por salvar á esos dos caros objetos,





que con afán paterno protegía
vuestro paciente é incansable celo!
Al soportar las fieras privaciones
del caminante por agrestes yermos
y los peligros, sed, hambre y fatigas,
bajo el sol asfixiante del desierto,
hubierais cien mil veces perecido
sin el favor del Hacedor Supremo.
Mas, El que acude próvido al amparo
de todo ser viviente y le da esfuerzo
para sufrir las crudas intemperies
de diversas regiones y elementos,
¿dejara, acaso, en tal cruel olvido,
sin auxilio, ni albergue, ni alimento,
á su Hijo Unigénito y amado
de la divinidad suya concepto?
No tal; al modo que surcando el aire
de alados ibis numeroso vuelo
van sombreando del Jordán undoso
los despoblados sotos ribereños,
numerosos espíritus seráficos
del Empíreo veloces descendieron
y vuestros lacios miembros sombreando,
de improvisadas tiendas os sirvieron
y al Dios hijo de Dios, tres veces santo,
orearon con dulces aleteos..

. . . .

Empero ¿cómo fué que al ver obrados,
varón justo, ante vos tales portentos,
al mirar blandamente recostado
al Redentor del mundo en vuestro seno,
el asombro y respeto de consuno



vuestro ánimo esforzado no rindieron?
¿Cómo al sentir de sus amantes brazos
la suave presión en vuestro cuello
ó al recibir en vuestro anciano rostro
de su bendito labio infantil beso,
de inefable emoción arrebatado
no estalló el corazón dentro del pecho?
No estalló, porque el Cielo os confortaba
dejándoos entrever ya los secretos
de las antiguas santas profecías
y su exacto cercano cumplimiento.
¡Harto bien vuestra fe ganado había
el ser conocedor de esos misterios!
Y justo fué que al conocer lo grande
de tal revelación, Patriarca excelso,
exclamarais: «Señor, de mi existencia
sacrificio os rendí ya por completo;
con fiel ahinco me esforcé en serviros
y gozoso acaté vuestros preceptos;
mas, de tantas mercedes no soy digno,
si algo bueno hay en mí, á vos lo debo.»
¡Oh! Si cual vos, sagrado Taumaturgo,
pudiera dirigirme al Rey del Cielo
y de mi larga y apenada vida
digna ofrenda elevarle sin recelo.
Mas ¡ay! que al fin de mi existencia aciaga,
nada alegar en pro de mi alma puedo;
soporté mal la cruz de mi calvario,
quise rebelde sacudir su peso;
si el bien obré, quizás mis buenas obras,
cual pétalos de flor que lleva el viento,
arrancadas del libro de la vida

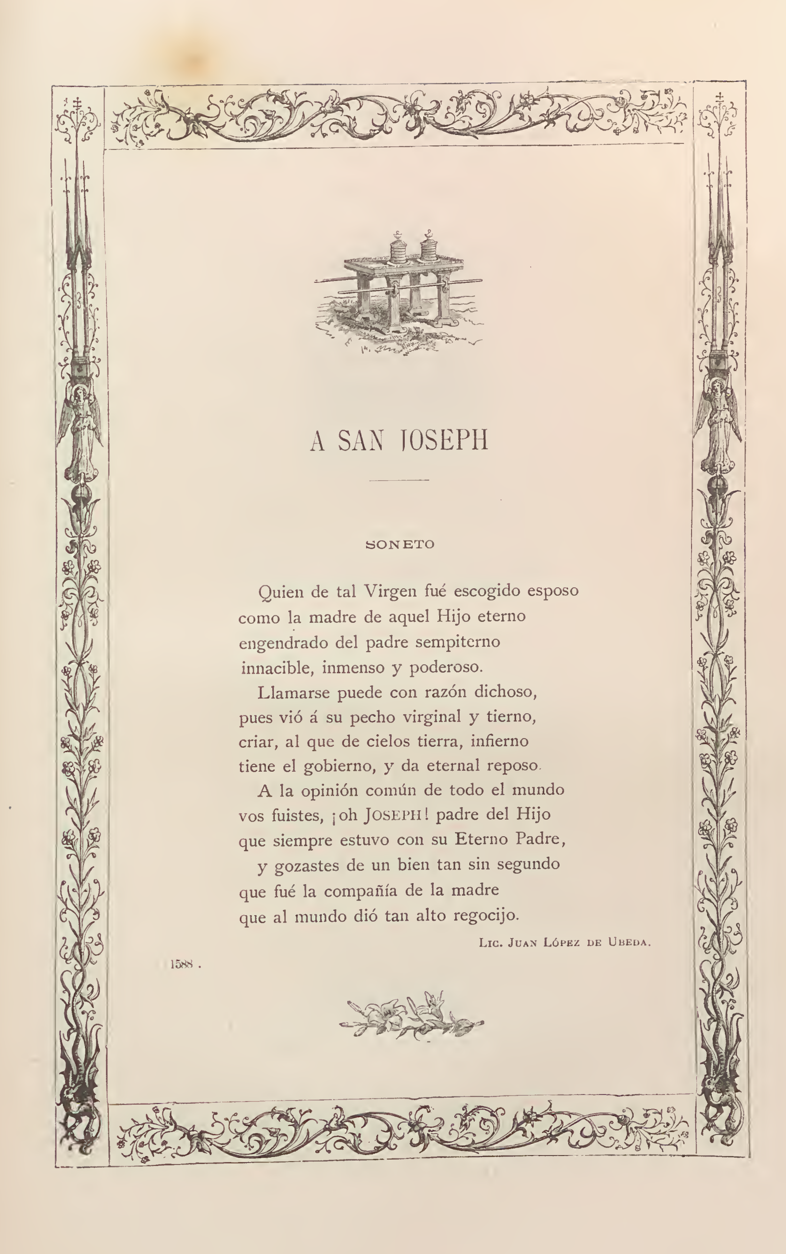


por mis defectos y soberbias fueron.
Si en amar al Señor me mostré omisa,
si olvidé de su ley algún precepto,
¿cómo he de osar pedir misericordia
al que ofendió mi corazón protervo?
¿Cómo atreverme en el *tremendo día*
á contemplar su aspecto justiciero?
Reincidente fuí; si bien contrita
vuestra piedad, JOSÉ, glorioso, espero;
vos que al Niño Jesús rendido amasteis,
vos á quien Él amó con tal extremo,
sed con Él y su Madre inmaculada,
mi eficaz abogado y medianero.
Mi eterna salvación con ansia os pido,
por cuantos seres amo también ruego,
y así en vos, aunque audaz, esperanzada,
pues cuanto menos valgo á más me atrevo,
por la Iglesia Católica os imploro,
por mi Patria infeliz clemencia impetro;
sea en ellas la paz y la concordia,
la virtud y la fe rijan sus pueblos
y recobren su antiguo poderío
por vuestro patrocinio y valimiento:
y ya que de mi vida atribulada,
próximo el fin con alegría veo,
¡tutelar Santo mío, en ese trance
ablandad el rigor del Juez Supremo!

MARÍA JOSEFA MASSANÉS.

Abril de 1886.





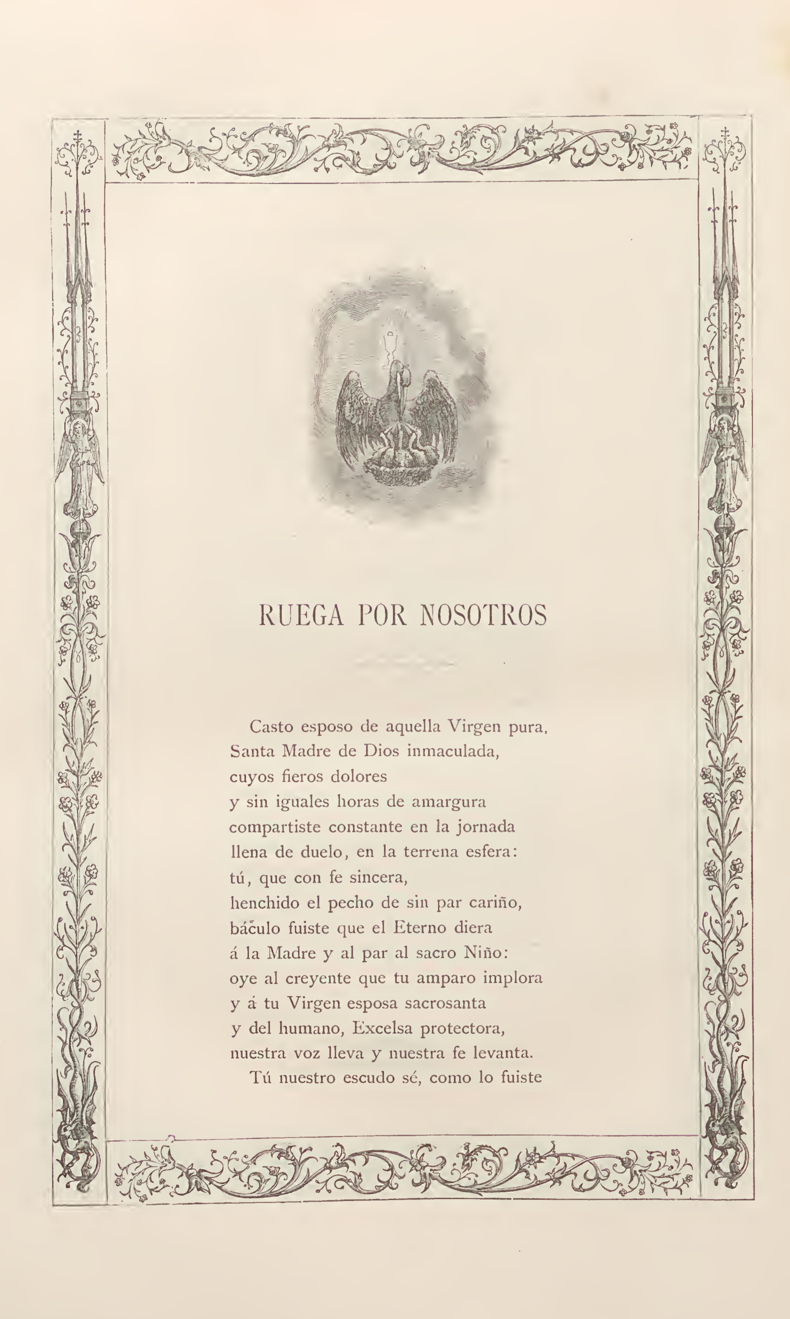
A SAN JOSEPH

SONETO

Quien de tal Virgen fué escogido esposo
como la madre de aquel Hijo eterno
engendrado del padre sempiterno
innacible, inmenso y poderoso.
Llamarse puede con razón dichoso,
pues vió á su pecho virginal y tierno,
criar, al que de cielos tierra, infierno
tiene el gobierno, y da eternal reposo.
A la opinión común de todo el mundo
vos fuistes, ¡oh JOSEPH! padre del Hijo
que siempre estuvo con su Eterno Padre,
y gozastes de un bien tan sin segundo
que fué la compañía de la madre
que al mundo dió tan alto regocijo.

LIC. JUAN LÓPEZ DE UBEDA.

1588.



RUEGA POR NOSOTROS

Casto esposo de aquella Virgen pura,
Santa Madre de Dios inmaculada,
cuyos fieros dolores
y sin iguales horas de amargura
compartiste constante en la jornada
llena de duelo, en la terrena esfera:
tú, que con fe sincera,
henchido el pecho de sin par cariño,
báculo fuiste que el Eterno diera
á la Madre y al par al sacro Niño:
oye al creyente que tu amparo implora
y á tu Virgen esposa sacrosanta
y del humano, Excelsa protectora,
nuestra voz lleva y nuestra fe levanta.
Tú nuestro escudo sé, como lo fuiste



del tierno Niño y de la Madre santa,
ya del Egipto en la infecunda pena,
ya en la ingrata Sion no redimida,
cuando la Madre, de quebranto llena,
huyó, del Hijo por salvar la vida.

Ruega, pues, por nosotros: tanto puedes
que tu virtud sin par, ya aquí en la tierra
mereció del Señor tantas mercedes
cual nadie ha de alcanzar, llamarle hijo
al Supremo Hacedor de lo creado,
y un ángel en tus sueños te predijo
que cual padre serías acatado
por aquel cuyo solo pensamiento
crea mundos, sustenta el firmamento.

. . . .

Patriarca venerado,
santo sin par la Iglesia te proclama;
pues tal gracia de Dios has alcanzado,
sé nuestro protector en este suelo
cual de Jesús lo fuiste y de María,
y cuando llegue el día
en que, el mortal despojo abandonado,
la divina clemencia con anhelo
pidamos junto á la eternal morada,
intercede también allá en el cielo
con tu esposa, la Madre Inmaculada.

Manuel de Mata y Maneja.





LA CASA DE SAN JOSÉ [1]

La hora llegó al fin tan deseada.
De una flor de pureza inmaculada
el cáliz virginal se hará fecundo.
Recordando las santas profecías
un himno de celestes armonías
resuena por los ámbitos del mundo.

La estirpe de David será la rama
en que del nuevo sol la viva llama
abrirá aquella flor con sus fulgores.
Declarando al orgullo cruda guerra,
Jesucristo la inclina hasta la tierra,
y nace en un portal entre pastores.

[1] Traducción libre de una poesía catalana de don Francisco Casas y Amigó, premiada con la Flor natural en el último certamen catalanista de la *Juventud Católica* de Barcelona.

Aquél que al Universo dictó leyes
no sale del alcázar de los reyes;
cual mísero mortal del polvo sube.
¡Humillación profunda! la pobreza,
oculta el resplandor de su grandeza,
así como el del sol opaca nube.

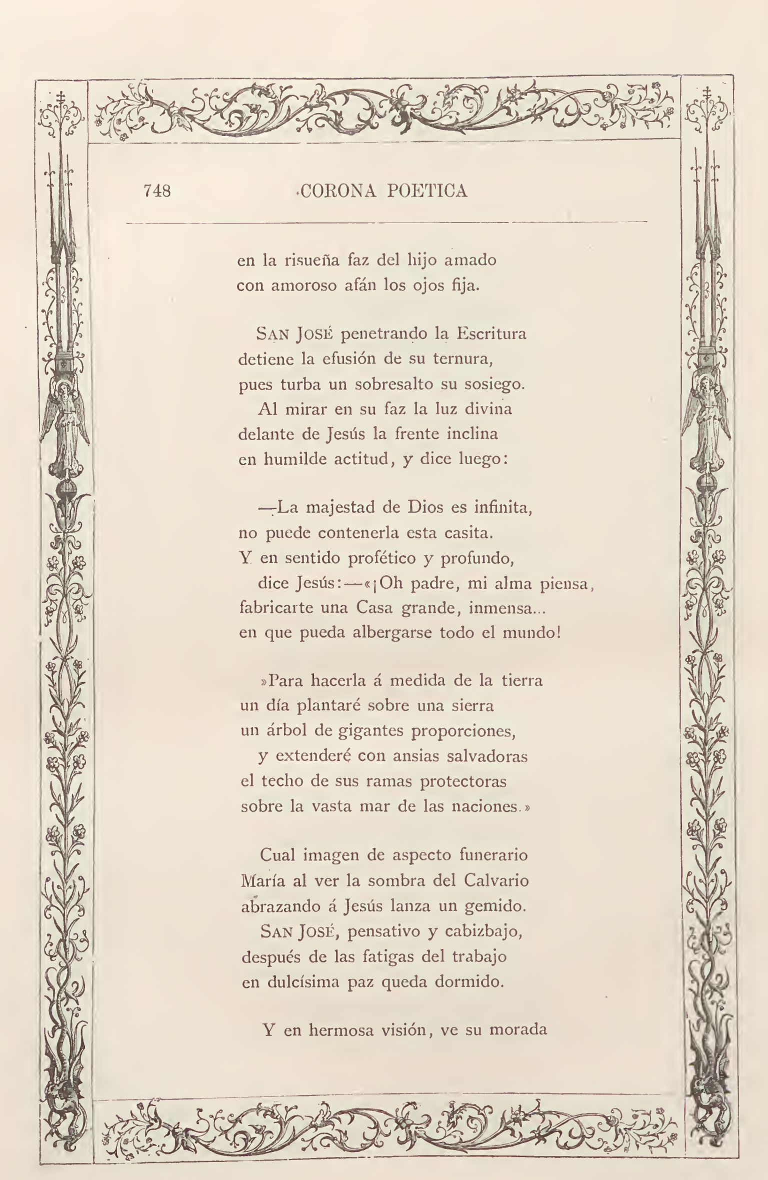
Aquél que hizo el mundo de la nada
habita una humildísima morada
en el rincón oscuro de una aldea.
Allí, mientras trabaja su buen padre,
lo mece con amor su tierna madre
y en sus dulces sonrisas se recrea.

Y Jesús va creciendo cada día.
Cuando deja el regazo de María
es formar una cruz su solo objeto.
¡Oh juego singular! ¿por qué le halaga?
Su padre trabajando no lo indaga;
su madre que lo ve llora en secreto.

Al envolver las sombras la comarca
se sienta en el umbral el Patriarca
un bello anochecer de primavera.
A sus piés de la luna el albo rayo
dibuja con sus ramas en desmayo
el esbelto perfil de una palmera.

Mientras él con amor besa su frente
Jesús con el candor más inocente
sus lustrosos cabellos ensortija,
y la Virgen Santísima á su lado





en la risueña faz del hijo amado
con amoroso afán los ojos fija.

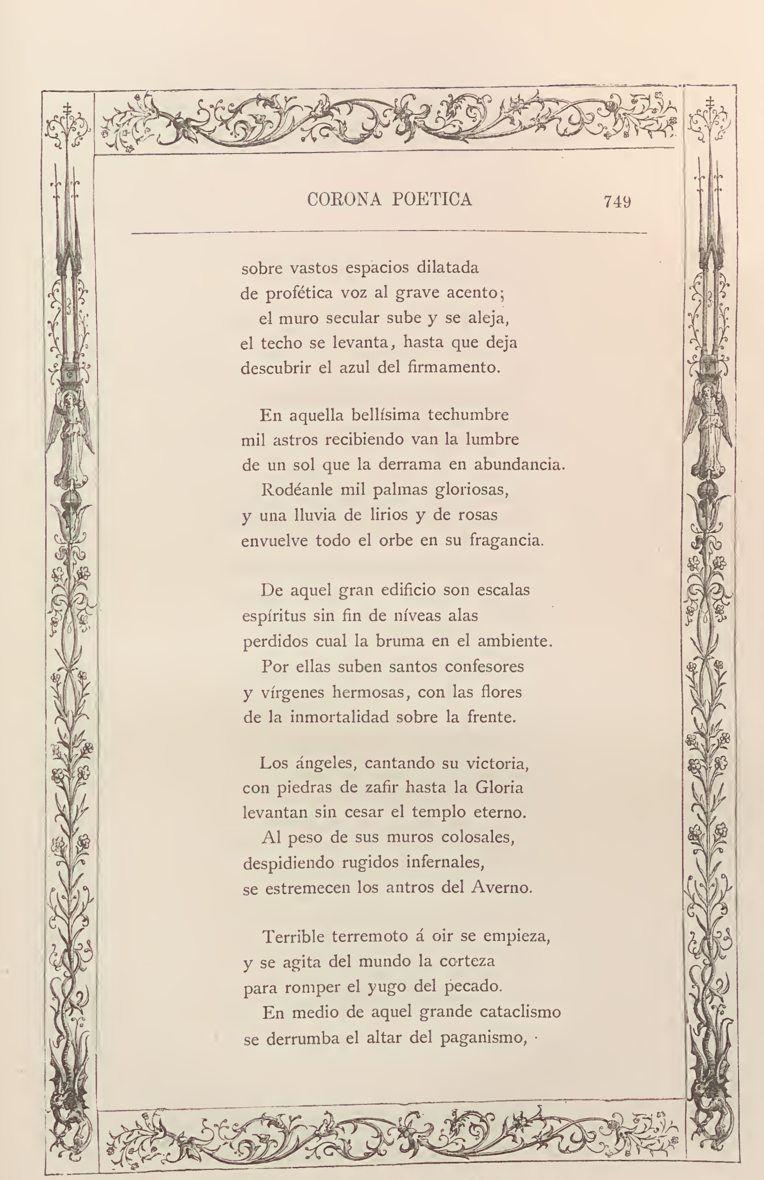
San José penetrando la Escritura
detiene la efusión de su ternura,
pues turba un sobresalto su sosiego.
Al mirar en su faz la luz divina
delante de Jesús la frente inclina
en humilde actitud, y dice luego:

—La majestad de Dios es infinita,
no puede contenerla esta casita.
Y en sentido profético y profundo,
dice Jesús:—«¡Oh padre, mi alma piensa,
fabricarte una Casa grande, inmensa...
en que pueda albergarse todo el mundo!

»Para hacerla á medida de la tierra
un día plantaré sobre una sierra
un árbol de gigantes proporciones,
y extenderé con ansias salvadoras
el techo de sus ramas protectoras
sobre la vasta mar de las naciones.»

Cual imagen de aspecto funerario
María al ver la sombra del Calvario
abrazando á Jesús lanza un gemido.
San José, pensativo y cabizbajo,
después de las fatigas del trabajo
en dulcísima paz queda dormido.

Y en hermosa visión, ve su morada



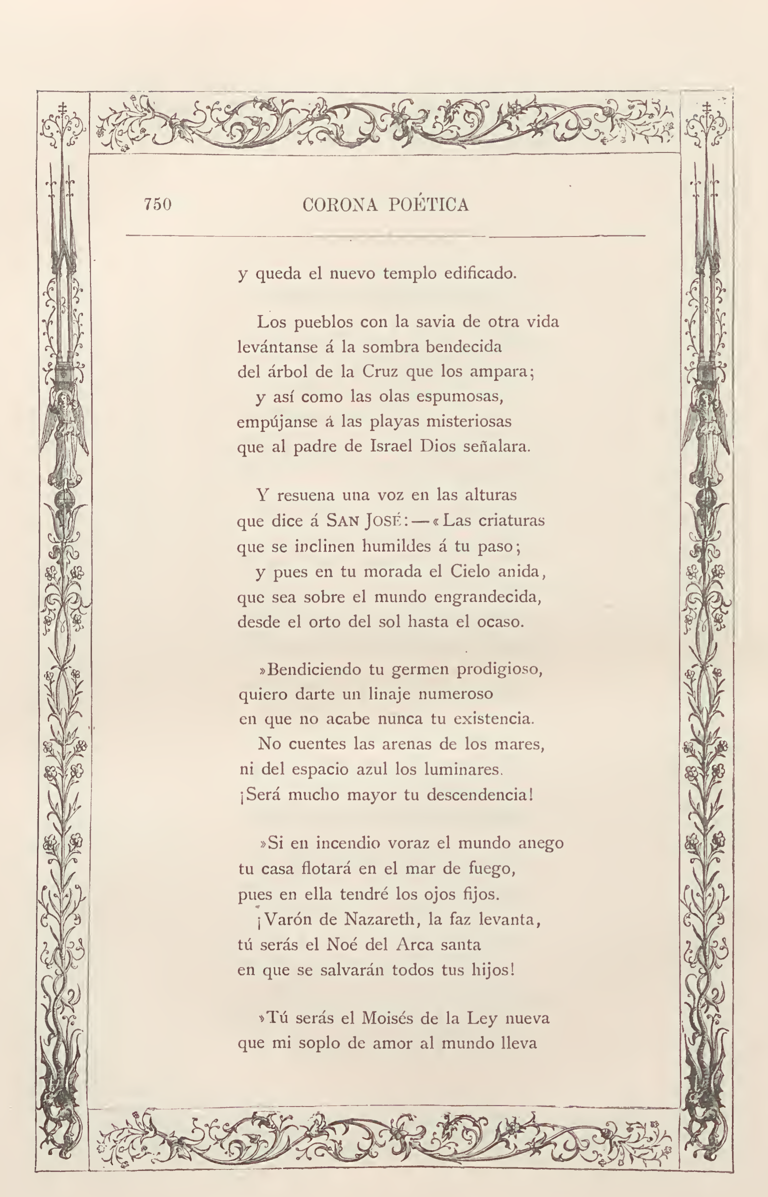
sobre vastos espacios dilatada
de profética voz al grave acento;
el muro secular sube y se aleja,
el techo se levanta, hasta que deja
descubrir el azul del firmamento.

En aquella bellísima techumbre
mil astros recibiendo van la lumbre
de un sol que la derrama en abundancia.
Rodéanle mil palmas gloriosas,
y una lluvia de lirios y de rosas
envuelve todo el orbe en su fragancia.

De aquel gran edificio son escalas
espíritus sin fin de níveas alas
perdidos cual la bruma en el ambiente.
Por ellas suben santos confesores
y vírgenes hermosas, con las flores
de la inmortalidad sobre la frente.

Los ángeles, cantando su victoria,
con piedras de zafir hasta la Gloria
levantan sin cesar el templo eterno.
Al peso de sus muros colosales,
despidiendo rugidos infernales,
se estremecen los antros del Averno.

Terrible terremoto á oir se empieza,
y se agita del mundo la corteza
para romper el yugo del pecado.
En medio de aquel grande cataclismo
se derrumba el altar del paganismo,



y queda el nuevo templo edificado.

Los pueblos con la savia de otra vida
levántanse á la sombra bendecida
del árbol de la Cruz que los ampara;
y así como las olas espumosas,
empújanse á las playas misteriosas
que al padre de Israel Dios señalara.

Y resuena una voz en las alturas
que dice á SAN JOSÉ: —«Las criaturas
que se inclinen humildes á tu paso;
y pues en tu morada el Cielo anida,
que sea sobre el mundo engrandecida,
desde el orto del sol hasta el ocaso.

»Bendiciendo tu germen prodigioso,
quiero darte un linaje numeroso
en que no acabe nunca tu existencia.
No cuentes las arenas de los mares,
ni del espacio azul los luminares.
¡Será mucho mayor tu descendencia!

»Si en incendio voraz el mundo anego
tu casa flotará en el mar de fuego,
pues en ella tendré los ojos fijos.
¡Varón de Nazareth, la faz levanta,
tú serás el Noé del Arca santa
en que se salvarán todos tus hijos!

»Tú serás el Moisés de la Ley nueva
que mi soplo de amor al mundo lleva

para resucitar su tronco yerto.
¡Jefe de la familia cristiana,
condúcela en inmensa caravana
de su vida mortal por el desierto!

»Condúcela á la eterna venturanza
con la luz de la fe y de la esperanza
encendidas cual astros sobre el suelo,
y pues has de reinar en toda zona,
Yo te daré los siglos por corona,
y por manto real la luz del Cielo.»

Al verse á tanta gloria promovido,
despierta SAN JOSÉ; mas sorprendido,
se halla en el umbral do se durmiera.
A sus piés de la luna el albo rayo
dibuja con sus ramas en desmayo
el esbelto perfil de una palmera.

María está á su lado desvelada,
Jesús mira la bóveda azulada
do tantas maravillas sembrar quiso.
Sólo turba la paz que allí se siente
un ruiseñor que canta dulcemente
el poema de amor del Paraíso.







AL PATRIARCA SAN JOSÉ

¡Quién como tú! las arpas celestiales
acompañan la dulce melodía
con que aclaman acordes los mortales
los nombres de Jesús, JOSÉ y María.
¡Quién como tú! tu inmaculada frente
ciñe luz inmortal, nimbo de gloria,
uniendo tu recuerdo estrechamente
al del Niño Jesús y de su historia.

Aquel Señor, Eterno y Soberano,
que se sienta en su trono de esmeralda,
descendiendo á tu albergue de artesano,
besó tu rostro y se durmió en tu falda.

El que vierte en los campos la abundancia
y la lluvia en otoño nos envía,
llevó á sus labios en su tierna infancia
el pan que tu trabajo producía.

Y la Virgen sin par, de faz serena,
pura como los rayos de la aurora,
bella como la mística azucena,
la que gracia y virtudes atesora;



La que del Verbo Eterno fué morada
y le nutrió con néctar de su pecho,
fué tu casta y amante desposada
y reposó bajo tu propio techo.

Celoso guardador de aquel tesoro,
su puro sueño custodiar solías,
y le arrullaban en celeste coro
dulcísimas, pausadas melodías

Aspirabas la esencia de las flores
nacidas de tu vara misteriosa,
y de incienso y de mirra los olores
que poblaban la estancia de tu Esposa.

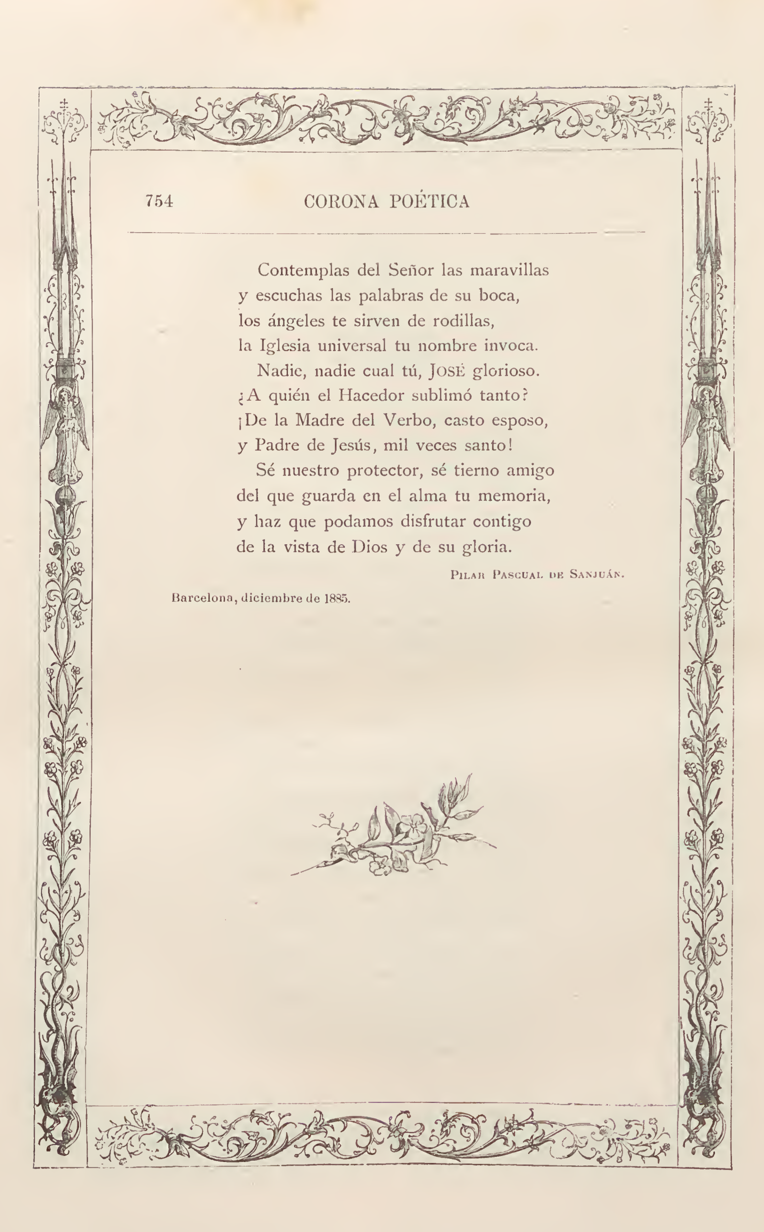
Tu trabajo empezaba con el día,
á tu lado jugaba el Niño tierno,
tu taller era encanto de María
y centro de delicias del Eterno.

Por fin, soltando tu cansada mano
el instrumento del trabajo rudo,
no doliente te hallaste, mas sí anciano,
pronto á romper de la existencia el nudo.

Entonces á Jesús tuviste al lado,
joven, gentil, divinamente bello,
con su rostro en el cielo modelado,
con sus ojos, del sol vivo destello.

En su hermoso semblante y en María
fijabas tu mirada dulce y triste,
y en éxtasis de amor, sin agonía,
en sus brazos sagrados te dormiste.

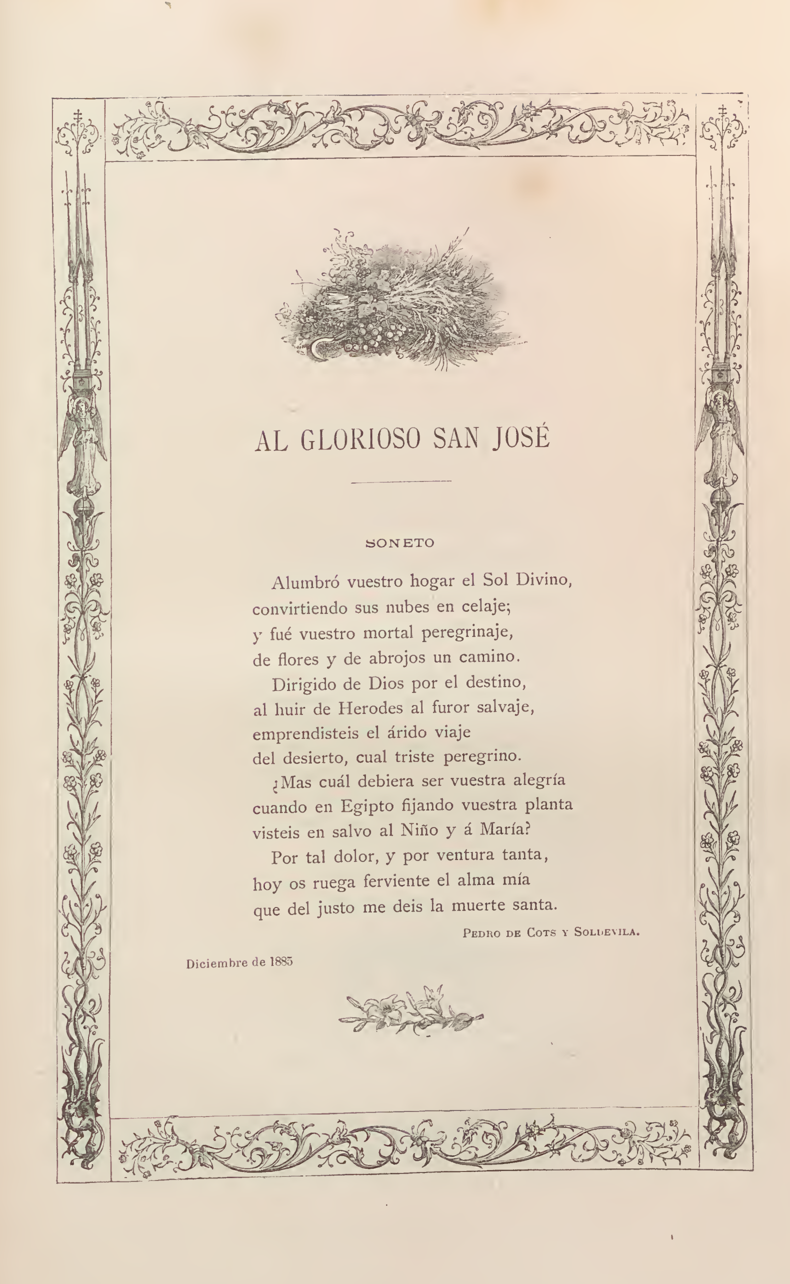
Desde entonces ocupas en el cielo
tu asiento de metal resplandeciente,
y acogiendo las súplicas del suelo,
las presentas al Sér Omnipotente.



Contemplas del Señor las maravillas
y escuchas las palabras de su boca,
los ángeles te sirven de rodillas,
la Iglesia universal tu nombre invoca.
Nadie, nadie cual tú, JOSÉ glorioso.
¿A quién el Hacedor sublimó tanto?
¡De la Madre del Verbo, casto esposo,
y Padre de Jesús, mil veces santo!
Sé nuestro protector, sé tierno amigo
del que guarda en el alma tu memoria,
y haz que podamos disfrutar contigo
de la vista de Dios y de su gloria.

PILAR PASCUAL DE SANJUÁN.

Barcelona, diciembre de 1885.



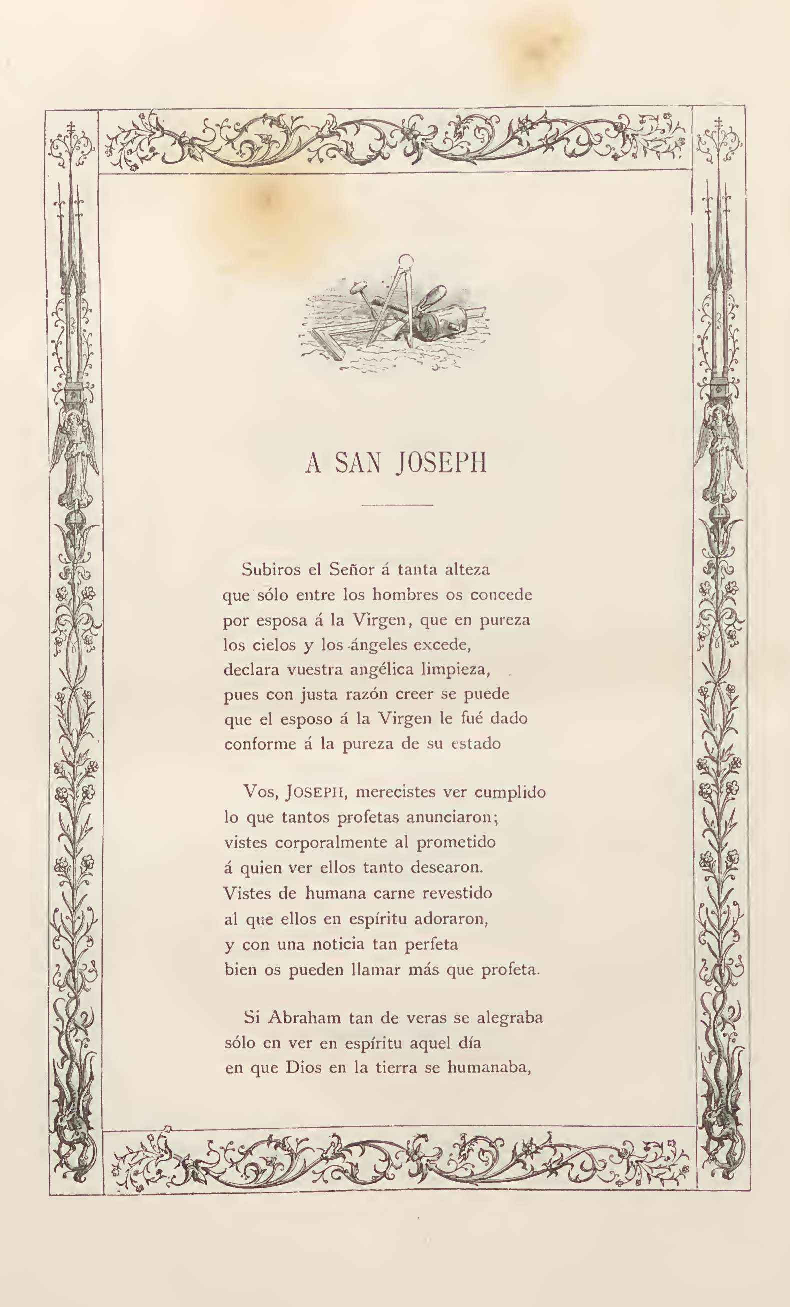
AL GLORIOSO SAN JOSÉ

SONETO

Alumbró vuestro hogar el Sol Divino,
convirtiendo sus nubes en celaje;
y fué vuestro mortal peregrinaje,
de flores y de abrojos un camino.
Dirigido de Dios por el destino,
al huir de Herodes al furor salvaje,
emprendisteis el árido viaje
del desierto, cual triste peregrino.
¿Mas cuál debiera ser vuestra alegría
cuando en Egipto fijando vuestra planta
visteis en salvo al Niño y á María?
Por tal dolor, y por ventura tanta,
hoy os ruega ferviente el alma mía
que del justo me deis la muerte santa.

PEDRO DE COTS Y SOLDEVILA.

Diciembre de 1885

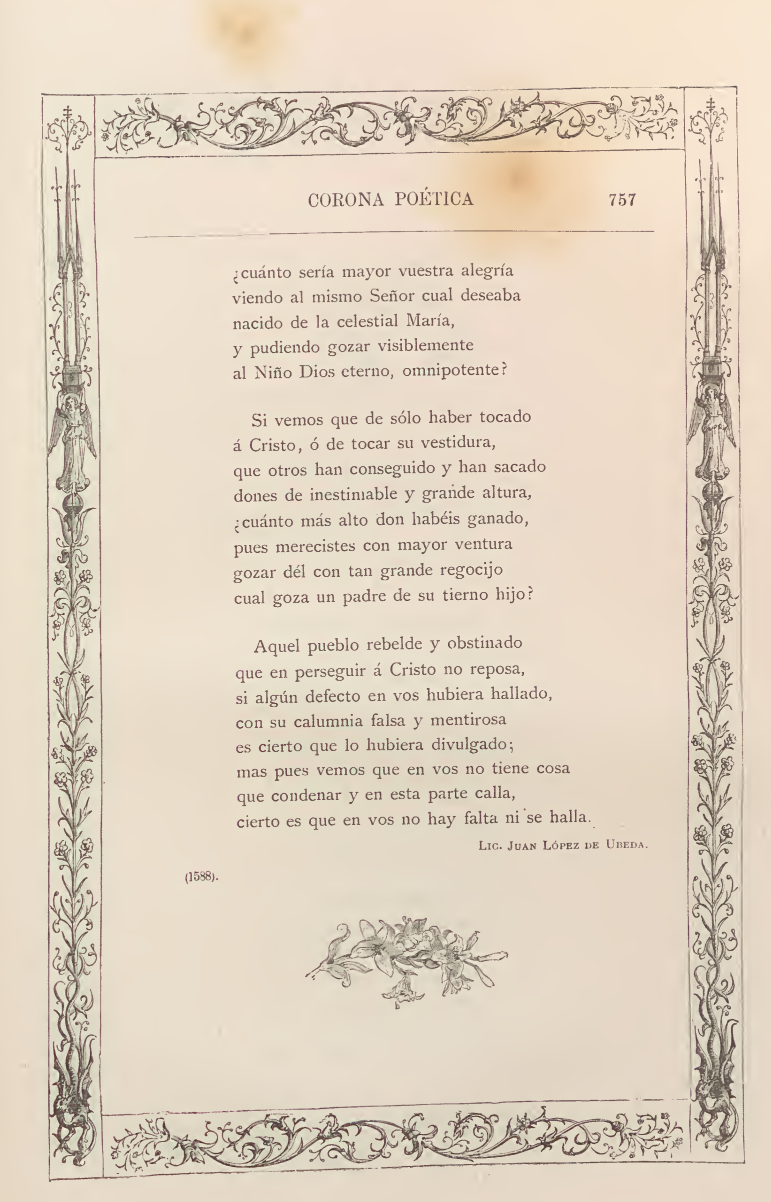


A SAN JOSEPH

Subiros el Señor á tanta alteza
que sólo entre los hombres os concede
por esposa á la Virgen, que en pureza
los cielos y los ángeles excede,
declara vuestra angélica limpieza,
pues con justa razón creer se puede
que el esposo á la Virgen le fué dado
conforme á la pureza de su estado

Vos, JOSEPH, merecistes ver cumplido
lo que tantos profetas anunciaron;
vistes corporalmente al prometido
á quien ver ellos tanto desearon.
Vistes de humana carne revestido
al que ellos en espíritu adoraron,
y con una noticia tan perfeta
bien os pueden llamar más que profeta.

Si Abraham tan de veras se alegraba
sólo en ver en espíritu aquel día
en que Dios en la tierra se humanaba,



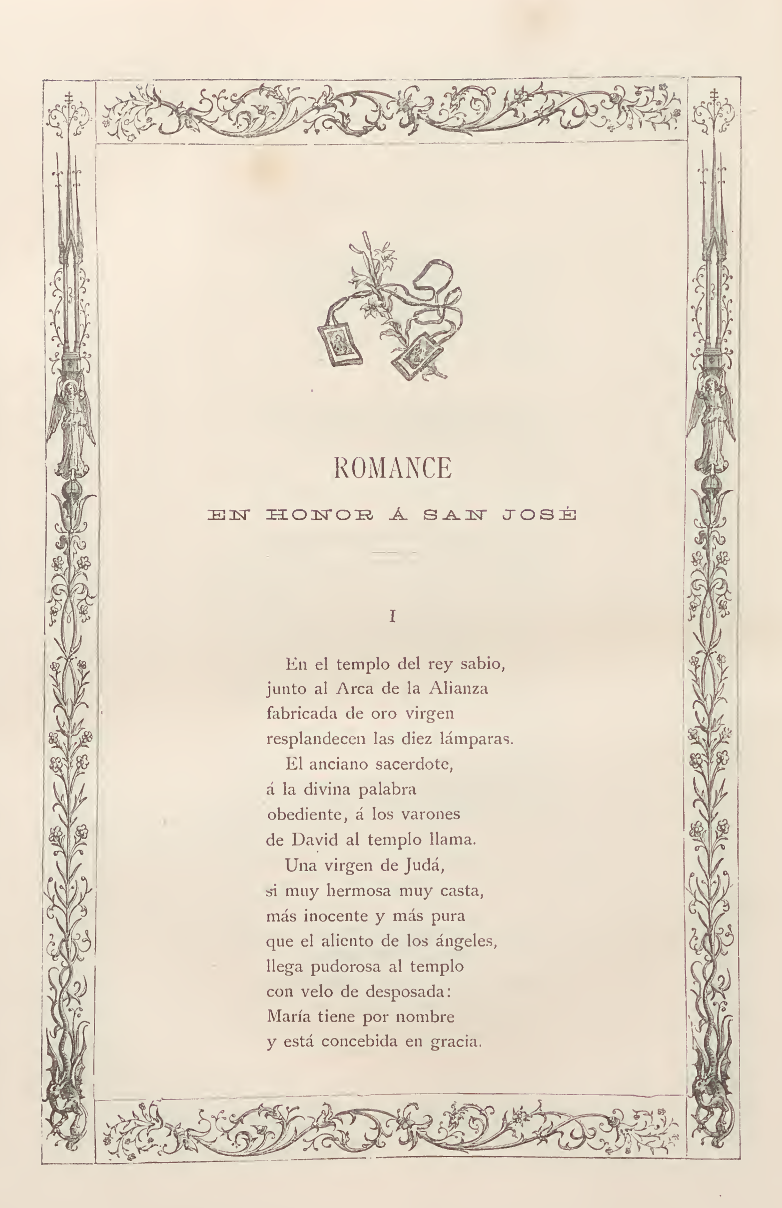
¿cuánto sería mayor vuestra alegría
viendo al mismo Señor cual deseaba
nacido de la celestial María,
y pudiendo gozar visiblemente
al Niño Dios eterno, omnipotente?

Si vemos que de sólo haber tocado
á Cristo, ó de tocar su vestidura,
que otros han conseguido y han sacado
dones de inestimable y grande altura,
¿cuánto más alto don habéis ganado,
pues merecistes con mayor ventura
gozar dél con tan grande regocijo
cual goza un padre de su tierno hijo?

Aquel pueblo rebelde y obstinado
que en perseguir á Cristo no reposa,
si algún defecto en vos hubiera hallado,
con su calumnia falsa y mentirosa
es cierto que lo hubiera divulgado;
mas pues vemos que en vos no tiene cosa
que condenar y en esta parte calla,
cierto es que en vos no hay falta ni se halla.

Lic. Juan López de Ubeda.

(1588).



ROMANCE

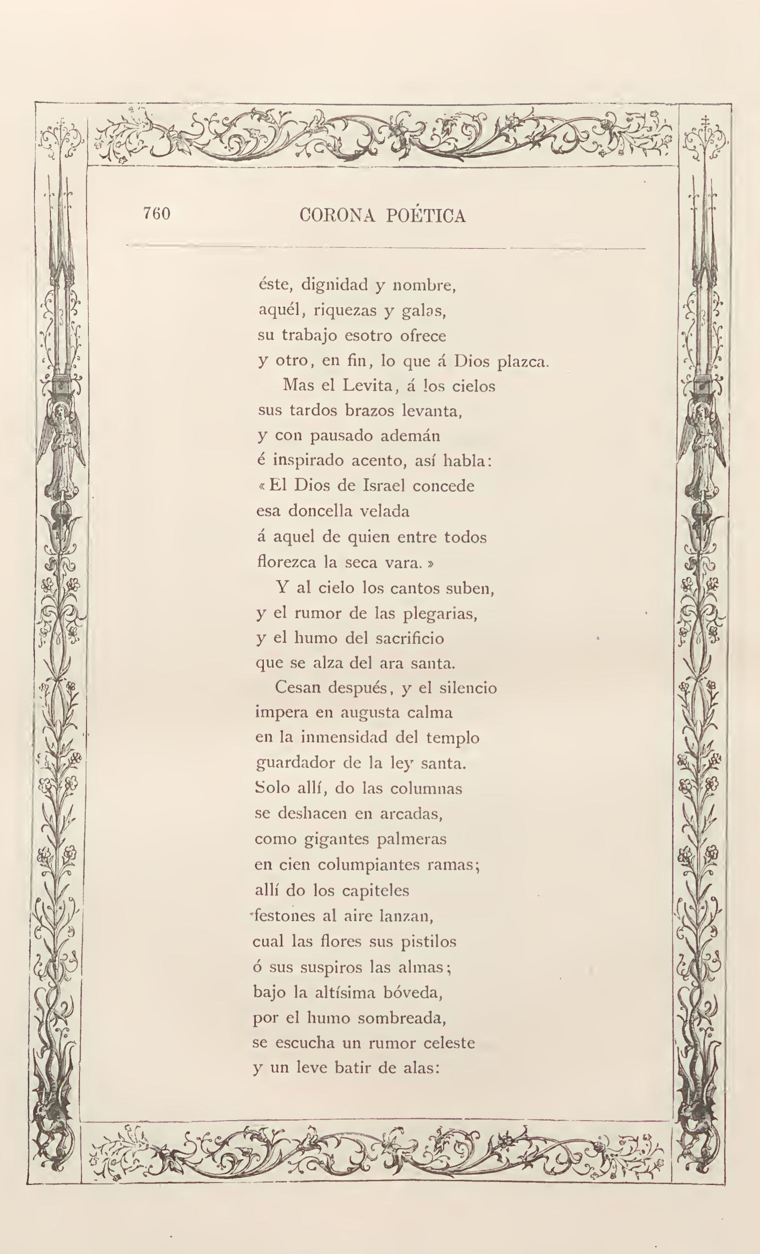
EN HONOR Á SAN JOSÉ

I

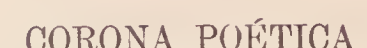
En el templo del rey sabio,
junto al Arca de la Alianza
fabricada de oro virgen
resplandecen las diez lámparas.
El anciano sacerdote,
á la divina palabra
obediente, á los varones
de David al templo llama.
Una virgen de Judá,
si muy hermosa muy casta,
más inocente y más pura
que el aliento de los ángeles,
llega pudorosa al templo
con velo de desposada:
María tiene por nombre
y está concebida en gracia.



Ni la sombra original
dejó en su frente la mancha;
el Verbo, el Hijo de Dios,
se encarnará en sus entrañas
por un misterio de amor
que redimirá á las almas.
Mas el misterio, es misterio
para todos, nadie alcanza
que Dios en aquel momento
otra creación formaba.
Por ser la doncella hermosa,
como el sol de la mañana,
como el capullo del lirio,
como la flor de granada;
porque en sus ojos azules
muestra, al alzarlos, su alma,
y muestra en su alma de virgen
la pureza de la infancia;
porque desciende de reyes,
aunque su humildad es tanta
que más parece su estirpe
de pobre y sencilla casta;
porque con sus blancos dedos
el fresco lino trabaja
y hace de su hogar un nido
como una copa de plata,
los mancebos de Israel
anhelan la desposada;
y el uno tras otro ofrecen,
por si esposa la alcanzaran:
uno, el fruto de su hacienda,
otro, el amor de su alma,



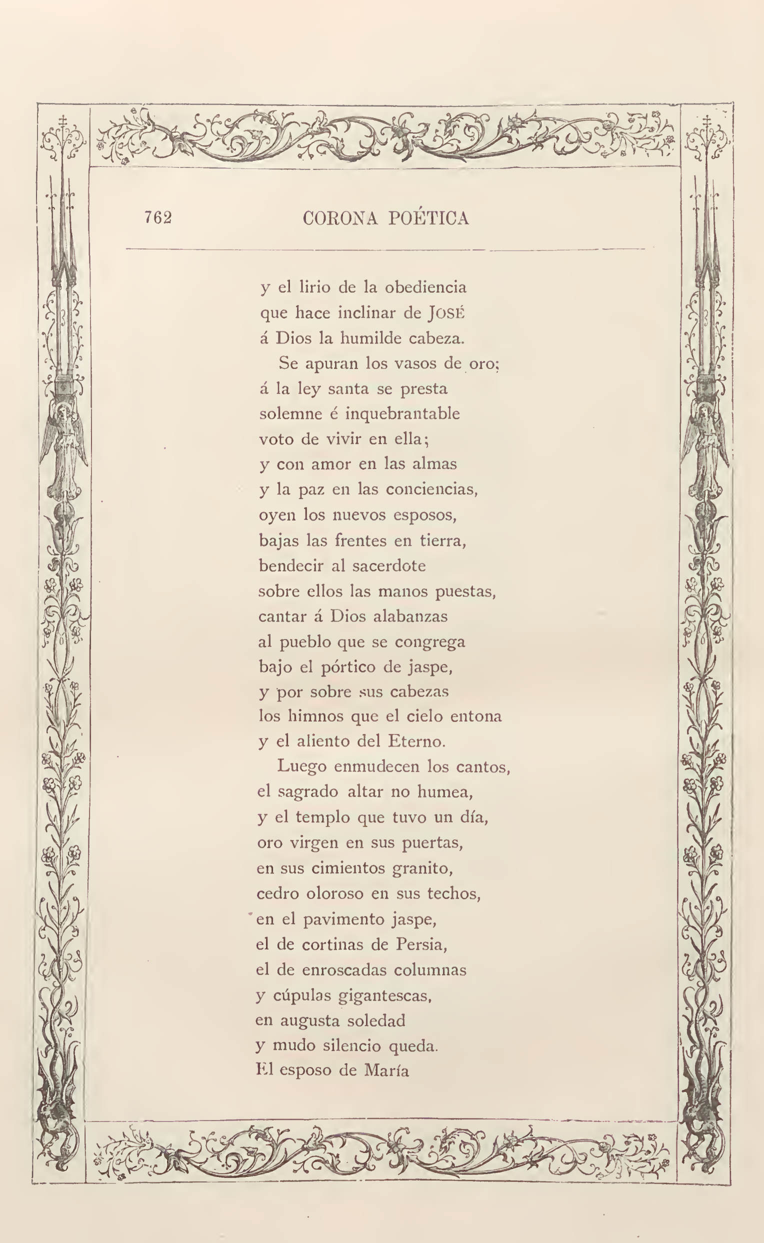
éste, dignidad y nombre,
aquél, riquezas y galas,
su trabajo esotro ofrece
y otro, en fin, lo que á Dios plazca.
Mas el Levita, á los cielos
sus tardos brazos levanta,
y con pausado ademán
é inspirado acento, así habla:
« El Dios de Israel concede
esa doncella velada
á aquel de quien entre todos
florezca la seca vara. »
Y al cielo los cantos suben,
y el rumor de las plegarias,
y el humo del sacrificio
que se alza del ara santa.
Cesan después, y el silencio
impera en augusta calma
en la inmensidad del templo
guardador de la ley santa.
Solo allí, do las columnas
se deshacen en arcadas,
como gigantes palmeras
en cien columpiantes ramas;
allí do los capiteles
festones al aire lanzan,
cual las flores sus pistilos
ó sus suspiros las almas;
bajo la altísima bóveda,
por el humo sombreada,
se escucha un rumor celeste
y un leve batir de alas:



tal debió, al nacer el mundo
de las sombras de la nada
entre neblinas de luz,
ese rumor escucharse.
  El pueblo la frente en tierra,
Zacarías la faz alta.
María extasiada en Dios,
más resplandeciente el Arca,
de la Ley el libro abierto
sobre la piedra sagrada;
el humo que se disipa
en espiral, y se aparta;
hombres besando la tierra,
ángeles cruzando el aire,
y Dios sobre ángeles y hombres
vertiendo el don de su gracia,
y en tanto una flor de lirio,
fresca, olorosa y lozana,
abriéndose va en el báculo
donde JOSÉ se apoyaba,
como brotara en abril,
rociado por la alborada,
en la orilla de un arroyo
entre violetas y acacias.

II

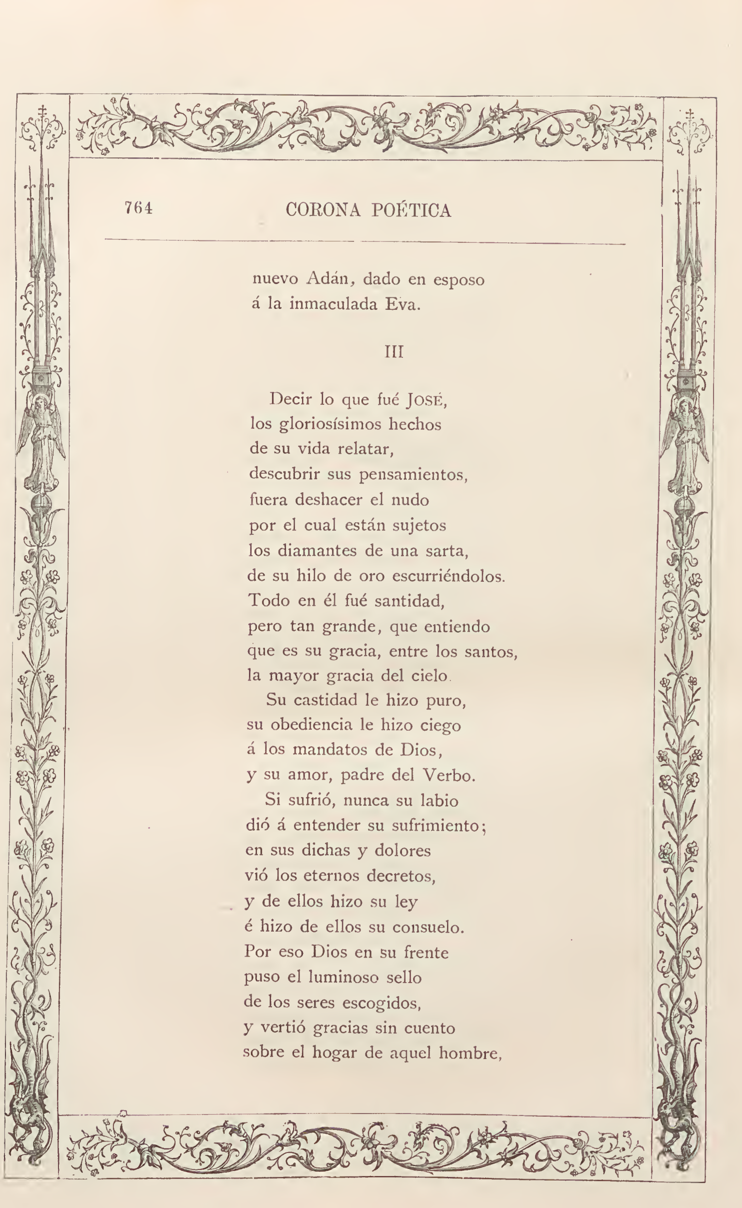
  Ya por decreto de Dios
tiene esposo la doncella,
ya confunden sus perfumes
el lirio de la pureza
que en su alma trae María



y el lirio de la obediencia
que hace inclinar de JOSÉ
á Dios la humilde cabeza.
Se apuran los vasos de oro;
á la ley santa se presta
solemne é inquebrantable
voto de vivir en ella;
y con amor en las almas
y la paz en las conciencias,
oyen los nuevos esposos,
bajas las frentes en tierra,
bendecir al sacerdote
sobre ellos las manos puestas,
cantar á Dios alabanzas
al pueblo que se congrega
bajo el pórtico de jaspe,
y por sobre sus cabezas
los himnos que el cielo entona
y el aliento del Eterno.
Luego enmudecen los cantos,
el sagrado altar no humea,
y el templo que tuvo un día,
oro virgen en sus puertas,
en sus cimientos granito,
cedro oloroso en sus techos,
en el pavimento jaspe,
el de cortinas de Persia,
el de enroscadas columnas
y cúpulas gigantescas,
en augusta soledad
y mudo silencio queda.
El esposo de María

guía la casta doncella
que ha de ser madre de Dios,
á su choza de madera.

¡Madre del Verbo! y José,
el que hasta entonces viviera
en Belén, oscuro, humilde,
en su casa y pobre hacienda,
sólo á su virtud fiando
el gozo de su existencia,
este el escogido es
á quien da la Providencia
la inmensa dicha de ser
el padre que aquí en la tierra
tenga el Redentor del mundo;
de aquel Mesías, que espera
la humanidad que no olvida
la redentora promesa.
Sus brazos, del Niño Dios
serán la cuna primera,
y sus cantos de patriarca
arrullos para que duerma.
Cuál santidad debió ser,
cuál la virtud y prudencia
de ese varón, lo pregonan
el que sobre su cabeza
se pose el dedo de Dios
y su voluntad Eterna;
que en él el Hijo Unigénito
en el mundo un padre tenga,



nuevo Adán, dado en esposo
á la inmaculada Eva.

III

Decir lo que fué JOSÉ,
los gloriosísimos hechos
de su vida relatar,
descubrir sus pensamientos,
fuera deshacer el nudo
por el cual están sujetos
los diamantes de una sarta,
de su hilo de oro escurriéndolos.
Todo en él fué santidad,
pero tan grande, que entiendo
que es su gracia, entre los santos,
la mayor gracia del cielo.
Su castidad le hizo puro,
su obediencia le hizo ciego
á los mandatos de Dios,
y su amor, padre del Verbo.
Si sufrió, nunca su labio
dió á entender su sufrimiento;
en sus dichas y dolores
vió los eternos decretos,
y de ellos hizo su ley
é hizo de ellos su consuelo.
Por eso Dios en su frente
puso el luminoso sello
de los seres escogidos,
y vertió gracias sin cuento
sobre el hogar de aquel hombre,



que vivió en este destierro
más lejos ó más distante
de la tierra que del cielo.
Murió, si morir se nombra
al dulce y tranquilo sueño
que, desde el umbral del mundo,
lleva al justo en dulce vuelo
á las playas del Paraíso;
murió sin dolor ni duelo,
entre Jesús y su Madre;
entre sus brazos, cayeron
sus canas, al inclinarse
su cabeza; entre sus besos
amantes, santos y puros,
se perdió su último aliento
Legiones de serafines
de los cielos descendieron,
batiendo sus alas blancas
á través del firmamento,
para transportar su alma
en sus blanquísimos dedos
hasta el trono del Señor
como ofrenda de gran precio,
cuando Dios á esa alma pura
de par en par abra el Cielo,
colocándola en un trono
inundado de destellos
de gloria tan refulgente,
de ardor de amor tan intenso,
que el mismo carro del sol,
ese soberano incendio
que tras millares de siglos

arde entre la tierra y cielo,
sería noche de sombras
y enorme montón de hielos.

IV

Y pasaron las edades
por los siglos impelidas,
y la Iglesia universal,
donde la santa doctrina
de Cristo se recogió,
como recogió la antigua
ley, el Arca de la Alianza,
se alzó triunfante, por cima
de poderes y de imperios,
de opresiones y malicias;
Dios la tomó por esposa
legándole la reliquia
de más precio, que su amor
hallar quiso y dar podía:
de su Unigénito Verbo
el cuerpo y la sangre misma.
Pues bien, para defensor
de esa Esposa tan querida,
para que del mundo ingrato
en las torpes sacudidas
contra yerros y maldades,
luchara sin ser vencida,
dióle á José por patrono,
como en los pasados días
puso bajo sus cuidados
á la Mujer escogida.



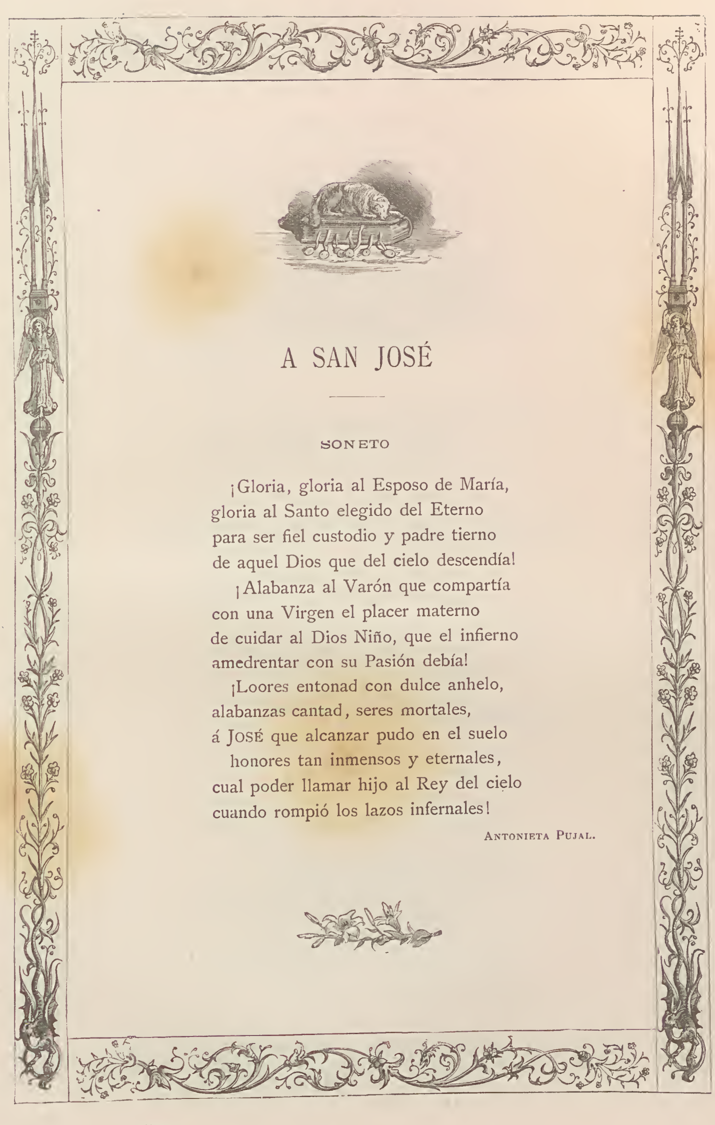
Y la Iglesia de Jesús,
aquella nave bendita
que del tiempo surca el mar
para abordar en la orilla,
donde el tiempo no se cuenta
y no tiene fin la dicha;
esa Arca de la Ley nueva,
cuya techumbre cobijan
los ángeles del amor
con las sus alas de cisne,
vistió de gloria el altar
del esposo de María,
y entonó himnos de fiesta
y salmodias divinas.
Y dijo á los hombres todos,
con voz de todos oída:
—Venid que en JOSÉ hallaréis,
los que sois justos, justicia,
castidad los que sois castos,
los que vivís en Dios vida,
los humildes, mansedumbre,
consuelo los que suspiran,
los débiles, fortaleza,
llama de fe el alma fría,
y, en fin, refulgente espejo
de amor de Dios sin medida.

Y á su altar fueron los hombres
necesitados de gracia,
y JOSÉ desde su gloria



escuchó á los que rezaban
y al cielo ofreció sus ruegos
y la ofrenda fué aceptada.
Por eso el mundo, en que nunca
cesa de llorar el alma
(¡pues tan pocas son las risas
y las lágrimas son tantas!)
camina mejor su senda,
de malezas erizada
y de breñales cubierta,
porque JOSÉ le acompaña,
que aquél por quien JOSÉ aboga
á la sombra de Dios anda.

SEBASTIÁN TRULLOL Y PLANA.



A SAN JOSÉ

SONETO

¡Gloria, gloria al Esposo de María,
gloria al Santo elegido del Eterno
para ser fiel custodio y padre tierno
de aquel Dios que del cielo descendía!
¡Alabanza al Varón que compartía
con una Virgen el placer materno
de cuidar al Dios Niño, que el infierno
amedrentar con su Pasión debía!
¡Loores entonad con dulce anhelo,
alabanzas cantad, seres mortales,
á José que alcanzar pudo en el suelo
honores tan inmensos y eternales,
cual poder llamar hijo al Rey del cielo
cuando rompió los lazos infernales!

Antonieta Pujal.



VIDA Y MUERTE

DEL

PATRIARCA SAN JOSÉ

FRAGMENTO

—

CANTO XXIII

De la enfermedad y muerte del glorioso San Josef

Hablando Esdras con Dios, así decía:
«Señor, de la arboleda que plantastes
con suma é inmortal sabiduría
sola una viña para vos tomastes;
de las ciudades que da luz el día
sola á Sión por vuestra señalastes,
y de la tierra toda al hombre dada
escogéis solamente una morada.



»De los abismos de la mar furiosa
y su puro cristal resplandeciente,
con vuestra ciencia todopoderosa
escogéis para vos sola una fuente;
de las flores que da la tierra hermosa
cuando hace el sol que su beldad se aumente,
dejándola de flores varias llena,
solamente escogéis una azucena.

»De las aves que el manso y fresco viento
sobre sus hombros invisibles toma,
con soberano y peregrino intento
escogéis solamente una paloma;
del simple ganadillo, que contento
las hierbas pace porque el hombre coma,
escogéis solamente una cordera
de blanca piel é integridad sincera.»

¿Quién no sabe que aquesta oveja y viña,
ciudad, paloma, casa, lirio y fuente
es la paz dulce de la antigua riña,
en que se hizo hombre el Verbo omnipotente?
Esta el que corazones escudriña
para sí la ha escogido eternamente
y para el que, de todos escogido,
mereció ser su Esposo y su marido.

De aquesta viña ¿quién fué el viñadero,
defendiendo su fruto, cerca y torre,
sino JOSEF, su Esposo verdadero,
que la sirve, regala y la socorre?
¿Quién, hecho cera el corazón de acero,





con la vid verdadera á Egipto corre,
porque en agraz no la desfrute airado
la fiera singular que la ha buscado?

¿Quién es la guarda que en perpetua vela
esta ciudad de Dios ronda y defiende,
no trabajando en vano quien la vela,
porque en su guarda el mismo Dios entiende,
sino JOSEF, despierta centinela,
que hachos de amor en su custodia enciende,
que es su alcaide, cuya alma enamorada
descansa en la ciudad santificada?

De aquesta casa, que con gran destreza
fabricó la inmortal sabiduría,
¿quién mereció ser dueño y ser cabeza
del Dios humano y virginal María?
¿Quién, sino el que asombrando su pureza
al sol que viste de su luz el día,
desta casa de Dios fué dueño y padre,
tutor de Dios y Esposo de su Madre?

Desta fuente sellada de agua pura,
de quien el río eterno de agua viva
salió, dejando entera su clausura,
porque en su brazo su poder estriba,
¿quién guardó su pureza y hermosura
para la humilde gente fugitiva
que de Egipto salió, sino el amado
que el mar de amor vió en ella represado?

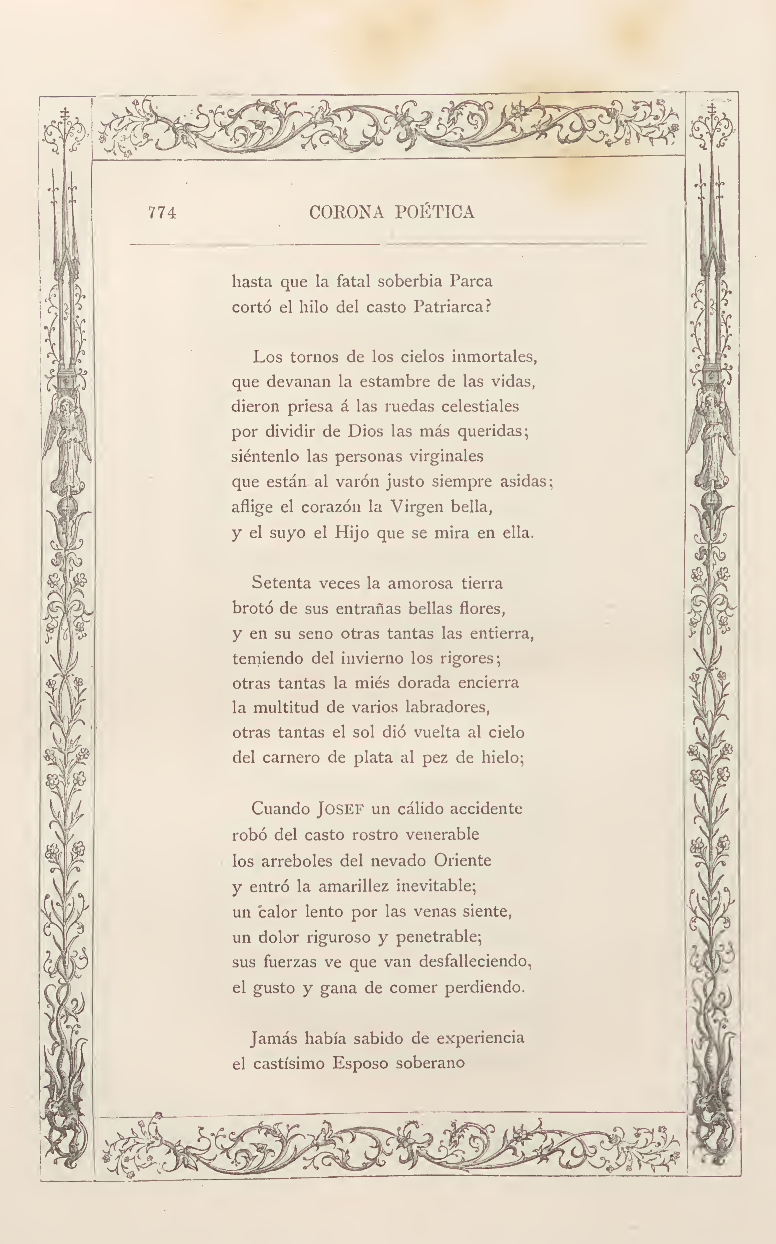
¿Quién desta bella cándida azucena,

que da al cielo aromáticos olores,
y es de todas las flores la más buena,
porque es la flor divina de las flores,
gozó su alma, de favores llena,
de sus claros hermosos resplandores,
sino JOSEF, dichoso jardinero,
más que el que desfrutó el jardín primero?

Desta hermosa paloma plateada
que al hombre en el diluvio combatido
arrojó el ramo de la paz amada,
donde salió gloriosamente asido,
¿á quién le fué la guarda encomendada,
haciendo de su pecho amado nido,
sino al Angel humano y varón justo,
que fué su guarda, su regalo y gusto?

¿Quién fué el pastor que venturoso goza
de tener á su mesa y á su lado,
apacentando en su dichosa choza
la oveja mansa del vellón dorado?
¿Quién, cual Fénix divino, se remoza
viendo de Dios el recental sagrado,
sino JOSEF, que entre sus brazos tiene
al que á quitar las culpas de Adán viene?

¿Qué bienes no gozó el varón dichoso?
¿Qué gustos, qué dulzuras, qué favores,
siendo treinta años virginal esposo
de la que trujo á Dios preso de amores?
¿Qué no gozó, si deste Dios hermoso
casi los mismos vió sus resplandores,



hasta que la fatal soberbia Parca
cortó el hilo del casto Patriarca?

Los tornos de los cielos inmortales,
que devanan la estambre de las vidas,
dieron priesa á las ruedas celestiales
por dividir de Dios las más queridas;
siéntenlo las personas virginales
que están al varón justo siempre asidas;
aflige el corazón la Virgen bella,
y el suyo el Hijo que se mira en ella.

Setenta veces la amorosa tierra
brotó de sus entrañas bellas flores,
y en su seno otras tantas las entierra,
temiendo del invierno los rigores;
otras tantas la miés dorada encierra
la multitud de varios labradores,
otras tantas el sol dió vuelta al cielo
del carnero de plata al pez de hielo;

Cuando JOSEF un cálido accidente
robó del casto rostro venerable
los arreboles del nevado Oriente
y entró la amarillez inevitable;
un calor lento por las venas siente,
un dolor riguroso y penetrable;
sus fuerzas ve que van desfalleciendo,
el gusto y gana de comer perdiendo.

Jamás había sabido de experiencia
el castísimo Esposo soberano



qué era dolor, enfermedad, dolencia,
que vivió siempre recio, entero y sano,
y aunque llegó á los años de prudencia,
en que se aventajó al bifronte Jano,
y vió de nieve su cabeza llena,
no tuvo de vejez dolor ni pena.

Jamás sus graves ojos se enturbiaron
ni sus fuerzas jamás desfallecieron,
sus mejillas jamás se marchitaron
ni sus dientes jamás se le pudrieron;
jamás enfermedades le acosaron
ni dolores jamás se le atrevieron:
con salud siempre alegre trabajaba,
y á su Esposa y su Amado sustentaba.

Disimula JOSEF el dolor grave,
por no dar pena á su querida Esposa,
y al Hijo eterno, que conoce y sabe
cuánto la enfermedad es peligrosa;
deja la vista de los dos suave,
y la suya turbada y temerosa
éntrase al obrador, adonde intenta
sacudir el dolor que le atormenta.

Toma la sierra el virginal anciano,
y comienza á aserrar un cuartón crudo,
mas cáesele la sierra de la mano,
porque moverla del dolor no pudo.
Afígese el enfermo soberano
de verse herido del dolor agudo;
ve que disimular su mal no puede,

porque á su esfuerzo su dolor excede.

Entra Jesús, y á su JOSEF pregunta:
—¿Qué es lo que siente, dulce padre amado?
JOSEF, con la color casi difunta,
vuelve al Hijo que padre le ha llamado,
sus brazos flacos á los suyos junta,
laso, descolorido, y fatigado:
—¡Ay, Hijo, dice, que de un dolor fiero
asido al que es mi vida alegre muero!

Cógele Dios en los piadosos brazos
y llévale amoroso hacia la cama;
JOSEF, haciendo de los suyos lazos,
del árbol de la vida se hace rama;
la Virgen, hecha de dolor pedazos,
mirando enfermo al que respeta y ama,
su pena traga, su dolor se bebe,
y dice al que mil obras buenas debe:

—¿Qué esto, dulce Esposo de mi vida?
¿qué fiero mal vuestra salud aqueja,
que en sólo ver vuestra color perdida,
el alma helada, helado el cuerpo deja?
JOSEF, que oye la voz de su querida,
apretado del mal tierno se queja:
—Un dolor por mis venas se derrama,
que abrasando me hiela y frío me inflama.

No será nada, dulce Esposa mía,
y si algo fuere, Dios es quien lo ordena;
no estéis triste, Santísima María,



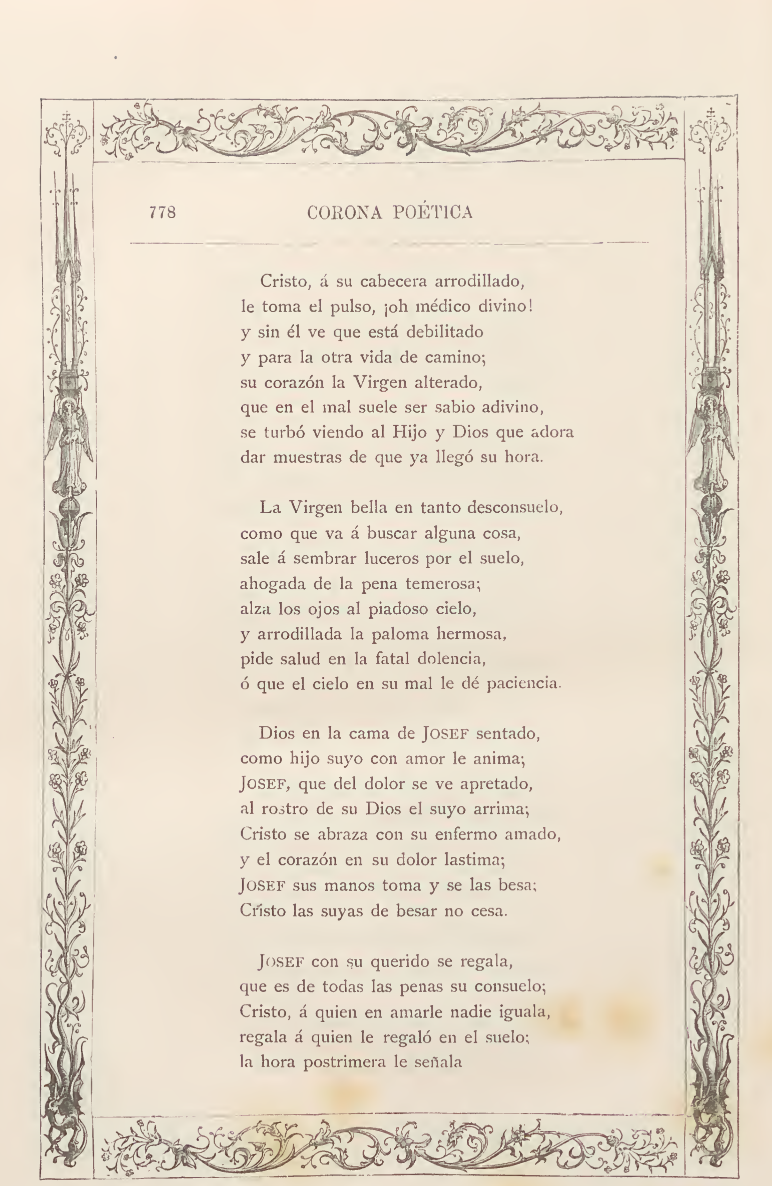


Si no queréis multiplicar mi pena;
Dios es quien esta enfermedad me envía,
y de su mano venga en hora buena;
si della bienes recibido habemos,
¿estos males por qué no sufriremos?

La Virgen, anudada la garganta
y hechas presas las fuentes de sus ojos,
el corazón entre el dolor quebranta,
enzarzado entre espinas y entre abrojos,
va diligente, y con prudencia santa
vertiendo perlas de sus soles rojos,
abre y mulle la cama á su doliente,
cuya dolencia dentro el alma siente.

Entretanto el divino Dios piadoso
á desnudar á su nutricio ayuda,
y como su Hijo humilde y amoroso
consuela el Santo mientras le desnuda;
JOSEF, clavado en su querido hermoso,
turbios los ojos y la lengua muda,
sus consuelos escucha, y á él asido,
va al lecho que su Esposa ha prevenido.

Los dos le llevan á la pobre cama,
por la Virgen Santísima compuesta;
cógele en brazos quien le sirve y ama,
y enternecido con amor le acuesta;
la que debe el aljófar que derrama,
ante la cama de rodillas puesta,
le abriga, le acaricia y le compone,
la almohada mulle y cabezal le pone.



Cristo, á su cabecera arrodillado,
le toma el pulso, ¡oh médico divino!
y sin él ve que está debilitado
y para la otra vida de camino;
su corazón la Virgen alterado,
que en el mal suele ser sabio adivino,
se turbó viendo al Hijo y Dios que adora
dar muestras de que ya llegó su hora.

La Virgen bella en tanto desconsuelo,
como que va á buscar alguna cosa,
sale á sembrar luceros por el suelo,
ahogada de la pena temerosa;
alza los ojos al piadoso cielo,
y arrodillada la paloma hermosa,
pide salud en la fatal dolencia,
ó que el cielo en su mal le dé paciencia.

Dios en la cama de JOSEF sentado,
como hijo suyo con amor le anima;
JOSEF, que del dolor se ve apretado,
al rostro de su Dios el suyo arrima;
Cristo se abraza con su enfermo amado,
y el corazón en su dolor lastima;
JOSEF sus manos toma y se las besa;
Cristo las suyas de besar no cesa.

JOSEF con su querido se regala,
que es de todas las penas su consuelo;
Cristo, á quien en amarle nadie iguala,
regala á quien le regaló en el suelo;
la hora postrimera le señala

que de su vida le concede el cielo;
Josef suplica al que por Dios adora
que no le deje en tan terrible hora.

La Virgen, que hace oficio de enfermera,
diligente, aunque el alma enternecida,
entra, y puesta á su amada cabecera,
amorosa le ofrece la comida;
el enfermo sufrido bien quisiera
por hacer gusto al alma de su vida
comer de la comida regalada
por las manos santísimas guisada;

Pero no puede, que el dolor tirano
no le deja dar gusto á quien le ruega:
tómala Cristo en su divina mano,
y amoroso á la boca se la llega;
esfuérzase el Esposo soberano
entre el dolor que el corazón navega;
prueba á tomarla de la mano santa,
mas no puede pasarla la garganta.

El dolor grave de su Esposa crece,
viendo mortal la media de su vida;
Cristo el pecho santísimo enternece
viendo que de su amado se divida;
Josef que está cercana le parece
la muerte que apresura su partida,
del mal se olvida, y con esfuerzo santo
la cama riega de copioso llanto.

Asese á Dios y dice:—«¡Ay, Hijo amado!





en el día malo libra á tu nutricio;
dolores de la muerte me han cercado;
con tu siervo no entres en juicio,
seguro vaya á él á ser juzgado
quien Hijo os llama é hizo de ayo oficio,
pues seguro á juicio el padre viene
que al hijo que ama por alcalde tiene.

»No me pesa dejar la cárcel dura,
adonde el alma está aherrojada y presa,
ni de salir de la borrasca escura
al puerto amado, á quien su furia cesa;
de no poder gozar esa hermosura
es, Hijo mío, de lo que me pesa,
y de dejar la amada compañía
de mi Esposa Santísima María.

»Esto llevo en el alma atravesado,
no el gusto de la vida transitoria,
que es vapor de la tierra levantado,
flor que antes de nacer perdió su gloria,
humo que sube á ser desbaratado,
correo que pasa sin dejar memoria,
nave que corre sin dejarnos huella,
en agua ampolla, y en el aire estrella.

»Dejar vuestra adorada compañía
y la de mi divina compañera
es lo que siente y llora el alma mía,
y antes de morir hace que muera;
que yo asido á Jesús y á mi María,
que miro á mi dichosa cabecera,

ayudándome en este trance fuerte,
venturosa podré llamar mi muerte.

»Cese, Virgen, el mar de vuestro llanto;
ved que mi corazón en él se anega,
ved que el Esposo á quien amáis vos tanto
por su consuelo os lo suplica y ruega;
aquí os queda este Hijo sacrosanto,
que el mar furioso de mi mal sosiega;
Él mirará por vos, Esposa amada,
que á él os deja el alma encomendada.

»Y aunque de vos ¡oh mi Criador! entiendo
que como Dios amáis á vuestra Madre,
en esta hora postrera os la encomiendo,
como su Esposo y como vuestro padre;
por el dolor que veis que estoy sufriendo,
y vos me dais, por ver que á mi alma cuadre,
os suplico miréis por mi adorada,
que á vos, Señor, os queda encomendada.

»Hijo de Dios, aquí de vos asido,
hecho un mar de pesar el flaco pecho,
de todos los pecados perdón pido,
que contra vos, Señor, hubiera hecho;
no despreciéis un pecho arrepentido
y un corazón en lágrimas deshecho,
el cual llora contrito y humillado,
que ofendió á quien merece ser amado.

»Por el amor que os trujo desde el cielo
y el que en mí conocéis de vuestro padre;

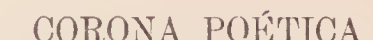


por la deidad que del rosado velo
vistió, quedando virgen, vuestra Madre;
por la sangre que á voces pide el suelo
por ver que á su remedio tanto cuadre,
por las lágrimas tiernas que vertistes
cuando entre el hielo por mi bien nacistes;

»Por estas manos por mi bien abiertas,
por los brazos por mí descoyuntados,
por más de cinco mil sangrientas puertas
que os han de hacer mis culpas y pecados;
por esas luces por mi vida muertas,
por esos piés por mi salud clavados,
por las sienes de espinas traspasadas
y de sangre purísima bañadas;

»Por este pecho que contemplo herido,
piedra que enlaza aquesta flaca yedra,
en cuyos agujeros hará el nido
la paloma, que en ella alegre medra;
por este pecho agora enternecido,
que será en el sufrir como de piedra,
y será piedra de una vara herida,
que dé agua y sangre para darme vida;

»Por este pecho que de Dios adoro,
y beso humilde su cerrada puerta,
por donde amor derramará el tesoro,
dejándose la rica bolsa abierta;
por este pecho que humedece el lloro
que es bien que arrepentido JOSEF vierta,
de haberos ofendido perdón pido,



perdón, mi Dios, perdón, Hijo querido.

»Baje, Señor, á aquel terrestre globo,
donde espera gozoso el fiel ganado,
entre las garras del hambriento lobo
hasta ver su rescate aprisionado;
baje allá, y vea del sangriento robo
al enemigo fiero despojado;
baje á la cárcel de la gente hidalga,
de la cual, viendo al Rey, dichoso salga.

»Goce después del bien que en vos deseo
pues sólo vos amado, menor mío,
podréis hartar de mi inmortal deseo,
la gran capacidad de su vacío;
goce de la deidad que oculta veo,
y padeciendo está al calor y al frío,
goce de la visión, que en altos modos
es el bien sumo y es los bienes todos.

»Goce aquella medida sin medida,
que á aquel que os ama vuestra mano ofrece,
goce la hermosa juventud florida,
que siempre moza, nunca se envejece;
goce, Dios mío, la dichosa vida,
que el temor de la muerte no padece,
sin tinieblas la luz, y sin tristeza
el gozo que hace eterno esa belleza.

»Goce del fin sin el que he deseado,
del abismo de gloria y hermosura
que está para el que os ama aparejado,





y es de todos los bienes suave hartura;
goce el bien de los bienes agregado,
que derramando gloria eterno dura;
goce de vuestro rostro inaccesible
los rayos de su gloria incomprehensible.

Y vos, Virgen, mi Esposa y mi Señora,
sed con el hijo Eterno que paristes
por vuestro amado Esposo intercesora,
pues sé que en mi favor siempre lo fuistes;
mostrad en esta postrimera hora
el mucho amor que siempre me tuvistes;
Madre de Dios, dulcísima María,
sed mi abogada en el airado día.

»Por el paso en que estoy, Virgen, os juro,
que es del alma y el cuerpo el más estrecho,
que aunque miré de vuestro vientre puro
la preñez santa, que me turbó el pecho,
aunque se levantó el nublado escuro,
que ví en turbadas lágrimas deshecho,
y aunque de varias olas fuí acosado,
jamás juzgué mi puro honor manchado.

»Dejaros quise, porque no sabía
qué hacerme viendo la preñez sagrada;
vuestra virtud santísima entendía,
y vía también que estábades preñada;
vuestra inocencia el alma defendía,
mi flaca vista atónita y turbada
con la preñez lidiaba y la inocencia,
sin pronunciar contra mi honor sentencia.





»Si os ofendí, perdón humilde pido
desto, y no haberos, Virgen, regalado
con el sumo cuidado á vos debido,
pues tuvistes de mí sumo cuidado;
pésame, Virgen, que no os he servido,
ni esa bondad, como era justo, amado:
de todas las ofensas que os he hecho
perdón os pido en lágrimas deshecho.»

La Virgen soberana enternecida
no sabe qué se diga ó qué se haga;
queda la voz á la garganta asida,
bebe su llanto y sus suspiros traga;
Cristo, con pecho y alma agradecida,
su mucho amor con lágrimas le paga,
mientras que llega la que le asegura
de ver eternamente su hermosura.

Crece la enfermedad y el dolor crece;
Cristo á la cabecera le consuela,
la Virgen, que en el alma el mal padece,
de día le sirve, y por la noche vela;
si levantarse al Santo se le ofrece
se abraza dél el que en querubes vuela;
levántale amoroso; él fatigado
se goza en que su Dios le haya abrazado.

La Virgen, diligente y cuidadosa,
los colchones le mulle de la cama;
hácesela la bien nacida Esposa,
y en ella tiernas lágrimas derrama;
hecha y compuesta por su mano hermosa,





disimulando el llanto, al Hijo llama,
que traiga al padre y tráele el pío Eneas,
que ha de librarle de las llamas feas.

Lleva Dios hombre á su JOSEF anciano,
en la cama le asienta, y amoroso
le pone en las espaldas la una mano,
donde estriba el enfermo venturoso;
JOSEF con gozo y gusto soberano
coge la otra al Todopoderoso;
ásese á ella y llora enternecido,
al enfermero Dios agradecido.

Él le aplica la ropa y la compone,
regala y sirve al bien nacido Santo;
la Virgen viendo lo que Dios dispone,
hecha un mar de dolor, hace otro tanto;
Cristo á su cabecera se le pone,
por él disimulando el grave llanto,
la Virgen á sus piés le está sirviendo,
regalando al que el pecho le está abriendo.

De beber pide el Santo, y su querida
un vidro de agua entre sus manos toma,
y pídele con gracia nunca oída
que antes que beba alguna cosa coma;
JOSEF se esfuerza, y pide la comida;
tráesela la hermosísima Paloma;
Cristo le sienta y la comida prueba,
pártela y á la boca se la lleva.

Tómalo de la mano deificada,



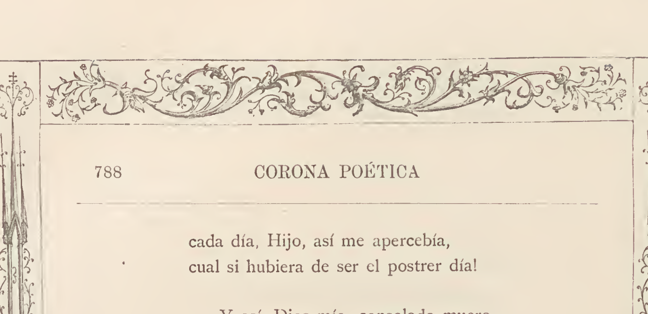
y esfuérzase el santísimo doliente
por dar gusto á la Esposa regalada,
que se lo ruega encarecidamente;
aunque quiere, no puede pasar nada,
y nueva pena y nuevo dolor siente
por no poder dar gusto á la que adora,
que tiene dentro el alma y ve que llora.

La sed al virginal JOSEF fatiga,
el agua pide á la consorte bella:
ella con alma triste y vista amiga,
hecha un mar de pesar, vuelve á traella;
Cristo, á quien de hijo el mucho amor obliga,
la pide á la purísima doncella,
y así arrimado al que la vida debe
le da el agua, que alegre JOSEF bebe.

Desta suerte JOSEF vivió algún día
con paciencia los males padeciendo,
alegre entre la hermosa compañía
del Hijo y Madre, que le están sirviendo;
Cristo le vela, sírvele María,
el uno y otro su dolor sintiendo,
el uno y el otro en lágrimas bañado
de ver morir á su JOSEF amado.

JOSEF, que ya su muerte ha conocido,
con nuevo esfuerzo y ánimo se abraza
al Hijo Eterno, y dice:—«¡Ay, mi querido,
ya su segur la muerte desembraza;
esperando la he estado apercebido,
siempre mi oído oyendo su amenaza;





cada día, Hijo, así me apercebía,
cual si hubiera de ser el postrer día!

»Y así, Dios mío, consolado muero,
pues dejo testamento en que declaro
que sois de Dios el Hijo verdadero,
que venistes al mundo á ser su amparo;
déjoos por mi legítimo heredero,
pues sois, aunque adoptivo, mi hijo caro,
y porque mi Santísima María
os dió su sangre, que era sangre mía.

»En él os hago, Hijo, mi albacea,
que sé que cumpliréis como hijo amado,
lo que mi alma y corazón desea
y en él, como sabéis, dejo mandado;
Hijo de Dios, la muerte horrible y fea
á mi garganta el fuerte lazo ha echado:
dadme la bendición, Hijo querido;
amoroso Jesús, perdón os pido.

»Adiós, Esposa bienaventurada,
que con vos queda, si de vos me alejo:
dentro del alma os llevo atravesada,
viendo en el mar de lágrimas que os dejo;
á Dios quedáis, Señora, encomendada,
y pues que sois de Dios la luz y espejo,
acordaos deste siervo y deste Esposo,
que os llama en este paso temeroso.»

Perdió la habla JOSEF, que un parasismo
le anudó fuertemente la garganta;



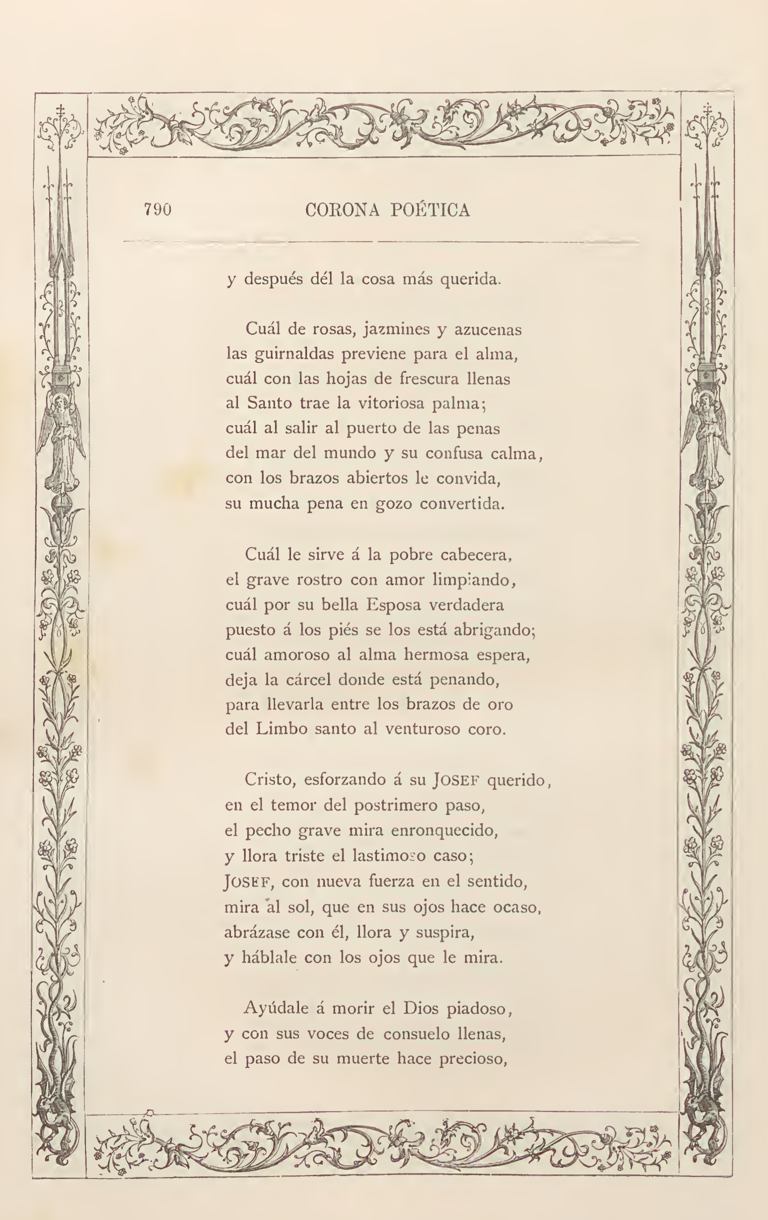


la Virgen, de dolor hecha un abismo,
el alma vierte por su vista santa;
Cristo le abraza uniéndole á sí mismo,
y le da voces entre pena tanta;
á las voces JOSEF turbado vuelve,
y el corazón en lágrimas resuelve.

Con la muerte forceja agonizando,
que está desanudando el lazo estrecho;
el cuerpo virginal se va igualando
del temor natural un mármol hecho;
vanse los firmes dientes traspillando,
enronqueciendo el levantado pecho;
los ojos se le quiebran, teme el alma,
y entre las penas y dolores calma.

Los ojos en aquellos soberanos,
que tiene siempre Dios sobre los justos,
clava JOSEF, y velos tan humanos,
que le serenan los mortales sustos;
ásese ansioso á las divinas manos
que están vertiendo soberanos gustos,
y entre las suyas flacas apretadas
las deja de sus lágrimas bañadas.

De los ángeles puros inmortales
que cercan de JOSEF la humilde cama,
cuál enjuga los granos orientales,
que su Reina santísima derrama,
cuál la dice consuelos celestiales
porque sabe lo mucho que le ama,
que JOSEF es, después de Dios, su vida,



y después dél la cosa más querida.

Cuál de rosas, jazmines y azucenas
las guirnaldas previene para el alma,
cuál con las hojas de frescura llenas
al Santo trae la vitoriosa palma;
cuál al salir al puerto de las penas
del mar del mundo y su confusa calma,
con los brazos abiertos le convida,
su mucha pena en gozo convertida.

Cuál le sirve á la pobre cabecera,
el grave rostro con amor limpiando,
cuál por su bella Esposa verdadera
puesto á los piés se los está abrigando;
cuál amoroso al alma hermosa espera,
deja la cárcel donde está penando,
para llevarla entre los brazos de oro
del Limbo santo al venturoso coro.

Cristo, esforzando á su JOSEF querido,
en el temor del postrimero paso,
el pecho grave mira enronquecido,
y llora triste el lastimoso caso;
JOSEF, con nueva fuerza en el sentido,
mira al sol, que en sus ojos hace ocaso,
abrázase con él, llora y suspira,
y háblale con los ojos que le mira.

Ayúdale á morir el Dios piadoso,
y con sus voces de consuelo llenas,
el paso de su muerte hace precioso,

gozo sus ansias y quietud sus penas;
JOSEF con tal favor más animoso
se pone entre sus manos de azucenas,
y así, viendo al que es suyo y de Dios hijo,
estas palabras últimas le dijo:

«—En tí esperé, no sea confundido;
Señor, en tu justicia me defiende:
la oreja inclina á un pecho arrepentido,
date priesa en mi ayuda, el brazo extiende;
sacarásme del lazo, que escondido
para cazarme mi enemigo tiende;
en tus manos, que vida están vertiendo,
Hijo de Dios, mi espíritu encomiendo.»

Estas palabras últimas le dijo,
y al arrancarse el alma enamorada,
se abraza con el vivo Crucifijo,
su boca en el lugar de la lanzada;
abre los brazos el dos veces hijo,
donde dió la postrera boqueada;
sale del cepo humano el alma hermosa
al lauro eterno y palma victoriosa.

Apenas el glorioso alado coro
vió en las manos de Dios el alma santa,
cuando en consuelo convertido el lloro
himnos alegres y canciones canta;
vístele un alba de diamantes y oro,
y una palma en su diestra sacrosanta,
corónanle de varias bellas flores,
volviéndole á decir tiernos amores.





Puesta en sus hombros llévanla gozosos
del Abraham piadoso al santo seno,
donde el coro de padres venturosos
le está esperando de contento lleno;
van alegres los ángeles hermosos
llevando el alma del varón más bueno
que vió su tiempo, de Dios hijo Padre,
y digno Esposo de su digna Madre.

Con el virginal cuerpo está ajustado
el hombre Dios santísimo Eliseo,
y pudiera su aliento deificado
á la muerte quitarle su trofeo;
pero no quiere que su Padre amado
vuelva del puerto hermoso al golfo feo,
de la paz dulce á la sangrienta guerra,
del Limbo santo á la perdida tierra.

Infundir pudo en el quebrado barro
otra vez nuevo espíritu de vida
y volver á formarle más bizarro,
á la muerte dejando destruída;
mas quiere que le huelle el mortal carro,
que está á su muerte su ganancia asida,
que es preciosa la muerte de los justos
y puerta alegre de divinos gustos.

Ciérrale Dios los ya difuntos ojos
adonde se miró, y enternecido
destila de los suyos á manojos
bálsamo, con que el cuerpo deja ungido;
compone los santísimos despojos;





cierra la boca, que de amor fué nido;
cruza llorando los helados brazos
que gozaron de Dios dulces abrazos.

Y dice en tierna voz llorosa y triste:
—«¿Cómo ¡oh mi padre, me desamparaste?
sediento estuve, y de beber me diste,
hambre pasé, y tú me alimentaste;
desnudo y pobre estuve, y me vestiste,
vísteme peregrino, y me hospedaste,
hallé en tí padre, compañero, amigo,
ayo, tutor, consuelo, gusto, abrigo.

»Si á un jarro de agua fría por mí dado
le ha de corresponder eterna paga,
¿qué paga habrá para el que me ha criado
que á lo que yo le debo satisfaga?
Si al que hospeda al profeta y justo amado,
como á justo y profeta Dios le paga,
al que á Dios hospedó en su casa y pecho
¿con qué podrá dejarle satisfecho?

»Alma dichosa, espera confiada
la justa paga á tu bondad debida;
á mi lado has de verte coronada
en el reino comprado con mi vida;
y tú, casa del alma, fría y helada,
al alma hermosa te verás reunida
en mi santa Ascensión, donde triunfando
subas al premio que te está esperando.»

La pena grave, el grave desconsuelo



que padeció la Virgen en su ausencia,
dígala el cielo, pues la sabe el cielo,
que en tan fiero dolor la dió paciencia;
que yo, como Timantes, pondré el velo
en pintura que atrás dejó mi ciencia;
encubriré su rostro sacrosanto,
y juzgue cada cual su justo llanto.

Cual tórtola amorosa, que afligida
gime en el nido de su amor desierto,
llora la Virgen á su media vida,
que es una viuda honrada, medio muerto;
que si la esposa á su consorte unida,
por la virtud de conyugal concierto,
viene á ser uno con el que ama y quiere,
muerto su esposo, su mitad se muere.

Y por esto, cualquiera viuda honrada
de una medio mortaja anda vestida,
y entre las tocas vive amortajada
porque murió la media de su vida,
si esto ha de hacer cualquiera bien casada,
si esto ha de hacer cualquiera bien querida,
¿qué hará la que perdió al mejor marido
de todos, más amado y más querido?

La Virgen viuda viste jerga baja,
llorando á su consorte amargamente,
que aunque su pena su prudencia ataja,
su viudez llora, y á su esposo siente;
Cristo el cuerpo santísimo amortaja,
ungiéndole con mirra del Oriente,





y el licor puro de sus graves ojos
pudiera ungir los cándidos despojos.

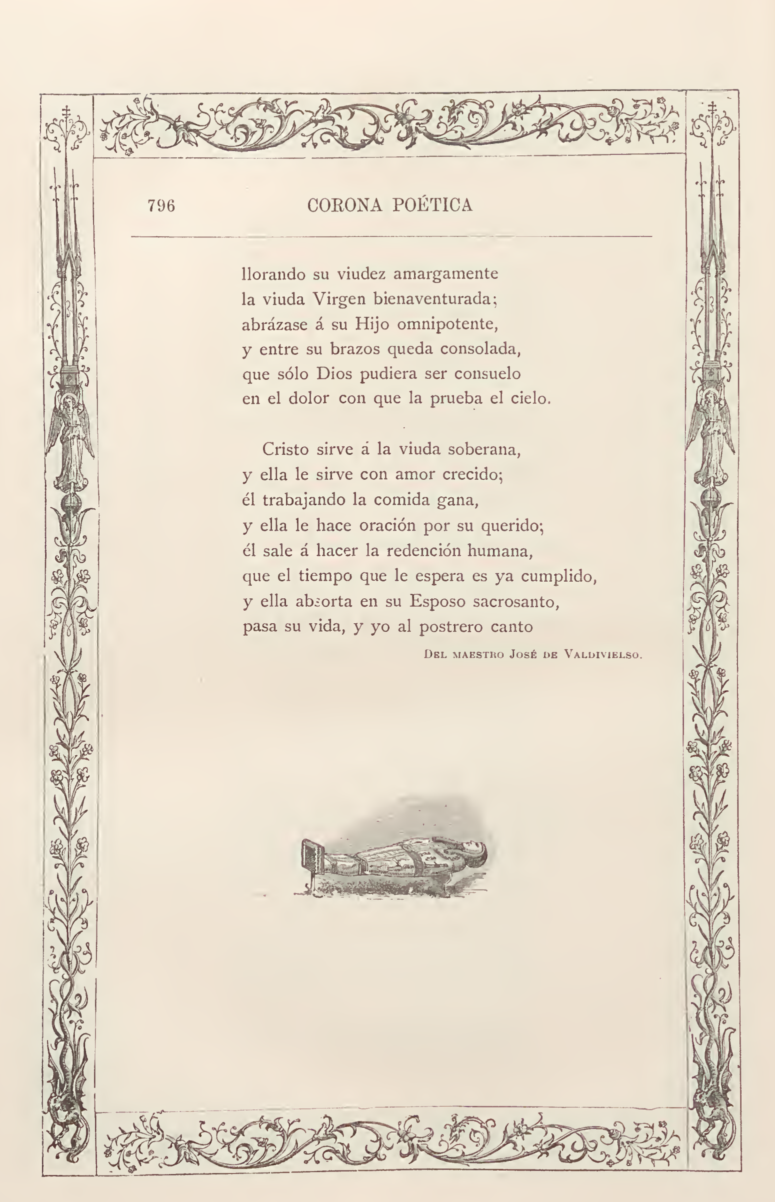
Los ángeles gloriosos le componen,
y ayudando á su Dios, le ungen y visten;
en el negro ataúd el cuerpo ponen,
y con su Dios á lo que manda asisten;
los deudos al entierro se disponen,
y en vano el llanto y el dolor resisten;
los hombros ponen á la dulce carga,
ricos despojos de la muerte amarga.

Sale Cristo arrastrando negro luto,
del deudo y del amigo acompañado,
y con el rostro grave nunca enjuto,
el cuerpo sigue de su justo amado;
la cueva espera el sazonado fruto
por la Parca soberbia derribado;
cántanle las exequias funerales,
y aleluyas los coros celestiales

Ponen á un lado de la cueva escura
junto á JOSEF, su padre, el cuerpo santo,
que guardó siempre su entereza pura
causando al cielo admiración y espanto;
vierte Dios en la noble sepultura
copiosas fuentes de amoroso llanto,
y vuelve triste á la pequeña casa
donde un mar de dolor su Madre pasa.

Despídese la noble honrada gente,
y sálele al encuentro desalada,

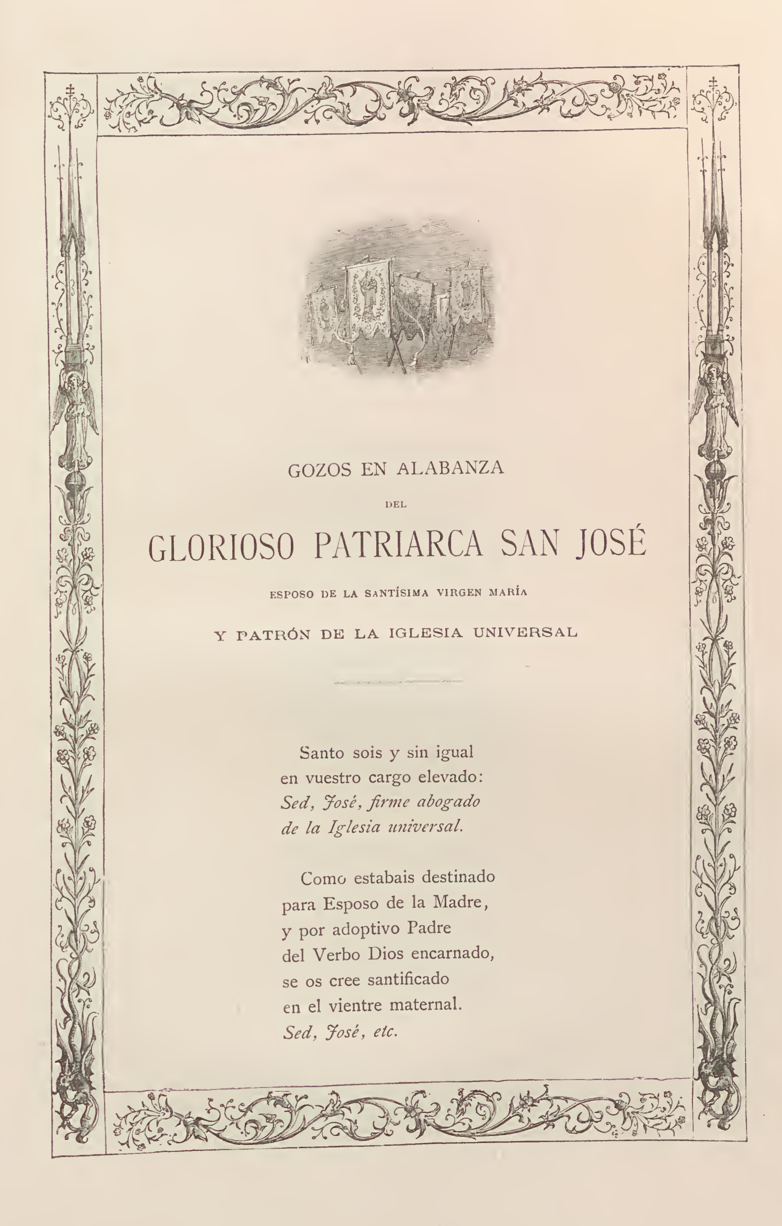




llorando su viudez amargamente
la viuda Virgen bienaventurada;
abrázase á su Hijo omnipotente,
y entre su brazos queda consolada,
que sólo Dios pudiera ser consuelo
en el dolor con que la prueba el cielo.

Cristo sirve á la viuda soberana,
y ella le sirve con amor crecido;
él trabajando la comida gana,
y ella le hace oración por su querido;
él sale á hacer la redención humana,
que el tiempo que le espera es ya cumplido,
y ella absorta en su Esposo sacrosanto,
pasa su vida, y yo al postrero canto

Del maestro José de Valdivielso.



GOZOS EN ALABANZA

DEL

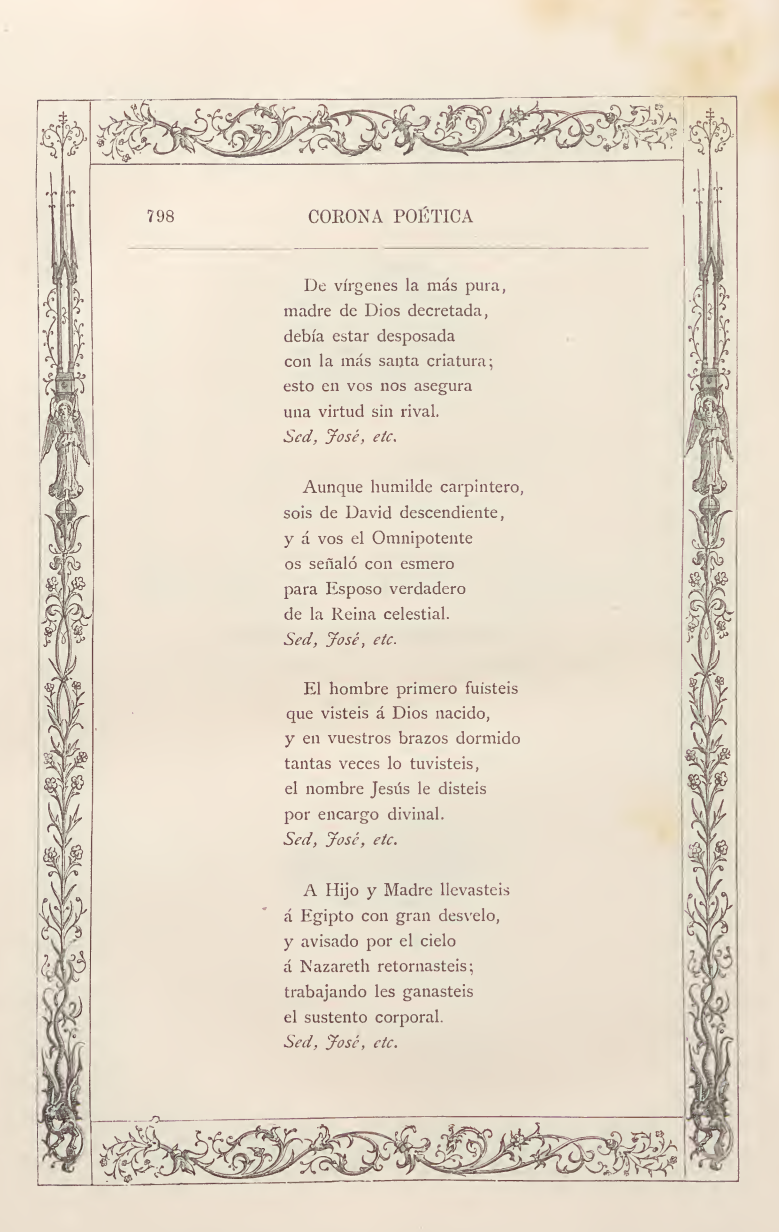
GLORIOSO PATRIARCA SAN JOSÉ

ESPOSO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Y PATRÓN DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Santo sois y sin igual
en vuestro cargo elevado:
Sed, José, firme abogado
de la Iglesia universal.

Como estabais destinado
para Esposo de la Madre,
y por adoptivo Padre
del Verbo Dios encarnado,
se os cree santificado
en el vientre maternal.
Sed, José, etc.



De vírgenes la más pura,
madre de Dios decretada,
debía estar desposada
con la más santa criatura;
esto en vos nos asegura
una virtud sin rival.
Sed, José, etc.

Aunque humilde carpintero,
sois de David descendiente,
y á vos el Omnipotente
os señaló con esmero
para Esposo verdadero
de la Reina celestial.
Sed, José, etc.

El hombre primero fuisteis
que visteis á Dios nacido,
y en vuestros brazos dormido
tantas veces lo tuvisteis,
el nombre Jesús le disteis
por encargo divinal.
Sed, José, etc.

A Hijo y Madre llevasteis
á Egipto con gran desvelo,
y avisado por el cielo
á Nazareth retornasteis;
trabajando les ganasteis
el sustento corporal.
Sed, José, etc.

Sumiso y obediente
Jesús á vos os estaba,
y Padre siempre os llamaba;
¡oh dignidad excelente,
que no cabía en la mente
del miserable mortal!
Sed, José, etc.

En los brazos espirasteis
de Jesús y de María;
de la Ascensión en el día
á Jesús acompañasteis,
y en alma y cuerpo os sentasteis
junto al trono divinal.
Sed, José, etc.

Allí protector sagrado
os halla el fiel afligido,
y nadie á vos ha acudido
sin ser pronto remediado;
esto Teresa ha explicado
vuestra devota especial.
Sed, José, etc.

Pio Nono, en vos confiado,
de la Iglesia en la aflicción,
de ella universal Patrón
os tiene ya declarado:
por vos quedará aplastado
todo el poder infernal.
Sed, José, etc.



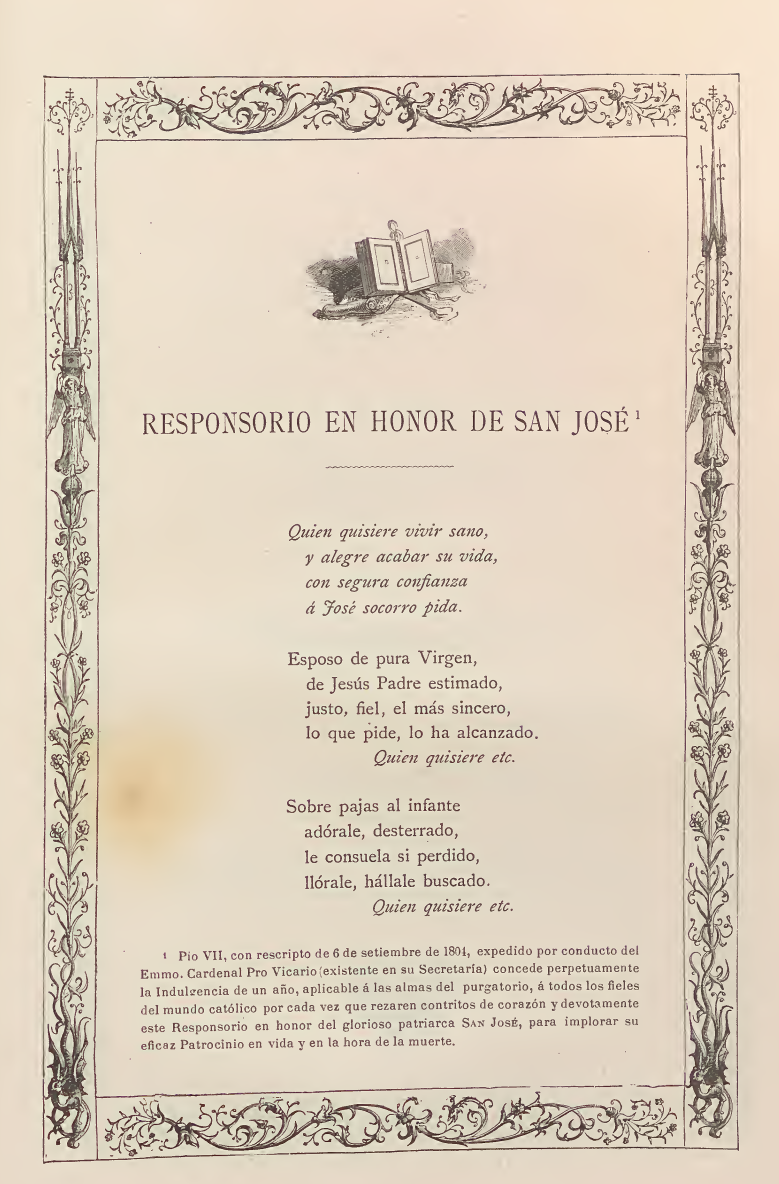
Pues Dios su Iglesia ha confiado
á vuestro amor paternal:
Sedle, José, el abogado
contra el furor infernal.

PABLO PARASSOLS, PBRO.

℣. *Constituit eum Dominum domus suæ.*
℟. *Et principem omnis possessionis suæ.*

OREMUS

Sanctissimæ Genitricis suæ Sponsi, quæsumus Domine, meritis adjuvemur: ut quod possibilitas nostra non obtinet, ejus nobis intercessione donetur. Qui vivis et regnas in sæcula sæculorum. Amen.



RESPONSORIO EN HONOR DE SAN JOSÉ[1]

Quien quisiere vivir sano,
y alegre acabar su vida,
con segura confianza
á José socorro pida.

Esposo de pura Virgen,
de Jesús Padre estimado,
justo, fiel, el más sincero,
lo que pide, lo ha alcanzado.
Quien quisiere etc.

Sobre pajas al infante
adórale, desterrado,
le consuela si perdido,
llórale, hállale buscado.
Quien quisiere etc.

1 Pio VII, con rescripto de 6 de setiembre de 1804, expedido por conducto del Emmo. Cardenal Pro Vicario (existente en su Secretaría) concede perpetuamente la Indulgencia de un año, aplicable á las almas del purgatorio, á todos los fieles del mundo católico por cada vez que rezaren contritos de corazón y devotamente este Responsorio en honor del glorioso patriarca San José, para implorar su eficaz Patrocinio en vida y en la hora de la muerte.



Del mundo al autor supremo
sustenta con sus sudores;
le obedece atento el hijo
del Señor de los señores.
Quien quisiere etc.

En su última jornada
le asiste Jesús con María,
y espira con dulce sueño
alegre en su compañía.
Quien quisiere etc.

Gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo,
como fué desde el principio,
ahora y todos los siglos. *Amen.*
Quien quisiere etc.

ANTIPH. *Ecce fidelis servus et prudens, quem constituit Dominus super familiam suam.*

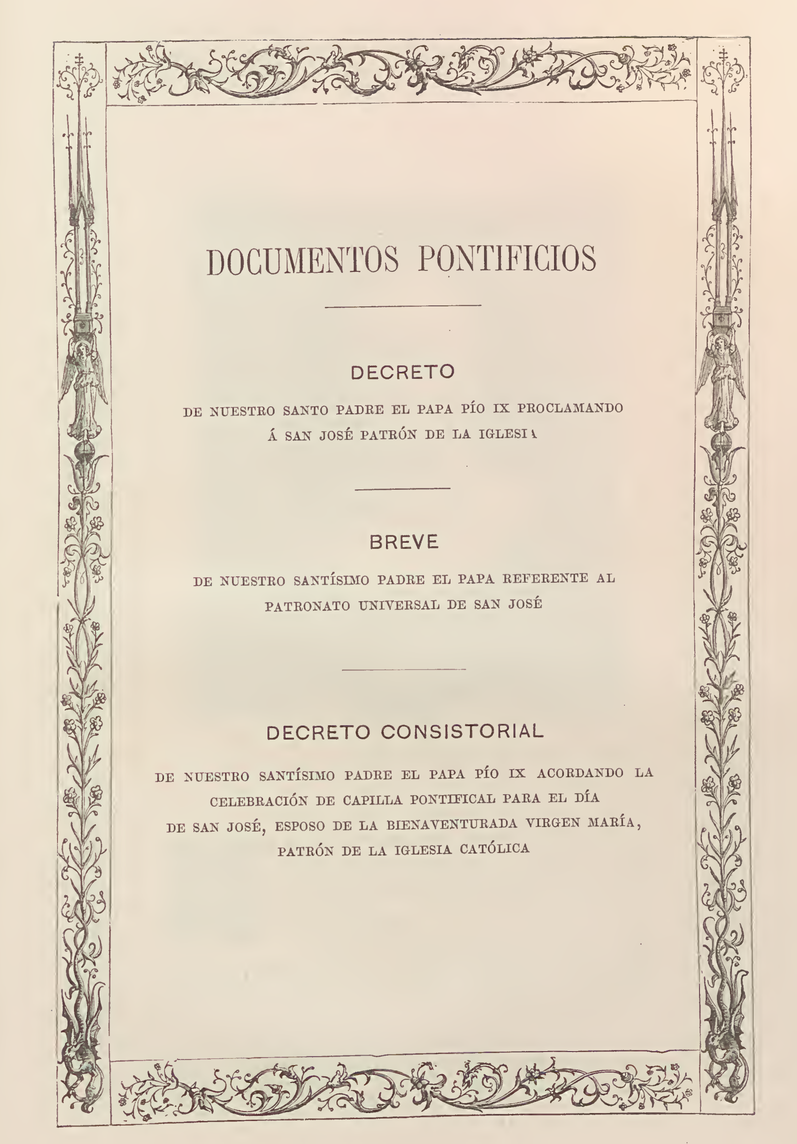
℣. *Ora pro nobis beate* JOSEPH.
℟. *Ut digni efficiamur promisionibus Christi.*

OREMUS

Deus, qui ineffabili providentia Beatum JOSEPH *Sanctissimæ Genitricis tuæ Sponsum eligere dignatus es: præsta quæsumus: ut quem Protectorem veneramur in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis. Qui vivis, et regnas in sæcula sæculorum.* Amen.







DOCUMENTOS PONTIFICIOS

DECRETO

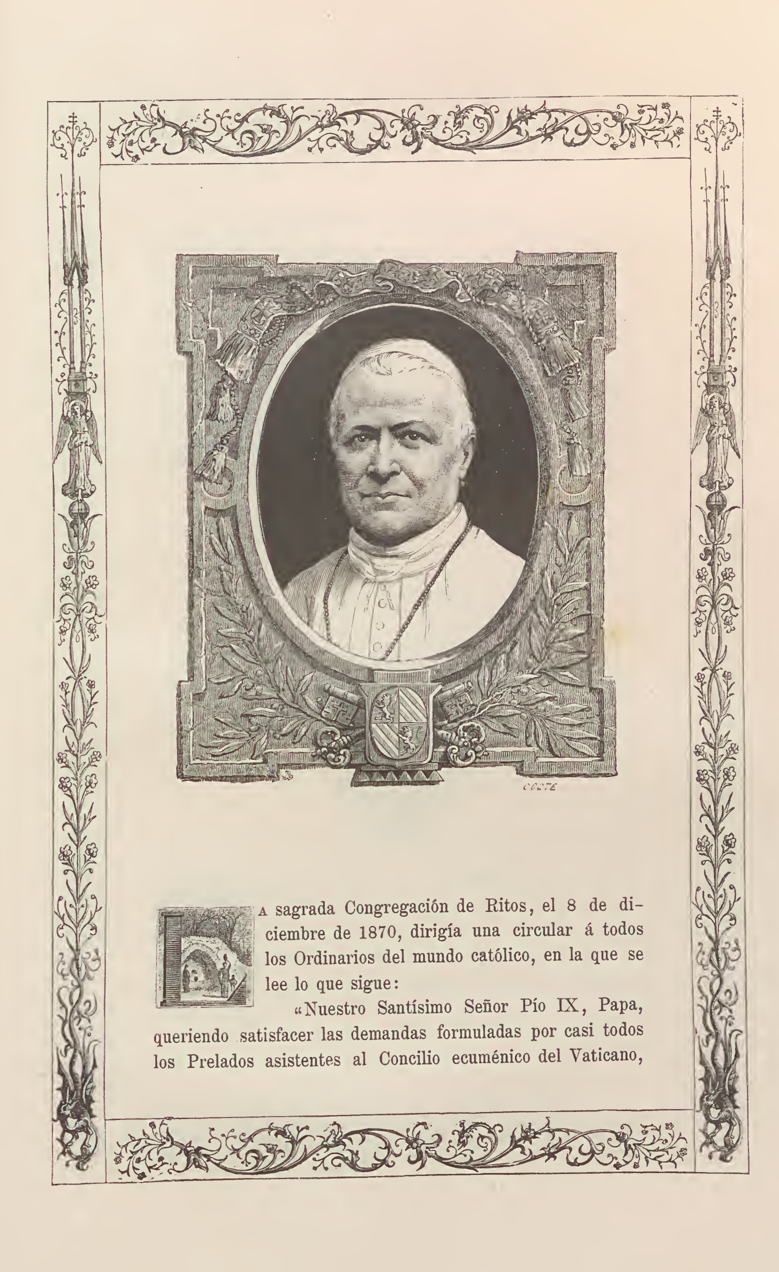
DE NUESTRO SANTO PADRE EL PAPA PÍO IX PROCLAMANDO Á SAN JOSÉ PATRÓN DE LA IGLESIA

BREVE

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA REFERENTE AL PATRONATO UNIVERSAL DE SAN JOSÉ

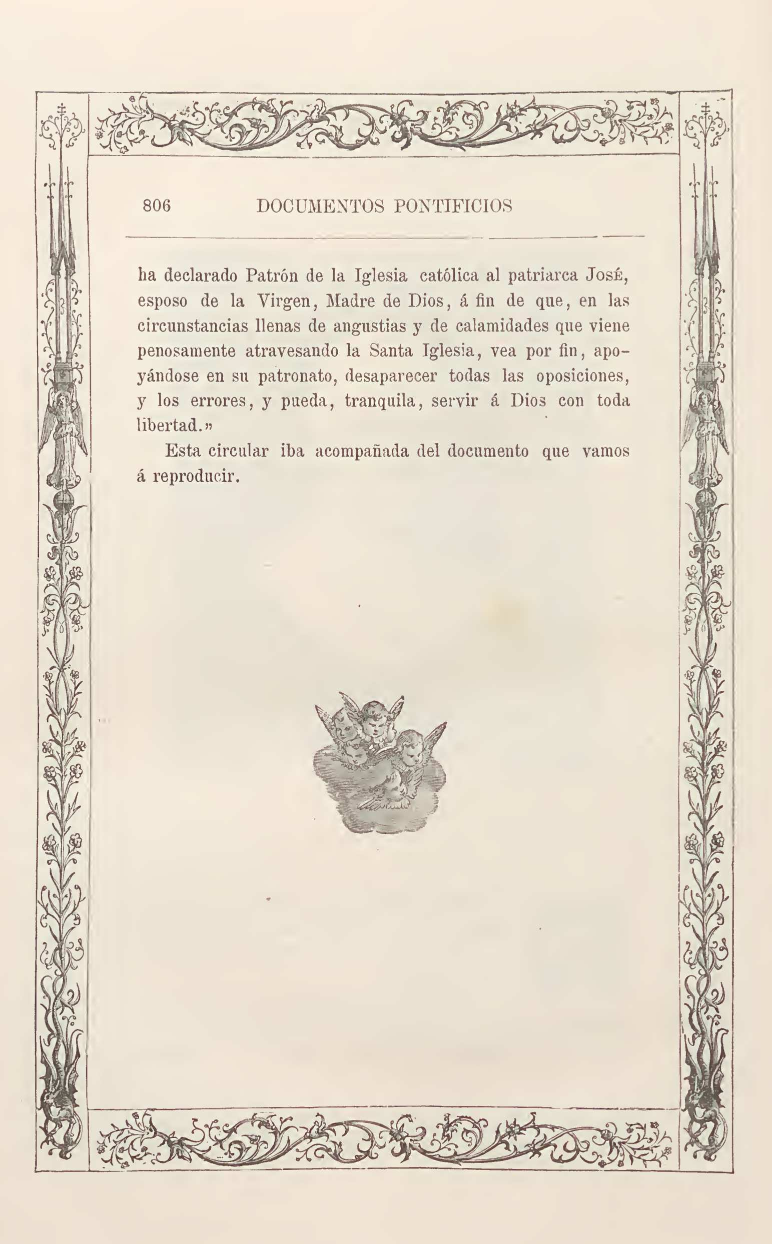
DECRETO CONSISTORIAL

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA PÍO IX ACORDANDO LA CELEBRACIÓN DE CAPILLA PONTIFICAL PARA EL DÍA DE SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA, PATRÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA



La sagrada Congregación de Ritos, el 8 de diciembre de 1870, dirigía una circular á todos los Ordinarios del mundo católico, en la que se lee lo que sigue:

«Nuestro Santísimo Señor Pío IX, Papa, queriendo satisfacer las demandas formuladas por casi todos los Prelados asistentes al Concilio ecuménico del Vaticano,



ha declarado Patrón de la Iglesia católica al patriarca José, esposo de la Virgen, Madre de Dios, á fin de que, en las circunstancias llenas de angustias y de calamidades que viene penosamente atravesando la Santa Iglesia, vea por fin, apoyándose en su patronato, desaparecer todas las oposiciones, y los errores, y pueda, tranquila, servir á Dios con toda libertad.»

Esta circular iba acompañada del documento que vamos á reproducir.

DECRETO

DE NUESTRO

SANTO PADRE EL PAPA PIO IX

PROCLAMANDO

A SAN JOSÉ PATRÓN DE LA IGLESIA



sí como Dios había instituído á José, hijo del patriarca Jacob, al frente de toda la tierra de Egipto, á fin de guardar para el pueblo el trigo que le era necesario, del mismo modo en la plenitud de los tiempos, al querer enviar á su Hijo único para salvar al mundo, escogió otro José, del que el primero era la representación. Le erigió en señor de su casa, en gobernador de sus Estados, y le confió la custodia

de sus tesoros más preciosos. En efecto, tuvo por esposa á la Inmaculada Virgen María, de la cual, por obra del Espíritu Santo, nació Jesucristo, Nuestro Señor, que se dignó pasar entre los hombres por hijo de José y que le estuvo constantemente sumiso.

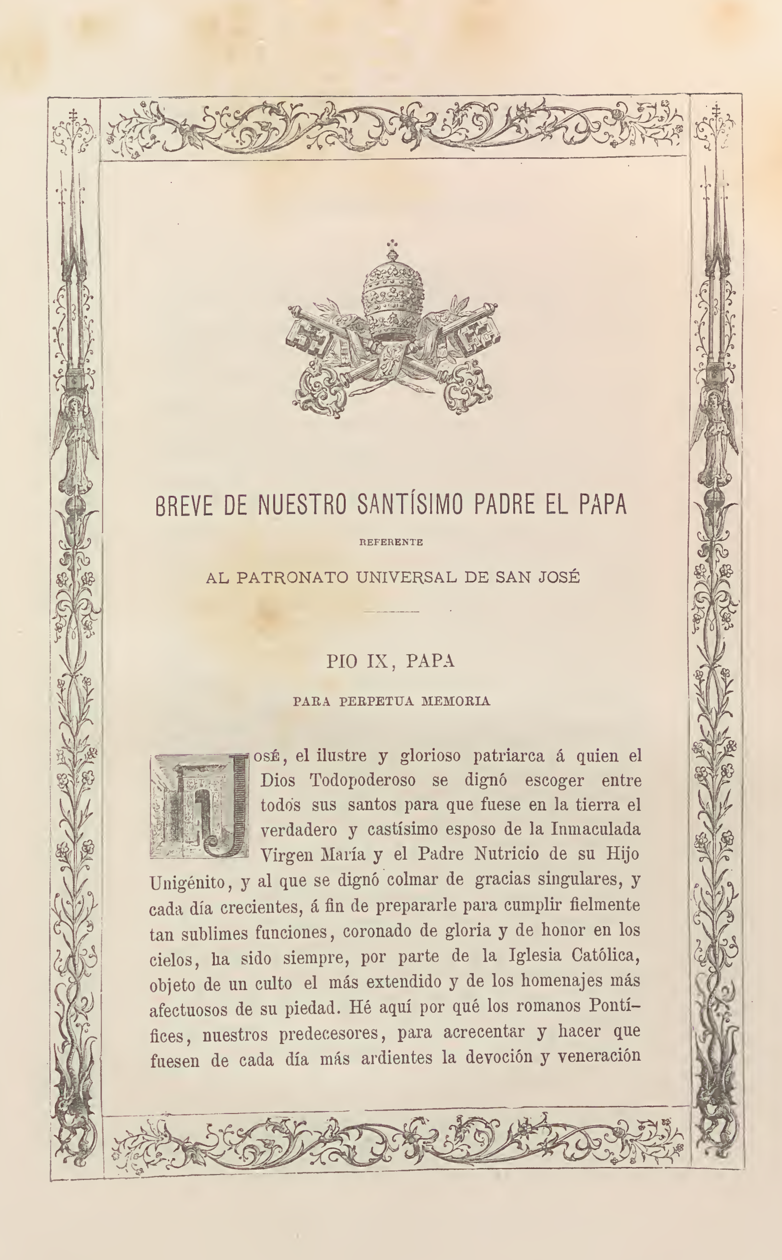
Y á Aquel á quien tantos reyes y profetas hubieran deseado ver, José no sólo lo vió, sino que conversó con él, le amó con amor paternal y le prodigó sus besos y caricias; además, alimentó con el mayor cuidado á Aquel á quien el pueblo creyente debía recibir como el pan descendido del cielo para poder llegar á la vida eterna. A causa de esta gran dignidad que Dios concedió á su fidelísimo siervo, el bienaventurado José ha sido, después de su esposa, la Virgen Madre de Dios, rodeado del mayor honor y veneración por la Iglesia, la que, en sus ansiedades y sus infortunios, ha acudido constantemente á su intervención. Y como quiera que en estos tiempos tan tristes la Iglesia se encuentra por todas partes combatida por sus enemigos y agobiada por las calamidades más graves, hasta un punto tal que los impíos esperaban ver por fin las puertas del infierno prevalecer contra ella, los venerables Prelados de todo el universo católico presentaron al Soberano Pontífice sus súplicas, junto con las de los fieles confiados á su solicitud, á fin de que se dignara designar á San José por Patrón de la Iglesia Católica. Posteriormente estos votos han sido renovados, con más insistencia aún, en el Santo Concilio ecuménico del Vaticano; y Nuestro Santísimo Padre, el Papa Pío IX, obligado por los últimos y deplorables acontecimientos á ponerse, así como todos los fieles, bajo la poderosa protección de San José, y queriendo dar de este modo justa satisfacción á los votos de los Obispos, ha declarado solemnemente á San José, Patrón de la Iglesia Católica, y ha ordenado que su fiesta, fijada





para el 19 de Marzo, sea en adelante celebrada con rito doble de primera clase, sin octava, á causa de ocurrir en la Santa Cuaresma; y además, Su Santidad ordena que esta santa declaración pase al derecho público por el presente decreto de la Congregación de Ritos, desde este día, fiesta de la Inmaculada Virgen, Madre de Dios, y esposa del castísimo San José. En nada obstando todas las cláusulas contrarias. —8 de Diciembre de 1870.





BREVE DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA

REFERENTE

AL PATRONATO UNIVERSAL DE SAN JOSÉ

PIO IX, PAPA

PARA PERPETUA MEMORIA

José, el ilustre y glorioso patriarca á quien el Dios Todopoderoso se dignó escoger entre todos sus santos para que fuese en la tierra el verdadero y castísimo esposo de la Inmaculada Virgen María y el Padre Nutricio de su Hijo Unigénito, y al que se dignó colmar de gracias singulares, y cada día crecientes, á fin de prepararle para cumplir fielmente tan sublimes funciones, coronado de gloria y de honor en los cielos, ha sido siempre, por parte de la Iglesia Católica, objeto de un culto el más extendido y de los homenajes más afectuosos de su piedad. Hé aquí por qué los romanos Pontífices, nuestros predecesores, para acrecentar y hacer que fuesen de cada día más ardientes la devoción y veneración

de los fieles en favor del Santo Patriarca, y á fin de exhortarles á implorar su intercesión cerca de Dios con una confianza sin límites, no dejaron escapar ocasión alguna favorable de dar nueva y mayor publicidad á su culto. Nos bastará citar, entre nuestros predecesores de feliz recordación, á Sixto IV, que hizo continuar el Oficio de San José en el *Breviario* y *Misal Romano;* á Gregorio XV que, por su decreto de 8 de Mayo de 1621, ordenó que la fiesta de San José fuese celebrada de precepto en todo el universo; á Clemente X que, en 6 de Diciembre de 1670, elevó esta fiesta á rito doble de segunda clase; á Clemente XI que, por decreto de 14 de Febrero de 1714, designó para la misma fiesta una misa y un Oficio enteramente propios, y en fin, á Benedicto XIII que, por decreto de 19 de Diciembre de 1726, ordenó añadir el nombre del Santo Patriarca á las letanías de los Santos. Y Nos mismo, desde que, por un juicio impenetrable de Dios, fuimos elevados á la Suprema Sede de Pedro, incitados, ya por los ejemplos de nuestros ilustres predecesores, ya por la devoción particular de que Nos hemos sentido animado desde nuestra infancia hacia el Santo Patriarca, por decreto de 10 de Setiembre de 1847, con gran placer de nuestra alma, hemos extendido á la Iglesia universal, con rito doble de segunda clase, la fiesta de su Patrocinio, que ya se celebraba en muchos puntos por indulto particular de la Santa Sede. Pero en estos últimos tiempos en que se ha declarado á la Iglesia de Jesucristo una guerra cruel y encarnizada, la devoción á San José se acrecienta de tal suerte y toma tan gran desarrollo, que de todas partes nos llegan ardientes é innumerables súplicas, recientemente renovadas en el Santo Concilio Vaticano por toda la corporación de los fieles, y de un modo especial, por la gran mayoría de nuestros venerables hermanos los Obispos



y los Cardenales de la Santa Iglesia romana, expresando su deseo de ver que Nos, en estos calamitosos tiempos, declaráramos á San José Patrón de la Iglesia Católica, á fin de obtener con más eficacia, por sus méritos é intercesion, la misericordia de Dios y evitar los grandes males que nos afligen por todas partes. Hé aquí porqué, impulsado por estas demandas, después de invocar las luces de Dios, Nos hemos estimado conveniente acceder á estos deseos tan numerosos y tan ardientes, y, por un decreto particular de Nuestra Sagrada Congregación de Ritos, publicado, conforme á nuestras órdenes, el 8 de Diciembre de 1870, fiesta de la Inmaculada Concepción, en la Misa solemne, en nuestras basílicas principales de Letrán, del Vaticano y de Santa María la Mayor, Nos hemos solemnemente proclamado al bienaventurado Patriarca San José Patrón de la Iglesia Católica, y hemos ordenado que su fiesta, que cae en el 19 de Marzo, sea en adelante celebrada en todo el universo, con rito doble de primera clase, pero sin octava, por razón de la Santa Cuaresma. Y como quiera que Nos haya parecido justo, según nuestro decreto que proclama al Santo Patriarca, Patrón de la Iglesia Católica, discernirle en el culto público eclesiástico todas y cada una de las prerrogativas que, según las rúbricas generales del *Breviario* y *Misal Romano,* son peculiares á los Santos Patronos, después de consultar á nuestros venerables Hermanos los eminentes Cardenales de la Santa Iglesia romana, renovando, confirmando y extendiendo por Nuestras presentes Letras las disposiciones del precitado decreto, Nos ordenamos, además, y prescribimos lo que sigue, á saber:

Nos queremos que el símbolo ó *Credo* sea siempre añadido á la Misa, tanto en la fiesta de San José como en la de su Patrocinio, aun cuando ocurran en día que no sea domingo. Nos queremos, además, que en la oración *A cunctis,*



siempre que deba rezarse, se haga conmemoración de San José en estos términos: *Cum beato Joseph,* después de la invocación de la bienaventurada Virgen María y antes de todos los otros santos patronos, sean los que sean, exceptuados los santos ángeles y san Juan Bautista [1]. Nos queremos, por último, que se observe este mismo orden en los sufragios de los Santos, cuando estén prescritos por la Rúbrica, añadiendo la siguiente conmemoración en honor de San José:

EN LAS VÍSPERAS

Ant. Ecce fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super familiam suam.

℣. Gloria et divitæ in domo ejus.

℟. Et justitia ejus manet in sæculum sæculi.

Antífona. Hé aquí el siervo fiel y prudente á quien el Señor instituyó sobre su casa.

℣. La gloria y las riquezas están en su casa.

℟. Y su justicia permanece de siglo en siglo.

EN LAS LAUDES

Ant. Ipse Jesus erat incipiens quasi annorum tringinta, ut putabatur filius Joseph.

℣. Os justi meditabitur sapientiam.

Antífona. Tenía Jesús al comenzar *su ministerio* cerca de treinta años y era reputado como hijo de José.

℣. La boca del justo derramará sabiduría.

[1] Esta precedencia, que en la oración indicada da el Papa al nombre de San Juan sobre el de San José, indica que el Pontífice recuerda perfectamente aquellas sabidas palabras de Jesús: «En verdad os digo que no ha salido á luz entre los hijos de mujeres alguno mayor que Juan Bautista.» (Mat. xi. 11); y por lo mismo da á éste el especial honor que le tributó Cristo, marcado honor y privilegio que, á pesar de todos nuestros elogios á San José, no hemos tratado de negar; sino que, al contrario, lo reconocemos tal cual lo enseña el Sagrado Texto.



℟. Et lingua ejus loquetur judicium.

℟. Y su lengua hablará juiciosamente.

OREMUS

Deus, qui ineffabili providentiâ Beatum Joseph sanctissimæ Genitricis tuæ Sponsum eligere dignatus es; præsta, quæsumus: ut quem Protectorem veneramur in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis. Qui vivis, etc.

ORACIÓN

Oh Dios, que por inefable providencia os dignasteis elegir al bienaventurado José por esposo de vuestra santísima Madre; haced, os suplicamos, que merezcamos tener por intercesor en el cielo á aquel cuyo patrocinio veneramos en la tierra. Vos que vivís, etc.

Nos ordenamos lo que precede queriendo que estas nuestras Letras conserven siempre toda su eficacia y obtengan su pleno y entero efecto, en nada obstando las Constituciones y prescripciones apostólicas y cualesquiera otras cláusulas contrarias. Nos queremos, además, que toda copia ó ejemplar de las presentes Letras, autorizado con la firma de uno de nuestros Notarios públicos y sellado con el sello de cualquier persona constituída en dignidad eclesiástica, tenga la misma autoridad que las presentes.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, á 7 de Julio de 1871, año vigésimosexto de Nuestro Pontificado.

Por S. E. el cardenal PARACCIANI CLARELLI.

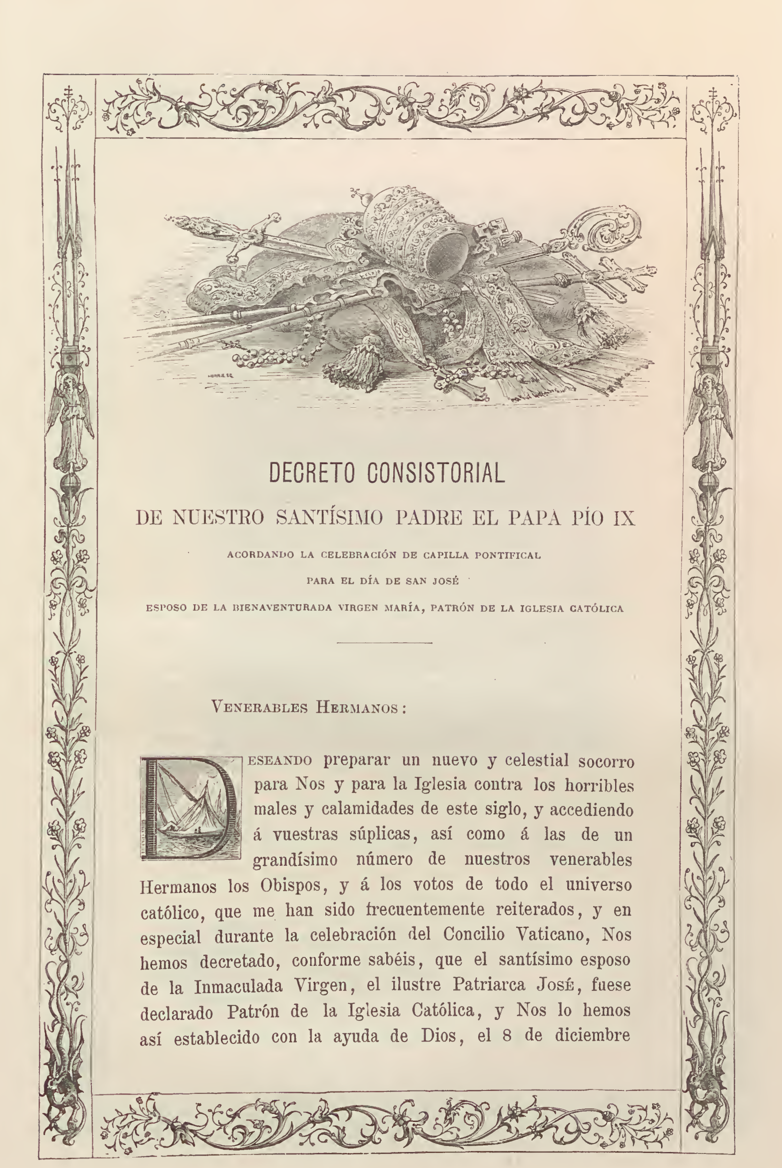
Félix Profili, substituto.





UN NUEVO HONOR PARA SAN JOSÉ

A fin de dar una prueba más de su tierna piedad y de su confianza hacia SAN JOSÉ, el augusto Pontífice Pío IX decidió que todos los años, el 19 de Marzo, día de la fiesta del Santo, se celebrase capilla papal en el palacio apostólico, en honor del venerado Patriarca. Nos complacemos en reproducir el decreto que el Padre Santo emitió con este motivo en consistorio secreto el 6 de Mayo de 1872.



DECRETO CONSISTORIAL

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA PÍO IX

ACORDANDO LA CELEBRACIÓN DE CAPILLA PONTIFICAL

PARA EL DÍA DE SAN JOSÉ

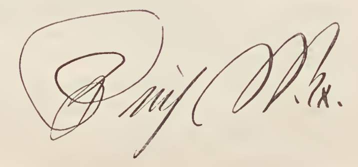
ESPOSO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA, PATRÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA

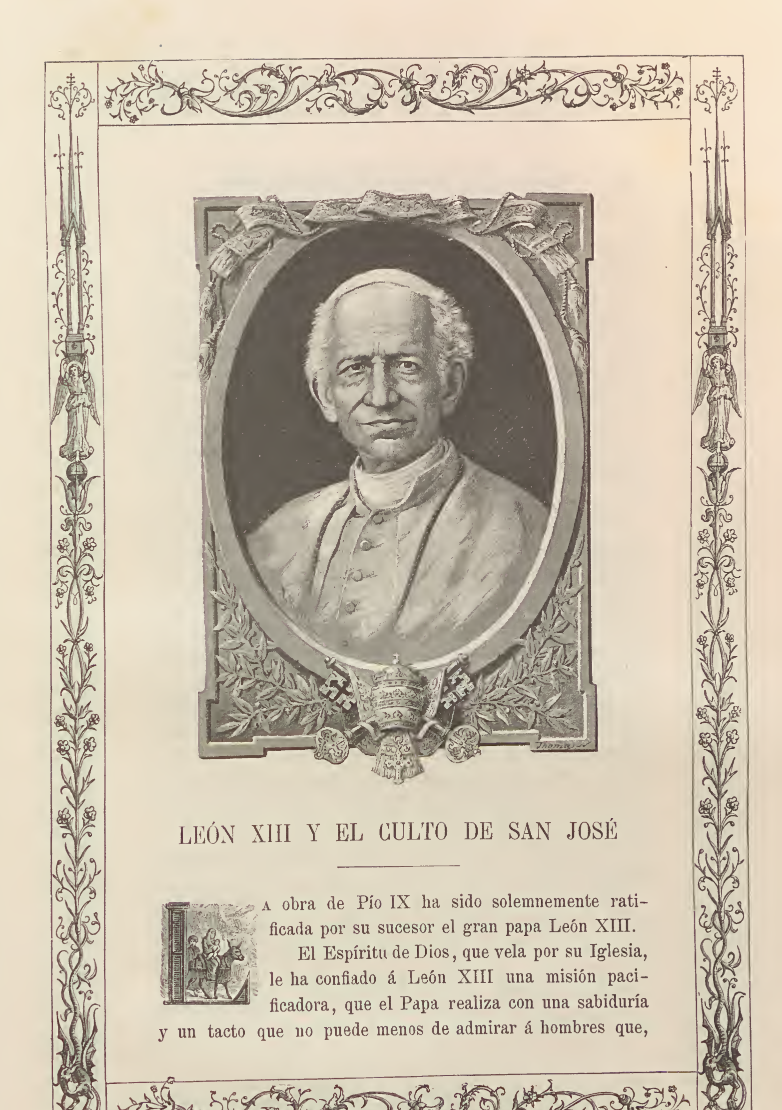
VENERABLES HERMANOS:

DESEANDO preparar un nuevo y celestial socorro para Nos y para la Iglesia contra los horribles males y calamidades de este siglo, y accediendo á vuestras súplicas, así como á las de un grandísimo número de nuestros venerables Hermanos los Obispos, y á los votos de todo el universo católico, que me han sido frecuentemente reiterados, y en especial durante la celebración del Concilio Vaticano, Nos hemos decretado, conforme sabéis, que el santísimo esposo de la Inmaculada Virgen, el ilustre Patriarca JOSÉ, fuese declarado Patrón de la Iglesia Católica, y Nos lo hemos así establecido con la ayuda de Dios, el 8 de diciembre

de 1870, por medio de un decreto emanado de nuestra Congregación de los santos ritos, decreto que posteriormente Nos confirmamos por Letra Apostólica, con fecha de 7 de julio del año siguiente.

Cumplido esto, Nos hemos creído que era también de nuestro deber el procurar que los honores que conciernen al Patrón recientemente dado á la Iglesia, se acrecienten con los esplendores del culto externo y que el día consagrado á su memoria, que es hoy considerado como más solemne y más santo en toda la Iglesia, fuese celebrado por esta Silla Apostólica de igual modo que las otras solemnidades principales. Nos queremos, pues, que con ocasión de la fiesta solemne de San José, Patrón de toda la Iglesia católica, haya capilla papal en su honor en nuestro palacio apostólico. Nos mandamos y ordenamos que ésta tenga lugar cada año, de suerte que esta capilla papal, celebrada anualmente en honor de San José, sea puesta en el número de las otras, á fin de que el santísimo esposo de la Madre de Dios tenga á bien por su patronato, proteger y amparar la religión católica, lo propio que esta Silla apostólica, contra los asaltos multiplicados de los enemigos y acoja favorablemente las súplicas que le son dirigidas por todo el pueblo fiel, correspondiendo así á la esperanza y confianza que Nos tenemos puesta en él por tan justos títulos. Es cuanto hemos creído deber manifestaros.





LEÓN XIII Y EL CULTO DE SAN JOSÉ

La obra de Pío IX ha sido solemnemente ratificada por su sucesor el gran papa León XIII.

El Espíritu de Dios, que vela por su Iglesia, le ha confiado á León XIII una misión pacificadora, que el Papa realiza con una sabiduría y un tacto que no puede menos de admirar á hombres que,

por sistema ó por espíritu de secta, son hostiles á la institución pontificia.

La paz en el orden moral es lo que la armonía en el orden físico; y así como ésta muchas veces resulta de la combinación de fuerzas, por otra parte opuestas, así la primera debe resultar de la conciliación de aspiraciones, de ideas ó de intereses que aparecen en pugna.

Esta obra de conciliación el Papa reinante sabe realizarla de un modo que da á conocer hasta qué punto el Vicario de Jesucristo puede contar con la inspiración que viene de lo alto.

Gracias á la intervención de León XIII, pueblos que se habrían aniquilado en enconada lucha se dan el abrazo de cordial fraternidad; y hemos visto al Papa, sin ejército, sin recursos materiales, reducido á permanecer dentro de las paredes del Vaticano, constituído en mediador entre naciones poderosas, levantándose á una altura que nos recuerda los mejores tiempos de las edades cristianas.

Diplomáticos los más consumados, han tenido que cambiar sus resoluciones, que reformar sus programas, reconociendo que León XIII, desde las alturas del Vaticano, domina mejor que esos otros políticos los horizontes del porvenir, y que hay en lo incierto de los destinos de los pueblos sorpresas que lo son para todos, menos para León XIII que ya las había previsto y anunciado de antemano.

Él, á más de trabajar en la conciliación de las naciones entre sí, trabaja también en armonizar los derechos de los gobiernos con las necesidades de los pueblos, en establecer la armonía entre las distintas clases sociales.

Hay una grande, una trascendental obra de pacificación que León XIII no pierde nunca de vista. Hoy la lucha más



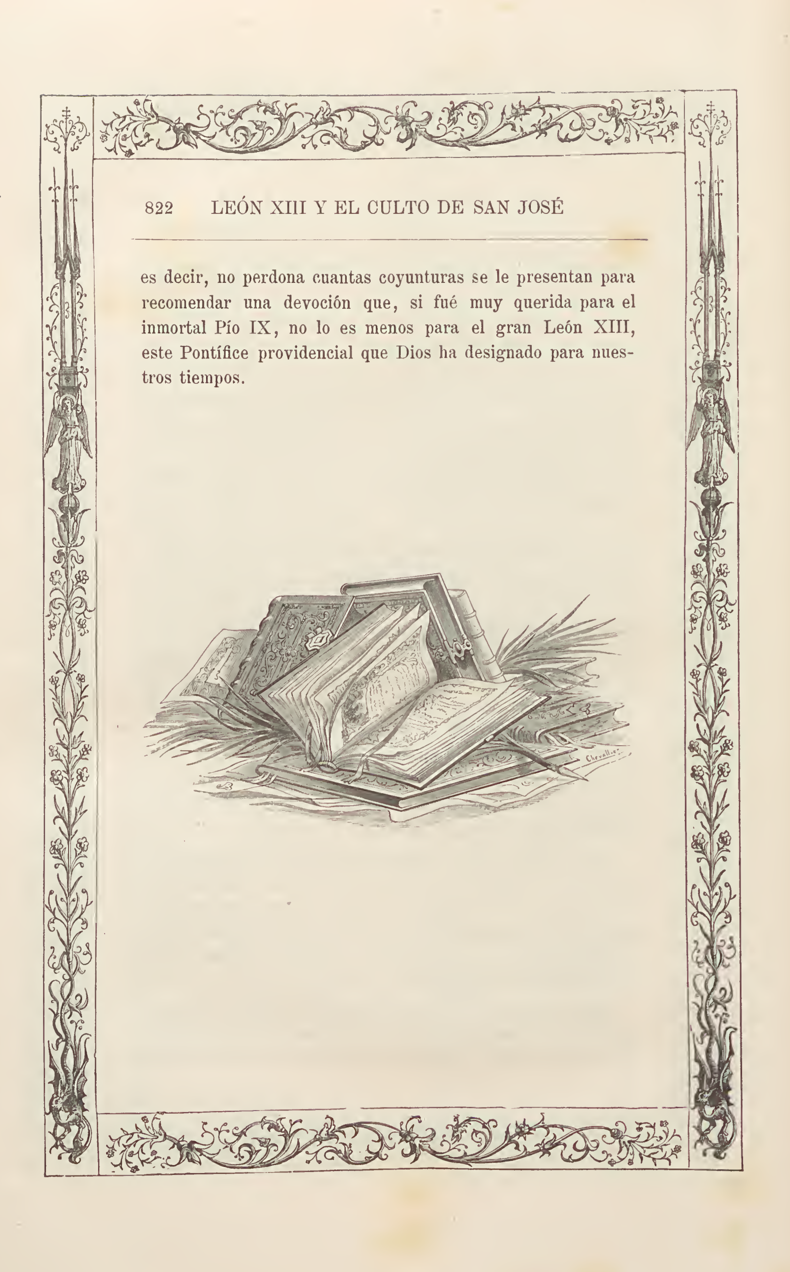
temible, la que envuelve mayores peligros, no es la que puede trabarse entre reyes que se disputan algunos palmos de terreno; hoy lo que produce las incertidumbres del presente y da lugar á los temores del porvenir, es la cuestión social. Armonizar el capital con el trabajo, establecer la concordia entre las diferentes fuerzas sociales para que juntas contribuyan á los grandes fines de la Providencia, esta es una de las preocupaciones de León XIII, manifestada desde el principio de su inmortal pontificado. Él procura en poner de acuerdo, no sólo en el terreno de la justicia, sino en el más vasto de la caridad, intereses que malas inteligencias, antiguos odios ó malhadadas preocupaciones mantienen en lucha; él quiere que una explotación altamente culpable no constituya á las clases trabajadoras en agentes de la obra de disolución social que viene preparándose por medio de la conjuración de todos los sofismas, de todos los errores y de todos los odios; él quiere arrancar la piqueta demoledora que se pone en la mano de las masas obreras para que siembren ruinas. A este fin fomenta los círculos católicos de trabajadores y quiere que éstos se pongan bajo la protección de San José. Este deseo vehemente que tiene el Papa de que los hijos del trabajo se coloquen bajo la protección de San José, lo viene manifestando en cuantas conjeturas se le ofrecen.

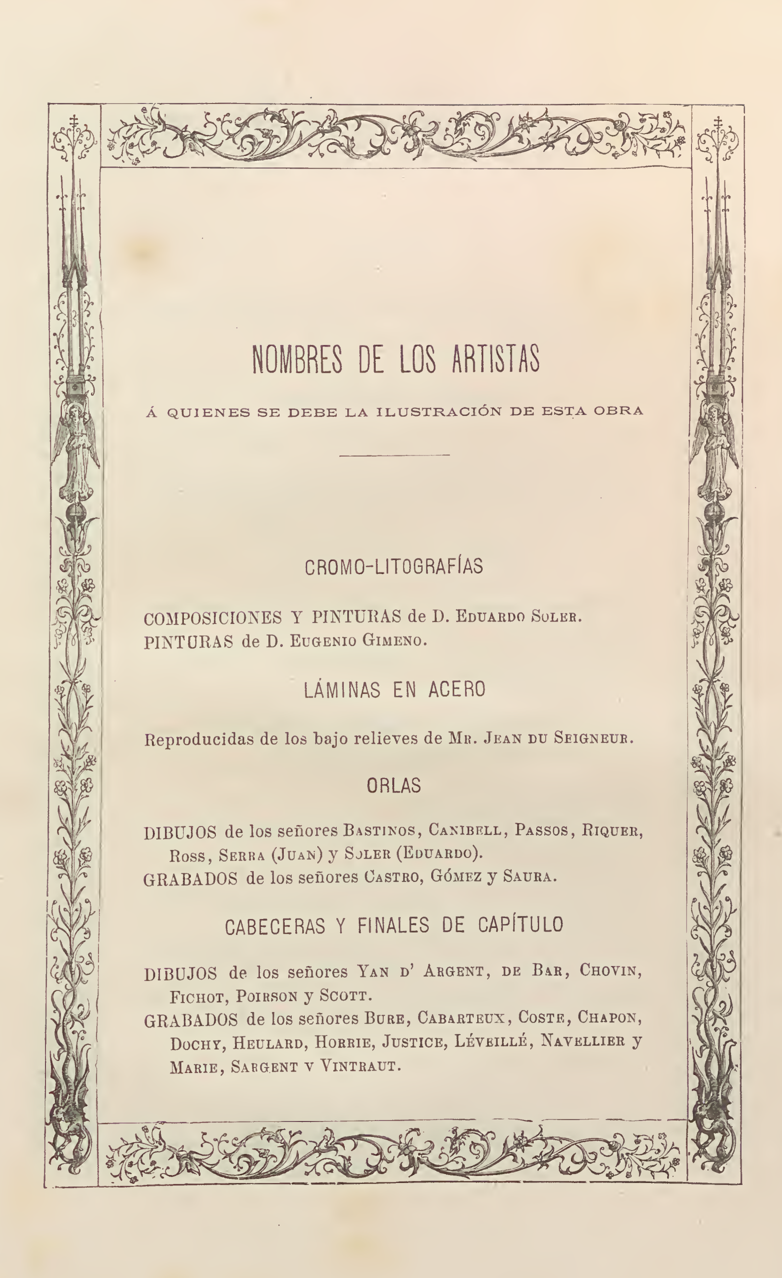
A la sombra de la protección de San José, quiere el Papa que se dignifique la clase obrera; que tenga la convicción de que es una fuerza; pero que no lo es para destruir, para hacinar ruinas, sino para trabajar en favor del triunfo del derecho y de la justicia, cuyos verdaderos ideales están en los principios evangélicos.

Esta devoción á San José, León XIII viene inculcándola por todos los medios; en sus alocuciones, en sus conversaciones particulares, cuando se le presenta una peregrinación;



es decir, no perdona cuantas coyunturas se le presentan para recomendar una devoción que, si fué muy querida para el inmortal Pío IX, no lo es menos para el gran León XIII, este Pontífice providencial que Dios ha designado para nuestros tiempos.





NOMBRES DE LOS ARTISTAS

Á QUIENES SE DEBE LA ILUSTRACIÓN DE ESTA OBRA

CROMO-LITOGRAFÍAS

COMPOSICIONES Y PINTURAS de D. Eduardo Soler.
PINTURAS de D. Eugenio Gimeno.

LÁMINAS EN ACERO

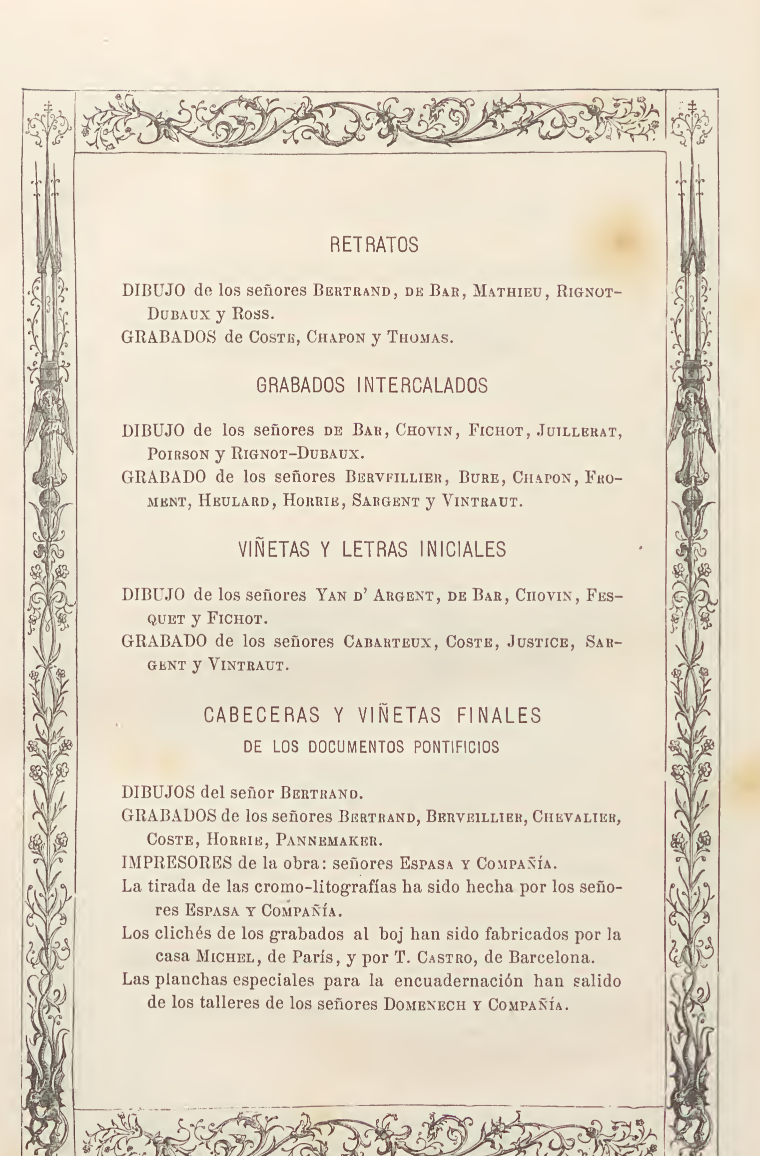
Reproducidas de los bajo relieves de Mr. Jean du Seigneur.

ORLAS

DIBUJOS de los señores Bastinos, Canibell, Passos, Riquer, Ross, Serra (Juan) y Soler (Eduardo).
GRABADOS de los señores Castro, Gómez y Saura.

CABECERAS Y FINALES DE CAPÍTULO

DIBUJOS de los señores Yan d' Argent, de Bar, Chovin, Fichot, Poirson y Scott.
GRABADOS de los señores Bure, Cabarteux, Coste, Chapon, Dochy, Heulard, Horrie, Justice, Léveillé, Navellier y Marie, Sargent y Vintraut.



RETRATOS

DIBUJO de los señores BERTRAND, DE BAR, MATHIEU, RIGNOT-DUBAUX y ROSS.

GRABADOS de COSTE, CHAPON y THOMAS.

GRABADOS INTERCALADOS

DIBUJO de los señores DE BAR, CHOVIN, FICHOT, JUILLERAT, POIRSON y RIGNOT-DUBAUX.

GRABADO de los señores BERVFILLIER, BURE, CHAPON, FROMENT, HEULARD, HORRIE, SARGENT y VINTRAUT.

VIÑETAS Y LETRAS INICIALES

DIBUJO de los señores YAN D' ARGENT, DE BAR, CHOVIN, FESQUET y FICHOT.

GRABADO de los señores CABARTEUX, COSTE, JUSTICE, SARGENT y VINTRAUT.

CABECERAS Y VIÑETAS FINALES
DE LOS DOCUMENTOS PONTIFICIOS

DIBUJOS del señor BERTRAND.

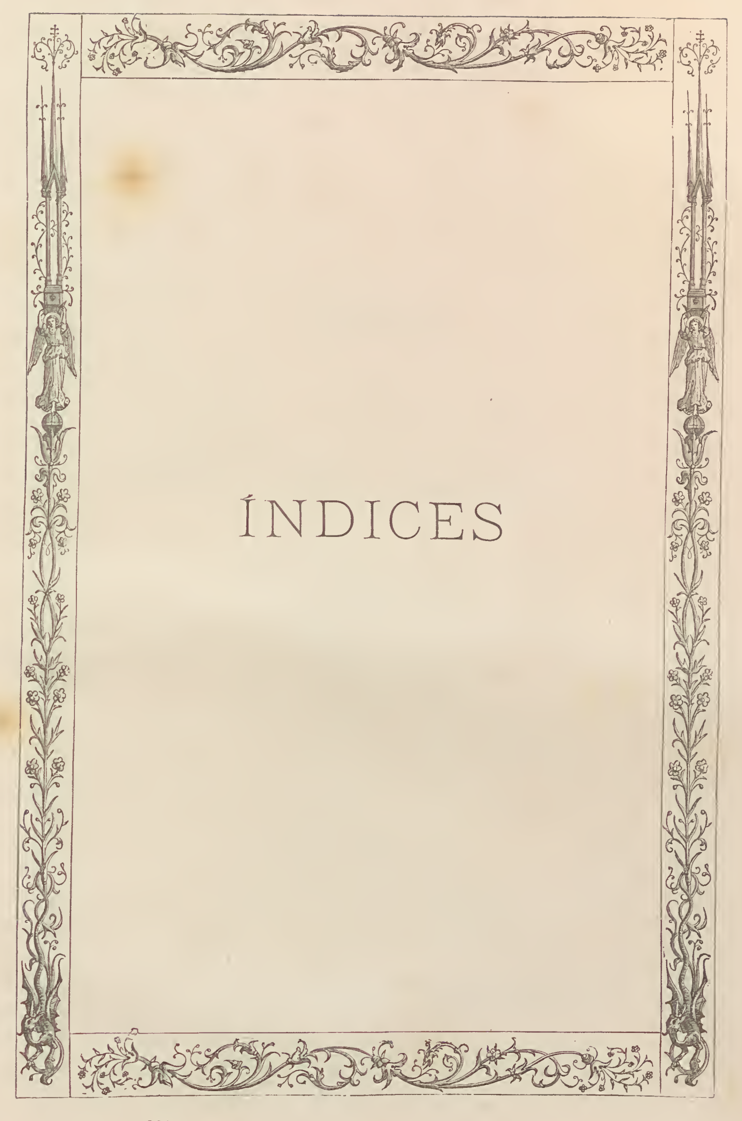
GRABADOS de los señores BERTRAND, BERVEILLIER, CHEVALIER, COSTE, HORRIE, PANNEMAKER.

IMPRESORES de la obra: señores ESPASA Y COMPAÑÍA.

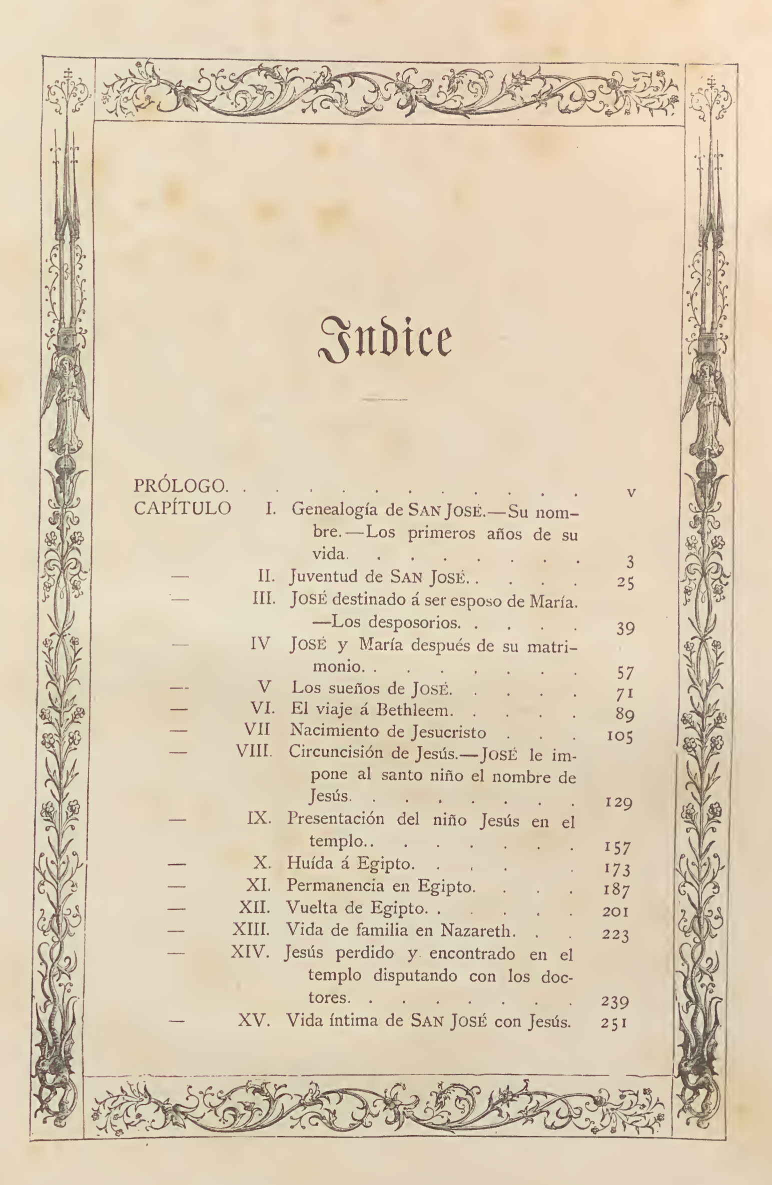
La tirada de las cromo-litografías ha sido hecha por los señores ESPASA Y COMPAÑÍA.

Los clichés de los grabados al boj han sido fabricados por la casa MICHEL, de París, y por T. CASTRO, de Barcelona.

Las planchas especiales para la encuadernación han salido de los talleres de los señores DOMENECH Y COMPAÑÍA.

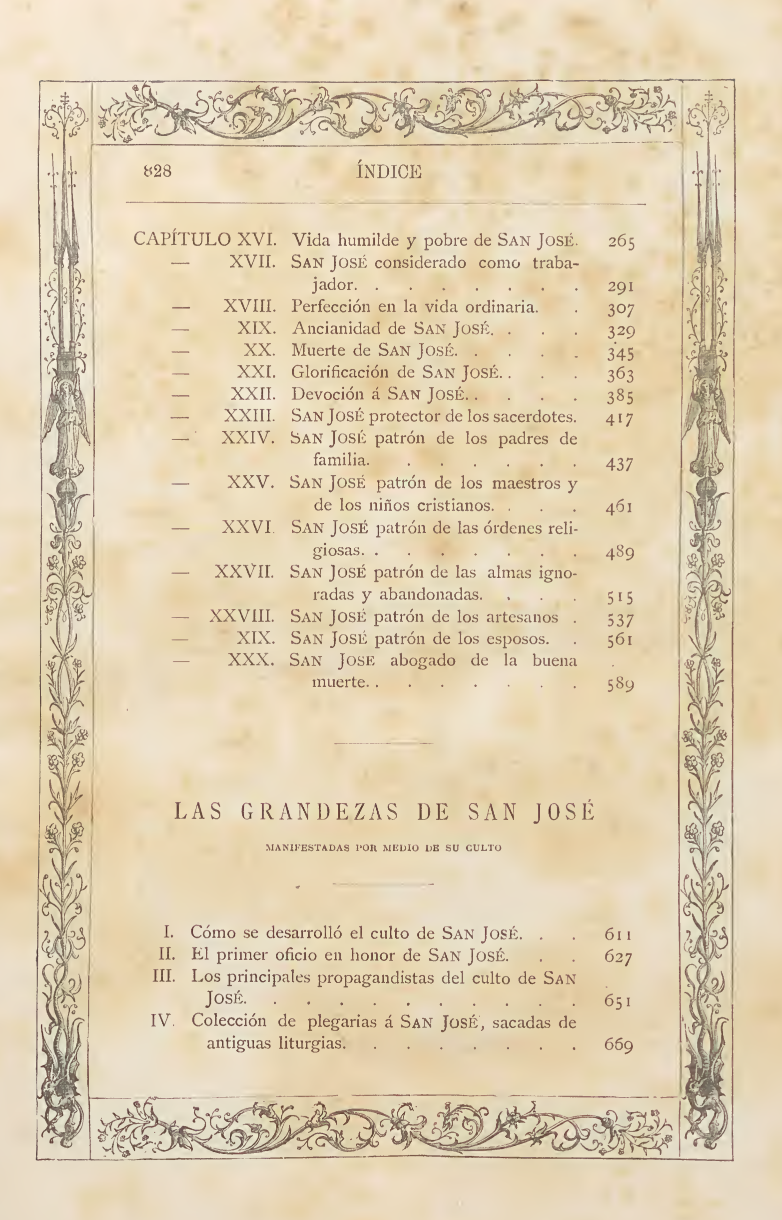


ÍNDICES



Indice

PRÓLOGO. v
CAPÍTULO I. Genealogía de SAN JOSÉ.—Su nombre.—Los primeros años de su vida. 3
— II. Juventud de SAN JOSÉ. 25
— III. JOSÉ destinado á ser esposo de María.—Los desposorios. 39
— IV JOSÉ y María después de su matrimonio. 57
— V Los sueños de JOSÉ. 71
— VI. El viaje á Bethleem. 89
— VII Nacimiento de Jesucristo . . . 105
— VIII. Circuncisión de Jesús.—JOSÉ le impone al santo niño el nombre de Jesús. 129
— IX. Presentación del niño Jesús en el templo.. 157
— X. Huída á Egipto. 173
— XI. Permanencia en Egipto. . . . 187
— XII. Vuelta de Egipto. 201
— XIII. Vida de familia en Nazareth. . . 223
— XIV. Jesús perdido y encontrado en el templo disputando con los doctores. 239
— XV. Vida íntima de SAN JOSÉ con Jesús. 251



CAPÍTULO XVI. Vida humilde y pobre de SAN JOSÉ. 265
— XVII. SAN JOSÉ considerado como trabajador. 291
— XVIII. Perfección en la vida ordinaria. . 307
— XIX. Ancianidad de SAN JOSÉ. . . . 329
— XX. Muerte de SAN JOSÉ. 345
— XXI. Glorificación de SAN JOSÉ. . . . 363
— XXII. Devoción á SAN JOSÉ. 385
— XXIII. SAN JOSÉ protector de los sacerdotes. 417
— XXIV. SAN JOSÉ patrón de los padres de familia. 437
— XXV. SAN JOSÉ patrón de los maestros y de los niños cristianos. . . . 461
— XXVI. SAN JOSÉ patrón de las órdenes religiosas. 489
— XXVII. SAN JOSÉ patrón de las almas ignoradas y abandonadas. . . . 515
— XXVIII. SAN JOSÉ patrón de los artesanos . 537
— XIX. SAN JOSÉ patrón de los esposos. . 561
— XXX. SAN JOSE abogado de la buena muerte. 589

LAS GRANDEZAS DE SAN JOSÉ

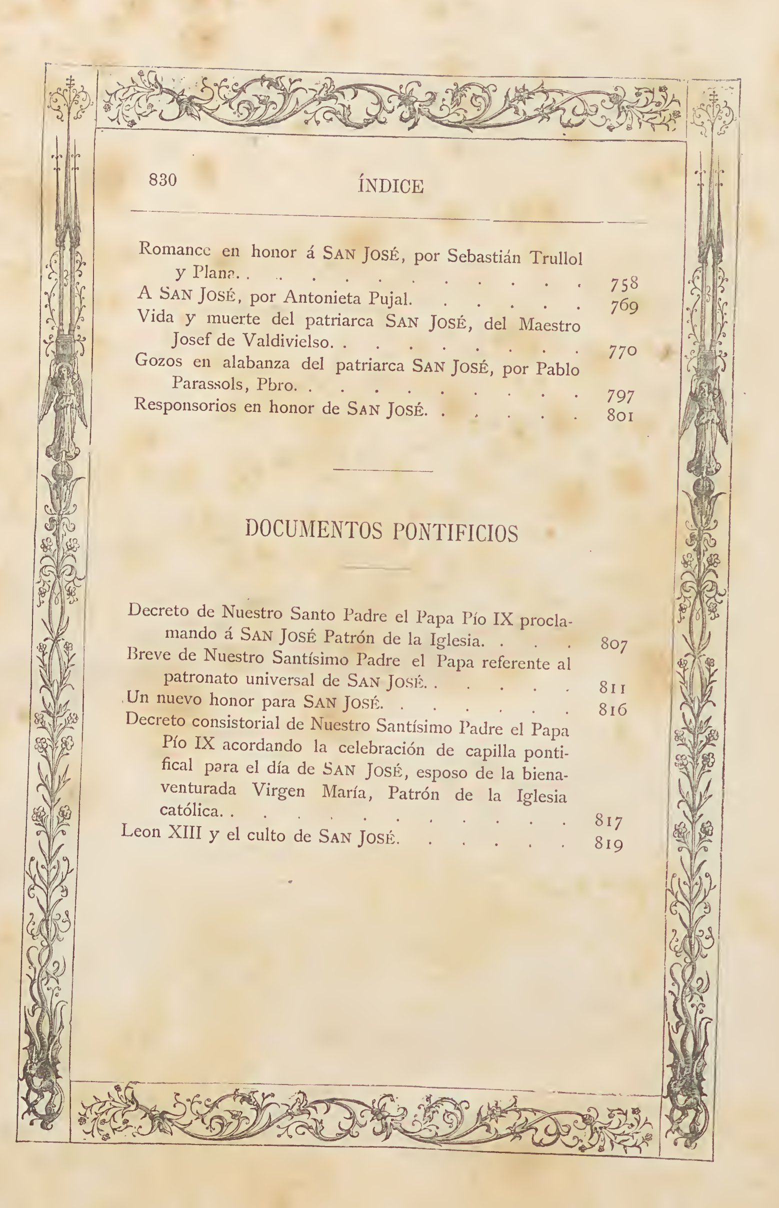
MANIFESTADAS POR MEDIO DE SU CULTO

I. Cómo se desarrolló el culto de SAN JOSÉ. . . 611
II. El primer oficio en honor de SAN JOSÉ. . . 627
III. Los principales propagandistas del culto de SAN JOSÉ. 651
IV. Colección de plegarias á SAN JOSÉ, sacadas de antiguas liturgias. 669

CORONA POÉTICA

EN HONOR DE SAN JOSÉ

Romance, por Lope de Vega. 685
A SAN JOSÉ, por Miguel Victoriano Amer. . . . 688
Romance de SAN JOSEF, del Maestro Josef de Valdivielso. 691
La Casa del Justo, por Camelia Cociña de Llansó. . . 694
Desposoris de SANT JOSEPH, por Jascinto Verdaguer, Pbre. 696
Desposorios de SAN JOSÉ (traducción). 697
A SAN JOSEF con el niño Jesús dormido en sus brazos junto á su rostro, por Alonso de Bonilla. . . 698
Himno á SAN JOSÉ, por José María Quadrado.. . . 699
Al excelso patriarca SAN JOSÉ, patrono universal de la Iglesia, por Juan B. Pastor Aicart. 701
Al santísimo JOSEPH esposo de la Virgen sin mancilla, por P. F. Arcángel de Alarcón. 704
El Patrocinio de SAN JOSÉ, por Victoria Peña de Amer. 707
Al glorioso patriarca SAN JOSÉ, por Jaime Collell, Pbro. 709
Al patriarca SAN JOSÉ, por Pedro de Alcántara Peña. . 714
Vida y muerte del patriarca SAN JOSÉ, del Maestro Josef de Valdivielso. 715
Al glorioso patriarca SAN JOSÉ, por María Josefa Massanés. 737
A SAN JOSEPH, por el Licenciado Juan López de Ubeda. 743
Ruega por nosotros, por Manuel de Mata y Maneja. . 744
La Casa de SAN JOSÉ, por Francisco Casas y Amigó. . 746
Al patriarca SAN JOSÉ, por Pilar Pascual de Sanjuán . 752
Al glorioso SAN JOSÉ, por Pedro de Cots y Soldevila. 755
A SAN JOSEPH, por el Licenciado Juan López de Ubeda. 756



Romance en honor á SAN JOSÉ, por Sebastián Trullol y Plana. 758
A SAN JOSÉ, por Antonieta Pujal. 769
Vida y muerte del patriarca SAN JOSÉ, del Maestro Josef de Valdivielso. 770
Gozos en alabanza del patriarca SAN JOSÉ, por Pablo Parassols, Pbro. 797
Responsorios en honor de SAN JOSÉ. 801

DOCUMENTOS PONTIFICIOS

Decreto de Nuestro Santo Padre el Papa Pío IX proclamando á SAN JOSÉ Patrón de la Iglesia. . . . 807
Breve de Nuestro Santísimo Padre el Papa referente al patronato universal de SAN JOSÉ. 811
Un nuevo honor para SAN JOSÉ. 816
Decreto consistorial de Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX acordando la celebración de capilla pontifical para el día de SAN JOSÉ, esposo de la bienaventurada Virgen María, Patrón de la Iglesia católica. 817
Leon XIII y el culto de SAN JOSÉ. 819

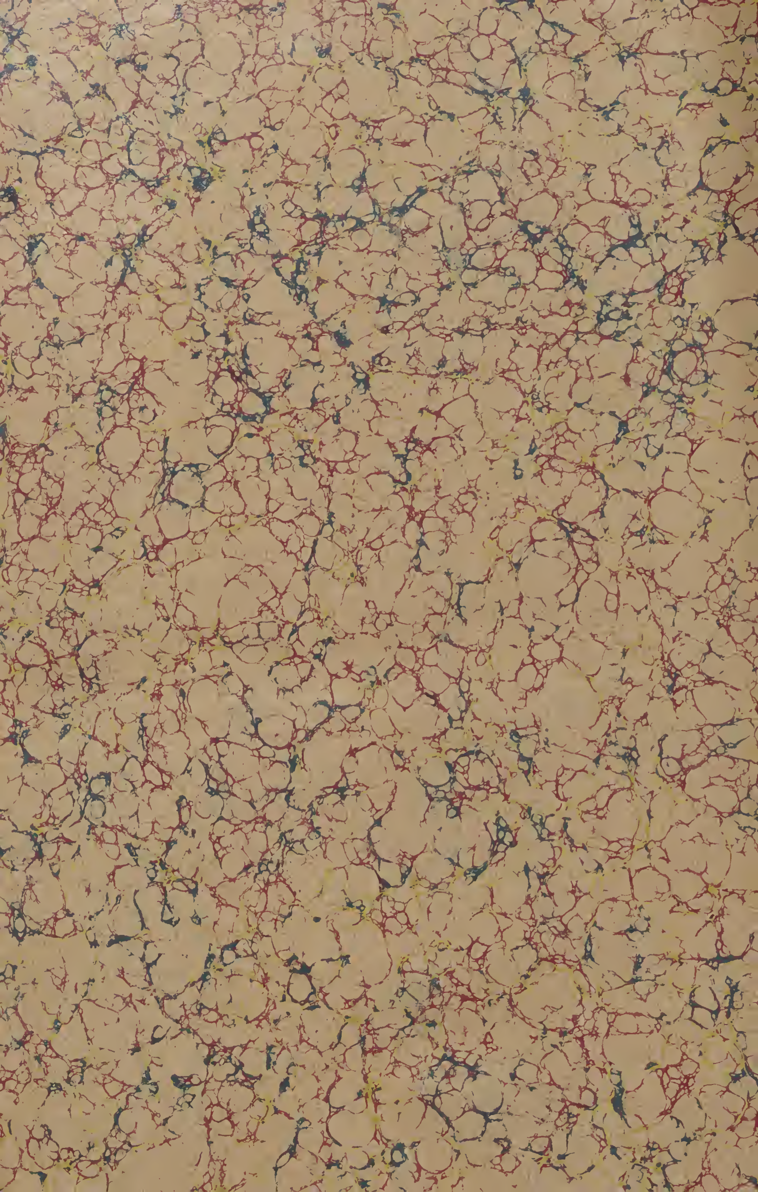


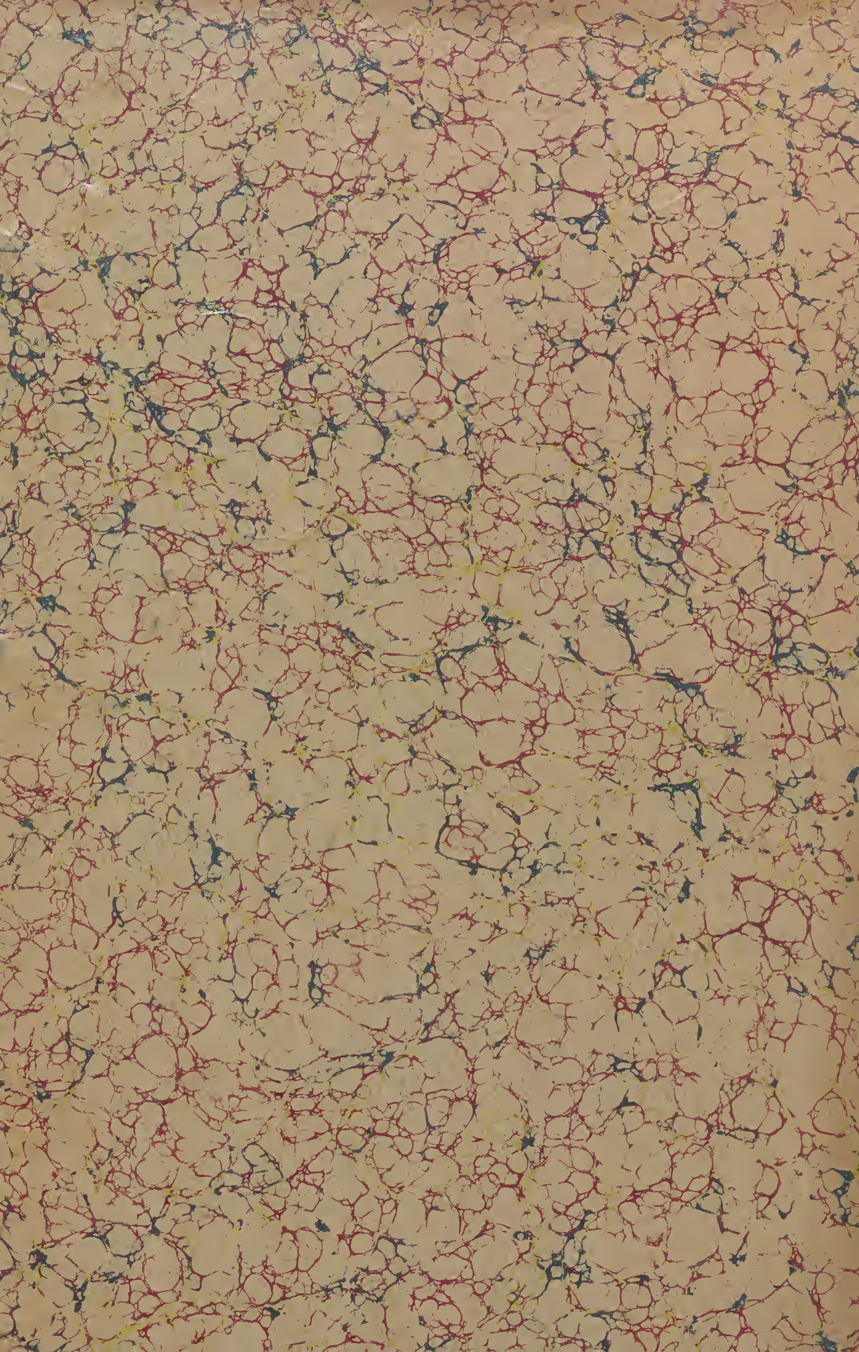
PAUTA

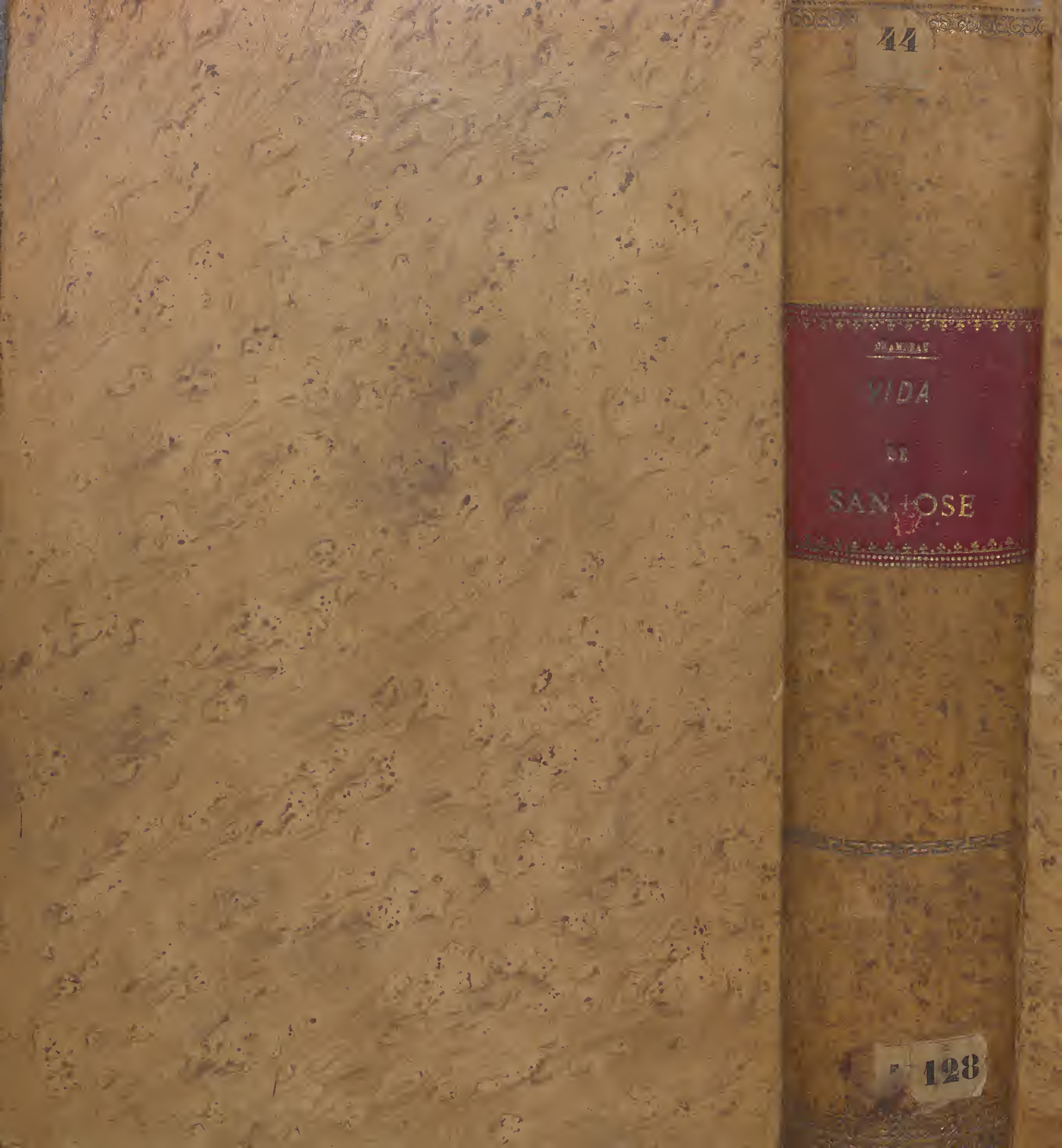
PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

PORTADA. II
Matrimonio de SAN JOSÉ. 39
Una vara que se había colocado en el templo se cubrió milagrosamente de verdor y de flores. . . . 48
Este matrimonio es el triunfo de la pureza. . . . 50
—No temas, María, has encontrado gracia delante de Dios. 72
Duda de SAN JOSÉ. 85
Se les cerraron todas las puertas; todos se excusaban y se iban á sus negocios. 96
Hubiera dado todas las riquezas del mundo por un beso ó una caricia de Jesús. 130
La presentación de Jesús. 162
Huída á Egipto. 178
Regreso de Egipto. 201
Interior de Nazareth. 223
Y día y noche anduvieron buscando á Jesús, interrogando á cuantos encontraban por el camino. . . 243
Jesús encontrado en el templo. 244
Muerte de SAN JOSÉ. 354
Id á JOSÉ. 685








44
VIDA
SAN JOSE
128